

Mo Yan

LA REPÚBLICA DEL VINO

Premio Nobel

de Literatura

ESPA
EBOOK

El investigador criminal Ding Gou'er tiene que llevar a cabo una misión especial: desenmascara un posible caso de canibalismo en la Tierra del vino y los licores. Desde su llegada a este misterioso lugar el vino empaña su mente y se convierte en un gran obstáculo para su investigación.

El suspense, el humor y la calidad de la prosa de Mo Yan confirman, sin lugar a dudas, que es uno de los más brillantes escritores de China en la actualidad.

Aunque Mo Yan ha frecuentado la sátira y ha explorado las costumbres atávicas, a menudo brutales, de la China rural en muchas de sus novelas, el sarcasmo, la truculencia, la bilis que salpica las páginas de *La República del Vino*, no tienen parangón en toda su obra. Publicada en español por la editorial Kailas a finales del 2010 y traducida —sospecho que con prisa— no del chino, sino de la versión inglesa de Howard Goldblatt (Arcade Publishing, 2000), *La República del Vino*, en chino Jiuguo 酒国, literalmente El país del alcohol, es quizá el fruto amargo de una serie de circunstancias que no convendría obviar. En una conversación con Noël Dutrait, traductor de la novela al francés, Mo Yan revelaba lo siguiente:

Comencé a escribir La República del Vino en julio de 1989. Estaba enfermo, tenía hemorroides y me vi obligado a escribirla en cuclillas. Nadie ignora lo que ocurrió en China en aquellos días...

Mo Yan

La república del vino

Título original: *Jiuguo*

Mo Yan, 1992

Traducción: Cora Tiedra

Diseño de portada: Marcos Arévalo

Editor digital: bigbang951

Nota del traductor de la edición en inglés

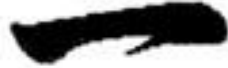
Para el lector chino *La República del vino* pega fuerte, como los licores incoloros que se destilan en la provincia natal de Mo Yan, Shandong, entre los que destaca el Maotai. Hay pocas obras chinas contemporáneas que hayan tratado y satirizado la estructura política de la China post Mao o la obsesión por la comida con la inteligencia y la crudeza de esta explosiva novela; ninguna de ellas ofrece una estructura narrativa tan ingeniosa. Al igual que la mayoría de las novelas de Mo Yan, *La República del vino* se consideró demasiado subversiva y sólo se pudo publicar en China tras una edición taiwanesa que apareció en 1992. Posteriormente se incluyó en una compilación de todas sus obras bajo el nuevo título de *La República de las bebidas (Mingding guo)*, que continúa estremeciendo a algunos y horrorizando a otros.

En esta novela el mismo Mo Yan, convertido en personaje, le escribe cartas a Li Yidou y le dice que «desde hace mucho tiempo quiere escribir una novela sobre el licor». Bien, pues aquí está, bajo el título lacónico pero revelador de *Jiu guo*, cuyo significado literal es «país del alcohol» (El término genérico «*jiu*» hace referencia a todas las bebidas alcohólicas existentes y se tiene que especificar, describir o indicar el tipo exacto de vino o licor). La mayoría de lo que se bebe en *La República del vino* es un licor fuerte de 120 grados hecho de sorgo y otros cereales.

Más allá de la preocupación de los personajes por la comida, la bebida, el sexo, el tono satírico, las pinceladas fantásticas y el marco narrativo tan imaginativo, Mo Yan añade juegos de palabras, una prosa de una gran variedad estilística, alusiones —clásicas y modernas, políticas y literarias, elegantes y escatológicas— y localismos de Shandong. Sería en vano tratar de explicar todos ellos, sobre todo porque un lector que no sea chino no los puede entender. No hace falta conocer la cultura china para darse cuenta de que sería muy poco probable que un destacado investigador fuera a ninguna parte en un camión, ya fuera de Liberalización o no. Puede que algunos lectores conozcan las costumbres chinas y sepan la respuesta a la, por ejemplo, pregunta de la camionera: «¿Sabes por qué la carretera está en tan mal estado?». Para quien lo desconozca, los locales se aseguran de que esté llena de baches para poder recoger los trozos de carbón que se caen de los camiones al salir de la mina.

He tratado en todo lo posible de ser fiel al texto de Mo Yan, no del todo coherente. Sólo espero que la historia y el entretenimiento compensen cualquier pérdida del original.

Capítulo 1



El investigador criminal Ding Gou'er de la Procuraduría General se montó en un camión de Liberación y se dirigió hacia la mina de carbón del Monte Luo para llevar a cabo una misión especial. Estaba tan concentrado durante todo el trayecto que se le hinchó la cabeza hasta alcanzar la talla 58 de su sombrero marrón de ala ancha; normalmente solía sobrarle mucho espacio por los lados, pero ahora parecía que le comprimía el cerebro. No se puso muy contento cuando se quitó el sombrero, examinó las manchas de sudor de la tela y las olió. No era un olor familiar. Ligeramente nauseabundo. Consiguió taparse la nariz y reprimir las arcadas.

El camión disminuyó de velocidad a medida que los baches se hacían más amenazadores y hacían que los neumáticos chirriaran sin parar. El investigador se siguió dando golpes en la cabeza con el techo del camión. La conductora maldijo la carretera y a la gente que estaba en medio; esas palabras tan vulgares escupidas por la boca de una mujer, y además de una hermosa mujer, crearon una escena cómica pero un poco agridulce. Él no podía parar de mirarla furtivamente. Una camiseta rosa asomaba por el cuello de su camisa vaquera y le protegía el cuello nacarado; tenía los ojos oscuros, con un tinte esmeralda, y un pelo muy corto, enmarañado y brillante.

Sus guantes blancos estrangulaban el volante mientras el camión se balanceaba de un lado a otro para esquivar los baches. Cuando daba un bandazo a la izquierda su boca se torcía a la izquierda; cuando giraba a la derecha, se torcía a la derecha. Y mientras su boca se movía de un lado a otro, le corría sudor por la nariz, siempre fruncida. Su frente era estrecha, su barbilla bien marcada y algo le decía que estaba o que había estado casada; una mujer para la que el sexo no parecía ser algo desconocido. Era alguien con quien no le importaría intimar. Para un investigador de cuarenta y ocho años y perro viejo en su oficio, ese tipo de sensaciones eran un poco absurdas a estas alturas. Sacudió su enorme cabeza.

El estado de la carretera seguía empeorando y la conductora redujo tanto la velocidad que el camión parecía una tortuga, hasta que finalmente pararon detrás de una fila de camiones ya estacionados. Ella levantó el pie del acelerador, apagó el motor, se quitó los guantes y dio un manotazo en el volante. Tenía una mirada de pocos amigos.

—Menos mal que no llevo un niño dentro —comentó.

El hombre no dijo nada durante unos segundos, entonces, tratando de agradarla comentó:

—De haber sido así, ahora mismo ya estaría fuera, con tanta sacudida.

—No lo permitiría, no si gano dos mil la noche —contestó con seriedad.

Una vez dicho esto ella le miró fijamente y le lanzó lo que podría considerarse una mirada seductora; parecía estar esperando una reacción. Ding Gou'er, en cambio, estaba escandalizado por su brusco y poco elegante comentario y sintió como si ella estuviera tratando de provocarle y como si él hubiera entrado en su juego.

En el momento en el que los misterios prohibidos del sexo se revelaron con su comentario ambiguo y provocador, la distancia entre ellos casi desapareció por completo. Con una sensación de irritación y de incertidumbre invadiendo poco a poco su corazón, no le quitaba el ojo de encima, vigilante. Ella volvió a poner un mohín, lo que le hizo sentirse muy incómodo y entonces notó que era una mujer arisca, evasiva, imprudente, superficial, que no era desde luego alguien con quien andarse con rodeos.

—¿Así que no estás embarazada? —dijo sin pensar.

Ahora que había decidido no hablar de las típicas cosas banales, la pregunta se presentaba como un plato de carne cruda. Pero ella se obligó a tragarse la pregunta y dijo con ligero descaro:

—Tengo un problema, lo llaman tierra árida.

«Puede que tu vida personal sea importante, pero ningún investigador criminal digno de su reputación permitiría que su trabajo se complicase por una mujer. De hecho, mantener a las mujeres al margen es parte de tus obligaciones».

Mientras recordaba estas frases, que eran muy populares entre sus compañeros de trabajo, sintió cómo un pensamiento lujurioso le roía el corazón como un insecto. Ding Gou'er sacó una petaca de su bolsillo, le quitó el tapón de plástico y le dio un buen trago. A continuación le pasó la petaca a la camionera.

—Soy un agrónomo especializado en la mejora de la tierra.

La camionera le dio un golpe a la bocina con la palma de la mano bien abierta, pero sólo fue capaz de conseguir un débil y suave sonido. El conductor del remolque Río Amarillo que estaba frente a ellos se bajó de la cabina y le lanzó una mirada asesina desde el borde de la carretera. Ding Gou'er pudo sentir la ira que emanaba de los ojos del hombre, que atravesaban el cristal brillante de sus gafas de sol. Ella le arrebató la petaca de las manos, saboreó el aroma como si midiera la calidad del contenido y entonces se bebió a su salud

hasta la última gota. Ding Gou'er iba a felicitarla por su capacidad para beber, pero enseguida cambió de opinión. Elogiar a alguien por sus habilidades con la bebida en un lugar llamado la Tierra del vino y los licores era demasiado absurdo, por lo que se tragó sus palabras. Mientras se limpiaba la boca miró fijamente sus labios gruesos y húmedos y, arrojando el decoro al viento dijo:

—Quiero besarte.

La cara de la camionera se sonrojó. Con una voz estridente, aguda, metálica, ella bramó feroz.

—¡Y yo quiero besarte a ti, joder!

Boquiabierto por la respuesta, Ding Gou'er analizó la zona y echó un vistazo al otro camión. El conductor del remolque Río Amarillo se había vuelto a montar en el vehículo. Una larga fila serpenteante de automóviles se extendía delante de ellos, mientras que un camión de lona y un carro tirado por un burro esperaban detrás. La frente enorme del burro estaba decorada con una borla roja. Una pequeña maraña de árboles y zanjas, abarrotadas de semillas con alguna que otra flor salvaje, bordeaba el margen de la carretera. Unas manchas de un color negruzco desfiguraban las hojas y las semillas. Más allá de las zanjas se extendían campos secos otoñales, con sus marchitos tallos amarillos y grises levantados celestialmente bajo el viento cambiante, sin parecer ni alegres ni tristes. Ya era media mañana. Una montaña de desechos de la mina rasgaba el cielo que tenían delante, liberando nubes de humo amarillo. El torno que estaba a la entrada de la mina giraba lentamente. Sólo podía ver una parte de la grúa; el remolque Río Amarillo bloqueaba la vista de la parte inferior.

La camionera le repitió una y otra vez a Ding Gou'er la misma frase de antes, y la verdad es que el investigador se había quedado de piedra, pero ella no se atrevió a dar un paso más. Por lo tanto Ding Gou'er alargó la mano para tocarle el pecho, con las puntas de los dedos. Sin previo aviso ella se acercó a él, le puso la barbilla en la palma de su mano helada, y fundió su boca con la suya. Él sintió sus labios fríos y flácidos, nada resistentes contra los suyos; era una sensación extraña, parecían borras de algodón. Su deseo se apagó y le dio asco, por lo que la empujó y la apartó. Pero, como si fuera una pelea de gallos, ella saltó encima de él con fuerza y valentía, lo que le pilló desprevenido e hizo que le resultara imposible oponer resistencia. Se vio obligado a tratarla como trataba a los criminales e hizo todo lo posible para que mantuviera la compostura. Por fin se sentaron en la cabina del camión, respiraron profundamente, y el investigador criminal la inmovilizó por los brazos para evitar que ofreciera resistencia. Ella siguió tratando de lanzarse sobre él, con el cuerpo retorcido como una espiral, con la espalda arqueada como un muelle; gruñía por el esfuerzo, como un toro cogido por los cuernos. La verdad es que tenía un aspecto tan gracioso que Ding Gou'er no pudo evitar reírse.

—¿De qué te ríes? —le requirió ella.

Ding Gou'er le soltó las muñecas y sacó una tarjeta de visita de su bolsillo.

—Me voy, señorita. Si me echas de menos me puedes encontrar en esta dirección. Ni una palabra a nadie.

Ella le analizó de arriba abajo, observó su tarjeta durante unos segundos y luego examinó su cara, con la misma intensidad y entusiasmo que un guardia fronterizo examina el pasaporte de un forastero.

Ding Gou'er alargó la mano y le pellizcó la nariz a la camionera, entonces se metió el maletín debajo del brazo y abrió la puerta del copiloto.

—Hasta luego, joven —dijo—. Recuerda, tengo el fertilizante para la tierra árida. —Cuando estaba a medio camino de la puerta ella le agarró la parte trasera de la camisa.

La mezcla de timidez y curiosidad en sus ojos le convencieron de que debía de ser muy joven, soltera e inocente, alguien sin contaminar. Adorable y digna de compasión al mismo tiempo. Le acarició el dorso de la mano y dijo con sinceridad:

—Si vienes a verme pregunta por tu «tío».

—Eres un mentiroso —dijo—. Me dijiste que trabajabas en una Estación de control de vehículos.

—¿Dónde está la diferencia? —se rio.

—¡Eres un espía!

—Algo parecido.

—Si lo hubiera sabido no te habría llevado en el camión.

Ding Gou'er sacó un paquete de cigarrillos y se lo tiró a las rodillas.

—No te enfades.

Ella lanzó la petaca al borde de la cuneta.

—Nadie bebe de una cosa tan diminuta —remarcó ella.

Ding Gou'er saltó de la cabina, cerró la puerta de un portazo y se marchó carretera abajo. Oyó a la mujer del camión gritarle a su espalda.

—¡Oye, espía! ¿Sabes por qué la carretera está en tan malas condiciones?

Ding Gou'er se giró y vio que ella estaba asomada por la ventanilla del copiloto; él sonrió pero no dijo una palabra.

Al investigador se le quedó grabada en la cabeza la cara de la mujer del camión durante unos segundos, igual que semillas de lúpulo secas enterradas en la tierra, como la espuma de un vaso de cerveza antes de evaporarse. La carretera estrecha serpenteaba y se retorció como el tracto intestinal. Camiones, tractores, carros de caballos y de bueyes... vehículos de todas las formas y colores, como una fila de bestias extrañas, pegadas a la cola de la que está delante. Algunas habían apagado el motor, otras todavía estaban al ralentí. Una nube de humo de un color azul pálido salía de los tubos de escape y se dirigía al cielo; el olor continuo a gasolina y a gasoil se mezclaba con la peste del aliento de los bueyes, caballos y burros y formaba un miasma nauseabundo que flotaba libremente en el ambiente. Algunas veces Ding se apoyaba en los vehículos para abrirse camino por el borde de la carretera. Otras veces se tenía que apoyar sobre los arbustos achaparrados y desperdigados. Casi todos los conductores estaban bebiendo alcohol. ¿No hay una ley que prohíbe beber y conducir a la vez? Pero todos los conductores bebían visiblemente, por lo que no debía existir ninguna ley, o por lo menos no aquí. La siguiente vez que levantó la mirada pudo ver dos tercios del altísimo almacén de hierro de la grúa en la entrada de la mina de carbón.

Un cable de acero gris plateado giraba alrededor de la grúa haciendo un gran ruido. Bajo la luz del sol el almacén de hierro era de un color rojizo intenso, podía ser por la capa de pintura o porque simplemente estaba oxidado. Era un color sucio, un maldito rojo sucio. El enorme tambor giratorio era negro, el cable de acero que daba vueltas desprendía un brillo inofensivo pero aterrador. Cuando sus ojos asimilaron los colores y la luz resplandeciente, sus oídos retumbaron por el chirrido de la grúa, por los gemidos del cable y los sonidos sordos de las explosiones subterráneas.

Un claro ovalado rodeado de pinos con forma de pagoda estaba frente a la mina, abarrotado de vehículos que esperaban transportar el carbón. Un burro salpicado de barro había metido el morro entre las agujas de un pino, en busca de un aperitivo o porque le picaba algo, quién sabe. Un grupo de hombres mugrientos, cubiertos de hollín y con la ropa hecha jirones, con pañuelos alrededor de la cabeza y cuerdas de cáñamo atadas a sus cinturas se habían apretujado en uno de los carros tirado por un caballo, y mientras el animal comía de su cebadera, ellos bebían de una botella grande de color morado, pasándosela los unos a los otros con gran alegría. Ding Gou'er no era un gran bebedor, pero le gustaba beber, y podía diferenciar entre la buena bebida y la mala. El olor acre del ambiente hacía evidente que la botella morada había sido rellena con alcohol de mala calidad, y dado el aspecto de los hombres que la bebían, pensó que eran granjeros de la campiña de la Tierra del vino y los licores.

Cuando pasó por delante del carro tirado por el caballo, uno de los granjeros le gritó con la voz ronca:

—Oye, camarada ¿qué hora pone en ese reloj que llevas puesto? Ding levantó el brazo, bajó la mirada y le dijo al hombre lo que quería saber. El granjero, que tenía los ojos inyectados en sangre, tenía una mirada intimidatoria y daba bastante miedo. A Ding se le paró el corazón; apresuró el paso.

A sus espaldas el granjero dijo malhumorado:

—Dile a esa panda de cerdos gorriones que abran la puerta de la mina.

Algo en el grito malintencionado del infeliz y joven granjero hizo que Ding Gou'er se estremeciera, a pesar de que no se podía negar que lo que pedía era algo razonable. Eran casi las diez y cuarto y la puerta de hierro seguía asegurada con un candado grande, negro y sólido, como el caparazón de una tortuga. En unas planchas redondeadas de acero había unas letras rojas desteñidas que formaban las siguientes palabras: «La seguridad es lo primero. Celebrad el primero de mayo». La luz de principios del otoño, cálida y resplandeciente, calentaba la tierra y hacía que todo brillase como si fuera nuevo. Un muro grisáceo de la talla de una persona seguía los niveles y desniveles del terreno, convirtiendo las curvas en un dragón alargado. Una pequeña puerta secundaria estaba cerrada pero sin candar; un perro lobuno de color marrón estaba repanchigado perezosamente, una libélula daba vueltas alrededor de su cabeza.

Ding Gou'er empujó la pequeña puerta, lo que hizo que el perro se incorporara de golpe. Su hocico húmedo, sudoroso, estaba a unos milímetros del dorso de su mano. De hecho, seguramente la había tocado sin darse cuenta porque sintió algo gelatinoso en la mano y le recordó a una sepia morada o al hueso de un lichi. A la vez que el perro ladraba con nerviosismo salió corriendo, buscando refugio en la sombra de la garita de seguridad, entre algún arbusto de índigo. Entonces, los ladridos se volvieron frenéticos.

El investigador quitó el pestillo, empujó la puerta y se quedó ahí de pie durante un momento, apoyado contra la puerta metálica mientras miraba con perplejidad al perro. Entonces bajó la vista a su mano huesuda y delgada con venas oscuras y gruesas, que transportaban sangre ligeramente diluida por el alcohol que había ingerido. No había un incendio, ni una trampa, por lo que ¿qué hizo salir corriendo al perro cuando me tocó?

Una cascada de agua caliente salió despedida por los aires encima de él. Una cascada multicolor, como un arcoíris con una de las franjas difuminándose. Espuma y luz solar. Esperanza. En cuanto notó el agua en su cuello se sintió más despejado. Un minuto después le empezaron a quemar los ojos, su boca desprendía un sabor agridulce y su cara se contraía como si estuviera llena de mugre. Durante un momento el investigador criminal se olvidó completamente de la mujer del camión. Se olvidó de sus labios como borras de algodón. Pero pasados unos segundos se tensó visiblemente al recordar la imagen de la mujer con la tarjeta de visita en la mano, a la vez que miraba absorto el paisaje montañoso a través de una bruma pesada.

—¡Hijo de puta! ¿Eres imbécil? —El guardián, con una palangana en las manos, estaba de pie maldiciendo y dando patadas al suelo. Ding Gou'er en seguida se dio cuenta de que él era el blanco de sus insultos. Después de sacudirse el agua del pelo y secarse el cuello lanzó un escupitajo, parpadeó unas cuantas veces y trató de enfocar la cara del guardián de la mina. Vio un par de ojos de un color negro carbón, sin brillo, de diferente tamaño y misteriosos, junto a una nariz protuberante, de un rojo encendido como el espino, y unos dientes postizos y torcidos detrás de sus labios oscuros y descoloridos.

Unas punzadas de ira se clavaban en su cerebro y se deslizaban por sus arterias. De

repente sintió el despertar de las llamas de ira en su interior, como si se encendiera una cerilla. Brasas al rojo vivo le quemaban la cabeza, como brasas en un horno, como rayos y relámpagos. Su cráneo era transparente; olas de valor rompían en la playa de su pecho.

El pelo negro del guardián, que era duro como el pelaje erizado de un perro, estaba rígido y de punta. No había ninguna duda, cuando el guardia vio a Ding Gou'er casi se muere del susto. Ding Gou'er podía ver los pelos de la nariz del hombre, que se arqueaban hacia arriba como las colas de una golondrina. Una golondrina negra y malvada debía de estar escondida en su cabeza, donde debía de haber formado un nido y puesto sus huevos. Ding apuntó a la golondrina, apretó el gatillo. Apretó el gatillo. El gatillo.

¡Pum, pum, pum!

Tres disparos secos acabaron con la tranquilidad de la entrada de la mina de carbón Monte Luo, silenciando al enorme perro marrón y atrayendo la atención de los granjeros. Los conductores se bajaron de sus vehículos, las agujas de pino pincharon el hocico del burro; fue un momento de parálisis e indecisión, entonces, todo el mundo se abalanzó en tropel hacia la mina. A las diez y treinta y cinco de la mañana el guardián de la mina de carbón Monte Luo se derrumbó en el suelo antes de que los disparos hubieran siquiera acabado. Se quedó ahí tendido, sujetándose la cabeza con las manos.

Ding Gou'er tenía una pistola blanca en la mano, una sonrisa en la cara, y estaba de pie, tieso como un palo, más o menos como un pino de navidad. Las volutas de humo verde que salieron de la boca de la pistola se disiparon después de sobrepasar su cabeza.

La gente se amontonó alrededor de la valla metálica, estupefacta. El tiempo se detuvo, hasta que alguien gritó de manera estridente.

—¡Socorro, un asesinato! ¡Viejo Lü, el guardián, ha sido asesinado!

Ding Gou'er seguía pareciendo un pino de navidad verde oscuro, casi negro.

—Ese perro viejo era un maldito cabrón.

—Mira a ver si lo puedes vender a la Sección Gourmet de la Academia Culinaria.

—La carne de ese perro viejo es demasiado dura.

—La Sección Gourmet solamente quiere niños pequeños, carne tierna, no productos rancios como él.

—Entonces llévale al zoo para alimentar a los lobos.

Ding Gou'er lanzó la pistola al aire, donde dio vueltas bajo la luz del sol como si fuera un espejo de plata. La cogió con la mano y se la enseñó a la gente que estaba amontonada alrededor de la puerta de la entrada. Era un arma pequeña y magnífica, con el mismo diseño

de un revólver de primera calidad. Él se rio.

—Amigos —dijo—. No os alarméis. Es un arma de juguete, no es de verdad. Apretó el botón de apertura y el cañón se abrió; sacó un disco rojo de plástico y lo enseñó a todo el mundo. Había un pequeño papel con pólvora dentro de cada agujero del tambor.

—Cuando aprietas el gatillo —dijo—, el tambor gira, el martillo golpea el papel con la pólvora y, ¡pum! Es un juguete lo bastante bueno para usarlo como *atrezzo* en un escenario y lo puedes comprar en cualquier gran almacén. Volvió a meter el disco, volvió a cerrar el cañón y apretó el gatillo.

¡Pum!

—Así —dijo—, como un vendedor dando su discurso. —Si seguís sin creerme, mirad aquí—. Apuntó la pistola a su propia manga y apretó el gatillo.

¡Pum!

—¡Es el traidor Wang Lianju! —gritó un conductor que había visto la obra revolucionaria *La linterna roja*.

—No es un arma de verdad. —Ding Gou'er levantó el brazo para enseñárselo a todo el mundo—. ¿Veis?, si hubiera sido real mi brazo tendría un disparo, ¿no? Su manga tenía una mancha circular del impacto, del que se desprendía hacia el cielo un olor aromático a pólvora.

Ding Gou'er se guardó de golpe la pistola en el bolsillo, empezó a caminar y dio una patada al guardián que yacía en el suelo.

—Levántate, viejo farsante —dijo—. Ya puedes parar de actuar.

El guardián se puso de pie, aunque todavía se sujetaba la cabeza con las manos. Tenía la tez cetrina, del color de una tarta china de arto nuevo.

—Sólo quería asustarte —dijo—, no voy a malgastar una bala contigo. Puedes dejar de esconderte detrás de tu perro. Son más de las diez, hace mucho que deberías haber abierto la puerta de la mina.

El guardián de la mina bajó las manos y las examinó. Entonces, no muy convencido de lo que creer, sacudió la cabeza y se volvió a mirar las manos. No había sangre. Como un hombre que ha escapado de las garras de la muerte suspiró hondo y, todavía temblando mucho, preguntó.

—¿Qué, qué es lo que quieres?

Con una risita burlona Ding Gou'er dijo:

—Soy el nuevo director de la mina, las autoridades municipales me han mandado aquí.

El guardián de la mina corrió hacia la garita y volvió con una llave brillante de color amarillo, con la que abrió la entrada de la mina de manera ruidosa y rápida. La multitud corrió de vuelta a sus vehículos y en cuestión de segundos el claro empezó a vibrar con el sonido de los motores al encenderse.

Una marea de camiones y carros avanzaba lenta, inexorablemente hacia la puerta de entrada, que ahora estaba abierta; se daban golpes los unos a los otros, hacían mucho ruido, a medida que se abrían paso con dificultad. El investigador se apartó de en medio y a medida que observaba cómo avanzaba hacia el frente esta especie de insecto, con sus incontables recodos y con sus partes constantemente en movimiento notó un sentimiento extraño y poderoso de ira. A ese arrebato de furia le siguieron unos espasmos en el ano, donde unos vasos sanguíneos irritados empezaban a latir de forma dolorosa, y entonces supo que iba a tener un ataque de hemorroides. Pero esta vez iba a llevar a cabo la investigación, con hemorroides o sin ellas, como en los viejos tiempos. Este pensamiento alivió su furia y la disminuyó considerablemente, de hecho. Nada podía evitar lo inevitable. Ni la confusión generalizada ni las hemorroides. Sólo la respuesta de un acertijo es eterna. ¿Pero cuál era la respuesta esta vez?

La cara del guardián estaba arrugada y esbozaba una sonrisa ridícula y antinatural. Se inclinó y le hizo un gesto con la mano.

—¿Le importaría a nuestro nuevo jefe seguirme hasta la garita?

Ding estaba listo para seguir la corriente —así era como había vivido toda su vida— por lo que caminó detrás del hombre hasta el interior de la garita.

Era una habitación grande y espaciosa con una cama cubierta por un edredón negro. Además, había un par de botellas vacías en el suelo. Y una fantástica estufa muy grande. Y una montaña de carbón, cada trozo era tan grande como la cabeza de un perro. De la pared colgaba la imagen de un niño desnudo muy sonriente, con la piel rosada; tenía un melocotón de la longevidad entre sus manos —en un pergamino de año nuevo—, y la ricura de su pene asomaba como la crisálida de un gusano de seda rosa y serpenteante. Toda la imagen era increíblemente real. El corazón de Ding Gou'er se paró de la impresión y sus hemorroides le estaban haciendo polvo.

En la habitación hacía un calor insoportable y el ambiente estaba muy cargado por el carbón que rugía en la estufa. La parte inferior de la estufa y la superficie se habían vuelto de un color rojo intenso por el fuego feroz. El aire caliente se arremolinaba alrededor de la habitación y originaba unas telarañas de polvo que danzaban en las esquinas del techo. De repente a Ding Gou'er le picaba todo el cuerpo y la nariz le dolía muchísimo.

El guardián de la garita le observó atentamente la cara con zalamería.

—¿Tiene frío, director?

—¡Un frío polar! —contestó irónicamente.

—No se preocupe, no se preocupe por nada, echaré más carbón... —A la vez que murmuraba con tono de preocupación, el guardián de la garita alargó la mano y sacó de debajo de la cama un hacha afilada con el mango de color rojo dátil. La mano del investigador se fue de manera instintiva a su pistola, justo en el momento en el que vio al hombre arrastrar los pies hacia el montículo que contenía el carbón. El guardián se agachó y cogió un trozo de carbón negro brillante del tamaño de una almohada; mientras lo sujetaba con una mano, levantó el hacha con la otra por encima de su cabeza, y— *crac*, —el carbón se partió en dos trozos de aproximadamente el mismo tamaño, brillantes como el mercurio. *Crac, crac, crac, crac, crac*, los trozos se seguían haciendo más pequeños, formando una montaña pequeña. Abrió la rejilla de la estufa y salieron despedidas unas llamas al rojo vivo de por lo menos medio metro de altas: *zas*. El investigador estaba sudando de la cabeza al dedo gordo del pie, pero el guardián seguía echando carbón a la estufa, y seguía pidiéndole disculpas.

—En un minuto entraremos en calor. Este carbón es demasiado blando, quema demasiado rápido, hay que poner más.

Ding Gou'er se desabrochó el botón de la camisa y se secó el sudor de la frente con el sombrero.

—¿Por qué enciende la estufa en septiembre?

—Hace frío, director, mucho frío... —El guardián de la garita estaba tiritando—. Mucho frío... Hay carbón de sobra, una montaña entera...

El guardián de la garita tenía la cara seca, como un panecillo recocado.

Una vez que decidió que ya había asustado bastante al hombre, Ding Gou'er confesó que no era el nuevo director y le dijo que era libre de calentar el lugar todo lo que quisiera porque él tenía trabajo que hacer. El niño de la pared se reía de una manera increíblemente verosímil. Ding entrecerró los ojos para tener una imagen más nítida de niño. El guardián de la garita agarró el hacha con firmeza y dijo:

—Te has hecho pasar por el director de la mina y me has atacado con una pistola. Acompáñame, te voy a llevar al Departamento de Seguridad.

Ding Gou'er sonrió y le preguntó.

—¿Qué hubiera hecho si realmente hubiera sido el nuevo director?

El guardián de la garita metió el hacha debajo de la cama y sacó una botella de alcohol. Después de quitarle el corcho con los dientes le dio un considerable trago y le pasó la botella

a Ding Gou'er. Una hoja amarilla de ginseng estaba suspendida en el líquido, junto a siete escorpiones negros, que enseñaban los dientes, con las pinzas listas para atacar. Ding agitó la botella y los escorpiones se revolviéron en el líquido con ginseng. Un olor extraño emanó de la botella. Ding Gou'er le dio un pequeño sorbo y luego se la pasó de vuelta al guardián de la garita.

El hombre miró a Ding Gou'er con recelo.

—¿No quieres un poco? —preguntó.

—No soy un gran bebedor —contestó al guardián de la garita.

—No eres de por aquí ¿estoy en lo cierto? —preguntó el guardián de la garita.

—Oye viejo, eso es un niño regordete de piel blanca —dijo Ding Gou'er cambiando de tema.

Estudió la cara del guardián de la garita. Estaba decepcionado por sus evasivas. El hombre le dio otro gran trago y murmuró suavemente.

—¿Qué más da si quemo un poco de carbón? Una tonelada no cuesta más de...

En este momento Ding Gou'er estaba tan acalorado que no podía pasar más tiempo de pie. Aunque le resultaba difícil apartar los ojos de la imagen del niño, abrió la puerta y salió a la calle, donde hacía fresco y el día era agradable.

Ding Gou'er nació en 1941 y se casó en 1965. Fue una boda corriente; la novia y el novio se llevaban bien y tuvieron un solo niño, una ricura de niño. Él tenía una amante, que a veces era encantadora y otras veces era totalmente espeluznante. Unos días era como el sol, otros como la luna. A veces era un felino seductor, otras un perro completamente loco. La idea de divorciarse de su mujer le seducía pero no lo suficiente como para, de hecho, llevarla a cabo. Quedarse con la amante era tentador, pero no lo suficiente como para dar el paso. Cada vez que se ponía enfermo fantaseaba con la aparición de un cáncer, aunque al mismo tiempo le aterraba la idea de padecer una enfermedad; le encantaba vivir pero estaba muy cansado de ello. Tenía problemas para tomar decisiones. A menudo se pegaba la boca de la pistola a la sien aunque enseguida la volvía a retirar; otro lugar habitual para realizar este juego era en su pecho, sobre todo en la zona encima del corazón. Una cosa, y sólo una le gustaba sin duda ni excepción: investigar y resolver casos criminales. Era un investigador de rango superior, uno de los mejores y más conocidos entre los altos mandos. Medía un metro setenta y tres, era delgado, moreno, y ligeramente bizco. Un gran fumador al que le gustaba beber, pero que se emborrachaba con demasiada facilidad. Tenía once dientes, y no se le daban mal los combates cuerpo a cuerpo. Su puntería era muy mala: cuando estaba de buen humor hacía buenos tiros; de la otra manera no daba ni a un elefante. Era en cierta manera supersticioso, creía en el azar y el azar parecía seguirle a todas partes.

El Procurador General de la Procuraduría General le dio un cigarrillo de una marca

china y cogió otro para él. Ding sacó el mechero y encendió el cigarrillo del Procurador General, y luego el suyo. El humo que inundaba su boca sabía a caramelo de crema, dulce y empalagoso. Ding Gou'er se fijó en lo mal que se le daba fumar al Procurador General. Este abrió un cajón y sacó una carta. Primero le echó un vistazo y luego se la dio a él.

Ding Gou'er leyó rápidamente la carta garabateada por un denunciante de su propia compañía. Estaba firmada por alguien que se hacía llamar la Voz del Pueblo. Falso, obviamente. El contenido le sorprendió al principio, pero luego le entraron dudas. Volvió a leer la carta por encima, centrándose en las anotaciones puntuales que estaban hechas con una caligrafía un tanto recargada de un oficial superior que le conocía bien.

Analizó los ojos del Procurador General, que estaban fijos en una maceta con jazmines situada en el alféizar de la ventana. Las delicadas llores exudaban un perfume sutil.

—¿Piensa que es creíble? —preguntó—. ¿Tendrán realmente las agallas de cocer a fuego lento a los niños y comérselos? —El Procurador General sonrió de manera ambigua—. El secretario Wang quiere que lo descubras.

Su entusiasmo crecía dentro de su pecho y todo lo que dijo fue:

—Este no debería ser asunto de la Procuraduría. ¿Qué me dice de la Agencia de Seguridad Pública? ¿Están en Babia?

—No es mi culpa que tenga al famoso Ding Gou'er en mi plantilla ¿no?

Ligeramente ruborizado, Ding Gou'er le preguntó:

—¿Cuándo me tendría que ir?

—Cuando quieras —contestó el Procurador General—. ¿Te has divorciado ya? Sea como sea es sólo una formalidad. No hace falta decir que esperamos que ni una sola palabra sea verdad de esta acusación. Aun así no puedes decirle nada a nadie. Utiliza todos los medios necesarios para llevar a cabo esta misión, siempre que sean legales.

—¿Entonces me puedo ir? —Ding Gou'er se levantó para marcharse.

El Procurador General también se levantó y lanzó un cartón sin abrir de cigarrillos chinos sobre la mesa.

Después de coger los cigarrillos y salir de la oficina del Procurador General, Ding se subió en el ascensor, bajó hasta la planta baja y salió del edificio, decidido a ir en primer lugar al colegio de su hijo. El célebre Bulevar de la Victoria, con su flujo interminable de automóviles, le bloqueó el paso. Por lo que tenía que esperar a cruzar. Al otro lado de la acera, a su izquierda, un grupo de niños esperaba en fila india en el paso de peatones. Con el sol en sus caras parecían un manto de girasoles. Se sentía atraído por ellos. Las bicicletas pasaban a toda prisa, como un banco de anguilas. Las caras de los conductores eran poco más que

borrones. Los niños, vestidos con ropas coloridas, tenían las caras redondas y suaves y unos ojos sonrientes. Estaban atados los unos a los otros con una cuerda gruesa y roja, como espetos de pescado o pinchos de frutas. Se levantaban nubes de humo alrededor de ellos por los gases de los tubos de escape de los automóviles que brillaban como el carbón bajo el sol e invadían la atmósfera con su olor; los niños eran como brochetas de cordero asado, en su jugo y condimentados. Los niños son el futuro de la nación, sus flores y tesoros. ¿Quién se atrevería a atropellarlos? Los coches paraban. ¿Qué más podían hacer? Los motores de los coches rugían y petardeaban mientras cruzaban los niños y las dos mujeres vestidas de uniforme blanco que les custodiaban a cada lado de la fila. Sus caras eran como lunas llenas que encerraban unos labios de color bermellón y unos dientes blancos y afilados; podían ser gemelas... Tiraban de la cuerda hasta que estaba tirante y así bruscamente conseguían mantener el orden de la fila.

—¡Agarraos bien! ¡No os soltéis!

Mientras Ding Gou'er esperaba debajo de un árbol al borde de la carretera, recubierta de hojas amarillas, los niños cruzaron la calle y oleadas de coches pasaron zumbando segundos después. La fila empezó a torcerse y deshacerse; los niños piaban y gorjeaban como una bandada de gorriones. Tenían unas cintas de color rojo alrededor de las muñecas y estaban atadas a la cuerda roja. La fila ya no era recta, pero como los niños seguían sujetos a la cuerda las mujeres sólo tenían que tirar de ella para enderezarlos. Entonces oyó los mismos gritos de antes: «¡Agarraos a la cuerda! ¡No la soltéis!», y le enfurecieron. ¡Qué gilipollez! ¿Cómo... —pensó—... iban a soltarla si estaban atados a ella?

Se apoyó en el árbol y le preguntó a una de las mujeres con frialdad:

—¿Por qué les atáis de esa manera?

Ella le lanzó una mirada gélida.

—¡Lo-co! —dijo ella.

Los niños le examinaron.

—¡Loco! —repitieron al unísono.

Por el modo en el que alargaron las sílabas no podía saber si lo dijeron de manera espontánea o si lo tenían ensayado. Sus voces agudas y musicales se alzaron como pájaros al vuelo. Ding, además de esbozar una sonrisa falsa le hizo un gesto de disculpa con la cabeza a la mujer que estaba más alejada, pero esta le respondió apartándole la vista. El investigador siguió la fila de niños con la mirada hasta que desaparecieron por un callejón flanqueado por dos muros altos y rojos.

Fue costoso, pero al final consiguió cruzar al otro lado de la calle, donde un vendedor de Xinjiang con un pronunciado acento se dirigió a él para venderle brochetas de cordero asado. No se sintió tentado. Pero una chica de cuello largo se acercó y compró diez. Sus

labios eran rojos como el chile y embadurnaba las brochetas de carne crujientes y grasientas en un tarro de pimienta y aceite, y enseñaba los dientes al comer para que no se le fuera el pintalabios. Como le abrasaba la garganta, el investigador se dio la vuelta y se marchó enseguida.

Un poco más tarde Ding estaba enfrente de la escuela de Primaria fumando un cigarrillo mientras esperaba a su hijo, que no le vio hasta que salió corriendo por la puerta con su mochila a la espalda. Tenía manchas de tinta en la cara, las marcas de un estudiante. Ding pronunció el nombre de su hijo. Cuando el niño finalmente se acercó a regañadientes, le dijo que le habían destinado a la Tierra del vino y los licores por asuntos de trabajo.

—¿Y qué?

Ding Gou'er le preguntó a su hijo que quería decir con «¿Y qué?».

—¿Y qué significa y qué? ¿Qué quieres que te diga?

—¿Y qué? Estupendo... ¿Y qué? —dijo haciéndose eco de las palabras de su hijo.

Ding Gou'er entró en el Departamento de Seguridad del Comité del Partido de la mina, donde le recibió un joven con la cabeza rapada. Enseguida abrió un mueble bar que iba del suelo al techo. Le sirvió una copa y se la dio. La habitación tenía una gran estufa, que mantenía la habitación con calor, aunque no era tan sofocante como la de la garita. Ding Gou'er pidió algo de hielo; el joven le insistió en que probara la bebida así.

—Bebe un poco; te entonará.

La mirada suplicante del chico hizo que a Ding Gou'er le fuera imposible decir que no; aceptó y bebió lentamente.

La oficina estaba cerrada herméticamente con puertas y ventanas encajadas a la perfección. A Ding Gou'er le volvió a picar todo el cuerpo y ríos de sudor le corrían por la cara. Cabeza rapada trataba de consolarle:

—No te preocupes, se te pasará cuando te calmes.

Un zumbido penetró en los oídos de Ding Gou'er. Estaba pensando en abejas y miel, y en niños cubiertos de miel. Esta misión era demasiado importante como para dejarla a medias por falta de atención o por un descuido. El cristal de las ventanas parecía vibrar.

Fuera de la habitación unas grúas grandes se movían de manera lenta y silenciosa y abarcaban el espacio entre el cielo y la tierra. Ding se sintió como si estuviera en un acuario, como si fuera un pececillo. Las grúas de la mina estaban pintadas de amarillo, no muy chillón, pero era un color que intoxicaba la vista. Trató de escuchar el ruido que hacían, pero no hubo suerte.

Ding Gou'er se escuchó a sí mismo decir.

—Quiero ver al Director de la mina y al Secretario del partido.

Cabeza rapada dijo:

—Termínate la copa primero, termínatela.

Dado el entusiasmo de Cabeza rapada, Ding Gou'er echó la cabeza para atrás y vació el vaso.

No había terminado de dejar el vaso en la mesa cuando Cabeza rapada se lo había vuelto a rellenar.

—No más para mí —dijo—. Llévame a ver al Director de la mina y al Secretario del Partido.

—¿A qué viene tanta prisa, jefe? Una copa más y vamos. Me acusarán por incumplimiento del deber si no lo haces. Con las buenas noticias se bebe el doble... Venga, termínate la copa.

La imagen de la copa llena puso un poco nervioso a Ding Gou'er, pero tenía trabajo que hacer y no quería perder más tiempo, así que cogió la copa y se la bebió de un trago.

Dejó la copa y de nuevo en cuestión de segundos estaba llena otra vez.

—Es la política de la mina —dijo Cabeza rapada—. Si no te bebes tres, a saber lo nervioso que te pones.

—No bebo mucho —se quejó Ding Gou'er.

Cabeza rapada cogió la copa con las dos manos y se la acercó a los labios de Ding Gou'er.

—Te lo suplico —dijo con lágrimas en los ojos—. Bébetela. No querrás que me ponga nervioso ¿no?

Ding Gou'er vio una expresión tan amenazadora en la cara de Cabeza rapada que se le paró el corazón, luego se tranquilizó. Ding cogió la copa y se la bebió de un trago.

—Gracias —dijo Cabeza rapada con gratitud—. Gracias. Ahora, ¿qué me dices de otras tres copas más?

Ding Gou'er tapó el vaso con la mano.

—No más para mí. Ya está bien —dijo—. Ahora llévame con tus jefes

inmediatamente.

Cabeza rapada se miró el reloj de la muñeca.

—Es un poco temprano para ir a verlos ahora —dijo.

De repente Ding Gou'er sacó su placa de identificación.

—Estoy aquí por asuntos importantes de trabajo —dijo malhumorado—, por lo que no trates de interrumpirme.

Cabeza rapada vaciló durante unos segundos, luego dijo:

—Vamos.

Ding siguió a Cabeza rapada fuera de la oficina del Departamento de Seguridad y entraron en un pasillo que tenía puertas a los lados, con unas placas de madera que tenían escritos diferentes nombres.

—Las oficinas del Secretario del Partido y del Director de la mina no están en este edificio, me temo —dijo Ding Gou'er.

—Tú, ven conmigo —dijo Cabeza rapada—. Te has bebido tres copas para hacerme un favor, por lo que no te tienes que preocupar de que te vaya a llevar por mal camino. Si no hubieras bebido esas tres copas te hubiese llevado a la oficina del Secretario del Partido y te hubiese dejado con su secretaria.

Mientras salían del edificio vio la cara de Cabeza rapada reflejarse débilmente en la puerta de cristal y se quedó impresionado por lo demacrada que estaba y por la mirada tan extraña que tenía. Las bisagras chirriaron cuando se abrió la puerta, entonces se cerró de golpe y le dio tan fuerte en el trasero que se tambaleó hacia delante. Cabeza rapada le agarró para sujetarlo. Los rayos de sol eran bastante penetrantes. Las piernas empezaron a temblarle, sus hemorroides cada vez eran más punzantes y le zumbaban los oídos.

—¿Estoy borracho? —le preguntó a Cabeza rapada.

—No estás borracho, jefe —respondió Cabeza rapada—. ¿Cómo alguien como usted puede estar borracho? La gente que se emborracha por aquí es la escoria de la sociedad, la gente inculta. La gente intelectual, aquellos que son la «nieve primaveral» no pueden emborracharse. Tú eres un intelectual, por lo que no puedes estar borracho.

Esta lógica aplastante convenció por completo a Ding Gou'er, que siguió al chico por un claro que tenía muchos troncos esparcidos por el suelo. Era un poco desconcertante, dada la variedad de tamaños. Los más gruesos tenían un par de metros de diámetro, los delgados no más de cinco centímetros. Pinos, abedules, tres clases de robles, y otros de los que no se sabía el nombre. Dado que poseía un escaso conocimiento de botánica estaba contento de

haber reconocido unos pocos. Los troncos agujereados y deteriorados apestaban a alcohol. Los hierbajos que habían empezado a marchitarse habían germinado entre y alrededor de los troncos. Una polilla blanca revoloteaba perezosamente en el aire. Golondrinas negras planeaban por encima, con un aspecto ligeramente ebrio. Trató de abrazarse a un viejo roble, pero era demasiado grueso. Entonces le dio un golpe con el puño en los anillos de crecimiento rojos y un líquido corrió por su mano. Suspiró.

—¡Qué árbol más magnífico debió de haber sido en su día! —le remarcó.

—El año pasado un vinicultor autónomo ofreció tres mil por él, pero no lo vendimos —le contó Cabeza rapada.

—¿Para qué lo quería?

—Barriles de vino —respondió Cabeza rapada—. Tienen que ser de roble para que el vino sea de alta calidad.

—Se lo deberíais haber vendido. No vale tres mil ni de cerca.

—No estamos de acuerdo con ser autónomo. Preferimos que se pudra antes de apoyar una economía de emprendedores.

Mientras que Ding Gou'er aplaudía en silencio la concienciación de la mina de carbón del Monte Lou sobre el sistema de propiedad pública, un par de perros se perseguían el uno al otro alrededor de unos troncos, corriendo y resbalándose como si estuvieran un poco locos, o como si estuvieran borrachos. El más grande se parecía un poco al perro de la garita, pero no demasiado. Corretearon alrededor de un montón de leños, y luego alrededor de otro montón, como si estuvieran en una selva virgen. Muchas setas crecían profusamente en la gran sombra del enorme roble caído, capas de hojas de roble y de corteza desconchada exudaban el olor seductor de la savia fermentada de la bellota. Sobre uno de los troncos, uno viejo, enorme y descolorido, había cientos de setas con forma de niños pequeños: eran de color rosado, con la piel limpia y ligeramente arrugada.

Y todos eran niños, sorprendentemente, con pequeñas colitas rosas del tamaño de un cacahuete. Ding Gou'er sacudió la cabeza para aclararse las ideas; unas sombras misteriosas, espeluznantes y diabólicas parpadeaban en su mente y se le extendían por el cuerpo. Se reprochó a sí mismo que llevaba mucho tiempo en este lugar y todavía no había dedicado ni un segundo a su investigación. Pero entonces le vinieron otros pensamientos. Se tranquilizó al pensar que habían pasado menos de veinticuatro horas desde que empezó el caso y que ya había encontrado un camino en el laberinto; eso era algo productivo. Su paciencia volvió, así que siguió al joven de cabeza rapada. «Vamos a ver dónde tiene pensado llevarme».

Al pasar al lado de un montón de troncos de madera de abedul vio un bosque de girasoles. Todas las flores que miraban al sol formaban un manto dorado sobre el césped de color verde oscuro. Mientras respiraba el aroma único y embriagador del abedul su corazón se llenó de imágenes de montañas otoñales. La corteza de abedul blanca como la nieve se

aferraba a la vida, seguía húmeda, fresca. En la parte por la que el tronco se había partido asomaba pulpa muy carnosa y muy tierna, como si quisiera probar que el tronco todavía estaba vivo. Un grillo de color lavanda se agachó sobre el tronco de abedul, parecía que estuviera desafiando a alguien para que fuera a cazarlo. Incapaz de contener su entusiasmo, el joven de cabeza rapada anunció.

—¿Ves esa fila de edificios de tejas rojas allí en el bosque de girasoles? Ahí es donde encontrarás al Secretario del Partido y al Director de la mina.

Parecía como si una docena de edificios con tejas rojas se acurrucara entre los verdes y amarillos del bosque de girasoles, que tenían el tallo grueso, amplias hojas y que se alimentaban de la tierra fértil y húmeda. Bajo los brillantes rayos de sol el amarillo era extraordinariamente reluciente. Y a medida que Ding Gou'er entraba en el maravilloso paisaje, una sensación de aturdimiento, que rozaba la intoxicación, se difuminó por su cuerpo: delicada, vaga, y profunda. Cuando el aturdimiento desapareció por completo Cabeza rapada se había desvanecido. Ding saltó sobre una montaña de troncos de abedul para ganar una posición estratégica y de forma inmediata sintió que cabalgaba sobre las olas; la montaña de troncos de abedul era un barco que navegaba en un mar revuelto. A lo lejos la montaña de gravilla seguía ardiendo, aunque el humo había perdido mucha de la densidad que llevaba al mediodía.

Hombres negros pululaban sobre montañas de carbón de fácil acceso, debajo de los cuales los vehículos trataban de aparcar. Los gritos humanos y los ruidos de los animales eran tan débiles que pensó que le había pasado algo a su oído; estaba incomunicado del mundo material por una barrera invisible. Las grúas de color albaricoque extendían sus largos miembros en el hoyo de la mina de carbón, sus movimientos eran terriblemente lentos aunque muy precisos. De repente se sintió mareado, se agachó y se tumbó boca abajo sobre uno de los leños de abedul. Todavía naufragaba entre las olas. Cabeza rapada se había, en efecto, desvanecido en el ligero aire. Ding se deslizó por un leño de abedul y caminó hacia el bosque de girasoles.

No podía dejar de pensar en su comportamiento. Un investigador criminal, muy reputado entre los altos mandos de su país estaba en cuclillas sobre una montaña de leños como un cachorro tan aterrorizado del agua que no es capaz de apreciar el paisaje; este comportamiento se estaba convirtiendo en un problema para la investigación de un caso que se transformaría en un escándalo internacional si las acusaciones demostraban que todo era cierto. Sería tan increíble, que si fuera parte de una película la gente se burlaría y no se lo creería. Ding Gou'er llegó a la conclusión de que estaba un poco borracho, pero eso no alteraba el hecho de que no se podía fiar de Cabeza rapada y que no era completamente normal, no, decididamente no era una persona normal. La imaginación del investigador empezó a elevarse como un pájaro, sus alas y plumas seguían las ráfagas del viento. Pensó que el chico de la cabeza rapada era parte de esa gentuza que come niños y que había planeado su huida mientras le guiaba por el laberinto de leños. El camino estaba lleno de trampas y peligros. Pero había desestimado la inteligencia de Ding Gou'er.

Ding sujetaba el maletín en su pecho, porque dentro había algo pesado como el acero,

su pistola. De mala gana le echó un vistazo por última vez a los leños de abedul y de roble, sus queridos leños de colores. Sus cortes transversales los convertían en objetivos, y mientras fantaseaba con dar en el blanco sus piernas le llevaron al final del bosque de girasoles.

Que un lugar así de silencioso y solitario pudiera existir en mitad de una furiosa mina de carbón le hizo pensar en el poder de la voluntad humana. Los girasoles se movieron y parecían saludarle sonrientes. Él percibió cierta hipocresía y cierta traición en aquellas sonrisas de un verde esmeralda y un amarillo pálido. De repente oyó una risilla antipática, muy leve, a la vez que el viento hacía que las hojas danzaran y susurraran. Primero metió la mano en su maletín para tocar a su fría y pesada compañera y luego dio grandes zancadas con determinación hacia los edificios rojos, con la cabeza alta. Con la mirada fija en los edificios, Ding se sintió amenazado por los girasoles de alrededor. Eran muy agresivos y tenían ramas espinosas.

Ding Gou'er abrió la puerta y entró en el edificio. Había sido un largo camino, lleno de experiencias nuevas, pero finalmente tenía delante al Secretario del Partido y al Director de la mina. Los dignatarios tenían unos cincuenta años y poseían una cara redonda e hinchada, como roscas de pan horneado; su piel era casi roja, como el color de un huevo de más de cien años y cada uno tenía la barriga de un general. Llevaban puestas unas túnicas grises y elegantes. Sus sonrisas eran agradables, magnánimas, como la mayoría de los hombres de alto rango. Y podían haber sido gemelos. Agarraron la mano de Ding Gou'er y la apretaron con ganas. Eran expertos en dar apretones de manos: no demasiado flojos, no demasiado fuertes; no demasiado suaves, no demasiado firmes. Ding Gou'er sintió una oleada de calor por el cuerpo con cada apretón de mano, como si estuviera agarrando unos carnosos boniatos recién sacados del horno. Se le cayó el maletín al suelo. La pistola se disparó sola.

«¡Pum!».

El maletín echaba humo; un ladrillo se desmoronó de la pared. El susto de Ding Gou'er se manifestó en espasmos de dolor de sus hemorroides. Entonces vio cómo la bala destrozaba la vidriera de cristal de la pared; el título de la vidriera era «Natha levanta el caos en el océano». El artista había convertido al celestial Natha en un bebé gordo y tierno y el disparo accidental del investigador había destrozado la colita de Natha.

—¡Eso sí que es un buen disparo!

—¡«El pájaro que asoma la cabeza recibe un tiro»!

Ding Gou'er estaba muerto de vergüenza. Cogió el maletín, sacó la pistola y le puso rápidamente el seguro.

—Hubiese jurado que puse el seguro —dijo.

—Hasta un purasangre se tropieza a veces.

—Las armas se disparan solas todo el tiempo.

Las magnánimas y consoladoras palabras del Director de la mina y del Secretario del Partido sólo acentuaron su bochorno; la seguridad en sí mismo con la que había entrado por la puerta se evaporó como la espuma. Avergonzado y con la cabeza gacha, buscó torpemente su placa de identificación y la carta de presentación.

—¡Usted debe de ser el Camarada Ding Gou'er!

—¡Estamos encantados de que haya venido a evaluar nuestro trabajo!

Demasiado avergonzado para preguntar que cómo sabían que iba a venir, Ding Gou'er simplemente se frotó la nariz.

—Camarada Director —dijo—, y Camarada Secretario del Partido, me manda un camarada de alto rango para investigar los informes que dicen que en su apreciada mina están cocinando y se están comiendo niños. Este caso tiene implicaciones de amplio alcance por lo que hay que mantener la mayor discreción.

El Director de la mina y el Secretario del Partido se miraron fijamente (durante al menos diez segundos) antes de aplaudir y romper a reír de manera escandalosa.

Ding Gou'er frunció el ceño y dijo con tono de reproche.

—Debo pedirles que se tomen esto en serio. El Subdirector de Propaganda, Diamante Jin, que es el sospechoso principal, trabaja para su apreciada mina.

Uno de ellos, el Director de la mina o el Secretario del Partido dijo:

—Eso es cierto, el Subdirector Jin era profesor de la escuela de primaria asociada a la mina. Pero él es un camarada de talento y de principios, uno entre un millón.

—Me gustaría que me informara de todo.

—Podemos hablar mientras comemos y bebemos algo.

Antes de que pudiera abrir la boca para protestar le metieron a empujones en el comedor.



Mi querido, estimado Mo Yan

¡Saludos cordiales!

Soy un estudiante de Doctorado en vinos y licores de la Universidad de Destilación aquí, en la Tierra del vino y los licores. Mi nombre es Li, Li Yidou, «Una pinta Li», pero por supuesto que es sólo un seudónimo. Me perdonará por no revelarle mi identidad. Usted es un escritor famoso en el mundo entero (no pretendo adularle), por lo que se imaginará por qué he elegido este seudónimo en concreto. Puede que mi cuerpo esté en la Tierra del vino y los licores, pero mi corazón está en la literatura, chapoteando en el mar de la literatura. Por eso es por lo que el director de mi tesis, que es el padre de mi mujer, el marido de mi suegra, es decir mi suegro —en términos elitistas «el señor del castillo», más comúnmente «el hombre»— Yuan Shuangyu, Profesor Yuan, siempre me está criticando por dejar a un lado mi verdadera profesión, y hasta ha intentado convencer a su hija para que se divorcie de mí. Pero no me van a disuadir. Por el bien de la literatura de buena gana escalaría una montaña de cuchillos o me lanzaría a un mar de llamas. «Por ellos me consumiré, contento de que mis ropas se separen de mi cuerpo». Mi respuesta es siempre la misma: ¿Qué es exactamente dejar de lado la verdadera profesión de una persona? Tolstoy fue un militar, Gorki panadero y friegaplatos, Guo Moruo un estudiante de medicina y Wang Meng Vicesecretario del Partido de Beijing de la Liga de Juventudes en la nueva China democrática. Todos ellos cambiaron sus profesiones y se convirtieron en escritores. Cuando mi suegro trataba de rebatir mis argumentos yo simplemente me quedaba mirándole, como el legendario y excéntrico poeta Rúan Ji, con la excepción de que a mí me faltaba el poder de mi ilustre antecesor y era incapaz de disimular completamente la ira de mis ojos negros. Lu Xun tampoco pudo hacerlo, ¿verdad? Pero usted ya sabe todas estas cosas, así que ¿por qué estoy tratando de impresionarle? Es como recitar *Tres personajes clásicos* delante de Confiado, o manejar la espada delante del guerrero Guan Yu, o alardear de lo mucho que bebes delante de Diamante Jin... pero me estoy desviando del fin de esta carta.

Mi querido, estimado Mo Yan, he leído con gran placer todo lo que ha escrito, y me inclino ante usted. Una de mis almas ha abandonado el mundo de los mortales, otra ha volado directa al Nirvana. Su obra está a la par que el *Fénix Nirvana* de Guo Moruo y *Mis universidades* de Gorki. Lo que más admiro de usted es su espíritu, como el del dios del vino, que bebe todo lo que quiere sin emborracharse. He leído un artículo en el que usted escribió: «el alcohol es literatura» y «las personas que desconocen el alcohol no pueden hablar de literatura». Estas reconfortantes palabras desbordaron mi mente de saber y eliminaron todos

los obstáculos que impiden llegar al entendimiento. Era realmente un caso de: «Abre tus compuertas de la garganta y bébete un buen vaso de Maotai». No puede haber más de cien personas en este mundo que sepan más sobre vino y licores que yo. Usted, por supuesto, está entre ellas. La historia del alcohol y la destilación del alcohol, la clasificación de los licores, la composición química del licor y sus propiedades físicas, todo eso lo conozco como la palma de mi mano. Por eso es por lo que me seduce tanto la literatura y por lo que creo que soy capaz de producir buena literatura. Su opinión sería la copa que me daría seguridad en mí mismo, y servirá de lo mismo que aquella copa que el héroe y mártir Li Yuhe le quitó a su Tía Li justo antes de que le arrestaran. Por lo que Mo Yan, muy señor mío, ahora usted debería saber por qué estoy escribiendo esta carta. ¡Por favor permita que su discípulo se postre ante usted!

He visto recientemente la adaptación cinematográfica de su novela *Sorgo rojo*, en la que he visto que usted también colaboró, y me emocioné tanto que apenas pude dormir esa noche. Así que bebí, una copa tras otra. Me alegré mucho por usted, muy señor mío, y estaba muy orgulloso. ¡Mo Yan, usted es el orgullo de la Tierra del vino y los licores! Voy a pedirles a todas las personas de cualquier condición que vayan a su pueblo del Noreste de Gaomi y le traigan aquí a la Tierra del vino y los licores. Espere noticias mías.

No debo extenderme mucho en esta primera carta. Le incluyo un relato corto para que me haga una crítica. Lo escribí como un poseso la noche que vi su película *Sorgo rojo*, después de dar muchas vueltas en la cama, y finalmente beber durante toda la noche. Si piensa que pudiera ser una historia prometedora le agradecería si la pudiera recomendar para que la publicaran en cualquier sitio. Le saludo respetuosamente y le deseo...

Un éxito duradero,

su discípulo

Li Yidou

Pd: Por favor hágame saber si le falta vino o licor.

Le mandaré más enseguida.



Querido doctor en vinos y licores

¡Saludos!

Tu carta y el relato «Alcohol» llegaron a salvo.

Soy una persona culta de casualidad, y es por eso por lo que tengo a los universitarios en tan alta estima. Y un doctorando, en fin, eso es la cúspide.

En los tiempos que corren es justo decir que la literatura no es la elección de los sabios, y para aquellos para los que como nosotros es demasiado tarde elegir otro camino, sólo nos queda suspirar si carecemos de talento y aptitudes. Un escritor llamado Li Qi escribió una vez una novela titulada *No me trates como a un perro*, en la que describe a una pandilla de *punkies* que no tienen oportunidades de atracar o robar o asaltar, por lo que uno de ellos dice: «¡Vamos a convertirnos en malditos escritores!». Preferiría no entrar en detalles de lo que pasa a continuación. Si estás interesado puedes buscar una copia de la novela tú mismo.

Eres un doctorando en vino y licores. Te envidio más de lo aconsejable. Si yo fuera un doctorando en vino y licores, dudo que malgastase mi tiempo escribiendo novelas. En China, que apesta a alcohol, ¿puede haber alguna otra profesión más prometedora o con más futuro que el estudio de las bebidas alcohólicas? ¿Otro campo que confiera más beneficios? En el pasado se decía: «En los libros hay castillos de oro, en los libros hay toneladas de cereales y en los libros hay mujeres hermosas». Pero los viejos almanaques tienen sus defectos, y la palabra «alcohol» hubiese funcionado mejor que «libros». Fíjate en Diamante Jin, que es el subsecretario Jin, que tiene una capacidad oceánica para beber alcohol, un hombre que se ha ganado el respeto eterno de todo el mundo en la Tierra del vino y los licores. ¿Dónde va a encontrar a un escritor cuyo renombre pueda ser comparado con el suyo? Así que joven (no soy digno de que me llamen «muy señor mío»), te insto para que escuches a tu suegro y evites coger el camino equivocado.

En tu carta decías que uno de mis ensayos te inspiró para convertirte en escritor. Eso es un gran error. Escribí la tontería de que «el alcohol es literatura» y «la gente que desconoce el alcohol es incapaz de hablar de literatura» cuando estaba muy borracho, y no debes tomártelo al pie de la letra.

He leído atentamente tu manuscrito. No tengo conocimientos de teoría de la literatura

ni habilidad para apreciar el arte. Cualquier comentario bueno que pueda hacerte no tendría sentido. Pero les he mandado un mail a los editores de *Literatura para los ciudadanos*; allí se encuentran los mejores editores contemporáneos. Si eres un verdadero «Mil combates Li^[1]» estoy seguro de que habrá un hueco para ti en alguna parte. Tengo vino y licores de sobra, pero gracias por preguntar.

Te deseo salud y felicidad,

Mo Yan



«Alcohol»

Li Yidou

«Queridos amigos, queridos estudiantes, cuando me enteré de que me habían contratado como profesor visitante en la Universidad de Destilación, fue un gran honor, como una lluvia primaveral en mitad del invierno, y me llegó al corazón, que es leal y viril, a mis pulmones e intestinos verdes y a mi hígado morado, que asienta y tolera el alcohol. Estoy de pie detrás de este estrado sagrado, hecho de madera de pino y ciprés y decorado con flores coloridas de plástico para daros una conferencia fundamentalmente sobre las características particulares del alcohol. Todos vosotros sabéis que cuando el alcohol entra en el cuerpo, la mayor parte se metaboliza en el hígado».

Diamante Jin se subió al estrado en la sala de educación general de la Universidad de Destilación en la Tierra del vino y los licores y con solemnidad cumplió con su objetivo. Había elegido un tema vasto y de amplio alcance para su primera conferencia: «Alcohol y sociedad». En la historia de líderes destacados y brillantes no hay ninguno que no evite ser concreto cuando hablan en público, como Dios mirando hacia abajo desde de las alturas, e invocan tiempos remotos y modernos, convocan al cielo y la tierra, recorren un vasto camino a través del tiempo y el espacio. Diamante Jin mostró su valía como profesor visitante y no dio muchos detalles del tema de su discurso. Se permitía a sí mismo elevarse en el cielo como un corcel divino, aunque de vez en cuando sabía que debía volver a la tierra. La retórica fluía de su boca, cambiando su curso según su voluntad, a pesar de que cada frase estaba anclada al tema, directa o indirectamente.

Novcientos universitarios de la Tierra del vino y los licores, chicos y chicas, le escuchaban con atención. Sus corazones y sus mentes estaban listos para fugarse junto al resto de profesores, instructores y becarios de la sala. Todos estaban sentados y formaban un cuerpo único; eran una galaxia de ignorantes mirando fijamente a una estrella luminosa y

celestial. Era una mañana primaveral y soleada, y Diamante Jin estaba detrás del estrado mirando a su público con ojos tan brillantes como el diamante. El profesor Yuan Shuangyu, que tenía los sesenta años más que cumplidos, se sentó entre el público y miró al escenario; su pelo blanco parecía que iba a desprenderse en el aire por encima de su cabeza, era la imagen de la elegancia. Cada pelo era como una hebra de hilo de color plata, sus mejillas estaban encendidas y su compostura era impecable; al igual que un iluminado taoísta, era un hombre que encarnaba el espíritu de una nube a la deriva o de una grulla salvaje. Su cabeza plateada, que destacaba entre todas las demás, daba el efecto de un camello entre un rebaño de ovejas. Este anciano caballero fue mi director de tesis. Le conocí un día y luego conocí a su mujer, y después me enamoré de su hija y nos casamos, lo que significaba que él y su mujer se convirtieron en mis suegros. Ese día yo estaba entre el público, un doctorando en vino y licores en la Universidad de Destilación, y mi director de tesis era mi suegro. El alcohol es mi espíritu, mi alma, y es además el título de este relato. Escribir ficción es para mí un *hobby*, por lo que estoy al margen de las presiones de un escritor profesional; puedo dejar volar la pluma donde quiera y puedo emborracharme mientras escribo. ¡Un buen licor! ¡Eso es, un buen licor! Un buen licor, buen licor... de mi mano emerge tinta tan buena como un buen licor. Si lees mis palabras, mi gran licor, no levantarás la mirada del papel, como un puerco que no levanta la mirada del plato cuando come. Cuando cierro los ojos todavía puedo ver la sala de conferencias. El laboratorio. Todo ese precioso licor en el Laboratorio de Mezclas, cada vaso de precipitados lleno con diferentes tonos de rojo; las luces bailan, el vino corre por mis venas, en la corriente del tiempo mis pensamientos viajan corriente arriba y la pequeña cara de Diamante Jin se difumina, pero es muy expresiva, con un atractivo seductor. Es el orgullo y la gloria de la Tierra del vino y los licores, objeto de reverencia entre todos los alumnos. Ellos quieren que sus futuros hijos sean como Diamante Jin, las jóvenes desean que sus futuros maridos sean como Diamante Jin. Un banquete no es un banquete sin alcohol; la Tierra del vino y Los licores no sería la Tierra del vino y los licores sin Diamante Jin, que entonces se bebió de un trago un vaso grande de alcohol, luego se secó sus húmedos y sedosos labios con un pañuelo de seda que olía a elegancia. Wan Guohua, la flor del Departamento de Destilación, llevaba puesto el vestido más bonito que el mundo ha visto jamás y le rellenó la copa a nuestro profesor visitante; cada movimiento era un ejemplo de elegancia. Ella se ruborizó cuando él la miró con dulzura; casi podíamos decir que unas nubes rojas se asentaban en sus mejillas debido a la alegría. Sé que algunas chicas del auditorio sintieron punzadas de celos, mientras que otras sintieron pura envidia y otras apretaban los dientes llenas de ira. Él tenía una voz retumbante y nítida que proyectaba desde lo más profundo de su garganta, nunca la tenía que aclarar antes de hablar. Su tos era su único defecto, del que sólo la gente destacada puede presumir, un simple hábito que no afectaba a su imagen refinada. Dijo:

«Queridos compañeros y alumnos, no tengáis fe ciega en el talento, el talento en realidad no es nada más que trabajo y esfuerzo. Por supuesto que los materialistas no niegan de manera categórica que algunas personas están dotadas más profusamente que otras. Pero este no es un absoluto determinante. Reconozco que poseo una habilidad natural superior para beber alcohol, pero si no fuera por practicar, prestar atención a la técnica y al arte, esta espléndida habilidad que poseo de beber todo lo que quiera sin emborracharme hubiese sido imposible».

Eres muy modesto Diamante Jin, pero en realidad las personas con verdaderas

habilidades generalmente lo son. La gente que presume de sus talentos no suele tener talentos naturales, o muy pocos. Con suma gracia te bebiste otra copa. La jovencita del Departamento de Destilación te la rellenó con garbo. Yo me relleno mi propia copa con hartazgo. La gente se intercambiaba sonrisas y miradas de complicidad. El alcohol era la musa del poeta de la dinastía Tang. Li Bai. Pero Li Bai no puede compararse a mí porque él tenía que pagar el vino y los licores y yo no. Puedo beber el vino y el licor del laboratorio. Li Bai fue un maestro literario, mientras que yo sólo hago garabatos. El Vicepresidente de la Asociación de Escritores Metropolitanos me propuso que escribiera sobre los aspectos de la vida que me eran familiares. Solía con frecuencia llevar el vino o el licor que robaba del laboratorio a su casa. Él no me mentiría. ¿Por dónde vas de la conferencia Diamante Jin? Vamos a aguzar el oído y a focalizar nuestra energía. Los estudiantes universitarios eran como novecientos burros bravucones.

Burros. La expresión de la cara del profesor Diamante Jin, nuestro subdirector, y sus ademanes, apenas diferían en algo de los burros. Se le veía muy adorable ahí arriba detrás del estrado, con las manos revoloteando en el aire y el cuerpo retorciéndose. Estaba diciendo:

«Mi relación con el vino y el licor se remonta a hace cuarenta años. Hace cuarenta años, cuando se fundó nuestra República Popular, fue un mes de completa dicha, y en aquel entonces yo simplemente estaba arraigándome en el útero de mi madre. Antes de eso, de acuerdo a lo que he podido averiguar, mis padres no se diferenciaban del resto de la gente: rebeldes hasta el punto de insensatos, y todos los placeres que siguieron se sumieron en un estado de éxtasis salvaje, tan exagerado como si cayeran flores del cielo. Por lo tanto yo soy producto, o quizá un subproducto, del éxtasis. Queridos alumnos, todos conocemos la relación entre el alcohol y el éxtasis. No importa si los carnavales coinciden con las celebraciones del dios del vino ni tampoco importa que Nietzsche naciera en la fiesta del dios del vino. Lo que importa es que la unión del esperma en éxtasis de mi padre y el ovario en éxtasis de mi madre predeterminaron mi estrecha relación con el alcohol. —Desdobló un papelito que le pasaron y lo leyó—: “Soy un trabajador ideológico del Partido —anunció con tolerancia y magnanimidad— por lo que ¿cómo voy a ser un portavoz del idealismo?”. Soy materialista hasta la médula. Ahora y siempre levantaré bien alto la pancarta con las palabras bordadas con hilo dorado: “El materialismo primero, los asuntos espirituales después”. Aunque es consecuencia del éxtasis, el esperma es algo material, por lo que usando esta lógica ¿no es el ovario algo material también? O, visto desde otro ángulo, ¿es posible para la gente en estado de éxtasis abandonar su propia carne para transformarse en seres puramente espirituales volando en todas direcciones? Y además mis queridos alumnos el tiempo es oro, el tiempo es dinero, el tiempo es vida en sí mismo y no debemos dejar que las cosas más sencillas nos confundan. Hoy al mediodía vamos a inaugurar el Primer Festival Anual de Licor del mono para nuestros benefactores, incluyendo chinos-americanos y a nuestros hermanos de Hong Kong y Macao. Se merecen lo mejor».

Desde donde yo estaba colocado de pie, en la parte trasera del pasillo, vi los músculos deltoides debajo del cuello del marido de mi suegra ponerse tensos y rojos cuando Diamante Jin mencionó las palabras «Licor del mono». El viejo profesor había estado salivando la mayor parte de su vida adulta al pensar en el supremo licor de esta leyenda. Para los dos millones de habitantes de la Tierra del vino y los licores transformar la leyenda del «Licor del mono» en una bebida real sería como un sueño hecho realidad; se había formado un equipo

de personas, con extraordinarios fondos de las arcas municipales. El viejo profesor había liderado este equipo, por lo que ¿qué deltoides iban a tensarse si no eran los de él? No pude ver su cara. Pero estoy seguro de que se cómo era. Diamante Jin prosiguió:

«Queridos alumnos, dejad que la siguiente imagen sagrada tome forma delante de vuestros ojos: Un banco de extasiados espermas, moviéndose ágiles, como un ejército de valientes soldados asaltando una fortaleza. Oh, puede que estén muy excitados, pero sus movimientos son enérgicos aunque controlados. El cabecilla fascista Hitler quería que la juventud de Alemania fuera rápida y ágil, como perros de caza feroces, que fuera resistente y flexible como el cuero, y dura e implacable como el acero. Ahora, aunque la juventud alemana idealizada de Hitler puede ser de alguna manera análoga al banco de esperma moviéndose delante de nuestros ojos —uno de ellos es el esperma que me creó—, no merece la pena repetir metáforas como las de Hitler por muy buenas que sean, sobre todo cuando el creador de ellas está entre los hombres más malvados que ha pisado la faz de la tierra. Mejor que usemos clichés domésticos en lugar de los mejores clichés que los extranjeros nos puedan ofrecer. Es una cuestión de principios. Líderes, camaradas de todos los niveles, tened cuidado, no seáis chapuceros, nunca. En los libros de medicina los espermatozoides vienen descritos como renacuajos, por lo que dejad que estos renacuajos se den un baño. En esa marea de renacuajos uno lleva mi nombre y nada en las aguas templadas de mi madre. Es una carrera. El trofeo del ganador es una jugosa y tierna uva blanca. A veces, por supuesto, hay empate entre dos de los competidores. En casos como este, si hay dos uvas blancas, cada contrincante se lleva la suya; pero si sólo hay una uva blanca, entonces tienen que compartir el dulce néctar. ¿Pero qué pasa si tres o cuatro o incluso más contrincantes llegan a la línea de meta a la vez? Esto es un caso especial, no es algo particularmente frecuente, y los principios científicos son abstraídos de las condiciones generales, no contemplan las condiciones especiales. Lo que requiere una discusión especial. De todas maneras en esta carrera en particular yo alcancé la línea de meta por delante de los demás, y la uva blanca me tragó, pasando a ser parte de ella y dejando que ella fuera parte de mí. Eso es, la metáfora imaginable más rica del mundo sigue siendo inferior al “Licor del mono”; Lenin dijo que sin metáfora no puede haber literatura y eso mismo dijo Tolstoy. Nosotros frecuentemente usamos “alcohol” como metáfora de una mujer bella, y la gente emplea frecuentemente una mujer bella como metáfora del alcohol; pero haciendo esto, demostramos que el alcohol y una bella mujer comparten propiedades comunes, que están individualizadas por propiedades distintivas dentro de esas propiedades comunes, y que las propiedades comunes dentro de las propiedades distintivas son las que desindividualizan a una mujer bella y al alcohol. Rara vez alguien adquiere verdadero entendimiento de la ternura de una mujer bella bebiendo alcohol; eso es tan raro como las plumas de un ave fénix y los cuernos de un unicornio. De igual modo, es difícil para una persona adquirir verdadero entendimiento de las cualidades de un licor a través de la dulzura de una bella mujer; eso es tan raro como los cuernos de los unicornios o las plumas del ave fénix».

Ese día su discurso nos dejó estupefactos, nosotros somos diplomados con una mentalidad más cerrada que los licenciados. Él había consumido más alcohol que el agua que habíamos consumido nosotros.

El conocimiento genuino viene de la práctica, queridos estudiantes. Un tirador se alimenta de balas; la musa del alcohol se baña en alcohol. ¡No hay atajos en el camino del

éxito, y sólo aquellas personas intrépidas que tienen el coraje de seguir escalando una ardua montaña tienen alguna esperanza de alcanzar la gloriosa cima!

La gloria de la verdad brilló sobre nosotros y nosotros respondimos con un aplauso ensordecedor.

»Alumnos, yo tuve una infancia deprimente. La gente especial lucha contra los mares de miseria y yo no fue ninguna excepción. Yo anhelaba el alcohol, pero no había.

El subdirector Jin nos ha contado como, bajo grandes circunstancias adversas, substituyó el alcohol industrial por alcohol hecho a partir de sorgo con el fin de fortalecer sus órganos internos, y yo quiero usar pura literatura para describir esta experiencia extraordinaria. Cojo mi copa, le doy un trago y hago un ruido al dejarla en la bandeja lacada. Estaba oscureciendo, y Diamante Jin se encontraba en un punto intermedio entre ser el Subdirector y su frenético esperma. Hizo gestos con la mano. Llevaba puesta una chaqueta con forro hecha jirones cuando nos condujo a su pueblo natal:

»Era una fría noche de invierno, la luna creciente y el cielo de estrellas iluminaban las calles y las casas. Las ramas estaban marchitas y las hojas de los sauces y las flores de los ciruelos forraban el suelo del pueblo de Jin. No mucho después de una reciente y pesada nevada, el sol salió dos veces, derritiendo la nieve y formando carámbanos de hielo que caían de los aleros de los tejados y emitían un brillo tenue por sí solos bajo la luz natural que venía de arriba; la nieve acumulada en los tejados y en las ramas también brillaba. Según la descripción del subdirector Jin no era una noche de invierno con mucho viento en particular, pero el hielo del río se partió y se rompió por la avalancha del asombroso frío. Al romperse sonó como explosiones en la noche tardía. Entonces la noche se volvió cada vez más silenciosa. El pueblo se durmió enseguida, ese pueblo de las afueras de la Tierra del vino y los licores».

Algún día cogeremos el coche del subsecretario Jin y daremos una vuelta en su Volkswagen Santana para contemplar los lugares sagrados y visitar todos los yacimientos y reliquias; cada montaña que describe, cada río y lago, cada brizna de hierba y cada árbol no hacen más que aumentar nuestra impresión hacia al subsecretario Jin; pensad que simplemente nació en un pueblo pobre y destortalado y que lentamente escaló hacia el cielo hasta que iluminó toda la Tierra del vino y los licores, era una estrella resplandeciente como el licor, su resplandor deslumbró nuestros ojos y los llenó de lágrimas, causando una marea de emociones. Una cuna rota sigue siendo una cuna, nada la puede reemplazar, y cada indicio apunta a que un futuro ilimitado se extiende delante del subsecretario Jin. Cuando sigamos los pasos de Diamante Jin, que ha alcanzado los rangos más elevados de liderazgo, deambulando por las calles y los caminos apartados del pueblo de la familia Diamante, cuando nos anclamos en los bordes de los ríos de sus murmullos, cuando paseemos a lo largo de las márgenes de los ríos delimitados por altos árboles, caminemos tranquilamente por delante de sus corrales y establos... cuando las penas y alegrías de su infancia, sus amores y sus sueños... inunden *ad nauseam* nuestro corazón como nubes suspendidas y torrentes de agua, ¿cómo podremos medir su estado de ánimo? ¿Cómo camina? ¿Cómo es la expresión de su cara? Cuando camina, ¿empieza con el pie izquierdo o derecho? ¿Qué hace su brazo

izquierdo cuando da zancadas con su pie derecho? ¿Y su brazo derecho cuando avanza con el pie izquierdo? ¿Le huele el aliento? ¿Cómo tiene la tensión? ¿Su ritmo cardiaco? ¿Enseña los dientes cuando sonrío? ¿Frunce la nariz cuando llora? Hay muchas cosas que gritan ser descritas y hay muy pocas palabras en mi vocabulario. Sólo puedo levantar el vaso. Fuera, en el patio, unas ramas muertas repletas de nieve se partían y se astillaban; el hielo de una laguna lejana alcanzaba los siete centímetros de grosor; el hielo líquido cubría las cañas de juncos; gansos, salvajes y domésticos, se posaban para pasar la noche y les asustaban, les despertaban de sus sueños, y graznaban secamente, el ruido que se deslizaba por el aire limpio y helado del camino que lleva hasta la habitación más al Este de la casa del Séptimo Tío de Diamante Jin. Él dice que iba a casa de su Séptimo Tío cada noche y se quedaba hasta tarde. Las paredes eran negras azabache; una lámpara de queroseno se erguía sobre una mesa de tres cajones contra la pared que daba al este. Séptima tía y Séptimo Tío se sentaban sobre su cama, un rectángulo hecho de ladrillos; el técnico de la pequeña estufa, Noveno Gran Liu Fang, y el tendero Zhang, se sentaban en el borde de la cama matando el tiempo, la noche se les hacía eterna, igual que a mí. Ellos iban cada noche a su cama, ni siquiera el mal tiempo se lo impedía. Le informaban de lo que había pasado ese día y transmitían las noticias que se oían en los pueblos y aldeas con pleno detalle, llenas de ingenio y humor; así pintaban un vasto lienzo de la vida del pueblo y de las costumbres. Una vida rica en atractivo literario. El frío era como un gato montés que se cuela por las rendijas y roe mis pies. Él era simplemente un niño que no podía pagar un par de calcetines y tenía que meter sus ennegrecidos y agrietados pies en sandalias mal hechas; gotas heladas de sudor cubrían sus suelas y los huecos entre los dedos de los pies. La lámpara de queroseno parecía brillar en la oscura habitación, lo que hacía que el papel blanco que estaba sobre la ventana emitiera destellos de luz; el aire helador manaba entre su ropa raída; el humo de la llama de queroseno ascendía al techo en definidas espirales. Los dos hijos de Séptima Tía y Séptimo Tío dormían en la esquina de la cama de ladrillo; la respiración de la niña era uniforme, la del niño era entrecortada, aguda por un momento, grave al siguiente, mezclada con los balbuceos típicos de una pesadilla, como si se peleara con una panda de rufianes en su sueño. Séptima Tía, una mujer de ojos luminosos, culta y con tendencia nerviosa tenía un fuerte hipo. Séptimo Tío daba la impresión de ser un hombre atontado, cuya cara anodina carecía de rasgos distintivos, como un trozo de tortita empalagosa de arroz. Sus ojos nublados estaban fijos de manera constante en la luz de la lámpara. En realidad, Séptimo Tío fue un hombre astuto que confabuló una estratagema para engañar a la culta de Séptima Tía, diez años más joven, para casarse con él; fue una difícil campaña que llevaría demasiado tiempo para contar aquí y ahora. Séptimo Tío era un veterinario *amateur* capaz de pinchar a una cerda en la vena de la oreja e inyectarle penicilina intravenosa. También sabía castrar cerdos, perros y burros. Como a todos los hombres del pueblo le gustaba beber, pero ahora las botellas estaban vacías; se habían acabado todos los granos fermentables y la falta de comida se había convertido en su mayor preocupación.

Diamante Jin dijo:

»Hemos sufrido largas noches de invierno en las que nos rugían los estómagos, y en ese momento nadie soñó que lo conseguiríamos. No niego que mi olfato es más sensible al alcohol, sobre todo en las zonas rurales, donde el aire no está contaminado. En las noches frías, una gran gama de olores se levanta de manera clara y distintiva, y si alguien está bebiendo alcohol en cualquier sitio en un radio de varios cientos de metros, lo puedo oler.

»Al caer la noche cerrada, detectaba el aroma del licor que venía del noreste, un olor íntimo, seductor, incluso a pesar de que había una pared entre el alcohol y yo, y el aroma tenía que volar sobre los tejados, uno detrás de otro, cubiertos de nieve, penetrar las armaduras de hielo de los árboles y pasar por lo alto de las carreteras, embriagar a las gallinas, patos, gansos y perros a lo largo del camino. Los ladridos de los perros eran suaves como las botellas de alcohol, parecían borrachos; el aroma embriagaba constelaciones, que parpadeaban felices y se mecían en el cielo, como niños picaros en un columpio; peces embriagados en el río se escondían entre algas ágiles y soltaban apacibles burbujas de aire. Los pájaros capeaban la fría noche emborrachándose con el aroma del alcohol mientras volaban decorando el cielo, incluidos dos búhos recubiertos de plumas y hasta algunos topillos masticando césped en sus guaridas subterráneas. En este trozo de tierra, lleno de vida a pesar del frío, muchos seres frágiles disfrutaban la contribución del hombre a la naturaleza. “La popularidad del licor comenzó con los sabios reyes, aunque algunos dicen que con Yi^[2] y otros con Du Kang^[3]. El licor fluye entre los reyes. ¿Por qué lo usamos como un sacrificio a nuestros antepasados y para liberar las almas encarceladas de los muertos?”. Esa noche lo entendí. Fue el momento de mi iniciación. Esa noche un espíritu que dormía dentro de mí se despertó, y entendí el misterio del universo, el que trasciende el poder de las palabras para poder describir lo hermoso y lo dulce, lo tierno y lo amable, lo emotivo y lo triste, lo húmedo y lo aromático... ¿lo entendéis todos?».

Diamante Jin extendió los brazos ante su público, mientras ellos le miraban confundidos. Estábamos sentados ojipláticos, con la boca abierta, como si quisiéramos levantarnos para ver, y luego para ingerir, la pócima milagrosa que debía yacer en las palmas de sus manos, aunque en realidad estuvieran vacías.

»Los colores que irradian vuestros ojos son increíblemente conmovedores. Sólo la gente que es capaz de hablar con Dios puede crear colores como esos. Vosotros veis cosas que nosotros no podemos ver, oís sonidos que nosotros no podemos oír, vosotros oléis olores que nosotros no podemos oler. ¡Qué pesar! Cuando la voz fluye de ese órgano vuestro llamado boca es como una melodía, un río curvo y llano, como el hilo de seda que nace de la cola de una araña, moviéndose en el aire como una telaraña, del tamaño de un huevo de una gallina, tan suave y brillante, y cada parte forma un todo. Nos embriaga la música, vamos a la deriva en ese río, bailamos en el hilo de seda de la araña, vemos a Dios. Pero antes de verlo, observamos nuestros propios cadáveres flotar en el río...

¿Por qué eran los chillidos de los búhos tan suaves esa noche, como los susurros de los amantes en la cama justo antes de dormir? ¿Porque había alcohol en el ambiente? ¿Porque había gansos, salvajes y domésticos, apareándose en la noche helada cuando no era siquiera la temporada de apareamiento? De nuevo, porque había alcohol en el ambiente. Mi nariz se frunció de repente. Noveno Fang me preguntó con una voz suave y amortiguada:

—¿Por qué arrugas la nariz así? ¿Vas a estornudar?

—Alcohol —dije—. ¡Huelo a alcohol!

Ellos también arrugaron la nariz. La nariz de Séptimo Tío era una maraña de arrugas.

—Yo no huelo a alcohol —dijo—. ¿Dónde está?

Se me aceleraban los pensamientos.

—Huele el aire —dije—. Huélelo.

Sus ojos se clavaron por toda la habitación, observando cada rincón. Séptimo Tío cogió la esterilla que cubría la cama de ladrillo, a lo que Séptima Tía reaccionó enfadada.

—¿Qué estás buscando? ¿Crees que hay alcohol en la cama? ¡Me asombras!

Séptima Tía era una intelectual, como he dicho antes, por lo que estaba “asombrada” de lo que hacían. Cuando estaba recién casada criticaba a mi madre por lavar tanto el arroz, decía que le quitaba todas las “vitaminas”. Al pronunciar “vitaminas”, mi madre la miraba estupefacta.

El aroma del licor contiene proteínas, éteres, ácidos y fenol al igual que calcio, fósforo, magnesio, sodio, potasio, cloro, azufre, hierro, cobre, manganeso, zinc, yodo y cobalto, además de vitaminas A, B, C, D, E, H y algunos otros elementos más, pero miradme, os estoy haciendo una lista de los componentes del licor, cuando vuestro profesor Yuan Shuangyu los conoce mejor que nadie».

Hasta los deltoides de mi suegro se ruborizaron con los halagos del subdirector Diamante Jin. No pude ver la alegría en su cara, aunque me la podía imaginar, o más o menos.

»... Pero hay algo omnipresente en el aroma del alcohol que trasciende sus componentes, y ese algo es su espíritu que es una creencia, una creencia sagrada, una que se siente pero no se expresa —el lenguaje es demasiado burdo, las metáforas demasiado inferiores— y se filtra en el corazón y estremece. Compañeros, alumnos, ¿seguimos necesitando demostrar si el licor es un animal dañino o beneficioso? De ninguna manera, de ninguna de las maneras. El alcohol es una golondrina, es una rana, es una avispa de ojos enrojecidos, es un trébol de cuatro hojas, ¡es un pesticida con vida!».

Su ánimo se elevó y agitó los brazos con fervor, perdido en la exuberancia del momento. La atmósfera en la sala de conferencias era candente; permaneció de pie y parecía Hitler. Entonces le dijo a su séptimo tío:

»—Séptimo Tío, mira, el aroma del alcohol se filtra por la ventana, se cuela por el techo, entra por donde quiera que haya un agujero o una grieta.

—El chico está perdiendo el juicio —dijo Noveno Fang a la vez que olfateaba el aire.

—¿Cómo van a tener los colores olor? ¿Acaso los veis? Esto es de locos...

»La duda les nubló los ojos; ellos me miraban del mismo modo que miras a un niño

que ha perdido totalmente el juicio. Pero al infierno con ellos. Flotando, atravesé un puente de colores empedrado con el aroma del alcohol, flotando... y ocurrió un milagro, mis queridos estudiantes, ¡ocurrió un milagro!».

Su cabeza se dobló por el peso de sus emociones. Entonces, mientras estaba de pie en el estrado en la sala de educación general de la Universidad de Destilación, Diamante Jin entonó una voz ronca pero extraordinariamente contagiosa:

»La imagen de un maravilloso banquete en una noche nevada se formó en mi imaginación: una lámpara con mucha luz, una vieja mesa cuadrada. Un cuenco está colocado en la mesa, con vapor saliendo de él. Cuatro personas están sentadas alrededor de la mesa, cada una tiene un pequeño cuenco con licor, como si tuvieran un sonrosado atardecer entre sus manos. Tienen las caras un poco borrosas... ¡Ey! Se han vuelto nítidas, y sé quiénes son... el Secretario de la Sucursal, el Contable de la Brigada, el Comandante de la milicia, la directora de la Liga femenina... tienen en la mano una pata de cordero asada y la mojan en salsa de ajo y le echan unas gotitas de soja y de aceite de sésamo... Apuntando con el dedo estaba hablando con Séptimo Tío y los demás, como un comentarista, pero mis ojos estaban borrosos, y no podía ver sus caras con claridad. Pero no quería forzar la vista demasiado por miedo a que se disolviera la imagen... Séptimo Tío me cogió la mano y la sacudió con fuerza.

—¡Pececillo [Yu], Pececillo! ¿Qué te ha pasado?

Mientras me sacudía la mano con su mano izquierda, Séptimo Tío me dio un capón con la mano derecha. El zumbido en mi cabeza sonó como si se rompiera un ladrillo o como si una teja partida rompiera la superficie calma y reflectante de una laguna; el agua salpicaba en todas direcciones, levantaba ondas de agua que caían unas sobre otras. La imagen se hizo pedazos y se me quedó la mente en blanco. Enfadado grité:

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué se supone que estáis haciendo?

Me miraron fijamente preocupados. Séptimo Tío me dijo:

—¿Estás soñando, chico?

—No estoy soñando. He visto al Secretario de la Sucursal, al Contable de la Brigada, a la directora de la Liga femenina y al Comandante de la milicia. Estaban bebiendo, y mojando las piernas de cordero en salsa de ajo, bajo la lámpara de aceite, alrededor de una mesa cuadrada.

Séptima Tía bostezó con fuerza.

—Estás alucinando —dijo.

—¡Los he visto, nítidos como el día!

Gran Liu dijo:

—Cuando este mediodía fui a coger agua al río vi a la Directora de la Liga femenina con dos ancianas lavar piernas de cordero.

—Tú también tienes alucinaciones —dijo Séptima Tía.

—¡De verdad que las vi!

—¡Ya, seguro! —dijo Séptima Tía—. Creo que has enloquecido por el hambre.

El joven técnico de estufas trató de mantener la calma.

—Dejad de discutir. Voy a echar un vistazo. Ya sabéis, a investigar.

—¿Estás loco? —dijo Séptima Tía—. ¿Crees en las alucinaciones?

El joven técnico dijo:

—Vosotros esperad. Me iré corriendo y volveré enseguida.

—Ten cuidado que no te pillen y te den una paliza —le avisó Séptimo Tío.

El técnico volvió a toda prisa, sin aire en los pulmones. Una ráfaga de viento frío casi apaga la lámpara. Me observó con la mirada de un niño inocente, como si hubiera visto un fantasma. Séptima Tía le preguntó con una sonrisilla sarcástica:

—¿Qué es lo que viste?

El técnico de estufas se giró y dijo:

—Fantástico, fantástico, Pequeño pececillo es inmortal, puede verlo todo.

El técnico de estufas dijo que todo era tal y como lo había descrito. El banquete había sido en la casa del Secretario del Partido. Escaló el muro de su casa para verlo.

Séptima Tía dijo:

—No me lo creo.

El técnico de estufas salió de la casa para coger una cabeza de cordero congelada por el frío, que levantó en los brazos para enseñársela a Séptima Tía. Al verla a Séptima Tía se le cortó el hipo de golpe.

Esa noche estuvimos ocupados limpiando la cabeza de cordero antes de meterla en la cazuela. Nuestros pensamientos estaban puestos en el alcohol mientras se iba guisando la cabeza de cordero. Fue a Séptima Tía a la que se le ocurrió la siguiente idea: Beber etanol.

Séptimo Tío, como veterinario, tenía una botella de alcohol que usaba como desinfectante. No hace falta decir que lo diluimos con agua.

Entonces empezó un proceso arduo de destilar el licor.

La gente que ha crecido rodeada de alcohol industrial rehuirá las bebidas no alcohólicas.

Es triste decir que el pequeño técnico de estufas y Séptimo Tío se quedaron ciegos».

Él levantó el brazo para mirar la hora.

«Queridos estudiantes —dijo— este es el final de la clase por hoy».

Capítulo 2



El Director de la mina y el Secretario del Partido estaban de pie, con la mirada puesta en él; tenían el brazo izquierdo cruzado en el pecho y el derecho extendido al frente, con la mano doblada, como un par de agentes de tráfico. Sus caras eran tan parecidas que uno era el espejo del otro. Entre ambos se abría un pasillo de alrededor de un metro de ancho, con una alfombra escarlata en el suelo, que se cruzaba con otro pasillo iluminado. El heroico temple de Ding Gou'er se desvaneció ante tal muestra de cortesía, y mientras se encogía de miedo por estar tan cerca de los dos dignatarios, no sabía si tenía que continuar avanzando o no. Sus miradas eran como perfumes asediando su nariz, cada vez más penetrantes, y no disminuían ni se diluían ante la indecisión de Gou'er. Los dioses nunca hablan, qué cierto es. Pero aunque estos dos hombres no hablaban, su porte era más eficaz y más poderoso que las palabras más dulces y melosas jamás dichas, por lo que le dejaban indefenso, incapaz de oponer resistencia. En parte porque sentía que tenía que hacerlo y en parte porque estaba muy agradecido. Ding Gou'er adelantó al Director de la mina y al Secretario del Partido, que inmediatamente se quedaron detrás de él; los tres hombres formaban un triángulo. El pasillo parecía interminable. Ding Gou'er estaba absorto pero trató de memorizar la distribución del lugar: alrededor de una docena de habitaciones ocupaban el lugar que estaba rodeado de girasoles, aunque eran muy pocas para un pasillo tan largo. Cada tres pasos había un par de lámparas rojas forradas de un papel blanco lechoso. Los brazos dorados de las lámparas eran brillantes y relucientes y parecían estar vivos, como si nacieran de las paredes. De repente se imaginó que había dos filas de hombres al final del pasillo y sintió que caminar por ese pasadizo de alfombra escarlata era como marchar entre una falange de guardias armados.

Me había convertido en un prisionero y el Secretario del Partido y el Director de la mina eran mis escoltas militares. Ding Gou'er se quedó paralizado cuando le asaltó a la mente por qué estaba ahí. Se recordó a sí mismo la importancia de su misión, su deber sagrado. El haber estado jugando a las casitas con una mujer no le iba a impedir llevar a cabo esta misión sagrada, aun así sabía que la bebida podría impedirselo. Se detuvo, se dio la vuelta y dijo:

—Estoy aquí para llevar a cabo mi investigación, no para beberme su alcohol.

Había más que un mero tinte de inhospitalidad en el tono de su voz. El Director de la

Mina y el Secretario del Partido se intercambiaron la misma mirada; sin rastro de irritación me dijeron con la misma cordialidad y amabilidad con la que se habían dirigido a mí desde el principio:

—Ya lo sabemos, ya. No le estamos diciendo que beba.

El pobre Ding Gou'er seguía sin poder reconocer cuál de los dos hombres era el Secretario del Partido y cuál era el Director de la mina pero, preocupado de que la pregunta pudiera ofenderles, decidió seguir adelante; los dos hombres eran la viva imagen el uno del otro a pesar de que uno era el Secretario del Partido y el otro el Director de la mina.

—Después de usted, por favor. Beba o no, eso no altera el hecho de que tiene que comer.

Por lo que Ding Gou'er continuó caminando, aunque incómodo, en esa posición triangular, uno delante y dos a la espalda, como si el pasillo no condujese a un comedor sino a la sala de un tribunal. Trató de caminar más lento para que formaran una línea recta. ¡Imposible! Cada vez que lo hacía ellos aminoraban el paso, conservando la integridad del triángulo y dejándole siempre en la misma posición: bajo escolta.

El pasillo cambió de dirección de manera abrupta y la alfombra roja empezó a descender; las lámparas brillaban más que nunca, los brazos las agarraban con fuerza, como si estuvieran vivas de verdad. Una maraña de pensamientos alarmantes revoloteaban por su mente, como moscas doradas, a lo que reaccionó instintivamente agarrando con más fuerza si cabe su maletín bajo el brazo hasta que el frío de los cierres de metal penetró en sus costillas y le calmó un poco. Le hubiese llevado dos segundos apuntar con la pistola a esos dos hombres en el pecho, pero eso le hubiese mandado directamente al infierno o a la tumba.

Por ahora, él lo sabía, estaban bajo tierra y aunque las antorchas y la alfombra roja brillaban y relucían más que nunca, dando la sensación de calidez, seguía haciendo fresco.

Una chica de ojos luminosos y dentadura reluciente que llevaba puesto un uniforme escarlata y un sombrero de marinero de ala ancha les esperaba al final del pasillo. Su sonrisa de bienvenida, perfecta tras años de experiencia y el fuerte aroma de su cabello surtió el efecto deseado y calmaron a Ding Gou'er. Reprimiendo las ganas de besarle el pelo, empezó a autocriticarse en silencio y luego se exculpó a sí mismo. La chica abrió la puerta que tenía un pomo reluciente de acero inoxidable. Por fin el triángulo se desintegró y Ding Gou'er suspiró con alivio.

Un salón lujoso se abrió ante ellos. Los colores y las luces eran lo bastante suaves como para evocar pensamientos de amor y felicidad así sería si no fuera por el olor tan extraño que había. Los ojos de Ding Gou'er se encendieron al observar la habitación perfectamente decorada: empezando por los sofás de color crema hasta las cortinas beige, por el impecable techo de color blanco con grabados de flores hasta un mantel blanco impoluto. La iluminación era exquisita y delicada, como una cadena de perlas labradas; el suelo tenía un acabado perfecto, obviamente estaba recién encerado. Mientras analizaba la sala, el

Secretario del Partido y el Director de la mina le analizaban a él, sin darse cuenta de que el investigador estaba tratando de encontrar el origen de ese olor.

La mesa circular tenía tres niveles. El primero era para poner vasos de cerveza, copas de vino, e incluso vasos con el cuello más alargado para un licor fuerte, además de tazas de té de cerámica, unos palillos pintados que imitaban el marfil, una variedad de platos blancos de porcelana, utensilios de acero inoxidable, cigarrillos de una marca china, cerillas de madera con cabezas de un rojo brillante y un cenicero de cristal de imitación con forma de cola de pavo real. Ocho platos fríos adornaban el segundo nivel: huevos revueltos y fideos de arroz con gambas deshidratadas, tiras de carne picante, coliflor al curry, rodajas de pepino, muslos de pato, raíz de loto azucarada, corazones de apio, y escorpiones fritos. Como buen hombre de mundo a Ding Gou'er no le resultó nada especial. El tercer nivel estaba ocupado únicamente por una maceta con un cactus cubierto de espinas. Sólo con verlo hizo que Ding Gou'er se estremeciera. ¿Por qué no una maceta con flores?, se preguntó.

Guardaron el típico protocolo alrededor de la mesa antes de sentarse, y Ding Gou'er pensó que como la mesa era circular no había ningún sitio presidencial del que preocuparse. Aun así le pusieron en esa tesitura cuando, tanto el Secretario del partido como el Director de la mina, insistieron en que se sentara lo más cerca de la ventana, que de hecho era el sitio de honor. Él lo consintió e inmediatamente estaba encajonado entre el Secretario del Partido y el Director de la mina.

Un gran grupo de chicas revoloteó por la habitación como un sinfín de banderas rojas, levantando corrientes de aire fresco al pasar y emanando ese extraño olor por cada rincón de la sala; estaba mezclado con la fragancia del maquillaje y del olor amargo a sudor que desprendían sus axilas, además de los olores de sus otras partes del cuerpo. Cuanto más se fundían todos los olores, menos evidentes se volvían estos, y Ding Gou'er estaba ligeramente desconcertado.

De repente tenía delante de sus ojos una toalla de mano humeante de color albaricoque, que colgaba de un par de pinzas de acero inoxidable. A Ding Gou'er le pilló por sorpresa. Antes de coger la toalla para limpiarse las manos, permitió que sus ojos siguieran el curso de las pinzas hasta llegar a la mano blanca como la nieve de la joven y más tarde a un rostro redondo con unos ojos negros debajo de un velo de largas pestañas. Las arrugas en los ojos de la chica le hacían parecer como si tuviera dobleces en los párpados. Ahora que había disfrutado de una buena vista se secó la cara con la toalla, luego las manos; entonces notó que la toalla perfumada olía ligeramente a manzanas podridas. Apenas había terminado sus abluciones cuando las pinzas le retiraron la toalla.

En cuanto al Secretario del Partido y al Director de la mina, uno le dio un cigarrillo y el otro se lo encendió.

El fuerte e incoloro licor era Maotai auténtico, el vino era del Monte Tonghya, y la cerveza de Tsingtao. O el Secretario del Partido o el Director de la mina, uno de los dos dijo:

—Como patriotas boicoteamos el alcohol extranjero.

Ding Gou'er contestó:

—Dije que no iba a beber.

—Camarada Ding, viejo amigo, ha hecho un largo camino para estar aquí. ¿Qué imagen damos si no bebas? Hemos prescindido de las formalidades, como ve esto es una mera comida. No podemos mostrar un trato así de cercano entre oficiales a no ser que bebamos todos ¿no cree? Beba un poco, sólo un poco, para guardar las apariencias.

Una vez dicho eso los hombres levantaron las copas y le sirvieron una a Ding Gou'er; el líquido caía suavemente y su aroma distintivo era muy tentador. A Ding le empezó a picar la garganta y sus glándulas gustativas, activadas, empezaron a salivar, lo que le inundó la boca y le humedeció el paladar. Tartamudeó:

—Demasiado lujoso... más de lo que merezco.

—¿Qué quiere decir con lujoso, Camarada Ding y viejo amigo? ¿Está siendo sarcástico? Aquí tenemos una mina pequeña, poco dinero, pocas florituras y un chef mediocre. Mientras que usted, viejo Ding, viene de la gran ciudad, ha viajado mucho, ha visto y ha hecho todo en la vida. Imagino que no debe de haber ningún sitio con un vino de primera calidad que no haya catado o un animal de caza que no haya probado. No nos avergüence, por favor —comentó el Secretario del Partido o el Director de la mina—. Trate de disfrutar de esta precaria comida lo mejor que pueda. Como miembros de la élite, tenemos que hacer caso al Comité del Partido Municipal y apretarnos los cinturones y arreglárnoslas con poco. Espero que lo entienda y que sea comprensivo.

Un torrente de palabras fluyó de la boca de los dos hombres mientras le acercaban sus copas a los labios de Ding Gou'er. Con dificultad se tragó el nudo que tenía en la garganta, cogió su vaso y se lo acercó a la boca, sintiendo el peso del cristal y la cantidad de líquido que contenía. El Secretario del Partido y el Director de la mina brindaron con Ding Gou'er, al que le tembló la mano durante un segundo y derramó unas cuantas gotas entre su dedo gordo y su dedo índice, a la vez que le refrescaron la piel. En el momento en el que ese frescor penetró en su piel oyó voces a cada lado de su cuerpo que decían: «¡Un brindis por nuestro invitado de honor! ¡Un brindis!».

El Secretario del Partido y el director de la mina se bebieron de un trago el vino y luego dejaron la copa boca abajo para mostrar que no quedaba ni una gota. Ding Gou'er era más que consciente de que si dejabas una sola gota en el vaso te multaban con tres copas más. Primero se bebió de un trago la mitad del vaso y su boca de repente se sintió inundada de ambrosía. No recibió ninguna crítica de ninguno de los dos hombres, que simplemente levantaron sus copas vacías para incentivarle. Sucumbió al terrible poder de la presión de sus colegas y Ding Gou'er se bebió la otra mitad de la copa de un trago.

Las tres copas vacías fueron rellenas rápidamente.

—No más para mí —objetó Ding Gou'er—. Demasiado vino hace que sea imposible

trabajar.

—¡Los grandes acontecimientos merecen doble celebración! ¡Los grandes acontecimientos merecen doble celebración!

Ding Gou'er rápidamente tapó la copa con la mano.

—He dicho que no —dijo—. Ya he bebido suficiente.

—Tres copas antes de empezar a comer. Es una costumbre local. Después de las tres copas de vino entre pecho y espalda Ding Gou'er estaba un poco achispado, por lo que cogió sus palillos y alargó la mano a la mesa para coger unos cuantos fideos de arroz, que al estar mezclados con huevo estaban resbaladizos. Tanto el Secretario del Partido como el Director de la mina, tan serviciales como siempre, le sujetaron los finos fideos con sus propios palillos y le ayudaron a llevárselos a la boca.

—¡Beba! —le ordenó una voz firme.

Ding Gou'er aspiró con todas sus fuerzas y sorbió ruidosamente los fideos escurridizos hasta que por fin se deslizaron en su boca. Una de las chicas se tapó la boca y trató de contener la risa. Otra se rio abiertamente, lo que creó una atmósfera relajada y de regocijo entre los hombres. De repente el ambiente alrededor de la mesa se había animado.

Rellenaron las copas; el Secretario del partido o el Director de la mina levantaron su vaso y dijeron:

—Es un honor que el investigador criminal Ding Gou'er visite nuestra humilde mina y de parte de todos los trabajadores y mineros vamos a hacer tres brindis. Rechazarlo sería como despreciar a la clase trabajadora, a los mineros que cavan para sacar carbón con el sudor de su frente.

Ding Gou'er notó cómo se encendía a causa de la excitación el hombre de cara pálida y contempló el elocuente brindis tan cargado de significado que no pudo rechazarlo. Era como si los ojos de miles de mineros con sus cascos y sus cinturones de herramientas bien apretados estuvieran clavados en él, generando un motín en su corazón. En una muestra de bravuconería se bebió los tres vasos de golpe, uno detrás de otro.

El otro hombre no perdió un segundo y levantó el vaso para desearle al investigador criminal Ding Gou'er una buena salud y mucha felicidad de parte de su madre de ochenta y tres años. Ahora Ding Gou'er se había convertido en una especie de hijo de esa anciana de pelo cano que debía vivir en el campo, por lo que ¿cómo podía rechazar el brindis?

Después de que nueve vasos de licor cayeran en su estómago, el investigador sintió que su consciencia se separaba de su cuerpo. No, separarse no es la imagen correcta. Estaba seguro de que su consciencia se había convertido en una mariposa cuyas alas se habían doblado hacia dentro y que estaba destinada a emerger con una belleza sublime desde el

meridiano centro de su cuero cabelludo, y a echar a volar las alas. El caparazón vacío, abandonado, de la mariposa de su consciencia, sería su capullo, carente de peso, ligero como una pluma.

Ante la insistencia de sus anfitriones no tenía más opción que beber, una copa tras otra, como si tratase de rellenar un agujero sin fondo, sin dejar estela ni eco alguno. Mientras bebían sin parar, una sucesión interminable de platos humeantes y deliciosos entraron lentamente en la sala gracias a tres chicas vestidas de rojo, tres lenguas en llamas, tres bolas que ruedan de un lado a otro, tan rápidas como un relámpago. De repente cayó en la cuenta de que se estaba comiendo un cangrejo rojo del tamaño de su mano; unas gambas gordas y jugosas cubiertas de aceite rojo; un caparazón de tortuga macerado en caldo de apio; pollo estofado de color dorado, con ojos reducidos a diminutas rendijas, como tanques de camuflaje; una carpa roja bañada en aceite, con la boca abierta y todavía moviéndose; vieiras al vapor amontonadas en forma de pequeña pagoda; también había nabos de piel roja, tan frescos que podían haber sido recién cogidos del huerto y le despertaron unos sabores muy aromáticos: dulce, amargo, agrio, picante, salado, aceitoso; una confusión de pensamientos abordó su mente y miró la habitación a través del vaho humeante y aromático. Sus ojos se suspendieron en el aire y vieron moléculas de colores y percibieron todo tipo de olores moviéndose con infinita libertad en el espacio finito hasta formar cuerpos tridimensionales del tamaño del comedor. Para ser sincero, también había moléculas pegadas al papel de la pared, pegadas a las cortinas de las ventanas, pegadas a las fundas de los sofás, pegadas a las lámparas, pegadas a las pestañas de las chicas, pegadas a todos esos haces titilantes de luz, una vez sin forma que ahora eran siluetas retorcidas en movimiento...

Después de un rato sintió que una mano repleta de dedos le ofrecía otra copa de licor. Los últimos posos de consciencia que le quedaban en el caparazón que delimitaba su cuerpo hicieron un último esfuerzo hercúleo para ayudar a su fragmentado ser a seguir los virajes de esa mano, como los pétalos al abrirse de una flor de loto. La copa de licor también tenía diferentes capas, como una foto retocada, formando una neblina de color escarlata. No era una copa de licor, era el sol que se levanta en la mañana, una bola de fuego de belleza helada, el corazón de un amante. Pronto sentiría que había adquirido la forma turbia de una luna llena, que pendía en el cielo antes de entrar en el comedor, o la forma de un pomelo hinchado, o de una bola amarilla cubierta de pelusa o del espíritu de un zorro. Su consciencia miró con desdén mientras colgaba del techo y vio que salía una ráfaga de aire templado del aire acondicionado, que poco a poco se fue enfriando y donde se formaron alas de mariposa de una belleza incomparable. Como su cuerpo se había escapado de su mente, su consciencia extendió las alas y se elevó por el comedor. A veces rozaba las cortinas de seda; por supuesto que sus alas eran más finas, suaves y brillantes que el material de la cortina; a veces rozaba la lámpara de araña, con su luz reflectante; a veces rozaba los labios de color cereza y los pezones de color albaricoque de las chicas de rojo, y otras veces, todavía partes más íntimas, más juguetonas. Su rastro estaba por todas partes: en las teteras, en las botellas de alcohol, entre las grietas del suelo, entre el pelo, en los agujeros microscópicos de los cigarrillos de marca china... Como un animal voraz, territorial y salvaje dejó su rastro en todas partes. Para una consciencia alada no había barreras; no tenía forma; se colaba feliz y libremente entre los recovecos de la luz de araña del techo, desde el punto A hasta el punto B y desde el punto B hasta el C. Iba donde quería, trazaba círculos alrededor, delante y detrás, serpenteaba dentro y fuera sin molestar. Pero al final, cansado de su juego, se dirigió debajo de la falda de una de

las voluptuosas chicas de rojo, acarició sus piernas como si fuera una ligera brisa, lo que le puso la piel de gallina a la chica; de repente notó algo húmedo y aceitoso entre las piernas. Se elevó a gran velocidad, cerró los ojos como si volase por un bosque, sintió que las copas de los árboles verdes chocaban contra sus alas y hacían mucho ruido. Esta habilidad para volar y cambiar de forma le permitió sobrevolar montañas y vadear anchos ríos. Jugueteeó con un pequeño lunar rojo en el valle entre los dos pechos de una de las chicas y se divirtió con una docena de gotas de sudor. Al final se introdujo en el orificio de su nariz, y le hizo cosquillas con las antenas.

La chica estornudó con fuerza, expulsándole fuera como un proyectil y fue a parar al cactus que estaba en la mesa de tres niveles del comedor. Rebotó como si una mano con púas le hubiera dado un tortazo. Ding Gou'er tenía un fuerte dolor de cabeza, el estómago revuelto y le picaba terriblemente la piel, como si estuviera cubierta de ortigas. Su consciencia se detuvo en su cuero cabelludo para descansar, para coger aliento y para sollozar. Los ojos de Gou'er entonces volvieron a funcionar y vio al Secretario del Partido y al Director de la mina levantar sus copas para un nuevo brindis. Sus voces rebotaban por las paredes, como olas al romperse en las rocas antes de ser arrastradas de nuevo al mar o como un pastor en la cima de una montaña llamando a su rebaño: «*Yija, yija, ya, eh, eh eh, yija*».

—Aquí estamos de nuevo, treinta copas... en nombre del subsecretario Jin... treinta copas... a beber, a beber a beber, cualquier persona que no beba no merece que le llamen hombre... Diamante, Diamante, Diamante Jin sabe cómo beber... este viejo amigo puede beberse un océano de alcohol, vasto y sin fin.

«¡Diamante Jin!». El nombre taladró el corazón de Ding Gou'er como una broca de diamante, y a medida que su estómago se desgarraba de dolor abrió la boca y vomitó un líquido asqueroso a la vez que dijo con un tono hiriente:

—¡Ese lobo, *erp*, que come bebés estofados, *erp*, ese lobo!

De repente recuperó la conciencia; se sentía como un pájaro asustado; tenía los intestinos hechos un nudo, lo que le estaba provocando una agonía inexplicable. Sintió unos golpes en la espalda. *Erp, erp*, vomitó más líquido pegajoso; lágrimas y mocos cayeron a cántaros al suelo: las lluvias otoñales tiñeron la tierra y el cielo gris y un manto de agua cubría sus ojos.

—¿Se encuentra mejor, Camarada Ding Gou'er?

—Camarada Ding Gou'er, ¿se encuentra algo mejor?

—Vamos, vomite, sáquelo todo. Se encontrará mejor cuando saque todo el líquido amargo de su estómago.

—Todo el mundo tiene que vomitar, es parte de una buena higiene.

El investigador estaba apoyado en el Secretario del Partido por un lado y en el

Director de la mina por el otro, y ambos le daban golpecitos en la espalda mientras le susurraban comentarios en los oídos para animarle, como médicos tratando de salvar a un niño ahogado o profesores tratando de educar a un niño caprichoso.

Después de que Ding Gou'er vomitara el líquido verde, una de las camareras de rojo le puso una taza de té en los labios con un dragón dibujado para que se le calmase el dolor de estómago, luego otra chica de rojo trató de hacer lo mismo con un vaso con vinagre amarillento de Shanxi, y el Secretario del Partido o el Director de la mina le metió en la boca un trozo de raíz de loto recubierta de azúcar mientras que el otro le puso un trozo de guisante debajo de la nariz y una chica de rojo le limpió la cara con una toalla fresca empapada en aceite de menta, y mientras otra chica de rojo limpiaba el suelo y otra chica de rojo que estaba detrás terminaba de recoger los restos del vómito con una fregona sumergida en desinfectante, y otra chica de rojo retiraba mientras los platos y vasos de la mesa, y otra chica de rojo lo volvía colocar todo en la mesa de nuevo.

Ding Gou'er estaba profundamente agradecido por tanta ayuda y deseaba que no se le hubiera escapado ninguna acusación entre arcada y arcada. Estaba a punto de disculparse por cualquier ofensa o molestia que pudiera haber causado cuando el Secretario del Partido o el Director del Partido dijo:

—Ding, viejo amigo, ¿qué piensas de nuestras chicas? Avergonzado por la pregunta, Ding Gou'er miró a la cara de esos capullos en flor y dijo con rotundidad:

—¡Muy buenas! ¡Geniales! ¡Maravillosas!

Obviamente como estaban muy bien formadas, las chicas de rojo se apresuraron a la mesa como una camada de cachorros hambrientos o como una tropa del Cuerpo de Jóvenes Pioneros^[4] y les ofrecieron a los invitados unas botellas de licor. Los tres niveles de la mesa estaban llenos de copas vacías, por lo que las chicas cogieron las que estaban más cerca, ya fueran grandes o pequeñas y las rellenaron con vino tinto, cerveza y con un licor incoloro y las levantaron para brindar con Ding Gou'er.

La piel de Ding Gou'er estaba pegajosa de sudor, sus labios parecían estar congelados y su lengua se había vuelto tiesa. Era incapaz de pronunciar una palabra, por lo que apretó los dientes y se tragó el mágico elixir. Tal y como dicen, incluso los generales valerosos se derriten ante una cara bonita.

En este momento no se encontraba muy bien porque el pequeño demonio alborotador de su consciencia se estaba agitando y de nuevo volvía a dominar su mente. Ahora entendía qué quería decir la gente cuando afirmaba que el cuerpo no puede contener el alma. El pensamiento atroz de que su alma se colgara boca abajo de una viga le aterrorizaba, así que se agarró la cabeza con fuerza con las manos para impedir que su consciencia se escapara. Como sabía que eso sería una falta de decoro se acordó del sombrero que llevaba puesto cuando intentó seducir a la conductora del camión. El sombrero, de hecho, le hizo acordarse de su maletín y de la pistola que había dentro, un pensamiento que hizo que sus glándulas sudoríparas de debajo de sus axilas empezaran a trabajar a causa del nerviosismo. Miró por

todas partes y le llamó la atención una de las chicas de rojo, la que parecía más inteligente, y justo en ese momento sacó su maletín de la nada. Después de quitárselo de las manos y comprobar que su amiga de metal, «mi respuesta a todos los problemas» seguía dentro, dejó de sudar. Su sombrero, sin embargo, no estaba ahí y le vino de nuevo a la mente la imagen del perro y del guardián de la garita, el joven del Departamento de Seguridad, los troncos de madera y los girasoles del bosque; estas imágenes y las personas que las protagonizaban parecían tan remotas en ese momento que se preguntó si realmente las había vivido o si habían sido parte de un sueño. Cuando dejó el maletín apoyado entre sus rodillas con cuidado, su espíritu titubeante y revoltoso que tendía a formar motines desprendió un destello de luz delante de sus ojos, alternando entre la nitidez extrema y la imagen completamente borrosa; vio que tenía las rodillas cubiertas de manchas de aceite. Durante un segundo parecía un mapa iluminado de China y al segundo siguiente parecía un mapa oscuro de Java. Aunque a veces estaban ligeramente mal distribuidos, se esforzaba para enderezarlos, deseando que el mapa de China estuviera siempre nítido e iluminado y el mapa de Java estuviera siempre oscuro y borroso.

Un momento antes Diamante Jin, Subsecretario del Departamento de Propaganda del Comité del Partido Municipal de la Tierra del vino y los licores, entró por la puerta. Ding Gou'er sintió un fuerte dolor abdominal. Una maraña de serpientes se movía y se retorció en sus entrañas: punzante, ah, era muy punzante, pegajosa, ah, muy pegajosa, enmarañada, entrelazada, ilícita, resbaladiza, una maraña real de serpientes venenosas tiraba de él y le arrastraba, sibilante, y supo que sus intestinos le estaban haciendo daño. La sensación iba hacia arriba, como si una llama encendida y una escoba con pocas hebras de bambú barrieran las paredes de su estómago —rasca que rasca— como si fuera un orinal pintado con una montaña de mugre. ¡Ay, madre querida —gruñó el investigador para sus adentros—, esto es más de lo que puedo soportar! He caído en unas redes malvadas. He caído en la trampa siniestra de la mina de carbón del Monte Luo. ¡He caído en la trampa de la comida y la bebida! ¡En la trampa de la belleza femenina!

Ding Gou'er se puso de pie, doblado por la cintura, y se dio cuenta de que seguía sin sentir las piernas. Nunca podría saber quién o qué fue lo que le llevó de nuevo a su sitio. ¿Fueron sus piernas o su mente? ¿Fueron las dulces y deslumbrantes chicas de rojo? ¿Fue el Secretario del Partido o el Director de la mina el que le llevó arrastrándolo por los hombros?

Cuando se volvió a sentar en la silla se oyó una pequeña explosión que salió de su trasero. Las chicas de rojo se taparon la boca y soltaron unas risitas. No tenía fuerza para reaccionar; su cuerpo y su consciencia estaban pidiendo el divorcio. Por eso o por el viejo truco de desaparecer, su traidora consciencia estaba a punto de salir huyendo de nuevo. En este momento extraño y doloroso, el subsecretario Diamante Jin, cuyo cuerpo brillaba como un diamante, desprendió un delicioso aroma. Justo entonces abrió la puerta insonorizada recubierta de cuero que daba al comedor; fue como un aliento de aire fresco en primavera, como un rayo de sol. En ese momento entró en la sala la personificación de los ideales, una promesa de esperanza.

Era un hombre fino, de mediana edad y de tez morena, con un gran puente en la nariz, la cara alargada y los ojos protegidos por unas gafas de color té y los bordes de plata. La luz

de sus ojos los convertía en pozos negros sin fondo. Llevaba puesto un traje de chaqueta azul oscuro ceñido sobre una camisa blanca arreglada y una corbata de rayas azules y blancas. Sus zapatos de cuero negro brillaban como el cristal. Tenía el pelo hacia un lado, ni muy grueso ni muy fino. El hombre poseía un rasgo característico: un empaste de bronce en un diente (quizá era de oro). Así era, en resumen, Diamante Jin.

Ding Gou'er volvió en sí a toda prisa y se dio cuenta de que, como si fuera cosa del destino, estaba cara a cara con su verdadero adversario.

El Secretario del Partido y el Director de la mina se levantaron de golpe y ni se inmutaron cuando se dieron en las rodillas con el borde de la mesa al incorporarse. La manga de uno de los dos volcó un vaso de cerveza, el líquido amarillo empapó el mantel y goteó en sus rodillas. No les importó. Echaron las sillas hacia atrás y se apresuraron a saludar a su nuevo invitado. Unos gritos de felicidad salieron despedidos de la boca del subsecretario Jin incluso antes de que el vaso de cerveza golpeará la mesa: «¡Estáis aquí!».

La risa del hombre condensó el aire de la habitación y la bella mariposa del interior de la cabeza de Ding Gou'er se comprimió. El investigador se puso de pie a pesar de que no quería hacerlo. También sonrió a pesar de que quería estar serio. Este sonriente Ding Gou'er se alzaba para dar la bienvenida a esta inminencia.

Al unísono, el Secretario del Partido y el Director de la mina dijeron:

—Este es el subsecretario Diamante Jin del Departamento de Propaganda del Comité del Partido Municipal, y este es el investigador Ding Gou'er de la Procuraduría General.

Diamante Jin se agarró las manos, sonrió y dijo:

—Disculpadme el retraso.

Estiró la mano hacia Ding Gou'er, que le saludó con un apretón de manos a pesar de que no quería hacerlo. «La mano de este demonio come niños tendría que estar fría como el hielo —pensó—. Pero entonces ¿por qué es tan cálida y suave? ¿Y agradable y húmeda?». En ese momento escuchó a Diamante Jin decir educadamente:

—¡Bienvenido! He oído cosas maravillosas de usted.

Una vez que todos se hubieron sentado a la mesa Ding Gou'er apretó los dientes con determinación para no beber más y así poder mantener el control de todas sus facultades. «¡Es hora de trabajar!», se ordenó a sí mismo para sus adentros.

Ding estaba sentado hombro con hombro con Diamante Jin y la verdad es que estaba preparado para todo. «Diamante Jin, ah, Diamante Jin. Puede que seas una fortaleza impenetrable, puede que intimes con los gobernantes, que tus raíces sean profundas y fuertes, pero una vez que te tenga en mi poder, tus días estarán contados».

Diamante Jin dijo:

—¡Cómo he llegado tarde pagaré una multa de treinta copas!

Ding Gou'er no esperaba oír esas palabras. Se giró para mirar al Secretario del Partido o al Director de la mina y vio que ambos sonreían con complicidad. Una chica de rojo entró con una botella de licor dulce y unas copas en una bandeja. El cristal emitía dulces destellos de luz mientras colocaba las copas delante de Diamante Jin. Otra chica de rojo entró con una licorera y relleno las copas, inclinándose como un ave fénix cuando movía la cabeza con elegancia. Dada su experiencia relleno las copas con confianza y determinación, sin derramar una gota. Las burbujas de la primera copa, que eran puras perlas, no habían llegado a la superficie cuando ya estaba rellena la última copa. Un suspiro salió del interior de Ding Gou'er. En primer lugar por las habilidades extraordinarias y la gracia de la chica de rojo y en segundo lugar por la seguridad de Diamante Jin. Esto probó el dicho de: «Sin un diamante no se pueden hacer bellas joyas».

Diamante Jin se quitó el abrigo y una de las chicas de rojo se lo retiró enseguida.

—Camarada Ding, viejo amigo —mencionó—. ¿Dirías que estas treinta copas están llenas de agua mineral o de alcohol?

Ding Gou'er trató de olerlo pero su sentido del olfato estaba anestesiado.

—Si quieres saber a qué sabe una pera tienes que comerte una. Si quieres determinar si es alcohol de verdad tienes que probarlo tú mismo. Por favor coge tres de estas copas.

Ding Gou'er sabía por el material que había leído de su investigación que Diamante Jin era famoso por su capacidad de beber, pero aun así seguía teniendo dudas. Se sintió tan presionado que cogió tres copas y probó el contenido de una con la punta de la lengua. El líquido tenía un sabor dulce y fermentado. Era de muy buena calidad.

—Camarada Ding, viejo amigo —dijo Diamante Jin—. Son para ti.

—Es la costumbre —dijo uno de los dos dignatarios—. Ya lo has catado.

Entonces dijeron:

—No nos importa si te lo bebes o no, pero sí que nos importa si lo tiras. El despilfarro es el mayor pecado que existe.

A Ding Gou'er no le quedó otra opción que beberse las tres copas.

—Gracias —dijo Diamante Jin—. Muchas gracias. Ahora me toca a mí.

Cogió una copa de licor y se la bebió de golpe, sin hacer el mínimo ruido y sin derramar una gota; su sencillo pero elegante estilo demostró que era un bebedor habitual.

Aceleró el ritmo con las siguientes copas pero sin empeorar la precisión ni el estilo, la cadencia o el ritmo. Por fin levantó la última de las treinta copas y dibujó un semicírculo, como un arco deslizándose por las cuerdas de un violín; el suave y elegante sonido de este instrumento se arremolinó en el aire del comedor y fluyó por las venas de Ding Gou'er. Las sospechas del investigador hacia Diamante Jin empezaron a desaparecer y empezó a sentir buenas vibraciones hacia él, como las plantas que florecen en los arroyos tras el deshielo en primavera. Vio a Diamante Jin llevarse la última copa a los labios y percibió un destello de melancolía en los ojos negros y brillantes del hombre; se había transformado en un ser generoso y bueno, que emanaba un aura de sentimentalismo, lírico y poético. El sonido de los violines era muy tenue, como la ligera brisa otoñal que hace susurrar las hojas doradas y caídas, como una pequeña flor frente a un mercadillo silencioso. Los ojos de Ding Gou'er se volvieron húmedos, estaban fijos en la copa, como si fuera una corriente de agua enfurecida que arrasa una roca para fundirse en un lago verde y profundo. Le había cogido cariño a este hombre.

El Secretario del Partido y el Director de la mina aplaudieron y alabaron la misión cumplida de Diamante Jin. Ding Gou'er, inmerso en poéticas emociones seguía quieto y en calma. El silencio invadió la escena. Las cuatro chicas de rojo estaban de pie, inertes, como estatuas de color añil, cada una con una posición diferente, como si escucharan atentamente o estuvieran absortas. Un extraño ruido salió del aire acondicionado de la esquina, haciendo añicos la tranquilidad. El Secretario del Partido y el Director de la mina pidieron a gritos que el subsecretario Jin se bebiera otras treinta copas de alcohol, pero él negó con la cabeza.

—No más para mí —dijo—. Sería un desperdicio, aunque como es mi primer encuentro con el Camarada Ding debo brindar tres veces con él con tres copas cada vez.

Ding Gou'er se quedó mirando estupefacto a este hombre que podía beberse de golpe treinta copas de alcohol sin inmutarse, y estaba tan embriagado por su decoro, por su melosa voz y por el ligero destello de su diente de bronce o de oro, que perdió de vista su lógica matemática y olvidó que tres veces por tres copas es igual a nueve.

Le pusieron nueve copas en frente de Ding Gou'er, y otras nueve enfrente de Diamante Jin. Ding Gou'er era incapaz de llevarle la contraria a este hombre; su consciencia y su cuerpo se movían en direcciones opuestas. Su consciencia gritó: «¡No deberías beber!», mientras que su mano cogía la copa y vaciaba el contenido en su boca.

Nueve copas de un licor fuerte efectuaron su viaje al estómago, y sus conductos lacrimales estaban trabajando de más. No sabía por qué le caían lágrimas, especialmente en medio de este banquete. «Nadie te ha pegado, nadie te ha echado la bronca, entonces ¿por qué lloras? No, no estoy llorando. Sólo porque haya lágrimas no significa que esté llorando». Más y más lágrimas cayeron por sus mejillas hasta que su cara parecía un charco repleto de hojas de loto empapadas.

—¡Traed el arroz! —oyó decir a Diamante Jin—. Que el Camarada Ding coma algo.

—¡Todavía queda el plato más importante!

—Oh —dijo Diamante Jin pensativamente—. Entonces traedlo.

Una chica de rojo apartó el cactus de en medio de la mesa. Entonces otras dos chicas de rojo entraron con una gran fuente en la que estaba sentado un niño asado que desprendía un aroma irresistible.



Estimado Mo Yan,

He recibido su carta. Gracias por tomarse su tiempo para escribir y recomendar mi relato a *Literatura para los ciudadanos*. No es sinceridad o arrogancia de borrachos —eso nunca— cuando digo que mi relato inicia unos nuevos horizontes artísticos y creativos y está lleno del espíritu del dios del vino. Si *Literatura para los ciudadanos* decide no publicarlo entonces los editores deben de estar ciegos.

He leído la novela que me recomendó, *No me trates como a un perro*. Me ha enfurecido, si quiere que le sea sincero. Li Qi, el autor, pisotea el sublime y sagrado esfuerzo que encierra lo que llamamos literatura y, si toleramos eso, no queda nada a salvo. Si alguna vez le conozco, le aviso, tendrá la mayor pelea verbal de su vida.

Está absolutamente en lo cierto cuando dice que si me aplico con diligencia en el estudio de mi oficio tendré un futuro brillante en la Tierra del vino y los licores y que nunca me tendré que preocupar de qué voy a comer mañana o de dónde voy a sacar ropa nueva; tendré una casa, estatus, dinero, y un gran harén de bellas mujeres. Pero soy un hombre joven con ideales que no se conforma con remojarse en el alcohol de su trabajo el resto de su vida. Quiero ser como el joven Lu Xun, que abandonó los estudios de medicina por una carrera literaria; quiero abandonar el alcohol por una carrera literaria, usar la literatura para cambiar la sociedad, para cambiar el sentido de la noción china de patria. Para conseguir este objetivo sublime perdería la cabeza o derramaría sangre, y desde el momento en que deseo hacer esto ¿cómo voy a preocuparme por las posesiones terrenales?

Muy señor mío, Mo Yan, mi corazón está puesto en la literatura, por lo que ni diez fortísimos caballos podrían apartarme de mi objetivo. Mi mente está decidida, por lo que no necesita tratar de cambiarla. Tengo miedo de que si lo hace mis sentimientos puedan cambiar y se conviertan en odio. La literatura le pertenece a la gente. ¿Por qué la gente tiene permitido escribir y yo no? Uno de los principios del comunismo previsto por Marx fue la integración del arte con la gente trabajadora y de la gente trabajadora con el arte. Por lo que cuando el comunismo lidere el mundo, todo el mundo será novelista como en Rusia. Por supuesto que ahora estamos en la fase inicial, pero en ninguna parte hay una ley de la fase inicial que diga que un Doctor en vino y licores no pueda escribir novelas ¿verdad? Por favor, señor, no trate nunca de ser como esos capullos que se dan a conocer y luego tratan de monopolizar el campo literario; cuando ven que otra persona escribe algo se ponen celosos. El proverbio lo explica mejor: «Los vaivenes del Yangtsé se llevan a algunos por delante, la espuma del río

abre paso a aquellos que les siguen; las hojas nuevas reemplazan a las hojas viejas en un bonito bosque y los jóvenes finalmente triunfan sobre los ancianos antecesores». Cualquier reaccionario que piense que puede reprimir una fuerza ascendente es igual que «la mantis que trata de parar un carro que va en dirección contraria», «sobreestimar de manera trágica las habilidades de uno».

En nuestro instituto de investigación hay una mujer que se encarga de los materiales de consulta. Se llama Liu Yan, y dice que fue estudiante suya. Cuando era profesor de Política en la Escuela Militar de Baoding ella estaba en su clase. Me ha contado muchas historias interesantes que me han ayudado a hacerme una imagen más clara de usted. Me contó que una vez usted dijo cosas poco favorecedoras del famoso escritor Wang Meng. Les dijo que había publicado un artículo en el suplemento semanal del *Diario de la Juventud china* en el que exhortaba a los jóvenes escritores a alejarse del abarrotado y estrecho sendero de la literatura. Me contó que usted afirmó furioso: «¿Está Wang Meng en posición de monopolizar el panorama literario? Si hay comida todo el mundo come, si hay ropa todo el mundo va vestido. ¿Queréis que renuncie a la escritura? ¡Bien, pues yo voy a seguir de todas maneras!».

Cuando escuché esa anécdota, muy señor mío, me ventilé la mitad de un litro de vino. Estaba tan nervioso que me temblaban todos los dedos, la sangre se disparaba por mis venas y mis orejas estaban tan rojas como las peonías. Su comentario fue como un toque de rebato, una llamada de atención solemne a nuestro espíritu luchador. Quiero ser como usted fue en ese momento: entonces usted dormía entre la maleza, comía vísceras, le saltaban chispas de los ojos, usaba su pluma como un arma y prefería la muerte al deshonor.

Cuando oí las historias que contaba Liu Yan sobre usted y luego leí la carta que usted me mandó me sentí triste y desilusionado. ¡Lo que usted me anima a hacer es lo mismo que Wang Meng animaba a los escritores jóvenes (incluido a usted) a hacer entonces! Qué dolor me provoca todo esto. ¡Señor, muy señor mío, por favor no siga las pautas de esos individuos mezquinos y sinvergüenzas! No critique a los demás por sus mismos actos. Por favor no olvide el dolor de la herida en cuanto se le haya caído la costra. Si lo hace, acabará con la estima y el cariño, no sólo el mío sino el de decenas de miles de escritores jóvenes como yo.

Anoche escribí otro relato, a este lo he titulado «Carne de niño». En esta historia creo que muestro más madurez a la hora de adoptar el estilo narrativo de Lu Xun, convirtiendo mi pluma en un puñal afilado a la hora de despellejar la aparente y resplandeciente civilización espiritual y sacar a la luz la esencia brutal y primitiva de nuestra moral despreciable. Este relato puede considerarse un ejemplo de «realismo crudo». A propósito, le he echado el guante a esos que usan la literatura como un «arma» y son parte del «movimiento *punk*», es decir, utilizo la literatura para despertar al pueblo. Mi intención es lanzar un ataque violento contra todos los cargos venales y corruptos que viven aquí, en la Tierra del vino y los licores, y el relato debe ser considerado «un rayo de luz en nuestro reino de tinieblas», una versión moderna de *Diario de un demente*, de Lu Xun. Se lo incluyo junto a esta carta y espero ansioso sus comentarios críticos. «Un verdadero materialista no tiene miedo a nada» así que por favor, no sienta que debe andarse con rodeos sobre el tema. Diga simplemente lo que se le venga a la cabeza y no se ande por las ramas. Poner las cartas sobre la mesa es una de las

mejores tradiciones del Partido.

Después de que haya leído «Carne de niño» si cree que es publicable le estaría agradecido si le encontrara un hogar. Naturalmente, sé que hoy en día se necesitan contactos incluso para mandar un cadáver al crematorio, por lo que conseguir que te publiquen un relato o un libro de ficción debe de ser imposible. Pero hay que encararse con ellos. Si tiene que invitar a alguien a una comida, adelante. Si es necesario hacer algún regalo, tiene mi aprobación. Yo corro con los gastos (por favor recuerde guardar los recibos).

Me ha llevado mucho esfuerzo acabar «Carne de niño», por lo que *Literatura para los ciudadanos* es mi primera opción. Tengo mis razones: Primero, *Literatura para los ciudadanos* es la revista Literaria «oficial» de China a la vanguardia de las nuevas tendencias. Publicar un relato ahí es mejor que publicar dos en una revista municipal o provincial. Segundo, quiero adoptar la táctica de «Céntrate en una cosa y olvídate del resto». ¡Esta es la única manera de entrar en la poderosa fortaleza de *Literatura para los ciudadanos*!

Li Yidou

Pd: Un amigo mío va a Beijing por negocios y le he pedido que le lleve una caja con doce botellas del más fino licor «Hormigas verdes», de la Tierra del vino y los licores; yo mismo he ayudado a producirlo en el laboratorio. Espero que lo disfrute.

Li Yidou



Querido doctor en vinos y licores

¿Cómo estás?

Gracias por el licor «Hormigas verdes». El color, el aroma y el sabor son de primera categoría aunque he sentido que hay una falta de armonía en cierta manera, como una chica de bonitos rasgos a la que le falta algo indefinible para convertirla en una belleza verdadera. El licor de mi pueblo natal también es conocido por su gran calidad, aunque no es comparable con lo que ustedes hacen en la Tierra del vino y los licores. Según mi padre, antes de la Liberación (1949), en nuestro pueblo, tan pequeño y con tan pocos habitantes, había dos destilerías que producían vino y licor de sorgo, y ambas eran muy famosas. Una era Zongji y la otra era Juyuan. Daban trabajo a docenas de jornaleros, sin hablar de la cantidad de mulas y caballos que necesitaban y todo el ruido que hacían. Y como elaboraban el vino con mijo —casi todas las familias del pueblo lo consumían— el aire se impregnaba de su aroma. Una vez, uno de los tíos de mi padre me dio una explicación detallada de cómo funcionaban las destilerías, incluyendo el arte de destilar, la maquinaria, la gestión, y cosas como esas. Había trabajado en Zongji durante más de una década. Sus descripciones fueron un gran material para el capítulo «Vino de sorgo», de mi novela *Sorgo rojo*. El olor permanente a vino y licor en mi pueblo y en sus alrededores también fue fuente de inspiración constante.

El vino y los licores me interesan muchísimo; he pensado largo y tendido sobre la relación entre el vino y la cultura. El capítulo «Vino de sorgo» de mi novela es un buen ejemplo de lo que pienso sobre el tema. Desde hace mucho quiero escribir una novela sobre el vino y los licores, y conocer a un verdadero Doctor en este tema como tú es una gran suerte. Probablemente te bombardearé a preguntas desde ahora en adelante, por lo que por favor deja de dirigirte a mí como «muy señor mío».

He leído tanto tu carta como el relato «Carne de niño» y tengo muchos pensamientos que compartir contigo, sin ningún orden de importancia en particular. Empezaré con la carta:

1. En mi opinión, los rasgos de arrogancia o humildad son contradictorios e interdependientes al mismo tiempo. Es imposible decir cuál es bueno y cuál es malo. La verdad es que la gente que parece ser arrogante es de hecho humilde y la gente que parece humilde en el fondo es arrogante. Hay personas que son arrogantes en determinadas ocasiones y bajo determinadas circunstancias pero extremadamente humildes en otras y bajo circunstancias diferentes. La arrogancia absoluta y la humildad eterna probablemente no

existan. Su «arrogancia de borracho» es en gran parte una reacción química y no se le puede poner ninguna pega. Por lo que su sentimiento de autosatisfacción después de haber bebido me parece más que normal y un par de críticas bien dichas a *Literatura para los ciudadanos* no infringe ninguna ley que yo conozca, especialmente dado que no ha insultado a sus madres ni nada parecido. Todo lo que ha dicho es: «Si deciden no publicarlo deben de estar ciegos».

2. El señor Li Qi tuvo razones para escribir su novela del modo en el que lo hizo, y si no te gusta, apártala a un lado y olvídala. Si alguna vez te topas con él dale un par de botellas de «Hormigas verdes» y luego esfúmate. No, repito, no cometas el error de adoptar la táctica revolucionaria y romántica de darle «la paliza verbal de su vida». Este tipo está muy conectado con criminales clandestinos. Su maldad sólo se iguala a su brutalidad y nada le detendrá. Hay un rumor que corre por ahí sobre una mujer que trabajaba como crítica literaria en Beijing y que escribió un artículo en contra de sus aportaciones a la literatura después de disfrutar de una agradable comida con él. Lo publicó en un periódico y tres días después esta crítica literaria fue raptada por los hombres de Li Qi y la llevaron a Tailandia, donde la vendieron como prostituta. Por lo que toma mi consejo y aléjate de ese individuo. El mundo está lleno de gente que ni el mismo Dios es capaz de ofender. Li Qi es uno de ellos.

3. Dado que dices que tu mente está hecha para la literatura, nunca más te aconsejaré que te comportes como un hijo pródigo, porque no quiero que me odies. Si una persona provoca a otra inadvertidamente hasta que esta le odia, no se puede hacer nada. Pero si lo hace intencionadamente es como «mirarte en un espejo y ver lo feo que eres una y otra vez, así que ¿para qué volver a mirarse en el espejo?»

Has usado el lenguaje más feroz para esos «desagradables capullos» que quieren «monopolizar el sistema literario». No puedo estar más de acuerdo contigo. Si hay capullos ahí fuera tratando de monopolizar el sistema literario los criticaré igual que tú.

Fui profesor en la Escuela Militar de Baoding hace más de diez años y venían varios cientos de estudiantes a mis clases. Me parece recordar a dos Liu Yans. Una tenía la cara lechosa y siempre parecía de mal humor; la otra tenía la piel morena y era baja y rechoncha. ¿Cuál de las dos trabaja contigo?

En cuanto a lo de haber sido duro con Wang Meng no me acuerdo, pero creo que leí un artículo suyo en el que instaba a los jóvenes a autoevaluarse sin piedad. Puede que me lo tomara como un ataque hacia mí, lo que es probable que me hiciera sentir muy incómodo. Pero lo que no es probable es que atacara a Wang Meng en una clase en la que estaba promoviendo el Comunismo.

Si quieres que te sea sincero nunca he salido a la calle para criticar a nadie, ni lo haré. Pero no se puede garantizar nada porque la gente no puede dictaminar los cambios que sufre a lo largo de su vida.

Ahora en cuanto al relato:

1. Lo llamas «realismo crudo». ¿Me puedes decir qué significa eso?

No lo tengo claro del todo, aunque me hago una idea. El contenido de tu historia me estremece mucho y todo lo que puedo decir es que me alegro de que sea ficción. Sería un gran problema si hubieras escrito un ensayo periodístico con el mismo tema.

2. Y en cuanto a si es publicable normalmente hay dos características que cuentan: la ideológica y la artística. Nunca he sido capaz de entender ninguna de las dos. Y lo digo de verdad. No me ando con rodeos. Afortunadamente *Literatura para los ciudadanos* tiene una buena cosecha de editores, por lo que dejemos que ellos decidan.

Ya he mandado tu relato al departamento editorial de *Literatura para los ciudadanos*, y por lo que se refiere a invitar a una comida o de hacer un regalo, me temo que no sé lo bastante de eso como para ni siquiera intentarlo. Si hacer cosas como esas es efectivo o no con grandes publicaciones como *Literatura para los ciudadanos* eso lo tienes que descubrir tú solo.

Deseándote buena suerte,

Mo Yan



«Carne de niño»

Li Yidou

Era una avanzada noche de otoño; la luna había salido y pendía en el lado oeste del cielo, con los bordes medio borrosos, como un cubo de hielo derritiéndose. Fríos rayos de luz danzaban en el pueblo dormido «Aroma de vino». El gallo de alguien cantaba en un gallinero. Era un sonido amortiguado, como si emergiera de un sótano profundo.

Aunque el ruido había enmudecido despertó a la mujer de Jin Yuanbao, que estaba durmiendo. Se cubrió los hombros con el edredón y se incorporó, sintiéndose desorientada con la niebla que había alrededor. Pálidos rayos de luna atravesaban la ventana y dejaban sus siluetas blanquecinas estampadas en el edredón. Los pies de su marido sobresalieron de debajo de las mantas a su lado derecho, congelados. Ella los cubrió con el borde del edredón. Pequeño Tesoro dormía acurrucado a su izquierda y respiraba en paz y de manera uniforme. Los cantos amortiguados de los gallos que venían de muy lejos se desvanecían en el aire. A la mujer le entraron escalofríos, saltó de la cama, se puso una chaqueta sobre los hombros y salió al jardín, donde levantó la mirada al cielo. Tres estrellas pendían en el oeste y la constelación Pléyades se iluminaba en el este. Pronto llegaría el alba.

La mujer volvió a entrar a la habitación y le dio unos golpecitos a su marido.

—Hora de levantarse —dijo—. La constelación Pléyades ya está aquí.

El hombre dejó de roncar y se relamió los labios una o dos veces antes de levantarse.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó, con un tono de confusión.

—Está a punto —dijo la mujer—. Si salimos un poco antes no desperdiciaremos el

viaje como la otra vez.

Con lentitud, el hombre se tapó los hombros con un abrigo de forro, cogió la bolsita con tabaco que estaba en la cabecera de la cama, relleno la pipa y se la puso entre los labios. Entonces cogió una piedra de mechero, otra piedra y algo de yesca para hacer fuego. Saltaron chispas y una aterrizó sobre la yesca, que prendió fuego en cuanto sopló. La profunda llama roja brillaba en la oscura habitación. Entonces encendió la pipa y le dio unas cuantas caladas. Estaba a punto de apagar la yesca cuando su mujer dijo:

—Enciende la lámpara.

—¿Estás segura de que quieres que la encienda? —preguntó.

—Venga, enciéndela —dijo—. Gastar un poco de lámpara de aceite no nos puede hacer más pobres de lo que somos ahora.

El marido cogió aire profundamente y volvió a soplar la yesca que había en sus manos, viéndola cómo se iluminaba, más y más, hasta que al final se convirtió en una verdadera llama. La mujer se acercó a la lámpara y la encendió, luego la colgó en la pared, desde donde emitía una luz débil que apenas alumbraba toda la habitación. Marido y mujer se intercambiaron una breve mirada y luego apartaron la vista al unísono. Uno de los muchos niños que dormían junto al hombre estaba hablando en sueños, muy alto, como si gritara un anuncio publicitario o un eslogan. Otro se estiró y rozó la pared grasienta con las manos. Otro en cambio estaba llorando. El hombre le metió el bracito bajo las mantas y le dio un golpe.

—¿Por qué lloras? —dijo con impaciencia—. ¡Estás acabando con esta familia!

La mujer cogió aire profundamente.

—¿Pongo agua a hervir?

—Adelante —contestó el hombre—. Bastará con dos cuencos de agua.

La mujer se quedó pensativa durante un momento, luego dijo:

—Quizá es mejor poner tres esta vez. Cuanto más limpio más opciones tendremos.

El hombre levantó la pipa sin contestar, luego miró a una esquina de la cama, donde dormía el mocosito profundamente.

La mujer puso la lámpara encima de la puerta, para que así la luz iluminara las dos habitaciones. Después de lavar el wok volcó el agua dentro y le puso la tapa. Cogió un puñado de paja, lo encendió en la lámpara de aceite y con cuidado lo puso en la cocina. El fuego ardía a medida que iba echando más paja, lenguas doradas de fuego lamían la superficie y daban color a la cara de la mujer. El hombre se sentó en un taburete al lado de la cama y miró absorto a la mujer, que de algún modo parecía más joven.

El agua empezó a borbotear hasta que llegó a hervir y la mujer echó más paja al fuego. El hombre dio un golpe con la base de la pipa en la cama, se aclaró la garganta y dijo con un tono vacilante:

—La mujer de Diente Grande Sun, del Pueblo del Este, está otra vez embarazada, y eso que todavía le está dando el pecho al otro.

—Cada persona es diferente —dijo la mujer con suavidad—. ¿A quién no le gustaría tener un bebé cada año? ¿Y todas las veces trillizos?

—Diente Grande tiene la vida resuelta, el muy cabrón, sólo porque su cuñado es inspector. Ese niño no valía gran cosa, pero eso no fue un problema. Pasó por los pelos el segundo grado y misteriosamente acabó obteniendo el grado superior.

—Para convertirte en inspector es más fácil si tienes contactos. Siempre ha sido así —dijo la mujer.

—Pero para Pequeño Tesoro es pan comido obtener el primer grado. Ninguna otra familia puede igualar lo que estamos invirtiendo en este niño —dijo el hombre—. Cuando estabas embarazada de él te comiste cincuenta kilos de pasteles de judías, cinco kilos de carpas, cuatrocientos kilos de nabos...

—¿Que yo comí qué? ¡Esa comida puede que fuera a parar a mi estómago, pero estuvo lo mínimo porque enseguida se convirtió en leche y él me la sacó toda!

Se filtró vapor por debajo de la tapa del wok, que tenía el agua hirviendo, lo que provocó que la luz de la lámpara parpadeara débilmente, como una luciérnaga en mitad de la neblina.

La mujer apagó el fuego y se giró hacia el hombre.

—Tráeme el barreño —le dijo.

Como respuesta el marido soltó un gruñido. A continuación se fue al jardín y enseguida volvió con un viejo barreño de cerámica negra. La parte inferior estaba cubierta de una fina capa de escarcha.

La mujer le quitó la tapa al wok, lo que liberó una nube de vapor que casi ahoga la lámpara. Poco a poco la luz volvió a la habitación. Entonces cogió un recipiente y echó agua caliente en el barreño.

—¿No vas a echar agua fría? —preguntó el hombre.

Probó el agua con la mano.

—No —dijo—. Está bien así. Ve a por él.

El hombre se fue a la habitación de al lado, se agachó y levantó a un niño en brazos, que seguía roncando. Cuando empezó a llorar, Jin Yuanbao le dio una palmadita en el trasero mientras le chistaba para que se callara.

—Tesoro, Pequeño Tesoro, no llores. Papá te va a dar un baño.

La mujer le cogió al niño de los brazos. Pequeño Tesoro torció el cuello, se acurrucó en sus brazos y le estrujó el pecho con las manos.

—Quiero la leche de Mamá...

A la mujer no le quedó más remedio que sentarse en el pasillo y abrirse la blusa. Pequeño Tesoro cogió un pezón, se lo metió en la boca e inmediatamente empezó a balbucear radiante de felicidad. La mujer se inclinó hacia delante, como si el bebé tirara de ella.

El hombre removió el agua del barreño con la mano.

—Ya ha tomado bastante —le dijo a su mujer para que se diera prisa—. El agua se está enfriando.

La mujer le dio una palmadita en el trasero a Pequeño Tesoro.

—Tesoro —dijo—. Mi tesoro, para de chupar. Ya me has dejado seca. Es hora del baño. Cuando estés limpio te llevaremos al pueblo de excursión.

Trató de apartar al niño, pero Tesoro se negó a soltar el pezón, tirando de él todo lo que pudo, como un trozo de goma vieja cuando se estira por los lados.

El hombre se acercó y cogió bruscamente al niño. La mujer se quejó y Tesoro soltó un grito con lágrimas en los ojos. Jin Yuan le dio un azote en el culo, esta vez más fuerte, y dijo enfadado:

—¿Por qué chillas?

—No le des tan fuerte —protestó la mujer—. Si tiene heridas valdrá menos.

Después de quitarle la ropa y echarla a un lado, el hombre volvió a probar el agua.

—Está muy caliente —murmuró—, pero así le dará algo de color. Puso al niño desnudo en el barreño, que ahora gemía del dolor y sus chillidos eran más altos que los gritos de hacía unos segundos. Como si el sonido pasase de ser uniforme, como una cadena de montañas, a ser fijo y alto como su cima. Las piernas del niño forcejearon y trataron de salir del barreño. Pero Jin Yuanbao seguía empujándole hacia dentro. Gotas de agua caliente salpicaron a la mujer. Se tapó rápidamente la cara con las manos y se quejó con suavidad:

—Papá de Pequeño Tesoro, el agua está demasiado caliente. Si tiene quemaduras en

la piel valdrá menos.

—Este rompe familias... el agua debería estar templada, no demasiado fría, no demasiado caliente. Está bien, añade un poco de agua fría.

La mujer se puso de pie como pudo sin cubrirse los senos flácidos; el dobladillo de la blusa le caía lacio entre las piernas, como una bandera vieja y empapada. Después de echar la mitad de un cuenco de agua metió la mano en el barreño y la movió rápidamente.

—No está caliente —dijo—. No lo está. Deja de llorar, Tesoro, deja de llorar.

Los lloros de Pequeño Tesoro se calmaron un poco, pero siguió forcejeando. Lo último que quería el niño era un baño, y Jin Yuanbao tuvo que seguir empujándole para que no se saliera del barreño. La mujer se levantó, con el cuenco en la mano, como si estuviera en trance.

—¿Estás dormida o qué? —gruñó Jin Yuanbao—. ¡Échame una mano!

Como si se despertara de un sueño la mujer apartó el cuenco y se arrodilló a su lado. Entonces empezó a lavarle la espalda y el trasero al niño. La hija mayor, una niña de unos siete u ocho años, vestida tan sólo con unos pantaloncitos cortos sueltos a la altura de las rodillas, de color rojo, con los hombros caídos, el pelo alborotado y descalza entró en la habitación frotándose los ojos.

—Díe, Niang, ¿por qué le bañáis? ¿Le vais a cocinar y nos lo vais a dar de comer?

—¡Vete a la cama, maldita sea! —dijo Jin Yuanbao ferozmente.

Cuando Pequeño Tesoro vio a su hermana mayor rompió a llorar. Pero la niña, que no se atrevió a decir ni media palabra más, se dio la vuelta, se escabulló en la otra habitación y se detuvo en la puerta para ver lo que hacían sus padres.

Dado que Pequeño Tesoro había llorado tanto que se había quedado afónico ahora sólo podía sollozar, con una voz apagada y tenue. La mugre de su cuerpo se convirtió en bolas de barro al sumergirse en el agua turbia.

—Tráeme un trozo de jabón —dijo el hombre.

La mujer lo sacó del fregadero.

—Cógele —dijo Jin Yuanbao— mientras yo froto.

La mujer y Yuanbao se intercambiaron de posición.

Yuanbao cogió el jabón y empezó a frotar al niño, el cuello y el trasero, y cada rincón de su cuerpo, incluidos los espacios entre los dedos. Cubierto de burbujas de jabón, Pequeño

Tesoro gritaba del dolor; la habitación se había llenado de un olor desagradable y extraño.

—Papá de Tesoro, no tan fuerte. No le desgarres la piel.

—No está hecho de papel —dijo Yuanbao—. ¡Su piel es más resistente que eso! No sabes lo astutos que son estos inspectores. Les miran hasta el ano, y si encuentran algo de suciedad, les quitan puntos y les bajan un grado. Cada grado vale más de diez yuanes.

Por fin el baño acabó y Yuanbao cogió a Pequeño Tesoro mientras la mujer le secaba. El niño tenía la piel de un rojo brillante bajo la luz de la lámpara y desprendía un olor suculento a carne. La mujer cogió un trajecito sin estrenar y le quitó el niño de los brazos a su marido. Pequeño Tesoro empezó a buscar de nuevo el pecho, y su madre se lo dio.

Yuanbao se secó las manos y llenó su pipa con tabaco. Después de encenderla con la linterna de aceite y echar una bocanada de humo dijo:

—Estoy empapado en sudor por culpa de este mocoso.

Pequeño Tesoro se quedó dormido, con el pezón en la boca. Su madre sujetaba fuerte al niño, reacia a soltarlo.

—Dámelo —dijo Yuanbao—. Esta mañana me espera un largo camino.

La mujer sacó el pezón de la boca del niño, que estaba apretada como si siguiera dentro.

Jin Yuanbao cogió la linterna de aceite con una mano, a su hijo, que estaba durmiendo, con la otra y salió por el callejón, que daba a la calle principal del pueblo. Mientras caminaba a lo largo del callejón sintió un par de ojos clavarse en su espalda, lo que le angustió mucho. Una vez que había salido a la calle, el sentimiento desapareció sin dejar rastro.

La luna seguía reluciendo y volvió el asfalto de color gris. Los álamos de al lado de la carretera, con las ramas desnudas, parecían hombres demacrados, con las copas pálidas y fantasmagóricas. El hombre se estremeció. De la lámpara de aceite emanó una luz cálida y amarilla, su sombra centelleante se dibujó en la superficie de la carretera. Se sorbió la nariz porque moqueaba por el frío y vio que caía aceite de la lámpara. Un perro que estaba dentro de la verja de una casa ladró lánguidamente. Vio la sombra del perro y sintió la misma languidez que él; justo en ese momento le oyó corretear ruidosamente hacia un pajar. Al salir del pueblo oyó a unos niños llorar y levantó la mirada para ver si había luces en las ventanas de las chozas de los campesinos. Otros padres estaban haciendo lo mismo que su mujer y él habían hecho hacía unos minutos. Saber que les había adelantado le alegró y le puso de buen humor.

Cuando se acercó al templo del dios de la Tierra a las afueras del pueblo se sacó del bolsillo un sobre con dinero del fantasma^[5], lo prendió con la lámpara de aceite y lo puso en una caldera en la puerta del templo. Las llamas se revolvían con el papel como serpientes

enroscadas. El hombre miró dentro del templo, donde se sentaba el dios de la Tierra con una mujer a cada lado; los tres tenían miradas gélidas. El dios de la Tierra y sus mujeres habían sido creados por el cantero Wang, que esculpió la figura masculina con piedra negra, y las figuras femeninas con piedra blanca. El dios de la Tierra era más grande que las dos mujeres juntas, como un adulto entre dos niños. Gracias a la pésima destreza del cantero Wang las tres figuras eran tan feas que era difícil de imaginar. En verano, debido a las grietas del tejado, crecía musgo en las estatuas, lo que les daba un brillo verde. Cuando se quemó el dinero del fantasma, el papel carbonizado se dobló como mariposas blancas y llamas con las puntas de color escarlata resplandecieron trémulas alrededor de los bordes antes de apagarse. Él oyó el papel crepitar.

Después de haberle entregado a la deidad del lugar el registro de nacimiento de su hijo, Jin Yuanbao puso la lámpara de aceite y al niño en el suelo, se arrodilló e hizo una gran reverencia al dios de la Tierra y a sus dos mujeres. Entonces cogió al niño y la lámpara y se fue corriendo.

Alcanzó el río abarrotado de tarays justo cuando el sol salió por encima de la montaña. Esos arbustos bordeaban el río y parecían de cristal; el agua era de un color rojo brillante. Entonces el hombre apagó la lámpara y la escondió entre las ramas de los tarays. A continuación caminó hasta el embarcadero para esperar a que viniera la barca del otro lado del río.

En cuanto el niño se despertó empezó a berrear. Temeroso de que tanto consumo de energía le hiciera perder peso, Yuanbao supo que necesitaba tranquilizar al niño. A su edad el pequeño ya había empezado a caminar, por lo que le llevó hasta la orilla de arena, arrancó una rama de un taray cercano y se la dio como juguete provisional. Sacó la pipa y sintió un dolor en los brazos cuando se la llevó a la boca. Justo entonces el niño estaba aplastando unas hormigas negras en la arena con su nuevo juguete, que era tan pesado que casi se le cayó encima cuando lo levantó sobre su cabeza una de las veces. El rojo del sol que estaba escalando el cielo no sólo iluminó la superficie del río sino que también iluminó la cara del niño. Yuanbao estaba contento de que su hijo jugara por su cuenta. El río sólo medía medio li de ancho más o menos y sus aguas eran pantanosas y ampulosas. Cuando el sol hizo por fin su aparición en el cielo, se reflejó en el río como un poste caído sobre una sábana de satén de color ocre. Ninguna persona en su sano juicio construiría un puente sobre un río como este.

La barca seguía amarrada en la orilla contraria, meciéndose arriba y abajo en la parte llana; vista desde lejos parecía muy pequeña. No era una barca grande —ya había subido en ella antes— y la capitaneaba un hombre viejo y sordo que vivía en una choza de adobe junto al río. Yuanbao vio una nube de humo de color verde salir de la choza y supo que el viejo sordo encargado de la barca se estaba preparando el desayuno. Todo lo que podía hacer era esperar.

A medida que pasaba el tiempo se acercaron otros pasajeros, incluidos dos vejestorios, un adolescente y una mujer de mediana edad con un niño en brazos. La pareja de vejestorios, aparentemente marido y mujer, estaban sentados en silencio, mirando al agua pantanosa con los ojos en blanco como dos canicas. El niño, semidesnudo de camisa para arriba y descalzo,

sólo llevaba puestos unos pantalones cortos azules; su cara, igual que su cuerpo, estaba pálida y reseca. Después de apresurarse a la orilla del río para liberar un riachuelo de orina en el agua se acercó hacia el hijo de Jin Yuanbao a observar las hormigas negras que estaba haciendo picadillo con la rama del arbusto. Le dijo algo ininteligible al niño, quien, sorprendentemente, pareció entenderle porque se rio y le enseñó los dientes de leche. El adolescente tenía la cara cetrina y su alborotado pelo estaba recogido con una cinta blanca. Llevaba atada una chaqueta azul a los pantalones negros, que estaban recién lavados. Jin Yuanbao observó alarmado a la mujer, que en este momento sostenía al niño para que hiciera pis. ¡Un niño! Un rival. Pero al volver a analizarle vio que estaba mucho más delgado que su hijo; tenía la piel morena y el pelo de un marrón apagado. Confiado porque este niño no era rival para Pequeño Tesoro se sintió seguro.

—Señora —dijo con indiferencia—. ¿Usted también va para allá?

La mujer le miró desconfiada y abrazó fuerte a su hijo. Le temblaron los labios, pero no dijo nada.

Con desaire Jin Yuanbao se alejó para mirar el paisaje al otro lado del río.

El sol se había alejado tres metros del río, que había pasado de ser de un amarillo sucio a un dorado cristalino. La barca seguía amarrada en la otra orilla y el humo seguía saliendo de la chimenea de la choza; no había rastro del viejo encargado de la barca.

Pequeño Tesoro y el niño de piel reseca se habían ido de la mano por la orilla del río. Yuanbao, preocupado, corrió tras ellos y cogió a Pequeño Tesoro en brazos, dejando solo al niño de piel agrietada con una mirada de no entender nada. Pequeño Tesoro empezó a berrear y a forcejear para bajarse de los brazos de su padre.

—No llores —le dijo el padre para calmarlo—, no llores ahora. Vamos a ver cómo desamarra la barca el viejo de la embarcación.

Volvió a mirar a la orilla contraria y, como si le hubieran leído el pensamiento, la silueta de un hombre que brillaba a lo lejos se acercó cojeando a la barca, donde se habían juntado algunos pasajeros.

Jin Yuanbao cogió fuerte a Pequeño Tesoro, que enseguida se calmó y dejó de llorar. Con la voz entrecortada se quejó de que tenía hambre, por lo que su padre cogió un puñado de semillas de soja del bolsillo, las masticó, y le metió la pasta a Pequeño Tesoro en la boca. El niño volvió a llorar, como si protestase por la calidad de la comida, aunque, sin embargo, se la tragó.

La barca estaba a mitad de camino cuando un hombre alto, con barba, irrumpió de detrás de un matorral de taray. Llevaba en brazos a un niño que debía de medir más de medio metro y enseguida se unió al grupo de gente esperando.

Jin Yuanbao, al que le olía el aliento a frutos secos rancios, se puso tenso por alguna

razón cuando vio al hombre de barba, que estaba analizando a la gente de la orilla del río. Tenía los ojos grandes y muy oscuros, la nariz puntiaguda y ligeramente torcida. El niño que tenía en las manos —un varón— estaba vestido con un traje nuevo de marca de color rojo con puntadas doradas por todas partes, lo que hacía que llamara la atención a pesar de que era muy mediocre. Su pelo era grueso y fosco, su cara suave y blanca, pero sus ojos parecían los de un anciano. Definitivamente no eran los ojos de un niño. Y tenía las orejas demasiado grandes y carnosas. Era imposible no fijarse en él, a pesar de que estaba entre los brazos del hombre de barba.

La proa de la barca favoreció la corriente para acercarse a la orilla. Todos los pasajeros estaban apretujados y tenían los ojos fijos en la barca, que poco a poco alcanzaba la orilla. El hombre viejo dejó a un lado un remo, cogió una caña de bambú y maniobró con la barca hacia la orilla. La proa levantó olas de color rojizo hasta que por fin se puso paralela a la tierra. Un grupo variopinto de siete personas se bajó de la barca después de echar unos billetes pequeños o unas cuantas monedas brillantes en una calabaza que colgaba a un lado de la cabina; el hombre viejo y sordo estaba ahí de pie, con la caña de bambú en la mano, observando el río y siguiendo con los ojos la corriente que iba en dirección Este.

Una vez que los pasajeros desembarcaron, la gente que esperaba en la orilla salió disparada a bordo. Jin Yuanbao debería haber subido en primer lugar pero esperó un poco para que pasara primero el hombre de barba. La mujer de mediana edad que llevaba al niño en brazos estaba justo detrás de él, seguida de la pareja, a la que ayudó el adolescente a subir: primero ayudó a la vieja señora y luego al anciano, antes de saltar él mismo a la barca.

Jin Yuanbao se sentó justo enfrente del hombre de barba. Le asustaban sus ojos penetrantes y oscuros, pero sobre todo le asustaba la mirada siniestra del niño vestido de rojo que acunaba entre sus brazos. Eso no era un niño, era un pequeño demonio, así de simple. La mirada perturbó tanto a Yuanbao que no pudo seguir sentado, por lo que se levantó y caminó nervioso por todas partes; tanto que hizo que la barca se tambalease. El viejo barquero podía estar sordo pero indudablemente no era estúpido.

—Tú, ese de ahí —dijo en voz alta—. Siéntate.

Para esquivar la mirada del pequeño demonio Yuanbao se giró para mirar el agua, el sol y a una gaviota gris que apenas rozaba la superficie del río. Pero seguía sintiéndose incómodo y una serie de escalofríos le recorrían el cuerpo. Al final se obligó a sí mismo a fijar la vista en la espalda desnuda del barquero y observó cómo hundía el remo en el agua. Aunque tenía la espalda encorvada, tenía bastantes músculos; tantos años viviendo junto al río habían hecho que su piel se volviera brillante y bronceada. La imagen de su cuerpo le trajo a Jin Yuanbao una mezcla de bienestar y calma, por lo que se negó a apartar los ojos de él. El viejo remaba con un ritmo constante, movía con delicadeza el remo por la popa de la barca; agitaba el agua detrás de ellos, como si fuera un pez grande y marrón que les estuviera persiguiendo. Los crujidos y el chirriar del remo, el chocar de las olas contra la proa y el esfuerzo del barquero al respirar se fundieron en una canción de tranquilidad; pero Jin Yuanbao estaba de todo menos tranquilo. Pequeño Tesoro empezó a berrear, y sintió cómo la cabeza del niño le apretaba con tanta fuerza el pecho que le hacía daño; parecía aterrado.

Entonces levantó la mirada y se sintió inmóvil por la mirada punzante del pequeño demonio. Yuanbao sintió un espasmo en el corazón y se le puso el vello de punta. Apartó la mirada y abrazó fuerte a su hijo, a la vez que le empapaba un sudor frío que le calaba la ropa.

Llegaron a la otra orilla, por fin. Tan pronto como la barca estuvo amarrada, Yuanbao sacó un billete empapado en sudor de su bolsillo y lo metió en la calabaza del viejo sordo, luego bajó de la barca y pisó la tierra húmeda de la otra orilla. Sin ni siquiera mirar hacia atrás atravesó corriendo la arena con el niño en brazos. Después de subir por un terraplén encontró la carretera que llevaba al pueblo y despegó como un rayo; sus pies aceleraron de golpe. Tenía mucha prisa por llegar al pueblo y mucha más prisa si cabía en poner toda la distancia posible entre el pequeño demonio vestido de rojo y ellos.

La carretera era amplia y nivelada, y parecía interminable. Sólo quedaban unas cuantas hojas amarillas en las ramas de los álamos del borde de la carretera; un gorrión o un cuervo piaba o graznaba por todas partes. El cielo de finales de otoño estaba muy alto, el aire limpio; no había ni una sola nube, pero Yuanbao no tenía tiempo para disfrutar del paisaje porque iba a toda prisa, como un conejo tratando de escapar de un lobo.

Era mediodía cuando llegó al pueblo. Estaba exhausto y sediento; Pequeño Tesoro estaba tan caliente como un carboncillo entre sus brazos. Yuanbao metió la mano en el bolsillo de su pantalón, vio que todavía le quedaban unas cuantas monedas y se dirigió a una tasca, donde se sentó en una mesa de la esquina y pidió un vaso del peor vino. La mayor parte del líquido la vertió en la garganta de Pequeño Tesoro, dejando tan sólo un trago para él. Cuando levantó la mano para apartar unas moscas que revoloteaban encima de la cabeza de Pequeño Tesoro se le congeló la mano de repente, como si le hubiera partido un rayo. En ese mismo lugar, pero en la otra esquina, estaba sentado el hombre de barba y el pequeño demonio que tanto había aterrado a Jin Yuanbao; ahora el niño estaba sobre la mesa y bebía un vaso de vino como si fuera agua. Sus movimientos, expertos y ágiles demostraban que entendía de bebida y sabía lo que hacía. Su cuerpo no era acorde a sus movimientos o sus ademanes. Era una imagen extraña y todas las personas de la sala, camarero y clientes, tenían la vista fija en el pequeño demonio. Pero el hombre de barba no parecía inmutarse ante las miradas que les rodeaban; estaba demasiado ocupado bebiendo su vino, «Fragancia penetrante», como para darse cuenta. Yuanbao enseguida se acabó la bebida, dejó dos monedas en la mesa, cogió a Pequeño Tesoro y salió corriendo de la tasca, con la cabeza tan gacha que su barbilla casi le tocaba el pecho. Aunque era materialista por naturaleza y era conocido en el pueblo por su coraje hoy era diferente: se había convertido en un hombre aterrado por sus propias sospechas.

Era la hora de la siesta cuando Yuanbao se encontró de pie enfrente del Departamento de Selección Especial de la Academia Culinaria, situado en un edificio de un blanco impecable con un tejado abovedado y cercado por un muro alto de ladrillo que daba a un jardín. Estaba lleno de plantas y flores exóticas de hoja perenne y con setos poblados que rodeaban un estanque ovalado junto a una montaña artificial que erupcionaba agua como un volcán, pero con la forma de un crisantemo, como un géiser interminable de cascadas de agua. El agua caía ruidosamente sobre la superficie del estanque, que era el hogar de unas cuantas tortugas con caparazones de complejos diseños. A pesar de que esta era la segunda vez que

Jin Yuanbao venía, seguía muy nervioso, como un hombre a punto de entrar en una cueva de hadas; cada poro de su cuerpo estaba tembloroso por la posibilidad de recibir una gran recompensa.

Treinta personas o más estaban en fila al lado de la verja de acero; Yuanbao se fue al final, detrás del hombre de barba y del pequeño demonio de rojo, cuya cabeza emergía sobre los hombros del hombre, y sus ojos malévolos irradiaban la misma mirada siniestra. Yuanbao abrió la boca para gritar. Pero no se atrevió, no aquí.

Al cabo de dos insufribles horas sonó una campana dentro del edificio, lo que animó a la gente aburrída y cansada que estaba de pie en la fila. Todo el mundo empezó a limpiarse la cara o a sonarse la nariz o a colocarles bien la ropa a los niños que tenían en los brazos. Unos pocos hasta empolvaban la cara de sus hijos con un algodón y le añadían colorete humedecido con saliva en las mejillas. Yuanbao le secó la cara sudorosa a Pequeño Tesoro con la manga de su chaqueta y le pasó los dedos por el pelo. Sólo el hombre de barba se mantuvo quieto, y el pequeño demonio siguió tumbado en sus brazos, viendo la escena con sus ojos malvados: estaban muy tranquilos.

La puerta de acero principal se abrió, las bisagras chirriaron y dieron paso a una habitación espaciosa y brillante. El proceso de compra iba a empezar y los únicos sonidos que reinaban eran los sollozos y llantos de los niños. Los agentes de compras hablaban con los clientes con un tono muy bajo, haciendo que la escena fuera tranquila y armoniosa. Yuanbao se echó un poco hacia atrás de la fila, temeroso de la mirada de pequeño diablo. Sabía que una vez dentro no le podría hacer nada porque pasada la verja sólo había espacio para un niño en brazos de un adulto. Nadie se le podía colar. El ruido del agua de la fuente aumentaba y disminuía, pero nunca paraba del todo; los pájaros piaban en los árboles.

Después de que saliera una mujer de la habitación con los brazos vacíos, el hombre de barba y el pequeño demonio pasaron a la entrevista. Yuanbao y Pequeño Tesoro estaban a unos tres metros de distancia de ellos, demasiado lejos para escuchar lo que decían. Yuanbao echó sus miedos a un lado y les observó con discreción. Vio cómo un hombre con un uniforme blanco y con un gorro de cocina ribeteado de rojo cogió al pequeño diablo de los brazos del hombre de barba. La habitual mirada sombría del pequeño diablo fue reemplazada por una sonrisa que aterró todavía más a Yuanbao; el empleado, en cambio no parecía inmutarse, a pesar de que la sonrisa pretendía despertar en él un sentimiento de ternura. Después de quitarle la ropa al pequeño demonio, el hombre le clavó una varilla de cristal en la piel, lo que le hizo cosquillas. Un segundo después, Yuanbao oyó al gran hombre gritar:

—¿Segundo grado? ¡Tratáis de engañarme, maldita sea!

El empleado levantó ligeramente la voz.

—Sé de lo que hablo, amigo, y sé cómo juzgar la calidad. Este niño es enorme, eso lo admito. Pero tiene la piel correosa y la carne es dura. ¡Si no fuera por su dulce sonrisa no pasaría de tercer grado!

El hombre de la barba refunfuñó enfadado antes de agarrar los billetes que le ofrecían. Después de contarlos rápidamente se los metió en el bolsillo y salió de la habitación con la cabeza gacha. Yuanbao oyó al niño, que tenía pegada a la piel una etiqueta con «Segundo grado», cómo maldecía al hombre de barba mientras se iba:

—¡Maldito asesino! Espero que te atropelle un camión en cuanto salgas por esa puerta. ¡Jodido cabrón!

Su voz era estridente y ronca, y nadie en el mundo podría pensar que esas horribles palabras salían de la boca de un niño que no medía ni medio metro de altura. Yuanbao examinó su cara, que había estado sonriendo sólo unos minutos antes y que ahora fruncía el ceño con furia. Los cinco trabajadores se pusieron de pie de golpe asombrados, con cara de miedo; durante un momento no supieron qué hacer. El pequeño demonio, con las manos en las caderas, les lanzó un escupitajo y luego gateó hasta un grupo de niños apretujados que también tenían etiquetas pegadas al cuerpo.

Los trabajadores estupefactos se intercambiaron miradas de asombro y trataban de calmarse los unos a los otros: No es nada importante, ¿verdad? No, nada importante.

El trabajo volvió a su curso. Un hombre de mediana edad y de cara rubicunda, que tenía puesto un gorro de cocina y que estaba sentado detrás de una mesa le hizo gestos a Jin Yuanbao, que se apresuró hasta él. Tenía el corazón en la boca. Pequeño Tesoro volvió a llorar otra vez y Yuanbao hizo todo lo que pudo para calmarle. Se acordó de lo que le había pasado la vez anterior: había llegado tarde, y el cupo estaba lleno. Podría haber suplicado en la puerta pero Pequeño Tesoro empezó a berrear tanto que casi les vuelve locos. Ahora volvía a pasar lo mismo.

—Pequeño, sé bueno y no llores —dijo implorándole—. A la gente no le gustan los niños que lloran todo el rato.

El trabajador preguntó con tacto:

—¿Ha nacido este niño específicamente para el Departamento Especial de Compras?

Yuanbao tenía la garganta tan seca que le dolía mucho y su respuesta afirmativa sonó un tanto forzada.

—Entonces no es una persona, ¿no? —prosiguió el trabajador.

—Eso es, no es una persona.

—Lo que está vendiendo es un producto especial y no una persona, ¿verdad?

—Verdad.

—Nos da la mercancía, nosotros le pagamos. Usted es un vendedor que viene por

voluntad propia, nosotros somos los compradores y esto es un negocio justo de transacción. Una vez realizado el intercambio no habrá objeciones, ¿está eso claro?

—Claro.

—Está bien, deje aquí su huella dactilar. —El hombre deslizó un documento por la mesa y una almohadilla de tinta.

—No sé leer, camarada —dijo Yuanbao—. ¿Qué pone?

—Es la versión escrita de la transacción que acabamos de completar —contestó el trabajador.

Yuanbao dejó su huella dactilar enorme y roja en el lugar que le señalaba el trabajador. Se sintió aliviado, como si ya hubiera terminado lo que venía a hacer.

Una empleada se acercó y le quitó a Pequeño Tesoro de los brazos. El niño seguía berreando y la mujer le calló apretándole el cuello. Yuanbao se inclinó para ver cómo le quitaban la ropa a Pequeño Tesoro y cómo le examinaban rápida pero eficientemente, de la cabeza a los pies, incluyendo una revisión en el ano y un tirón a su prepucio para comprobar el estado del glande de su pene diminuto.

La mujer le dio unas palmaditas en el trasero y le anunció al hombre de detrás de la mesa.

—¡Grado superior!

Yuanbao casi explotó de la alegría; maldita sea, casi hasta lloró.

Otro empleado cogió a Pequeño Tesoro y lo puso en una báscula.

—Veintiún *jin*, cuatro onzas —anunció con suavidad.

Otro empleado dio un golpe a una pequeña máquina, de la que salió un papelito, a la vez que hacía un runruneo. Moviéndose a Yuanbao a un lado.

—Grado superior equivale a cien yuanes el *jin* —le dijo a Yuanbao cuando se acercó a la máquina—. Veintiún *jin*, cuatro onzas equivale a dos mil ciento cuarenta yuanes, la «moneda del pueblo».

Le dio a Yuanbao un montón de billetes y el papelito.

—Cuéntelo —dijo.

Yuanbao estaba temblando tanto que apenas podía contar los montones de billetes. Tenía la mente en blanco. El hombre se aferró al dinero como si le fuera la vida en ello, luego

preguntó con la voz entrecortada:

—¿Todo esto es para mí?

El hombre afirmó con la cabeza.

—¿Me puedo ir ya?

El hombre afirmó con la cabeza.

Capítulo 3



El niño que estaba sentado en el centro de la bandeja con las piernas cruzadas tenía la piel dorada, emanaba un olor a aceite muy dulzón y tenía una sonrisa alegre congelada en la cara. Adorable, ingenua. Alrededor de su cuerpo había una guirnalda de verduras y flores de rábanos rojas y brillantes. El investigador, estupefacto, volvió a tragarse los jugos gástricos que se habían revuelto en su estómago cuando vio, completamente anonadado, al niño. Los ojos brillantes de la criatura le miraban fijamente. Entonces vio que le salía vapor por la nariz y que le temblaban los labios, como si quisiera hablar. La sonrisa del niño, su encanto y belleza llena de ingenuidad cubrió la mente del investigador criminal con muchos pensamientos; de alguna manera, sintió vagamente, había visto a este niño antes. En alguna parte, y no hacía mucho tiempo. El investigador oyó una risita fantasmagórica. Un olor a fresas emanó de la diminuta boca del niño. «Cuéntame un cuento, papá». «Deja a papá en paz». Al niño de cara sonrosada lo acunaba una mujer con una dulce sonrisa. De repente, su sonrisa se volvió maléfica, espeluznante. Las mejillas de la mujer se movieron y temblaron de manera misteriosa. «¡Cabrones!». Ding Gou'er dio un golpe en la mesa y se levantó furioso.

Diamante Jin esbozó una sonrisa; el Director de la mina y el Secretario del Partido se rieron con complicidad. El investigador pensó que debía de estar soñando. Abrió los ojos todo lo que pudo para evaluar la escena; el niño seguía sentado con las piernas cruzadas en la bandeja.

—Después de usted, Camarada Ding, viejo amigo —dijo Diamante Jin.

—Este es un plato muy famoso en esta zona —dijeron el Director de la mina y el Secretario del Partido. Se llama «Cigüeña repartiendo hijos». Sólo se lo servimos a los dignatarios que nos visitan. Es un plato que no olvidará en toda su vida y que no ha recibido más que elogios. Hemos aportado mucho dinero a la nación sirviéndoselo a nuestros más honorables huéspedes. Como es su caso, señor.

—¡Usted primero, Camarada Ding! Por favor, investigador criminal Ding Gou'er, ya que acaba de venir de la Procuraduría General pruebe nuestra «Cigüeña repartiendo hijos». —El Director de la mina y el Secretario del Partido agitaron los palillos en el aire e instaron a

su invitado a empezar a comer.

El niño exudaba una fragancia penetrante e irresistible. Aunque Ding Gou'er estaba hambriento metió la mano dentro del maletín para sentir el mango de su pistola, que tenía una estrella grabada. La boca de la pistola era redondeada y la mira rectangular; el metal era muy frío al tacto. Se dio cuenta de que los sentidos le funcionaban correctamente. «No estoy borracho, soy el investigador criminal Ding Gou'er y estoy en una misión en la Tierra del vino y los licores para investigar a un equipo, liderado por Diamante Jin, que presuntamente come niños pequeños, una causa seria, una causa mayor, una acusación incriminatoria, una acción cruel y desconocida en cualquier parte del mundo, una corrupción sin precedentes en la historia del hombre. No estoy borracho, no estoy alucinando. Están equivocados si creen que van a salir impunes de esta. Han puesto en la mesa delante de mis ojos a un niño estofado, o como lo llaman ellos, un plato de “Cigüeña repartiendo hijos”. Tengo la mente clara, pero voy a probar mis facultades por si acaso: ochenta y cinco veces ochenta y cinco son siete mil doscientos veinticinco. Ahí lo tienes, con eso vale. Han matado a un niño para disfrutar una cena. Estos conspiradores quieren hacerme cómplice metiéndome esa carne de niño en la boca». Ding sacó de golpe la pistola.

—¡No se muevan! —ordenó—. ¡Las manos arriba, monstruos!

Los tres hombres sentados a la mesa se quedaron atónitos, mientras que las chicas de rojo gritaron y se apretujaron las unas a las otras como un rebaño de ovejas asustadas. Con la pistola en la mano, Ding Gou'er se echó para atrás y retrocedió un par de pasos hasta que estuvo de pie con la espalda pegada en la ventana. Si esos hombres tuvieran experiencia en peleas verían que no les costaría quitarle el arma de la mano. Pero no la tenían y ahora, los tres hombres miraban fijamente el cañón de la pistola. Por su bien era mejor que no se movieran. Cuando el investigador se levantó, el maletín cayó al suelo. La piel entre su dedo pulgar e índice sintió el metal de la pistola que estaba muy frío. Cuando sacó la pistola del maletín se sintió a salvo, y era consciente de que la bala y la pólvora estaban listas para dar el siguiente paso; sólo hacía falta un movimiento de mano y todo se habría acabado.

—Cabrones —dijo con frialdad—. ¡Fascistas asquerosos! ¡Levantad las manos, he dicho!

Diamante Jin levantó las manos lentamente; el Secretario del Partido y el Director de la mina hicieron lo mismo.

—Camarada Ding, viejo amigo ¿no cree que está llevando la broma demasiado lejos? —le preguntó Diamante Jin con una sonrisa forzada.

—¿Una broma? —Ding Gou'er apretó los dientes con furia—. ¿Quién dice que esto es una broma? ¡Monstruos come niños!

Diamante Jin echó la cabeza para atrás y explotó de la risa. El Director de la mina y el Secretario del Partido también se rieron, pero con nerviosismo.

—Viejo Ding, viejo Ding, es usted un gran camarada con mucho sentido del humor, por ello le respetamos —dijo Diamante Jin—. Pero usted está equivocado. Está cometiendo un error. Mírelo de cerca. ¿Es eso un niño?

Sus palabras surtieron el efecto deseado en Ding Gou'er. El investigador se giró para volver a mirar al niño en la bandeja. Seguía sonriendo, con los labios ligeramente separados, como si estuviera a punto de hablar.

—¡Parece increíblemente real! —dijo en voz alta Ding Gou'er

—Eso es, «parece» real —repitió Diamante Jin—. ¿Y por qué este niño de mentira parece tan real? Porque los cocineros de aquí, de la Tierra del vino y los licores son extraordinariamente talentosos, unos maestros asombrosos.

El Secretario del Partido y el Director de la mina repitieron los mismos elogios.

—¡Y este no es el mejor que hay! Un profesor de la Academia Culinaria puede hacerlos tan bien que hasta se les mueven las pestañas. Nadie se atreve a tocar uno de los suyos con los palillos.

—Camarada Ding, viejo amigo, baje el arma y coja los palillos. ¡Únase a nosotros a probar este sabor único! —Diamante Jin bajó las manos y le hizo un gesto a Ding Gou'er para que le hiciera caso.

—¡No! —contestó Ding Gou'er con severidad. ¡Por la presente proclamo que no seré partícipe de su banquete!

Una mirada de irritación nubló la cara de Diamante Jin a la vez que dijo con tono moderado:

—Es usted muy testarudo, Camarada Ding, viejo amigo. Todos nosotros somos hombres que levantamos el puño y juramos ante la bandera del Partido. Conseguir la felicidad de la gente puede que sea su responsabilidad, pero también es la nuestra. No se haga ilusiones y se crea que es la única persona decente de este mundo. Entre las personas que han probado nuestra carne de niño se encuentran los líderes superiores del Partido y del Gobierno, amigos altamente respetados en los cinco grandes continentes, además de artistas de renombre y celebridades de China y del resto del mundo. Todos nos han elogiado efusivamente. ¡Sólo usted, investigador Ding Gou'er, ha respondido a nuestra amabilidad y generosidad apuntándonos con una pistola!

El Secretario del Partido o el Director de la mina dio su opinión:

—Camarada Ding Gou'er, ¿qué viento maléfico ha nublado su visión? ¿Es usted consciente de que su pistola no apunta a la clase enemiga sino a los propios hermanos de su misma clase?

La muñeca de Ding Gou'er vaciló, el cañón de su pistola se combó. Se le nublaron los ojos y la dulce mariposa que había vuelto a su cabeza empezó a retorcerse otra vez. Un sentimiento de amenaza le aprisionaba el cuerpo como una cárcel, haciendo fuerza sobre sus hombros hasta que sintió que esa postura era insostenible y que se le iba a partir la espina dorsal en cualquier momento. Estaba en el borde de una fosa séptica sin fondo y apesosa que tiraba de él, y si caía se quedaría atrapado en la mugre para siempre. Pero ese niño que emanaba perfume a raudales, el bebé que se encontraba junto a su madre, sentado en mitad de una bruma de hadas con la forma y el color que una flor de loto, levantó la mano, ¡de hecho levantó la mano hacia mí! Tenía los dedos rechonchos, regordetes, jugosos y adorables. Tenía arrugas en los dedos y el dorso de la mano tenía cuatro hoyuelos. La dulzura de su sonrisa se sumó a la fragancia empalagosa que pendía en el aire. La flor de loto empezó a levitar, llevándose al niño con ella. Su pequeño y redondeado ombligo era muy infantil e inocente, como un hoyuelo en la mejilla. «¡Malditos engatusadores! ¡No penséis que podéis mentirme y engañarme!». El niño recién cocinado me sonrió. «Decís que este niño es en realidad un plato famoso de la zona. ¿Quién se cree esas tonterías? Durante el periodo de los Reinos Combatientes^[6] Yi Ya cocinó a su hijo y se lo dio de comer al duque Huan de Qi, quien dijo que el sabor era delicioso, parecido al cordero lechal, pero mejor. Vosotros, pedazos de Yi Yas, ¿dónde creéis que vais? ¡Mantened las manos arriba y asumid vuestro sino! Yi Ya era mejor que vosotros. Al menos él cocinó a su propio hijo. Vosotros cocináis a los hijos de los demás. Yi Ya era miembro de la clase feudal y la devoción a su Rey era un deber. Vosotros sois gente de alto rango del Partido que mata a los hijos de la gente obrera para llenar vuestras barrigas. ¡El cielo no tolerará tales pecados! ¡Oigo los gemidos lastimosos de los bebés en las ollas! Les oigo llorar dentro de los woks, sobre las tablas de cortar, en aceite, aderezados con sal, salsa de soja, vinagre, azúcar, anís en polvo, granos de pimienta, canela, jengibre y vino para cocinar. Lloran en vuestros intestinos, en vuestros retretes y en las alcantarillas. Están llorando en los ríos y en las fosas sépticas. Los lloros penetran hasta los estómagos de los peces y las tierras de labranza. Las tripas de las ballenas, tiburones, anguilas y los peces cinta. El germen de trigo, los granos de maíz, los guisantes, la vid de los boniatos, los tallos de sorgo, y el polen del mijo. ¿Por qué lloran? Lloran y lloran, berrean, le rompen el corazón a quienquiera que oiga sus lamentos emerger de las manzanas, peras, uvas, melocotones, albaricoques y nueces. Los puestos de las frutas se llevan consigo el sonido de los niños llorando. Los tenderetes de verduras se llevan consigo el sonido de los niños llorando. Los mataderos se llevan consigo el sonido de los niños llorando. De todos los banquetes de la Tierra del vino y los licores se desprenden los llantos escalofriantes que ponen la piel de gallina de los niños asesinados, uno tras otro. ¿A quién si no a vosotros tres debería disparar?».

De repente aparecieron de la nada unas caras grasas, que flotaban bajo la neblina que rodeaba al niño estofado; aparecían y desaparecían como el destello de un vaso roto. Esas caras transitorias tenían unas sonrisas cínicas y desdeñosas. Unas llamas de ira invadieron el pecho del investigador. Eran unas llamas vengativas, que teñían la habitación de un rojo brillante y deslumbrante, como flores de loto ensangrentadas. «¡Cabrones! —bramó—. ¡Ha llegado el día de vuestro juicio final!». Lanzó un grito de ira tan potente que salió propulsado por encima de su cabeza, rebotó contra el techo y poco a poco fue cayendo en pedazos, como pétalos caídos; los fragmentos rojos y candentes del grito se posaron sobre la mesa como el polvo. Ding apuntó con la pistola a las caras caleidoscópicas y apretó el gatillo, a esas caras malvadas, a esas sonrisas siniestras. Con un *crac*, el gatillo llevó el percutor a la parte trasera

de la bala de esa carcasa de cobre preciosa y brillante, prendiendo fuego a la pólvora. Más rápido de lo que el ojo puede ver comprimió el aire y lanzó la bala hacia delante, más delante, más delante, más delante, delante, delante. Con una explosión ensordecedora y una nube de humo la bala salió de la boca del cañón. La explosión retumbó como el romper de las olas, de manera creciente, provocando que todos esos seres inhumanos temblaran de miedo. En cambio haría que toda la gente decente y honesta, toda la gente buena y bella, que todas las personas dulces aplaudieran y se rieran con alegría. «Larga vida a la rectitud, larga vida a la verdad, larga vida a la gente, larga vida a la República. Larga vida a mi magnífico hijo. Larga vida a los niños. Larga vida a las niñas. Larga vida a las madres de los niños y niñas. Larga vida a mí también. Larga vida, larga vida, larga vida a todos».

El investigador criminal, que se había desmayado, empezó a echar espumarajos por la boca. A continuación empezó a farfullar de forma incoherente, a balbucear, hecho polvo como una pared que se hace añicos.

Antes de caerse al suelo y de perder la conciencia tiró varios vasos llenos de bebida con una mano y la pistola que sostenía en la otra golpeó contra el suelo; su ropa y su cara estaban buceando en cerveza, en un licor fuerte incoloro y en vino. El investigador yacía en el suelo, boca abajo, como un cadáver recién sacado de una cuba de fermentación.

Pasaron muchos segundos hasta que Diamante Jin, el Secretario del Partido, el Director de la mina y el grupo de las chicas de rojo se calmaron, salieron de debajo de la mesa, se pusieron de pie y se atrevieron a actuar con normalidad. El olor tan fuerte de la pólvora impregnaba el salón. La bala de Ding Gou'er había dado al niño estofado justo entre los ojos y había hecho pedazos la cabeza, lo que había provocado que muchos trozos de cerebro humeantes y aromáticos salpicaran la pared, que ahora era una mezcla de rojos y blancos. Una marea de emociones inundaba la sala. El niño estofado ahora era un niño sin cabeza. Las partes del cráneo que no se habían hecho añicos habían ido a parar al borde del tercer piso de la mesa, entre una bandeja de pepinos de mar y otra de langostinos estofados. Otros trozos de cerebro, que parecían la pulpa de una sandía o trozos de sandía que parecían trozos de cabeza, ensuciaban el mantel, y el líquido de la sandía goteaba como si fuera sangre, o era sangre que goteaba como el líquido de una sandía, lo que era desagradable a la vista de la gente. Un par de ojos que parecían dos uvas moradas o dos uvas moradas que parecían un par de ojos humanos rodaron por el suelo. Uno se quedó detrás del mueble bar, el otro rodó hasta una de las chicas de rojo, que lo aplastó con el pie. Se echó hacia delante y hacia atrás brevemente y un ¡ah!, más que estridente salió disparado de sus labios.

Gracias a ese ah, el espíritu del Partido, los principios y la moral —todas esas cualidades que se combinan para formar a un líder—, volvieron a todos los hombres de la sala, que despertaron de su letargo y coordinaron sus acciones. El Secretario del Partido o el Director de la mina abrió la boca, sacó la lengua y probó un trocito de cerebro del niño que había salpicado el dorso de su mano. Debía de estar delicioso porque se relamió los labios y dijo:

—¡Ha destrozado un plato de comida soberbia!

Diamante Jin miró con desaprobación al hombre que relamía los restos de cerebro, lo que hizo que este se avergonzara.

—Ayudad a levantarse al Camarada Ding —dijo el subdirector Jin—. ¡Y daos prisa! Limpiadle la cara y darle un bol de sopa para que se espabile.

Las chicas de rojo se pusieron en marcha. Después de ayudar a Ding Gou'er a que se levantara le limpiaron la cara y la boca, pero no se atrevieron a limpiarle las manos. Seguía sujetando la pistola, que podía volver a dispararse en cualquier momento. Recogieron los trozos de cristal de los vasos y barrieron el suelo. Luego le levantaron la cabeza y le abrieron la boca con un depresor de lengua esterilizado de acero inoxidable para meterle un embudo de plástico, a través del cual le dieron de comer una sopa, una cucharada tras otra.

—¿De qué grado es esa sopa? —preguntó Diamante Jin.

—De primer grado —contestó la chica de rojo que estaba al mando.

—Utiliza la de segundo grado —dijo Diamante Jin—. Le espabilará antes.

La chica de rojo fue a la cocina y volvió con una botella de líquido de color dorado. Como le habían quitado el tapón de madera salió disparado de la botella un olor refrescante y penetró enseguida en los corazones de las personas de la habitación. Vertieron más de la mitad del líquido dorado en el embudo. Ding Gou'er tosía mucho porque se estaba ahogando y el líquido salía disparado del embudo como un géiser.

Sintió que un chorro de líquido entraba en su tracto intestinal, lo que apagó el fuego de su estómago revuelto y reavivó sus facultades mentales. Ahora que su cuerpo había vuelto a la vida volvió a capturar a la hermosa mariposa de su consciencia que trataba de escaparse de su cerebro. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue al niño sin cabeza sentado en la fuente dorada; eso le provocó punzadas de dolor que le resquebrajaban el corazón. «Oh dios mío», dijo involuntariamente. «¡Qué agonía!». Levantó la pistola y apuntó a la gente.

Diamante Jin levantó los palillos.

—Camarada Ding Gou'er —dijo—. Si realmente fuéramos monstruos que comen niños, tendría todo el derecho a dispararnos y matarnos. ¿Pero qué pasa si no lo somos? El Partido le ha dado esa pistola para castigar a la gente que hace el mal, no para que acabe con las vidas de gente inocente indiscriminadamente.

—Si tiene algo que decir, dígalo ahora —dijo Ding Gou'er.

Diamante Jin cogió uno de sus palillos y lo clavó en el pene erecto del niño sin cabeza. El cuerpo del niño se derrumbó en el plato y se convirtió en una disección de partes del cuerpo. Diamante Jin con un palillo, y como si fuera un puntero, se lanzó a hacer una aclaración.

—Esto de aquí es uno de los dos brazos del niño, está hecho de raíz de loto proveniente del Lago Luna, melón, dieciséis hierbas y especias y creado con extraordinaria maestría. Esa pierna en realidad es una salchicha de un jamón especial. El torso del niño está hecho con cochinito adobado. La cabeza, a la que ha puesto fin con la bala, estaba hecha de melón. Su pelo no eran más que hebras de vegetales. Ahora mismo me es imposible darle una descripción detallada y certera de todos los ingredientes o del trabajo meticuloso y complejo que encierra la preparación de este famoso plato, ya que se ha patentado aquí en la Tierra del vino y los licores. Además yo sólo puedo hacerme una idea. Si no, yo también sería cocinero. Pero estoy autorizado para informarle de que este plato es legal y que debería ser el blanco de nuestros palillos, no de una bala.

Una vez que acabó su discurso Diamante Jin cogió una de las manos del niño y se la empezó a comer vorazmente. El Secretario del Partido o el Director de la mina cogió un brazo con el tenedor de plata y lo pusieron en el plato de Ding Gou'er.

—Adelante, Camarada Ding, viejo amigo —dijo respetuosamente—. Hínquele el diente.

Todavía nervioso, Ding Gou'er le hizo un examen exhaustivo al brazo. Parecía raíz de loto, aunque también parecía un brazo de verdad. El aroma era seductor, dulce, como el de la raíz de loto, pero en cambio no le era familiar. Con timidez volvió a meter la pistola en su maletín. «¡Sólo porque esté realizando una misión especial no significa que pueda ir por ahí disparando a la gente y a todas las cosas que me apetezca! Tengo que tener más cuidado». Diamante Jin cogió un cuchillo bien afilado y —un, dos, tres—, troceó el otro bracito en diez pedazos. Cogió uno y se lo dio a Ding Gou'er.

—Mira los agujeritos de la raíz de loto —dijo—. ¿Acaso los brazos tienen agujeros?

Cuando escuché a Diamante Jin masticar el brazo del niño me di cuenta de que era raíz de loto. El investigador miró el trozo de carne que tenía delante y dudó si debería probarlo o no. El Secretario del Partido y el Director de la mina masticaban las piernecitas del niño. Diamante Jin le pasó el cuchillo y sonrió para darle ánimos. Cogió el cuchillo y lo apoyó en el bracito cocinado. Como si le atrajera un imán Ding Gou'er hundió el cuchillo en la raíz de loto que parecía un brazo del niño a la vez que salivaba y lo partió en dos.

Cogió un trocito del brazo con los palillos, cerró los ojos y se lo metió en la boca. «¡*Guaau*, dios mío!». Sus papilas gustativas dieron saltos de alegría al unísono, los músculos de su mandíbula se torcieron, y una mano salió de su garganta para agarrar el trocito de comida y llevárselo al interior del estómago.

—Eso es —dijo Diamante Jin alegremente—. Ahora el Camarada Ding Gou'er está revolcándose en el barro con el resto de nosotros. Se ha comido el trozo del brazo de un niño.

Ding Gou'er se quedó de piedra.

—Me dijiste que no era de verdad —afirmó como si le volvieran las sospechas.

—Oh mi querido camarada —dijo Diamante Jin—. No sea tonto. ¡Sólo le tomaba el pelo! Use la cabeza. La Tierra del vino y los licores es un lugar civilizado, no un sitio salvaje y de mala muerte. ¿Quién toleraría que se comieran niños? Que el Procurador General se haya creído una historia tan disparatada y que de hecho haya mandado a alguien a investigarla dice mucho de él. Parece un novelista con un exceso de imaginación, si quiere que le sea sincero.

Los dos dignatarios de la mina levantaron sus copas.

—Camarada Ding —dijeron—, no tenía motivos para desenfundar la pistola. ¡Su castigo son tres copas!

Ding Gou'er aceptó su más que merecido castigo sin rechistar.

—Camarada Ding, todo lo ve blanco o negro —dijo Diamante Jin—. O quiere algo con todas sus fuerzas o lo odia, es muy radical. ¡Este brindis va por usted! ¡Bebámonos tres copas!

Ding Gou'er hizo caso al hombre y accedió de buena gana.

Ahora con seis copas en su estómago, volvió a ver borroso. Cuando el Director de la mina o el Secretario del Partido le puso en su plato la mitad del otro brazo, tiró los palillos en la mesa, cogió el bracito con las dos manos, todo lleno de grasa, y lo atacó con los dientes.

Todo el mundo se rio por el ruido que hacía Ding Gou'er cuando devoraba y se tragaba el brazo. El Director de la mina y el Secretario del Partido pidieron a las chicas de rojo brindar por su invitado. Las chicas de rojo, coquetas, se las arreglaron para convencer a Ding Gou'er de beberse de un trago otras veintiuna copas. El investigador estaba fuera de sí, había abandonado su cuerpo y estaba pegado en el techo de la sala, cuando oyó a Diamante Jin despedirse.

Desde su posición privilegiada en el techo observó a Diamante Jin salir con calma por el vestíbulo del comedor y le oyó que les decía al Director de la mina y al Secretario del Partido que se ocuparan de una cosa cuando se fueran. Dos chicas de rojo abrieron las puertas recubiertas de *naugahyde*, respetuosas y atentas. Ding se fijó en sus peinados, sus cuellos y en sus senos voluptuosos. Inmediatamente se castigó por ser un mirón degenerado. Entonces vio cómo el Secretario del Partido y el Director de la mina le decían algo a la jefa de las chicas de rojo al salir. Ahora que todos los hombres se habían ido del comedor, las chicas de rojo rodearon la mesa y empezaron a comer, metiéndose la comida en la boca con las dos manos. Comían como bárbaros, muy distinto a la compostura de unos minutos antes. Vio el armazón de su cuerpo tirado en una silla negra. Parecía un trozo de carne muerta, su cuello estaba apoyado en el respaldo, con la cabeza colgando hacia un lado, con el vino goteándole por la boca, como una calabaza rellena dada la vuelta. Desde su posición privilegiada en el techo lloró y las lágrimas cayeron sobre el cuerpo medio muerto que había dejado en la silla.

Una vez que acabaron de comer, las chicas se limpiaron la boca con el mantel. Una de

ellas cogió un paquete chino de cigarrillos cuando nadie miraba y se lo metió en el sujetador. El investigador suspiró y sintió lástima por sus senos, que ahora tenían que compartir el sitio en el sujetador con los cigarrillos. En ese momento oyó a la jefa de las chicas decir:

—Vamos, chicas, llevad a este gatito a la casa de huéspedes.

Dos chicas trataron de levantarlo tirándole de los brazos, pero tuvieron problemas en sujetarlo, como si fuera una muñeca de trapo. Oyó a la chica de la verruga detrás de la oreja refunfuñar: «¡Maldito perro!». Eso le enfadó. Observó cómo una de las chicas cogía su maletín, lo abría, sacaba la pistola, y la giraba en la mano para verla bien. Él dio gritos desde el techo: «¡Deja la pistola! Podría dispararse». Pero ellas debían de estar sordas. «¡Dios, ayúdame!». La jovencita volvió a meter la pistola en su sitio, luego abrió un bolsillo interior del maletín y sacó la fotografía de su mujer. «¡Mirad, ved esto!», dijo. Las chicas de rojo la rodearon y dieron su opinión entre risitas. Ding no cabía en sí del enfado y un torrente de palabras malsonantes salió de su boca. Las chicas eran totalmente ajenas.

Por fin, las chicas de rojo consiguieron levantar mi cuerpo lo bastante para sacarme a rastras del comedor y llevarme por la alfombra del vestíbulo, como si se estuvieran deshaciendo de un cadáver. Una de ellas me dio una patada en la pantorrilla, a propósito. «Putá». Mi piel puede que sea insensible, pero no mi espíritu. Volé por el aire a medio metro de sus cabezas, batí las alas y empecé a planear por el aire cerca de mi cuerpo atrofiado; me producía una profunda tristeza. Ibamos caminando por un pasillo muy largo. Vi cómo me salía vino de la boca y cómo chorreaba por mi cuello. El olor a podrido debía de llegar hasta el Paraíso y las chicas de rojo que me arrastraban se taparon la nariz para no olerlo. A una le dio un ataque de arcadas. Mi cabeza estaba hundida en el pecho y mi cuello parecía un tallo marchito. No me extraña que mi cabeza colgara hacia un lado y otro. No podía verme la cara pero tenía la visión de mis dos pálidas orejas. Me fijé en que una de las chicas de rojo tenía mi maletín.

Conseguimos llegar al final del pasillo, que parecía interminable, donde había un vestíbulo grande que me era familiar. Las chicas dejaron mi cuerpo sobre la alfombra, boca arriba. La visión de mi propio cuerpo me impresionó mucho: tenía los ojos arrugados y hacía el esfuerzo de cerrarlos, la piel era como papel de cocina viejo y rasgado. Mis labios escondían un variopinto puñado de dientes, algunos blancos, otros negros. Emanaba un aliento nauseabundo de borracho, y eso fue todo lo que pude ver porque me entraron ganas de vomitar. Una serie de escalofríos corrían por mi cuerpo y tenía los pantalones empapados. Qué vergüenza, me había hecho pis encima.

Después de descansar y de recobrar el aliento, las chicas de rojo me sacaron del vestíbulo. Una marea de girasoles yacía bajo un sol inyectado en sangre, flores doradas que exudaban calidez en un fondo escarlata. Un coche plateado y deslumbrante estaba aparcado en una carretera de cemento que atravesaba el bosque de girasoles. Diamante Jin saltó al asiento trasero, que arrancó lentamente y los dos caballeros que parecían gemelos le despidieron cuando pasó de largo y cogió velocidad. Las chicas de rojo me arrastraron por la carretera y pasamos por delante de un perro que ladraba junto a un girasol cuyo tallo era más grueso que el tronco de un árbol. Su cuerpo negro y brillante, coronado por unas orejas

blancas, daba bandazos hacia delante y hacia atrás cada vez que ladraba, como un acordeón.

«¿Dónde me llevaban?». Las luces de toda la mina brillaban como ojos furtivos. Toda la maquinaria estaba tal y como la había dejado esta mañana, incluyendo el torno de la entrada de la mina. Un grupo de hombres de caras negras con sombreros se acercó. Por alguna extraña razón tenía miedo de conocer a esos hombres. Si tenían buenas intenciones bien, pero si no, estaba metido en un lío. Los hombres se pusieron en fila a los dos lados de la carretera rápidamente, formando un tubo por el que me llevaban las chicas. Mi nariz percibió el olor a sudor y la fetidez del pozo de la mina. Los ojos de los hombres se clavaban en mi cuerpo como tornillos. A medida que pasábamos entre ellos lanzaron unos cuantos comentarios obscenos, pero las chicas de rojo tenían la cabeza bien alta y sacaban pecho con orgullo, ignorándoles. Entonces me di cuenta de que esos comentarios, llenos de connotaciones sexuales, iban dirigidos a ellas, no a mí.

Me llevaron a un pequeño y remoto edificio donde había dos mujeres de blanco sentadas en una mesa a la entrada, una enfrente de la otra y sus rodillas se rozaban; había unas palabras grabadas en la mesa. Las rodillas se separaron lentamente cuando entramos en el edificio; una de las mujeres apretó un botón en la pared, lo que hizo que una puerta se abriera despacio. Era un ascensor, aparentemente. Después de que me metieran dentro y cerraran la puerta me di cuenta de que era lo que me había imaginado. El descenso fue meteórico y yo seguí a mi cuerpo por el edificio, como la cuerda que tira de la cometa. Bajamos y bajamos. «Claro, es una mina de carbón —pensé—, eso significa que toda la actividad se hace bajo tierra». Estaba convencido de que podían construir una Gran Muralla subterránea aquí si quisieran. El ascensor dio tres sacudidas muy escandalosas: habíamos llegado abajo del todo. Una luz blanca cegadora se me clavaba en los ojos a medida que me llevaban a un suntuoso y gran vestíbulo en el que unas sombras humanas danzaban en las paredes de mármol liso y pálido; los dibujos en relieve del techo fueron iluminados por cientos de lamparitas exquisitas. Muchas macetas llenas de flores y plantas estaban alrededor de cuatro columnas angulares de mármol. Cuando vi unos, peces de colores llenos de costras nadando en un acuario ultra moderno se me puso la piel de gallina. Las chicas colocaron mi cuerpo en la habitación 401. No tenía ni idea de cómo habían conseguido llegar hasta el número 401, y me preguntaba qué tipo de lugar era este. Los rascacielos de Manhattan se estiran hasta el Paraíso, los de la Tierra del vino y los licores descienden hasta el Infierno. Las chicas me quitaron los zapatos antes de tumbarme en la cama; mi maletín estaba en una mesita. Ellas se fueron. Cinco minutos después, una chica vestida de color crema abrió la puerta y entró para dejar una taza de té en la mesita. «Un poco de té para su majestad», oí a la chica decirle burlonamente a mi cuerpo.

Mi cuerpo no contestó.

La chica del vestido color crema llevaba mucho maquillaje; sus pestañas eran tan gruesas como las cerdas de un pincel. Justo entonces sonó el teléfono que estaba en la cabecera de la cama. La chica se acercó y cogió el auricular con la mano, que parecía una garra. La habitación estaba tan silenciosa que podía oír la voz del hombre al otro lado del teléfono.

—¿Está despierto?

—No se ha movido. Da miedo.

—Compruébale el pulso.

Puso la palma de la mano en mi pecho; era más que evidente su cara de asco.

—Sí que tiene pulso —dice.

—Dale un tónico para que se espabile.

—De acuerdo.

La chica de color crema salió de la habitación. Supe que volvería enseguida. Entonces entró de nuevo con una jeringuilla de metal, la típica de los veterinarios. Dado que la punta era de plástico no me tenía que preocupar por una inyección. Después de colocarme la punta entre los labios echó un poco de líquido medicinal con la jeringuilla.

Al poco, noté que mi cuerpo estaba volviendo en sí y vi que mis brazos se movían. Mi cuerpo dijo algo. Irradiaba una fuerza poderosa que trataba de atraparme. Me resistí y me convertí en una especie de ventosa en el techo para evitar que me arrastrara hacia abajo; pero entonces sentí que una parte de mí era presa de esa fuerza.

Con dificultad me recosté y abrí los ojos, con la mirada perdida en la pared durante unos segundos. El investigador cogió la taza de té y se la bebió con ansia antes de desplomarse en la cama.

Al poco tiempo la puerta se abrió suavemente y un chico descalzo y sin camiseta, que sólo llevaba puesto un par de pantalones cortos de color azul, entró en la habitación. Debía de tener unos catorce o quince años y llamaba la atención su piel escamosa. Era muy sigiloso y no hizo ningún ruido cuando se acercó a mí; era como un gatito negro. Le observé con un interés considerable. Me parecía familiar; había visto a este chico en algún lugar antes. Entre los dientes tenía una daga, y la cuchilla era como una hoja de sauce, lo que le daba el aspecto de un gato negro con un pescado en la boca. Yo estaba muy asustado, créeme, asustado por mi cuerpo medio muerto. Al mismo tiempo estaba sorprendido de que un demonio pudiera haber encontrado el camino hasta este escondite subterráneo. La puerta se cerró sola, creando un silencio que retumbó en mis tímpanos. Cuando el niño con escamas en la piel se acercó a mí percibí un olor a pescado, como el de un cangrejo que acaba de salir debajo de una piedra. ¿Qué iba a hacer? Su pelo, enmarañado y lleno de cardos, era como serpientes pequeñas que se deslizaban por mis orificios nasales e iban directas a mi cerebro. Mi cuerpo estornudó y mandé al pequeño demonio a la alfombra, en donde se estrelló. Se levantó del suelo como pudo y me rozó la garganta con sus garras. La daga que tenía en la boca emitía un brillo azulado. Oh, qué ganas tenía de avisar a mi cuerpo, pero no podía. Me estrujé el cerebro —o mejor dicho, lo escurrí— para recordar cómo, cuándo y dónde había ofendido a este pequeño demonio. Entonces alargó la mano de nuevo, esta vez para pellizcarme en el cuello, como un

chef que se prepara para descuartizar un pollo. Era capaz de sentir su mandíbula fuerte y aterradora, pero aun así mi cuerpo yacía ahí indefenso, impasible, roncando y ajeno al hecho de que la muerte acechaba en el aire a pocos centímetros. Deseaba que se sacara la daga de la boca y me la clavara en la garganta para acabar con mi sufrimiento. Pero no lo hizo. Cuando se hartó de pellizcarme el cuello con la garra bajó a mis pantalones para registrarme los bolsillos. Sacó una pluma de oro de la marca Hero, le quitó el capuchón y se dibujó unas rayas en el dorso de la mano. También tenía escamas ahí. Después de dibujarse unos garabatos echó la mano para atrás y sus labios se abrieron. Entonces esbozó lo que podía ser una sonrisa o una mirada de dolor. Creo que la punta de la pluma hizo que le picara la piel, lo que o le despertó una sensación agradable o le trajo malos recuerdos. Dibujó rayas una y otra vez; y una y otra vez sus labios se abrieron. Cada raya que hacía era acompañada por un sonido rasposo, y yo sabía que mi gran pluma dorada Hero 800 estaba en las últimas. Me la habían regalado por ser un trabajador modelo. El demonio continuó con este juego estúpido una media hora como mínimo, hasta que finalmente dejó la pluma en el suelo y retomó su búsqueda en mis bolsillos. Sacó un pañuelo, un paquete de cigarrillos, un mechero electrónico, mi carné de identidad, una pistola de juguete que parecía real, mi cartera y un par de monedas. Era como si hubiera encontrado un tesoro oculto y estuviera fascinado con su descubrimiento. Era como un niño pequeño y avaricioso. Inmediatamente extendió todo en el suelo y empezó a jugar con cada cosa como si estuviera solo en el mundo. La pluma, por supuesto, ya no le interesaba. Naturalmente, de forma instintiva, cogió la pistola de juguete y la puso enfrente del investigador. El cañón de cromo brillaba con una luz artificial. Era una perfecta imitación artesanal de la pistola de verdad, del tipo que llevan los oficiales militares americanos en sus caderas. Era preciosa. Yo sabía que todavía quedaban cartuchos en la recámara, listos para que alguien apretara el gatillo. La alegría y el entusiasmo hicieron que sus ojos brillaran con indecisión. Yo estaba preocupado de que le delatara si apretaba el gatillo. ¿Cuál era la diferencia entre el brazo de este niño y la raíz de loto? ¿Habían engañado a mi cuerpo? Pero era demasiado tarde para hacer algo. ¡Pum! El demonio apretó el gatillo. Vi humo azul y oí la explosión en el mismo momento. Contuve la respiración; esperaba el sonido de pasos apresurados fuera de la puerta y que las chicas de color crema y sus guardias irrumpieran en la habitación. ¿Qué podía ser el disparo de una bala sino un suicidio o un asesinato? Empecé a preocuparme por la situación comprometida en la que se encontraba mi visita, no quería que le atraparan. Tengo que ser honesto: estaba intrigado por el chico, aunque no tanto por sus escamas. Hay un montón de criaturas con escamas: peces, serpientes, lagartos, y todos menos los lagartos, esos reptiles en cierto modo tan vagos, me ponen de los nervios; no me molestan los peces apuestos ni siquiera las serpientes me dan asco. Sin embargo mis conjeturas eran infundadas. El disparo no cambió nada: nadie entró a toda prisa en la habitación, nadie. Mi visita disparó otra vez; en realidad esta explosión no fue muy espectacular, normalita, o quizá era porque la habitación estaba insonorizada, con su gruesa alfombra, el techo protegido y las paredes forradas. Se sentó ahí tranquilo: no tenía miedo, no estaba paralizado; o estaba sordo o era un veterano experimentado, no se dejaba afectar por este tipo de cosas. Una vez que se aburrió de la pistola, la apartó a un lado, me cogió la cartera y sacó lo que tenía dentro: dinero, vales de comida, *tickets* de cafetería y recibos que todavía no había entregado para que me los reembolsaran. Jugueteó con el mechero, del que erupcionó una llama. Se encendió un cigarrillo. Tosió. Tiró el cigarrillo al suelo. ¡Dios mío! La alfombra se prendió y el olor del material quemado se elevó en el aire. Entonces me vino una idea de golpe: si mi cuerpo se reducía a cenizas, no sería nada más que una nube de humo. Su extinción será mi extinción también. ¡Cuerpo, despierta! ¡Te odio, demonio con escamas!

No, no te odio, me gustaría reírme. Pero no puedo, de hecho. Él se dio cuenta del fuego en la alfombra y se fue lentamente a un lado de la habitación. Se levantó un lado de los pantalones y con dos dedos se cogió el miembro, que era muy grande para su tamaño, estaba duro aunque no erecto, e igual de escamoso que el resto de su cuerpo, y apuntó a la alfombra ardiendo. Un sonoro chorro de agua produjo un chisporroteo en el suelo igual de ruidoso. La orina salía a borbotones, con tanta fuerza que podría apagar dos incendios. Me relajé a la vez que inhalé el olor de la orina mezclado con el olor a incendio apagado.

Empezó a quitarme la ropa, estaba decidido a quitarme la chaqueta, fuera como fuera. Oí cómo jadeaba. Una vez que consiguió su objetivo, se puso la chaqueta. El dobladillo le llegaba por las rodillas. Después de coger sus nuevos juguetes se los metió en los bolsillos de su nueva chaqueta. ¿Qué iba a hacer ahora?

Escupió la daga que tenía entre los dientes y, con ella en la mano, echó un vistazo a la habitación. Grabó cuatro veces en la pared el carácter «+», que significa «diez», se puso la daga de nuevo entre los dientes, parecía una inofensiva hoja de sauce, se remangó las mangas caídas y salió andando como un pato de la habitación.

Mi cuerpo, que estaba de nuevo sobre la cama, de repente se despertó con sus propios ronquidos.



Estimado Mo Yan, muy señor mío,

Por favor permítame que me dirija a usted de este modo. Es la única manera que tengo de no sentirme incómodo, extraño o desdichado.

Muy señor mío, usted es mi mentor genuino y verdadero, no sólo porque es un experto novelista sino porque sabe mucho de vino y licores. Sus novelas están hechas con tanta precisión como los patucos de una abuela experta. En cuanto al vino y los licores sus conocimientos son, si cabe, mayores. No es muy difícil hoy en día encontrar grandes novelistas, ni tampoco lo es toparse con expertos en vino y licores. Pero encontrar a los dos en un solo individuo es extraordinariamente difícil. Y usted, muy señor mío, es ese individuo único.

Su análisis de las «Hormigas verdes» era tan incisivo como preciso, la huella de un verdadero entendido. Los ingredientes básicos de este licor son sorgo y judías *mung*, fermentadas en una cuba vieja. En el proceso tradicional de la destilación de nuestra levadura intervienen la mezcla de trigo, salvado y guisantes, con un poco de paja. El líquido destilado resultante es de un color verde apagado, claro y elegante, con una fuerte fragancia y con mucho cuerpo, un fuerte carácter. Durante el proceso de la mezcla se hace todo lo posible para acabar con su naturaleza agria, pero hasta ahora el éxito es limitado. Como queremos llegar a hacer un licor perfecto hemos comercializado esta bebida, todavía con imperfecciones, y la hemos llamado «Hormigas verdes». Es, como usted dice, un licor de alta calidad cuyo defecto es la falta de armonía.

Utilizar la belleza de la mujer como metáfora del alcohol es la mejor manera y la más original de caracterizar las propiedades de los licores. Su intuición en este aspecto ha dado en el clavo. Mi suegro, el profesor Yuan Shuangyu, y yo llevamos mucho tiempo tratando de pensar en cómo mejorar «Hormigas verdes», y nuestras observaciones casi han dado sus frutos; desafortunadamente, me he emborrachado tanto de literatura últimamente que no he podido pensar en otra cosa.

Muy señor mío, en este vasto mundo de prolíficas multitudes el vino y los licores se mecen como los mares y los espíritus manan como los ríos, pero el número de verdaderos devotos, aquellos que entienden y disfrutan el buen alcohol y que se maravillan con las mujeres hermosas son tan raros como las estrellas en el día, como las plumas del ave fénix o el cuerno de un unicornio, como el pene de un tigre y el huevo de un dinosaurio. Usted, muy

señor mío, es uno de ellos y yo soy su discípulo. Y otro es mi suegro Yuan Shuangyu; el Subdirector Diamante Jin cuenta como la mitad de uno. El gran poeta de la dinastía Tang Li Bai es otro. «Levanto la copa a la luna/ con mi sombra somos tres». ¿Cómo puede ser eso, se preguntará? Li es uno, la luna es otro y el tercero es el alcohol. La luna se llama Chang'e, ¡la belleza celestial! El alcohol se llama Qinglian, el loto verde y la maravilla terrenal. Li Bai y su alcohol se han fundido en uno, se han convertido en lo que ha creado él mismo: Li Qinglian. Es por eso por lo que era capaz de tener esas visiones únicas mientras vagaba entre el Cielo y la Tierra. Su amigo y poeta de la dinastía Tang Du Fu cuenta como medio. El alcohol que bebía se reducía, en gran parte, a los brebajes de los pueblos, de mala calidad, pasados y ácidos, toscos y con necesidad de refinar el estilo, como ventanas viejas. No me sorprende que fuera incapaz de escribir poesía alegre y viva. Cao Mengde «Cao Cao» era otro; cantar una canción cuando se bebe es lo mismo que darle una serenata a una bella mujer. La vida es corta y las mujeres hermosas son como el rocío de la mañana. La belleza es un fluir constante y se pierde enseguida, por lo que hay que disfrutarla mientras se tiene. Desde hace miles de años hasta ahora, en un lapso de cinco mil años, el número de individuos que ha entendido que beber bebidas alcohólicas de buena calidad es como adorar a una bella mujer no supera una docena. El resto beben sacos repugnantes de piel rellenos con cualquier líquido salado. ¿Por qué gastar una gota de «Hormigas verdes» o de «Decimoctavo Li rojo» en gente como esa?

El simple hecho de mencionar «Decimoctavo Li rojo» hace que el corazón de su discípulo se estremezca. Muy señor mío, créame cuando le digo que este licor es una obra de arte de dimensiones transcendentales. Hacer pis en una cuba de vino o licor para armonizar el sabor es una idea asombrosa que sólo un genio de la creatividad podría haber inventado. Eso constituye un hito en la historia de la destilación del licor. Los acontecimientos más gloriosos incorporan inevitablemente elementos de la naturaleza más despreciable. Todo el mundo sabe que la miel es dulce, ¿pero cuánta gente conoce su fabricación? ¡Dicen que el ingrediente principal de la miel es el néctar de las flores! Sí, eso es, nadie puede decir lo contrario. Decir que el ingrediente principal de la miel es el néctar es tan certero como decir que el ingrediente principal del licor es el alcohol, pero eso no nos aclara nada. Hay docenas de minerales en los licores, ¿sabía usted eso? También hay docenas de microorganismos en el licor ¿lo sabía? Y hay muchas otras cosas en el licor, de las cuales la mayoría ni siquiera yo puedo nombrar. ¿Lo sabía? Si mi suegro no lo sabe ni yo tampoco, es probable que usted tampoco lo sepa. Se utiliza agua del mar para la miel ¿sabía usted eso? Y estiércol ¿lo sabía? La miel no se puede producir sin excrementos frescos ¿sabía o no sabía eso?

He estado leyendo recientemente en los periódicos que algunos individuos ignorantes, que no saben nada sobre hacer licores, se han ofendido con su extraordinario trabajo, incomparable y pionero; dicen que hacer pis en una cuba de licor es una blasfemia contra la sociedad civilizada. Desconocen el hecho de que el PH y la calidad del agua juegan un papel decisivo en el carácter del alcohol. Si el agua tiende hacia la alcalinidad el resultado será un licor amargo, de malas condiciones, imbebible; pero si le añades orina de un niño sano acabas obteniendo «Decimoctavo Li rojo» (el nombre mismo suena mejor que «Alumno rojo» o «Hija roja»), un licor «aromático, con cuerpo, que deja un gusto dulce y meloso después». No hay nada absurdo en todo esto, así que ¿por qué hacen gala de su ignorancia? Como doctorando en vino y licores declaro: ¡esto es ciencia! La ciencia encierra riesgos serios y no tolera la hipocresía. Si no sabes algo debes estudiar; no hay espacio para el

histrionismo y desde luego que no hay lugar para ataques *ad hominem*. Además ¿por qué dicen que la orina es algo tan sucio? En aquellos individuos que duermen con prostitutas y contraen sífilis, gonorrea o sida, por supuesto que su orina es sucia. Pero, muy señor mío, lo que su abuelo echaba en la cuba de vino era la orina de un niño pequeño, orina pura como el agua de un manantial. La obra clásica *Materia médica* del señor Li Shizhen, maestro y famoso farmacéutico chino, es absolutamente clara en este aspecto: «La orina de un niño pequeño como ingrediente añadido a las hierbas medicinales es algo muy recomendable y efectivo en el tratamiento contra la tensión alta, la enfermedad cardíaca coronaria, arteriosclerosis, glaucoma, calcificación mamaria y otras enfermedades crónicas». ¡No me diga que están dispuestos a lanzar ataques *ad hominem* al señor Li Shizhen! La orina de un niño pequeño es el fluido más sagrado y misterioso de la faz de la tierra, ni siquiera el mismo Diabolo está seguro de cuántos elementos preciosos contiene. El Primer Ministro japonés bebe un vaso de orina todos los días para estar sano y lleno de energía. El secretario del Partido de la Tierra del vino y los licores Jiang mezclaba la orina de un niño pequeño con su sopa de raíz de loto para curar su insomnio. La orina es una maravilla verdadera, el mejor símbolo de la existencia humana. Muy señor mío, ignoremos a esa panda de ignorantes. El comisario del Pueblo, el Camarada Stalin, dijo: «¡Ignorémoslos!». No se merecen nada más que orina de caballo.

En su carta dice que va a escribir una novela sobre el vino y licores. Sólo usted puede cargar con ese peso y responsabilidad. Querido mentor, su alma es el alma del licor. Su cuerpo está en perfecta armonía: como flores rojas y hojas verdes, montañas ocreas y aguas azules y esmeraldas, un cuerpo que está sano y feliz, movimientos armoniosos, un porte elegante, una pose firme, músculos y sangre pura, la imagen de la vida; si le quitas algo a la vida es demasiado corta, añádele algo y será demasiado larga. ¡Mi mentor, usted es la viva imagen de una botella de «Decimotavo Li rojo»! Para ayudarle en su estudio sobre el licor le he preparado y apartado diez botellas de «Hormigas verdes», diez botellas de «Semental de crin roja» y diez botellas de «Belleza oriental». Se las mandaré en el siguiente autobús a Beijing. Desde hoy, muy señor mío, camine con la cabeza alta, con una botella siempre a su lado, una pluma en la mano y deje que esos idiotas sigan diciendo estupideces.

El relato que le mandé la última vez «Carne de niño», no es un reportaje, pero se lee como si lo fuera. Es absolutamente cierto que algunos dirigentes del Partido, totalmente corruptos e inhumanos, hacen banquetes y se comen niños pequeños. He oído que alguien ha mandado investigarlo, por lo que si alguna vez esto sale a la luz dará la vuelta al mundo. En el futuro ¿quién si no su discípulo podría escribir un reportaje sobre este tema tan serio? Con el material tan explosivo que tengo en las manos, dígame, ¿quién si no yo tiene derecho a ser arrogante?

No he sabido nada de *Literatura para los ciudadanos*. Estaría agradecido si les presionara de mi parte.

Nuestra Li Yan es una mujer de cara pecosa y podría ser la mujer de «piel lechosa y de mal humor» que usted dice. Sus pecas pueden ser producto de sus embarazos ilícitos. Me dijo una vez que era la tierra más fértil que existe y que se quedaba embarazada de cualquier hombre que entrara en contacto con ella. Además dijo que los fetos que no llegaron a nacer

los cogió el personal del hospital y se los comieron. He oído que el valor nutricional de un feto de unos seis o siete meses es muy elevado, y eso tiene sentido. El feto de un ciervo, es ampliamente sabido, es un tónico de alta potencia ¿no es así? Un embrión tiene mucho alimento ¿no?

Incluyo mi trabajo más reciente, «Niño prodigio» con esta carta. Está escrito con el estilo que he llamado «realismo diabólico».

Después de su lectura crítica por favor mándeselo a *Literatura para los ciudadanos*. No descansaré hasta que mis trabajos atraviesen esa «Puerta del Infierno».

Deseándole una feliz escritura, su discípulo,

Li Yidou



«Niño prodigio»

Li Yidou

Queridos lectores, no hace mucho tiempo escribí un relato para ustedes sobre la carne de niño. La verdad es que me costó mucho hacer un retrato de un niño pequeño envuelto en una tela roja. Quizá recuerden sus extraordinarios ojos: meras rendijas de las que emanaba una mirada cortante de un adulto. Eran los típicos ojos de un conspirador. Pero no estaban colocados en la cara de un conspirador sino en la de un niño de no más de cincuenta centímetros de altura. Era por eso por lo que resultaban tan enigmáticos y por lo que causaron tal efecto en el granjero de la periferia de la Tierra del vino y los licores llamado Jin Yuanbao. Dentro de los límites de este relato de extensión media era imposible hurgar en el pasado de ese niño, así que perfilé simplemente su imagen general: su cuerpo de niño de no más de medio metro de alto con una mata de pelo fosca, orejas carnosas y una voz grave. La descripción de un niño pequeño, nada más, nada menos.

Este nuevo relato se desarrolla en el Departamento de Compras de la Academia Culinaria, y comienza con el atardecer.

Queridos lectores, nuestra historia está a punto de comenzar.

Esa noche había salido la luna, principalmente porque necesitábamos que estuviera ahí. Una luna roja y grande que salió poco a poco por detrás de la colina artificial de la Academia Culinaria. Los rosados rayos penetraban las ventanas de doble cristal, como una catarata rosa, y volvían las caras de los niños más suaves y delicadas.

Todos eran niños pequeños, y si han leído mi relato «Carne de niño» ya saben de quiénes estoy hablando. El pequeño demonio era uno de ellos, y pronto se convertiría en el

líder, o en el déspota del grupo. Pero bueno, eso ya lo veremos.

Los niños habían gritado hasta desfallecer antes de que el sol se pusiera detrás de la montaña. Tenían la cara llena de churretes, de restos de lágrimas y la voz ronca. Todos menos el pequeño demonio, por supuesto. ¡Nunca le pillarás llorando! Mientras que los otros niños lloraban desesperados él caminaba como un ganso, con las manos juntas detrás de la espalda, a medida que daba círculos por la gigantesca habitación de preciosas vistas. De vez en cuando le daba una patada a un niño que estaba berreando. Inevitablemente esto producía chillidos más agudos seguidos de sollozos contenidos. Su pie se transformaba en la cura contra los berridos. Al final les dio patadas a los treinta y un niños. Y justo cuando el niño más pequeño sollozaba desconsolado la preciosa luna asomó dando saltos por la colina artificial, como un corcel rojo y glorioso.

Los niños se aglomeraron en la ventana, se agarraron al alféizar y miraron al exterior. Los que estaban pegados en la segunda fila se sujetaron a los hombros de los que tenían delante. Un niño gordo, pequeño y mocososo levantó su dedo regordete y apuntó hacia el cielo.

—Mamá Luna —gimoteó—. Mamá Luna...

Uno de los otros niños se relamió los labios y dijo:

—Es la Tía Luna, no Mamá Luna. Tía Luna.

Una sonrisa sarcástica se dibujó en la cara del pequeño demonio, que ululaba como un búho y hacía que todos los niños sintieran escalofríos y se dieran la vuelta para ver de dónde venía ese ruido. Lo que vieron fue al pequeño demonio sentado arriba de la montaña artificial, iluminado por los rayos de luna. Con su ropa roja parecía una bola de fuego. La cascada artificial de la colina brillaba como el satén rojo a la vez que caía agua de forma preciosa y continuada en la piscina a los pies de la montaña. El agua salpicaba ruidosamente, como una sarta de cerezas que caen del árbol.

Los niños ya no estaban mirando a la luna; en su lugar, se abrazaban los unos a los otros y estaban boquiabiertos de la estupefacción.

—Niños —dijo el pequeño demonio en voz baja—, aguzad los oídos y escuchad lo que os tiene que decir vuestro padre. Ese artilugio, esa cosa que parece un corcel rojo y glorioso no es vuestra madre ni vuestra tía. ¡Es una bola, un ser celestial que gira alrededor de nosotros y cuyo nombre es «luna»!

Los niños le miraban sin comprender nada.

El pequeño demonio se bajó de la montaña artificial, y tal y como hizo antes, sus prendas holgadas se hincharon con el viento y se transformaron en un par de grotescas alas.

Se agarró las manos detrás de la espalda, caminó hacia delante y hacia atrás enfrente de los niños. Cada poco tiempo se limpiaba la boca con la manga o escupía en el suelo de

piedra brillante. De repente se detuvo, levantó un brazo que era tan delgado como la pata de una cabra y la agitó en el aire.

—Escuchadme niños —dijo con severidad—. Nunca habéis sido humanos, desde el día en que nacisteis sabían lo que iban a hacer con vosotros. ¡Vuestros padres os vendieron como cerdos o cabras! ¡Por lo que desde ahora en adelante pisotearé al que grite «mamá» o «papá!».

El pequeño demonio sacudió las manos, que parecían garras y rugió con todas sus fuerzas. La luna iluminaba su cara pálida, que irradiaba dos lucecitas verdes. En ese momento dos de los niños rompieron a llorar.

—¡No lloréis! —exclamó el pequeño demonio.

El pequeño demonio caminó entre la multitud de niños, cogió del pescuezo a los dos que lloraban y les dio puñetazos en sus pequeñas barrigas, mandándolos al suelo con un ruido seco. Allí daban vueltas como pelotas de baloncesto.

Pequeño demonio sentó las reglas:

—¡Le haré lo mismo a cualquiera que pille llorando!

Los niños apelotonados se abrazaban con más fuerza. Nadie se atrevía a llorar.

—Esperad un momento —dijo—. Dejadme que encuentre y encienda las luces primero.

Inmediatamente empezó a buscar por la habitación, que era muy grande y extraña, y se pegó a las paredes como un gato merodeando.

Se paró cerca de la puerta y levantó la vista hacia cuatro cables que colgaban del techo. Levantó la mano pero los cables estaban a casi un metro de distancia de la punta de su dedo corazón. Saltó un par de veces, pero incluso con toda la fuerza del mundo apenas consiguió recorrer la mitad de la distancia. Por lo que se alejó de la pared, se acercó a rastras a un sauce de hierro, se subió a la cima, agarró los cables de las lámparas y dio un tirón fuerte. Con un crujido todas las luces de la habitación se encendieron. Eran luces de neón, luces incandescentes, luces de tungsteno, luces blancas, luces azules, luces rojas, luces verdes y luces amarillas. Había luces en las paredes, en el techo, en la montaña artificial y en los árboles artificiales. Las luces eran cegadoras y multicolores, como el cielo y la tierra en un mundo de hadas. Olvidándose de sus penas y de sus preocupaciones los niños aplaudieron y gritaron de la alegría.

El pequeño demonio frunció los labios y miró a los niños con sorna a la vez que se maravillaba de la obra de arte que había creado. Entonces se fue a la esquina de la sala, donde cogió unos cascabeles de latón y los agitó con fuerza. El ruido atrajo la atención de los niños. Se ató los cascabeles, que parecía que los habían puesto ahí sólo para él, alrededor de la

cintura, escupió una flema al suelo y dijo:

—Niños, ¿sabéis de dónde vienen todas estas luces? No, no lo sabéis. Venís de pueblos remotos y atrasados donde frotáis dos piedras para hacer fuego, por lo que por supuesto que no tenéis ni idea de donde vienen. Os lo diré. La fuente de esta luz se llama electricidad.

Los niños escuchaban sin hacer el mínimo ruido. La luna roja se había desvanecido en la habitación, que estaba repleta de ojos brillantes. Dos niños se pusieron de pie.

—¿La electricidad es buena? —preguntó uno de ellos.

—¡Sí, sí que lo es! —respondieron los demás niños al unísono.

—¿Creéis que soy una persona inteligente o no?

—¡Sí que lo eres!

—¿Vais a hacer lo que os diga?

—¡Sí, sí vamos a hacer lo que digas!

—Muy bien, niños, ¿queréis un papá?

—¡Sí, sí que lo queremos!

—Desde hoy yo voy a ser vuestro padre. Os protegeré, os enseñaré y os vigilaré. A cualquiera que me desobedezca lo ahogaré en la piscina. ¿Entendido?

—¡Sí, entendido!

—Decid papá tres veces. Ahora mismo, todos juntos.

—¡Papá, papá, papá!

—Arrodillaos y hacedme una reverencia. ¡Tres veces!

Algunos de los niños, los que no eran muy listos, no entendían lo que decía el pequeño demonio, pero en cambio eran muy obedientes. Los treinta y un niños pequeños se pusieron de rodillas, con una risita nerviosa, para hacer las reverencias al pequeño demonio, que subió de un salto a la montaña artificial y se sentó en posición de loto para recibir las veneraciones de sus hijos.

Una vez que acabó el ritual eligió a cuatro de los niños más espabilados y más ágiles como los líderes de equipo y dividió a los treinta y un niños en cuatro equipos. Una vez hecho eso dijo:

—Niños, desde este momento sois guerreros. Los guerreros son personas valientes que se atreven a luchar y se atreven a conquistar y vencer. Yo os entrenaré para pelear contra la gente que quiere comeros.

El líder del equipo número uno preguntó con curiosidad:

—¿Papá, quién quiere comernos?

—¡Estúpido! —el pequeño demonio sacudió los cascabeles—. No se me interrumpe cuando estoy hablando.

El líder del equipo número uno dijo:

—He cometido un error, papá. No te interrumpiré de nuevo.

El pequeño demonio dijo:

—¡Camaradas, hijos, ahora os diré quién os quiere comer! ¡Tienen los ojos rojos, la uñas verdes y los dientes con fundas de oro!

—¿Son lobos? ¿O tigres? —preguntó un niño regordete con hoyuelos en las mejillas.

—El líder del equipo número uno le dio una bofetada al pequeño gordito.

—¡No interrumpas a papá cuando está hablando! —le recriminó.

El niño gordo se mordió los labios y contuvo los sollozos.

—Camaradas, hijos, no son lobos, pero son peor que los lobos. Y no son tigres, pero dan más miedo que los tigres.

—¿Por qué comen niños?

El pequeño demonio frunció el ceño.

—¡Me estáis enfadando mucho, muchísimo! He dicho que nada de interrupciones. Venga, líderes de los equipos, sacad a ese niño fuera del grupo y dejadlo ahí solo como castigo.

Los cuatro líderes de equipo sacaron al bocazas fuera del grupo; berreó y forcejeó mucho. Hubieras pensado que lo llevaban a ejecutar. En el momento en el que le soltaron, sus piernas se movieron con fuerza y se volvió a colocar al final del grupo. Cuando los líderes del equipo volvieron a tirar de él, el pequeño demonio les detuvo:

—¡Olvidadlo, dejadle esta vez! Pero lo voy a repetir otra vez: no se os está permitido interrumpirme cuando papá está hablando. ¿Por qué quieren comer niños? Muy simple, se

han cansado de comer ternera, cordero, caballo, cerdo, erizo, perro, burro, conejo, pollo, pato, pichón, mula, camello, gorrión, golondrina, oca salvaje, oca común, gato, rata, comadreja o lince, por lo que quieren comer niños. Es porque nuestra carne es más tierna que la de ternera, más fresca que la de cordero, más aromática que la del cerdo, más carnosa que la del perro, más suave que la de la mula, más entera que la del conejo, más sedosa que la del pollo, más viva que la del pato, más sencilla que la del pichón, más alegre que la del burro, más mimosa que la del camello, más refrescante que la del caballo, más limpia que la del gorrión, más fina que la del erizo, más majestuosa que la de la golondrina, más añeja que la de la oca salvaje, no tan pajiza como la de la oca común, más tranquila que la de gato, más nutritiva que la de la rata, menos demoníaca que la de la comadreja y más común que la del lince. Nuestra carne es la mejor de todas.

Exhausto tras su lista y sin apenas energía, el pequeño demonio escupió en el suelo; tenía un aspecto más cansado que antes.

—Papá —dijo el líder del equipo número dos con timidez—. Tengo algo que decir. ¿Hay algún problema?

—Adelante. Yo ya he hablado bastante, he agotado todas mis fuerzas. ¿Sabéis qué? A papá le gustaría fumar algo de cáñamo en este momento. Es un desastre que no haya nada —dijo entre bostezos el pequeño demonio.

—¿Cómo nos comen, papá? ¿Crudos?

—Lo hacen de muchas maneras: fritos, cocidos, estofados, en rodajas frías, en vinagre, rebozados... De muchas, muchas maneras, pero normalmente no nos comen crudos. Estoy hablando en general. Dicen que un intendente llamado Shen una vez se comió un niño crudo, mojado en un vinagre japonés de importación.

Los niños se apretujaron mucho, los más miedosos sollozaban con disimulo.

Eso animó al pequeño demonio, que dijo:

—Hijos, camaradas, por eso tenéis que hacer lo que os diga. En este momento tenéis que mostrar vuestra madurez y transformaros por la noche en héroes indomables. No más lloros, no más lamentos. La única manera de evitar que nos coman es fundirnos en uno, convertirnos en un muro impenetrable de hierro y acero. ¡Tenemos que convertirnos en erizos, en un puercoespín. Se han comido todos los puercoespines que han querido, y nuestra carne es mucho más suave que la de un puercoespín. Tenemos que convertirnos en un erizo de acero, en un puercoespín de hierro, para poder así hacer papilla a esas bocas y lenguas de esos monstruos come-personas! ¡Comerán bien, pero les destrozaremos su digestión!

—Pero, pero esas luces... —tartamudeó el líder del equipo número cuatro.

El pequeño demonio sacudió la mano.

—Sé lo que estáis pensando, no hace falta que lo digáis. Lo que queréis saber es que si planean comernos ¿por qué vivimos en este sitio tan bonito? ¿Es eso, no?

El líder del equipo número cuatro asintió con la cabeza.

—Está bien, os lo diré —dijo el pequeño demonio—. Hace catorce años, cuando todavía era un niño, oí a la gente decir que los dignatarios de la Tierra del vino y los licores se comían a los niños, y había bastantes detalles de ese rumor que lo hacían aterrador y misterioso al mismo tiempo. Después de eso, mi madre empezó a tener un bebé tras otro. Pero cuando tenían dos años de repente desaparecían. Todo lo que podía pensar era que se estaban comiendo a mis hermanos.

En ese momento estaba preparado para desenmascarar este crimen monstruoso pero me lo impidió una misteriosa enfermedad en la piel: me salieron escamas por todo el cuerpo de las que caía pus cuando las tocabas. La gente se ponía mala con tan sólo mirarme y nadie me veía como un producto comible. Eso me mantuvo fuera de la guarida del tigre. Al final empecé a robar. Un día entré en la casa de un oficial y me bebí una botella de licor que tenía unos dibujos de una abeja en la etiqueta. Quién lo iba a decir, las escamas empezaron a caerse. Con cada capa de piel que se me caía me iba haciendo más pequeño y es por eso por lo que ahora tengo este aspecto. Así que aunque tengo la apariencia de un niño, mi capacidad mental es tan vasta como el océano. ¡El secreto de que se comen niños se tiene que hacer público y yo seré vuestro salvador!

La atención de los niños estaba fija en el pequeño demonio y en sus revelaciones.

—Ahora, ¿por qué nos han puesto en una habitación tan grande y bonita? —prosiguió—. Porque quieren que estemos contentos. Si no lo estamos nuestra carne se volverá amarga y correosa. ¡Hijos míos, camaradas, esto es lo que quiero que hagáis. Dejad este lugar hecho un desastre!

El pequeño demonio cogió una piedra de la montaña artificial, apuntó a la lámpara roja brillante de la pared y la lanzó. Dada la fuerza que llevaba, la piedra levantó una corriente de aire a medida que atravesaba la habitación. Pero su puntería falló; la piedra hizo un ruido sordo contra la pared y rebotó en vez de caer al suelo, casi decapitando a uno de los niños. El pequeño demonio la volvió a coger, volvió a apuntar y la lanzó de nuevo. Volvió a fallar. Esta vez se enfadó y soltó unas cuantas palabrotas. Volvió a coger la piedra, reunió la misma fuerza y tenacidad que un niño que toma el pecho. —¡Qué te jodan!— y la lanzó con todas sus fuerzas. Esta vez dio de pleno en el blanco. La lámpara se hizo pedazos, saltaron trozos por todas partes; la bombilla brilló de un color rojo durante un instante, luego se volvió negra.

—Los niños estaban de pie inmóviles, mirándole como si fueran meras marionetas.

—¡Destrozaadlo todo, empezad a destrozarlo todo! ¿A qué estáis esperando?

Algunos de los niños empezaron a bostezar.

—Papá, tengo sueño, quiero irme a la cama.

El pequeño demonio se acercó a ellos a toda prisa y empezó a darles puñetazos y patadas a todos los niños que bostezaban, provocando gritos y chillidos. Uno de los niños más valientes y fuertes empezó a pegar al pequeño demonio hasta hacerle sangre en la cara. Al ver su propia sangre el pequeño demonio dio un paso adelante y le clavó los dientes en la oreja con tanta ferocidad que le arrancó la mitad.

Eso pasó justo en el momento en que se abrió la puerta.

Una señora con un uniforme blanco impoluto abrió la puerta y entró corriendo en la habitación. No fue fácil, pero al final consiguió separar al pequeño demonio y al niño que lloraba tan fuerte y que casi se desmaya del dolor. El pequeño demonio estaba escupiendo sangre y sus ojos seguían emanando la lucecita verde. Pero no dijo una palabra. La oreja que le había arrancado a su víctima estaba en el suelo. Cuando la mujer vio la oreja y luego la cara del pequeño demonio, empalideció, soltó un grito ahogado, y salió corriendo de la habitación. Su trasero se movía de un lado a otro y los tacones de sus zapatos dejaron una gran marca en el suelo.

El pequeño demonio se subió al sauce de hierro y desenchufó todas las luces; una ligera sensación de amenaza llenó la oscuridad circundante.

—¡Le arrancaré la oreja a cualquiera que chille!

Entonces se fue a la cascada de la montaña artificial, donde se lavó la sangre de la boca.

Unas pisadas fuertes se oyeron fuera de la puerta. Era como si una horda de personas fuera a entrar en la habitación. Así que el pequeño demonio cogió la piedra con la que había destrozado la lámpara roja de la pared y se escondió detrás del sauce de hierro a esperar.

La puerta se abrió de golpe y una figura blanca entró en la habitación, apoyándose en la pared a medida que andaba a tientas en mitad de la oscuridad. El pequeño demonio apuntó a la parte superior de la figura y lanzó la piedra. La figura soltó un grito de dolor y empezó a tambalearse; la gente al otro lado de la habitación se fue corriendo muerta de miedo. El pequeño demonio cruzó la habitación, cogió la piedra, volvió a apuntar a la figura y la tiró con todas sus fuerzas. La figura se desplomó en el suelo.

Al cabo de un tiempo, algunos rayos de luz inundaban la habitación, seguidos por personas con linternas. El pequeño demonio se escabulló con destreza y se colocó en la esquina de la sala, donde se tumbó en el suelo, boca abajo, y fingió estar dormido.

Entonces las luces se encendieron e iluminaron a unos siete u ocho hombres muy fornidos, que inmediatamente cogieron a la mujer vestida de blanco, inconsciente en el suelo. También cogieron al niño herido, junto con su oreja y los sacaron fuera de la habitación. Entonces llegó el momento de descubrir quién era el responsable de toda esta maldad.

El pequeño demonio estaba tirado en el suelo y roncaba muy fuerte. Cuando un hombre de blanco le cogió por la nuca, sus brazos y sus piernas se movieron indefensos en el aire, a medida que una serie de grititos salieron de su boca, como un gatito lastimero.

La búsqueda no surtió ningún resultado. Los niños estaban exhaustos por ese día tan agotador, e increíblemente hambrientos. Y después de las amenazas del pequeño demonio apenas podían sujetar el peso de sus cabezas ni podían pensar con claridad. Por lo tanto la investigación acabó con el ruido de los ronquidos.

Los hombres de blanco apagaron las luces, cerraron la puerta y se fueron. En la oscuridad el pequeño demonio sonrió con satisfacción.

A la mañana siguiente, muy temprano, antes incluso de que hubiera salido el sol, el pequeño demonio se levantó en la habitación llena de neblina, cogió el cascabel de debajo de la camisa y lo agitó tan fuerte como pudo. El ruido frenético asustó a los niños y los sacó de su sueño. Se pusieron en cuclillas en el suelo para hacer sus necesidades, se dieron la vuelta y se volvieron a dormir bajo los ojos deslumbrantes del pequeño demonio.

Una vez que hubo salido el sol, una luz roja inundó la habitación; para entonces los niños ya estaban despiertos, sentados, y lloraban sin parar. Estaban muertos de hambre. Apenas les quedaba rastro del entusiasmo de la noche anterior. Toda la energía que el pequeño demonio gastó en ellos, todo ese tiempo en que trató de despertarles un sentido de poder, no había servido para nada. El pequeño demonio, frustrado, se preguntaba cómo iba a conseguir cambiar a esa panda de niños.

Dado que no quiero fastidiarles las cosas como narrador, les voy a contar mi historia de manera objetiva, evitando, en todo lo posible, descripciones sobre los pensamientos del pequeño demonio y de los niños. Me limitaré a describir su comportamiento y sus conversaciones y les dejaré a ustedes, lectores, interpretar lo que motivó su comportamiento y lo que se encerraba detrás de sus conversaciones. No es una historia fácil de contar, porque el pequeño demonio siempre encuentra el modo de arruinarlo todo. No es un niño bueno, eso seguro. (La verdad es que mi historia está a punto de terminar). El desayuno fue muy lujoso: sopa de huevo china, rollitos al vapor hechos de harina fina, leche, pan, mermelada, brotes de soja salteados y trocitos de rábano agridulce.

El hombre viejo que servía el desayuno se tomaba su trabajo en serio, de modo que llenaba los platos de los niños con cuidado y esmero. El pequeño demonio cogió su porción y le dio las gracias al señor con un movimiento de cabeza muy respetuoso. No quería ofender al hombre, que sin embargo le observaba detenidamente por el rabillo del ojo.

Cuando el hombre se fue de la habitación el pequeño demonio levantó la cabeza y con los ojos brillantes dijo:

—¡Camaradas, hijos míos, no deis ni un mordisco a esta comida! Quieren que engordemos antes de comernos. Tenemos que hacer una huelga de hambre. Hijos míos, cuanto más delgados estéis, más tardarán en comeros, e incluso puede que nunca lo hagan.

Pero los niños no prestaron atención a su apasionadas palabras; a lo mejor no entendían lo serio que era lo que estaba diciendo. Todo en lo que podían pensar era en la imagen de la comida que tenían delante y en su olor tan apetecible. Empezaron a comer con voracidad, dándose un atracón a la vez que armaban jaleo. El primer impulso del pequeño demonio fue ponerse violento con ellos, pero apartó ese estúpido pensamiento de la mente justo a tiempo, justo cuando un hombre alto entró en la habitación. El pequeño demonio miró furtivamente los grandes pies del hombre, cogió el vaso de leche templada y le dio un buen trago haciendo mucho ruido.

Notó que el hombre les miraba con desprecio, así que puso la atención en su vaso de leche y con ganas atacó un panecillo al vapor, llegando al punto de tener la cara lo más sucia posible y de balbucear de manera escandalosa. En otras palabras, se comportó como un idiota glotón.

—¡Pequeño cerdo! —oyó que decía el hombre.

Las piernas del hombre, igual de gruesas que unos pilares de piedra, deambularon hacia el frente, por lo que el pequeño demonio levantó los ojos del desayuno para mirarle la espalda. Se dio cuenta de que el hombre tenía la cabeza ovalada y alargada dentro de un sombrero del que sobresalían unos cuantos rizos de color marrón. Cuando el hombre se giró el pequeño demonio vio su cara rubicunda, su nariz aguileña y su piel grasienta, que se parecía a una castaña de agua embadurnada en manteca.

—Niños —dijo el hombre con una sonrisa astuta—. ¿Habéis desayunado bien?

Muchos contestaron que sí, pero otros dijeron que no.

—Queridos niños —dijo el hombre—. No debéis comer demasiado de una sentada o tendréis una mala digestión. Ahora vamos a jugar a un juego ¿vale?

Los niños no respondieron, se limitaron a parpadear con incredulidad.

El hombre se dio un golpecito en la cabeza y se dio cuenta de que se había olvidado tontamente de que sólo eran niños y que todavía no habían aprendido a jugar a nada.

—Vamos fuera a jugar al «halcón que captura las gallinas». ¿Qué decís?

Dando gritos de alegría los niños siguieron al hombre al jardín. Aunque era un poco reacio el pequeño demonio les acompañó.

Cuando empezó el juego, el hombre con nariz de halcón eligió al pequeño demonio para hacer de «madre» —a lo mejor porque la ropa roja le hacía destacar entre los demás— y puso al resto de los niños en fila detrás de él para hacer de «camada». El hombre tenía que hacer de «halcón». Agitó los brazos, les miró fijamente y les enseñó los dientes a la vez que empezó a chillar.

De repente el halcón corrió hacia los niños como si cayese en picado y frunció su nariz aguileña hasta que casi se tocó el labio superior; una mirada amenazadora invadía sus ojos. Se había convertido de hecho en un velociraptor salvaje y carnívoro. Su sombra caía amenazante sobre los niños. Con nerviosismo el pequeño demonio vio cómo movía sus garras mortíferas y las clavaba en la alfombra de césped verde. Enseguida se elevaron en el aire; el halcón jugó con los niños, esperaba el momento justo. Un halcón es un cazador muy paciente. Y dado que la iniciativa siempre reside en el agresor, el defensor no puede bajar nunca la guardia, ni durante un segundo.

De repente el halcón se abalanzó sobre ellos como un rayo. El pequeño demonio reaccionó enseguida y se colocó valientemente al final de sus tropas para dar cabezazos, morder, dar arañazos al halcón y poder salvar así a los niños, que eran el blanco de las garras del animal. Los niños daban gritos de alegría y de miedo a la vez, a medida que huían del halcón. El pequeño demonio con destreza se tiró entre el cazador y su presa. Su mirada derribó a la del halcón, al que dejó aturdido.

Comenzó un segundo ataque, lo que inevitablemente forzó al pequeño demonio a intervenir en la refriega y se separó de la camada de niños para empezar la batalla. Sus movimientos eran demasiado hábiles y precisos para un niño pequeño. Antes de que el halcón tuviera tiempo a reaccionar el pequeño demonio ya estaba en su cuello y de repente el halcón temía por su vida. Sintió como si una enorme araña negra le hubiera atacado en el cuello, o como si le hubiera mordido un murciélago-vampiro con membranas rojas brillantes en sus alas. Sacudió la cabeza con violencia para deshacerse de él, pero fue en vano porque en ese momento las garras del pequeño demonio estaban enterradas en sus ojos. El horrible dolor puso fin a la pelea y con un aullido atormentado el halcón se tambaleó hacia delante y cayó en la tierra como un árbol caído.

El pequeño demonio bajó de un salto de la cabeza del halcón, con una sonrisa en la cara que sólo puede ser descrita como demoníaca y brutal. Acercándose a los niños dijo:

—Hijos míos, camaradas, le he sacado los ojos al halcón. No nos puede ver. ¡Ahora es hora de jugar!

El halcón sin ojos se retorció en la tierra, a veces se arqueaba como un puente y otras se deslizaba como una serpiente. Le salía sangre negra entre los dedos, que cubrían su cara, como gusanos retorciéndose. Gemía lastimosamente, un sonido triste, agudo y escalofriante. De manera instintiva los niños se apretujaron. El pequeño demonio miró vigilante alrededor; el recinto estaba desierto, a excepción de unas cuantas mariposas blancas que revoloteaban por el césped. Un humo negro erupcionaba por una chimenea al otro lado del muro, enviando una nube de una fuerte fragancia directamente a la nariz del pequeño demonio. Mientras tanto, los gemidos del halcón eran cada vez más lastimosos y agudos. Por lo que después de ir de un lado para otro volvió a saltar sobre la espalda del halcón y le clavó las diez garras en la garganta. La cara del hombre era tan horrible que no existen palabras para describirlo y a medida que el pequeño demonio le clavaba los dedos en su cuello grueso era peor. ¿Sintió lo mismo que si empujara los dedos en arena caliente o en un cubo lleno de manteca? Difícil de decir. ¿Estaba disfrutando la satisfacción de la venganza? De nuevo, difícil de decir. Ustedes,

mis queridos lectores, son más inteligentes que el autor, algo de lo que el narrador no tiene ninguna duda. Bueno, cuando el pequeño demonio sacó los dedos, los aullidos del halcón apenas eran audibles; le salía sangre de los diez agujeros del cuello, a borbotones, como si fuera un colador. El pequeño demonio levantó los diez dedos sanguinolentos del cuello del halcón y anunció con calma:

—El halcón está agonizando.

Los niños más valientes le rodearon y los otros se quedaron rezagados. Todos miraban el cuerpo moribundo del halcón. Seguía retorciéndose en el suelo, aunque la intensidad de los movimientos cada vez era menor. De repente, el halcón abrió la boca como si fuera a soltar un grito; pero en lugar de un sonido sólo salió sangre, que hizo un sonido seco cuando golpeó el césped, pegajoso y caliente. El pequeño demonio cogió un puñado de arena y la metió en la boca del halcón. Unos sonidos salieron de su garganta, seguidos de una explosión de barro y sangre.

—Hijos míos —ordenó el pequeño demonio—, ahogadle, tapadle la boca al halcón, así no podrá comernos.

Los niños entraron en acción, tal y como les había sido ordenado. En la unión está la fuerza. Docenas de manos se pusieron en movimiento para meter el barro, el césped y la arena en la boca del halcón. Luego le taparon los ojos y le pellizcaron la nariz. A la vez que crecía el entusiasmo en los niños, la euforia se apoderó de ellos; la verdad era que se estaban divirtiendo con el juego, ahora que enterraban la cabeza del halcón. Los niños son así: atacarían en grupo a una pobre rana o a una serpiente que cruza la carretera, o a un gato herido. Después le darían golpes hasta que estuviera medio muerto y harían un círculo alrededor de él para disfrutar del espectáculo.

—¿Está muerto?

Una pequeña explosión de aire salió del trasero del halcón.

—No está muerto, se está tirando un pedo. Seguid metiéndole cosas en la boca.

Le siguió otro diluvio de barro, que casi enterró al halcón; sí, estaba casi enterrado en barro.

Cuando la mujer encargada del Departamento Especial de Compras de la Academia Culinaria oyó una serie de gritos demoníacos en el jardín fuera de la Sala de la carne de niño, su cuello y su vejiga se contrajeron y el demonio de la muerte correteó como un insecto por su mente.

La mujer se levantó y se acercó a un teléfono, pero cuando su mano derecha tocó el auricular fue como si sintiera un calambre desde la punta de los dedos a sus brazos; se le había paralizado la mitad del cuerpo.

Arrastró como pudo su cuerpo de nuevo a la mesa, se sentó y sintió como si la hubieran partido en dos, una parte estaba fría y la otra febrilmente caliente. Con hastío abrió un cajón y sacó un espejo para mirarse a sí misma. Una parte de su cara estaba oscura y rubicunda, la otra era fantasmagóricamente blanca. Estaba completamente nerviosa, pero de alguna manera consiguió volver a coger el teléfono; en cuanto lo tocó su mano se apartó como si le hubiera alcanzado un rayo. Parecía estar a punto de caerse al suelo cuando una luz divina emergió de su cerebro para iluminarle el camino. Había un árbol que había sido alcanzado por un rayo al lado del camino, la mitad era de un verde exuberante, cubierto de hojas y de exquisitos frutos y la otra mitad tenía las ramas de bronce y el tronco de hierro, completamente despojado; emitía un brillo mágico en un mar de luz. De repente lo supo: ese árbol era ella. Ese sentimiento llenó su corazón con un calor intenso, y lágrimas de alegría mojaron sus mejillas. Como si estuviera fascinada o encantada miró a la mitad de ese enorme árbol que había sido petrificado por un rayo, apartando la vista, a la que le asqueaba la parte verde. Pedía a gritos otro rayo, quería que la parte verde del árbol se convirtiera en ramas de color bronce con el tronco de hierro, así el árbol se transformaría en un todo glorioso. Entonces cogió el teléfono con la mano izquierda y volvieron a saltar chispas. Se sentía diez años más joven y salió corriendo al jardín; desde ahí se fue al césped que estaba enfrente de la Sala de la carne de niño. Cuando vio al halcón enterrado en el suelo, rompió a reír. Aplaudiendo dijo:

—¡Le habéis matado muy bien, niños, pero que muy bien! ¡Ahora tenéis que huir, iros lo más lejos que podáis y alejaos de esta guarida de monstruos asesinos!

Con ella al frente, los niños pasaron a través de una serie de puertas de hierro y serpentearon a través de unos terrenos laberínticos de la Academia Culinaria. Pero su intento estaba condenado al fracaso. A excepción del pequeño demonio, que consiguió escapar, atraparon a los demás niños y los arrastraron de vuelta, y a la mujer la quitaron del cargo inmediatamente. ¿Por qué, queridos lectores, pensáis que he gastado tanta tinta en esta mujer? Porque es mi suegra. Lo que quiere decir que es la esposa del profesor Yuan Shuangyu de la Universidad de Destilación de alcohol. Todo el mundo dice que se volvió loca, y yo también lo creo. Se pasa el día en casa escribiendo cartas de acusación, pilas y pilas de ellas. Las ha mandado por correo todas, algunas al Director del Comité Central, algunas al Secretario del Partido Provincial, una vez incluso al Magistrado de la Prefectura Kaifeng, el magistrado Bao. Ahora, les pregunto, si ella no está loca ¿quién lo está entonces? A este ritmo se va a arruinar comprando sellos.

Cuando dos flores crecen al mismo tiempo hay que cuidarlas una a una. Un grupo de hombres uniformados de blanco arrastró a la sala de la carne de niño a los niños que trataban de escapar. Las pequeñas criaturas se rebelaron y casi acabaron con ellos. Ahora que los niños habían experimentado el nacimiento de la lucha tras matar al halcón se habían vuelto salvajes y astutos; habían tratado de escapar para esconderse tras la madera o entre las esquinas de las paredes, incluso se habían subido a los árboles o habían saltado a las letrinas. Encontraron los escondites que había. En resumidas cuentas, después de que mi suegra abriera la puerta de hierro de la Sala de la carne de niño, los pequeños se volvieron completamente salvajes. Aunque ella pensaba que estaba conduciendo a un grupo de niños fuera de las garras de unos monstruos, era pura fantasía, dado que lo único que la siguió fuera de la academia fue su sombra. Cuando llegó a la puerta trasera de la academia les instó a los

niños para que huyeran, pero los gritos sólo los oyeron unos ancianos y ancianas que estaban escondidos junto a un surco con los desechos que salían de la Academia Culinaria hacia el río de al lado, esperando las sobras que tiraban de la cocina. Mi suegra no pudo ver a nadie en su escondite debido al follaje, asombrosamente denso. Así que ¿por qué mi suegra, que tenía un cargo tan importante se volvió loca? Sea o no sea por culpa de las descargas eléctricas, eso necesita otra historia.

Después de que descubrieron que los niños se habían escapado del Departamento de Seguridad de la Academia Culinaria, se convocó urgentemente una reunión para planear medidas de emergencia, incluyendo acordonar toda la academia. Una vez que cerraron las puertas, un destacamento de tropas especializadas empezó a buscar a los niños por la zona. En esta búsqueda diez de los soldados fueron mordidos salvajemente por la futura *carne de niños* y una mujer perdió un ojo. El jefe de la academia colmó a las tropas heridas de palabras consoladoras y compasivas e incluso les dijo que les daría una prima según la gravedad de sus heridas. La carne de niño, de nuevo capturada, fue puesta bajo estricta vigilancia en una habitación segura, donde pasaron lista y descubrieron que faltaba un niño. Según la mujer con el uniforme de blanco, que había recuperado la razón después de un poco de terapia, la carne de niño que faltaba no era otra que el niño que la había herido. Debía de ser también el que había asesinado al halcón. Recordó vagamente que iba vestido de rojo y que tenía los ojos sombríos, de serpiente.

Pocos días después, cuando un conserje estaba limpiando el surco de agua encontró prendas de ropa roja, tan sucias que era imposible diferenciarlas. Sin embargo no había rastro del pequeño demonio, el asesino, el líder de la carne de niños.

Queridos lectores, ¿les gustaría saber qué fue del pequeño demonio?



Querido Doctor en vino y licores Yidou,

Gracias por la carta. He leído tu relato «Niño prodigio». El pequeño demonio, envuelto en su bandera roja, me ha estremecido el corazón y me ha puesto la piel de gallina. No he podido dormir durante varios días. El lenguaje de esta historia está muy cuidado, amigo mío, y el ingenio del argumento parece no terminar nunca; me ha sorprendido. Si insistes en que te dé un punto de vista específico supongo que puedo hacerte uno o dos comentarios superficiales: el primero es la ausencia de pasado del pequeño demonio, lo que se sumerge en un realismo convencional, por ejemplo, y la organización demasiado permisiva o la relativa falta de autoridad de la academia. No merece la pena preocuparse. De cara a su «realismo demoníaco» rehúyo de cualquier comentario crítico. Ya he mandado «Niño prodigio» a *Literatura para los ciudadanos*. Dado que es una publicación oficial les inundan con manuscritos, la mayoría de los cuales acaban amontonados al final de una altísima montaña. Así que no te sorprendas si no sabes nada de ellos acerca de las dos historias. He escrito a un par de editores de renombre de *Literatura para los ciudadanos*, Zhou Bao y Li Xiaobao, y les he pedido que le echaran un vistazo. Los dos «tesoros» Bao son mis amigos, y estoy seguro de que serán de ayuda.

En tu carta mencionas escribir sobre el licor —está llena de ocurrencias, seria pero con humor, llena de partes inspiradoras, profundidad y amplitud unidas en una— que es justo lo que espero de un Doctor en vino y licores. Tienes mi máximo respeto. Estoy deseoso de más discusiones sobre el licor, porque es mi tema preferido.

No sé si llorar o reír sobre tu afirmación de que hacer pis en una cuba de vino, tal y como escribí en *Sorgo rojo*, es una maravilla y un avance tecnológico. No sé nada sobre química, y menos aún sobre el arte de la destilería. Escribí ese episodio en broma, para reírme un poco de todos esos estéticos, de todos esos hombres con los ojos inyectados en sangre por la envidia. Imagina mi sorpresa cuando he leído la teoría científica, la lógica y la naturaleza sublime de esta práctica, y ahora, a mi admiración por ti se le suma mi gratitud. Esto es lo que se conoce como «El profesional pregunta “cómo” y el *amateur* dice “¡guau!”, ante el desconocimiento de su maestro». O lo que llamamos «Planta una flor y no florecerá, tira una semilla de sauce y crecerá otro tipo de árbol».

En relación al licor de mi novela «Decimoctavo Li rojo» hay un serio juicio en marcha. Después de que *Sorgo rojo* ganara un premio en el Festival de cine de Berlín, el responsable de una destilería de mi pueblo natal vino corriendo al trastero en el que tenía colocado mi estudio para decirme que quería hacer un gran lote de «Decimoctavo Li rojo».

Desafortunadamente no pudo encontrar respaldo financiero. Un año después, en una inspección en nuestro condado vinieron a mi casa miembros de las autoridades provinciales y me pidieron probar «Decimoctavo Li rojo». Fue un momento extraño, y cuando los dignatarios se fueron, la oficina de rentas públicas del condado vino con dinero para que un grupo de expertos llevara a cabo una producción de «Decimoctavo Li rojo». Por producción pensé que querían decir que iban a mezclar unos cuantos licores, diseñar una nueva botella, decorar la etiqueta y que eso sería todo. Pero cuando la destilería mandó emocionada su nuevo producto a la oficina gubernamental del condado para hablar de su éxito, *Películas para las masas* publicó una noticia sobre una conferencia en Shenzhen, donde la destilería de «Decimoctavo Li rojo» del condado de Henan's Shangcai anunciaba a la comunidad de cinéfilos que su bebida era el auténtico «Decimoctavo Li rojo» de *Sorgo rojo*.

Las cajas de botellas de licor estaban estampadas con lo siguiente (o algo parecido): La heroína de *Sorgo rojo*, Dai Jiuer, era originaria del condado de Shangcai en la provincia de Henan, y sólo huyó al municipio de Gaomi del Noreste en Shandong con su padre durante una hambruna. Fue ella la que llevó la receta de «Decimoctavo Li rojo» del condado de Shangcai a Shandong's Gaomi, y por lo tanto el condado de Shangcai debe ser considerado la cuna verdadera de «Decimoctavo Li rojo».

El jefe de la destilería de mi ciudad natal atacó inmediatamente al condado de Henan's Shangcai por su astucia y mandó a alguien con el auténtico «Decimoctavo Li rojo» a Beijing para preguntarme, como autor de la novela, que le ayudara a traer de vuelta «Decimoctavo Li rojo» a la ciudad de Gaomi, a la que pertenecía. Pero la gente del condado de Henan's Shangcai fue muy lista y ya había registrado su «Decimoctavo Li rojo» con el sello oficial, y como la ley es objetiva, nuestro «Decimoctavo Li rojo» ya no tenía valor legal. Cuando la gente de Gaomi me pidió que le ayudara a abrir un juicio dije que no tenía sentido, dado que Dai Jiuer sólo es un personaje de ficción, no mi verdadera abuela, y que no es ilegal que la gente de Shangcai insista en que era originaria de Henan. No había modo de que la gente de Gaomi pudiera ganar. Simplemente tenían que aceptarlo. Más tarde oí que la gente de Henan llevó a «Decimoctavo Li rojo» al mercado internacional y ganaron bastante dinero extranjero. Espero que sea verdad. Que la literatura y el alcohol se integren así es fascinante. Y debido a unas nuevas leyes promulgadas sobre los derechos de autor voy a ir al condado de Shangchai con el director de cine Zhang Yimou para ir en busca de lo que me toca.

Todos los licores maravillosos que mencionas son famosos por su gran calidad, pero no necesito ninguno de ellos. Lo que necesito —y mucho— es material sobre los licores, y espero que me mandes algunos de tus artículos más importantes.

Por favor dale recuerdos a Liu Yan la próxima vez que la veas.

Saludos,

Mo Yan

Capítulo 4



El investigador Ding Gou'er abrió los ojos. Le pesaban los párpados, tenía un dolor de cabeza agudo, le apestaba el aliento y tenía las encías, la lengua, las paredes de la boca y la garganta cubiertas de una sustancia pegajosa. Entre la luz turbia y amarillenta de la araña de luces no podía saber si era de día o de noche, si estaba amaneciendo o atardeciendo. No tenía puesto el reloj en la muñeca, su reloj biológico estaba desincronizado, su estómago rugía y sus hemorroides vibraban acompasadas con sus latidos. Las bombillas se iluminaban cuando pasaba la corriente por ellas y hacían un ruido parecido a un zumbido que le perforaba los tímpanos. El investigador oía los latidos de su corazón sobre el ruido de fondo. Cuando trató de salir de la cama sus brazos y piernas se negaron siquiera a hacer un mínimo intento. Entonces le vino a la mente la noche anterior, el alcohol, como si fuera un sueño lejano, y de repente le asaltó la imagen de ese niño sonriente de color tostado y perfumado, sentado en una bandeja con ribetes de plata. Un grito extraño se escapó de la boca del investigador cuando su consciencia rompió sus propios confines, liberando corrientes de ideas que invadían su cabeza y se grababan al pasar por sus huesos y músculos. Saltó de la cama como una carpa en el agua, formando un bonito arco en el aire y cambiando las dimensiones de la habitación y el campo magnético, como si la luz se fragmentara en sus componentes básicos; el investigador tenía la misma pose que un perro luchando sobre un montón de excrementos justo antes de que su cabeza aterrizara sobre la alfombra de piel sintética.

Tirado en el suelo estudió con asombro los cuatro «+» (dieces) en la pared, y sintió un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. La vivida imagen de un niño de piel escamosa y la daga con forma de hoja de sauce en la boca se materializó a pesar de los efectos del alcohol. Descubrió que estaba desnudo de cintura para arriba; las costillas casi le atravesaban la piel, el ombligo le sobresalía ligeramente, lleno de pelusilla, y tenía una mata de pelo marrón enredada en el pecho. Después de que el investigador se echara agua fría en la cabeza y se mirara en un espejo —la cara hinchada, los ojos sin vida y demás— no podía evitar sentir ganas de suicidarse ahí mismo en el baño. Localizó su maletín, sacó la pistola y la levantó. Sujetándola en la mano sintió el frío pero suave peso de la culata, y cuando estuvo de pie frente al espejo le paralizó el pensamiento de que estaba mirando a los ojos del enemigo, a alguien que no había visto nunca antes. Levantó la pistola a la altura de la nariz y la apretó contra su piel, de manera que acentuaba dos filas de puntos negros, que se asemejaban a unos parásitos. Entonces se puso la pistola en la sien, haciendo que la piel le temblara de la

impresión. Al final se metió la pistola en la boca y apretó fuerte los labios, herméticamente, alrededor del frío acero —ni una aguja hubiera entrado a presión—, lo que provocó una imagen tan graciosa que hasta a él le entraron ganas de reírse. Y cuando lo hizo el reflejo del espejo hizo lo mismo. El cañón, que olía y sabía a pólvora, casi le provoca arcadas. ¿Cuándo la había usado? ¡Pum! La cabeza del niño había salpicado toda la sala como si fuera una sandía, mandando los trocitos de colores en todas direcciones; la materia fragante del cerebro manchó toda la zona, y entonces le vino la imagen desagradable de alguien dando lengüetazos a los sesos como un gato glotón. Unas punzadas de razón se le clavaron en el corazón, nubes oscuras de sospecha bajaron a su cabeza. ¿Quién podía garantizar que no era una farsa, que los brazos no estaban hechos de raíz de loto y melón, o que los brazos del niño los habían preparado de tal modo que parecieran raíz de loto y melón?

Llamaron a la puerta. Ding Gou'er se sacó la pistola de la boca.

El Director de la mina y el Secretario del Partido entraron, sonrientes.

El subsecretario Diamante Jin entró detrás de ellos, apuesto y solemne.

—¿Ha dormido bien, Camarada Ding Gou'er?

—¿Ha dormido bien, Camarada Ding Gou'er?

—¿Ha dormido bien, Camarada Ding Gou'er?

Ding Gou'er se sintió extremadamente extraño, se echó una manta alrededor de los hombros y dijo:

—Alguien me ha robado la ropa.

El subsecretario Jin, en lugar de decir algo, fijó la vista en las cuatro «+» grabadas en la pared, con una mirada seria congelada en la cara. Por fin se rompió el largo silencio gracias a su comentario susurrado.

—De nuevo ha sido él.

—¿Él?, ¿quién? —preguntó ansiosamente Ding Gou'er.

—Un experto, un misterioso ladrón de casas. —Diamante Jin dio un golpecito con el dedo corazón de su mano izquierda a los símbolos grabados en la pared—. Esta es la marca que deja siempre, su huella después de actuar.

Ding Gou'er se acercó para tener mejor visión de los caracteres grabados. Cuando lo hizo sus instintos de detective enseguida le aclararon las ideas, le apartaron los pensamientos nublosos y se volvió a sentir muy seguro de sí mismo. Aunque sus ojos doloridos veían borroso, de repente recuperó su vista de halcón. Las cuatro «+» estaban grabadas en línea recta, ocupaban alrededor de un tercio de la pared y el papel pintado estaba levantado en los

bordes, por lo que se veía el yeso de la pared.

Decidido a estudiar la expresión de la cara de Diamante Jin, descubrió que los ojos de ese atractivo hombre estaban fijos en él, como si estuviera bajo estrecha vigilancia, como si se hubiera topado con un adversario astuto, como si hubiera caído en la trampa del enemigo. Pero la simpatía que emanaba de los ojos bonitos y sonrientes de Diamante Jin se diluía con cautela en la mente precavida del investigador.

—El Camarada Ding Gou'er —dijo Diamante Jin desprendiendo el aliento que te deja un buen licor—, es el experto en esta materia. ¿Qué significan para usted esos cuatro dieces?

Al investigador no le salían las palabras, dado que la mariposa de su consciencia había desaparecido de su cabeza por culpa del alcohol y no había vuelto todavía completamente a su sitio. Por lo que sólo podía mirar aterrorizado la boca de Diamante Jin y la luz que desprendía su diente de oro o de bronce.

»Yo creo —dijo Diamante Jin— que es el símbolo de una pandilla, una pandilla con cuarenta miembros, o con cuatro grupos de diez; en otras palabras, cuarenta ladrones, lo que significa que un Alí Babá puede aparecer en cualquier momento. A lo mejor usted, Camarada Ding Gou'er, asumirá el rol de Alí Babá sin saberlo. Eso sería una bendición para los dos millones de ciudadanos de la Tierra del vino y los licores. —Diamante Jin se despidió de Ding Gou'er con las manos cruzadas delante del pecho e inclinó la cabeza, lo que hizo que el investigador criminal se sintiera más raro que nunca.

Ding Gou'er dijo:

—Mis papeles, mi cartera, mis cigarrillos, mi mechero, mi máquina de afeitar, mi pistola de juguete y mi agenda de teléfonos... Esos cuarenta ladrones me lo han robado todo.

—¡Cómo se atreven a tocarle un pelo al mismísimo y poderoso Júpiter! —dijo Diamante Jin con una risa estridente.

—¡Menos mal que no se han llevado a mi amiga del alma! —dijo Ding Gou'er a la vez que enseñaba su pistola.

—Viejo Ding, en realidad he venido a decirle adiós. Iba a preguntarle que si nos tomábamos una copa de despedida, pero dado lo liado que está en sus obligaciones no le molestaré. Venga a verme a la oficina del Comité del Partido Municipal si hay algo que pueda hacer por usted. —Diamante Jin extendió la mano.

Todavía aturdido, Ding Gou'er sin querer, le dio la mano a uno de los otros dos hombres y todavía aturdido la soltó; entonces vio cómo Diamante Jin desaparecía de la habitación escoltado por el Secretario del Partido y el Director de la mina. Le subió una arcada por el estómago, lo que le provocó unos dolores punzantes en el pecho. Seguía teniendo resaca. No había otra cosa más evidente. Después de meter la cabeza debajo del grifo y dejar que corriera agua fría sobre su nuca durante diez minutos, bebió un vaso de té

frío. Cogió aire profundamente unas cuantas veces y cerró los ojos, relajando el diafragma y apartando de su mente todo tipo de ideas egoístas y consideraciones personales. Entonces sus ojos se abrieron y sus pensamientos volvieron a ser nítidos y elocuentes, como un hacha con la cuchilla afilada, lista para cortar a hachazos las vides y los pastos que ciegan sus ojos y le nublan la visión; en ese momento le vino un nuevo pensamiento, como si inundara la pantalla de su mente: ¡La Tierra del vino y los licores es el hogar de una pandilla de monstruos caníbales, y todo lo que pasó en la comida era parte de una artimaña!

Después de secarse la cabeza y la cara, ponerse los calcetines, los zapatos, y abrocharse el cinturón, apartó la pistola, se colocó el sombrero en la cabeza, se cubrió los hombros con su camisa azul de cuadros —la que el niño de piel escamosa había tirado a la alfombra y que había absorbido su vómito— y se fue dando zancadas bien confiado hasta la puerta marrón oscuro; la abrió con un movimiento brusco, atravesó el pasillo en busca de un ascensor o de unas escaleras. Una amable trabajadora vestida de color crema que estaba sentada en el mostrador de información le dijo cómo encontrar la salida de este laberinto.

Afuera le acogió un clima variado: unas nubes rodaban sobre un cielo salpicado con la luz del sol. Era mediodía y las sombras gigantes de esas nubes se movían en el suelo, como dorados rayos de sol que se proyectan en hojas amarillas. La nariz de Ding Gou'er le empezó a picar y siete estornudos salieron disparados en cadena; el investigador estaba doblado como un langostino deshidratado, con los ojos acuosos del esfuerzo. Después de recomponerse tras correr el velo brumoso que cubría sus ojos, vio el enorme tambor negro sobre el torno rojo en la entrada de la mina, que seguía tirando arriba y abajo de un cable gris plateado. Todo estaba tal y como lo había dejado cuando entró: girasoles dorados cubrían la tierra; montones de madera desprendían un aroma delicado, a la vez que propagaban el aura de un bosque primaveral. Un vagón minero cargaba trozos de carbón y recorría caminos estrechos entre montañas altísimas de carbón. El vagón tenía un pequeño motor atado con un cable largo envuelto en goma. La conductora era una chica embadurnada en carbón con hileras de dientes blancos brillantes como perlas. Estaba de pie en la parte trasera del vagón, con un porte majestuoso y glorioso, como un guerrero predispuesto a luchar. Cada vez que el vagón llegaba al final de la vía daba un frenazo, entonces, le daba la vuelta para volcar el carbón deslumbrante, como una cascada que emite un sonoro *schhh*. A lo lejos vio lo que parecía el viejo galgo de la garita de la mina. El perro se acercó vigoroso hacia Ding Gou'er y ladró frenéticamente durante unos segundos, como si su odio más profundo lo proyectara en él.

El animal se alejó dejando a Ding Gou'er ahí de pie, desolado. «Si pienso las cosas de manera objetiva, estaba reflexionando, tengo que admitir que soy un caso perdido y que doy pena. ¿De dónde vengo? Vengo de la capital del condado. ¿Qué he venido a hacer? He venido a investigar un caso muy importante». En una mota de polvo en alguna parte del universo, entre una vasta marea de personas, se encontraba un investigador criminal llamado Ding Gou'er; ahora tiene la mente confusa, ha perdido el deseo de mejorar, tiene la moral baja, está solo y desanimado y ha perdido de vista su objetivo. Así que, dado que no tenía nada que ganar y nada que perder, se dirigió hacia los vehículos que estaban en la zona de carga y descarga del carbón.

Si no hay coincidencias no puede ser una novela; unos repentinos gritos llenaron el

aire:

—¡Ding Gou'er! ¡Ding Gou'er! Tú, hijo de tu madre ¿qué haces por aquí?

Ding Gou'er se giró para ver de dónde venían los gritos. Una mata de pelo negro y fosco saltó a su vista, y a continuación se fijó en la cara animada y alegre. Una mujer estaba de pie junto a un camión, sujetaba un par de guantes blancos mugrientos en las manos, y parecía un burrito bajo la luz del sol.

—¡Ven aquí, hijo de tu madre! —La mujer agitó los guantes en el aire como si fueran una varita mágica atrapa almas, lo que arrastró al investigador hacia ella. Sí, Ding Gou'er, que estaba sumido en un «síndrome de depresión», se sintió arrastrado inexorablemente hacia ella.

—¡Así que eres tú, la señorita de la tierra árida! —dijo Ding Gou'er, jugando un poco a ser un gamberro. Mientras estaba de pie frente a ella sintió una gran alegría, como un barco que va a llegar a puerto o un niño cuando ve a su madre después de un día largo sin ella.

—¡Don Fertilizante! —dijo con una gran sonrisa—. ¡Sigues aquí por lo que veo, hijo de tu madre!

—Estaba pensando en irme justo ahora.

—¿Quieres que te vuelva a llevar en mi camión?

—Claro.

—Bueno, no es tan fácil.

—Te doy un cartón de Marlboro.

—Dos cartones.

—Vale, dos cartones.

—Espera aquí un momento.

Otro camión que estaba enfrente de ellos se alejó y soltó una bocanada de humo negro nada más arrancar. Los neumáticos además levantaron una lluvia de polvo de carbón en el aire.

—Espera a un lado —gritó mientras se subía de un salto en la cabina de su camión, agarraba el volante y con brusquedad arrancaba. Avanzó unos metros y paró justo debajo del lugar donde terminaban las vías.

—¡Eh, guapa, eres un bombón! —la piropeó en voz alta un hombre joven que llevaba

unas gafas de sol oscuras.

—No vas a hacer que un toro sea más grande si le soplas por los genitales, aunque empujes un tren no vas a conseguir que ande, no puedes construir el Monte Tai con unas cuantas rocas y algo de nieve —dijo la mujer.

La mujer se bajó de la cabina de inmediato. Ding Gou'er sonreía burlonamente.

—¿De qué te ríes? —le preguntó.

El tren hizo mucho ruido y empezó a flotar como una gran tortuga negra. De vez en cuando saltaban chispas dado que las ruedas de acero rozaban las vías de hierro. El cable negro de goma se enrollaba y se extendía, siguiendo los pasos del tranvía, alegre como una serpiente. Una determinación de acero inundó los ojos de la conductora que estaba en el vagón minero en la parte trasera del tren. La mujer apretaba la mandíbula, infundiéndole en el observador un sentimiento de respeto cercano al miedo. El tren aceleró precipitadamente, como un tigre salvaje que baja en busca de su presa por la montaña. Ding Gou'er tenía miedo de que se chocara contra el camión y lo redujera a una montaña de metal retorcido. Pero los hechos probaron que sus miedos eran infundados, dado que la capacidad de cálculo de la mujer era infalible; reaccionaba de manera muy rápida y sus funciones mentales eran tan impecables como un ordenador. En el último segundo, pisó él freno, volcó el vagón lleno de carbón y con un *ssshh* mandó el carbón, que era negro brillante, al fondo del camión de la señorita de la tierra árida como si fuera una cascada; sin derramar nada, no quedaba nada en el vagón del tren. Con el olor del carbón subiendo e inundando la nariz, el humor de Ding Gou'er se relajó más todavía y se puso más contento.

—¿Tienes un cigarro, amiga? —le acercó la mano a la señorita de la tierra árida—. ¿Qué me dices de darme uno?

Ella le dio un cigarrillo y se puso otro en la boca. En mitad de ese velo brumoso de humo ella preguntó:

—¿Qué te ha pasado? ¿Te han robado?

Ding Gou'er estaba demasiado ocupado mirando un par de mulas como para contestar.

Los dos observaron cómo un carro tirado por dos mulas se dirigía hacia ellos por la carretera de la mina, que tenía mezclada arenilla, grava, trozos rotos de losa y madera podrida; a medida que se acercaba vieron al conductor que, haciendo una exhibición de poder y arrogancia, cogió las riendas con la mano izquierda e hizo avanzar a las mulas gracias al látigo que llevaba en la mano derecha. Eran unas mulas negras preciosas. La más grande de las dos parecía ciega y estaba atada a un yugo; la mula más pequeña, no sólo veía, sino que tenía un par de ojos feroces del tamaño de unos cascabeles de bronce, y tiraba enérgica de su arnés. *Ao, ao, ao – wu, la, la – arre, arre, arre*. El látigo se retorció y crujió en el aire, obligando a la pequeña mula negra y valiente a que se tambaleara. Y a medida que el carro

daba tumbos entre latigazos y chirridos, sucedió un desastre: la mula pequeña se tropezó y se cayó al suelo lleno de hierbajos y semillas, como si lo que se derrumbara fuera un muro negro lleno de grasa. La punta del látigo del conductor aterrizó en la grupa del animal; la mula forcejeó como pudo para levantarse, temblando sin control y tambaleándose de un lado a otro, con rebuznos lastimosos, conmoviendo los corazones de todo el que los oyese. El conductor, petrificado momentáneamente del miedo, tiró el látigo al suelo, se bajó de un salto del carro y se arrodilló enfrente de la mula. Se acercó a ella y le levantó una de las pezuñas descoloridas —verde, rojo, blanco y negro, todo junto— que se había quedado atrancada entre dos losas de piedra. Ding Gou'er le cogió la mano a la conductora del camión y dio unos cuantos pasos hasta la escena del altercado.

Meciendo la pezuña infectada de la mula en sus manos, el conductor de cara cetrina lloraba desconsolado.

La mula mayor agachaba la cabeza en silencio dentro de su yugo, como una persona en un velatorio.

La pequeña mula herida se apoyaba sobre tres patas, la cuarta, la pata trasera y lisiada, daba golpes contra un trozo de madera podrida que estaba en el suelo, como un mazo dando golpes en un tambor, pero con la diferencia de que un hilito de sangre oscura fluía y manchaba la madera y la teñía de color rojo.

Ding Gou'er, al que se le había acelerado el pulso, se dio la vuelta para alejarse, pero la señorita de la tierra árida parecía anclada a su muñeca; no se iban a ir a ninguna parte.

Todo el mundo en los alrededores tenía una opinión: a algunos les daba lástima la pequeña mula, a otros les daba pena el conductor; algunos culpaban al conductor, otros le echaban la culpa a la carretera que tenía desniveles y estaba llena de baches. Como un grupo de cuervos discutiendo.

—¡Abrid paso, abrid paso!

Aturdidos por la interrupción, la multitud, desconcertada, se apartó para dejar acercarse a dos personas bajitas y delgadas que parecían salir de la nada. Cuando se acercaron un poco más se pudo ver que eran dos mujeres con la cara blanca y fantasmagórica, como dos repollos. Llevaban puestos unos uniformes blancos limpiísimos y gorras a juego. Una llevaba una cesta de bambú pulida y la otra, una de mimbre. Parecían dos ángeles.

—¡Las veterinarias están aquí!

—Las veterinarias están aquí, las veterinarias están aquí, deja de llorar, amigo, las veterinarias están aquí. Dales la pezuña de la mula, corre. Ellas se la colocarán.

Las mujeres de blanco se apresuraron a decir:

—¡No somos veterinarias! Somos las cocineras de la casa de huéspedes.

Mañana vienen oficiales municipales para ver la mina, y el Director de la mina nos ha mandado tratarles como si fueran de la realeza. Pero sólo tenemos pollo y pescado, nada especial. Y cuando nos estábamos poniendo malas de la preocupación hemos oído que una mula ha perdido una pezuña.

—Pezuña de mula estofada, pezuña de mula en caldo de pollo.

—Conductor, vamos, véndales la pezuña de la mula.

—No, no puedo venderla... —El conductor abrazó la pezuña con fuerza, con una gran tristeza y desesperación en su cara, como si estuviera abrazando la mano amputada de un ser querido.

—¿Has perdido el juicio, tarado? —dijo una de las mujeres de blanco enfadada—. ¿Cómo piensas colocársela? ¿De dónde vas a sacar el dinero? Dudo que alguien pudiera hacérselo a una persona hoy día y este animal es tan sólo es una bestia de carga.

—Te pagaremos mucho dinero.

—No vas a encontrar una oferta como esta en el pueblo de al lado.

—¿Cuánto, em, cuánto me daríais?

—Treinta *yuanes* por cada una. Es un buen precio ¿no dirás que no?

—¿Sólo queréis las pezuñas?

—Sólo las pezuñas. Te puedes quedar el resto.

—¿Las cuatro?

—Las cuatro.

—Sigue viva, sabéis...

—¿Qué valor tiene si le falta una pezuña?

—Pero sigue viva...

—*Bla, bla, bla* ¿tenemos un trato o no?

—Sí...

—¡Aquí tienes el dinero! Cuéntalo.

—¡Sácala del yugo, rápido!

Con el dinero de las cuatro pezuñas en la mano, el conductor le dio la pezuña amputada a una de las mujeres de blanco, temblando de manera perceptible. La colocó con cautela en la cesta de bambú. La otra mujer cogió un cuchillo y un hacha de su cesta de mimbre de la que sobresalió una sierra para cortar hueso; se puso de pie y con un tono de voz muy elevado presionó al joven conductor para que soltara a la pequeña mula negra del yugo. Él caminó patizambo, se dobló por la cintura, y con los dedos temblorosos liberó a la pequeña mula del arnés. A cámara lenta, como cuando cuentas una historia con miles de detalles. Pero en la vida real lo que pasó a continuación fue en cuestión de segundos. La mujer de blanco levantó el hacha, apuntó a la frente de la mula y se balanceó con todas sus fuerzas, hundiendo la cuchilla del hacha tan hondo en la cabeza del animal que no podía sacarla, no importaba lo mucho que lo intentara. Y mientras trataba de sacar el hacha a la pequeña mula negra le fallaron las patas, lo que hizo que el animal se cayera al suelo, donde se quedó tirado apenas con vida en mitad de la carretera llena de baches y desniveles.

Ding Gou'er suspiró profundamente.

Todavía quedaba un aliento de vida en la mula pequeña, como probaron los ligeros sonidos de su respiración; unos leves hilos de sangre se deslizaron por su frente en los lados donde se hundió el hacha, empapando sus pestañas, hocico y labios.

Una vez más la mujer que había clavado el hacha en la frente de la mula cogió un cuchillo, se subió sobre el cuerpo de la mula, agarró una pezuña —una pezuña negra azabache en una mano blanca azucena— e hizo un corte rápidamente en la curva, donde la pezuña se une a la pata; entonces hizo otro corte, y haciendo un poco de presión con su mano blanca azucena, la pezuña y la pata de la mula se separaron la una de la otra, unidas tan sólo por un tendón blanquecino. Tras un corte final la pezuña y la pata se separaron de una vez por todas. La mano blanca azucena se elevó en el aire y la pezuña de la mula fue a parar a la mano de la otra mujer de blanco.

Llevó tan sólo unos segundos amputar las tres pezuñas; durante ese tiempo los espectadores estaban asombrados de la habilidad de la mujer; nadie habló, nadie tosió, nadie se tiró un pedo. ¿Quién se hubiese atrevido a tomarse tales libertades en presencia de esta guerrera?

Las palmas de las manos de Ding Gou'er estaban sudando. Sólo podía pensar en el cuento taoísta sobre las maravillosas habilidades del carnicero de bueyes Chef Ding.

La mujer de blanco movió el hacha hasta que al final fue capaz de sacarla de la cabeza de la pequeña mula negra, que finalmente, dio el último aliento: con la panza hacia arriba, las patas tías y estiradas en cuatro direcciones, como el cañón de una ametralladora.

El camión se alejó de la sinuosa carretera llena de baches de la mina de carbón que enseguida quedó atrás; los montones altísimos de arenilla y la maquinaria, ahora espectral, de la mina habían desaparecido con la niebla densa que tienen detrás de ellos; el ladrido del perro guardián, el ruido sordo del tranvía y los estruendos de las explosiones subterráneas ya no se oían. Pero las cuatro patas de la mula seguían flotando delante de los ojos de Ding

Gou'er, que seguía nervioso. El estado de ánimo de la conductora del camión también se vio afectado por la imagen de la pequeña mula. La mujer no paró de soltar feroces insultos cada vez que avanzaban un kilómetro de esa carretera llena de baches. Luego, una vez que entraron en la autopista que llevaba a la ciudad, aceleró mucho el camión, abrió la tapa de ventilación y pisó el acelerador hasta que el motor rugió de la tensión. Como una bala. Los árboles de la carretera se doblaron a su paso como si los talara un hacha gigante; el suelo era un tablero de ajedrez en movimiento y la flecha del indicador de velocidad marcaba ochenta kilómetros. El viento silbaba, las ruedas giraban vertiginosamente.

Cada pocos minutos, el tubo de escape, agotado, expulsaba una nube de humo. Ding Gou'er observaba a la mujer por el rabillo del ojo con tal admiración que poco a poco se fue olvidando de las patas de la mula estiradas hacia el cielo.

No mucho antes de llegar a la ciudad, el vaho procedente del radiador sobrecalentado empañó el parabrisas. La señorita de la tierra árida había convertido el radiador en una caldera. En mitad de un arrebato de terribles insultos paró el camión a un lado de la carretera. Ding Gou'er la siguió y salió de la cabina, con las ganas momentáneas de decirle «mira que te lo advertí». Observó cómo levantaba el capó para que se enfriara con la brisa. El calor casi le tira al suelo; lo que quedaba del agua en el radiador silbaba y borboteaba. Mientras desenroscaba el tapón del radiador con el guante, el investigador se dio cuenta de que su cara era radiante como una puesta de sol.

La mujer sacó un cubo de metal de debajo del camión.

—¡Vamos! —le ordenó enfadada—. ¡Tráeme agua!

Sin atreverse y sin querer desobedecerla, Ding Gou'er cogió el cubo y, haciendo el tonto, dijo:

—No te irás sin mí mientras voy a por agua ¿no? Cuando se rescata a alguien tienes que hacerlo hasta el final. Cuando llevas a alguien a casa, le tienes que ver entrar por la puerta.

—¿Entiendes de Lógica? —le dijo enfadada—. Si pudiera seguir conduciendo ¿por qué me iba a haber parado? Además, tienes mi cubo.

Ding Gou'er hizo una mueca, pensando que un poco de humor podía hacer reír a la mujer, pero parecía que a esta bruja nada le causaba efecto. Sin embargo siguió haciendo la mueca de todas maneras, a pesar de saber que no daría resultado.

—No hagas el tonto —gruñó, arrugando la nariz y mirándole con odio—. Ahora vete a por algo de agua.

—¿Aquí en el medio de la nada? ¿Dónde se supone que voy a encontrar agua?

—Si lo supiera ¿te mandaría a ti ir a buscarla?

De mala gana, Ding Gou'er cogió el cubo y, abriéndose paso entre los arbustos de la carretera, caminó por la cuneta completamente seca y llana y se encontró a sí mismo en mitad de un terreno de cultivo con mucha flora. No era uno de esos campos a los que estaba acostumbrado, desierto, que te permite ver en todas direcciones, como un vasto páramo. Por fin consiguió llegar a las afueras del centro urbano y pudo vislumbrar a lo lejos hasta dónde llegaban las ramificaciones de la ciudad: veía que había un triste edificio de varios pisos y una chimenea que echaba humo y que diseccionaba el campo. Ding Gou'er estaba ahí de pie sintiéndose inevitablemente triste. Después de un momento de reflexión levantó la mirada a la puesta de sol y a las nubes rojas en el horizonte occidental. Enseguida desapareció su melancolía. El investigador se dio la vuelta y se dirigió hacia el edificio más cercano, que tenía un aspecto muy extraño.

«Dirígete a las montañas y haz lo que tienes que hacer». Ningún otro dicho podía ser más oportuno. Bañado en el rojo sanguinolento del atardecer, el edificio parecía estar muy cerca, pero para un hombre a pie en realidad estaba muy lejos. Seguían apareciendo de repente terrenos de cultivos entre él y el edificio, como si cayeran del cielo, reprimiendo que caminara en línea recta hasta donde yacía su felicidad. Una sorpresa más grande le aguardaba en el maizal en el que sólo quedaban unos cuantos tallos secos.

Con la puesta de sol el cielo se volvió de un color vino tinto. Los tallos de maíz se erigían como centinelas sigilosos. Aunque Ding Gou'er se apartó para caminar por un lado del terreno arado, inevitablemente rozó los tallos de maíz sedosos, que crujían al pasar. De repente, una sombra corpulenta se cruzó en su camino, como si hubiera brotado de la tierra, provocándole tanto miedo al investigador, a ese hombre de renombrada fama y coraje, que le tembló todo el cuerpo y se le puso el pelo de punta. Instintivamente levantó el cubo de metal, estaba listo para lanzarse a golpes. Pero el monstruo dio un paso atrás y dijo con una voz amortiguada:

—¿Es esa tu gran idea? ¿Tratar de golpearme?

Una vez que el investigador recuperó la compostura, descubrió que había un hombre muy alto y muy viejo en su camino. La luz de las estrellas se proyectaba en el manto de la noche, cada vez más cerrada, e iluminaba la barbilla sin afeitar y el pelo alborotado, como un nido de ratas, de ese hombre; dos ojos de un verde intenso se difuminaban en el contorno borroso de su cara. Percibió que ese hombre de grandes huesos, vestido con harapos, debía de ser un hombre decente, trabajador, cumplidor, valiente y con una vida austera. Su respiración entrecortada era grave y se mezclaba con una tos metálica.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó Ding Gou'er.

—Cazar grillos —contestó el anciano, levantando una vasija de arcilla para demostrárselo.

—¿Cazar grillos?

—Cazar grillos —dijo el anciano.

Unos grillos saltaban dentro de su vasija, dándose golpetazos con las paredes de arcilla —*pi, pi, pa, pa*— a la vez que el anciano permanecía de pie en silencio y sus ojos verdes furtivos parecían un par de luciérnagas exhaustas.

—¿Caza grillos? —preguntó Ding Gou'er—. ¿La gente de por aquí se divierte con las peleas de grillos?

—No, la gente de aquí se divierte comiendo grillos como tentempié —dijo, arrastrando las sílabas a la vez que se giraba, daba un par de pasos y se arrodillaba en el suelo. Las hojas de los tallos de maíz crujieron, luego se posaron sobre su cabeza y sus hombros, transformándole en una montaña de hierbajos. La luz de las estrellas era cada vez más brillante, una brisa fresca iba de un lado a otro sin dejar rastro y creando una atmósfera de profundo misterio. Los hombros de Ding Gou'er estaban rígidos como si un escalofrío le parara el corazón. Unas luciérnagas revoloteaban en el aire como ilusiones ópticas. Y entonces, los gritos sombríos de los grillos emergieron alrededor de él; parecía que había grillos en todas partes. Ding Gou'er cambió la mirada cuando el anciano encendió una linterna pequeña, que emitió un destello de una luz dorada en la base del tallo de maíz e iluminó a un grillo gordo y precioso: su cuerpo era de un rojo brillante, la cabeza cuadrada con unos ojos saltones, las patas gruesas y el abdomen protuberante, la respiración entrecortada y colocado de forma que parecía que fuera a saltar en cualquier segundo. El anciano extendió la mano y lo cazó con una red pequeña. De ahí lo metió a la vasija de arcilla. Y un poco después lo metió en un cuenco lleno de aceite hirviendo; y finalmente de ahí a su estómago.

El investigador recordó vagamente un artículo que había leído en *Alta cocina* en el que publicaban una lista con todos los valores nutritivos de los grillos y con todas las formas en las que se pueden preparar.

El anciano se echó hacia delante y se arrastró por el suelo. Ding Gou'er se coló por el maizal y se dirigió rápidamente hacia la luz que tenía delante.

Era una noche extraordinariamente atractiva y vivida en la que la exploración y el descubrimiento iban de la mano; el estudio y el trabajo, hombro con hombro; el amor y la revolución se fundían en uno, la luz de las estrellas del cielo y la luz de la lámpara se hacían eco la una a la otra desde lejos para iluminar los rincones más oscuros. La luz de una lámpara de vapor de mercurio iluminó un cartel rectangular con tanta potencia que le deslumbró los ojos. Con el cubo de metal en la mano Ding Gou'er entrecerró los ojos para leer los caracteres negros y grandes que estaban en la valla publicitaria, con una caligrafía al estilo de la dinastía Song:

«Instituto de cultivación de alimentos especiales».

Era un instituto relativamente pequeño. Mientras una maraña de pensamientos corría por su mente, Ding Gou'er evaluó los edificios, pequeños pero bonitos, y las habitaciones, grandes y luminosas. Un portero joven vestido con un uniforme marrón, un sombrero de ala ancha y una pistolera en la cadera apareció de detrás de la puerta y dio un grito, quedándose

casi sin aliento.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué se cree que hace caminando por aquí? ¿No tendrá en mente robar, no?

Al ver la pistola de gas lacrimógeno en la funda que tenía el joven en la cadera y la picana eléctrica que sacudía con arrogancia, Ding Gou'er trató de contener su furia.

—Cuidado con lo que dices, chaval —dijo Ding Gou'er.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —gritó el joven a la vez que se acercaba al investigador.

—¡Te he dicho que vigiles esa lengua! —Ding Gou'er era un experto en la seguridad pública y en el sistema judicial, y solía hacerlo a su manera. El hecho de que el chico la gritara hizo que le picaran las palmas de las manos, le irritó y le cambió el estado de ánimo.

—¡Perro guardián! —le bufó a la cara.

El «perro guardián» soltó un grito, saltó unos veinte centímetros en el aire y gruñó:

—Cabrón, ¿con quién cojones te crees que estás hablando? ¡Eres hombre muerto! Sacó la pistola de gas lacrimógeno y apuntó a Ding Gou'er.

Con una risa burlona, Ding dijo:

—Cuidado no te vayas a disparar a ti mismo con eso. Si vas a disparar a alguien con gas lacrimógeno será mejor que te pongas con el viento en contra.

—Vaya, ¿quién hubiese adivinado que un cabrón como tú podía ser todo un experto en el tema?

—¡Es que uso armas de gas lacrimógeno como esa para limpiarme el culo! —dijo Ding Gou'er.

—¡Gilipollecés!

—¡Ahí vienen tus jefes! —dijo Ding Gou'er, frunciendo la boca y señalando detrás del joven.

Cuando el portero se giró para mirar, Ding Gou'er movió el cubo de metal con indiferencia y le quitó de las manos la pistola de gas lacrimógeno al chico. Entonces con una rápida patada le quitó la picana eléctrica, que también salió disparada de su mano.

El portero pensó en recuperar su arma, pero Ding levantó el cubo y dijo:

—Hazlo y acabarás tirado en el suelo como un perro agonizando en un montón de

mierda.

Visto que había conocido a alguien que estaba a su altura, el portero se alejó, luego cambió de dirección y corrió hacia el pequeño edificio. Ding Gou'er atravesó la puerta con grandes zancadas y con una sonrisa de oreja a oreja.

Una pandilla de hombres, vestidos exactamente igual que el portero, salieron corriendo del edificio. Uno de ellos tenía un silbato de metal grande en la boca. *Pi, pi, pi*, sopló con todas sus fuerzas.

—Es ese el tipo... dale una paliza al hijo puta ese. —Una docena aproximadamente de picanas eléctricas se agitaron en el aire. Como una manada de perros alocados rodearon a Ding Gou'er.

Él se llevó la mano a la cintura. *Ups*, la pistola estaba en el maletín, que se había dejado en el camión en mitad de la carretera.

Uno de los hombres, con un brazalete rojo alrededor del brazo —probablemente un comandante o algo parecido— apuntó a Ding Gou'er con la picana eléctrica y le preguntó de manera agresiva:

—¿Qué demonios quieres?

—Soy el conductor de un camión —respondió Ding Gou'er, levantando su cubo metálico para demostrarlo.

—¿Un conductor? —el comandante le preguntó con desconfianza—. Entonces ¿qué haces aquí?

—Busco agua. Se me ha sobrecalentado el radiador.

La tensión se aflojó de manera notable; unas cuantas picanas eléctricas dejaron de amenazarle.

—No es un camionero —gritó el portero humillado—. Este tipo sabe usar los puños y las piernas.

—Lo único que prueba eso es que eres un novato —dijo Ding Gou'er.

—¿Para quién conduces? —el comandante continuó con su interrogatorio.

Ding Gou'er se acordó del cartel de la puerta del camión:

—Para la Universidad de Destilación —contestó sin que se le acelerara el pulso.

—¿A dónde ibas?

—A la mina.

—¿Tus papeles?

—En el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Dónde está tu chaqueta?

—En el camión.

—¿Dónde está el camión?

—En la autopista.

—¿Quién más está en el camión?

—Una mujer muy guapa.

El comandante soltó una risita.

—Las conductoras de la Universidad de Destilación siempre son unas estúpidas cachondas.

—¡Estúpidas cachondas, usted lo ha dicho!

—Venga, ¡muévete! —dijo el comandante—. Tenemos agua dentro, así que ¿a qué estás esperando?

Cuando Ding Gou'er les siguió dentro del edificio, escuchó a sus espaldas cómo el comandante regañaba al portero:

—Tú, mira que eres incompetente e imbécil. ¿No eres capaz ni de encargarte de un conductor de un camión normal y corriente? Si alguna vez aparecen los cuarenta ladrones probablemente te roben tus propias pelotas.

Las luces cegadoras del interior del edificio hicieron que Ding Gou'er se mareara. Sus pies se hundieron en los suaves pliegues de la alfombra escarlata de lana de cordero del edificio; de la pared colgaban fotografías coloridas, de todo tipo de productos de granja: maíz, arroz, mijo, sorgo, además de otros que no había visto antes. Ding Gou'er supuso que eran cereales híbridos que los agro-científicos del instituto se habían tomado la molestia de cultivar. El comandante le señaló el baño a Ding Gou'er y le dijo que podía rellenar el cubo con el agua del grifo que usaban para lavar los trapos. Ding Gou'er le dio las gracias, luego vio cómo él y sus tropas entraban en una pequeña habitación, de la que salió un humo espeso y acre en cuanto se abrió la puerta. Seguramente estuvieran jugando al póquer o al *mahjong*, concluyó, aunque podían estar simplemente estudiando la última directiva del Gobierno Central. Sonrió, pero sólo durante un momento, justo antes de coger el cubo y proceder de

manera cauta en el baño, fijándose en los carteles de las puertas de madera por las que pasaba: Departamento Técnico, Departamento de Producción, Departamento de Contabilidad, Departamento Financiero, Sala de Expedientes, Sala de Consulta, Laboratorio, Sala de Vídeo. La puerta de la Sala de Proyecciones estaba entreabierta; había gente trabajando dentro.

Con el cubo en la mano, se asomó y vio a un hombre y a una mujer que estaban viendo una cinta de vídeo. Las imágenes de la gran pantalla de la televisión le impresionaron: en la pantalla, en una antigua caligrafía oficial, estaban las siguientes palabras:

«Un raro manjar: cabezas de pollo rellenas de arroz».

La banda sonora era de la seductora melodía cantonesa «Las nubes persiguen a la luna». Al principio no estaba interesado en el vídeo, pero enseguida empezó a atraerle con fuerza. Las imágenes cinemáticas eran asombrosas. Se veía una cadena de producción de pollos, a los que les cortaban la cabeza, una tras otra, a medida que la música crecía. El comentarista decía:

«Los numerosos miembros responsables del Instituto de Cultivo de Comida Especial, con el apoyo de... han puesto todo su esfuerzo y conocimiento de las masas y, de acuerdo a “cuando ataques una fortaleza no muestres miedo”, luchan sin pausa, día y noche». Un grupo de individuos escuálidos y de cabezas enormes con uniformes blancos estaba haciendo experimentos con varios tubos de ensayo. Otro grupo de individuos —unas chicas encantadoras con el pelo recogido bajo sus gorras que llevaban puestos unos delantales blancos de grandes dimensiones— estaba recogiendo los granos de arroz con unas pinzas y los metían en las cabezas decapitadas de los pollos. Otro grupo de mujeres, vestidas exactamente igual que el grupo anterior, e igual de guapas, enterraron las cabezas de pollo rellenas de arroz en unas macetas de color rojo fuego. Entonces la escena cambió y los brotes de arroz de repente habían crecido en las macetas. Docenas de aspersores mantenían los brotes de arroz bien regados. La escena volvió a cambiar y ahora los brotes de arroz tenían flores. Y de repente cambió a la última escena, en la que había varios cuencos con perlas de arroz humeantes, brillantes, húmedas y de color rojo por la sangre sobre una imponente mesa con adornos de flores. Unos cuantos dignatarios —algunos guapos, algunos exuberantes, algunos altos y fuertes— estaban sentados alrededor de la mesa saboreando este raro manjar, con sonrisas de satisfacción en la cara. Con un suspiro, Ding Gou'er se dio cuenta de lo pobre que era su conocimiento, como una rana que está en el fondo de un pozo. El hombre y la mujer que estaban en la habitación empezaron a hablar incluso antes de que terminara el vídeo y Ding Gou'er, que no quería montar un numerito, cogió el cubo y se fue. Unos segundos después, mientras salía por la puerta, cayó bajo la mirada fulminante del portero; podía sentir los ojos del joven clavarse en su espalda. En el camino de vuelta al maizal las hojas secas se le metieron en los ojos y le hicieron llorar. El anciano caza grillos no estaba en ninguna parte. Todavía estaba lejos del camión cuando oyó a la camionera decir:

—¿Dónde cojones has ido a por agua, al río Amarillo o al Yangtsé?

El investigador dejó el cubo de agua en el suelo y contrajo sus agotados músculos.

—La he sacado del río de tu maldita madre Yarlung Zangbou.

—Joder, creía que te habías caído en el río y te habías ahogado.

—No sólo no me he ahogado sino que he visto uno de los vídeos de tu maldita madre.

—¿Sus vídeos de kung-fu o las pelis porno?

—Ni los malditos vídeos de kung-fu ni ninguna peli porno. Era sobre un extraño manjar, cabeza de pollo rellena de arroz.

—¿Qué tiene de raro una cabeza de pollo rellena de arroz y a qué cojones viene eso de mi maldita madre?

—Si no fuera por lo de tu maldita madre hubiese tenido que buscar otra forma para callarte tu maldita boca.

Ding Gou'er agarró a la camionera por la cintura, la envolvió fuerte con los brazos y fundió su boca con la suya, que era una amalgama de sabores.



Estimado Mo Yan

Su carta ha llegado a salvo.

Sigo sin saber nada de *Literatura para los ciudadanos*. Me estoy poniendo nervioso, y ojalá usted pudiera darles un toque a los editores, Zhou Bao y Li Xiaobao, una vez más, para instarles a ponerse en contacto conmigo.

Anoche escribí otro relato, al que he titulado «La Avenida del burro». Para esta historia he usado técnicas creativas del género de las artes marciales, y le ruego que la lea con su habitual objetividad y el mismo grado de exigencia. Tiene mi permiso para mandarla a la revista si lo considera oportuno.

Le mando el material de investigación sobre los licores que me pidió. Y en cuanto a las treinta botellas del buen vino, se las mandaré con el siguiente autobús a Beijing. Que un maestro beba el vino de su discípulo es natural. Recordará que Confucio le pedía diez brochetas de carne ahumada a cada uno de sus discípulos como «recompensa» por la clase que había dado.

El no saber nada de *Literatura para los ciudadanos* me ha desanimado mucho, es como si mi alma se hubiera dado a la fuga. Dado que usted ha experimentado lo mismo debe de entender cómo me siento.

¡Deseándole respetuosamente una feliz escritura!

Su discípulo,

Li Yidou



Hermano Yidou,

Hermano Yidou,

He recibido la carta y el manuscrito. El material de investigación sobre los licores no ha llegado todavía, pero ya sabemos que este tipo de documentos publicados suelen tardar más.

La verdad es que entiendo cómo te sientes, ya que yo he pasado por lo mismo. Para ser te sincero yo también hice o consideré hacer cualquier cosa con tal de ver uno de mis manuscritos publicados. En cuanto he recibido tu carta he llamado a Zhou Bao, y me ha dicho que se ha leído tus historias varias veces. Dice que sigue sin decidirse y que simplemente no sabe qué decir. Lo último que me comentó fue que aunque había partes de las tres historias que le daban problemas, insistió en que el talento del autor era incuestionable. Eso te debería hacer sentir mejor. Para un escritor el talento lo es todo. Muchas personas que tienen una vasta carrera narrativa producen muchas obras porque saben exactamente lo que se necesita para conseguir un éxito de ventas. Pero nunca serán buenos escritores porque les falta una cosa: talento, o la cantidad suficiente de talento.

Me he leído «La Avenida del burro» tres veces y mi opinión en líneas generales es que es una historia desenfrenada, atrevida. Me recuerda ligeramente a la imagen de un burro salvaje dando vueltas por el suelo y dando patadas en el aire. En una palabra, la defino como «salvaje». No se te ocurriría escribirla después de beber unas copas de «Semental de crin roja», ¿no?

Hay unos puntos que no he entendido, por lo que aquí van unos cuantos comentarios fugaces:

1. ¿Ese niño de piel escamosa de la historia que monta en el pequeño burro negro, que puede volar sobre los tejados y que se sube por las paredes como si sus pies estuvieran sobre suelo firme, es un héroe caballeresco o un ladrón? Ya ha hecho sus apariciones en «Carne de niño» y en «Niño prodigio» (es la misma persona ¿no?), y siempre como un mero mortal, por lo que parece a primera vista. Ahora, en esta historia se ha vuelto una especie de *superman*, mitad genio mitad duende, lo que puede que sea demasiado ¿no crees? Por supuesto que nunca has dicho que estas historias formaran una serie, pero también me entra la duda de tu confusa relación con el pequeño demonio de rojo y este niño. En «Niño prodigio», si no me

equivoco, dijiste que el pequeño demonio era de hecho esa criatura de piel con escamas, ¿no?

Nunca me he atrevido a menospreciar las novelas de kung-fu. Su habilidad para atraer a muchos lectores basta para hacerlas respetables. He leído unas cuantas el año pasado en las vacaciones de verano y me atraparon tanto que casi se me olvida comer y dormir. Pero cuando las terminaba me dejaban perplejo. ¿Por qué, pese a que sabía que no había ni una palabra de verdad en ninguna de ellas, me dejaban tan anonadado? De alguna manera las novelas de kung-fu son cuentos de hadas para adultos, esa es mi teoría. Por supuesto, después de leer docenas de ellas, he descubierto que siguen al milímetro una fórmula y que no me sería muy difícil escribir una. Pero no sería una hazaña fácil alcanzar el nivel artístico de Jin Yong o de un Gu Long. Tú siempre buscas «un cruce de razas» en tus relatos, lo que es una idea intrigante, lo consigas o no. Hay, de hecho, una escritora decididamente vanguardista llamada Hermana Mayor Hua, cuya experimentación con el «cruce de razas» ha tenido un gran éxito. A lo mejor te gustaría leer algunos de sus trabajos. He oído que vive en el condado de las Siete Estrellas (donde es famoso el director del condado por vender veneno de rata), no muy lejos de la Tierra del vino y los licores. Cuando tengas algo de tiempo libre deberías ir a ver a esta escritora.

2. Una vez oí a Boca Grande Zhao, un estudiante de la Academia de Literatura de Lu Xun, decir que «Dragón y fénix felizmente juntos» es un plato clásico cantonés. Los ingredientes son serpientes venenosas y gallinas salvajes (no hace falta decir, que en estos tiempos de innovaciones, hay muchas posibilidades de que las anguilas y las gallinas domésticas hayan ocupado su puesto). Para su «Dragón y fénix felizmente juntos», sin embargo, usas los genitales de burro masculinos y femeninos. ¿Cómo te atreves a meterle mano a eso? Me preocupa que este plato, dado el obvio potencial de liberación burgués, no sea aceptado por los críticos literarios. Actualmente, algunos «héroes» populares en el campo literario están decididos a encontrar «obscenidades» en las obras literarias, con el olfato de un perro y los ojos afilados de una anguila y con una lupa de aumento. Es difícil escapar de ellos, como un huevo roto no puede estar a salvo de una mosca que busca un lugar en el que depositar sus larvas. Desde que escribí «Éxtasis» y «Langostas rojas» me han escupido saliva apesosa. Adoptaron una estrategia de batalla sacada de la época de la Banda de los Cuatro^[7] y examinaron mis obras sacándolas de contexto, atacando cada uno de los puntos sin tomar en consideración el resto del texto, ignorando las funciones que les daba a esos «detalles desagradables» y el objetivo de las escenas. En lugar de centrarse en el valor literario del texto emplearon puntos de vista morales y biológicos para llevar a cabo un violento ataque y negarme la oportunidad de defenderme a mí mismo. Por lo tanto, basándome en mi experiencia personal, te insto a que elijas otro plato.

3. En relación con Yu Yichi. Estoy profundamente interesado en este personaje, aunque tú no dedicas mucho tiempo a describirlo. La descripción de enanos no es algo inusual en literatura, ni en China ni en el extranjero, pero la realidad es que no abundan muchas descripciones de ellos. Espero que uses tu talento para immortalizar a este enano. ¿No te ha pedido que le escribas su biografía? Estoy seguro de que sería fascinante. Es un enano que habiendo nacido en una familia de literatos ha leído todos los clásicos y es muy versado en política, aunque ha soportado décadas de humillaciones. Cuentas que a través de una intervención mágica disfruta de un ascenso meteórico y obtiene dinero, fama y distinción; ahora jura que se va «a *foll*... a todas las mujeres hermosas de la Tierra del vino y los licores».

¿Pero qué tipo de psicología motiva tal fanfarronería? ¿Qué tipo de transformación psicológica le ocurre debido a esta tremenda fanfarronería? ¿Qué tipo de estado mental tiene después de mostrar tal fanfarronería? Detrás de todas estas preguntas hay numerosas historias brillantes; ¿por qué no intentas centrarte en una o en varias de ellas y las desarrollas?

4. En cuanto al arranque de tu historia, por favor perdona mi franqueza, pero se lee como una serie de sandeces grandilocuentes sin sentido. La historia tendría más fuerza si lo suprimes.

5. En el relato, caracterizas al padre de las enanas gemelas como un líder del Gobierno Central; si pretendes que eso se vea de manera positiva, cuanto más alto sea el cargo mejor. Pero tus obras suelen encerrar una crítica peyorativa hacia la gente que está en el poder, y eso no lo deberías hacer: la sociedad tiene forma de pirámide, se hace cada vez más pequeña a medida que sube; es más fácil que relaciones a los personajes de tu historia con la gente de la vida real. Si alguien de la parte de arriba de la pirámide se fijara en ti para hacerte algo malo sería mucho peor que un constipado. Por lo que te sugiero que le des a las enanas gemelas un pasado menos ilustre y que le des a su padre un puesto de oficial.

Estas son simplemente unas anotaciones aleatorias, llenas de contradicciones. No hagas mucho caso de lo que digo cuando lo leas y no seas demasiado concienzudo. En este mundo nunca se debe ser demasiado concienzudo en nada; es camino asegurado para la mala suerte.

Creo que es mejor mandar tu obra maestra «Avenida del burro» a *Literatura para los ciudadanos*; si la rechazan siempre puedo recomendarte otra revista.

He escrito varios capítulos de mi larga novela *La República del vino* (título provisional). En un principio pensé que no tendría problemas al escribir sobre licores, dado que me he emborrachado alguna que otra vez. Pero una vez que he empezado me he topado con toda clase de dificultades y complicaciones. La relación entre el hombre y el alcohol encarna prácticamente todas las contradicciones que se dan en el proceso de la existencia humana y su desarrollo. Alguien con un talento extraordinario podría escribir una obra impresionante sobre este tema; desafortunadamente, dado mi escaso talento, revelo mis defectos miles de veces.

Espero que profundices más sobre el vino y los licores en tus futuras cartas.

Puede que me sirva de inspiración.

¡Deseándote buena suerte!

Mo Yan



«La Avenida del burro»

Li Yidou

Queridos amigos, no hace mucho leyeron mis relatos «Alcohol», «Carne de niño» y «Niño prodigio». Acepten ahora por favor mi siguiente propuesta: «La Avenida del burro». Les pido indulgencia y consideración. Los comentarios irrelevantes que acaban de leer en relación a su crítica literaria no deberían ser parte de una obra de ficción porque destrozan la integridad y la unidad de la obra, pero, dado que soy un doctorando en vino y licores, una persona que día a día examina, huele, cata, abraza, besa el vino y los licores, y alguien que cada vez que coge aire lo hace como parte del acto de destilación o fermentación del alcohol, encarno su carácter y su temperamento. ¿Qué significa eso? Esto es lo que significa: el alcohol me fascina tanto que soy incapaz de seguir las reglas y regulaciones impuestas. El carácter del licor es salvaje y desenfrenado como yo, su temperamento es incontrolable, como hablar sin pensar.

Queridos amigos, vengan conmigo mientras paso a través de esta puerta con arcos y salgo de la Universidad de Destilación de la Tierra del vino y los licores, dejando a mi espalda este edificio lleno de aulas con forma de botella, los laboratorios con forma de copas de vino y el aroma embriagador del humo que emana la chimenea de la bodega de la universidad. «Dejen las cosas de peso y viajen ligeros» mientras caminan conmigo, con ojos de lince y despiertos, sabiendo siempre dónde estamos y dónde vamos; cruzamos la pasarela hecha de madera de abeto chino que se alza de manera majestuosa sobre el riachuelo «Vino dulce». Dejamos el ruido del río, los nenúfares flotando en el agua, las mariposas que descansan sobre ellos, los patos blancos que juegan en el agua, los peces que nadan en el agua, los sentimientos de los peces, el comportamiento de los patos, las ideas de las lentejas de agua, el soliloquio de la corriente del río... detrás de nosotros. ¡Por favor no pasen por alto la puerta principal de la Academia Culinaria que emana aromas exquisitos justo hacia nosotros! Ahí es donde trabajaba mi suegra. No hace mucho se volvió loca y ha estado en casa desde

entonces, escondida día y noche detrás de unas cortinas negras, donde no hace otra cosa que escribir cartas de crítica y denuncia. De momento lo dejamos a un lado e ignoramos los aromas que nos llegan de la Academia Culinaria. Es convincente y eternamente verdadero el dicho: «Los pájaros mueren en busca de alimentos, el hombre muere persiguiendo la riqueza». En tiempos de caos y corrupción los hombres son como pájaros, en apariencia libres como el viento, pero en realidad corren el peligro constante de caer en una trampa, en las redes de alguien, de que les dé un flecha o les alcance el disparo de una pistola. Vale, es normal que sus narices se hayan contaminado del fragante olor que desprende este lugar, así que tápenselas rápidamente con la mano y aléjense de la Academia Culinaria, síganme por la cuesta que lleva a la avenida de los ciervos, donde podrán oír los ruidos que hacen estos animales, como si estuvieran comiendo lentejas de agua salvajes. Las tiendas de los dos lados de la calle han colgado astas de ciervo en las puertas, una maraña de puntos entrecruzados que crea un bosque de lanzas o una arboleda de espadas. Caminamos por un camino antiguo pavimentado con losas resbaladizas y cubiertas de moho, entre las que asoman unas matas de hierba. Cuidado donde ponen el pie, no se vayan a tropezar y caer. Con atención, con cautela, serpenteamos de un lado a otro hasta que entramos en la Avenida del burro. Esta calle que tenemos bajo nuestros pies también está pavimentada con baldosas tan desgastadas que se han quedado lisas con el paso del tiempo, por la lluvia, el soplar del viento, el girar de las ruedas y el galope de los animales, de modo que los cantos están redondeados y tan lisos y brillantes como un espejo con el marco de bronce. La Avenida del burro es ligeramente más ancha que la Avenida de los ciervos; las baldosas están cubiertas de agua mugrienta y sanguinolenta y pieles de burro ennegrecidas. Es más resbaladiza que la Avenida de los ciervos. Unos cuervos de color ébano gorjean mientras caminan a lo largo de la calle. Este lugar es traicionero, por lo que tengan cuidado, sí, sí, todo el mundo, y caminen por donde es debido. Caminen rectos y pisen con firmeza. No dejen de mirar al frente, como un niño de pueblo en su primer viaje a la ciudad. Si no lo hacen se van a caer y van a dar el espectáculo. No hay nada peor que caerse y hacerse daño. Que se les ensucie la ropa será la mínima de las preocupaciones si se acaban rompiendo la cadera. Como he dicho, no hay nada peor que caerse. ¿Por qué no les damos a los lectores una pausa y descansamos un poco antes de caminar más lejos?

Aquí en la Tierra del vino y los licores tenemos individuos excepcionales que pueden beber sin emborracharse, tenemos alcohólicos que les roban los ahorros a sus mujeres para pagar la siguiente copa, gamberros sin ninguna responsabilidad, que recurren a robar, atracar, y todo tipo inimaginable de artimañas para conseguir dinero. Me he acordado del legendario «Cuarto serpiente verde Li», al que dio una paliza el licencioso monje «Segundo villano Niu», que fue apuñalado por «Monstruo de cara negra». Gente como esa merodea siempre por la Avenida del burro, no les puedes esquivar. Miren a ese tipo que está tirado en la entrada de ese edificio, con un cigarrillo que le cuelga de la boca, y esa de allí, con una botella de licor en una mano mientras mastica el pene de un burro. A ese plato se le llama «Carne hecha de dinero» porque parece que está hecho con monedas antiguas. O ese tipo de ahí con esa jaula de pájaro, el que está silbando. Esos son los tipos a los que me refiero. Les aviso de antemano, amigos, tengan cuidado de no provocarles. La gente decente evita a los vagabundos que están en la calle, igual que unos zapatos nuevos evitan pisar las cacas de perro. La Avenida del burro es la mayor vergüenza de la Tierra del vino y los licores y a la vez su mayor triunfo. No puedes decir que has estado en la Tierra del vino y los licores si nunca has pasado por la Avenida del burro. Esta calle alardea de tener veinticuatro

carnicerías que sólo venden carne de burro. Desde la dinastía Ming se conservan todas estas carnicerías pasando por los años de la dinastía Manchu y durante todos los años de la República china. Cuando los comunistas llegaron al poder consideraron que los burros eran un medio de carga y matarlos se convirtió en un crimen. La Avenida del burro pasó por unos años difíciles. Pero recientemente la política de «hay que rejuvenecer y abrirse al exterior» ha suscitado una mejora en el nivel de vida y ha aumentado el consumo de carne de burro, mejorando la calidad de la raza. La Avenida del burro ha vuelto a nacer. «Lo que para el Cielo es la carne de dragón, lo es la carne de burro en el mundo de los mortales». La carne de burro es aromática; la carne de burro es deliciosa; la carne de burro es un verdadero manjar. Queridos lectores, honorables invitados, amigos, señoras y señores gracias por venir. Damas y caballeros, el dicho «La cocina cantonesa es la mejor» no es más que un rumor que alguien se ha inventado para engañar a las masas. Escuchen lo que tengo que decir. ¿Decir sobre qué? Sobre los platos por los que la Tierra del vino y los licores es justificadamente famosa. Cuando enumeras una cosa es muy típico que omitas diez mil, por lo que por favor sean comprensivos. Cuando te paras en la Avenida del burro ves manjares que cubren la Tierra del vino y los licores como las nubes, más que lo que el ojo humano puede percibir: a los burros los matan en la Avenida del burro, a los ciervos en la Avenida de los ciervos, a los bueyes en la Calle de los bueyes, a las ovejas en el Callejón de las ovejas, los cerdos ven su final en los mataderos de cerdos, los caballos en el Camino de caballos, a los perros y gatos los descuartizan en los mercados de perros y gatos... en muchas ocasiones. Son tantas las veces que te volverías loco si las contaras, se te agrietarían los labios y se te secaría la boca. En una palabra, todo lo que se pueda comer en este mundo nuestro: manjares de las montañas o exquisiteces del mar, pájaros, bestias, peces e insectos los encontrarás aquí, en la Tierra del vino y los licores. Las cosas que son asequibles en otras partes del mundo son asequibles aquí; las cosas que no son asequibles en otras partes del mundo también son asequibles aquí. Y no sólo son asequibles sino que, y esto es lo fundamental, lo más significativo, lo verdaderamente magnífico, es que todas esas cosas son especiales, únicas, históricas, tradicionales, ideológicas, culturales y morales. Aunque todo esto pueda sonar a fanfarronería, en realidad es todo menos eso. Dada la manía a escala nacional de hacerse rico, nuestros líderes de la Tierra del vino y los licores han tenido una visión única, una inspiración pionera, un plan singular para llevarnos por el camino de la riqueza. Amigos míos, señoras y señores, nada en el mundo, creo que estarán de acuerdo conmigo, iguala en importancia a la comida y a la bebida. ¿Para qué otra cosa tendría si no el hombre boca, si no es para comer y beber? Así que la gente que viene a la Tierra del vino y los licores comerá y beberá bien. Déjales que coman por diversas razones, que coman por placer, que coman por adicción. Deja que se den cuenta de que comer y beber es más que el mero sustento de la vida, que a través de la comida y la bebida pueden aprender el verdadero sentido del ser, pueden adquirir conciencia de la filosofía de la existencia humana. Dejemos que entiendan que la comida y la bebida juegan un papel importante no sólo en el proceso psicológico sino en el proceso de transformación espiritual y de la apreciación estética.

Caminemos despacio, disfrutemos las vistas. La Avenida del burro tiene un kilómetro y medio de largo, con carnicerías a los lados. Hay noventa restaurantes y tabernas, y todas ellas utilizan las reses de burro para sus platos. Los menús cambian continuamente a la vez que los platos nuevos compiten por recibir atención entre los ya asentados. Si quieren darse un atracón de carne de burro este es el lugar adecuado. Cualquiera que haya probado la comida de los noventa establecimientos de esta calle no necesita volver a comer nunca más

carne de burro. Y aquellos que sólo la hayan comido en un único restaurante de un lado de la calle y en otro del lado contrario pueden sacar pecho y anunciar con orgullo: «¡He comido carne de burro!».

La Avenida del burro es como un gran diccionario, llena de tantas cosas increíbles que aunque mi boca fuera lo bastante fuerte como para morder el metal se cansaría y no podría enumerarlas todas. Si no cuento mi historia muy bien es porque farfullo cosas sin sentido o porque se me escapa alguna que otra tontería. Por favor permídenme y tengan paciencia conmigo, por favor permítanme que me beba una copa de «Semental de crin roja» para recomponerme. Durante cientos de años innumerables burros han sido matados aquí, en la Avenida del burro. Se puede decir que los fantasmas de los burros deambulan por la Avenida del burro día y noche, o que cada baldosa de la Avenida del burro está bañada en sangre de burro, o que cada planta de la Avenida del burro se riega con los espíritus de los burros, o que las almas de los burros florecen en todos los baños de la Avenida del burro o que cualquiera que ha estado en la Avenida del burro se ha contagiado más o menos de las cualidades de los burros. Amigos míos, el caso de los burros es como humo que envuelve el cielo de la Avenida del burro y debilita el resplandor del cielo. Si cerramos los ojos vemos hordas de burros de todas las formas y tamaños corriendo alrededor y rebuznando al cielo.

Según la leyenda local, cuando cae la noche cerrada, cuando todo está verdaderamente en silencio, cuando todo está oscuro, un burrito negro extremadamente precioso (de sexo desconocido), y extremadamente ágil, corre por la avenida de baldosas, de este a oeste, luego de oeste a este. Sus bellas y delicadas pezuñas con forma de copas de vino hechas de ágata negra hacen vibrar las baldosas lisas y dejan en el suelo la marca, un vivo tatuaje. El sonido de la noche cerrada es como música celestial, aterradora, misteriosa y sensible al mismo tiempo. Cualquiera que la oye se conmueve, se embelesa, se embriaga, provocando largos suspiros emotivos. Y si hay luna llena...

Esa noche, Yu Yichi, el propietario y encargado de la taberna Yichi, con una barriga como un tambor entrada en calor por unos vasos extra de un licor fuerte, sacó una silla de bambú para tomar el aire bajo la sombra de un granado. Las olas de la luz de la luna transformaban las baldosas en relucientes espejos. La brisa fría de esa noche de mitad de otoño mandó a la gente de vuelta a sus casas, y si no fuera por los efectos del alcohol Yu Yichi tampoco se hubiera quedado fuera. Normalmente, una multitud de gente revolotea como moscas en esas calles que ahora se habían transformado en escenas de tranquilidad, invadidas tan sólo por los zumbidos de los insectos, como dardos afiladísimos capaces de traspasar muros de latón y vallas de hierro. La brisa fresca dio en la prominente barriga de Yu, lo que le provocó una sensación agradable. Con la mirada fija en las dulces granadas, grandes y pequeñas y con forma de pétalos de flores, estaba a punto de quedarse dormido cuando de repente sintió que sus ojos se abrían de par en par y se le ponía la carne de gallina en todo el cuerpo. Se le fue el sueño de golpe y su cuerpo se quedó petrificado; como si un maestro de kung-fu le hubiera dado un puñetazo en el plexo solar; por supuesto que tenía la mente despejada y sus ojos asimilaban todo lo que tenía ante él. Un burro negro apareció en mitad de la calle como si hubiera caído del cielo. Era un animalito regordete cuyo cuerpo emitía destellos de luz, como si estuviera hecho de cera. Caminó de un lado a otro de la calle una o dos veces, entonces se paró y se sacudió, como si tratara de quitarse el polvo de encima. Luego dio un salto, levantó la cola y empezó a correr. Galopó desde el final este de la calle al

final oeste, y otra vez, así tres viajes en total, pero era tan rápido que parecía una bocanada de humo negro. El sonido seco de sus pezuñas ahogaba el zumbido de los insectos otoñales. Cuando se paró y se quedó quieto en mitad de la calle, los zumbidos volvieron a resurgir. Fue entonces cuando Yu Yichi oyó el ladrido de los perros en el Mercado de perros, el mugir de los terneros en la Calle de los bueyes, el balar de los corderos en el Callejón de las ovejas, el relinchar de los ponis en la Calle de los caballos y los chillidos de los pollos. El burro estaba quieto en mitad de la calle, sus ojos negros brillaban como faroles. Yu Yichi había oído historias sobre este burrito negro, pero verlo ahora con sus propios ojos le impresionaba muchísimo, ya que se había dado cuenta de que las leyendas no salen de la nada. Aguantó la respiración tratando de hacerse lo más pequeño posible mientras esperaba ver cómo se desarrollaba la historia de este burrito negro; Yu estaba inmóvil, parecía un tronco sin vida, con una mirada fulminante.

Las horas pasaron y los ojos de Yu Yichi estaban irritados y cansados, pero el burrito seguía inmóvil en mitad de la calle, como una estatua. Entonces, sin avisar, todos los perros de la Tierra del vino y los licores empezaron a ladrar —a lo lejos, por supuesto—, despertando a Yu Yichi de su trance, justo a tiempo de oír unas pisadas acercándose sobre las tejas de una casa, y justo inmediatamente después de eso, una figura oscura cayó de un tejado cercano a la calle. Aterrizó en la grupa del burro negro, que volvió a la vida y salió galopando viento a favor. Como era un enano, Yu Yichi no había tenido la oportunidad de ir al colegio, pero dado que había nacido en una familia culta —su padre había sido profesor, su abuelo se había licenciado en la China imperial, y en generaciones pasadas algunos de sus familiares habían aprobado los exámenes del sistema imperial^[8] chino y habían sido miembros de la Academia Hanlin—, había memorizado miles de caracteres chinos y había leído de manera vasta y ecléctica. La escena que acababa de presenciar le recordó al cuento de la dinastía Tang sobre un caballero errante y misterioso; entonces sus pensamientos se volvieron más filosóficos: a pesar de los rápidos avances de la ciencia existen innumerables fenómenos que esta no puede explicar. Yu Yichi hizo estiramientos con el cuerpo: a pesar de que acumulaba tensión se podía mover. Se tocó la tripa, estaba húmeda, consecuencia de los sudores fríos. Cuando la figura oscura voló hacia el suelo, guiado por la luz de la luna, Yu Yichi había percibido que era un chico, un poco bajo, con el cuerpo cubierto de una piel escamosa que brillaba bajo la luz de la luna. Tenía entre los dientes una daga con forma de hoja de sauce y llevaba una bolsa atada a la espalda...

Queridos lectores, casi puedo oír sus quejas: «¡Por qué no se calla la boca y nos lleva a la taberna que sea en lugar de tenernos dando vueltas por la Avenida del burro una y otra vez!». Sus quejas son más que comprensibles, han dado en el blanco, tienen toda la razón. Así que vamos a darnos prisa, a agilizar el paso; perdónenme si no les enseño todas las tiendas que hay aquí, en la Avenida del burro, a pesar de que se encierra una historia detrás de todas ellas y a pesar de que cada una de ellas tiene un fin particular. Me voy a callar, no importa lo mucho que me duela o me cueste hacerlo. Por lo que vamos a ignorar a todos esos burros que nos observan a cada lado de la calle y vamos a centrarnos en nuestros objetivos. Hay dos tipos de objetivos: principales y secundarios. Nuestro objetivo principal es dirigirnos hacia el comunismo, cuya ideología dominante es: «para todos aquellos, de acuerdo a sus habilidades, hasta todos aquellos, de acuerdo a sus necesidades». Pero si nos dirigimos al final de la Avenida del burro, hasta ese viejo granado alcanzaremos nuestro objetivo secundario: la taberna Yichi. ¿Por qué, se preguntarán, se llama la taberna Yichi?

Presten atención y se lo contaré.

El dueño de la taberna, Yu Yichi, («Treinta centímetros Yu») mide en realidad cuarenta y dos centímetros. Como todos los enanos, nunca le ha revelado su edad a nadie, y tratar de adivinarlo es algo absurdo. Dentro del recuerdo de la Avenida del burro, este afable y agradable enanito no ha cambiado su aspecto o actitud en décadas. Ante las miradas de susto y asombro él siempre devuelve dulces sonrisas. Son unas sonrisas tan encantadoras y cautivadoras que estremecen el corazón y generan unos sentimientos de compasión que nunca pensaste que tenías. Yu Yichi se gana la vida casi exclusivamente con el encanto de esas sonrisas. Viene de una familia de intelectuales, por lo que es muy culto, con un variado conocimiento con el que atrae a la gente y les entretiene en la Avenida del burro con sus graciosas anécdotas y comentarios. Es inimaginable lo triste y aburrida que sería la Avenida del burro sin Yu Yichi, quien de hecho podría haber llevado una vida de ocio gracias a su talento natural. Pero es ambicioso y no se conformó con eso, por lo que sacó partido de la Reforma y de la liberalización para pedir una licencia y abrir un negocio. Entonces produjo un montón de dinero que estuvo ahorrando desde vete a saber cuándo y contrató a una persona para que le remodelara su vieja casa y la convirtiera en la taberna Yichi, que se ha hecho famosa en toda la Tierra del vino y los licores. Muchas de las ingeniosas ideas de Yu Yichi podían haber inspirado la novela clásica *Flores en el espejo*, o podían haberse originado en *Maravillas en el extranjero*. Cuando Yu Yichi abrió la taberna, puso un anuncio en el *Diario de la Tierra del vino y los licores* buscando camareros que midieran menos de un metro. El anuncio fue un acontecimiento altamente divulgado en ese momento y desató acalorados debates. Algunas personas creyeron que el hecho de que un enano dirigiera una taberna era un insulto al sistema socialista y una mancha en la bandera de las cinco estrellas rojas relucientes. Dado el incremento de turismo en la Tierra del vino y los licores, la taberna Yichi podía fácilmente haberse convertido en la gran vergüenza de nuestra tierra y podría haber traído la humillación a la gran nación china. Otros defendían que la existencia de los enanos era un fenómeno universal y objetivo. Pero los enanos de otros países dependen de pedir limosna para sobrevivir, mientras que los nuestros se mantienen por sí solos con su propio trabajo, lo que no es una vergüenza sino una señal de progreso. La taberna Yichi puede ayudar a que nuestros amigos internacionales entiendan la superioridad sin igual de nuestro sistema socialista. Mientras que los dos grupos de opiniones estaban metidos en un sinfín de acalorados debates, Yu Yichi se hizo un túnel para ir al ayuntamiento a través de las alcantarillas (le intimidaban demasiado los guardas como para entrar por la puerta principal). Entonces se coló en el edificio y en la oficina de la alcaldesa, con la que tuvo una larga conversación, cuyos contenidos no pueden ser desvelados. La alcaldesa le mandó de vuelta a la Avenida del burro en su propia limusina, lo que hizo que los debates de los periódicos fueran desapareciendo. Amigos míos, señoras y señores, ya hemos llegado a la taberna Yichi, nuestro objetivo. Hoy las bebidas corren de mi cuenta. El viejo señor Yu es amigo mío; a menudo nos juntamos a beber y a recitar poesía. Hemos compuesto una extraña pero hermosa melodía para este mundo colorido y deslumbrante en el que vivimos. Como es una persona que valora la amistad más que el dinero, nos hará un veinte por ciento de descuento.

Mis honorables amigos, ahora estamos de pie fuera de la taberna Yichi. Por favor miren con atención las letras doradas del cartel negro, cada una de ella desborda energía, como dragones ardientes y tigres apasionados. Este es el trabajo de Liu Banping —«Media botella Liu»—, un famoso calígrafo cuyo seudónimo hace referencia a que este verdadero

maestro no puede escribir sin beberse media botella de un licor bueno y fuerte. Dos camareras de tamaño bolsillo, de menos de medio metro de altura, están de pie al lado de la puerta, una a cada lado, con un fajín bordado bajo el pecho y grandes sonrisas en la cara. Son dos gemelas que después de leer el artículo en el *Diario de la Tierra del vino y los licores* volaron aquí desde Shanghái en un avión Trident. Habían nacido en una familia de oficiales de alto rango, con un padre tan famoso que se quedarían alucinados si les contase quién es. Por lo que no lo haré. Podrían haber contado con el poder y la posición de su padre para disfrutar de una vida de ocio, vistiendo ropa lujosa y comiendo manjares. Pero se negaron a eso, eligiendo en su lugar unirse al ajeteo y al bullicio de la Tierra del vino y los licores. La llegada de este par de hadas fue de tal sorpresa que los miembros de la élite del Partido de esta tierra hicieron un viaje especial, en mitad de una lluvia torrencial, para darles la bienvenida en el hotel del aeropuerto llamado «Melocotones en primavera», a unos setenta kilómetros de la ciudad. A estas dos hadas las acompañó en este viaje su madre, es decir, la mujer de su heroico y majestuoso padre, junto a un séquito de secretarios. Al aeropuerto le llevó dos semanas frenéticas preparar su recepción. Pero, amigos míos, por favor no piensen que la Tierra del vino y los licores despilfarra el dinero, porque eso sería no ver más allá, como la visión que tiene una hormiga del mundo. Aunque la Tierra del vino y los licores hizo un gasto considerable para recibir a estas hadas y a su madre, nuestra ciudad ahora ha establecido contactos con el oficial de mayor rango, quien, con tan sólo coger la pluma y firmar unos cuantos cheques nos puede traer muchos negocios y muchos ingresos. ¿Saben lo que hizo por nosotros, sin el mínimo esfuerzo, cuando vino a hacernos una visita el año pasado? Un préstamo de bajo interés de cien millones, en esta época de problemas financieros y créditos reducidos. Imaginen, amigos míos, cien millones que invertimos para promocionar nuestro «Licor del mono», construir un magnífico Museo de destilería china y organizar una celebración del Primer Festival Anual del Licor del mono en octubre. Si no fuera por estas dos hadas, ¿creen que este hombre se hubiera quedado en la Tierra del vino y los licores durante tres días enteros? Así que, amigos míos, no es una exageración decir que el señor Yu Yichi es un héroe de la Tierra del vino y los licores.

He oído que el Comité del Partido Municipal está reuniendo material para conseguir el permiso para condecorarle como un trabajador modelo el Día del trabajador.

Las dos hadas de sangre noble de la puerta nos hicieron una reverencia y sonrieron de manera radiante. Tienen unas caras adorables y un cuerpo bien proporcionado; si no fuera porque son bajitas serían casi perfectas. Les devolvimos la sonrisa con mucho respeto, dado su origen noble. Bienvenidos, bienvenidos. Gracias, gracias.

La taberna Yichi, también conocida como la taberna del enano, está lujosamente decorada. Cuando pisas la alfombra de lana de casi trece centímetros de grosor, se te hundan suavemente los pies hasta los tobillos. Pergaminos con obras de pintores y calígrafos famosos cuelgan de las paredes, que están recubiertas de madera de abedul de las montañas de Changbai. Pececillos de colores nadan vagamente en un acuario. Macetas con flores extravagantes crecen como un fuego abrasador. En mitad de la habitación hay un burrito negro que parece de verdad, pero cuando lo miras de cerca te das cuenta de que es una escultura. Naturalmente fue sólo después de que entraran a trabajar estas dos hadas cuando la taberna Yichi alcanzó su máximo nivel de popularidad y prosperidad. Los líderes de la Tierra del vino y los licores no son tontos y nunca permitirían a las preciosas hijas de un dignatario

trabajar en una taberna mugrienta que lleva un empresario privado. Ya saben cómo funcionan estas cosas hoy día, así que no necesito malgastar el tiempo haciendo un resumen de los dramáticos cambios que sufrió la taberna Yichi el año pasado. Pero me perdonarán si retrocedo un segundo. Las autoridades de la Tierra del vino y los licores construyeron una casa de campo cerca del Parque del agua en la zona centro para las dos hadas antes de que su madre se volviera a Shanghái. A cada una le dieron un diminuto Fiat. ¿Se han fijado en los Fiat que estaban aparcados debajo del viejo granado cuando hemos pasado por delante?

El *maitre*, vestido de uniforme y con una gorra, se acerca a saludarnos. Tiene el cuerpo de un niño de dos años, con los rasgos faciales a juego. Se tambalea un poco cuando camina por la alfombra gruesa, sus caderas se deslizan de un lado a otro, como un pato que camina por lodo. Nos lleva como un perro que guía a un ciego.

Subimos por una escalera de pino pintada de rojo y llegamos al último piso, donde el chico bajito abre una puerta y se echa a un lado, como un agente de policía que dirige el tráfico, con el brazo izquierdo cruzado en el pecho, su brazo derecho colgando a un lado. Tiene las manos tiesas y rectas, la palma de la mano izquierda mira hacia dentro, la palma derecha hacia fuera, y las dos apuntan en la misma dirección: El comedor de la uva.

Por favor, entren, queridos amigos, no sean tímidos. Somos invitados especiales y el elegante Comedor de la uva es un lugar lleno de posibilidades. Mientras miran los racimos de uvas que cuelgan del techo voy a echar un vistazo al tipo bajito que nos ha traído hasta aquí. Tiene una sonrisa impostada y sus ojos vidriosos emiten rayos venenosos durante todo el trayecto. Como puntas de flecha bañadas en veneno pudren todo lo que tocan. Noto un dolor agudo en los ojos y de repente siento que me he quedado ciego.

Durante este breve momento de oscuridad no puedo evitar sentir mi corazón palpar acelerado. El pequeño demonio que creé en mis relatos «Carne de niño» y «Niño prodigio» ha aparecido de repente, envuelto en su bandera roja, enfrente de mí y me está observando con ojos siniestros. Es él, definitivamente es él. Tiene los ojos pequeños, las orejas gruesas, el pelo ondulado y un cuerpo que apenas supera el medio metro. En «Niño prodigio» describí detalladamente el motín que inició en el Departamento Especial de Compras de la Academia Culinaria. En ese relato le describo como un pequeño conspirador, un genio de la estrategia. Esa historia termina cuando los niños y él se esconden en los diferentes escondites de la academia después de pegar al guardia —el «halcón sin plumas»— hasta matarlo. Originalmente tenía planeado que cogieran a todos los niños y los mandaran al Centro de investigación culinaria de mi suegra; allí los iban a hervir, cocer o a estofar. Tenía pensado que sólo consiguiera escapar el pequeño demonio, por la alcantarilla, aunque luego caía en las manos de unos mendigos que estaban cogiendo las sobras de la alcantarilla. Al final conseguía escapar y empezar su vida de leyenda otra vez. Pero en lugar de seguir mis indicaciones, el pequeño demonio se me rebeló y se escapó de mi relato para unirse al equipo de enanos de Yu Yichi. Vestido con un uniforme de lana, una pajarita blanca reluciente, una gorra escarlata y unos zapatos negros de charol, se acaba de materializar enfrente de mí.

No debería descuidar a mis huéspedes, a pesar de los sucesos imprevistos que puedan acaecer, así que voy a contener la confusión que ruge en lo más profundo de mi corazón y a

esbozar una sonrisa forzada mientras me siento con ustedes. Los cojines lujosos de las sillas, el mantel de un blanco niveo, las flores resplandecientes y la música suave se apoderan de nuestros sentidos. Aquí debo insertar un comentario: las mesas y las sillas de la taberna del enano son muy bajas, para asegurar el máximo confort. Una camarera un poco más grande que un pájaro camina con una bandeja con toallitas de manos desinfectadas. Es tan frágil, tan diminuta, que sólo llevar la bandeja le cuesta todo su esfuerzo; despierta una tierna lástima. Pero esta vez el pequeño demonio no está en ninguna parte visible porque, una vez que acaba con su cometido, debe volver a recibir a los demás comensales. A lo mejor es sentido común, pero no puedo evitar pensar que su desaparición encierra algo siniestro y diabólico.

Amigos míos, para que nos hagan nuestro «veinte por ciento» de descuento siéntense aquí durante un momento mientras voy a ver a mi viejo amigo Yu Yichi. Siéntanse libres de fumar o de beber té o de escuchar música o de mirar por las impolutas ventanas el paisaje del jardín trasero.

Queridos lectores, al principio iba a sumarles en este suntuoso banquete, pero la taberna es muy pequeña para tanta gente y ya están aquí nueve de ustedes, en el Comedor de la uva. Lo siento muchísimo, pero la franqueza es absolutamente esencial para que vean que no tengo otros motivos ocultos. Conozco esta taberna como si fuera mi casa, por lo que encontrar a Yu Yichi va a ser fácil. Pero cuando abro la puerta de su oficina me doy cuenta de que no he venido en el mejor momento: mi viejo amigo Yu Yichi está subido en su escritorio besando a una joven exuberante y despampanante.

—*Ups*, lo siento —digo con nerviosismo—. Olvidé los modales, debería haber llamado a la puerta.

Yu Yichi baja de un salto de la mesa, rápido y ágil como un gato montés. Cuando ve lo avergonzado que estoy su carita esboza una pequeña sonrisa.

—Doctor en vino y licores —dice con un tono muy agudo—. Debería haber sabido que eras tú. ¿Cómo van tus investigaciones sobre el «Licor del mono»? No irás a perderte el Primer Festival Anual del Licor del mono ¿no? Y tu suegro está loco si se va al Monte del mono blanco a vivir con los monos.

Yu Yichi sigue hablando sin parar hasta que me harto de escucharle. Pero dado que estoy aquí para pedirle un favor, debo ser paciente y obligarme a mí mismo a parecer cautivado por lo que dice.

Cuando por fin se queda sin nada qué decir le comento:

—He traído a algunos amigos a comer burro.

Yu Yichi se levanta y camina hacia la mujer. Su cabeza apenas le llega por las rodillas. Ella es una verdadera belleza y no parece una chica de compañía. Tiene aires de mujer casada. Sus carnosos labios están cubiertos de una sustancia pegajosa, como si acabara de cenar caracoles. El enano levanta la mano y le da una palmadita en el trasero.

—Tú, querida —le dice—, vete y dile al Viejo Shen que no se preocupe. Yu Yichi es un hombre de palabra. Si dice que va a hacer algo, estáte segura de que lo hará.

Esta mujer no es el tipo de persona que esquiva situaciones como esta, de modo que se inclina hacia delante en señal de agradecimiento, lo que provoca que sus pechos, que estaban a punto de reventar el vestido, se mezan como péndulos y caigan sobre la cara de Yu Yichi, que hace una mueca de dolor cuando ella le coge en brazos con suavidad. Juzgando sólo por el tamaño y el peso, parece una madre acunando a su hijo pero, por supuesto, su relación es mucho más complicada que eso. Casi de manera salvaje el enano le planta un beso en los labios, entonces ella se aparta y le lanza, como si fuera un balón de baloncesto, al sofá. La mujer levanta la mano y dice de manera seductora: «Te veo luego, viejo». El cuerpo de Yu Yichi sigue rebotando en el sofá mientras que la mujer menea su trasero rojo reluciente y desaparece al doblar la esquina. El grita a su adorable espalda femenina: «¡Piérdete, zorra asquerosa!».

Yu Yichi y yo ahora estamos solos en la habitación. Se baja del sofá de un salto y se acerca a un gran espejo para arreglarse el pelo y recolocarse la corbata. Incluso se pellizca las mejillas con sus pequeñas garras, luego se gira para mirarme de frente, parece muy elegante, un hombre muy importante. Si no fuera por lo que acababa de pasar un momento antes, me sentiría muy tenso para bromear con él. Pero le digo:

—Oye, viejo, no se te dan nada mal las mujeres. Eres como la comadreja que monta al camello, siempre a la búsqueda de mujeres grandes —digo, sonriendo descaradamente.

Yu Yichu me lanza una sonrisa siniestra, su cara se hincha y debido a la ira se vuelve de un color violáceo. Sus ojos emiten una luz verde, sus brazos aletean como un viejo halcón listo para levantar el vuelo. Da muchísimo miedo. Desde que le conozco nunca le he visto así. A lo mejor le he herido los sentimientos con mi broma. De repente me arrepiento de lo que he dicho.

—Tú, pedazo de imbécil —se me encara, rechinando los dientes—. ¡Cómo te atreves a reírte de mí!

Me echo para atrás, fijando la mirada en sus afiladas garras, que se mueven ligeramente por culpa de la furia que desprende, y siento que mi garganta está en peligro. Sí, la verdad es que podría saltar a mi cuello en cualquier momento, como un rayo, y rasgarme la garganta.

—Lo siento, viejo, lo siento mucho.

Mi espalda está apoyada contra la pared forrada de tela, y sin embargo sigo tratando de echarme para atrás. Entonces me viene una idea. Levanto la mano y me doy una docena de bofetadas —*pa, pa pa*—, el sonido retumba en el aire; me arden las mejillas, me pitan los oídos, y veo las estrellas.

—Lo siento viejo. No merezco vivir. Soy un mero animal, un imbécil, mierda un

burro.

Después de mi pésima actuación su cara se vuelve de un color verde púrpura que pasa a un amarillento pálido, sus brazos dejan de estar en el aire y se posan en sus costados; yo me caigo al suelo.

El vuelve a su silla giratoria de piel negra, pero en vez de sentarse se pone de cuclillas encima de ella. Saca un cigarrillo caro de la pitillera, lo enciende con un mechero que lanza una sibilante llama que brilla, le da una larga calada, y poco a poco suelta el humo. Observa fijamente a los estampados de la pared, con una mirada perdida, misteriosa y profunda, sus pupilas parecen dos piscinas de agua negra. Me acurruco al lado de la puerta, asustado por mi pensamiento: ¿cómo es posible que este bufón, este enano que ha sido el protagonista de todas las bromas de esta tierra se haya vuelto el tirano soberbio que me está mirando ahora mismo? ¿Y por qué yo, un doctorando respetado, se siente aterrado por esta horrorosa criatura de medio metro de altura que no pesa ni quince kilogramos? De repente me viene a la mente la respuesta a esa pregunta, tan rápido como el disparo de una pistola, pero no hay necesidad de entrar en detalles.

—¡Me voy a tirar a todas las chicas guapas de la Tierra del vino y los licores! —Yu Yichi deja de estar en cuclillas y se pone de pie en la silla giratoria, alzando el puño para proclamar con solemnidad—. ¡Me voy a tirar a todas las chicas guapas de la Tierra del vino y los licores!

Estallando de alegría y sonriendo de oreja a oreja mantiene el brazo en el aire durante un buen rato. Me doy cuenta de que los remos que guían su cabeza están agitando las aguas de su mente, y que el barco de su consciencia naufraga entre las olas espumosas de su espíritu. Decido aguantar la respiración, tengo miedo de echar por tierra sus ilusiones.

Al final se relaja, me lanza un cigarrillo y me pregunta en tono simpático:

—¿La conoces?

—¿A quién? —contestó.

—A la mujer que se acaba de ir.

—No... aunque algo de ella me resulta familiar...

—Es la presentadora de TV.

—Ah, es ella. —Me doy un golpe en la frente. Ahora me viene la imagen: ella de pie, con el micrófono en la mano, una dulce sonrisa en la cara, hablando hacia cámara, aunque sin decir nada interesante.

—¡Esta es la tercera vez! —suelta de manera salvaje—. La tercera... —De repente su voz se vuelve ronca y el brillo de sus ojos se apaga. En un instante las arrugas cubren su cara

que, hasta entonces, era como la de un bebé, suave y resplandeciente como el precioso jade, y su cuerpo que era diminuto empieza a hacerse cada vez más pequeño. Entonces se hunde en la silla que tiene aspecto de trono.

Me fumo mi cigarrillo angustiado y observo a mi viejo amigo, sin saber qué decir.

—Te quiero enseñar algo... —su murmullo rompe el silencio agobiante. Ding levanta la cabeza—. ¿Querías verme por algo importante? —pregunta.

—He traído a unos amigos conmigo, están en el Comedor de la uva... —hablo un poco nervioso—. Es un grupo de estudiantes mediocres.

El enano coge el teléfono y farfulla algo. Después de colgar, se da la vuelta y dice:

—Dado que somos viejos amigos he pedido que preparen un burro entero.

¡Amigos, llamémoslo «suerte gourmet»! ¡Un burro entero! Conmovido hasta lo más profundo de mi corazón le hago una reverencia. Yu Yichi está un poco más contento y pasa de estar sentado en la silla giratoria a ponerse de cuclillas, con el brillo de vuelta en sus ojos.

—Así que ahora eres un escritor ¿es eso cierto? —pregunta.

—Bueno, he escrito algo, pero no muy bueno... —digo, encogido de la timidez—. No merece la pena hablar de eso. Lo hago para ganar un poco de dinero extra para mi familia.

—Mi querido Doctor —dice—, quiero hacer un pequeño negocio contigo.

—¿Qué tipo de negocio? —pregunto.

—Quiero que hagas de negro y que escribas mi biografía —me contesta—. Y te doy veinte mil en efectivo.

Estoy tan nervioso que mi corazón late salvajemente, pero todo lo que digo es:

—Tengo miedo de que mi escaso talento sea inadecuado para un trabajo tan importante.

Ignorando mis comentarios dice:

—No seas tan modesto conmigo. Ya está dicho. Vienes aquí cada martes por la noche y te contaré mis experiencias.

—Mi querido Hermano Mayor, con dinero o no de por medio, como tu inferior, será un honor escribir las memorias de la vida de un hombre tan extraordinario. Con dinero o no de por medio...

—No seas hipócrita, imbécil —gruñe Yu Yichi—. El dinero mueve el mundo. Puede que haya gente que no ame el dinero, pero yo nunca he conocido a ninguno de ellos. ¡Por eso es por lo que puedo anunciar que voy a tirarme a todas las chicas guapas que quieran dinero de la Tierra del vino y los licores!

—El carisma te ayudará a conseguirlo.

—¡Bah! —comenta de golpe—. ¡Dile ese comentario a tu madre!, el presidente Mao dijo: «Es fundamental reconocer las limitaciones de cada uno». Ya he tenido bastante con tus gilipolleces, por lo que apártate de mi vista.

Coge un cartón de Marlboro de su cajón del despacho y me da un paquete. Con el paquete en la mano le doy las gracias una y otra vez, entonces muevo el culo de vuelta al Comedor de la uva, donde me uno con ustedes, amigos, señoras y señores, en la mesa.

Algunos enanos se acercan para servirnos té, bebidas alcohólicas y para poner en la mesa los platos y palillos. Giran alrededor de nosotros como si fueran sobre patines. El té es Oolong, el licor Maotai; no es un alcohol increíble pero tiene la calidad suficiente para servirlo en una comida importante o en un banquete. Lo primero que sirven son doce manjares fríos colocados en forma de flor de loto: las tripas del burro, el hígado del burro, el corazón del burro, los intestinos del burro, los pulmones del burro, la lengua del burro, los labios del burro... todas las partes del burro. Amigos, prueben estos manjares con moderación y dejen hueco para lo que viene después, por experiencia les digo que lo mejor está por llegar. Tomen nota, amigos, ahora vienen los platos calientes. ¡Usted, la señora de ahí, cuidado, no se vaya a quemar! Una enana vestida toda de rojo —con los labios pintados de rojo y las mejillas con colorete, zapatos rojos y gorra roja, roja de la cabeza a los pies, como una vela roja— se acerca a la mesa con una fuente de comida humeante. Abre la boca y sale una ráfaga de palabras, que caen como perlas:

—¡Oreja de burro estofada, que aproveche! ¡Sesitos estofados de burro, que lo disfruten! ¡Ojos de burro, que lo disfruten!

Los ojos del burro, que tenían un bello contraste de blancos y negros, se sumergían en una gran fuente. Venga, amigos, empezad. No tengan miedo. Puede parecer que está vivo, pero después de todo, no es más que comida. Pero, esperen, sólo hay dos ojos para diez de nosotros. ¿Cómo los dividimos de manera justa? ¿Nos ayudaría usted, la joven de ahí? La chica de rojo sonriente coge un tenedor. Con dos ligeros pinchazos las dos perlas negras explotan, llenando la bandeja de un líquido gelatinoso. Usen las cucharas, camaradas, húndanlas en el caldo, una cucharada tras otra. Sé que la taberna de Yichi es famosa por otro plato. Se llama «Dragón negro con ojos perlados». Los ingredientes principales son pene de burro y ojos de burro. Hoy, sin embargo el chef ha usado los ojos para hacer otro plato llamado «Ojos perlados de burro», por lo que parece que no vamos a poder probarlos hoy.

No sean tímidos, hermanos y hermanas. Desabróchense los cinturones, dejen que asomen sus barrigas, coman hasta explotar. No va a haber ningún brindis porque somos una familia. Simplemente beban hasta que sus corazones rebosen alegría. Y no se preocupen por

la cuenta. Hoy me pueden chupar hasta la sangre.

—Costillas de burro en salsa de vino, que lo disfruten.

—Lengua de burro en salmuera, que lo disfruten.

—Tendones de burro estofados, que lo disfruten.

—Garganta con raíz de pera y de loto, que lo disfruten.

—Rabo de burro, que lo disfruten.

—Pezuñas cocidas con pepino de mar, que lo disfruten.

—Hígado a las cinco especies, que lo disfruten.

... y así...

Un popurrí de platos de burro flotaba por nuestra mesa. Nuestros estómagos ahora están tan estirados y tirantes como la piel de un tambor y a los comensales se les escapan unos eructos. Tenemos la cara cubierta de una película de grasa de burro, a través de la que se esboza cansancio, como burros de carga exhaustos. Camaradas, deben de estar saciados y agotados en este momento. Entonces paro a una camarera y le pregunto:

—¿Cuántos platos más quedan?

—Veinte más o menos —contesta—. No estoy segura del todo. Yo sólo saco lo que me dan.

Señalo a las personas que están alrededor de la mesa.

—Es que están llenos. ¿Podemos saltarnos algunos de los platos?

Con un gesto de reticencia dice:

—Han pedido un burro entero, y apenas le han hincado el diente.

—Pero estamos llenísimos —alego—. Querida, joven, ¿no podría por favor decir en la cocina que sólo saquen la mejor parte y que se olviden del resto?

La chica dice:

—Me entristece, pero está bien, hablaré con ellos.

La chica es efectiva. Inmediatamente sale con el plato final.

—Se llama «Dragón y fénix felizmente juntos», que lo disfruten. ¡Que aproveche!

La camarera quiere que observemos y disfrutemos la presentación del plato antes de empezar a comerlo.

Una mujer de nuestro grupo, que es una cascarrabias —y que tampoco es muy lista— le pregunta a la camarera:

—¿Con qué parte del burro está hecho?

Sin dudar contesta:

—Son los órganos sexuales del burro.

La mujer se ruboriza, pero, incapaz de controlar su curiosidad, pregunta:

—Sólo hemos pedido un burro, por lo que cómo es posible que haya dos... —Ella frunce los labios pensativa y señala al «dragón» y al «fénix» que están en el plato.

—El chef se ha desilusionado un poco porque se han perdido una docena de platos —contesta la camarera—, así que le ha añadido una parte del órgano sexual de una burra para hacer este plato.

Por favor, comiencen, señoras y señores, queridos amigos, no sean tímidos. Estas son las joyas del burro, tan deliciosas como horrorosas. Si no lo comen se lo perderán. Si lo hacen también lo perderán cuando vayan al baño, antes o después, ya saben a lo que me refiero. Vamos, hínquenle el diente, prueben, prueben, prueben «Dragón y fénix felizmente juntos».

Mientras que todo el mundo agita los brazos y levantan los palillos, mi viejo amigo Yu Yichi se pasea por el comedor. Me levanto de un salto para presentárselo.

—Este es el famoso señor Yu Yichi, el dueño de la taberna Yichi, miembro destacado del Congreso Consultivo Político Chino, miembro destacado de la Asociación de Empresarios Metropolitanos del Consejo de gobernadores, un trabajador modelo de la provincia, y candidato a trabajador modelo a nivel nacional. Él es el anfitrión de este banquete.

Todo son sonrisas en el comedor y Yu Yichi camina alrededor de la mesa dando la mano y entregando tarjetas perfumadas con una letra muy apretujada en chino y en algunas otras lenguas extranjeras a los clientes. Me doy cuenta de que se ha ganado la simpatía de todo el mundo enseguida.

Mira al «Dragón y fénix felizmente juntos» y dice:

—Eso es, les han servido este plato. Ahora pueden decir que han comido burro de verdad.

Alrededor de la mesa emergen expresiones de gratitud y cada uno de los invitados tiene una sonrisa en la cara.

»No me den la gracias a mí, denle las gracias a él —me apunta con el dedo—. “Dragón y fénix felizmente juntos” no es un plato fácil de preparar. Se considera inmortal. El año pasado, unas cuantas personas de renombre nos dijeron que querían probarlo, pero no fue posible porque no estaban a la altura. Así que puedo decir que tienen una verdadera “suerte gourmet”.

Yu Yichi se bebe de un trago tres vasos de «Perla negra» (un licor famoso en la Tierra del vino y los licores que ayuda a la digestión) con tres de nosotros. «Perla negra» es un licor fuerte, una especie de triturador de carne, que inmediatamente nos produce ruidos en el estómago.

—No se preocupen por los ruidos. El Doctor en vinos y licores está aquí —me señala Yu Yichi—. Vamos, pruébenlo. El dragón y el fénix felizmente juntos pierden su sabor en cuanto se enfría. —El enano coge la cabeza del dragón con unos palillos y la pone delante de la mujer que había mostrado tanto interés en los órganos sexuales del burro. Sin cortarse, se come la cabeza con grandes bocados, mientras el resto ataca el plato con los palillos, acabándoselo en cuestión de segundos, como un viento fuerte que barre las nubes del cielo.

Dice, con una sonrisa siniestra.

—No van a poder dormir esta noche.

¿Han entendido todos lo que ha querido decir con eso?

Amigos, señoras y señores, esta historia más o menos ha llegado a su fin, pero son tan buenos amigos que quiero seguir charlando con ustedes un poco más.

Esa noche, cuando se acabó el banquete de carne de burro, salimos dando tumbos de la taberna Yichi y caímos en el aire de la noche cerrada. Las luces de las estrellas forraban el cielo y el rocío de la noche cubría la tierra; una luz azulada y húmeda se reflejaba en la Avenida del burro. Unos cuantos gatos borrachos se peleaban en los tejados de las casas, lo que hacía que las tejas cantaran. El frío rocío era como escarcha y las hojas de los árboles flotaban hasta caer en el suelo a ambos lados de la calle. Algunos de mis amigos, que estaban medio borrachos, empezaron a cantar canciones revolucionarias. Frases entrecortadas, canciones del sur y melodías del norte, tan estridentes como los chillidos de los gatos en los tejados. No voy a exaltar su comportamiento con ningún comentario. Mientras todo esto pasaba, oímos los ruidos de unas pezuñas en la parte este de la calle. De repente, un burrito negro con unas pezuñas con forma de copa de vino y ojos como faroles cruzó la calle y se quedó enfrente de nosotros, tan rápido como una flecha negra. Yo estaba atónito tal y como, aparentemente, estaban los demás, dado que los cantantes cerraron la boca al igual que los que estaban a punto de vomitar. Los ojos borrachos de todo el mundo estaban fijos en el burrito negro, observando su galope desde el final este hasta el final oeste, y luego del oeste al final este de la calle. Después de tres viajes se quedó quieto en mitad de la Avenida del

burro, con el cuerpo brillando de un color ébano, pero no soltó ni un sonido, como si fuera una estatua. Nuestros cuerpos estaban petrificados, congelados, esperando que la realidad pudiera verificar la leyenda. Y en efecto, después de oír un ruido fuerte en unas tejas, una sombra negra voló y aterrizó en la grupa del burro negro. Era un joven cuya piel desnuda brillaba llena de escamas; llevaba una bolsa en la espalda y mordía una daga con la cuchilla con forma de hoja de sauce, que emitía una luz fría.



Estimado Mo Yan,

¡Saludos!

No sé cómo expresar lo que siento en este momento. Mi querido y más respetado mentor, su carta ha sido como una botella de vino añejo, como un trueno en primavera, como una inyección de morfina, como estar en una gran burbuja de opio, como una joven hermosa... que me ha devuelto a la vida y me ha animado el cuerpo y el alma. No soy un caballero hipócrita y modesto; sé y me atrevo a anunciar públicamente que tengo arrebatos de talento que han estado escondidos como la Concubina Imperial de la dinastía Tang, como un corcel purasangre al que han obligado a tirar de una carreta en un pueblo. ¡Ahora, por fin, Li Shimin, el emperador Tang y Bo-le, el verdadero criador de caballos están codo con codo! Usted y el señor Zhou Bao, uno de los nueve editores de renombre de China, han reconocido mi talento. Siento la alegría desenfrenada del poeta Du Fu cuando empaquetó sus libros para volver a su hogar que había sido destrozado por la guerra. ¿Cómo celebrarlo? Nada mejor que con vino, por lo que he sacado una botella del genuino Du Kung del mueble bar, le he quitado el corcho con los dientes, he sujetado la boquilla con los labios mientras echaba la cabeza para atrás y me he acabado toda la botella sin respirar. Tambaleándome de felicidad, como si flotara en el aire, he cogido la pluma para escribir a mi estimado mentor, en busca de una majestuosa caligrafía; me desbordaba la inspiración como la marea alta, se extendía como la cola de un pavo real, brotaba como cientos de flores en primavera.

Muy señor mío, usted ha sacado tiempo de su apretada agenda para dedicarle a mi humilde trabajo «Avenida del burro» una lectura seria, lo que me ha conmovido y emocionado tanto que mi cara está bañada en lágrimas de la emoción y gratitud. Ahora, permítame que le responda a cada uno de los puntos que menciona en su carta.

1. El pequeño demonio que da tantos problemas en ese lugar de mi relato en el que comen niños es una persona real de la Tierra del vino y los licores. Algunos de los más terribles oficiales de por aquí están tan corruptos que violan el mayor tabú del mundo y comen bebés. Me lo contó mi suegra, antigua profesora asociada de la Academia Culinaria y exdirectora del Centro de Investigación Culinario. Me dijo que hay un pueblo en las afueras de la Tierra del vino y los licores especializado en producir carne de niños pequeños, un lugar donde los aldeanos no le dedican ni un segundo a este problema. Venden la carne de los niños como si estuvieran comercializando cerdos gordos, sin sentir ni un mínimo dolor de estómago ni de conciencia. No creo que mi suegra mintiera sobre algo así. Dado que ella no gana nada, ni fama ni beneficio alguno mintiéndome ¿por qué lo iba a hacer? No, ella nunca, en absoluto, mentiría. Sé que mi afirmación tiene serias consecuencias y que me puedo meter

en problemas si esto se publicara. Pero usted me ha enseñado que un escritor debe dar la cara al mundo de manera valiente, arriesgándose a morir o a ser mutilado con el fin de destronar al emperador corrupto. Por eso he seguido adelante, sin preocuparme por mi propia seguridad. Por supuesto, también sé que las obras literarias «deberían partir de la realidad para sobrevolarla y que deberían crear personajes típicos en circunstancias típicas» así que he hecho que la imagen del pequeño demonio fuera más rica, añadiendo algo de aceite por aquí, un poco de vinagre por allá y unas cuantas especias gourmet aquí y allí. El niño de piel escamosa fue un pequeño héroe que iba por la Tierra del vino y los licores como una sombra realizando muchas acciones buenas, eliminando la maldad y erradicando el mal, robando a los ricos para dárselo a los pobres. Ha tratado de ayudar a todos los granujas de la Avenida del burro, que le tratan como a un dios. Todavía no he tenido la oportunidad de contemplar su majestuoso semblante, pero eso no prueba que no exista. Mucha gente de la Avenida del burro le ha visto y todo el mundo de la Tierra del vino y los licores lo conoce. Cualquiera cosa que haga por la noche, sea donde sea, se sabe al día siguiente en todas partes. Siempre que se menciona su nombre los ricos rechinan los dientes, el resto de los ciudadanos están muy contentos, y al director de la Seguridad Pública le dan constantes calambres. Muy señor mío, la existencia de este héroe es una consecuencia natural del desarrollo social; su comportamiento valiente, de hecho, ha logrado el objetivo de tranquilizar a la gente y de descargar su ira, que ha causado un incremento en la estabilidad y solidaridad social. Su existencia ayuda a reparar las leyes imperfectas que benefician a aquellos que están en el poder. ¿Por qué cree que la gente no se ha enfrentado a la élite corrupta de la Tierra del vino y los licores? Por el niño de piel escamosa, por eso mismo. Todo el mundo espera que castigue a esos oficiales corruptos. Ser castigado por él significa ser castigado justamente, lo que significa ser castigado por el pueblo. El niño de piel escamosa se ha convertido en la personificación de la justicia, el responsable de conseguir la voluntad de la gente, la válvula de presión de la ley y el orden. Si no fuera por él, la Tierra del vino y los licores estaría sumida en el caos. Puede que él no sea capaz de detener el carácter corrupto de los oficiales, pero puede reducir la ira de la gente. De hecho ha sido de una ayuda incalculable para el gobierno municipal de la Tierra del vino y los licores, pero irónicamente, algunos oficiales incompetentes han pedido que le arresten.

¿Son el pequeño demonio y el niño de piel escamosa la misma persona? Por favor perdone mi presuntuosidad pero creo que su pregunta es tremendamente *naif*. ¿Qué más da si son o no la misma persona? Si lo son ¿qué pasa? Y si no lo son ¿qué? El principio fundamental de la literatura es crear algo de la nada y de inventarse historias. Si le soy sincero mi creación no ha salido de la nada totalmente y no es completamente inventada. Desde mi punto de vista el niño de piel escamosa y el pequeño demonio son idénticos y opuestos al mismo tiempo. A veces uno se divide en dos y a veces dos se combinan en uno. Una separación larga termina en la unión, una larga unión lleva a la separación. El Paraíso actúa de esta manera, así que ¿por qué no puede ser igual en el mundo terrenal?

En su carta también afirma que las habilidades del niño de piel escamosa están descritas con tanta exageración que pierden su veracidad, una crítica que me resulta difícil de aceptar. En estos días que corren en los que se hacen descubrimientos científicos diariamente y los humanos pueden plantar semillas en la luna ¿cuál es el problema de volar por los tejados y caminar por las paredes? Hace veinte años pusieron en nuestro pueblo una película llamada *El ballet de la chica con el pelo blanco*, en el que la heroína caminaba sobre la punta de sus

pies. Nos lo tomamos como un reto: si ella puede caminar de puntillas, ¿por qué no podemos nosotros? ¡Es cuestión de práctica! Si no podemos aprender a hacerlo en un día, lo conseguiremos en dos; si dos no son suficientes, entonces tres; si tres días siguen sin ser bastante entonces ¿qué me dices de cuatro días o cinco? ¿Y si nos lleva seis o siete días? Ocho días después, con la excepción de Segundo Perro Li, un grupo entero de nosotros habíamos aprendido a andar de puntillas. Desde entonces nuestras madres se vieron obligadas a ponernos rellenos de algodón en las puntas de nuestros zapatos. Por lo que, si un grupo de niños sin mucho talento como nosotros pudo hacerlo, ¿qué me dice de un genio como el niño de piel con escamas que además encierra un gran odio dentro? El usa sus habilidades como venganza; la mitad de su esfuerzo produce doble resultado.

No para de hablar de las novelas de kung-fu, pero yo no he leído ninguna, y no tengo ni idea de quién es Jin Yong o Gu Long. Yo sólo trabajo con literatura del estilo de Gorki y Lu Xun; siguiendo el estricto, único y verdadero método de «combinar realismo revolucionario con romanticismo revolucionario». Nunca he dado un paso adelante por capricho, ni una sola vez. Nunca haría algo que me requiriese sacrificar mis principios para agradar a unos cuantos lectores. Por otra parte, dado que hasta un serio novelista como usted ha caído bajo el encanto de las novelas de kung-fu, su discípulo —ese soy yo— definitivamente se leerá alguna. A lo mejor saco algún beneficio de ellas. Y en relación con la escritora que menciona, creo que vi su nombre en el servicio público de alguna parte.

Aparentemente a ella le gusta escribir historias de «pilares ensangrentados saliendo de la tierra», con fuertes connotaciones sexuales. No he leído nada suyo. Cuando saque tiempo compraré una o dos de sus novelas para leerlas en el baño. Ivan Michurin^[9] dirigió un burdel en el jardín de Dios. ¿Se atrevería Hermana Mayor Hua, que lleva la corona de laurel del escritor en la cabeza, a abrir un burdel en el jardín ficcional del socialismo?

2. Está preocupado de que mi famoso plato de la Avenida del burro «Dragón y fénix felizmente juntos» atraiga las críticas. Por favor perdone mi arrogancia, pero creo que Mo Yan tiende a protestar demasiado. ¿Qué tiene de desagradable un plato que hasta los críticos más famosos y los músicos de renombre de Beijing comen en cuanto tienen la oportunidad? Lo que estamos buscando es belleza, nada más que belleza. La belleza no es real si no podemos crearla. Crear belleza con belleza tampoco es belleza verdadera. La belleza verdadera se alcanza transformando la fealdad en belleza. Esto tiene dos niveles de significado. Deje que me explique. Primero, no hay belleza en meter la polla de un burro dentro del coño de una burra y ponerlos juntos en un plato, porque es tan oscuro como la noche, increíblemente asqueroso, y apestoso como el demonio. Nadie se lo comería, eso por descontado. Pero el chef de la taberna Yichi los lava en agua fresca tres veces, los remoja en el agua cubierta de su propia sangre tres veces y los hierva tres veces en agua con gas. Entonces separa el pene de los nervios, arranca el pelo púbico y luego fríe ambos con aceite. A continuación los hierva a fuego lento en una cazuela de barro, los cuece al vapor en una olla a presión, después los trocea con maña, les añade extraños condimentos, decora el plato con los corazones de col y, *voilà*, el órgano masculino se ha transformado en un dragón negro y el órgano femenino en un fénix negro. Un dragón y un fénix besándose y copulando, enroscados entre una variedad de rojos y morados. Impregnan el aire con su aroma y tienen un aspecto tan vivo que es un regalo para la mente y la vista. ¿Eso no es transformar lo feo en lo hermoso? Segundo, «polla de burro» y «coño de burra» son términos vulgares que

despiertan la imaginación de los pusilánimes, para criticar de manera salvaje. Por eso he cambiado el nombre del primero en «dragón» y el del segundo en «fénix». El dragón y el fénix son tótems de la raza china, símbolos sagrados y hermosos que tienen demasiados significados para mencionarlos. ¿No ve que esto también es transformar lo feo en lo hermoso?

Muy señor mío, de repente me he dado cuenta de lo similar que es el proceso de hacer que el plato de la Avenida del burro sea el más famoso de la Tierra del vino y los licores con el proceso creativo de la literatura y de las artes. Los dos parten de la vida pero la trascienden. Ambos transforman la naturaleza en beneficio del mundo humano. Ambos elevan lo vulgar a lo sublime, convierten el deseo sensual en arte, convierten el cereal en alcohol, y convierten el dolor en poder.

Muy señor mío, no voy a cambiar este plato, a pesar de las tácticas que utiliza para persuadirme y meterme miedo.

Creo que «Éxtasis» y «Langosta roja» son sus dos mejores trabajos. Esas personas que le critican lo hacen porque se han comido demasiadas placentas y tantos bebés que les ha subido la temperatura y se les ha quemado el cerebro. ¿Por qué preocuparse de lo que dicen? El jefe de la Asociación de Escritores de la Tierra del vino y los licores es uno de esos tipos que no pueden funcionar si no se come una placenta todos los días. Se bebe una sopa que es una mezcla de placenta y huevos de pato, un bol entero. Por eso sus ensayos están llenos «de un gusto humano».

3. Muy señor mío, Yu Yichi es tan misterioso que tengo miedo de él. Quiere que le escriba su biografía y me promete pagarme mucho dinero, por lo que tengo un conflicto interno. Dado que me anima a que escriba, me envalentono yo mismo y me sirvo una sopa de coraje. Pero ahora me gustaría más que nunca que los dos colaboremos. Usted es muy famoso por lo que, si me ayudase con la escritura, Yu Yichi se pondría tan contento que su culo se menearía como un péndulo. No sabe lo gracioso que es cuando menea el culo, pero para que se lo imagine piense en un pequeño pequinés retozando en la nieve. Tiene los bolsillos muy llenos y nunca es tacaño con su dinero, por lo que usted se vería ampliamente recompensado por su esfuerzo. En cualquier caso debería venir a visitar la Tierra del vino y los licores, darse una vuelta para verla con sus propios ojos. Creo que favorecería a su obra, igual que algunos piensan que un banquete de carne de bebé favorece a la salud. No importa lo que se imagine, tiene que venir a la Tierra del vino y los licores y descubrirlo, aunque sea porque si no, no va a probar «Dragón y fénix felizmente juntos».

4. En cuanto al inicio de la parte de «La Avenida del burro», dado que ha elogiado su grandilocuencia, ¿qué hay de malo en un poco de «sinsentido»? Hay muchísimas publicaciones llenas de pésimos trabalenguas hoy en día así que ¿por qué debería «borrar totalmente» mi «grandilocuente sinsentido»? No estoy dispuesto y no soy capaz de aceptar su sugerencia.

5. El padre de las dos gemelas enanas es de hecho un líder del gobierno central así que ¿por qué me pide que le baje de categoría? Además, aunque quisiera hacerlo y mandarlo a la

cima de un pueblo perdido de las montañas ¿él lo aceptaría? Seguro que lucharía conmigo hasta que uno de los dos muriera. Además, desde que la literatura y el arte son, después de todo, ficción, si la gente quiere identificar los personajes con la vida real déjeles. Eso no es un problema. ¿Y si me cuesta la vida su ira?... Bueno, una vida por una vida, qué le vamos a hacer. «Un soldado verdadero no tiene miedo a la muerte, por lo que no trate de asustarle con ello. La decapitación es como si el viento se lleva un sombrero. En veinte años volveré a ser un héroe».

Muy señor mío, por favor mándele mis saludos a Zhou Bao y Li Xiaobao, y pregúnteles a los dos caballeros si necesitan algún licor del bueno. Además, en octubre, la Tierra del vino y los licores va a celebrar su Primer Festival Anual de Licor del mono, una ocasión excepcional no sólo en la Tierra del vino y los licores sino en todo el resto de China. Licores añejos de todo el mundo estarán disponibles para los individuos valientes de todos los rincones para que se lo beban y lo disfruten. Todos los manjares de este mundo le esperan —Mo Yan, mi mentor— y puede devorarlos en cuanto venga. Su familia también está invitada. Mi suegro, Yuan Shuangyu, es el Vicedirector del Comité Asesor Tecnológico de este Primer Festival Anual del Licor del mono, así que no le faltará de nada.

Deseándole una buena salud, su discípulo,

Li Yidou

Escrito en estado de embriaguez.

Capítulo 5



Ding Gou'er abrazó con fuerza a la camionera por la cintura y pegó los labios habilidosamente contra los suyos. Ella movió la cabeza para esquivar el beso, pero él la seguía con sus movimientos. Cada vez que giraba la cabeza, la neutralizaba con un beso. Y en mitad de estos forcejeos él le dio un mordisquito en sus carnosos labios. Ella balbuceó una serie de tacos: «¡Maldita sea! ¡Maldito!». Estas maldiciones las lanzó en mitad del mordisco de Ding Gou'er y fueron absorbidas por su lengua, sus encías y su garganta. Al investigador la experiencia le decía que los forcejeos no durarían mucho, que muy pronto la cara de la mujer se volvería roja y húmeda, que empezaría a respirar más fuerte, su estómago entraría en calor y se derretiría en sus brazos como un cachorro manso. Pero lo que en realidad pasó a continuación probó que se había desdibujado la diferencia entre lo general y lo específico. La mujer no estaba inhabilitada por la anestesia de su boca y su forcejeo no desistió porque él la estuviera morreando; de hecho, aumentó y se volvió más salvaje. La mujer le clavó las uñas en la espalda, le dio una patada en la pierna, le dio una patada en la ingle. Estaba encendida de la ira, como unas brasas, su aliento emanaba el olor de un licor fuerte. Increíblemente excitado, Ding Gou'er deseaba someter a su cuerpo a todo el abuso que fuera necesario con tal de no desprenderse del beso. Incluso trató de meter la lengua lo más profundo que pudo, pero la mujer tenía los dientes apretados. Eso fue un fallo.

Ding nunca imaginó que si la mujer dejaba de apretar la mandíbula sólo sería una trampa para que él metiera la lengua entre sus dientes. Entonces de repente la mujer le mordió y el investigador soltó un grito al sentir un dolor punzante que pronto se extendió por toda su lengua hasta cada parte de su cuerpo. Los brazos de Ding Gou'er soltaron a la conductora del camión y se apartó de ella, con un sabor nauseabundo aunque dulce, que emanaba de un líquido caliente y pegajoso que invadía su boca. Supo, cuando se tapó la boca con la mano, que esto significaba algo malo. De repente, no sentía la lengua. ¡Malas noticias! En la larga historia de conquistas del investigador este era su primer gran fracaso. ¡Jodida hija de puta!, maldijo para sí mismo, mientras se doblaba para escupir sangre. Las estrellas iluminaban el cielo pero el suelo estaba borroso; sabía que había escupido sangre, a pesar de que no podía ver el color de lo que había escupido. Lo que más le preocupaba era su lengua, por supuesto, así que con suavidad trató de tocarla con los dientes; menos mal que seguía en su sitio, pero enseguida notó un pequeño agujero en la punta. De ahí salía la sangre.

Ding Gou'er estaba enormemente aliviado porque esa mujer no le hubiera arrancado la lengua. Aun así había pagado un precio excesivo por esos besos. Tenía que darle una lección, ¿pero cómo?

Ding estaba de pie a menos de medio metro, mirándola tan de cerca que podía oír su respiración. Sintió cómo se le acaloraba el cuerpo debajo de su fina camisa. Ella le miraba fijamente, con la cabeza erguida, y ahora estaba blandiendo una llave inglesa. Bajo la luz resplandeciente de las estrellas se dio cuenta de la expresión de furia de la viva cara de la mujer. Parecía la expresión de una niña pequeña y traviesa. Con una risa sarcástica Ding Gou'er murmuró:

—Tienes los dientes bien afilados.

Ella respiraba de manera entrecortada.

—Me he contenido —dijo—. Puedo morder el acero.

Este breve y corto diálogo iluminó el estado de ánimo del investigador criminal. El dolor de su lengua se había convertido en una ligera molestia. Alargó la mano para darle una palmadita en el hombro, pero ella dio un salto hacia atrás en un gesto de autodefensa, levantó el puño con todas sus fuerzas sobre su cabeza y gritó:

—¡Cómo te atreves! ¡Tócame y te abro la cabeza!

—No voy a pegarte, cachorrillo —dijo, apartando rápidamente la mano—. No me atrevería. Vamos a hablar las cosas pacíficamente, ¿qué opinas?

—¡Echa el agua en el radiador! —le ordenó sin apenas aliento.

A medida que el aire de la noche caía con más fuerza, Ding Gou'er sintió un escalofrío. Al levantar el cubo y llenar el radiador, tal y como le había mandado, de repente se vio envuelto en una nube de vaho del motor. Eso le hizo entrar en calor. El agua empezó a borbotear nada más entrar en el radiador, lo que le hizo acordarse de un buey sediento bebiendo agua a lengüetazos. Una estrella fugaz rajó la Vía láctea, los insectos emitían sonidos por todas partes y el ruido de las olas rompiendo contra la orilla lejana viajaba con el viento.

Una vez de vuelta a la cabina del camión miró a las luces de la Tierra del vino y los licores y se apoderó de él un sentimiento de soledad, como un cordero que se ha perdido de su rebaño.

Mientras descansaba en los cojines acolchados del sofá de la camionera, Ding Gou'er se sentía completamente intoxicado y hechizado. Su ropa empapada en sudor, calada de alcohol, estaba fuera, en el balcón, y continuaba enviando su hedor al vasto cielo. Su cuerpo estaba recubierto de un albornoz amplio, suave y calentito. Su pequeña pistola, junto con una docena de balas cuidadosamente colocadas en la recámara, descansaba en la mesa, la boca de

la pistola emitía unos destellos azules; los cartuchos brillaban con un color dorado. El investigador criminal estaba recostado en el sofá, sus ojos eran tan estrechos como dos rendijas; escuchaba los sonidos de unos chapoteos que venían del baño y trató de imaginarse el agua caliente resbalando por los hombros y los senos de la camionera en la ducha. Todo lo que pasó después de que le mordiera la lengua fue como un sueño. Él no pronunció otra palabra después de subirse al camión, ni ella tampoco. En su lugar había puesto su atención de manera consciente y mecánica en el rugido del motor y en el sonido de los neumáticos en la carretera. El camión iba a toda prisa por la autopista en dirección a la facultad. Unas luces rojas, unas luces verdes, giros a la izquierda, giros a la derecha. Entraron en la Universidad de Destilación por una puerta lateral y dejaron el camión en el aparcamiento. Ella se bajó primero; él la siguió. Cuando ella caminó, él hizo lo mismo; cuando ella se paró él también se paró. Aunque todo era un poco extraño, de alguna manera parecía completamente natural. Podría haber sido su marido o su novio, dado el modo en el que entraban en el apartamento. Luego, después de digerir felizmente el maravilloso almuerzo que ella le había preparado, se recostó en el sofá y le dio unos sorbos a un vaso de vino, disfrutando las vistas de su salón bien amueblado y esperando ansioso a que ella saliera de la ducha.

De vez en cuando el dolor agudo de la lengua le hacía volver a estar vigilante. A lo mejor esta mujer tramaba una trampa, a lo mejor aparecería un hombre feroz de repente, porque era evidente que en esta casa había vivido un hombre. ¡Y qué! ¡No me pienso ir, ni siquiera aunque aparezcan los dos hombres más feroces del mundo! Ding Gou'er se acabó el vaso de vino y se sumió en unas dulces meditaciones.

Ella salió de la ducha con un albornoz de color crema y unas chanclas de baño de un rojo vivo. Era una mujer que sabía cómo caminar, se contoneaba de manera seductora como una bailarina exótica. El suelo de madera crujió bajo sus pies. Estaba bañada en la luz dorada de la lámpara. El pelo húmedo le cubría la cabeza, que era bonita y redonda, como una calabaza de formas perfectas que brillaba a la vez que flotaba sobre su albornoz, bajo el halo de luz. «Aférrate a la prosperidad con una mano y aparta la indecencia con la otra». Curiosamente, este eslogan popular le vino de pronto a la mente. Ella estaba de pie enfrente de él, con los pies cruzados y su albornoz atado pero sin apretar. Tenía una marca de nacimiento que parecía un ojo en el muslo blanco como la nieve. Los dos montículos de carne que sobresalían de su pecho también eran blancos. Ding Gou'er estaba ahí recostado, con los párpados pesados, disfrutando de las vistas y sin mover un músculo. Todo lo que tenía que hacer era alargar la mano y tirar del cinturón del albornoz de la camionera para que se mostrara ante él completamente desnuda. Su pose era la de una mujer de sangre noble más que la de una camionera. Una vez examinada la casa y los muebles, el investigador estaba seguro de que su marido no era un don nadie. Ding Gou'er encendió otro cigarrillo, estudiando cuál era el cebo de la trampa.

—Mucho mirar y poca acción —comentó la camionera molesta—. ¿Qué tipo de miembro del Partido Comunista eres?

—Así es cómo los comunistas secretos tratan a las agentes de policía.

—¿En serio?

—En las películas.

—¿Eres un actor?

—Estudio para ser uno.

Lentamente la mujer se desabrochó el cinturón del albornoz, que cayó alrededor de sus pies cuando encogió los hombros. La frase que le vino a la mente a Ding Gou'er fue: «Delgada y elegante».

Cubriéndose los senos con las manos le preguntó:

—¿Qué opinas?

El investigador contestó:

—No está nada mal.

—¿Y ahora qué?

El investigador continuó observándola.

Ella cogió la pistola, la cargó con una mano de manera experta y entonces dio un paso hacia atrás para poner algo de distancia entre ellos. La luz de la lámpara era tenue, revestía su cuerpo de oro. No todo el cuerpo, por supuesto; las aureolas que rodeaban sus pezones eran de un rojo oscuro y sus pezones dos dátiles de un rojo brillante. Lentamente levantó el arma, hasta que apuntó a la cabeza del investigador.

Él se estremeció un poco, tenía los ojos fijos en la boca de la pistola, que era de un azul metálico, y en el agujero negro al final del arma. Ding Gou'er estaba acostumbrado a apuntar con la pistola a las cabezas de otras personas, siempre era el gato que observaba al ratón retorcerse bajo sus afiladas garras. La mayoría de estos ratones, que plantaban cara a la muerte, temblaban del miedo y se hacían pis en los pantalones. Sólo unos pocos fingían estar tranquilos y aun así les temblaban los dedos o se les arrugaba la comisura de la boca, completamente aterrados. Ahora el gato se había convertido en ratón; el juez era ahora el ser juzgado. El investigador estudió su propia pistola, como si fuera la primera vez que la veía. Su brillo, como el de una baldosa azul brillante, era tan fascinante como el aroma de un vino añejo. El contorno liso de la pistola hacía gala de una maléfica belleza. En ese momento ella era Dios, era el destino, era la Muerte. Su mano pequeña y pálida apretaba la empuñadura tallada, su dedo índice, largo y fino, descansaba sobre el gatillo, a tan sólo un movimiento de apretarlo. La experiencia le decía que una pistola no era una pieza de hierro fría sino un objeto con vida, con pensamientos, sentimientos, cultura y moralidad. Detrás de ella hay un alma enriquecida: es el alma del que sujeta el alma. Sin darse cuenta este pensamiento le relajó tanto que ya no prestaba atención a la boca de la pistola, de la que estaba a punto de salir la bala. El investigador le dio una calada lentamente a su cigarrillo.

Una brisa otoñal entró por el jardín, abombando suavemente las cortinas de seda. Unas gotas de vaho del techo del baño caían de manera ruidosa en la bañera. Observó a la camionera como un aficionado de arte contempla un cuadro de un museo. Para su sorpresa descubrió que esa mujer desnuda que sujetaba el arma podía llegar a ser increíblemente sexy. En ese momento, la pistola ya no era un mero revólver, sino un órgano de conquista sexual. Ding Gou'er nunca había sido uno de esos comunistas que pueden ignorar la presencia de una mujer. Tal y como hemos visto era un amante del sexo. Ahora, para añadir más detalles a la imagen, hay que decir que tenía el récord de encuentros esporádicos. En otros tiempos hubiese sujetado a este corderito entre sus brazos, como si él fuera un tigre feroz que ha bajado embistiendo por la montaña. Lo que le hizo pararse a pensar y reflexionar esta vez fue: Uno, desde que había llegado a la Tierra del vino y los licores se había sentido atrapado en un laberinto, confuso y paranoico. Dos, todavía le dolía la punta de la lengua. Enfrentándose a esta mariposa demoníaca, a esta mujer de personalidad tan extraña, no se atrevía a hacer un movimiento brusco, sobre todo dado que su cabeza era el blanco de la pistola. ¿Había alguna garantía de que este demonio no apretara el gatillo? Desde luego que es mucho más fácil que morder a alguien; además es civilizado, moderno, y lleno de romanticismo. El contraste entre la casa espaciosa y bien decorada en la que vivía la mujer y el trabajo tan burdo que realizaba le dejaron perplejo. Casi pierdo la lengua por culpa de unos besitos. ¿Qué hubiera pasado si...? ¿Quién puede garantizar la seguridad de tus partes nobles? Suprimiendo sus «inclinaciones promiscuas burguesas» y despertando su «increíble actitud proletaria» se sentó ahí, firme como el Monte Tai, mirando a la mujer desnuda y a la boca negra de la pistola. Estaba muy calmado, una mirada de completa serenidad le invadía la cara, y en cambio, en ese momento hubiese podido reclamar la fama de un héroe trágico, un héroe destinado a morir, un héroe que el mundo no ha visto antes. El investigador de pronto vio cómo la escena cambiaba.

La cara de la mujer del camión se enrojeció, sus pezones excitados temblaron, como las bocas voraces de animales diminutos. El investigador apenas podía controlar el lanzarse a ellos y morderlos. El dolor agudo de la lengua le mantuvo en su sitio.

Ella suspiró suavemente.

—Me rindo —dijo.

Bajó la pistola, la dejó en la mesa y levantó las manos de manera dramática.

—Me rindo —dijo otra vez—, tú ganas... —Con los brazos en el aire y las piernas abiertas, todo su cuerpo estaba disponible.

—¿Cómo puedes mostrarte tan indiferente? —le preguntó al investigador exasperada—. ¿Soy demasiado fea para ti?

—No, eres muy guapa —contestó con languidez.

—¿Entonces por qué actúas así? —La mujer adquirió un tono de burla—. ¿No estarás castrado, no?

—Tengo miedo de que me la muerdas y me la cortes.

—Las mantis religiosas macho mueren cuando montan a las hembras, pero eso no impide que lo hagan.

—No me digas eso. Yo no soy una mantis religiosa.

—¡Eres un maldito cobarde! —dijo la mujer del camión enfurecida—. ¡Vete de aquí de una jodida vez! ¡Me voy a masturbar!

El investigador saltó del sofá y la cogió por detrás, agarrando uno de sus senos con la mano. Ella se echó hacia atrás, se dejó caer en sus brazos, ladeó la cabeza y le sonrió. A pesar de que no le apetecía besarla acercó su boca a la suya, pero en cuanto sus labios rozaron los labios abrasadores de la mujer unas punzadas de dolor volvieron a aparecer en su lengua.

—¡Ay! —gritó, apartando su boca y alejándose del peligro.

—No te voy a morder... —La camionera se dio la vuelta y empezó a desvestirle.

Prenda a prenda, la ropa interior del investigador acabó tirada por la habitación. Él trató de poner de su parte, como un viajero solitario al que le roba un bandolero. En primer lugar ella le quitó el albornoz y lo lanzó a la esquina de la habitación, a continuación le quitó los calzoncillos y la camiseta interior, tirándolos al brazo de la lámpara del techo. Ding Gou'er miró fijamente su ropa, de repente deseaba tener todas las prendas de vuelta. El anhelo de recuperarlas era muy fuerte. Quería «recuperar las capas de su cebolla sin pausa» por lo que saltó unos treinta centímetros desde el suelo. Las tocó con la punta de un dedo de su mano derecha, pero sus pies volvieron enseguida al suelo. Cuando volvió a saltar le frenó la pierna de la camionera, que le tiró al suelo, en el que acabó tumbado boca arriba.

Antes de que el investigador pudiera entrar en razón, la camionera estaba sentada a horcajadas sobre él. Le agarró de las orejas y empezó a saltar arriba y abajo, dejándole un tatuaje en la piel por culpa del roce. Ding Gou'er sintió como si le hubieran aplastado las tripas y gritó como si le estuvieran matando. Así que la camionera estiró la mano, cogió un calcetín apestoso y se lo metió en la boca. Sus actos eran violentos y salvajes, no eran delicados o femeninos. Un sabor asqueroso y desagradable llenó la boca de Ding Gou'er; deseaba gritar. ¿Se suponía que eso era hacer el amor? Parecía la matanza de un cerdo. Justo cuando su consciencia le mandó la orden a sus manos de apartar a esta carnicera, ella le inmovilizó las muñecas en el suelo, como si adivinara lo que tenía en mente. Las emociones de Ding Gou'er eran una confusión general. Quería luchar y a la vez no quería. Acabamos de ver por qué quería luchar. Y para descubrir por qué no quería luchar no tenemos más que mirar entre sus piernas, donde sufría una mezcla de tentación y pasión. Así que el investigador cerró los ojos y dejó su destino en las manos de Dios.

Y esto es lo que pasó: mientras la mujer del camión, completamente excitada y sudorosa, se retorció y saltaba sobre su tripa, como un pez, una sonrisa vil erupcionó encima de su cabeza. Ding Gou'er abrió los ojos y casi se quedó ciego por una ráfaga de *flashes*,

seguida inmediatamente por una serie de sonidos de fotos, y finalmente por el ruido de rebobinar dentro de la cámara. Ding Gou'er se incorporó y le pegó un puñetazo a la cara llena de pasión de la camionera. Su puntería fue perfecta; acompañada con un fuerte ruido y un frenesí de *flashes*, ella se cayó hacia atrás por el impacto y sus hombros aterrizaron en los pies del investigador, que apuntaban al techo. Tenía la tripa desnuda y sus piernas escondían deliciosos secretos. Cada vez había más *flashes*, un sinnúmero de fotos captaban a la camionera y a él en esa postura comprometida, desde todos los ángulos. El responsable colaboraba con ella.

—Está bien, Camarada Ding Gou'er, investigador criminal, es hora de que tengamos una conversación cara a cara —dijo Diamante Jin burlonamente mientras metía el carrete de fotos en su bolsillo, cruzaba las piernas y se sentaba cómodamente en el sofá. Tenía un tic en la mejilla derecha cuando hablaba, lo que Ding Gou'er encontraba bastante desagradable. El investigador empujó a la camionera, que estaba aturdida, para separarse de ella y trató de levantarse, pero sus piernas estaban tan temblorosas que parecía parálítico.

—¡Esto es genial! —dijo Diamante Jin, a la vez que le temblaba la mejilla—. Un investigador con increíbles responsabilidades paralizado de cintura para abajo por agotamiento sexual.

Ding Gou'er miró fijamente a la cara atractiva y cuidada de este hombre. Enseguida sintió unas llamas de ira acumularse en su pecho y que se extendían por todo su cuerpo; era como si de repente miles de insectos diminutos hubieran cobrado vida debajo de la piel de sus piernas. Se apoyó en los brazos y de alguna manera consiguió ponerse de pie, aunque seguía sin fuerza en las piernas. Sus arterias taponadas se abrieron de golpe y a la vez que empezó a andar narró sus propias acciones:

—El investigador se levanta y flexiona los brazos y piernas. Coge una toalla de mano y se seca el sudor del cuerpo, incluida su tripa, manchada por las secreciones sexuales de la mujer o la amante de Diamante Jin, el subdirector del Departamento de Propaganda de la Tierra del vino y los licores. Mientras se seca su cuerpo desnudo se arrepiente de los miedos que tenía un momento antes. No he cometido ningún crimen, excepto caer en una trampa que me han tendido unos criminales.

Ding Gou'er lanzó la toalla de mano al aire y observó cómo caía en el suelo, enfrente de Diamante Jin, al que le temblaba la mejilla frenéticamente y al que se le había vuelto la cara del color del acero.

—Eso que tienes ahí es toda una mujer —dijo Ding Gou'er—. Es penoso que se haya juntado con escoria como tú.

El investigador criminal permaneció ahí de pie, esperaba que Diamante Jin explotara de la ira. Pero el hombre simplemente rompió en carcajadas, risotadas muy extrañas, que hicieron que Ding Gou'er se asustara.

—¿De qué te ríes? —le preguntó—. ¿De verdad crees que puedes enmascarar los

sentimientos de culpa riéndote?

Diamante Jin paró abruptamente de reírse, se sacó un pañuelo del bolsillo para secarse las lágrimas y dijo:

—Te voy a hacer una pregunta simple, Camarada Ding Gou'er, ¿no serás tú el que estás preocupado y te sientes culpable? Has logrado colarte en mi casa y violar a mi mujer, de lo que tengo pruebas más que evidentes. —Le dio una palmadita al bolsillo en el que estaba el carrete de fotos—. Eres un representante de la ley —prosiguió—, que no sólo rompe la ley sino que eres culpable de un serio delito. —Cogió aire por la comisura de su boca—. Ahora, dime, ¿quién de los dos se siente culpable? —preguntó con sorna.

Ding Gou'er rechinó los dientes.

—¡Tu mujer me ha violado a mí!

—¡Eso es la cosa más inverosímil que he oído jamás! —dijo Diamante Jin, con su mejilla todavía temblando—. ¡Un fornido maestro de kung-fu armado violado por una mujer indefensa!

El investigador se giró para mirar a la mujer, que estaba de rodillas en el suelo de madera, con la mirada perdida, como si estuviera en trance, le salía sangre de la nariz. Unos escalofríos recorrieron el corazón de Ding Gou'er cuando volvió a sentir el deseo irresistible de tener la tripa ardiente de la camionera pegada a su cuerpo. De pronto se dio cuenta de lo que había hecho y le empezaron a escocer los ojos, cada vez más acuosos. El investigador se arrodilló para coger el albornoz y lo usó para limpiarle la sangre de la nariz y la boca a la mujer. Ojalá no le hubiera pegado tan fuerte. Notó dos gotas de agua en el dorso de su mano. Unas lágrimas grandes y opacas se desprendían de manera ruidosa —*pi, pa, pa, pa*— de los ojos de la mujer.

Ding Gou'er cogió a la camionera en brazos, la tumbó en la cama y la tapó con una manta. Entonces de un salto cogió sus calzoncillos de la lámpara y se los puso. Después de eso abrió la ventana del balcón, recuperó el resto de su ropa y se vistió. La mejilla de Diamante Jin tembló al observar cómo Ding cogía la pistola de la mesa, echaba hacia atrás el martillo y se la guardaba en el cinturón antes de sentarse.

—Vamos a poner las cartas sobre la mesa —dijo Ding Gou'er.

—¿Qué cartas son esas? —respondió Diamante Jin.

—No te hagas el tonto conmigo —dijo Ding Gou'er.

—No me hago el tonto, es que estoy dolido —dijo Jin.

—¿Dolido de qué? —preguntó Ding.

—¡Dolido por el hecho de que la élite de nuestro partido haya producido un degenerado como tú!

—Soy un degenerado porque me he dejado seducir por tu mujer. Puede que eso sea depravación, pero hay gente que cocina y come bebés. ¡No me llames degenerado si ni siquiera eres humano! ¡Lo que hacéis sí que es una bestialidad!

—*Ja, ja, ja* —Diamante Jin aplaudió y se rio alegremente—. Esto es simplemente como *Las mil y una noches* —dijo cuando por fin terminó de reírse—. Lo único que tenemos en la Tierra del vino y los licores es un plato culinario muy famoso, de gran imaginación y creatividad. Miembros del gobierno central lo han probado, igual que tú. Por tanto, si somos unas bestias caníbales, tú también lo eres.

Con una sonrisa sarcástica Ding Gou'er dijo:

—Si tienes la conciencia tranquila, entonces ¿por qué has considerado necesario tenderme una trampa sexual?

—¡Sólo la escoria de la Procuraduría General tiene la perversa imaginación de salir con un comentario como ese! —contestó Diamante Jin enfadado—. Ahora me gustaría saludar a su majestad de parte de nuestro Comité del Partido y del gobierno municipal: Te damos la bienvenida, investigador Ding Gou'er de la Procuraduría General, a nuestra tierra. Estamos preparados para ofrecerte todo tipo de ayuda.

—Sabes que podrías interceder en mi investigación si quisieras —dijo Ding Gou'er.

Diamante Jin dio una palmadita a su bolsillo.

—Lo que tenemos aquí, para ser precisos, son dos fornicadores. Pero a pesar de que tu comportamiento ha sido despreciable, no has infringido ninguna ley. Y a pesar de que tengo el poder para mandarte a rastras a tu casa, como un perro vagabundo, los intereses individuales tienen que subordinarse a los intereses públicos, así que no te detendré en tu misión.

Diamante Jin abrió el mueble bar, sacó una botella de Maotai, le quitó el tapón, y sirvió dos vasos muy altos, de modo que vació la botella. Le ofreció uno a Ding Gou'er y le propuso un brindis.

—¡Por una exitosa investigación! —dijo, chocando el vaso con Ding Gou'er. Echó la cabeza para atrás y se bebió el licor de un trago. Sujetando ahora el vaso vacío, miró fijamente a Ding Gou'er, con el tic en la mejilla y los ojos brillantes.

La imagen de ese temblor en la mejilla enfureció a Ding Gou'er, quien levantó el vaso y se bebió hasta la última gota, pasase lo que pasase.

—¡Bien hecho! —gritó Diamante Jin dando el visto bueno—. ¡Ahora te estás

comportando como un hombre de verdad! —Volvió al mueble bar y sacó varias botellas de licor, todas de renombradas marcas—. Vamos a ver quién es mejor de los dos —dijo, apuntando a las botellas, que abrió hábilmente una a una y empezó a servir las. El licor emanaba una fuerte fragancia y volvió el ambiente aromático—. ¡Quién no beba es un hijo de puta! —Ahora a Diamante Jin le temblaba la mejilla de manera incontrolable. De repente había abandonado su elegancia a favor de un aspecto más rudo—. ¿Eres capaz? —le retó a Ding Gou'er a la vez que echaba la cabeza para atrás y vaciaba el vaso. El tic de la mejilla cada vez era mayor—. ¡Algunas personas preferirían que las llamasen hijas de puta antes que beber un poco de alcohol!

—¿Quién ha dicho que no voy a beber? —Ding Gou'er cogió su vaso. *Glu, glu*, acabó con él en cuestión de segundos. Un tragaluz se abrió en su mente y su consciencia se transformó en una mariposa demoníaca del tamaño de un abanico con forma de luna; empezó a bailar bajo la luz de la lámpara. «Claro que voy a beber, que os jodan, a todos vosotros, me voy a beber hasta la última gota de la Tierra del vino y los licores...», pensó. Vio cómo se le agrandaba la mano hasta alcanzar el tamaño de una alfombra de oración. De repente notó que le salía de las manos una masa de dedos y que iba directa a coger las botellas de licor. En cuestión de segundos las botellas se encogieron y se hicieron tan pequeñas como clavos o alfileres. Entonces como por arte de magia se hincharon y se hicieron grandes como cálices, cubos de metal o mazos. La luz de la lámpara cambió, la mariposa dio volteretas en el aire. Lo único que no cambió fue el tic de las mejillas de Diamante Jin. «¡No voy a parar de beber!». El alcohol lubrica como la miel. Su lengua y su garganta se sentían inimaginablemente bien, mejor de lo que pueden describir las palabras. «¡Beberé y beberé!». Se tragó el licor tan rápido como pudo, entonces sintió que el líquido transparente se deslizaba con suavidad por su garganta. Su estado de ánimo se elevó en el aire, siguiendo las curvas de la pared.

Diamante Jin se movió lentamente bajo la luz de la lámpara y luego se fue de manera abrupta, como una cometa. La expresión de su cara destrozó el aura dorada de la habitación, como un sable de cuchilla afilada.

La mariposa multicolor parecía agotada; sus alas se volvieron cada vez más pesadas, como si cargaran el rocío de la mañana y sus antenas no paraban de temblar. Finalmente la mariposa de su consciencia rebotó en uno de los brazos de la lámpara de araña y aterrizó de golpe en el suelo.



Estimado Mo Yan

Me preocupa no haber sabido de usted desde hace ya tiempo. ¿Es porque en mi última carta me he excedido con la modestia? ¿Le ha disgustado algo de lo que he escrito? Si es así entonces este discípulo suyo está abrumado, aterrorizado e incluso temeroso de sudar; se siente culpable de un delito grave y es merecedor de miles de muertes. «Un verdadero caballero perdona las nimiedades de un hombre insignificante y la mente abierta de un ministro inteligente sabe perdonar». Por favor no tenga en cuenta lo que hace un niño como yo. No quiero perder su afecto. Desde ahora en adelante haré caso de lo que dice y nunca más volveré a discutir con usted.

Si realmente cree que «Dragón y fénix felizmente juntos» tiene tendencias burguesas liberalizadoras, lo quitaré de mi relato «Avenida del burro», y ya está. También puedo buscar al propietario Yu de la taberna Yichi y pedirle que quite el plato del menú. Hace unos días, cuando le hablé de usted, se le iluminaron los ojos. Me preguntó: «¿Es el escritor de *Sorgo rojo*?» Le dije: «Sí, es él, mi mentor». Dijo: «Tu mentor es un verdadero canalla que siempre es fiel a su palabra. Le aprecio mucho». Le dije: «¿Quién te crees que eres llamando a mi mentor canalla?». Pero dijo: «Para mí eso es un piropo. En un tiempo en el que la hipocresía está en todas partes, “un verdadero canalla que es fiel a su palabra es tan raro como el oro”. Muy señor mío, no podemos usar la lógica ordinaria con gente extraordinaria. Este señor Yichi es un verdadero excéntrico, un verdadero misterio. No se ofenda porque habla como un rufián».

Le he dicho que le he pedido que me ayude con su biografía y estaba encantado. Dijo que sólo Mo Yan estaba preparado para escribir su biografía. Cuando le pregunté por qué, dijo: «Porque Mo Yan y yo somos chacales sacados de la misma guarida». A lo que yo le rebatí: «Mo Yan es uno de los mejores escritores de su época. ¿Cómo puede un enano como tú compararse con él?». Con una sonrisa burlona dijo: «Llamarle chacal sacado de la misma guarida es un gran elogio dicho por mí. ¿Sabes a cuánta gente le gustaría ser considerada un chacal sacado de la misma guarida que yo aunque no lo son?».

Muy señor mío, espero que no se ponga a su altura. Hoy en día todo está patas arriba, hasta la belleza número uno de la Tierra del vino y los licores, la presentadora de nuestro programa de televisión local, se ha acostado con él. Esto, como puede ver, requiere cierta habilidad. El tiene dinero pero le falta la fama; usted tiene fama pero no tiene dinero. Hacen una combinación perfecta. Muy señor mío, no tiene que fingir que está por encima del

aspecto material, haga simplemente un pequeño trato con él. Le animo a que acepte el trabajo, que ganemos un montón de dinero del Pueblo y que cambie su imagen de pobre y rural.

Además, Yu Yichi es un individuo realmente inusual y eso seguro que le despierta curiosidad. Ahí tiene a un ser extraño y horroroso que no llega al metro de altura y que jura que se ha *foll...* a todas las mujeres hermosas de la Tierra del vino y los licores, y maldita sea, no sólo a esas sino que casi se ha *foll...* a todas. Por lo tanto, este es un misterio sobre el que hay que pararse a pensar. Con su genio literario y poderoso estilo narrativo *La vida de Yu Yichi* está obligada a ser un clásico. Me dijo que si quería venir a la Tierra del vino y los licores para escribir su biografía él le abastecerá con todo lo que necesite. Le alojará en el hotel de su taberna, el más fino de la Tierra del vino y los licores, le invitará a los mejores licores, cenará nuestra cocina más elaborada, fumará cigarrillos de importantes marcas, beberá el té más famoso. Incluso dijo —entre nosotros, ya sabe— que si busca otro tipo de placer hará lo que sea necesario para satisfacerle. Muy señor mío, si le preocupa el hecho de entrevistarle ya que exige mucho esfuerzo, estaré encantado de hacerlo por usted. No encontrará una oferta mejor ni aunque salga a buscarla. Así que por favor no lo dude ni un minuto más.

Muy señor mío, con el propósito de despertar más su entusiasmo y convencerle de que Yu Yichi es el típico vándalo adorable, he escrito un relato en forma de crónica, llamada «Yichi el héroe». Me gustaría saber su opinión al respecto. Si decide venir a la Tierra del vino y los licores para escribir la biografía, no es necesario que le mande el relato a ninguna revista. Me estaría haciendo un gran favor y no tendría nada con lo que devolverle su amabilidad. Así que le adjunto este relato como muestra de la gran estima que le tengo.

Deseándole una buena escritura, su discípulo

Li Yidou



Querido Hermano Mayor Yidou,

Tu carta y la historia cronológica de «Yichi el héroe» han llegado a salvo.

Tu última carta fue tremendamente franca. Admiro eso, por lo que no tienes nada que temer. No te pude contestar en el momento porque estaba fuera de la ciudad. Sigo sin noticias de tus relatos, y sólo te puedo aconsejar paciencia.

«Dragón y fénix felizmente juntos» sólo es un plato culinario. No tiene atributos de clase y por tanto no puede ser atacado por tener tendencias burguesas liberalizadoras. No es necesario que lo borres de «La Avenida del burro» y no tienes que quitarlo del menú de la taberna Yichi. Si algún día visito la Tierra del vino y los licores quiero probar ese plato de alta calidad culinaria mundial. La verdad es que sería una lástima no probarlo, y estúpido también. Y dado que alguien los va a comer, seguramente no hay una manera más civilizada de prepararlos que «Dragón y fénix felizmente juntos». Por último, aunque intentara quitarlo del menú, el propietario Yu no te lo permitiría.

Cada vez me interesa más el carácter de este Yu Yichi y, en principio, me encantaría trabajar con él en su biografía. El puede fijar el precio. Si quiere pagarme mucho lo aceptaré; si quiere pagarme poco también lo aceptaré; y si no quiere pagarme nada no importa.

No es el dinero lo que me atrae del proyecto, sino sus célebres experiencias. Tengo la vaga impresión de que Yu Yichi es la verdadera alma de la Tierra del vino y los licores y que encarna el espíritu de su clase: mitad ángel, mitad demonio. Revelar el mundo espiritual de ese individuo podría constituir perfectamente mi mejor contribución a la literatura. Quizá le podría enviar mi respuesta inicial al señor Yu.

Si quieres que te sea sincero no te voy a halagar por tu trabajo «Yichi el héroe». Lo llamas relato corto, pero para mí es un batiburrillo; lo mires por donde lo mires es un reflejo de las partes desperdigadas de un burro en la taberna Yichi. También incluyes una carta para mí, extractos de *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores* y las conversaciones incoherentes con el mismo Yu Yichi. Está tan fuera de los límites de la narración como un corcel celestial volando por el cielo completamente fuera de control. En el pasado me han criticado por estar fuera de control, pero en comparación contigo soy la personificación de la moderación. Vivimos en una era de estricta adherencia a las leyes y al orden, y eso engloba la narrativa de ficción. Por esa razón no voy a mandar tu manuscrito a *Literatura para los*

ciudadanos; estaría perdiendo el tiempo. Lo guardo por ahora y te lo devolveré cuando visite la Tierra del vino y los licores. Y acudiré a él, como me has sugerido, para usarlo como material de la biografía. Gracias por la generosa oferta.

Una cosa más: ¿Tienes una copia de *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores*? Si es así por favor mándamela tan pronto como sea posible. Puedes hacer una fotocopia si tienes miedo de que se pierda en alguna parte del camino. Te reembolsaré el coste de las fotocopias.

Deseándote

paz,

Mo Yan



«Yichi el héroe»

Li Yidou

«Por favor toma asiento, Doctor en vino y licores, así podremos tener una conversación seria», dijo Yu Yichi con una cercanía sospechosa cuando se sentó en su silla giratoria de piel. Su mirada y el tono de su voz eran como nubes en la puesta de sol, deslumbrantemente brillantes y en constante movimiento. Parecía un temible demonio, uno de esos claramente malvados, un caballero errante herético de las novelas de kung-fu. Me puso de los nervios cuando me senté en el sofá frente a él. «Pequeño canalla —bromeó—, ¿cuándo te has juntado para trabajar en mi biografía con ese terrible granuja de Mo Yan?». Yu Yichi se rio y sonó como el cacareo de una gallina que alimenta a sus polluelos. A pesar de que yo trataba de explicarme, de hecho sin reírme, le dije: «Él es mi mentor, tenemos una relación literaria. Hasta ahora no nos hemos visto cara a cara, uno de los mayores pesares de mi vida». Con un siniestro *je, je, je* dijo: «Mo no es el apellido de ese granuja de Mo Yan, que lo sepas. Su verdadero apellido es Guan, lo que le convierte en el descendiente número setenta y ocho de Guan Zhong, el primer ministro del estado de Qi durante el periodo de los Estados Enfrentados, o eso alega. Aunque en realidad es todo mentira. ¿Dices que es un escritor? ¿Piensas que es una especie de genio literario? Bueno, yo sé todo lo que hay que saber sobre él». Perplejo grité: «¿Cómo puedes saber todo lo que hay que saber de mi mentor?». A lo que respondió: «No hagas nada si quieres pasar desapercibido. Ese granuja es una mala persona desde que era un niño. Cuando tenía seis años incendió un cobertizo que tenía dentro todo el material de un equipo de producción de una película. Con nueve años se enamoró de una profesora llamada Meng y la seguía a todas partes a las que iba, lo que la inquietó muchísimo. Con once años robó y se comió unos tomates y le dieron una paliza cuando le pillaron. Con trece años, por robar unos nabos le obligaron a arrodillarse ante la estatua del presidente Mao y suplicar el perdón delante de más de doscientos trabajadores en un proyecto urbanístico público. Ese pequeño granuja es bueno a la hora de memorizar las cosas y se lo ha pasado bien entreteniéndolo a la gente con su humor, y su padre le dio tales

azotes que su culo se hinchó y acabó con un aspecto horroroso». «¡No te atrevas a mancillar el nombre de mi reverenciado maestro!», protesté muy alto. «¿Mancillar su nombre? ¡Todo lo que te he contado lo sé por sus propios escritos!», dijo con una maliciosa risa. «Y un podrido sinvergüenza es la persona perfecta para escribir mi biografía. Se necesita a un genio malvado como él para entender a un héroe malvado como yo. Escríbele y dile que venga a la Tierra del vino y los licores tan rápido como sea posible. No le trataré mal», dijo mientras se daba un golpe en el pecho. Muy seguro de sí mismo convirtió su silla giratoria de piel en un tiovivo. De repente le veía la cara y al segundo siguiente le veía la nuca. Veía su cara, su nuca, cara, nuca... Tenía una cara astuta y viva y su cabeza era una calabaza bien redondeada, llena de conocimiento. A medida que giraba más y más rápido empezó a levitar.

«Señor Yichi —dije—, ya he escrito a Mo Yan, pero no he recibido respuesta. Me preocupa que no quiera trabajar en tu biografía».

Con una sonrisa burlona dijo: «No te preocupes por eso, que lo hará. Hay cuatro cosas que necesitas saber de este pequeño granuja: primero, que le gustan las mujeres; segundo, que fuma y bebe; tercero, que siempre está apretado con el dinero, y cuarto que es un coleccionista de relatos de misterio sobrenaturales e inexplicables que incorpora en su propia ficción. Vendrá, claro que sí. Dudo que haya otra persona en este mundo que le conozca mejor que yo».

Mientras volvía a su asiento dijo mordazmente, «Doctor en vino y licores ¿qué tipo de “Doctor” eres? ¿Tienes alguna idea de lo que es el vino o el licor? ¿Un tipo de líquido? ¡Gilipollecas! ¿La sangre de Cristo? ¡Gilipollecas! ¿Algo que te pone contento? ¡Gilipollecas! El vino es la madre de los sueños, los sueños son los hijos del vino. Y hay otra cosa que encuentro relevante —dijo mientras rechinaba los dientes y me miraba—. ¡El vino y el licor son el lubricante de la maquinaria del Estado; sin ellos, la maquinaria no puede funcionar con suavidad! ¿Entiendes lo que digo? Sólo con mirarte a la cara sé que no lo entiendes. ¿Vas a colaborar con el cabroncete de Mo Yan para escribir mi biografía? Bien, entonces, os ayudaré, coordinaré vuestras actividades. Tenéis que saber que ningún biógrafo que merece el pan que se come debería gastar el tiempo haciendo entrevistas a individuos, dado que el noventa por ciento de lo que se recoge en ellas son mentiras y farsas. Lo que necesitáis hacer es separar lo real de lo irreal, llegar a la verdad viendo lo que hay detrás de todas esas mentiras y farsas.

Quiero que sepas una cosa, granuja —y se lo puedes transmitir al otro granuja de Mo Yan— este Yu Yichi tiene ochenta y cinco años. Una edad respetable ¿no crees? Me pregunto dónde estabais vosotros dos granujillas cuando yo estaba recorriendo el campo, viviendo de mi ingenio. A lo mejor estabais en las mazorcas de maíz, en las hojas de la col, en los nabos salados, o en las semillas de calabaza, en lugares como esos. ¿Está el granujilla de Mo Yan escribiendo *La República del vino*? Esa obra no es más que desvaríos de loco, de alguien que no tiene idea de sus propias limitaciones. ¿Cuánto licor ha tenido que beber para sentirse capaz de escribir *La República del vino*? ¡Y mira que yo he consumido más alcohol en mi vida que él agua! ¿Conoces la identidad del niño de piel escamosa que galopa sobre un corcel arriba y abajo de la Avenida del burro bajo la luz de la luna? Soy yo, el mismo. No me preguntes de dónde vengo. Mi hogar es un lugar iluminado por un sol cegador. ¿Qué?, ¿no

ves el parecido? ¿No crees que sea capaz de volar por los alerones de los tejados y caminar por las paredes? Permíteme que te haga una demostración, para que abras los ojos, si es que hace falta».

Mi estimado Mo Yan, lo que pasó a continuación es la clase de cosa que deja a una persona con la boca abierta, imposible que no se te salgan los ojos de las órbitas. Emanaron unos rayos de luz de los ojos aterradores del enano, como puñales brillantes, y con mis propios ojos le vi encogerse en su silla giratoria de piel y convertirse en una figura misteriosa que volaba por los aires, como una pluma. La silla seguía girando hasta que —zas—, llegó al final de la barra giratoria. Nuestro amigo, el héroe de esta narración, estaba en este momento pegado al techo. Sus cuatro extremidades, su cuerpo entero, de hecho, parecía estar equipado con cuatro ventosas. Parecía un enorme lagarto repugnante arrastrándose por el techo, despreocupado y muy relajado. Su voz amortiguada venía de las alturas. «¿Has visto eso, granujilla? Bueno, esto no es nada. Puedo colgarme del techo todo el día y toda la noche sin moverme». En ese momento Yu Yichi cayó del cielo como una hoja en otoño.

Una vez de vuelta en la silla me preguntó con prepotencia: «¿Qué dices ahora? ¿Te crees mis habilidades?». Su truco asombroso y aterrador me había provocado sudores fríos; es como si hubiese visitado fugazmente un mundo de ensueño. Nunca pensé que el joven héroe sobre el magnífico corcel no fuera otro que este enano. Mi mente era toda confusión. Se había roto un ídolo y mi estómago se inflaba de la desilusión. Muy señor mío, si se acuerda de la descripción del niño de piel escamosa de mi relato «La Avenida del burro»: la luz de la luna, el pequeño burro negro y mágico, el ruido de las tejas y la daga con la cuchilla en forma de hoja de sauce en la boca, de forma majestuosa entre los dientes, supongo que también se habrá desilusionado.

«No me crees —dijo— y no puedes soportar la idea de que el niño de piel escamosa y yo seamos la misma persona [lo veo en tus ojos] pero así es. Seguramente quieras saber dónde he aprendido estas habilidades tan extraordinarias, pero no te lo puedo decir. Para serte sincero, si deseas una vida más ligera que la pluma de un ganso no hay nada que puedas aprender».

Yu Yichi se encendió un cigarrillo, pero en lugar de aspirar el humo hizo una serie de anillos en el aire y luego los unió con otra bocanada de humo. Los anillos de humo mantenían su forma y colgaban del aire. Sus manos y pies no paraban de moverse. Era como uno de esos pequeños monos que tienen su hogar en el Monte del mono blanco.

«Granuja —dijo a la vez que daba vueltas en su silla giratoria—, dejadme que os cuente a ti y a Mo Yan una historia sobre el licor. No me la he inventado; inventarse historias es cosa vuestra y de vuestro oficio». —Entonces añadió:

Erase una vez el dueño de una taberna en la Avenida del burro que contrató a un niño delgaducho de doce años como aprendiz. Una cabeza enorme coronaba el cuello largo y fino del niño; tenía unos ojos negros tan profundos como un pozo sin fondo. Era muy trabajador: iba a por agua, barría los suelos, limpiaba las mesas, hacía todo lo que le pidieran. Además era extremadamente hábil, para la inmensa satisfacción del propietario. Pero hay otra parte de

la historia, una parte extraña que no se puede omitir. Desde el primer día en que el aprendiz entró en la taberna, la cantidad de alcohol de las cubas no cuadraba con el dinero de la caja, lo que era todo un misterio para el dueño y los empleados. Una noche, después de que rellenaran las cubas hasta arriba con vino de los diferentes toneles que estaban en fila, el dueño se escondió entre ellos para ver si podía resolver el misterio. No pasó nada durante la primera mitad de la noche. El dueño estaba a punto de caer dormido cuando oyó el más diminuto de los ruidos, como las pisadas amortiguadas de un gato. Aguzando el oído y en alerta esperó a ver qué pasaba. De repente vio una figura misteriosa. Después de tan larga espera los ojos del dueño se habían acostumbrado a la oscuridad, por lo que identificó con facilidad a la figura, que era nada más y nada menos que su aprendiz. Los ojos del joven eran de un verde esmeralda, como los de un gato.

El aprendiz jadeaba de la excitación a la vez que le quitaba la tapa a una de las cubas; enseguida enterró su boca en el alcohol y empezó a beber. El dueño estaba anonadado al ver cómo la cantidad de alcohol disminuía y disminuía; empezó a ponerse nervioso, por lo que tuvo que aguantar la respiración para que no le oyera. Después de beber una gran cantidad de alcohol de varias de las cubas, el aprendiz se fue sin hacer ruido. Una vez que el propietario hubo descubierto el misterio, se fue con sigilo a la cama. A la mañana siguiente, cuando revisó el *stock* vio que faltaban de cada una de las cubas veinticinco centímetros de alcohol. Había sido testigo de algo increíble que requería una explicación. Como era un hombre con educación, sabía que el estómago de su aprendiz estaba bendecido con un tesoro conocido como la «polilla del alcohol» y que si podía hacerse con ella e introducirla en su cuba de vino, no sólo la cuba se repondría sola para siempre sino que además la calidad del vino mejoraría con creces. Así que ató al aprendiz junto a las cubas. No le dio nada de comer ni de beber y le pidió a sus empleados que removieran el vino de las cubas, sin parar, lo que impregnaba el aire del aroma y de los gritos lastimeros del aprendiz, que se retorció de la agonía. Esto duró siete días, tras los cuales el propietario liberó al muchacho, quien de inmediato se abalanzó sobre las cubas, pegó la cabeza en el líquido y bebió muerto de sed. De repente, se oyó un sonoro chapoteo: una criatura que parecía un sapo de un color rojo negruzco y con la tripa amarilla cayó en la cuba.

«¿Sabes quién era ese joven aprendiz?», me preguntó Yu Yichi con tristeza. Al ver la agonía en su cara le pregunté con indecisión: «¿Eras tú?». «¿Quién coño te crees que era? ¡Claro que era yo! Si ese hombre no me hubiera robado el tesoro de mi tripa probablemente me hubiera convertido en el dios del alcohol». «No te va nada mal tal y como eres ahora —le consolé—. Tienes dinero y poder; comes y bebes lo que quieres y te diviertes donde quieres. No creo que ni el dios del alcohol viva tan bien como tú».

«¡Gilipollecés! Después de robarme el tesoro, mi capacidad de beber pasó a la historia. Esa es la única razón por la que sucumbí al granuja de Diamante Jin». «El subdirector Jin debe de tener una de esas “polillas del alcohol” en su tripa —dije—, dado que puede irse sobrio después de beberse miles de vasos del licor más fuerte».

«¡Gilipollecés! Una polilla del alcohol ¿él? Todo lo que tiene es la tenia del alcohol. Con una polilla del alcohol te conviertes en el dios del alcohol; con la tenia del alcohol lo mejor que te puede pasar es que tengas dentro de ti al demonio del alcohol». «¿Por qué no

simplemente te tragaste la polilla que estaba en la cuba sin más?». «¡Eso muestra lo que sabes: nada! Esa polilla del alcohol estaba tan sedienta que enseguida murió en la cuba ahogada», dijo Yu Yichi. Los recuerdos tristes le estaban poniendo los ojos rojos.

«Hermano Mayor Yichi, dime el nombre de ese dueño y le destrozaré la taberna». Yu Yichi rompió a reír y cuando terminó dijo: «Pobre inocente granuja ¿te lo has creído? Me lo he inventado, palabra por palabra. ¿Cómo va a existir algo llamado la polilla del alcohol? Sólo era una historia que le oí decir al dueño de mi taberna. Todos los dueños sueñan con tener una cuba que nunca se acaba. Pero es pura fantasía. Trabajé en esa taberna durante años, pero era demasiado pequeño para hacer cualquier trabajo pesado y el dueño estaba todo el rato farfullando y quejándose de que comía mucho y de que mis ojos eran muy oscuros. Al final me echó. Después de eso caminé sin rumbo, a veces mendigaba algo de comida y otras veces trabajaba a cambio de algo que comer».

«Has probado la vida dura, pero ahora te has convertido en todo un hombre». «Gilipolceces, gilipolceces, gilipolceces...» —Después de una fila de “gilipolceces” dijo con rencor—: ¡No aguanto los clichés! Puede que funcione con la mayoría de la gente, pero no conmigo. Millones de personas por todo el mundo han sufrido mucho o incluso las han maltratado, pero los que se convierten en verdaderos hombres son tan raros como las plumas del ave fénix o el cuerno de un unicornio. Es cosa del destino, está en su sangre. Si tú has nacido con la sangre de un mendigo así es como pasarás el resto de tu vida. Maldita sea, ya no quiero hablarte de estas cosas, es como si hablara con las paredes. No eres lo bastante listo para entender nada de esto. Lo único que sabes es cómo convertir el cereal en licor, y apenas puedes hacer eso. Igual que Mo Yan, que sólo sabe escribir ficción, y ni siquiera. Vosotros dos —mentor y discípulo— sois un par de estúpidos, unos capullos nacidos de una tortuga. Al pedirnos que escribiáis mi biografía os estoy haciendo un favor. Limpiaros los oídos y prestad atención, granujas, mientras que vuestro prestigioso antepasado os cuenta otra historia:

Erase una vez un chico culto que estaba viendo una actuación de dos acróbatas. Uno de ellos era una hermosa doncella de unos veinte años más o menos. El otro era un señor mayor y sordo. Todo indicaba que era el padre de la joven. Ella era la única que actuaba; el viejo sordo esperaba sentado a un lado y vigilaba los movimientos de la chica y el vestuario, (algo que era evidente que no hacía falta en absoluto). El viejo no era necesario, pero sin embargo, sin él la compañía teatral de alguna manera estaba incompleta. Era por tanto alguien indispensable. Servía para contrastar con la bella doncella.

La forma rutinaria de empezar el espectáculo era hacer aparecer un huevo de la nada, luego una paloma, así con muchas cosas —algunas grandes, algunas pequeñas—. Realizaba ese tipo de números. La joven se llenaba de energía cuando la multitud la rodeaba y formaba un muro denso a su alrededor. Era entonces cuando ella decía: «Señoras y señores, fieles amigos, ahora esta servidora hará el número de “la plantación de un melocotón”. Pero antes de ello vamos a abrir el número con una cita del presidente Mao: ‘Nuestra literatura y las artes sirven a los trabajadores, campesinos y soldados’». Entonces cogió el hueso de un melocotón del suelo, lo plantó en un terreno fértil y escupió un buche de agua encima. “¡Crece!”, le ordenó. Quién iba a decir que un brote de un melocotonero de un rojo brillante

iba a salir de la tierra. Cada vez era más y más alto, hasta que se volvió un árbol hecho y derecho. Entonces la multitud observó cómo brotaban las flores en las ramas y los melocotones empezaban a crecer. En cuestión de segundos estaban maduros, y eran de un color blanco hueso. Si los mirabas con atención parecía que unas diminutas bocas rojas salían del tallo. La chica cogió unos cuantos melocotones y se los dio a los espectadores, ninguno de los cuales se atrevía a probarlos. Con la excepción del chico, que le cogió uno de las manos y lo devoró. Cuando le preguntó que qué tal sabía contestó que delicioso. La chica volvió a invitar por segunda vez a los espectadores a que los probaran, pero de nuevo, simplemente permanecieron ahí de pie, con los ojos fuera de sus órbitas tan impresionados que ninguno se atrevía a probarlos. La joven suspiró y con un movimiento de mano hizo que el árbol y los melocotones desaparecieran, dejando tan sólo el espacio de tierra vacío.

La actuación terminó y la chica y el viejo recogieron sus cosas para irse mientras el chico les miraba con nostalgia. Ella se dio cuenta y le sonrió, mostrando sus labios rojos y sus blancos dientes, tierna como un melocotón. El chico estaba tan eclipsado que sintió que casi se le salía el alma del cuerpo. “Hermanito —dijo ella—, has sido el único que se ha comido uno de mis melocotones, lo que evidencia que nuestros destinos de alguna manera están conectados. ¿Cómo es posible? Te voy a dar mi dirección y si alguna vez piensas en mí me puedes encontrar aquí”.

La joven sacó un bolígrafo, buscó un trozo de papel y le escribió la dirección, que luego le dio al chico. Él lo puso en un lugar seguro, tratándolo como si fuera un preciado tesoro. Pero cuando la chica y el hombre se marcharon él los siguió, como si estuviera en trance. Al cabo de un rato la chica se detuvo y dijo: “Vete a casa hermanito. Nos volveremos a encontrar”. Las lágrimas que caían de sus ojos le resbalaban por las mejillas. Ella, con un pañuelo de satén rojo, le secó las lágrimas y de repente dijo: “¡Tus padres vienen a por ti!”.

Se giró enseguida y vio a su madre y a su padre haciendo aspavientos detrás de él, agitando los brazos y haciendo gestos con la boca, como si gritaran, aunque él no podía oír ningún sonido.

Y cuando volvió a girarse otra vez, la chica y el señor se habían evaporado sin dejar rastro. Volvió a girarse de nuevo y sus padres también se habían evaporado sin dejar rastro. Se tiró al suelo y lloró como un bebé. Después de un buen rato, exhausto de tanto llorar, se sentó y se quedó mirando a la nada, con la mirada perdida. Luego, cuando se cansó, se tumbó y miró al cielo, azul como el océano, en donde unas nubes blancas flotaban perezosamente.

Una vez que volvió a casa con su familia, el chico se encontraba enfermo de amor; no podía comer ni hablar. Sólo podía beber un vaso de agua al día y cada vez adelgazaba más y más hasta que llegó a ser piel y huesos. Cuando tenía los ojos abiertos no veía nada y cuando los cerraba veía a la hermosa doncella de pie a su lado, olía el aroma a almizcle de su aliento, sentía la pasión que cubría sus ojos. “Querida Hermana Mayor —quería gritar—, ¡te echo de menos más de lo que puedo soportar!”. Cuando se giraba para abrazarla, abría los ojos y se daba cuenta de que no había nada. Dado que era evidente que el chico se estaba consumiendo, sus padres mandaron a buscar a su tío, un hombre culto con buen ojo, astuto, previsor, juicioso y resolutivo. Sólo tenía que ver al chico para saber cuál era el motivo de su

enfermedad. “Hermana mayor, cuñado —suspiró—, la enfermedad de mi sobrino no se puede curar con medicinas, y si se sigue deteriorando a este ritmo nada le podrá salvar. Es por eso por lo que creo que lo mejor es ‘tratar al caballo moribundo como si estuviera vivo y coleando’”. Devolvedle su libertad. Si encuentra a la chica a lo mejor se cura. Si no la encuentra a lo mejor cesa la búsqueda. Los padres del chico, tristes, sabían que no había otra opción y aceptaron el consejo del tío.

Los tres adultos se acercaron a la cama del chico, donde el tío le dijo: “Sobrino, he convencido a tus padres para que te dejen ir a buscar a la chica”.

El chico saltó de la cama, se postró a los pies de su tío y le hizo miles de reverencias. Enseguida le volvió el color rosado en las mejillas, de la alegría.

“Hijo —le dijeron los padres—, tus ambiciones son demasiado grandes para alguien tan joven. Te hemos infravalorado y hemos decidido hacer caso al consejo de tu tío y dejarte ir a buscar a ese genio seductor. Nuestro sirviente mayor, Wang Bao, te acompañará. Deseamos que la encuentres, pero si no es así vuelve a casa y pon punto y final a tus preocupaciones. Nosotros te encontraremos una chica adorable de buena familia. Es imposible encontrar a un sapo con dos patas, pero el mundo está lleno de chicas con dos piernas, por lo que no pienses que sólo hay un árbol del que colgarse”.

El chico, contrario al comentario de sus padres, les dijo que la chica mágica era la única para él y que ni siquiera las hadas del Noveno Cielo podían ocupar su lugar.

Pero su padre, un hombre de considerable experiencia en la vida, le avisó: “Hijo mío, estás bajo el encanto de un demonio. No puedes saber qué hay dentro de unos *dumpling* rellenos mirando sus pliegues, y no puedes saber las cualidades de una chica por su cara. La belleza y la fealdad se desvanecen en un cerrar de ojos”.

Naturalmente, el chico se negó a entrar en razón, dado que estaba en las garras de la pasión, y nada de lo que decían sus padres hacía efecto en él. Como ellos se sentían impotentes dieron de comer al pequeño burro, prepararon provisiones suficientes para mes y medio y le dieron a Wang Bao, el sirviente, instrucciones detalladas. Una vez listos los preparativos, entre una inundación de lágrimas, un montón de preocupaciones, y como si se marchara a cámara lenta, vieron al chico salir del pueblo hacia la carretera.

Montado a horcajadas en el burro y tambaleándose de un lado para otro como si montara en una nube y cabalgara en la bruma, el chico sólo pensaba en las posibilidades de ver a la chica dentro de poco. Eufórico por la idea, rebosaba felicidad mientras montaba en el burro, y la gente que lo veía decía que parecía que había perdido el juicio.

Pasaron muchos días y las provisiones que llevaban se agotaron, igual que el dinero. Nadie a lo largo del camino sabía indicarle cómo llegar a la Cueva de las flores del melocotón en las montañas de Poniente. El viejo sirviente le insistió para que dieran la vuelta y regresaran a casa, pero fue en vano. El chico siguió en dirección Oeste, su determinación nunca flaqueaba. Así que Wang Bao se escabulló, mendigando comida de camino de vuelta a

casa. Entonces el burro murió. Pero el chico siguió su camino, solo, a pie, a medida que los días menguaban y la carretera casi llegaba a su final. Entonces se sentó en una roca al lado de la carretera y rompió a llorar, aunque los sentimientos hacia esa chica seguían tan fuertes como siempre. Un ruido interrumpió sus lloros, justo antes de que el suelo se abriera y la roca se hundiera en la tierra, arrastrándole con ella. Abrió los ojos y se vio a sí mismo entre los brazos acogedores de la chica a la que estaba buscando. Abrumado del éxtasis se desmayó...».

«¡Ese chico era yo! —dijo Yu Yichi con una sonrisa maliciosa—. Pasé muchos días con esta compañía teatral, donde aprendí a tragar sables, a ser funambulista, escupir fuego, y demás. Los actores itinerantes tienen vidas maravillosas, misteriosas y románticas. Quienquiera que escriba mi biografía debería narrar este periodo con todo el colorido y detalle que sea capaz».

Mo Yan, muy señor mío, este Yu Yichi es un maestro de la imaginación, lleno de poderes creativos. Tenía la sensación de que había oído esta historia antes, no sabía dónde, quizá la leyera en los *Cuentos del estudio del alumno* o en los *Cuentos sobrenaturales*. Pero entonces, no hace mucho, estaba echando un vistazo a los *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores* y me topé con el siguiente pasaje, que he copiado para usted:

En los primeros años de la República, una artista vino al pueblo «Fragancia de vino». Era una mujer cuya belleza se igualaba a la diosa de la Luna. Entre los aldeanos que se aglomeraban alrededor de ella había un joven apellidado Yu, cuyo nombre de pila era Yichi y cuyo mote era «Perro faldero». Nació en una familia adinerada y sus padres tenían cuarenta y tantos años cuando nació. Para ellos era una perla caída del cielo. Tenía trece años en el momento en que conoció a esta artista; era un chico inteligente, talentoso y adorable, como el fino jade. Cuando la chica le sonrió su corazón se dio a la fuga. Entonces la artista empezó su actuación convocando al viento y la lluvia, como si escupiera nubes y bruma para el gran deleite del público. Creó de la nada una diminuta botella del tamaño de un dedo y la levantó para que todos la vieran. Entonces dijo: «Este es el hogar de los genios. ¿Quién de vosotros quiere venir conmigo de viaje dentro de la botella?». La gente se miraba boquiabierta, —los unos a los otros se intercambiaban miradas de desconcierto, se preguntaban cómo dos personas podrían entrar en una botella no más grande que un dedo. Tiene que ser un truco de magia. Pero Yichi, cautivado por la belleza de la chica, saltó entre la multitud—. «Yo entraré en la botella contigo», dijo. La multitud se rio de su tonto comentario. «Joven —dijo la chica—, tienes una verdadera disposición y una extraña fragancia emana de tu cuerpo. Claramente, no eres un mortal corriente, y si entramos en la botellita juntos será una prueba de que nuestros destinos han estado conectados en las últimas tres vidas». Una vez dicho eso levantó la mano, haciendo que sus dedos adoptaran la forma de una orquídea, de las que salieron unas ráfagas de humo. Una bruma de sensaciones invadió el cuerpo de los espectadores pero enseguida se evaporó, como las sombras de la luna, fugaces y parpadeantes, sin llegar a formar un ente compacto. Yichi notó cómo la chica le agarraba de la muñeca, cuyos dedos eran como hilos, cuya piel era como el satén, suave y maleable. Ella le susurró al oído: «Sígueme». Fue como el suave gorjeo de una golondrina y su aliento se condensaba con el olor a almizcle. La joven lanzó la botella al cielo, que centelleaba entre los rayos coloridos de la puesta de sol y un montón de auras auspiciosas. La boca de la botella empezó a expandirse, creció y creció hasta que alcanzó al menos los tres metros de largo, tan

redonda como la luna llena. Yichi entró lentamente en la botella con la chica. Era un camino adornado de flores, sombreado por pinos verdes, pájaros exquisitos y animales maravillosos retozando los unos con los otros. Yu cayó en un estupor y en estado de embriaguez, la lujuria ardía en su corazón. Agarró la mano de la chica y la acercó hacia su cuerpo, deseaba representar la danza del amor. Con una sonrisilla ella le dijo: «¿No tienes miedo de que los ancianos del pueblo se rían de ti?». La chica levantó la mano y apuntó fuera de la botella, donde los espectadores curiosos hacían todo lo posible para observar lo que estaba pasando. Yu se quedó perplejo durante unos segundos y sintió cómo se disipaba la pasión. Enseguida volvió y su pasión rugía, pero estaba demasiado sofocado como para hablar. La chica dijo: «Me conmueve la profundidad de tus emociones. Si no te importa que sea de una familia pobre te pido que vuelvas a la Cueva de las flores de melocotón en la Montaña de Poniente dentro de un año exacto, y tendré lista mi cama para recibirte». Las emociones de Yu se agitaron de manera salvaje y se quedó sin habla. La chica hizo otro movimiento de mano y el joven se encontró a sí mismo bajo el cielo brillante, con la botella diminuta yaciendo en la palma de su mano, y percibió un aroma floral en su ropa.

Lo que vieron los espectadores cuando la chica agarró por primera vez la muñeca de Yu fue que su cuerpo empequeñecía, luego el de ella, hasta que se convirtieron en un par de mosquitos revoloteando en la botella, que de repente empezó a flotar hacia arriba y empezó a hacer círculos en el aire, como por arte de magia. Los espectadores se quedaron perplejos con lo que vieron.

A continuación la chica plantó una semilla de calabaza en un terreno, escupió un buche de saliva y ordenó, «¡Crece!». Un tallo apareció de repente, entonces se convirtió en un zarcillo del que germinaron muchas hojas y se elevó centímetros y centímetros en el cielo. Crecía por donde quería. Hacía giros y se retorció en forma de espiral, como una columna de humo. Con un saco sobre el hombro la chica empezó a escalar el tallo, de una hoja a otra, hasta que alcanzó más de veinte metros. Se detuvo, miró hacia abajo, sonrió y le dijo a Yu: «No te olvides de cumplir tu promesa». Entonces desapareció en el cielo, haciendo que las hojas temblaran al pasar, y pronto dejó de estar a la vista de todo el mundo. El tallo que había crecido de la semilla de calabaza se convirtió en polvo y cayó al suelo. La multitud se quedó ahí de pie paralizada, pasó unos segundos hasta que finalmente reaccionaron y abandonaron la escena.

Yu volvió a casa, pero no se podía quitar la belleza de la chica de la cabeza. Tampoco podía comer o beber, permanecía tumbado en la cama día y noche, gritando sin parar en su delirio, como si viera demonios o fantasmas. Sus padres, aterrorizados, pidieron ayuda a muchos médicos y todos ellos estaban desconcertados con esta enfermedad tan tenaz que rechazaba cualquier tratamiento médico. Yu continuó deteriorándose, su cuerpo y alma, hasta que llegó al borde de la muerte. Sus padres, que estaban reducidos a lágrimas y se estaban volviendo locos, de repente oyeron el tintineo del cascabel de un caballo en la puerta, seguido de un grito. «¡Soy yo, el tío del chico!». Las palabras seguían en el aire cuando un robusto joven irrumpió por la puerta. Después de terminar sus reverencias dijo: «Cuñado, hermana mayor, ¿ha sucedido algo desde la última vez que nos vimos?». Su hermana estaba tan anonadada por su llegada y su pregunta que sólo podía mirarle a la cara, a su afilada nariz, boca grande, pelo rubio y ojos azules, tan diferente al resto de los chinos. El hombre se acercó a la cama del chico y dijo: «Mi sobrino está seriamente enfermo de amor. ¿Pensáis que los

medicamentos o cualquier tratamiento médico van a curarle? ¡Vosotros, viejos decrepitos, vais a mandar a mi sobrino a la tumba!». Yu estuvo enfermo durante muchos días con los ojos cerrados, apenas respiraba, como si ya se hubiera ido con la muerte, ajeno al mundo terrenal. El visitante se inclinó para analizar su estado. Anunció con un suspiro: «Esa palidez en una cara tan joven y suave muestra que mi sobrino está enfermo de amor». Sacó de la nada tres pétalos rojos y le puso uno en la boca a Yu, que inmediatamente recuperó el color en las mejillas y recuperó la respiración con normalidad. Entonces, aplaudió tres veces y el visitante dijo: «Estúpido chaval, el aniversario de la promesa de la joven, que llevas esperando ansiosamente desde hace tanto, está a punto de llegar. ¿No quieres estar ahí a la hora fijada?». Los ojos de Yu se abrieron de golpe, brillantes y radiantes, y se bajó de un salto de la cama. Se dio un golpe en la frente y exclamó: «Si no hubiera sido por tu ayuda, tío, me hubiese perdido el reencuentro con la chica». «Te tienes que ir —dijo la visita—, te tienes que ir de una vez». Él se dio la vuelta y salió dando zancadas por la puerta. Sin detenerse para cambiarse la ropa, peinarse o ponerse los zapatos Yu corrió detrás de su tío. Sus padres le gritaron, con lágrimas en los ojos, pero no les hizo caso.

Su salvador se sentó en el caballo junto a la carretera y esperó a Yu. Extendió su largo brazo y levantó a Yu hasta la montura, como si fuera un pollito recién nacido. A continuación pegó al caballo con la fusta; el animal soltó un relincho y salió disparado como el viento. Yu iba a horcajadas, agarrado fuerte a la crin y el viento silbaba al pasar de largo por sus oídos. «Abre los ojos, sobrino» oyó que decía su tío. Cuando lo hizo, vio que de repente estaba en el suelo en el desierto del Gobi, rodeado de césped seco y marchito sobre un terreno montañoso, sin un alma a la vista. Sin decir ni una palabra su tío le dio una palmada al caballo y galopó a gran velocidad, sin dejar rastro alguno.

Yu se quedó sentado en el suelo rocoso, solo, y lloraba desconsolado. De repente sintió que las rocas se movían y oyó una serie de ruidos ensordecedores. Unos rayos de luz dorada le cegaron los ojos; estaba tan confuso que se desmayó. Cuando se despertó sintió unos dedos delicados en su cara, había un dulce aroma en el aire, alrededor de él. Abrió los ojos y ahí, delante de él, estaba la chica. Lágrimas de felicidad cayeron por sus ojos. «Llevo esperándote mucho tiempo», le dijo la chica.

(Aquí hay otras quinientas palabras pero están tachadas).

Paseando de la mano vieron un jardín con muchos árboles inusuales y flores extrañas. Se fijaron en un árbol en particular, era muy grande, con hojas del tamaño de la palma de una mano y cubierto con frutos que tenían forma de bebés. A la hora de la comida había un niño asado en el centro de una fuente. Parecía tan real que Yu no se atrevía a tocarlo con los palillos. «¿Cómo puede ser que un joven, de más de un metro sesenta de alto sea tan cobarde?», dijo la chica a la vez que cogía los palillos y trataba de coger el pene del bebé. Pero en el intento todo el cuerpo del niño se desmoronó en la fuente. La chica entonces cogió un trozo de brazo y se lo comió; lo masticó y lo trituroó como si fuera un tigre o un lobo. Yu estaba más aterrado que nunca. Con una sonrisa maliciosa ella dijo: «Que sepas que no es un niño sino una fruta con forma de niño y que no me gusta nada tu actitud». Como quería contentarla, Yu se obligó a sí mismo a coger una oreja del niño y metérsela en la boca, que se derritió enseguida e inundó sus papilas gustativas con sabores indescriptiblemente deliciosos.

Animado con este descubrimiento, atacó la fuente como un lobo hambriento o un tigre muerto de hambre. La chica se tapaba la boca a la vez que se reía. Entonces dijo: «¡Antes de conocer su maravilloso sabor estabas aterrado como un corderito, pero ahora estás hambriento como un lobo!». Yu estaba demasiado ocupado comiendo como para contestar; tenía grasa y aceite que le embadurnaban la cara, lo que era toda una novedad. La chica sacó una jarra de licor, embriagando el aire con su aroma. Ella dijo: «Mira, se ha destilado de las frutas que juntan los gorilas y los monos en las montañas. Este elixir es una de las cosas más apreciadas del mundo entero».

Mo Yan, muy señor mío, probablemente ya haya leído suficiente. Le he copiado todo lo que he podido de momento. Pero debo insistir en el hecho de que en este artículo se menciona que la gente come niños y bebe «Licor del mono», dos sucesos actuales en la Tierra del vino y los licores; incluso se puede decir que son las dos claves del misterio de esta región. El autor de *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores* se desconoce, y hace poco que sé de la existencia de este escrito. Desde hace unos cuantos años ha circulado entre la gente en una versión manuscrita y he oído que el Departamento de Propaganda del Comité del Partido Municipal ha ordenado que sea confiscada. Así que especulo que el autor tiene que ser alguien contemporáneo, alguien que está vivo, alguien de por aquí, de la Tierra del vino y los licores. ¡El protagonista de esta pieza también se llama Yu Yichi así que sospecho que el autor es él!

«Señor Yu, me estás confundiendo muchísimo. Primero tu trabajo en la taberna, luego eres un guerrero de piel escamosa que viene y se va como una sombra, más tarde eres un mago en una compañía itinerante y ahora eres el prestigioso dueño de una taberna; tu vida es una mezcla de verdad y mentira, llena de incontables transformaciones. ¿Cómo va a escribir alguien tu biografía?», le dije.

Él se rio de forma escandalosa. ¿Quién se hubiera imaginado que una risa así de estridente podía emerger del pecho de un enano tan diminuto? Entonces lanzó una taza de té hecha de porcelana china procedente del pueblo de Jingde al techo, mandando por los aires tanto a la taza como al té que estaba dentro, pero debido a la fuerza de la gravedad, todo cayó en la maravillosa alfombra de lana. Yu Yichi metió la mano en un cajón, sacó unas cuantas fotografías en color y las ondeó al viento, haciendo que revolotearan como un enjambre de mariposas chillonas. «¿Conoces a estas mujeres?», me preguntó de forma prepotente. Entonces cogí las fotos y las estudié a fondo, con una mirada cohibida un tanto hipócrita. Todas las mujeres eran bellísimas, estaban completamente desnudas y me resultaban familiares. Él me dijo que los nombres estaban en la parte de atrás de la foto. Ponía en dónde trabajaban, sus edades, sus nombres, y las fechas en las que se acostaron con él. Todas eran de la Tierra del vino y los licores. Parece que está muy cerca de conseguir su objetivo.

«Así que, Doctor en vino y licores, este éxito protagonizado por este pequeño enano merece ser escrito ¿no crees? Haz que el granuja de Mo Yan mueva el culo y venga aquí lo antes posible. Como tarde mucho va a acabar conmigo».

«Yo, Yu Yichi, de edad incierta, mido setenta y cinco centímetros. Nací en la pobreza, vagué de lugar en lugar. Mi suerte cambió cuando fui Presidente de la Asociación de

Empresarios Metropolitanos, cuando me nombraron trabajador modelo local, asumiendo la propiedad de la taberna Yichi, y cuando me nombraron candidato del Partido. Entonces me acosté con las veintinueve chicas más guapas de la Tierra del vino y los licores. Mi mente va más allá de lo que la gente pueda imaginar y mis habilidades son mejores que las de los demás. También tengo una gran variedad de experiencias que son legendarias. Mi biografía estará entre los mejores libros del mundo. Dile al granuja de Mo Yan que se decida de una vez. ¿La va a escribir o no? ¿Va a hacerlo sí o no?». ».

Capítulo 6



Ding Gou'er sintió que la Puerta del Infierno, que tenía el marco dorado, se abría haciendo un ruido sordo. Para su asombro descubrió que el Infierno no era el lugar oscuro y enigmático que la mitología había hecho de él. No, era deslumbrante, impregnado de los rayos rojos del sol y los rayos azules de la luna. Un banco de criaturas marinas con caparazones preciosos flotaba sin rumbo; eran coloridas, a rayas, con miembros ágiles y una piel suave que revestía su cuerpo. Notó que un pez multicolor de boca protuberante le mordía el ano y le arrancaba suavemente las hemorroides con la habilidad quirúrgica de un proctólogo muy experimentado. La mariposa de su consciencia volvió al cuerpo del que se había separado durante tanto tiempo, devolviéndole la calma a su mente. El investigador criminal, embriagado desde hacía mucho, abrió los ojos: sentada a su lado estaba la camionera, desnuda como el día que vino al mundo, frotándose el cuerpo con la esponja que solía usar para lavar el camión. Él también estaba completamente desnudo, enseguida se dio cuenta, tumbado en el parqué brillante de la habitación. Imágenes del pasado se filtraron en su mente. Trató de levantarse, pero no pudo. La camionera se frotaba el pecho, absorta en su tarea, como si estuviera sola, como una madre a punto de darle de mamar a un bebé. La escena parecía ir a cámara lenta: unas lágrimas brillantes llenaron los ojos de la mujer, enseguida se desbordaron y dos hilos rodaron por sus mejillas, directos a sus pezones. La emoción invadió el corazón del investigador. Iba a decir algo cuando la camionera se tiró sobre él y selló sus labios con los suyos. Entonces por segunda vez sintió que un banco de peces se arremolinaba alrededor suyo, los podía oler. Percibió el alcohol que había florecido en su cuerpo. Entonces se despertó. Ella dio un grito espeluznante y se desmayó.

El investigador se levantó como pudo, tenía las piernas dormidas. Todavía estaba un poco mareado; aguantó el peso de su cuerpo y con la mano en la pared evitó caerse al suelo. Nunca había estado tan escaso de energía; se sintió vacío dentro de sí, se había convertido en mera piel y huesos. Un vaho opaco se desprendió del cuerpo de la camionera, como un pescado fresco al vapor. Qué imagen más lamentable tenía delante, con esa mujer tendida en el suelo desmayada; la pena crece en el cuerpo como hierbajos venenosos. Sin embargo, el investigador no olvidó el lado siniestro y vicioso de la mujer. A Ding Gou'er le entraron ganas de vaciar su vejiga sobre ella como un animal salvaje, pero enseguida apartó ese pensamiento perverso de la cabeza. Se acordó de su misión secreta y de Diamante Jin, de modo que apretó los dientes con seria determinación. Entonces le vino a la mente: «¡Fuera de

aquí! Puede que llevarme a tu mujer a la cama sea un lapsus moral, pero cocinar y comerse niños es un crimen verdaderamente atroz». En ese momento volvió la vista a la mujer del camión y la vio como un medio para llegar hasta Diamante Jin y desenmascararle. Haber dado con esta mujer era como haber dado en el blanco y con la bala justa. Ding Gou'er abrió un armario, eligió un traje de lana verde oliva y se lo puso. Le quedaba perfecto, como si se lo hubieran hecho a medida. «Me he acostado con tu mujer —estaba pensando en este momento—, y ahora me pongo tu ropa, y cuando todo esto acabe me habré apoderado de tu vida». Recuperó la pistola que estaba entre la ropa sucia y se la guardó en el bolsillo. Luego se comió un pepino crudo directamente sacado del frigorífico y le dio un buen trago a la botella de vino Zhangyu. Era suave y sedoso como la piel de una mujer. Cuando se dio la vuelta para irse, la camionera se giró y se apoyó sobre los pies y manos, como una rana o un bebé a gatas. Se la veía impotente, desdichada... y entonces se acordó de su hijo, lo que le llenó el corazón de un amor paternal. Se acercó a la mujer y le dio una palmadita en la cabeza.

—Pobrecita —dijo—, pobrecita, pequeña. —Ella envolvió los brazos alrededor de sus piernas y levantó la mirada con ternura—. Me voy —añadió él—. No voy a permitirle a tu marido que se libre de sus crímenes.

—Llévame contigo —dijo ella—. Le odio. Sé quiénes son los que comen niños. Te ayudaré.

La mujer se puso de pie, se vistió corriendo y cogió una botella del mueble bar. Dentro había unos polvos de color ocre.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó ella.

El investigador negó con la cabeza.

—Son polvos que hacen con la piel de los niños —dijo—. Lo usan como tónico.

—¿Dónde los hacen? —preguntó el investigador.

—Lo produce la Unidad de Nutrición Especial del hospital —le contestó ella.

—¿De bebés vivos?

—Sí, de bebés vivos. Los puedes oír llorar.

—Venga, vamos al hospital.

—Sí, vamos a hacer más polvos —dijo la camionera bromeando a la vez que sacaba un cuchillo del armario y se lo daba al investigador.

Ding Gou'er lo tiró a la mesa a la vez que rompió a reír.

La camionera también empezó a reír de manera estridente, como el ruido que hace una

gallina cuando pone un huevo, o una silla de madera girando sobre adoquines. Entonces la mujer esbozó una sonrisa picara y como si se hubiese transformado en un murciélago se lanzó sobre él otra vez, le acarició con ternura el cuello, y con la misma determinación le agarró una pierna. Él se echó para atrás y entre forcejeos se las apañó para apartarse de ella, pero ella volvió al ataque, como una pesadilla que no acaba nunca. El investigador caminaba a la pata coja por toda la habitación, como si fuera un mono, tratando de escaparse de ella, pero ella no le soltaba la pierna.

—Tócame otra vez —jadeó Ding—, ¡y te pego un tiro!

—¡Adelante, dispárame! ¡Hazlo, dispárame! —gritó la mujer histérica.

Ella se abrió la camisa de un tirón, lo que hizo que un botón morado acrílico saliera disparado, entonces cayó al suelo con un ruido seco, *ding*, y empezó a rodar por la habitación como un animal diminuto, primero hacia un lado, luego hacia otro. La fuerza que lo movía parecía ser ajena a la fuerza de la gravedad o a la fricción del suelo de madera. Ding Gou'er lo pisó enfadado y sintió cómo se movía debajo del zapato haciéndole cosquillas a través del calcetín y la suela.

—¿Qué tipo de persona eres? ¿Diamante Jin te ha enseñado a ser como él? —El apego sentimental que el investigador había sentido hacia esta mujer después de haberse acostado con ella se estaba disipando; su corazón empezaba a endurecerse y se volvió de color azul metálico—. Si es así, tú también eres una conspiradora —dijo él con una sonrisa maliciosa— que ha comido niños igual que ellos. Diamante Jin te ha debido de mandar interceder en mi investigación.

—Qué mujer más desafortunada soy... —empezó a sollozar la camionera; enseguida rompió a llorar, su cara estaba cubierta de lágrimas, sus hombros encogidos de la pena—. He estado cinco veces embarazada y cada una de las veces me ha obligado a ir al hospital a mi quinto mes de embarazo para abortar... Se comió los cinco fetos.

Estaba tan abrumada y desesperada que se tambaleó y casi se cayó al suelo. Cuando el investigador se echó hacia delante para sujetarla, su reacción fue tirarse a sus brazos y besarle el cuello. Luego le dio un mordisco fuerte. El investigador dio un grito de dolor y le dio un puñetazo en la tripa. Ella soltó un graznido como si fuera un cuervo y se cayó al suelo, boca arriba. Sus dientes eran afilados, tal y como sabía Ding Gou'er por experiencia propia. Él se tocó el cuello herido, y cuando se miró la mano estaba manchada de sangre. Ella estaba tendida en el suelo, con los ojos abiertos. Pero cuando el investigador se giró para irse, ella se dio la vuelta y le imploró que no se fuera.

—¡Querido Hermano Mayor! —gimió ella—. No me dejes sola, déjame besarte... —De repente al investigador le vino una idea a la cabeza: coger una cuerda larga de nailon del balcón y atar a la mujer a la silla. Mientras lo hacía ella forcejeaba a la vez que gritaba—. «¡Maldito gigoló, te voy a morder todo el cuerpo! ¡Maldito gigoló!».

El investigador cogió un pañuelo, la amordazó con él y luego salió corriendo de la

casa como si su vida dependiera de ello, dando un portazo al salir. Pudo oír ligeramente las patas de la silla rebotar contra la madera del suelo, y tenía miedo de que la chica, que era tenaz y rebelde, pudiera seguirle con la silla incluida. Sus pies, que iban a toda prisa, se tropezaron al bajar las escaleras de hormigón, lo que provocó un ruido ensordecedor. A pesar del hecho de que la camionera no vivía en un edificio de muchos pisos, las escaleras no terminaban nunca, como si le estuvieran llevando a las profundidades del Infierno. De repente tomó una curva cerrada y se chocó con una señora mayor que subía las escaleras. Tenía una protuberante barriga que parecía un saco de cuero lleno de algún tipo de licor. Entonces Ding Gou'er vio a la señora caerse hacia atrás por las escaleras y cómo aleteaba sus rechonchos brazos frenéticamente para intentar recuperar el equilibrio. La señora tenía la cara pálida y mustia, como una col en invierno. El investigador maldijo su mala suerte por dentro y sintió como si le crecieran un montón de setas en el cerebro. Bajó de un salto hasta el rellano para ayudar a la señora a ponerse de pie. Estaba gimiendo, con los ojos cerrados, un lamento agudo. Se sentía culpable, por lo que se agachó y puso sus brazos alrededor de la cintura de la señora para ayudarla a levantarse. No sólo era pesada sino que no paraba de moverse. Debido al esfuerzo que hizo para tratar de levantarla, se le hincharon las venas de la cabeza hasta un punto insoportable. Un latigazo de dolor le subió por el cuello, justo en el lugar en el que le había mordido la camionera. Al final, la señora mayor cooperó, puso los brazos alrededor del cuello del investigador y entre los dos consiguieron que se pusiera de pie. Pero los dedos sudorosos de la señora en su cuello herido le provocaron un dolor tan atroz que rompió en un sudor frío. Además desprendía un aliento que olía a fruta podrida, tan insoportablemente asqueroso que la acabó soltando, lo que hizo que la señora acabara tirada de nuevo sobre las escaleras, como un saco lleno de fideos de judía *mung*. Ella se agarró al pantalón del investigador como si le fuera la vida en ello. Ding Gou'er se dio cuenta de que a la señora le brillaban los dorsos de la mano porque tenía escamas de pescado encima. De repente vio dos peces —una carpa y una anguila—, que se retorcían fuera de la bolsa de plástico que ella sujetaba en la mano. La carpa se movía nerviosa en mitad de escaleras mientras que la anguila —con la cara amarilla, los ojos verdes y dos bigotes finos—, se retorció en silencio y de forma perezosa. En ese momento la vejiga de la mujer explotó y el líquido rodó lentamente por las escaleras, calando los escalones, uno por uno. Ding Gou'er le dijo con frialdad.

—¿Está bien, señora?

—Me he roto la cadera —respondió—. Y dañado los intestinos.

Al oír cómo describía sus lesiones con tal detalle, el investigador sabía que se acababa de meter en un serio problema, que pesaría sobre su cabeza. Estaba en más apuros que esa carpa desafortunada; naturalmente, la despreocupada anguila estaba infinitamente mejor que él. Su primer pensamiento fue alejarse de esa señora, pero en su lugar se agachó y dijo:

—La llevaré al hospital, señora.

La mujer contestó:

—También me he roto la pierna y me he hecho algo en los riñones.

Él sintió una ráfaga de veneno crecer en sus entrañas. La carpa se movió y se subió a su zapato. Ding levantó el pie y el pez salió disparado, directo al pasamanos de metal.

—¡Me debes un pez!

Entonces pisó la anguila sin querer porque no la vio deslizarse por el suelo.

—¡La llevaré al hospital! —repitió.

La señora se agarró a sus pies como si le fuera la vida en ello.

—¡Ni lo sueñe!

—Señora —dijo él—, se ha roto la cadera, la pierna, se ha hecho pedazos los intestinos y se ha dañado los riñones. Si no va al hospital, va a morir aquí mismo. ¿Es eso lo que quiere?

—Si muero, tú también —dijo la vieja señora de manera resolutiva.

Él sintió cómo se agarraba más fuerte a su pierna.

El investigador suspiró con tristeza. Miró las escaleras y a los dos peces que estaban agonizando. Luego levantó la vista y vio el cielo gris a través de una ventana rota; no sabía qué hacer. Justo entonces le vino un fuerte olor a alcohol por la ventana a la vez que oyó un ruido metálico —*clang, clang*—. Debía de ser un puesto ambulante de bebidas. De repente Ding Gou'er se dio cuenta de que estaba metido en un lío; se puso tan nervioso que quería una copa.

El sonido de una risa lúgubre rompió el silencio, venía de arriba, de encima de ellos; a continuación oyeron el ruido de unas pisadas. La camionera estaba bajando las escaleras, daba pequeños pasos y arrastraba la silla detrás de ella.

Él la saludó con una risa nerviosa. En lugar de alarmarse, en realidad se puso contento de verla. «Es mejor cargar con una mujer joven que con una señora vieja», pensó. Esbozó una sonrisa. Y esa sonrisa calmó su mente, como si el sol de la esperanza acabase de vencer la bruma de la desesperación. Se fijó en que la camionera había mordido el pañuelo con el que la había amordazado, lo que aumentó la admiración que le tenía a sus dientes, tan fieros y afilados. La silla atada a su cuerpo le ralentizaba el paso, las patas de la silla se tropezaban con las escaleras. Él la saludó con un movimiento de cabeza. Ella hizo lo mismo. Se detuvieron junto a la vieja mujer. La camionera se lanzó sobre la señora como un tigre que da latigazos con el rabo y golpeó a la anciana con la silla. Él la oyó pedirle con ferocidad:

—¡Suéltele, señora!

La anciana levantó la mirada y farfulló algo, que sonó como una especie de taco, antes de que dejase de agarrar al investigador. Por fin liberado, Ding Gou'er puso cierta distancia

entre la señora y él.

La camionera le dijo a la mujer:

—¿Sabe quién es este hombre?

La señora sacudió la cabeza.

—Es el alcalde.

La señora trepó, se puso de pie agarrándose al pasamanos, y sintió escalofríos.

Dado el estado de salud de la anciana, el investigador se apresuró a decir:

—La llevaré al hospital para que le hagan una revisión, señora.

La camionera dijo:

—Desátame.

Él lo hizo, y la silla golpeó en el suelo. Cuando la camionera estaba estirando los brazos, el investigador se dio la vuelta y salió corriendo. Oyó las pisadas detrás de él.

Mientras salía corriendo por la puerta principal, se pilló la manga del abrigo con una bicicleta que estaba aparcada en la entrada. ¡*Craash!* La bicicleta se cayó al suelo. *Crac.* Luego su abrigo. El accidente le retrasó lo bastante como para que la camionera le lanzara la cuerda alrededor del cuello y le inmovilizara. Apretó el nudo y le dejó sin respiración.

Le arrastró a la calle como si fuera un perro o cualquier otro animal indefenso. Estaba lloviznando y enseguida se le empañaron los ojos. Tenía la visión nublada y trataba de aflojarse la cuerda con las manos para respirar. Entonces vio a un niño con la cabeza rapada pasar por la calle corriendo, calado hasta los huesos y cubierto de barro; estaba persiguiendo su pelota. El investigador inclinó la cabeza y le suplicó:

—Anda mujer, suéltame. No me gustaría nada que alguien me viera así.

Con un movimiento seco de muñeca apretó todavía más el nudo.

—¿Eres bueno corriendo? —le preguntó.

—No voy a correr. No lo haré, no si mi vida depende de ello.

—Prométeme que no me vas a abandonar, que me llevarás contigo.

—Te lo prometo. Te doy mi palabra.

Ella le aflojó la cuerda para dejar que el investigador sacara la cabeza del nudo. Estaba a punto de encararse a ella cuando unos dulces sonidos salieron de sus tiernos labios.

—Eres como un niño pequeño. Sin alguien como yo que te cuide estás a merced de todo el mundo.

Al investigador le llegaron las palabras de la mujer, que le despertaron un cosquilleo en el estómago. Entonces dio la bienvenida a esa ducha de felicidad que caía del cielo, como la lluvia en primavera, que le calaba no sólo los párpados sino también las ideas.

La fina llovizna tejió una red densa y brumosa alrededor de los edificios, de los árboles y de toda la calle en general. Él sintió que la mujer alargaba la mano y le cogía el brazo. A continuación oyó un *clic* y observó cómo abría un paraguas rosa con la otra mano y lo levantaba sobre ellos, cubriendo sus cabezas. Como si fuera la cosa más natural del mundo Ding Gou'er le puso el brazo alrededor de la cintura y cogió el paraguas, como un marido atento y considerado. Se preguntó de dónde había salido el paraguas, pero la felicidad apartó todos los pensamientos de su mente.

El cielo estaba tan oscuro y neblinoso que no podía saber si era de día o por la tarde. Tener un reloj habría ayudado, pero se lo había robado el pequeño demonio. La fina llovizna dejó unas ligeras marcas en el paraguas. Las gotas al caer hacían un sonido dulce pero melancólico, como un vino francés: triste, sentimental y compacto. Ding Gou'er abrazó a la mujer con más fuerza, hasta que pudo sentir su piel fría y húmeda bajo su pijama de satén; oyó cómo le sonaban las tripas.

Caminaron pegados el uno al otro por el asfalto de la Universidad de Destilación entre dos filas de encinas que tenían unas hojas muy brillantes y que parecían las uñas pintadas de naranja de unas chicas hermosas. Un vapor lechoso se levantó de una montaña enorme de carbón que yacía fuera de la mina y desprendía la fragancia del carbón quemado. El viento trataba de empujar el humo negro de las chimeneas, convirtiéndolo en dragones que giraban y se retorcían en el encapotado cielo.

Caminaron juntos por el recinto de la Universidad de Destilación y dieron un paseo bajo la sombra de los sauces, en la margen de un riachuelo del que emergía un vaho denso y un fuerte olor a alcohol. De vez en cuando unas ramas de sauce rajaban el nailon del paraguas, lo que hacía que las gotas gruesas de lluvia se colaran por los rotos del mismo. El camino estaba cubierto de hojas doradas. De manera abrupta el investigador bajó el paraguas y se quedó mirando fijamente a las hojas verdes de las ramas.

—¿Cuánto tiempo llevo en la Tierra del vino y los licores? —preguntó.

La camionera contestó:

—¿Me lo preguntas a mí? ¿Cómo quieres que lo sepa?

El investigador dijo:

—Esto no puede ser. Tengo que volver al trabajo.

La comisura de la boca de la camionera se frunció. Con tono de burla dijo:

—Sin mí, nunca descubrirás nada.

—¿Cómo te llamas?

—¿Pero qué tipo de persona eres? —dijo ella—. ¿Te has acostado conmigo y ni siquiera sabes mi nombre?

—Oye —dijo—, te lo pregunté pero no quisiste decírmelo.

—Nunca me lo preguntaste.

—Estoy seguro de que lo hice.

—No, no lo hiciste. —Ella le pegó una patada—. Nunca me lo preguntaste.

—Vale, vale, nunca te lo pregunté. Por eso te lo pregunto ahora.

—Olvídalo —dijo ella—. Tú eres Hernández y yo soy Fernández. Somos meros compañeros de trabajo. ¿Qué te parece?

—Muy bien, viejo compañero —dijo, dándole un pellizco en la cintura—. ¿Dónde vamos ahora?

—¿Qué quieres descubrir primero?

—A esa pandilla de criminales horribles, encabezada por tu propio marido, que mata y come niños.

—Te voy a llevar a ver a alguien que sabe todo lo que hay que saber en la Tierra del vino y los licores.

—¿Quién?

—No te lo diré hasta que no me beses.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Te voy a llevar a ver al propietario de la taberna Yichi, Yu Yichi.

Pasaron cogidos del brazo hacia la Avenida del burro bajo un cielo azul oscuro; el instinto del investigador le decía que el sol se había puesto tras las montañas; pero no, el sol se estaba hundiendo en la distancia, detrás de ellos. Se dejó llevar por la imaginación y recreó

la fabulosa escena: el sol, una enorme rueda roja, hundiéndose en la tierra, irradiando cientos de miles de rayos brillantes y revistiendo los tejados, los árboles, y bañando las caras de los peatones y los adoquines de la Avenida del burro con una gama de rojos, como héroes acuchillados. El tirano del reino de Chu, Xiang Yu, está de pie sobre la orilla del río Wu; sujeta una lanza en una mano y las riendas de su poderoso corcel en la otra, a la vez que tiene la mirada perdida en las aguas furiosas del riachuelo que pasa de largo. En realidad la Avenida del burro ahora no estaba iluminada. El investigador estaba atrapado en una bruma densa, invadido por la melancolía y el sentimentalismo. De repente se quedó pensando en lo absurdo que estaba siendo su viaje a la Tierra del vino y los licores: era completamente ridículo, una farsa estúpida. En el agua mugrienta de la cuneta de la Avenida del burro había coles podridas, dientes de ajo y la cola sin pelo de un burro. La calle estaba desierta y sólo les acompañaban unos destellos mudos de color verde, marrón, y de un gris azulado bajo las luces tenues de las farolas. El investigador pensó que esos tres objetos sin vida de la cuneta se deberían tomar como símbolos de la bandera de un reino en decadencia; incluso todavía mejor, podrían grabarse en su propia lápida. A medida que el cielo se condensaba, observaba la llovizna en la luz amarilla artificial de las bombillas, las gotas de agua parecían hilos de seda flotando. El paraguas rosa parecía una seta colorida. De repente Ding Gou'er se dio cuenta de que tenía frío, de que estaba hambriento, sensaciones que emergieron de su consciencia después de ver una enorme montaña de basura a un lado de la calle. Al mismo tiempo era consciente de que los bajos de su pantalón estaban calados, sus zapatos estaban llenos de lodo y cubiertos de agua, lo que producía un chapoteo característico al caminar por el fango, como un pez que se retuerce en el lecho de un río. En la cima de estas extrañas sensaciones destacaba el cosquilleo del brazo con el que agarraba a la camionera. Estaba congelado y dormido por culpa del frío helado que emanaba el cuerpo de la mujer. Sin embargo su mano no estaba entumecida, así que se atrevió a tocarle la tripa, la fuente de los rugidos lastimeros. Ella sólo llevaba puesto un pijama rosa y unas zapatillas de andar por casa. En vez de caminar arrastraba los pies y parecía que tiraban de ella un par de gatos sarnosos. La larga historia del hombre y de la mujer —pensó el investigador para sus adentros— tenía mucho que ver con la historia de la lucha de clases: algunas veces los hombres son los vencedores, algunas veces lo son las mujeres, pero al final el vencedor es también el vencido. Su relación con la camionera —siguió pensando—, a veces era como el juego del ratón y el gato, mientras que otras veces eran como dos lobos, uno cojeaba de una pata y el otro de otra, se complementaban juntos. Habían hecho el amor, pero también se habían peleado a muerte como verdaderos enemigos, con el peso de la ternura y la ferocidad en perfecto equilibrio. En ese momento le vino a la mente que sus partes nobles debían de estar congeladas y que ella también debía de estar congelada. Alargó la mano para tocarle un seno y descubrió que lo que una vez había sido bonito y suave se había convertido en algo frío y compacto como el metal, como un plátano que no ha madurado o una manzana en un congelador.

—¿Tienes frío? —su pregunta no tenía mucho sentido, pero siguió adelante—. ¿Por qué no te vas a casa? Yo puedo continuar con la investigación cuando mejore un poco el tiempo.

A la mujer le rechinaban los dientes, pero dijo con rotundidad:

—No.

—Me preocupa que no puedas soportar el frío.

—¡He dicho que no!

Entonces la mujer que se había convertido en el gran detective Fernández le agarró la mano a su camarada armado, Hernández, y caminaron en silencio por la Avenida del burro bajo la noche fría, otoñal y lluviosa... Los pensamientos corrían por la mente del investigador de manera fugaz, como las letras de las canciones que pasan a toda prisa en las pantallas de un bar de karaoke. Él era fortísimo, hercúleo; ella era terca y obstinada, pero podía ser cariñosa y ardiente cuando quería. La Avenida del burro estaba casi desierta. Los baches se llenaban de agua y brillaban como vidrio opaco que emite un tenue destello. Ding Gou'er no sabía cuánto tiempo llevaba en la Tierra del vino y los licores, pero desde que había llegado no había salido de la periferia de esta tierra; el centro urbano era en sí mismo un misterio, al que quería llegar inexorablemente. Para el investigador, la Avenida del burro, con su larga historia y eminente pasado, le recordó al pasadizo sagrado y misterioso que estaba entre las piernas de la camionera. Enseguida se criticó a sí mismo por hacer esta comparación, que estaba tan fuera de lugar. Era como un adolescente compulsivo, incapaz de contener sus instintos y deseos. Unos recuerdos maravillosos revolotearon en su cabeza. Empezó a ser consciente de la posibilidad de que la camionera estuviera destinada a ser su verdadero amor y del hecho de que sus cuerpos ya estaban unidos por una cadena invisible de metal pesada. Se dio cuenta de que sentía algo fuerte hacia ella y de que había cubierto toda la gama de emociones posibles, pasando por el odio, la lástima y el miedo: eso era amor.

Había pocas luces de los comercios en la calle ahora, ya que casi todas las tiendas estaban cerradas. Pero había miles de luces en las ventanas de los edificios detrás de las tiendas y el investigador se preguntaba qué estaría haciendo la gente. La camionera le dio la respuesta.

—Descuartizan los burros por la noche.

En cuestión de una fracción de segundo la carretera se volvió peligrosa; la camionera se resbaló y se cayó de costado. El investigador se cayó junto a ella cuando trató de ayudarla a levantarse. Entre los dos rompieron el paraguas, se partieron las varillas; la mujer tiró el paraguas a un lado de la carretera a la vez que la llovizna se convertía en granizo, y el aire alrededor de ellos de repente se volvió helado y húmedo. El frío penetraba entre los dientes. Ding Gou'er la instó para que avanzaran. La Avenida del burro, estrecha y sombría, se había convertido en la cuna del horror, en la guarida de la actividad criminal. El investigador entró en la guarida del tigre de la mano de su amante. Vio las letras del cartel de la taberna con extraordinaria claridad. Una manada de lustrosos burros bajaba la calle hacia ellos y les bloqueó el paso justo en el momento en el que miraban el enorme cartel: «La taberna Yichi», bajo una luz roja.

Los burros formaron un compacto grupo. Hizo un cálculo aproximado; debían de ser unos veinticuatro o veinticinco animales, cada uno de ellos tenía la grupa brillante, hasta el último pelo. Estaban empapados por la lluvia, por lo que sus cuerpos relucían. Parecían bien alimentados, con una bonita cara y debían de ser bastante jóvenes. Quizá para combatir el

frío o porque detectaron algo aterrador en el ambiente de la Avenida del burro, los animales se apiñaron para estar lo más cerca posible los unos de los otros. Cuando los de la parte de atrás se abrían paso en el medio de la manada obligaban a que los demás se apartaran. El sonido del roce de la piel de los burros era como si unas púas atravesaran la piel del investigador.

Ding Gou'er vio que algunos de los animales tenían la cabeza gacha; otros la tenían erguida. Pero todos ellos movían sus orejas caídas. Algunos se echaban hacia delante, apretándose contra los que tenían más cerca, haciendo un ruido —*clip, clop*— con las pezuñas y resbalándose por el camino de baldosas, despertando el eco en la noche cerrada. La manada era como una montaña en movimiento cuando pasó por delante de ellos, seguida, tal y como vio, por un chico negro. Entonces notó un claro parecido entre el chico negro y el chico de piel escamosa que le había robado las cosas. Pero cuando Ding Gou'er fue a abrir la boca para gritar, el chico emitió un sonido desgarrador con un silbato tan agudo que rasgó el manto pesado de la noche y desencadenó una erupción de rebuznos en la manada de burros. La experiencia le decía al investigador que cuando los burros rebuznan se quedan quietos y levantan la cabeza para poner atención en el sonido. Pero para su sorpresa, estos burros corrían a la vez que rebuznaban. Era un fenómeno extraño, estremecedor. El investigador le soltó la mano a la camionera y salió corriendo, sin miedo alguno, decidido a coger a este chico que llevaba a la manada de burros. Sin embargo, todo lo que fue capaz de hacer fue resbalarse y caerse al suelo, haciéndose una brecha en la cabeza con las baldosas. Además se le hincharon las orejas, tenía un extraño zumbido en los oídos y dos bolas amarillas de luz danzaron delante de sus ojos.

Cuando el investigador recuperó la consciencia la manada de burros y el joven que les llevaba habían desaparecido de la vista. Todo lo que quedaba era la deprimente y desolada Avenida del burro, que se extendía delante de él. Entonces la camionera le agarró la mano con fuerza.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, obviamente preocupada.

—Estoy bien.

—Me temo que no. Te has pegado un buen golpe —sollozó—, tienes que tener una contusión o algo parecido.

Sus palabras le hicieron darse cuenta del dolor de cabeza que tenía. Todo era como un negativo fotográfico. El pelo de la camionera, sus ojos y su boca, los veía de color plata.

—Tengo miedo de que te mueras...

—No me voy a morir —dijo—. ¿Por qué tratas de gafarme con eso de que me voy a morir ahora que mi investigación acaba de empezar?

—¿Gafarte? —le dijo enfadada—. Lo que he dicho es que tengo miedo de que te mueras.

Su fuerte dolor de cabeza hizo que le desapareciera el más mínimo interés en seguir con esta conversación. La mujer alargó la mano para acariciarle la cara en un gesto reconciliador, luego apoyó el brazo en su hombro: como una enfermera en el frente, y le ayudó a caminar por la Avenida del burro. De repente los faros de un elegante sedán se encendieron. De manera sigilosa el vehículo arrancó y les cegó con las luces. Ding Gou'er podía sentir el peligro en el ambiente. Apartó a la camionera a un lado, pero ella se lanzó sobre él y volvió a abrazarle. En realidad no corrían ningún peligro, no esta noche, porque en cuanto el sedán se incorporó a la carretera aceleró y les pasó de largo; el tubo de escape metálico emitió unos destellos de luz que contrastaban con los faros rojos.

Llegaron a la puerta de la taberna Yichi, que estaba muy bien iluminada, como si hubiera una fiesta dentro.

A cada lado de la puerta principal de adornos florales había dos camareras que no llegaban al metro de altura. Vestían uniformes rojos idénticos y llevaban el mismo peinado de los años 60; sus caras eran iguales y tenían la misma sonrisa. Para el investigador había algo artificial en las dos gemelas; parecían maniqués hechos de plástico o de yeso. Las flores que había entre ellas eran tan perfectas que también parecían artificiales, una perfección anodina e irreal.

—Bienvenidos.

La puerta de cristal de color té se abrió y en el medio de la habitación había una columna con incrustaciones de cristal, en la que vio a un hombre viejo y horrible apoyado sobre una mujer de cara mugrienta. Cuando se dio cuenta de que era el reflejo de la camionera y de él, estuvo a punto de tirar la toalla. Estaba a punto de darse la vuelta e irse, pero justo en ese momento un hombre diminuto vestido de rojo se acercó cojeando a una velocidad increíble y dijo con una vocecita:

—Señor, señora, ¿van a cenar o a tomarse un té? ¿A bailar o a cantar en el karaoke?

Ese hombrecillo apenas le llegaba al investigador por la rodilla, por lo que para conversar, el bajito tenía que echar la cabeza hacia atrás mientras que Ding se tenía que doblar hacia delante. Las dos cabezas, una grande y la otra pequeña, estaban enfrentadas, aunque el investigador se sentía superior, y eso le ayudaba a estar de mejor humor. Se quedó paralizado por la mirada espeluznante y malvada de la cara de ese hombrecillo, a pesar de la sonrisa falsa que esbozaba, la misma que les habían enseñado a todos los camareros de la taberna y que manejaban a la perfección. Pero una maldad de tal magnitud no es fácil de enmascarar, es como la tinta que se filtra en papel higiénico.

La camionera respondió:

—Queremos comer y beber. Soy amiga de tu jefe, el señor Yu Yichi.

El hombrecillo hizo una gran reverencia:

—Sé quién es, señora —dijo—. Tenemos una sala privada arriba.

Mientras que el ser diminuto les guiaba por la taberna, el investigador no paraba de pensar en lo mucho que se parecía este hombre a uno de los demonios de la novela clásica china que protagoniza el Rey Mono^[10]. Incluso fantaseó con que el rabo de un zorro o de un lobo se escondía en la entrepierna de sus pantalones anchos. El suelo de mármol pulido hacía que sus zapatos llenos de suciedad parecieran especialmente asquerosos, lo que despertó sentimientos de inferioridad en el investigador. En la pista de baile, mujeres bellas y bien vestidas bailaban mejilla con mejilla con hombres cuyas caras rebosaban salud y felicidad. Un enano con un esmoquin y una pajarita blanca estaba sentado sobre un alto taburete y tocaba el piano.

Siguieron al joven bajito por la escalera de caracol hasta una sala privada, donde dos diminutas camareras sujetaban la carta. La camionera dijo:

—Por favor dile al dueño Yu que suba. Dile que número nueve está aquí.

Mientras esperaban a Yu Yichi, la camionera demostró una gran falta de decoro al quitarse las zapatillas y limpiarse los pies llenos de barro en la alfombra. Luego estornudó, muy alto, porque el ambiente no estaba muy ventilado. Cuando uno de los estornudos no le salía, miraba a la luz, entrecerraba los ojos y apretaba la boca para ayudarse. Su actitud indignó al investigador, que le recordó a un burro en celo cuando olisquea la orina de una burra.

En medio de sus estornudos preguntó:

—¿Juegas al baloncesto?

—*Achús*, ¿qué?

—¿Por qué número nueve?

—Era su amante número nueve. *Achús*.



Estimado señor Mo Yan.

¡Saludos!

Le he transmitido su mensaje al señor Yu Yichi, que alegremente ha dicho: «¿Y ahora qué tienes que añadir? Te dije que escribiría mi biografía, y eso es lo que va a hacer». También insistió en que las puertas de la taberna Yichi siempre están abiertas para usted. No hace mucho tiempo el gobierno municipal destinó una gran suma de dinero para reparar la taberna Yichi. Está abierta veinticuatro horas al día y está muy bien decorada, de manera lujosa y suntuosa. Hace poco asistieron unos japoneses, y esos renacuajos se fueron a casa más felices que unas castañuelas. El jefe del grupo hasta escribió un artículo para la revista *El viajero*, en la que puntuaba muy alto la taberna Yichi. Así que cuando venga a la Tierra del vino y los licores puede alojarse en el hotel de la taberna Yichi y disfrutar de los placeres incalculables sin gastar ni un centavo.

Me lo pasé muy bien con mi relato, «Yichi el héroe». En mi anterior carta le decía que era un regalo para usted, al que puede acudir cuando escriba la biografía. Sigo intentado abrir mi mente y escuchar lo que me dijo al respecto. Mi fallo es que tengo demasiada imaginación y a veces pierdo el control o hago demasiadas digresiones, por lo que pierdo de vista los principios de la narrativa. Desde ahora en adelante me tomaré muy en serio sus críticas y trabajaré como el demonio para escribir algo que merezca la pena llamarlo ficción.

Muy señor mío, deseo con todas mis fuerzas que haga la maleta pronto y venga a la Tierra del vino y los licores. Quien desaproveche la oportunidad de visitar la Tierra del vino y los licores está perdiendo una ocasión única. En octubre dará lugar el primer Festival del «Licor del mono». Va a ser un lujoso espectáculo sin precedentes, con diferentes eventos apasionantes programados durante un mes. No se lo puede perder. Por supuesto que el segundo festival será el año que viene, pero no va a ser tan emotivo como el primero, ni tan trascendente. Mi suegro ha estado viviendo con los monos durante tres años en el Monte del mono blanco, que está al sur, para aprender los secretos del «Licor del mono», y casi se convierte en un indígena. Pero esa era la única forma de descubrir cómo preparar ese elixir, del mismo modo que sólo hay una forma de escribir una buena novela.

Hace unos años me encontré una copia del libro que quiere, *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores*, en la casa de mi suegro, pero no la he vuelto a ver desde entonces. He llamado a un amigo del Departamento de Propaganda del Comité del Partido y

le he pedido que busque una copia para usted, sea como sea. El pequeño folleto está lleno de connotaciones violentas, lo que prueba que fue escrito por un contemporáneo. Que esa persona sea Yu Yichi es discutible. Como ha dicho usted, Yu es mitad genio, mitad demonio. Aquí, en la Tierra del vino y los licores, es igual de halagado como de criticado, pero como es un enano muy poca gente se atreve a tener una pelea real de «cuchillos y puñales» con él. Es por eso por lo que nada parece atemorizarle y por lo que puede salirse siempre con la suya. Yo en cambio soy un hombre de escasos talentos y de conocimiento limitado, incapaz de comprender el mundo de este individuo. Pero este proyecto encierra mucho dinero; sólo tiene que venir a por él.

Ya ha pasado mucho tiempo desde que presentó mis relatos a *Literatura para los ciudadanos* y le agradecería si le diera otro toquecito a los editores. De igual modo siéntase libre de invitarles a nuestro Primer Festival Anual del «Licor del mono». Yo haré todo lo que pueda para buscarles el alojamiento y pagarles las dietas. Estoy seguro de que los generosos ciudadanos de la Tierra del vino y los licores les harán sentirse como en casa.

Por último, que no menos importante, le mando mi último relato «Clases de cocina». Antes de escribirlo, muy señor mío, me leí casi todo lo que han escrito los famosos novelistas neorrealistas, absorbiendo la esencia de su trabajo y adaptándolo a mi propio estilo. Espero que le mande este relato a los editores de *Literatura para los ciudadanos*, dado que creo firmemente que si sigo presentando mis obras, antes o después mi arte llegará al corazón de ese panteón de dioses que pasan los días en palacios de jade mirando al cielo y observarán a la diosa de la Luna.

Deseándole un éxito duradero en su escritura.

Su discípulo,

Li Yidou



«Clases de cocina»

Li Yidou

Antes de que mi suegra se volviera loca era de una belleza elegante. Hubo un tiempo en el que me resultaba hasta más joven, más guapa y más sexy que su hija, es decir, mi mujer. Entonces mi mujer trabajaba en la columna especial del *Diario de la Tierra del vino y los licores*, en donde publicó unas entrevistas en exclusiva que despertaron fuertes reacciones. Mi mujer era muy delgada y de tez oscura, su pelo era fosco y rubio, su cara era de un marrón oxidado y le apestaba el aliento a pez hediondo. Por el contrario mi suegra estaba rellenita, su piel era blanca y suave, su pelo tan negro que parecía gasolina y su boca emitía, durante todo el día, un aroma a barbacoa. La asombrosa diferencia entre mi mujer y mi suegra, cuando las comparaba, me recordaba a la lucha de clases. Mi suegra era como la concubina bien cuidada de un gran terrateniente mientras que mi mujer era como la hija mayor de un campesino extremadamente pobre. No es de extrañar que el odio entre ellas fuese tan profundo y que hiciera tres años que casi no se hablaban la una a la otra. Mi mujer prefería dormir en el periódico antes que volver a casa. Cada vez que iba a ver a mi suegra, mi mujer se ponía histérica y me insultaba unas cosas que es mejor no dejar por escrito; parecía que estuviera visitando a una prostituta en vez de a su propia madre.

Para ser sincero, en aquel tiempo sí que albergaba vagas fantasías sobre la belleza de mi suegra, pero estos pensamientos perversos estaban bien sujetos, con miles de cadenas de acero y no había ninguna posibilidad de que se hicieran realidad. Pero por aquel entonces los insultos de mi mujer eran como un fuego abrasador y las cadenas se fundían. Así que un día me encaré con ella.

—Si me acabo acostando con tu madre será culpa tuya.

—¿Qué? —preguntó enfurecida.

—Si no lo hubieras insinuado nunca habría considerado la posibilidad de que alguien pudiera hacer el amor con su propia suegra —dije con maldad—. La única diferencia entre tu madre y yo es la edad. No somos parientes de sangre. Además, hace poco que tu periódico ha publicado un artículo muy interesante sobre un joven en Nueva York llamado Jack que se ha divorciado de su mujer y se ha casado con su suegra.

Mi mujer soltó un chillido, se le pusieron los ojos en blanco y se desmayó. Con rapidez le volqué un cubo de agua fría encima y le clavé entre el labio de arriba y la nariz, y entre el dedo gordo y el índice, un clavo oxidado. Finalmente, después de media hora, volvió en sí. Con la mirada fija se tiró en el suelo, como un leño seco y tieso. La desesperación de su mirada me provocó escalofríos. Las lágrimas llenaban sus ojos y se deslizaban hacia las orejas. En este momento, pensé, lo único que puedo hacer es disculparme con todas mis fuerzas.

Pronuncié su nombre de manera cariñosa, reprimí las arcadas y besé su boca nauseabunda y apestosa; al mismo tiempo el doctorando pensó en la boca de su suegra, que siempre olía a barbacoa. Ningún dulce se podía comparar con dar un sorbo de brandy y besar a su suegra en la boca; sería como regar una buena barbacoa con un buen brandy. Aunque parezca mentira la edad no había minado la juventud de esa boca, que estaba húmeda y roja, incluso sin pintalabios, y su saliva era zumo de uva dulce. Los labios de la hija, en cambio, nunca estuvieron al nivel de la piel de esas uvas. Con un hilo de voz su mujer dijo:

—No me engañes. Sé que amas a mi madre, no a mí. Te casaste conmigo sólo porque te enamoraste de ella. Yo soy sólo soy su sustituta. Cuando me besas piensas en los labios de mi madre. Cuando haces el amor conmigo piensas en el cuerpo de mi madre.

Sus afiladas palabras eran como un cuchillo que despellejaba mi piel. Enfadado —le di una palmadita en la mejilla con suavidad y puse mala cara— dije:

—Te voy a dar un tortazo si sigues diciendo tantas tonterías. Estás dejando volar tu imaginación, son alucinaciones. La gente se moriría de la risa si te oyese. Y tu madre explotaría de la ira si supiera lo que estás diciendo. Soy Doctor en vinos y licores, un hombre serio y de prestigio entre los hombres. No importa lo vil que pueda llegar a ser, nunca soñaría con hacer algo que ni siquiera un animal se rebajaría a hacer.

Ella dijo:

—Sí, nunca lo harías pero lo deseas. Puede que nunca lo hagas en esta vida pero no vas a dejar de pensarlo ni un momento. Si no lo deseas durante el día, lo desearás durante la noche. Si no lo quieres hacer cuando estás despierto, lo querrás hacer en tus sueños. No lo querrás hacer mientras estés vivo, pero lo querrás hacer una vez muerto.

Me levanté y le dije:

—Me estás insultando, y a tu madre también, incluso a ti misma.

Ella dijo:

—No te atrevas a enfadarte. Aunque tuvieras cientos de bocas y esas cientos de bocas escupieran al unísono palabras dulces, nunca conseguirías engañarme. ¿Qué sentido tiene seguir así? ¿Seguir siendo sólo un obstáculo, que me menosprecies y sufrir? ¿Por qué no morir sin más? Eso solucionaría todo... Cuando muera vosotros dos podréis hacer lo que queráis. —Con sus pequeñas manos rechonchas, que parecían pezuñas de burro, se dio golpes en el pecho. Estaba tumbada boca arriba y todo lo que sobresalía de su pecho cóncavo eran dos pezones con forma de dátiles negros. Por otro lado, los senos de su madre eran grandes y turgentes como los de una jovencita, sin mostrar ninguna señal de estar caídos o marchitos. Incluso cuando llevaba puesto un jersey grueso de punto sus senos eran como dos montañas. La diferencia entre la figura de su suegra y de su mujer había empujado a este yerno al borde del abismo de la maldad.

—¿Cómo puedes echarme a mí la culpa? —Perdí el control de mí mismo y empecé a gritar—. No te culpo a ti. Me culpo a mí.

Ella extendió los puños y se rasgó la ropa con sus garras; los botones salieron disparados y enseñó el sujetador. ¡Dios mío! ¡Era como si una persona sin pies llevara puestos unos zapatos! La imagen de su pecho escuálido me obligó a apartar la vista. Dijo:

—¡Ya es suficiente! Para ya con esta locura. ¡Aunque estuvieras muerta seguiría estando tu padre de por medio!

Ella se apoyó con las manos y se recostó, a la vez que sus ojos desprendían una luz aterradora.

—Mi padre no es un impedimento para gente como tú —dijo ella—. ¡A él no le importa otra cosa más que el licor, el licor y el licor! El licor es su mujer. Si mi padre fuera normal ¿por qué necesitaría preocuparme tanto?

—Nunca he visto a una hija tan cruel como tú —dijo, impotente.

—Es por eso que te estoy suplicando que me mates. —Se puso de rodillas, se dio un golpe en la cabeza con el suelo y dijo—: Me arrodillo y te suplico, me doy golpes en la cabeza para implorarte. Por favor, mátame, Doctor en vinos y licores. Hay un cuchillo nuevo de acero en la cocina. Es tan afilado como el viento. Tráelo y mátame. Por favor, te lo suplico, mátame.

Levantó la cabeza y arqueó el cuello, que era fino y largo como el de una gallina desplumada; de un color violáceo, con la piel áspera, con tres lunares negros y unas venas hinchadas que latían con fuerza. Tenía los ojos en blanco, los labios flácidos y caídos, su frente estaba cubierta de suciedad, de la que caían unas gotitas de sangre y su pelo estaba tan enmarañado como el nido de una urraca. ¿Cómo podías llamar a esto una mujer? Pero ella era mi mujer y para ser sincero su comportamiento me horrorizaba. Después del horror viene la indignación y la repugnancia. Camaradas, ¿qué podía hacer? Ella esbozó una sonrisa

malvada, su boca era como las llantas gastadas de un coche y tenía miedo de que estuviera perdiendo el juicio.

—Querida esposa —dije—, el dicho dice: «Cuando vives en pareja los sentimientos entre las dos personas son más profundos que el océano». Llevamos casados muchos años, así que ¿cómo iba a tener el valor de matarte? Mataría a una gallina, ya que al menos podría hacer una sopa. Pero si te matase me condenarían a muerte. No soy tan estúpido.

Con las manos sobre su propio cuello ella dijo con suavidad:

—¿De verdad que no vas a matarme?

—No, no lo voy a hacer.

—Creo que deberías hacerlo —dijo, arrastrando el dedo a través de su garganta, como si sujetara un cuchillo imaginario entre los dedos, más afilado que el viento—. Con un ligero toque, las venas de mi cuello se abrirían y sangre fresca y brillante saldría disparada como una fuente. Después de media hora no sería nada más que piel. Y luego —continuó, esbozando una sonrisa siniestra—, te podrías acostar con ese pequeño demonio que come niños pequeños.

—¡Jodidas gilipolces! —maldije con ferocidad.

Camaradas, no fue fácil para mí, un estudioso educado y refinado, decir esas palabrotas. Ella me obligó a hacerlo. Estoy muy avergonzado.

—¡Me cago en tu madre! —maldije—. ¿Por qué debería matarte? ¿Por qué iba a hacerlo? Nunca me has aportado nada bueno, y encima ahora me vienes con esto. Te puede matar cualquiera, no me importa quién, con tal de que no sea yo.

Enfadado, me aparté de ella. «Puede que no sea capaz de entenderte —estaba pensando—, pero al menos me puedo ir de casa». Cogí una botella de «Semental de crin roja» y —*glu, glu*— lo dejé caer por mi garganta. Pero no me olvidé de observar sus movimientos por el rabillo del ojo. Vi cómo se ponía de pie vagamente, con una sonrisa en la cara, y caminaba hacia la cocina. Se me paró el corazón. Oí que el agua del grifo sonaba muy fuerte, me acerqué sigilosamente y vi cómo ponía la cabeza bajo el chorro de agua. Se agarraba a los bordes grasientos del fregadero, con el cuerpo doblado en un ángulo de noventa grados, con su trasero respingón, delgado y sin vida. El trasero de mi mujer era como dos tajadas de carne seca que ha sido cocinada durante treinta años. Nunca compararía estas dos tajadas de carne seca con el trasero almidonado de mi suegra. Pero con esta imagen en mi mente finalmente me di cuenta de que los celos de mi mujer no eran completamente infundados. El agua, blanca como la nieve, y obviamente fría, caía por su nuca y luego se estrellaba como olas espumosas en el suelo. Su pelo se había transformado en tiras de corteza de palmera cubierta de burbujas opacas. Ella estaba sollozando bajo el agua y sonaba como una gallina que se atraganta al comer. A mí me preocupaba que pudiera coger frío. Durante un momento fugaz sentí lástima de ella. Había cometido un grave crimen al atormentar a una

mujer tan débil y esquelética como esta. Me acerqué a ella y le acaricié la espalda; estaba muy fría.

—Ya basta —dije—. No te tortures así. No tiene sentido hacer cosas que enfadan a nuestros amigos y alegran a nuestros enemigos.

Ella se puso enseguida derecha y me miró con chispas en los ojos. No dijo una palabra durante tres segundos que se hicieron eternos, lo que me asustó tanto que me di la vuelta. La vi coger del estante el radiante cuchillo recién comprado en la ferretería, trazarse medio círculo en el pecho, colocarse la cuchilla en el cuello y apretar.

Sin pensar me apresuré hacia ella, le agarré la muñeca y le quité el cuchillo de la mano. Me indignaba su comportamiento.

—Maldita sea, me estás arruinando la vida.

Clavé el cuchillo con fuerza en la tabla de cortar, enterrándolo al menos dos dedos en la madera; sacarlo requeriría mucho esfuerzo. Entonces di un puñetazo en la pared, que tembló mucho. Un vecino gritó: «¿Qué pasa ahí?». Yo estaba tan enfurecido como un leopardo de rayas doradas inquieto en su jaula.

—No puedo más. No puedo seguir viviendo así, joder. —Anduve de un lado a otro de la cocina una docena de veces, y llegué a la conclusión de que no me quedaba otra que estar con ella. Divorciarme sería como cavar mi propia tumba—. Vamos a aclarar las cosas ahora mismo —dije—. Vamos a aclarar esto con tu madre y tu padre de una vez por todas. Cuando estemos con ellos le puedes preguntar a tu madre si alguna vez ha pasado algo entre ella y yo.

Ella se secó la cara con una toalla y dijo:

—Vamos. Si la gente como tú que comete incesto no tiene miedo de hablar de esto, obviamente yo no tengo nada que temer.

—Quien se niegue a ir es un huevo de tortuga —dije.

—Exacto. Quien se niegue a ir es un maldito huevo de tortuga.

Arrastrando y tirando el uno del otro caminamos hacia la Universidad de Destilación. En el camino nos topamos con una comitiva oficial que daba la bienvenida a unos oficiales extranjeros. Unos policías dirigían el paso montados en unas motos con un uniforme nuevo, gafas de sol negras brillantes y unos guantes blancos como la nieve. Dejamos de discutir durante un minuto y nos quedamos quietos como un par de árboles al lado la carretera. El penetrante hedor de los animales podridos se levantaba desde la cuneta. Mi mujer me apretaba el brazo con sus manos frías y húmedas, un poco asustada. Sonreí a la comitiva a la vez que sentía repugnancia por sus garras frías. Podía ver su dedo gordo, increíblemente largo, lleno de mugre verde bajo la uña. Pero no tenía el valor de apartarle la mano, dado que buscaba mi protección, igual que una persona que se está ahogando y grita auxilio. «¡Maldita

sea!», maldije. Una mujer calva y vieja que estaba entre la multitud viendo la comitiva se apartó del camino, se giró y me miró. Llevaba puesto un jersey ancho con una fila de botones blancos de plástico en la parte delantera. Esos botones grandes y blancos de plástico me revolviéron el estómago, sentí que me devolvían a mi infancia, cuando tuve paperas y me vino a ver un médico que olía mal y que tenía una prominente nariz; llevaba una bata con unos botones blancos de plástico. Me tocó las mejillas con sus escuálidos dedos, parecían los tentáculos de un pulpo, y vomité. La cabeza gorda de la señora caía de manera pesada sobre sus hombros, su cara estaba completamente hinchada y los dientes eran amarillos como el latón. Cuando giró la cabeza para mirarme me estremecí. Estábamos a punto de irnos cuando se acercó a toda prisa hacia nosotros, con pasos remilgados. Resultó ser una amiga de mi mujer. Le cogió los brazos a mi mujer con cariño y los sacudió con fuerza; sacó pecho con suficiencia y parecía que iban a empezar a abrazarse y besarse. Era de la edad de la madre de mi mujer. Así que, naturalmente, pensé en mi suegra y en la mala suerte que tuvo al dar a luz a una hija como esta. Caminé solo hacia la Universidad de Destilación de la Tierra del vino y los licores. Quería preguntarle a mi suegra si había adoptado a mi mujer en un orfanato o si cuando nació unas enfermeras la cambiaron por otra en el hospital de maternidad. ¿Y qué se suponía que haría si era realmente el caso?

Mi mujer me cogió el paso. Se reía tontamente, como si se hubiera olvidado completamente de que se había tratado de cortar la garganta unos segundos antes. Entonces dijo:

—Oye, Doctor. ¿Sabes quién era esa señora?

Le dije que no lo sabía.

—Es la suegra del jefe de Sección Hu, del Departamento de Organización del Partido Municipal.

Resoplé.

—¿Por qué resoplas? —me preguntó—. Deja de mirar a la gente por encima del hombro y de considerarte a ti mismo la persona más lista del mundo. Quiero que sepas que voy a ser la directora de la Sección de Vida y Cultura del periódico.

—Felicidades —dije—. «La nueva directora de la sección Vida y Cultura. Espero que escribas un artículo y describas tu experiencia personal sobre las rabieta infantiles».

Ella se detuvo, paralizada por mi comentario.

—¿Una rabieta? Soy igual de buena que cualquier otra mujer de la faz de la tierra. ¡Si otra mujer supiera que su marido juega al *ñaca ñaca* con su suegra, ya habría puesto el grito en el cielo!

—Date prisa y diles a tu madre y a tu padre que te aclaren este tema —dije.

—Soy una completa estúpida —dijo ella, como si se acabara de despertar de un sueño—. ¿Para qué voy a ir contigo? ¿Para qué voy a ir y ver cómo tontearas con esa vieja? Puede que vosotros no tengáis la mínima decencia, pero yo sí. Hay más hombres en este mundo que pelos en la piel de una vaca, así que ¿por qué me iba a importar? Puedes acostarte con quien quieras. A mí ya me da lo mismo.

Se dio la vuelta y se marchó con indiferencia. Una ráfaga de viento otoñal sacudió la copa de los árboles y mandó hojas doradas al aire, en silencio, hasta que cayeron al suelo. Mi mujer caminaba entre la poesía del otoño; su espalda negra se acercaba de manera extraña a la idea de delicadeza. Sorprendentemente, su indiferencia despertó en mí la ligera sensación de que la había perdido. El nombre de mi mujer era «Belleza Yuan». Belleza Yuan y las hojas otoñales que caían del cielo formaban un poema lírico y melancólico, un buqué de vino, como el vino «General Lei» de la destilería Zhangyu de Yastai. La miré fijamente pero ella no se dio la vuelta. Personificaba el dicho de «caminar hacia el futuro sin mirar hacia atrás». En realidad deseaba que se diera la vuelta pero la futura directora de la sección Vida y Cultura del *Diario de la Tierra del vino y los licores* nunca lo hizo. Se iba de su lado para siempre hacia su nuevo puesto de trabajo. Directora «Belleza Yuan». Directora Yuan. Directora.

La espalda de la directora desapareció entre los edificios de paredes rojas y tejas blancas del Callejón de los mariscos, del que salió volando una bandada de palomas llenas de manchas en dirección al cielo. En él, tres globos grandes y amarillos iban a la deriva y arrastraban cintas de un color rojo brillante, que tenían escritas letras grandes y blancas. Un hombre estaba de pie aturdido en mitad de la calle. Era yo, el Doctor en vino y licores, Li Yidou. Li Yidou, no vas a tirarte en el asqueroso río Liqun, ¿o sí? No, ¿por qué iba a hacerlo? Se sentía fuerte e impenetrable, como el cuero curtido con hidróxido de sodio y sal de Glauber, de modo que ni se rasga ni se hace tiras. Li Yidou daba grandes zancadas hacia delante, con la cabeza bien alta, el pecho hacia fuera y en un instante estaba dentro de la Universidad de Destilación y se encontraba de pie enfrente de la puerta del despacho de su suegra.

Realmente necesitaba llegar al fondo de todo esto. A lo mejor tenía una aventura con mi suegra (quien a lo mejor ni siquiera lo era de verdad). Sería una gran experiencia en mi vida personal, de eso no había ninguna duda. Había una nota pegada en la puerta.

«La clase de cocina será en el laboratorio de la Sección Gourmet».

Había oído mil veces que mi suegra, con sus increíbles habilidades para la cocina, era la estrella de la Academia Culinaria, pero yo nunca la había visto dar clase. Li Yidou decidió asistir a la clase de su suegra, para ver la talla impresionante de su talento.

Caminé por la pequeña puerta de la parte de atrás de la Universidad de Destilación y entré en el campus de la Academia Culinaria. La fragancia del vino y el aroma de la carne penetraban en el aire. En el patio había muchas flores exóticas y árboles extraños, y me miraban a mí, al Doctor en vinos y licores, un ignorante en lo que se refiere a plantas. Una docena más o menos de agentes de seguridad vestidos con uniformes azules caminaban perezosamente por el patio de la universidad, pero cuando me vieron se animaron, como un

perro que ve una presa. Sus orejas, como tortitas, estaban levantadas y unos mocos verdes asomaban por su nariz. Pero yo no tenía miedo de ellos ya que sabía que volverían a comportarse como antes en cuanto dijera el nombre de mi suegra. La estructura del campus era muy complicada, parecida al jardín de Suzhou. En medio del camino había una roca gigante de color amarillento, como el hígado de un cerdo, con una inscripción que ponía: «Las rocas apuntan al cielo». Después de que los agentes de seguridad del campus me dejaran pasar, deambulé hasta que encontré la Sección Gourmet. Pasé por una verja, luego por el maravilloso edificio en el que conservan la carne de niño, pasé por unas montañas y una fuente artificiales, la sala de adiestramiento de los pájaros exóticos y de los animales raros y al final pasé por una cueva oscura que me condujo a un lugar luminoso. Era un área restringida. Una chica me dio unas prendas de ropa. «Toma, ya que vas a grabar al profesor asociado», me dijo, porque me había confundido con un periodista de la televisión local. Cuando me estaba poniendo el sombrero con forma de cono me llegó un olor a sopa. Justo entonces la mujer me reconoció. «Tu mujer, “Belleza Yuan”, y yo íbamos a la misma clase en el instituto. En aquel entonces mis notas eran mucho mejores que las tuyas pero ahora ella es una famosa periodista mientras que yo soy una mísera portera», dijo, abatida, mirándome a los ojos con rencor, como si fuera yo quien le hubiera truncado su futuro prometedor. Asentí con la cabeza como si le estuviera pidiendo perdón, pero su cara triste enseguida pasó de la pena a la soberbia. «Tengo dos hijos —dijo con arrogancia—, los dos son más listos que el hambre». Entonces le contesté ferozmente. «¿No piensas mandarlos a la Sección Gourmet?». Su cara se puso morada, y dado que lo último que quería en mi vida era tener que mirar a otra mujer con la cara enfurecida caminé hacia el laboratorio. Era capaz de oír cómo rechinaba los dientes a la vez que me insultaba:

«Algún día alguien te dará lo que te mereces, bestia caníbal».

El comentario de la portera me produjo unos pinchazos en el corazón. ¿Quiénes eran estas bestias caníbales? ¿Era yo una de ellas? Me acordé de lo que los dignatarios de la Tierra del vino y los licores habían dicho cuando nos sirvieron el plato gourmet: «Lo que estamos comiendo no es carne humana sino un plato preparado con una técnica especial». La creadora de este plato gourmet era mi hermosa suegra, que ahora estaba dando una clase a sus estudiantes en una amplia y bien iluminada sala de conferencias. Podía ver a lo lejos su cara redonda y grande, como la luna, que era tan suave y brillante como un jarrón chino.

Los periodistas además estaban grabando la clase. Uno de ellos, apellidado Qian, un tipo con la boca grande y cara de mono, era el director de la columna del periódico local. Una vez compartimos la misma mesa y tomamos unas copas entre el mismo grupo de gente. En este momento tenía una cámara encima del hombro y se paseaba de un lado a otro de la sala de conferencias. Su asistente era un tipo bajito, pálido y gordo que cargaba con los focos y arrastraba unos cables negros a la vez que seguía las órdenes de Quian. Tenía que colocar los focos, a veces apuntando a la cara de mi suegra, otras a la tabla de cortar que tenía enfrente de ella y a veces a los estudiantes que estaban concentrados en su clase. Encontré un sitio vacío y me senté; en ese momento sentí cómo se detenían en mí los preciosos ojos grisáceos y marrones de mi suegra durante un par de segundos. Ligeramente avergonzado agaché la cabeza.

Saltaron a mi vista dos palabras grabadas en mi pupitre: «Quiero follarte». Era como si lanzaran dos rocas en el mar de mi mente y crearan una gran oleada. Sentí cómo se me paralizaba el cuerpo; como una rana a la que le dan descargas eléctricas, mis extremidades temblaban, mientras que cierto miembro empezaba a erguirse... La conversación de mi suegra, bien estructurada y agradable, como un maremoto, me arrastraba cada vez más, envolvía mi cuerpo en una corriente cálida y enorme y despertaba en mí una secuencia de espasmos, fruto de la excitación, que subían y bajaban por mi espina dorsal, cada vez más rápido.

«... Queridos estudiantes, ¿os habíais dado cuenta de que dado el rápido desarrollo, consecuencia de las cuatro modernizaciones y la constante mejora en el estilo de vida de la gente, comer ya no es tan sólo una cuestión de rellenar los estómagos sino una cuestión estética? Por lo tanto, cocinar no es tan sólo una necesidad, sino un verdadero arte. Un gran chef hoy día necesita tener unas manos más habilidosas que un cirujano, un sentido de los colores mejor que un pintor, un olfato superior al de un perro y una lengua más sensible que una serpiente. Un chef encarna la mezcla de todas las artes. En consecuencia, el nivel de exigencia de lo que llamo los “comensales gourmet” está aumentando. Tienen un gusto caro, quieren cosas nuevas y desprecian las viejas, quieren una cosa por la mañana y cambian de opinión por la tarde. Es extremadamente difícil agradar a sus papilas gustativas. Pero nosotros tenemos que estudiar duro para crear nuevos platos que satisfagan sus necesidades. Esto está íntimamente relacionado con la prosperidad de la Tierra del vino y los licores y, por supuesto, con el futuro de cada uno de vosotros. Antes de empezar con la clase de hoy os quiero recomendar un plato especial y único».

Cogió un bolígrafo electrónico y escribió tres palabras en la pizarra magnética: «Ornitorrinco al vapor». Se giró de costado para no dar la espalda a los estudiantes mientras escribía, en una muestra de educación y gentileza. Entonces dejó el boli y apretó un botón de debajo del estrado, lo que provocó que una mampara se abriera lentamente, del mismo modo que un general aprieta un botón para que aparezca un mapa de guerra. Detrás de la mampara había un depósito de agua en el que unos cuantos ornitorrincos pequeños, con el pelo brillante y las patas palmeadas, nadaban con nerviosismo. Ella dijo: «Ahora voy a daros los ingredientes y los pasos a seguir de la receta, por lo que por favor tomad nota. Este desagradable animalito puso en ridículo al docto y erudito Engels, nuestro gran líder del proletariado, quien no pudo explicar su naturaleza y por lo tanto consideró que este animal era un fenómeno aberrante en la evolución natural, dado que es el único mamífero que pone huevos. El ornitorrinco es el animal más exótico y único del mundo. Así que tenemos que tener un cuidado especial durante su preparación para no desperdiciar la carne de este animal tan excepcional y que no cometamos un error en el procedimiento. Por lo tanto sugiero que antes de usar los ornitorrincos practiquemos con tortugas. Ahora, dejadme que os dé la receta».

Coged el ornitorrinco, matadlo y colgadlo boca abajo durante al menos una hora para que caiga toda la sangre. Por favor tened en cuenta que deberíais usar un cuchillo muy fino y hacer el corte debajo de su boca y así nos aseguramos de que el punto de entrada sea lo más pequeño posible. Una vez que ha caído toda la sangre ponemos el ornitorrinco en agua calentada a 75 grados Celsius para arrancarle la piel. Entonces poco a poco le sacamos las tripas, el hígado, el corazón y los huevos (si hay alguno). Tened especial cuidado al sacarle el

hígado y aseguraos de que no le pincháis la vejiga. De lo contrario el ornitorrinco se volverá incomible y no servirá de nada. Sacamos los intestinos y les damos la vuelta para lavarlos con agua con sal. A continuación lavamos la boca y las patas con agua hirviendo y raspamos la parte dura del pico y la piel áspera de entre los dedos. Aseguraros de que la membrana entre los dedos queda intacta. Después de lavarlo, freímos un poco las tripas en aceite caliente y las metemos dentro del ornitorrinco. Le añadidos sal, ajo, jengibre, chile, aceite de sésamo —recordad no usar glutamato monosódico— y lo cocinamos a fuego lento y bajo hasta que se vuelva marrón oscuro y desprenda un olor peculiar. En caso de que tenga algún huevo, salteadlo o salteadlos con las tripas y luego lo metéis dentro del ornitorrinco. Si hay huevos grandes bien desarrollados los podéis usar en otro plato gourmet, siguiendo por ejemplo la receta que vimos de los huevos estofados de tortuga.

Después de dar la receta del ornitorrinco mi suegra se peinó el pelo hacia atrás, como un líder de la nación cuando se prepara para dar un anuncio importante y miró fijamente a los estudiantes, quienes uno por uno, sintieron cómo su mirada calurosa les tocaba de lleno. Yo sentí que mi suegra me acariciaba el alma. Con una gran seriedad dijo: «Ahora vamos a pasar a los métodos de cocina para hacer un niño estofado». Sentí como si un punzón oxidado se clavara en mi corazón y corrientes de un líquido frío calasen en mi pecho, donde se solidificaron y presionaron mis órganos, lo que me hizo estar en vilo a la vez que el sudor frío y pegajoso se filtraba en las palmas de las manos. Las caras de todos los estudiantes se pusieron rojas, la excitación y el nerviosismo aceleraba el latido de sus corazones. Parecían un grupo de estudiantes de Medicina realizando su primera disección de unos genitales humanos. Fingían estar indiferentes, pero sus esfuerzos eran en vano: los tics revelaban su nerviosismo, (que se apoderaba de todos sus músculos de sus mejillas), y sus toses nerviosas eran descontroladas. Mi suegra dijo: “Este plato es el orgullo y alegría de la Academia Culinaria”. No podemos ofrecer a todos vosotros la oportunidad de practicar *in situ* con la carne porque el ingrediente es muy difícil de conseguir y es increíblemente caro. Os voy a enseñar el procedimiento detalladamente y vosotros tenéis que observar muy atentos. En casa podéis usar mono o cochinillo en su lugar.

Lo primero que recalco es que el corazón de un chef está hecho de acero y que nunca debe emocionarse. Entonces prosiguió:

«En lugar de seres humanos, los bebés que vamos a trocear y cocinar son animalitos con forma humana que se comercializan, de acuerdo a un estricto acuerdo con sus criadores, para albergar las necesidades de la Tierra del vino y los licores con el fin de desarrollar la economía y la prosperidad. En esencia no difieren de esos ornitorrincos que vemos nadando en el agua a la espera de ser descuartizados. Por favor permitid que vuestras mentes descansen en vez de dejar volar a la imaginación. Tenéis que repetiros a vosotros mismos miles de veces o millones de veces si hace falta: “No son seres humanos. Son animalitos con forma humana”». Con mucho garbo cogió una vara y la golpeó unas cuantas veces contra el depósito de agua. «En esencia no difieren de los ornitorrincos». Cogió el teléfono de la pared y dio una orden por el auricular. Luego colgó el teléfono y les dijo a los estudiantes: «Por supuesto este es un plato muy famoso que algún día triunfará en el mundo entero, por lo que no voy a tolerar la mínima falta de atención en el proceso. Hablando en términos generales, la presión emocional que experimenta un animal antes de ser descuartizado afecta a la cantidad de glucógeno que queda en su carne, lo que rebaja la calidad del producto final. Como

consecuencia, un carnicero experto prefiere siempre acabar con la vida del animal lo antes posible con el fin de tener una carne de mejor calidad. En comparación con la media de los animales domésticos la carne de los niños es más inteligente, así que debemos hacer todo lo posible para mantenerles contentos, y así preservaremos la calidad del ingrediente base de este famoso plato. El método tradicional de descuartizarlos es golpearlos con un garrote en la cabeza, pero este método daña los tejidos blandos del cerebro y hasta puede machacar el cráneo, lo que afectaría a la presentación del producto final. De manera gradual, en vez de matarlos con un golpe seco se ha ido reemplazando por una anestesia hecha de etanol. La Universidad de Destilación acaba de destilar un nuevo licor que es dulce y no demasiado fuerte, pero que tiene un elevado e inusual contenido en alcohol, lo que es perfecto para nuestro fin. La experiencia ha demostrado que anestesiar la carne de niño con alcohol antes de trocearla reduce el olor a leche que tiende a emanar y que solía ser el mayor problema en el proceso de cocina, y los análisis de laboratorio han revelado que el valor nutricional de la carne de niño anestesiada aumenta de manera considerable». De nuevo cogió el auricular de la pared y dijo: «Traédmelo».

Eso es todo lo que comentó mi suegra y sin ningún tipo de alarde en su voz; cinco minutos más tarde dos jovencitas vestidas con batas blancas de hospital y unas gorras traían al niño desnudo a la sala de conferencias en una camilla de diseño muy moderna. Podría decirse que las chicas eran muy guapas, pero la palidez de sus caras me desagradaba. Dejaron la camilla junto a la tabla de cortar y a continuación se apartaron a un lado, con los brazos colgando lacios. Mi suegra se agachó para inspeccionar la carne rosada del niño, le dio un golpecito con el dedo índice en el pecho y asintió con la cabeza, llena de satisfacción. Enseguida se puso de pie y erguida para recordarles a los estudiantes una vez más, con gran solemnidad: «Nunca debéis olvidar que esto es tan sólo un animalito con forma humana». Apenas había pronunciado estas palabras cuando el animalito con forma humana de la camilla se dio la vuelta. Los estudiantes dejaron salir un grito ahogado. Todo el mundo, yo incluido, pensamos que el niño se iba a recostar, pero afortunadamente no lo hizo. Simplemente se dio la vuelta, salpicando unas gotas de sudor, y roncó tan fuerte que lo pudo oír toda la sala de conferencias. Su cara rosada, redonda y regordeta miraba hacia los estudiantes y, naturalmente, hacia mí. Lo que veíamos era a un niño pequeño sano y hermoso de pelo negro, largas pestañas y una nariz diminuta, como un diente de ajo, y una boquita rosa. Apretaba ligeramente los labios como si en su sueño estuviera tomándose un caramelo. Mi mujer y yo llevábamos casados tres años pero no habíamos tenido niños. Yo los adoraba y sentía la urgencia de levantarme en mitad de la conferencia hasta la tabla de cortar y coger en brazos a ese pequeño ser, besarle la cara y su ombligo, tocarle la colita y darle un mordisco en sus piececitos. Eran unos pies regordetes, con pliegues en los tobillos. Dadas las caras de los estudiantes, en particular la cara de fascinación y ternura de las chicas, era evidente su instinto maternal hacia el niño. Por esa razón la voz de mi suegra, que se había vuelto muy fría, retumbaba de nuevo en la sala de conferencias, amortiguando los ronquidos del pequeño. «Dejadme que os lo aclare. Tenéis que erradicar todas las emociones insanas de vuestros corazones. Si no, no podemos seguir con la clase». Le agarró por un brazo y le giró 180 grados, hasta que el niño quedó mirando a los ornitorrincos que estaban en el depósito de cristal y nos enseñaba su pequeño trasero. Mi suegra le dio un golpecito y dijo: «No es un humano, no es un humano en absoluto».

El niño, como si protestara ante el comentario, se tiró un pedo con todas sus fuerzas,

que desde luego no concordaba con el tamaño de su cuerpo. Los estudiantes estaban desconcertados. Se miraron boquiabiertos los unos a los otros durante unos quince segundos, antes de que una explosión de carcajadas inundara la sala de conferencias. Mi suegra trató de mantener la compostura, pero no pudo. Al final ella también se rio junto a sus estudiantes.

Dio golpes en la mesa para tratar de contener la risa. Dijo: «Estos animalitos son demasiado juguetones». Los estudiantes estaban a punto de explotar de la risa de nuevo, pero ella les frenó. «No más risas. Esta es la clase más importante de estos cuatro años que lleváis de carrera. Siempre que seáis capaces de cocinar la carne de niño nunca os tendréis que preocupar de nada en la vida, en cualquier parte del mundo. ¿No queríais ir al extranjero? Siempre que seáis capaces de elaborar este plato supremo será como si tuvierais un visado de permanencia en la palma de vuestras manos. Podéis conquistar a los extranjeros, ya sean americanos, alemanes o lo que sean».

Sus palabras aparentemente surtieron efecto, dado que los estudiantes recuperaron la concentración. Cada uno de ellos tenía un boli en una mano y con la otra sujetaban un cuaderno de notas. Tenían los ojos fijos en mi suegra. «El niño duerme profundamente —dijo—, por lo que no será consciente de nada de lo que hagamos. No protestará en absoluto». Hizo un gesto con la mano y llamó a las dos chicas de blanco, que estaban en la esquina esperando sus órdenes. Se acercaron para ayudar a levantar al niño-animal y colocarlo en una rejilla especialmente diseñada con forma de jaula de pájaro. Encima de ella había un gancho sujeto a una anilla que colgaba del techo. Con la ayuda de las dos chicas de blanco la rejilla con forma de jaula se suspendió en el aire. El niño-animal estaba tumbado en su prisión y un piecillo blanco y rechoncho sobresalía de la jaula; era una imagen escalofriante. Mi suegra explicó: «El primer paso es desanjarlo. Pero debo deciros que, durante un tiempo, algunos camaradas creían que si le dejaban la sangre hacía que la carne de niño supiera mejor y aumentaba su valor nutritivo. Su teoría se basaba en la práctica coreana, que nunca hacen cortes o desangran a los perros cuando los cocinan. Pero después de repetidas pruebas y comparaciones hemos llegado a la conclusión de que la carne de niño es mejor y más tierna cuando se desangra. Es un procedimiento simple. Cuanta más sangre le saquéis mejor color tendrá. Si no se saca toda la sangre el producto final tendrá un color oscuro y un fuerte olor. Por lo tanto no debéis tomaros este paso a la ligera». Mi suegra alargó la mano y agarró el pie que colgaba de la jaula con la mano izquierda; el niño balbuceó. Los estudiantes aguzaron el oído porque trataban de descubrir lo que quería decir el niño. Mi suegra dijo: «Tenemos que elegir el lugar exacto en el que hacer el corte para asegurarnos la integridad del niño-animal. Normalmente hacemos el corte en la planta del pie para encontrar una arteria, que rajamos a continuación para inducir el flujo de sangre». A la vez que seguía hablando, un cuchillo deslumbrante con la cuchilla con forma de hoja de sauce, se materializó en su mano derecha y apuntó al piecillo del niño... Cerré los ojos del nerviosismo y creí escuchar al bebé llorar tan fuerte que las sillas y las mesas de la sala empezaron a chocarse las unas contra las otras en mi mente. Con un aullido sonoro los estudiantes salían furiosos de la sala. Pero cuando abrí los ojos, me di cuenta de que sólo estaba en mi cabeza. El niño no lloró, ni siquiera gritó; ya tenía la apertura en su pie. De un modo, por extraño que parezca bonito, una serie de gotas de un rojo intenso de sangre, como piedras preciosas, caían y se fundían en un bote de cristal debajo de su pie. La sala de conferencias estaba sorprendentemente en silencio. Todos los estudiantes —chicos y chicas— miraban fijamente, con los ojos en blanco, el pie del niño-animal y las gotas de

sangre que caían de él. La cámara del canal de televisión local también apuntaba al pie y a la sangre que estaba justo debajo, y que emitía unos destellos brillantes. Poco a poco se escuchó la respiración entrecortada de los estudiantes, profunda como el romper de las olas, y el nítido sonido seco de la sangre goteando en el bote, como un riachuelo que fluye por un profundo barranco. Mi suegra dijo: «Se habrá desangrado completamente en una hora y media. El segundo paso es sacarle las tripas, pero manteniéndolas intactas. El tercer paso es que se desprenda el pelo con agua calentada a 70 grados...». No me apetece seguir describiendo la receta de mi suegra, que fue aburrida y nauseabunda al mismo tiempo. Empezó a caer la noche y la mente del Doctor en vinos y licores, que estaba repleta de maravillosas ideas y estimulada por el alcohol, decidió concentrarse en crear otro relato titulado: «Nidos de golondrina» en lugar de malgastar su talento en un banquete de caníbales.

Capítulo 7



El comentario de la camionera atravesó el corazón del investigador, que se apretó la mano contra el pecho como la víctima de un flechazo de amor y se dobló agonizando del dolor. Entonces observó cómo la mujer frotaba de un lado a otro su pie sonrosado, que era más ágil que sus manos, contra la alfombra. Su corazón se inundó de pasión y rencor. Apretó los dientes y gritó: «¡Putas!», antes de darse la vuelta y dirigirse a toda prisa hacia la puerta. En ese momento oyó una voz seca a su espalda: «¿Dónde te crees que vas, proxeneta? ¿Quién narices te crees que eres para tratar a una mujer así?». Ding siguió caminando. Un vaso reluciente pasó pegado a su oreja, inmediatamente rebotó en el suelo y aterrizó en la alfombra. Se dio la vuelta para mirar hacia atrás y entonces la vio a ella, ahí de pie, sacando pecho, con la respiración entrecortada y los ojos húmedos y brillantes. Aunque le asaltaban una gran variedad de emociones luchó para controlar su voz. «¿Cómo puedes ser tan patética y acostarte con un enano? ¿Lo hacías por dinero?». Ella rompió a llorar, apenas podía respirar. De repente levantó tanto la voz, todavía ronca y penetrante, que los adornos de metal de las lámparas colgantes de vidrio opaco temblaron. Se rasgó la blusa, empezó a darse golpes en el pecho, a arañarse la cara con las uñas, a tirarse del pelo y darse cabezazos contra la pared de color crema. En mitad de esta autodestrucción frenética, empezó a gritar histérica, a punto de reventarle los tímpanos al investigador.

—Vete de aquí, vete de aquí, vete de aquí de una maldita vez.

El investigador estaba muerto de miedo. Nunca le había pasado algo parecido en su vida. Sintió como si las gélidas manos del Ángel de la muerte le estuvieran pellizcando la nariz. Unos riachuelos de orina corrían por su pierna. Sabía lo poco elegante, por no mencionar lo incómodo que era, hacerse pis en los pantalones, pero no pudo controlarse a sí mismo. Era todo lo que podía hacer para no venirse abajo. Pero a pesar de hacerse pis en los pantalones sintió la alegría de despojarse de una gran carga emocional. Con la voz quebrada dijo:

—No lo hagas... por favor... te lo suplico...

La camionera no se inmutó tras su súplica ni tras la pérdida del control de su vejiga. Continuó con su autodestrucción y desgarrándose la voz. A medida que se golpeaba la

cabeza con todas sus fuerzas la pared parecía protestar, aunque era cuestión de tiempo, pronto estaría salpicada con sus sesos. El investigador se acercó a ella y la abrazó por la cintura, pero ella se apartó y se soltó enseguida. Ahora ella cambió de estrategia: en lugar de darse golpes en la cabeza contra la pared empezó a rasgarse los dorsos de la mano con los dientes como si masticara una pata de cerdo. Realmente se estaba mordiendo la mano, no estaba fingiendo. El investigador, en un acto desesperado e inútil, se tiró sobre sus rodillas y empezó a darse golpes en la cabeza contra el suelo:

—Querida —dijo—. ¿Sirve de algo si te llamo querida? Por favor, que no te ofenda alguien tan despreciable como yo. Sé compasiva, como un Primer Ministro, tolerante y prudente. Haz como si lo que he dicho fuera un pedo, un sonoro y apestoso pedo.

Sorprendentemente di en el clavo. Ella paró de morderse los dorsos de la mano, cerró los ojos, abrió mucho la boca y berreó como un bebé. El investigador se puso de pie. De repente, como si fuera parte de una película, empezó a darse bofetones en su propia cara —muy fuerte—, primero en una mejilla, luego en la otra, reprendiéndose a sí mismo al mismo tiempo: «No soy un humano, soy un cabrón, un bandido, un canalla, un perro, un gusano en una cuba de mierda. Te voy a dar una paliza hasta que te mueras, hijo de puta asqueroso».

Los primeros golpes le escocieron, pero al cuarto o quinto era como si pegara a la piel de una vaca; no sentía dolor ni escozor, simplemente sentía los músculos dormidos. Unos cuantos golpes más, e incluso eso desapareció, de modo que sólo quedaba el sonido fuerte y terrible de los golpes, como si estuviera apaleando a un perro muerto o el culo de una muerta. Pero él no cesaba, golpe tras golpe, y poco a poco empezó a sentir placer en este acto de autovenganza. Llegado a un punto, paró de reprenderse a sí mismo y la energía que no empleaba en insultarse la trasladó a su mano, de modo que aumentó la fuerza de cada manotazo y el volumen del retumbar de los golpes. Vio que la boca de la mujer estaba cerrada y que sus gemidos cesaron también; ella observaba su actuación como si estuviera en trance. El investigador estaba contento consigo mismo, así que después de unos cuantos golpes más bajó las manos. Ding oyó un alboroto al otro lado de la puerta. Con indecisión le preguntó:

—¿Ya no estás enfadada conmigo, querida?

Ella no se movió. Tenía los ojos en blanco, la boca abierta y una expresión que le provocó escalofríos al investigador. La camionera estaba ahí de pie, quieta, parecía una estatua maligna. Lentamente el hombre se puso de pie y empezó a hablar dulcemente a la mujer, ocultando su ira, a medida que se acercaba a la puerta.

—No te enfades conmigo nunca más, por favor no te enfades. Siempre he tenido la boca muy sucia, como el agujero del culo de muchas personas. Mi vocabulario siempre me ha metido en problemas y da igual lo que haga que nada parece ser de ayuda. —Apretó el trasero contra la puerta—. No te mereces lo que he dicho, lo siento con todo mi corazón. —Hizo presión en la puerta con el culo para abrirla. Crujió mucho—. Soy lo peor de lo peor, una criatura asquerosa, lo digo de verdad —murmuró a la vez que una brisa fresca le daba en la espalda. La miró por última vez, se coló por la estrecha apertura y cerró la puerta al salir.

Ahora que ella estaba dentro de la sala, el investigador corrió hacia el final del pasillo sin pensárselo dos veces; pero a mitad de camino se encontró con un hombrecillo muy bien vestido que caminaba muy rápido detrás de una camarera diminuta. Ding dio una buena zancada y pasó de largo a esas dos personas tan bajitas, ignorando el grito que dio la chica del susto. Cuando llegó al final del pasillo dio la vuelta a la esquina y abrió de un empujón una puerta grasienta, donde le recibió un popurrí de olores— dulce, amargo, ácido, picante —y se tragó una nube de vaho caliente. Un grupo de hombres diminutos iba de un lado a otro a toda prisa en mitad de esa sala llena de vapor y totalmente empañada, apareciendo y desapareciendo ante su vista a la vez que trabajaban con prisa, como unos duendecillos. Vio que unos estaban cortando la comida, otros colocaban unas plumas o unos pelos en unas bandejas, otros lavaban los platos y otros mezclaban los ingredientes. A primera vista era caótico aunque había un sentido del orden escondido. Ding se chocó contra algo y descubrió que era una ristra de vaginas de burro congeladas. Inmediatamente pensó en «Dragón y fénix felizmente juntos» y en el banquete hecho tan sólo con la carne de burro. Algunos de los ayudantes de cocina pararon de hacer lo que estaban haciendo para mirarle con curiosidad. Caminó hacia atrás y salió de la cocina, luego se dio la vuelta y corrió hasta que vio las escaleras, por las que bajó, guiándose a sí mismo apoyándose en el pasamanos. Cuando oyó el grito aterrador de una chica, lo que le quedaba en la vejiga le corrió por la pierna. Un silencio mortal prosiguió al grito desesperado; entonces le vino un pensamiento a la cabeza: «¡Que os jodan!». Sin detenerse a pensar en los chicos y chicas bien vestidos que bailaban alegremente y con mucho arte en la sala de baile de mármol rojo Laiyang, entró en la sala principal de la taberna Yichi, un lugar famoso por su libertinaje, interrumpiendo los hermosos ritmos de la música, como un perro sarnoso y apaleado que huele a pis rancio.

Sólo cuando ya había salido corriendo de la taberna hacia un pequeño callejón, cayó en la cuenta de que los dos enanos de la entrada se sorprendieron y se asustaron tanto cuando él pasó que gritaron muy fuerte.

Se apoyó en la pared para recuperar el aliento y volvió la vista atrás, a las luces brillantes de la taberna Yichi. Un cartel de neón encima de la puerta seguía cambiando de color, de modo que volvía las gotas de lluvia rojas, luego verdes y luego amarillas; mientras tanto era consciente de que estaba de pie bajo la fría lluvia de una noche otoñal, apoyado contra un muro glacial. Sólo los muros de un cementerio podían ser igual de fríos, pensó. Después de todas las desgracias que le habían atado a la Tierra del vino y los licores inextricablemente, si esta noche no contaba como si se hubiera librado de las garras de la muerte, como mínimo había conseguido escapar de la guarida de un tigre. Dulces melodías de la taberna Yichi iban a la deriva guiadas por el viento y se disipaban en la noche. A la vez que se esforzaba por oír la música unas punzadas de pena invadían su corazón y sus ojos derramaban lágrimas autocompasivas. Durante unos segundos deseó ser un pequeño príncipe en apuros, pero no había ninguna princesa para rescatarle. El aire era frío y húmedo; sus manos y pies doloridos le decían que la temperatura era bajo cero. El clima de la Tierra del vino y los licores se había vuelto, de manera abrupta, muy cruel e insensible; las gotas de lluvia se congelaban al caer del cielo, y se desmoronaban cuando daban contra el suelo, haciendo que la calle fuera muy resbaladiza. Un automóvil solitario se deslizó y patinó por una lejana calzada, iluminada por las farolas de la calle. El recuerdo de la manada de burros correteando por la Avenida del burro volvió a su mente como un remoto sueño. ¿Había pasado realmente? ¿Realmente existía esa extraña camionera? ¿Verdaderamente habían

mandado a un investigador llamado Ding Gou'er a la Tierra del vino y los licores para investigar si se comían a los niños? ¿Existe una persona que se llame Ding Gou'er? En ese caso ¿ese soy yo? Tocó el muro con la mano; estaba helado. Dio un pisotón al suelo, estaba duro como una roca. Tosió; unos pinchazos recorrieron su pecho. El ruido de su tos llegó hasta muy lejos antes de que se lo tragara la oscuridad. Eso era una prueba de que todo era real, y la sensación de agobio persistía.

Las gotas de lluvia que caían por sus mejillas eran abrasadoras, como si te rascarán las uñas de un gato. Sintió que su cara estaba ardiendo, lo que le recordó su patética exhibición de autoflagelación. Volvió la sensación de cosquilleo a su cara, y luego una especie de ardor. Al entumecimiento y al escozor le siguió la imagen de la cara enfurecida de la camionera, que se mecía de un lado a otro delante de sus ojos y no desaparecía. Luego le vino la imagen de esta mujer y Yu Yichi, y después unos sentimientos de ira y celos, uno al lado del otro, que se fundían como un licor de baja calidad que empezaba a envenenarle el alma. Cuando se le aclaró la mente se dio cuenta de que lo imposible e impensable había ocurrido: se había enamorado de esa mujer y ahora sus vidas estaban destinadas a estar juntas como un par de tórtolos en una rama.

El investigador le dio un golpe al muro de esa especie de cementerio o de santuario de mártires, o lo que quisiera que fuera, con el puño. «¡Putá! —maldijo—. ¡Putá! ¡Putá asquerosa! ¡Una puta asquerosa que se bajaba las bragas por un dólar!». El dolor abrasador de sus nudillos calmaba el dolor de su corazón, así que levantó el otro puño y lo estampó en la pared de piedra. Entonces era el turno de su cabeza.

Un poderoso rayo de luz le atrapó. Un par de policías le preguntaron muy severamente:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Ding se dio la vuelta lentamente y se tapó los ojos con la mano. De repente se le paralizó la lengua y perdió la fuerza para hablar.

—Regístrale.

—¿Para qué? Está chiflado.

—No hables así, ¿me has oído?

—Vete a casa. Una más y vas al calabozo.

Los policías se marcharon y dejaron al investigador rodeado de la nada. Tenía frío y estaba hambriento. La cabeza le explotaba, la oscuridad le devolvió la razón y el breve interrogatorio le recordó su glorioso pasado. ¿Quién soy? Soy Ding Gou'er, un famoso investigador criminal de la Procuraduría General. Ding Gou'er es un hombre de mediana edad que ha frecuentado muchos burdeles, así que no tiene ningún interés en volverse majara por una mujer que se ha acostado con un enano. ¡Es absurdo!, refunfuñó a la vez que sacaba

su pañuelo para detener la hemorragia de su frente y lanzaba unos cuantos escupitajos de saliva sanguinolenta. Si se enteran en la Procuraduría de mi ridículo comportamiento, mis colegas se morirán de la risa. Se agachó para ver si su pistola seguía a sus pies; ahí estaba, por lo que se sintió mucho mejor. Era hora de encontrar un hostel, buscar algo de comida, dormir bien y volver con fuerzas al trabajo mañana. No voy a parar hasta que tenga a toda esa panda de bestias cogida por el rabo. Se obligó a sí mismo a caminar hacia delante, sin darse la vuelta ni mirar por última vez. Por fin dejaba atrás la taberna Yichi y sus actividades demoníacas.

El investigador apenas había empezado a caminar por el callejón oscuro cuando se le resbalaron los pies y se cayó de espaldas al suelo; su cabeza golpeó en el cemento, que estaba congelado y resbaladizo. Poco a poco se puso de pie y reanudó la marcha, aunque se desequilibraba y tambaleaba con cada paso que daba por el terreno escarpado y helado; era casi imposible mantener el equilibrio. Cuando se dio la vuelta para mirar hacia atrás, las luces brillantes de la taberna Yichi le cegaron los ojos y le apuñalaron el corazón. Como un animal salvaje volvió a caerse al suelo con un gemido; unas llamaradas azules le quemaron el cerebro, la sangre caliente se precipitaba en su cabeza y se le hinchó el cráneo hasta que estuvo a punto de explotar, como un balón demasiado inflado. Abrió la boca, en profunda agonía; tenía ganas de aullar, pero en cuanto el primer aullido le desgarró la garganta rodó por el suelo, por encima de las piedras de la calzada, haciendo un ruido seco, como un vagón-cisterna con las ruedas de madera. Lleno de energía y motivación, su cuerpo empezó a rodar por el suelo sin control; primero perseguía otras ruedas de madera, luego se quitó de en medio para que no le aplastaran, luego se transformó en una rueda de madera y se agarró a otras ruedas. A medida que rodaba con esas otras ruedas de madera pudo ver la calle, un muro, los árboles, gente, edificios... todo daba vueltas, sin parar, en un círculo completo, de 0 a 360 grados. En medio de este ajeteo se le clavó un objeto afilado en la cintura y le dolió mucho. Era su pistola. La sacó de su funda, la agarró por la empuñadura y se le aceleró el corazón al recordar sus viejas glorias pasadas. Ding Gou'er, ¿cómo has podido caer tan bajo rodando por el suelo como un borracho? Te has convertido en una montaña de basura urbana, y todo por culpa de una mujer que se ha acostado con un enano. ¿Merece la pena? ¡No, en absoluto! ¡Venga, arriba, levántate, muestra un poco de dignidad! Cuando se impulsó a sí mismo con las manos para levantarse todo le daba vueltas. Las luces lejanas y brillantes de la taberna Yichi eran muy seductoras. Uno de los reflejos que emitía propulsó unas llamaradas de envidia y odio en su cerebro y apagó la luz de la racionalidad. El investigador se apartó de estas luces malignas de la taberna que iluminaban el consumo de drogas y los pecados carnales y revelaban crímenes monstruosos, tan difíciles de librarte y escapar de ellos como un remolino, mientras que él no era más que una brizna de césped al borde de ese remolino. Se restregó el muslo con la pistola, deseoso de que sus pensamientos desaparecieran con el dolor agudo. De nuevo de pie caminó lentamente hacia la oscuridad, quejumbroso, a cada paso que daba.

El estrecho callejón parecía no terminar nunca. No había luces que mostraran el camino pero la tenue luz de las estrellas daba forma a las paredes que tenía a su lado. La nieve y la lluvia caían con más fuerza en la noche cerrada y le acompañó un crujido suave y estremecedor que anunciaba la presencia de dos árboles, un ciprés y un pino al otro lado de las paredes; simbolizaban los fantasmas de los individuos a los que sacrificaron durante todos estos años en este lugar. «Si decenas de miles de personas pueden ser martirizadas por el bien de la gente ¿hay alguna forma de sufrimiento que podamos omitir?». Al parafrasear esta

famosa frase de Mao el dolor de su corazón disminuyó un poco. Las luces de la taberna Yichi habían desaparecido tras varias capas de edificios y el callejón, encerrado entre dos muros, había desaparecido entre su enredadera de pensamientos desordenados; el tiempo pasaba de manera inexorable, la noche oscura avanzaba a través de la lluvia helada y los crujidos de los árboles. El apenas perceptible ladrido de un perro en algún remoto lugar acrecentó el misterio de esta ciudad en la oscuridad de la noche. Sin darse cuenta Ding Gou'er salió del callejón tapizado de baldosas a un claro, donde le recibió el destello de una lámpara de aceite delante de él. Fue directo hacia ella, como una llamarada que arrastra mariposas de luz.

En halo de la lámpara enmarcaba un puesto ambulante de *wantán* destellos dorados saltaban de un hornillo que crepitaba, chisporroteaba y levantaba brasas en el aire. El investigador detectó el olor de judías carbonizadas y oyó el borboteo del *wantán* hervir en la olla. El aroma penetró en su alma. No podía calcular cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había ingerido algo, pero sus intestinos se quejaban mucho, y tenía las piernas demasiado débiles para soportar su peso más tiempo. Se estremeció, le caían gotas de sudor frío por la frente y se desplomó boca abajo al lado del puesto de *wantán*.

Cuando el viejo vendedor ambulante le estaba cogiendo en brazos Ding Gou'er dijo:

—Abuelo, necesito comer algo de *wantán*.

El anciano le sentó en un taburete plegable y le dio un bol de *wantán*. Ding Gou'er cogió el bol y la cuchara y sin importarle si estaba frío o caliente lo engulló de una sentada. Pero una vez que tenía ese bol de comida en el estómago su sentido del hambre se hizo más feroz que nunca. Ni siquiera cuatro boles fueron bastantes para acabar con su hambre, pero cuando el investigador agachó la cabeza se empezó a sentir revuelto y una parte del *wantán* abandonó su estómago y volvió al exterior.

—¿Quieres más? —le preguntó el señor mayor.

—No, ya no más. ¿Qué te debo?

—No hace falta ni que preguntes —respondió el señor mayor con una mirada compasiva—. Si te parece bien me puedes dar cuatro centavos. Si no los tienes, considéralo un favor.

Al investigador le molestó la respuesta tan condescendiente del hombre y fantaseó con que tenía un billete nuevo de cien dólares en el bolsillo, con los bordes afilados como una cuchilla; imaginó cómo lo sacaba entre los dedos y se lo lanzaba al señor mayor con una mirada de superioridad; luego se daría media vuelta y se marcharía silbando, con el sonido cortando la noche como un puñal y enseñándole al señor una lección que no olvidaría nunca. Lamentablemente, el investigador no tenía nada de dinero. Cuando se tragó el *wantán*, simultáneamente se había tragado su vergüenza y su orgullo. Trozo por trozo el *wantán* subió del estómago del investigador a la boca, donde lo volvió a masticar y lo volvió a mandar abajo. Finalmente pudo saborearlo. Con una sensación de profunda tristeza pensó: «Me he vuelto un animal que rumia la comida». La furia le invadió al recordar al pequeño demonio

de piel escamosa que le había robado la cartera, el reloj, el mechero, sus papeles y la máquina de afeitar eléctrica; se acordó de Diamante Jin; se acordó de la extraña camionera; se acordó del famoso Yu Yichi. Y mientras se acordaba de este enano, visionó el cuerpo voluptuoso y firme de la camionera, y las llamaradas de envidia le volvieron a abrasar el cerebro. A toda prisa se apartó de estos peligrosos pensamientos y volvió a la triste realidad, a su presente en este descampado en el que se había comido el *wantán* del vendedor y no era capaz de pagarle. «Por culpa de cuatro míseros centavos he descendido al nivel de un mendigo. Un héroe reducido a la nada por unos cuantos centavos». Ding Gou'er se dio la vuelta a los bolsillos; no tenía dinero, ni un centavo. El aire frío de la noche le calaba hasta los huesos. Sin ningún lugar al que ir sacó la pistola y la metió con suavidad en un bol de cerámica blanco con flores azules que estaba en el puesto ambulante. La luz se reflejaba en su pistola de acero. Dijo:

—Abuelo, soy un investigador criminal. Me he topado con mala gente y me han robado todo lo que tenía, excepto mi pistola. Esto debería demostrar que no soy alguien que va por ahí comiendo sin pagar.

El señor mayor, ligeramente nervioso, cogió el bol blanco con las dos manos.

—Eres un hombre de acción —dijo entusiasmado—. Un verdadero hombre de acción. Qué suerte he tenido de que hayas elegido mi *wantán*. Ahora, por favor, aparta esto de mi vista, me aterra —comentó señalando el arma.

Después de recuperar su pistola, Ding Gou'er dijo:

—Oye abuelo, si sólo querías cuatro centavos y no me los has querido cobrar es porque debías de imaginarte que no tenía ni un centavo. Si me has abastecido de todo el *wantán* que he querido incluso sabiendo que no tenía dinero sólo puede significar que me has tomado por una mala persona que podría acabar con tu negocio y contigo si me hubiese apetecido. No me has servido el *wantán* porque querías sino porque te daba miedo, así que me siento en el deber de aclarar este malentendido. Ya sé lo que vamos a hacer. Te voy a dejar apuntado mi nombre y mi dirección y si alguna vez te encuentras en un apuro búscame. ¿Tienes un bolígrafo?

—Soy un viejo vendedor ambulante analfabeto. ¿Por qué iba a tener un bolígrafo? —dijo el tipo—. Además, jefe, sé que eres una persona importante en una misión secreta. No me tienes que dejar el nombre ni la dirección. Lo único que te pido es que no me mates.

—En una misión secreta. ¡Me da lo mismo! Soy el hombre más desafortunado del mundo. Y voy a encontrar el modo de pagarte el *wantán*, sea como sea. Sabes una cosa...

Apretó un botón de la pistola y salió la munición; sacó una bala y se la dio al señor.

—Puedes quedártela como *souvenir* —dijo.

El abuelo sacudió las manos frenéticamente rechazando el gesto y dijo:

—No, de verdad que no puedo aceptarlo. Son sólo unos cuantos boles de *wantán* incomible, jefe, ¿qué puede valer eso? Simplemente la oportunidad de conocer a un hombre decente como tú me convierte en un hombre muy afortunado, suficiente para que me dure esta suerte tres vidas. No, de verdad que no puedo...

Dado que el investigador no quería que el abuelo siguiera hablando sin parar le cogió la mano y le obligó a agarrar la bala. La mano del viejo estaba más caliente que el fuego.

De repente Gou'er escuchó una risa detrás de él, como el sonido de un búho sobre una lápida, lo que le asustó hasta el punto de hundir la cabeza entre los hombros. Otro chorro de orina cayó por su pierna.

—¡Ya, con que un investigador! —dijo la voz de un viejo—. ¡Pareces un preso suelto!

Temblando del miedo se dio la vuelta para ver quién era. Allí, al lado de un tronco de un árbol de cola francés, había un viejo muy delgado con un uniforme militar andrajoso, que le estaba apuntando con una pistola de doble cañón. Un perro de pelo largo y atigrado estaba sentado inmóvil y de forma amenazadora a su lado, sus ojos eran como rayos láser. El perro asustó más al investigador que el propio hombre.

—Viejo Qiu, le he vuelto a molestar —dijo suavemente el vendedor ambulante al antiguo militar.

—Cuarto Liu, ¿cuántas veces te he dicho que no montes aquí el puesto? ¡Y sigues sin hacerme caso!

—Viejo Qiu, no quería enfadarte, ¿pero qué otra cosa puedo hacer si soy un pobre hombre? Tengo que pagar la escuela de mi hija. Haré lo que sea por mis hijos, pero no me atrevo a entrar al centro de la ciudad porque me pondrán una multa si me pillan y eso equivale a lo que gano en medio mes.

Viejo Qiu movió la pistola en el aire.

—Tú, ese de ahí —dijo con voz grave—. ¡Deja la pistola ahí!

Como un niño obediente Ding Gou'er dejó la pistola a los pies del Viejo Qiu.

—Las manos arriba —le ordenó Viejo Qiu.

Poco a poco Ding Gou'er levantó las manos, luego analizó a ese viejo demacrado al que el vendedor de *wantán* había llamado Viejo Qiu: se fijó en cómo sujetaba el arma con una mano para tener la otra libre. Entonces el viejo dobló las piernas pero manteniendo el tronco erguido —así podía disparar si fuera necesario— y cogió su pistola de servicio. Viejo Qiu estudió la pistola desde todos los ángulos antes de decir despectivamente:

—¡Una Luger!

Ding Gou'er vio que era su oportunidad y dijo:

—Se nota que eres un experto en armas. —La cara del viejo se encendió. Con una voz alta y rasposa dijo:

—Eso es. He tenido entre mis manos al menos treinta, incluso cincuenta armas diferentes en su día, desde el rifle Czech al Hanyang, la metralleta rusa, la ametralladora Tommy, una del calibre nueve... y eso es sólo en cuanto a los fusiles. En cuanto a los revólveres he usado un Mauser alemán, un revólver español del calibre 32, un Mauser japonés, un revólver chino y tres tipos de pistolas «sábado noche», sin contar esta de aquí. —Lanzó la pistola de Ding Gou'er en el aire y la cogió cuando bajaba, con un estilo ágil y experto que demostraba su edad y pasado heroico. Tenía una cabeza alargada, los ojos estrechos, una nariz aguileña, no tenía cejas ni patillas; su cara llena de arrugas era de tez oscura, como el tronco de un árbol que se ha carbonizado en un horno.

—Esta pistola —dijo con desdén—, es más apropiada para las mujeres que para los hombres.

El investigador contestó sin alterar la voz:

—Es muy precisa.

El viejo la volvió a examinar y luego dijo en un tono autoritario:

—Funciona a diez metros de distancia. Fuera de eso no vale una mierda.

A lo que Ding Gou'er respondió:

—Tú sí que sabes, viejo. —El anciano guardó la pistola de Ding Gou'er en su funda y resopló con desprecio.

El vendedor ambulante de *wantán* dijo:

—Viejo Qiu es un veterano revolucionario. Está a cargo del Cementerio de los mártires de la Tierra del vino y los licores.

—No me sorprende —dijo Ding Gou'er.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó el viejo revolucionario.

—Soy un investigador criminal de la Procuraduría General Provincial.

—Enséñame la documentación.

—Me la han robado.

—Para mí eres un fugitivo.

—Sé que lo parezco, pero no lo soy.

—¿Puedes demostrarlo?

—Llama al Secretario del Partido Municipal o al intendente, o al jefe de policía, o al Procurador y pregúntales si conocen a un investigador criminal con el nombre de Ding Gou'er.

—¿Un investigador criminal? —El viejo revolucionario no pudo contener la risa—. ¿De dónde han sacado a una mierda de investigador criminal como tú?

—Una mujer me ha arruinado la vida —dijo Ding Gou'er. Tenía la intención de reírse de sí mismo, pero nada más admitirlo en voz alta sintió unos pinchazos en el pecho. Cayó de rodillas frente del puesto de *wantán* y empezó a darse golpes en la cabeza, que ya estaba llena de sangre, con los puños que también estaban bañados en sangre, y gritó—: ¡Ha acabado conmigo una mujer, una mujer que se acostaba con un enano...!

El viejo revolucionario se acercó a él, le clavó la pistola en la espalda y le ordenó:

—¡Levanta el culo!

Ding Gou'er miró hacia arriba y vio entre sus lágrimas la cabeza alargada y oscura del viejo revolucionario, como si estuviera viendo a un amigo de toda la vida, como si mirara con subordinación a su superior o lo que mejor encaja de todo, como un hijo que ve a su padre por primera vez en años. Devastado por fuertes emociones se agarró a las piernas del viejo revolucionario y dijo:

—Viejo, soy un inútil saco de mierda y una mujer me ha arruinado la vida.

El viejo revolucionario tiró del cuello de Ding Gou'er para ponerlo de pie. Sus ojos diminutos y brillantes se clavaron sin piedad en el hombre desdichado en el transcurso que se fumaba una pipa; a continuación escupió en el suelo, sacó la pistola de la funda y se la tiró a los pies del investigador. Luego se giró y se marchó de manera arrogante, sin ni siquiera soltar un gruñido. El perro enorme y amarillo le siguió, sin tampoco gruñir siquiera; su pelaje húmedo brillaba como un abrigo hecho de diminutas perlas.

El vendedor ambulante de *wantán* puso la bala al lado de la pistola, recogió su puesto, apagó la lámpara de aceite, cargó todo el tenderete al hombro y se marchó sin hacer ruido.

De pie y paralizado en mitad de la oscuridad, Ding Gou'er observó la espalda del vendedor de *wantán* alejarse hasta que lo único que pudo ver fue el parpadear de su lámpara de aceite que desprendía una luz amarilla tenue, como el último destello de esperanza. La copa del árbol de cola francés que estaba encima de su cabeza evitó que le cayeran las gotas de lluvia encima. Ahora que estaba solo, el sonido del viento contra las ramas hacía un

estruendo más grave y ensordecedor. En un estado de completa estupefacción consiguió no perder el equilibrio y quedarse de pie. Tuvo la sangre fría de coger su pistola. El aire de la noche era frío y húmedo, le picaba todo el cuerpo, y actuaba como un extraño en una tierra extraña; sintió que su día del Juicio Final había llegado.

La mirada amenazadora de los ojos del viejo revolucionario hizo evidente que estaba convencido de que Ding Gou'er no era una persona decente. El investigador sintió la necesidad de desahogarse con el viejo. ¿Qué fuerza humana había hecho que el investigador pasara de ser en tan poco espacio de tiempo de un hombre tan fuerte que puede comerse clavos ardiendo a un perro callejero y sarnoso que ha perdido su alma? ¿Y era posible que una mujer de aspecto normal y corriente pudiera poseer tal fuerza? La respuesta era no, así que echarle toda la culpa a ella era injusto. Estaba pasando algo misterioso y el viejo que patrullaba la noche con su perro estaba en el núcleo de tal misterio. Sintió que esa cabeza alargada y vieja sabía algo, por lo que Ding Gou'er decidió ir a buscarle.

Puso en marcha sus piernas, que se habían vuelto rígidas, siguiendo la dirección que habían tomado el viejo y su perro. A lo lejos se oía el sonido de los camiones nocturnos atravesando el puente de acero, el continuo *clang, clang* que aumentaba el misterio de la noche. El camino era ascendente y descendente, y en una de las empinadas subidas se sentó en el borde y se dejó caer. Cuando levantó la vista vio una montaña de ladrillos rotos iluminada por un halo de luz de una farola de la calle. Una capa blanca de escarcha cubría la montaña. Si daba unos pocos pasos más llegaría junto a una vieja verja. La luz de la ventana de una almena iluminaba una puerta de hierro muy pesada y una placa blanca en donde se revelaban unas letras de color rojo:

«Cementerio de mártires de la Tierra del vino y los licores».

Ding Gou'er se apresuró a la entrada y se agarró a las larguísimas barras de acero de la verja, como un preso en una cárcel; eran lo bastante pegajosas como para arrancarte la piel de las manos. El perro grande y amarillo corrió a la puerta, ladrando frenéticamente, pero Ding Gou'er se mantuvo firme. Luego la voz alta y rasposa del viejo revolucionario emergió del otro lado de la almena; el perro dejó de ladrar y de dar saltos, después bajó la cabeza y meneó el rabo. El viejo revolucionario apareció delante de Ding Gou'er con la escopeta sobre el hombro, con su abrigo con los botones de latón y luciendo sus emblemas de superioridad y autoridad.

—¿Para qué demonios has venido aquí? —le preguntó enfadado el viejo.

—Para investigar un asunto muy serio.

—¿Cuál es ese asunto tan serio?

—Una panda de dignatarios caníbales están cocinando y comiendo niños.

—¡Los mataré a todos!

—No vayas tan rápido, viejo. Déjame pasar y que te cuente toda la historia.

El viejo revolucionario abrió una pequeña puerta lateral de la entrada.

—Cuélate por aquí —dijo.

Ding Gou'er vaciló, porque había visto unos cuantos pelos amarillos pegados en la esquina y temía no caber por el hueco.

—¿Vas a entrar o no?

Ding Gou'er se dobló y se deslizó por la pequeña entrada.

Cuando Ding Gou'er siguió al viejo revolucionario a la caseta de vigilancia se acordó de la garita en la mina del Monte Luo y del guarda con la mata de pelo fosco y alborotado.

Esta caseta de seguridad estaba muy iluminada, las paredes eran de un blanco niveo. Una cama hecha de ladrillo con un sistema interno de calefacción ocupaba la mitad del espacio de la habitación; una pared, tan ancha como la cama, separaba esta de una cocina en la que descansaba un wok. Unas ramas de pino evitaban que el fuego rugiera y llenaban el aire con su fragancia.

El viejo revolucionario se descolgó la escopeta del hombro y la puso en la pared, se quitó el abrigo y lo lanzó a la cama, entonces se frotó las manos y dijo:

—Quemar leña y dormir en una cama caliente es mi privilegio número uno. —Miró a Ding Gou'er y preguntó—. ¿Después de décadas haciendo la revolución y de siete u ocho cicatrices del tamaño de un cuenco de arroz por todo el cuerpo, no crees que es lo mínimo que me merezco?

El investigador criminal estaba más tranquilo y tan relajado por el calorcito de la habitación que le entraron ganas de dormir. Ding Gou'er contestó:

—Sí, por supuesto que te lo mereces.

—Pero el hijo de puta del jefe de sección Yu quiere que quemé acacia en lugar de pino. He hecho la revolución desde que tengo uso de razón, hasta me han disparado en la polla los capullos de los japoneses —nunca pude tener hijos o nietos que siguieran mi estirpe— así que ¿dónde está el problema en quemar un poco de pino a mi edad? Ya tengo ochenta años, por lo que ¿cuántos pinos puedo quemar en los años que me quedan? ¡Qué lo sepas, si el rey del Cielo viniera a la Tierra no conseguiría que dejara de quemar pinos! —Agitó los brazos y babeó; el viejo se estaba alterando cada vez más—. ¿Qué acabas de decir? ¿Algo de que unos hombres se comen a los niños? ¿Caníbales? ¡Son peor que los animales! ¿Quiénes son? ¡Mañana mataré hasta el último de ellos! Les dispararé primero y luego pasaré el informe. En el peor de los casos ganaré uno o dos deméritos. ¡He matado cientos de personas en mi vida, y todos ellos eran malas personas —traidores, contrarrevolucionarios, invasores— y ahora

que soy viejo es hora de matar a unos cuantos caníbales!

A Ding Gou'er le picaba todo; su ropa apestaba a ceniza mojada.

—Es por eso por lo que estoy aquí, para investigar este caso —le contestó.

—¡No hay nada que investigar! —el viejo revolucionario rompió a reír socarronamente—. ¡Hay que encontrarlos y matarlos de un tiro! ¡No hay que investigar una mierda!

—Abuelo, hoy en día vivimos bajo un sistema legal. No puedes ir por ahí disparando a la gente así porque sí.

—Entonces continúa con tu investigación. ¿Qué demonios haces paseándote por aquí? ¿Qué le ha pasado a tu conciencia? ¿Qué ha pasado con tu motivación en el trabajo? ¡El enemigo está por ahí fuera comiendo niños y tú estás aquí bien calentito! ¡Apuesto a que eres un trotskista! ¡Un miembro de la burguesía! ¡Un partidario del imperialismo!

Esta inundación de invectivas que le lanzó el viejo revolucionario sacó a Ding Gou'er de su estupor y distracción y, como si le hubieran salpicado sangre de perro en la cara, se le encendió el pecho y sintió un oleaje de calor. Se rasgó la ropa hasta que se quedó ahí de pie desnudo, con la excepción de sus zapatos raídos. Se agachó enfrente de la estufa, removió el fuego de dentro y añadió ramas de pino, lo que levantó un humo blanco con un fuerte aroma. Entonces estornudó y la sensación fue agradable. Puso su ropa sobre la montaña de leña y la acercó al fuego para que se secara; chisporroteaba como la piel apestosa de un burro a la brasa. El fuego también le calentó su cara descubierta, lo que hizo que le escociera y le picara a la vez. Cuanto más se rascaba y se frotaba la cara mejor se sentía.

—¿Tienes la jodida sarna? —le preguntó el viejo revolucionario—. Yo la tuve una vez por dormir en un pajar. Toda la unidad la pillamos. ¿Que si picaba? Nos rascamos y nos frotamos hasta que nos hicimos sangre. No sirvió de nada. Hasta los malditos intestinos nos picaban y por aquel entonces ya no éramos una unidad de lucha. Perdimos hombres. El ayudante del jefe de la Cuadrilla 8 tuvo una gran idea. Compró unas cebollas y ajo, hizo una masa con ello, luego le añadió algo de sal y vinagre y nos lo restregó por el cuerpo. Ardía como mil demonios pero nos calmó el picor de la piel; fue muy gustoso, como un perro que se rasca las pelotas. ¡Nunca he sentido algo tan placentero! Todos esos ácaros se fueron así sin más con un remedio casero. Si te pones malo, el gobierno cuida de ti. Así es como funciona. Yo luché por la revolución, así que por ley tienen que cuidar de mí...

El investigador notó cierto rencor y reproche en el tono del viejo revolucionario, que había vivido un historial de penurias y un gran sufrimiento. Lo que se suponía que había sido una oportunidad para desahogarse había provocado una letanía de quejas por parte del viejo veterano. Triste y desilusionado, Ding Gou'er empezó a darse cuenta de que nadie puede realmente salvar a nadie, que todo el mundo tiene sus propios problemas, y que hablar sobre ellos no ayuda; la barriga del hombre hambriento sigue igual de vacía, la boca del hombre que tiene sed sigue igual de seca. Aireó la ropa, sacudió el barro seco y se vistió. El tejido

ardiendo le calentó el cuerpo y le transportó al Séptimo Cielo. Pero ahora que estaba adormilado y envuelto en tal bienestar, su sufrimiento espiritual aumentó, sobre todo en el momento en el que le vino a la mente la imagen de la camionera desnuda en la cama con ese jorobado de piernas arqueadas y con cuerpo de niño, nítida como el día y tan real como una película, como si lo estuviera viendo en este momento a través de la mirilla de una cerradura. Cuanto más alargaba esa imagen en su mente dormida más real se hacía, y más rica. La camionera tenía la piel dorada de un pez, cubierta de un mucus grasiento y resbaladizo que desprendía un olor sutil no muy agradable. Yu Yichi, ese diminuto sapo verrugoso, la manoseaba con sus patas palmeadas, con espuma asomando en las comisuras de su boca a la vez que croaba y croaba... El corazón de Ding era como una hoja sacudida por el viento; cuánto deseaba poder rasgarse el pecho, sacarse de cuajo el corazón y lanzárselo a ella a la cara. «¡Puta, puta, puta asquerosa!». Podía visualizar con total claridad la siguiente imagen: El investigador Gou'er, majestuoso como una estatua esculpida del mármol más puro, da una patada a la puerta de color crema con la punta de su zapato de cuero. Enfrente de él hay una cama, una cama solitaria sobre la que están sentados la camionera y Yu Yichi —él rueda por la cama como un sapo, con la tripa cubierta de horriblos puntos rojos—. Yu Yichi se levanta, encogido del miedo y se pega al borde de la pared: tiene el cuerpo de un niño, parece jorobado, tiene las piernas arqueadas, la cabeza enorme, los ojos blancos, la nariz torcida, sin labios, los dientes amarillos con grandes huecos, una boca como un agujero negro que desprende una fetidez ulcerosa, unas orejas que se mueven nerviosamente, grandes, reseca, casi transparentes de lo finas y ligeramente amarillas, unos brazos de mono negros que casi llegan al suelo, pelo grueso por todo su cuerpo, unos pies que parecen los de un ser mutante, con más dedos de lo normal, sin mencionar su pene negro como la tinta de un calamar. Ding Gou'er, que parecía haber entrado en trance, dijo en voz alta: «¿Cómo es posible que te acostaras con una criatura tan horrorosa como esa?».

El investigador, incapaz de contenerse a sí mismo, aulló de manera estridente y prolongada.

—¿Qué has dicho? ¿Qué demonios has dicho? —preguntó el revolucionario Viejo Qiu—. El perro grande y amarillo empezó a ladrar.

Entonces la imagen se vuelve más nítida que nunca: la camionera grita asustada y de un tirón cubre su cuerpo desnudo con la manta —tal y como ves en las películas todo el tiempo—; bajo la manta su cuerpo se mueve y en ese momento él pone los ojos en las curvas que tan bien conoce... En su cuerpo voluptuoso... firme... de olor dulce... Siente como si diez mil flechas atravesaran su corazón, una pena que no había conocido antes —una luz azulada centellea delante de los ojos de Yu Yichi, tiene la cara del color del acero, marcadas arrugas, una sonrisa sarcástica, la piel gélida como el hielo—. Entonces levanta la pistola, desliza el dedo por el seguro del arma, agita la pistola ligeramente en el aire, la gira con destreza, apunta con cuidado y *¡pum!*, es una gran explosión y el espejo que está detrás de la cabeza de Yu Yichi se desintegra, lo que provoca que una lluvia de trozos de cristal inunde el suelo —Yu Yichi se queda muerto de miedo en el suelo, luego el investigador enfunda su pistola y se da la vuelta sin mencionar una palabra— No eches la vista atrás, piensa —y sale de la taberna Yichi con grandes zancadas—. Perdóname, perdóname, grita ella arrodillada en el suelo, envuelta en las sábanas de la cama —No eches la vista atrás, se repite una y otra vez— mientras que él camina por la calle empapada de los rayos de sol de la Tierra del vino

y los licores, entre multitud de personas que le miran fijamente con una mezcla de admiración y miedo; hombres y mujeres, jóvenes y viejos; entonces se fija en que una de las señoras es exacta a su madre; tiene lágrimas en los ojos, sus labios demacrados tiemblan. «Hija —dice—, hija mía». Una chica con un vestido blanco virginal se abre paso entre la multitud; sus ojos, con unas gruesas pestañas, brillan por las lágrimas, su pecho arqueado y casi sin aire se abre paso entre la gente con el hombro, entre la compacta multitud, a la vez que grita con una voz triste pero dulce: «Ding Gou'er, Ding Gou'er», pero Ding Gou'er no se gira para mirarla; mantiene la vista al frente, camina dando zancadas con pasos firmes y rotundos, se dirige a la luz solar, hacia la puesta de sol colorida y brillante, hacia delante, hasta que desaparece a lo lejos con la rueda roja del sol...

El viejo revolucionario apoya la mano sobre el hombro de Ding Gou'er. El investigador, que se había fundido con el sol, tembló a la vez que forcejeó para recuperar la consciencia. Le latía el corazón; las lágrimas de un héroe trágico manaban de sus ojos.

—¿Qué maldito demonio te ha poseído? —le preguntó malhumorado el viejo revolucionario.

El investigador, avergonzado, se secó rápidamente las lágrimas con la manga de la camisa y se rio con nerviosismo.

Después de su fantasía turbulenta sintió como si de repente le hubieran aparecido unas grietas en el pecho, consecuencia de la melancolía que residía en él, mientras que su cerebro, exhausto, parecía aplastarle las ideas al son de un fuerte zumbido en los oídos.

—Parece que tienes un jodido resfriado —dijo el viejo revolucionario—. ¡Tienes la cara tan roja como el culo de un mono!

El viejo revolucionario metió la mano debajo de su cama y sacó una botella de licor con una etiqueta roja. La sacudió delante de los ojos de su invitado.

—Esto servirá. El alcohol matará el virus y acabará con el veneno de tu cuerpo. El alcohol es una buena medicina, te curará lo que te esté enfermado. De las cuatro veces que crucé el mar Rojo con Mao Zedong, dos de ellas pasamos por el pueblo de Maotai. Pero la última vez tuve que retirarme porque cogí malaria, así que me escondí en una destilería. Cuando «los bandidos espías» del Kuomintang^[11] abrieron fuego fuera de mi escondite, yo estaba temblando. ¡Bebe, acabará con el miedo!, pensé. Así que *glu, glu, glu*. Me bebí tres copas, una detrás de otra. Bien, no sólo me calmó sino que me dio el coraje necesario además de acabar con mis temblores. Cogí una madera, salí corriendo de la destilería y pegué a los dos espías hasta la muerte. A continuación cogí uno de sus rifles, salí corriendo y alcancé a las tropas de Mao. Entonces Mao Zedong, Zhu De, Zhou Enlai y Wang Jianxiang bebían Maotai. Cuando Mao lo bebía su mente era tan afilada como una navaja y se llenaba de estrategias. Si no hubiera sido por eso, hubiesen aniquilado fácilmente a su reducido grupo de hombres. Por lo tanto el licor Maotai jugó un papel fundamental en la revolución china. Seguro que pensabas que lo eligieron como nuestro licor nacional de chiripa ¿no? ¡Claro que no, era para conmemorarlo! ¡Y después de toda una vida haciendo la revolución deberían

dejarme beber un poco de Maotai! El hijo de puta del jefe de sección Yu quiere quitarme mi suministro y cambiármelo por ¿cómo se llama? «Semental de crin roja». ¡Bien, pues se lo puede meter por el culo a su abuela!

El viejo revolucionario vertió algo de licor en una taza de cerámica desconchada, echó la cabeza para atrás y se la bebió de un trago.

—Ahora es tu turno —dijo—. Genuino Maotai, bébete hasta la última gota. —Al ver lágrimas en los ojos de Ding Gou'er, el viejo dijo con desdén—: ¿Tienes miedo? Sólo los chaqueteros y los traidores tienen miedo de beber, miedo de emborracharse y decir la verdad o divulgar secretos. ¿Eres un chaquetero? ¿Un traidor?, ¿es eso? ¿Entonces por qué tienes miedo a beber? —Dio otro trago, el licor borboteaba a la vez que caía como una cascada por su garganta—. ¡No te preocupes, no te voy a obligar! ¡Supongo que pensabas que no me costaba nada conseguir Maotai! Pues bien, la sección trotskista Yu no me quita el ojo de encima. ¡Un ave fénix corre más peligros en la tierra que una gallina y un tigre en una llanura a merced de los perros!

Ding Gou'er encontró el buqué del licor irresistible y pensó que los momentos emotivos están hechos para beber un buen licor. Le quitó la taza al viejo revolucionario, se la puso en los labios, cogió aire, y mandó un buen trago de licor a su estómago. Un ramillete de flores de loto rosas brotó enfrente de sus ojos, esparciendo una luz estimulante en la calima de alrededor. Era la luz del licor Maotai, la esencia del Maotai. En esta centésima de segundo vio cómo el mundo se volvía increíblemente bonito, incluido el Cielo y la Tierra y los árboles y la nieve virgen se fundían sobre la cima del Himalaya. Con una risa de satisfacción el viejo cogió de vuelta su taza y la rellenó; el licor borboteaba mientras caía del cuello de la botella, lo que hacía que le pitaran los oídos y que se le hiciera la boca agua. La cara del viejo revolucionario estaba cubierta de una benevolencia indescriptible. Mientras Ding alargaba la mano, se oyó a sí mismo decir: «Dámelo. Quiero más». El viejo revolucionario daba saltos alrededor de él, tan ágil como un jovencito.

—No te voy a dar más —bramó—. Es demasiado difícil de conseguir.

—Has sido tú el que has despertado la serpiente de la glotonería en mí, así que ¿por qué no quieres darme más?

El viejo revolucionario se bebió otro trago. Muy enfadado, Ding agarró la taza, con el dedo del hombre todavía firme en el asa. Deseaba oír el sonido de sus dientes contra la cerámica pero, debido al forcejeo, sintió que se le humedecía la piel; unas gotas del licor frío le calaron la mano. Su enfado crecía a medida que forcejeaba con el viejo revolucionario por la taza. De repente recordó una llave que le habían enseñado sus compañeros. Con la pantorrilla doblada hacia atrás te impulsas y golpeas la ingle de tu enemigo. Cuando oyó al viejo revolucionario gritar y apartarse de él, la taza por fin pasó a estar en su poder. Con impaciencia vertió el líquido en su garganta. Como todavía quería más buscó la botella alrededor, que yacía a un lado en el suelo, como un joven hermoso herido de guerra. De repente le invadió una pena inconsolable, como si de alguna manera hubiera sido él quien había matado al joven. Cuando quiso doblarse para coger la botella de cristal blanquecino

con la faja roja —para ayudar al joven hermoso a ponerse de pie— de manera inexplicable se dejó llevar y se puso de rodillas sin quitar el ojo de la botella. Entonces el joven hermoso rodó hasta la esquina de la pared, donde se enderezó y empezó a crecer, cada vez más, hasta que llegó a medir más de un metro. De repente paró de crecer. Él sabía que lo que tenía delante de sus ojos era el alma del licor —el alma del licor Maotai— que estaba de pie en la esquina, sonriendo al investigador. Saltó para agarrarla, pero sólo consiguió darse un golpe en la cabeza con la pared.

El investigador estaba aturdido, la habitación le daba vueltas y sintió que una mano fría le agarraba por el pelo. Adivinó que era la mano del viejo revolucionario. Ding sintió que le estaba arrancando el cuero cabelludo; el viejo le estaba levantando con una sola mano y el cuerpo del investigador pendía sin vida, como las tripas de un cerdo, y rozaba ligeramente el suelo —que estaba frío y resbaladizo—. Ahora el viejo le estaba enderezando y le iba a soltar, pero sabía que en el segundo en el que lo hiciera las tripas de cerdo caerían de golpe al suelo, chorreando. Cuando por fin le soltó se giró y se quedó cara a cara con el viejo revolucionario. Vio que la sonrisa malévola del hombre se había convertido en una mirada fría y amenazante. La naturaleza cruel de las contradicciones del proletariado y de la lucha de clases se hacía evidente.

—¡Tú, hijo de puta contrarrevolucionario, te doy licor y me lo devuelves con una patada en los huevos! Eres peor que un perro. Si un perro se bebe mi licor al menos menea el rabo para mostrar gratitud. —El viejo revolucionario le escupió al hablar, lo que provocó que a Ding Gou'er le escocieran tanto los ojos que gritó del dolor; dos patas grandes de repente aterrizaron en sus hombros. El perro del viejo tenía la boca en su cuello, su pelaje áspero se le clavaba en la piel. De manera involuntaria su cuello se encogió entre los hombros, como una tortuga asustada. Sintió el calor del aliento del perro y la peste que desprendía. Le volvió el sentimiento de que su cuerpo no era más que las tripas de un cerdo y el terror invadió su corazón. Los perros se comen las tripas de cerdo como un niño sorbe fideos de arroz. Muerto del pánico soltó un grito agudo, antes de que todo fundiera a negro.

Pasó un lapsus de tiempo que el investigador no supo calcular; creyó que el perro le había cegado, pero cuando abrió los ojos se alegró de que todo estuviera de nuevo iluminado. Las imágenes se extendían como el sol cuando se abre entre las nubes y luego —*bang*—, de repente, la caseta de seguridad del Cementerio de mártires volvió a clavarse en sus ojos. Vio al viejo revolucionario sentado bajo una lámpara limpiando su escopeta de doble cañón, absorto en su tarea, realizando movimientos con meticulosidad y seriedad, como un padre dando un baño a su único hijo. El perro de caza de rayas estaba recostado delante de la estufa, su hocico descansaba sobre una pila de ramas de pino, mientras miraba a las llamas doradas que desprendían ese olor dulce, con aspecto pensativo, como un profesor de Filosofía. ¿Qué estaría pensando? El investigador estaba maravillado con el perro, que estaba inmerso en un pensamiento profundo. El animal miraba las llamas como si estuviera hechizado, él miraba al perro como si estuviera en trance. El retablo del interior de la cabeza del perro —algo que no había visto antes— empezó a tomar forma en su propia cabeza, acompañado de una música extraña pero increíblemente conmovedora, como nubes en movimiento. Se emocionó hasta lo más profundo de su alma, tenía un dolor punzante en la nariz, como si le hubieran dado un puñetazo. Dos hilos de lágrimas se materializaron en sus mejillas.

—No hay nada que hacer contigo, ya veo —dijo el viejo revolucionario a la vez que le inspeccionaba—. Le quitamos la presa a los tigres y a los lobos y todo lo que conseguimos son gusanos.

Una vez más se secó los ojos con la manga y le contó su caso:

—Abuelo, una mujer me ha arruinado la vida...

Con una mirada de desilusión el viejo revolucionario se puso su pesado abrigo, se colgó la escopeta al hombro y le dijo a su fiel compañero:

—Perro, vamos a hacer nuestras rondas y a dejar a este infeliz desgraciado con sus lágrimas.

El perro se puso de pie perezosamente, le lanzó una mirada de lástima al investigador y siguió al viejo revolucionario fuera de la garita. Las bisagras de la puerta se cerraron de golpe, pero no antes de que corriera un viento húmedo y helador de la noche, que le hizo temblar enseguida. Soledad y miedo.

—Esperadme —gritó Ding Gou'er, a la vez que abría la puerta y salía en su búsqueda.

La luz eléctrica de la entrada los transformó en unas figuras misteriosas. De repente empezó a caer una lluvia fría, el sonido era más fuerte y compacto que nunca, seguramente porque había entrado la noche. En lugar de salir andando por la puerta principal, el viejo revolucionario se dirigió hacia el centro del cementerio, directo a la oscuridad brillante. El perro estaba detrás de él, un segundo más tarde él estaba detrás del perro. Durante un tiempo la luz eléctrica hizo posible discernir las sombras de los cipreses esbeltos que parecían pagodas y que delimitaban el camino estrecho de baldosas; pero al poco desaparecieron en la oscuridad convergente. Ahora sabía lo que significaba no ser capaz de verse los dedos enfrente de su cara. Y cuanto más oscura se hacía la noche, más fuerte era el sonido de las gotas de lluvia, del vaivén de los árboles; esa imagen caótica e intensa primero llenó su mente de confusión, luego se vació. Sólo por los sonidos y los olores era capaz de ser consciente de la existencia del viejo revolucionario y su perro amarillo. La oscuridad es tan pesada y opresiva que puede aplastarte. Atrapado entre las garras del miedo el investigador podía detectar el olor de las tumbas de los mártires escondidas entre los pinos y los cipreses esmeralda. En su mente estos árboles eran centinelas que estaban ahí de pie, echados hacia delante en posición de ataque, con sonrisas maléficas y maldad en sus corazones; los espíritus de los valientes estaban sentados en las tumbas repletas de hierbajos a los pies de los árboles. El terror le espabiló y cogió la pistola, tenía la mano bañada en un sudor frío. Un chillido extraño rasgó la oscuridad, seguido de un aleteo que pasó de largo. Un pájaro, pensó, ¿pero qué clase de pájaro? ¿Un búho tal vez? El viejo revolucionario tosió; el perro ladró. Los dos sonidos, bien anclados en el mundo de los mortales, devolvieron al investigador la seguridad y el bienestar; Ding tosió, fuerte, e incluso él percibió lo estruendosa que fue su tos. El viejo revolucionario se debe de estar riendo de mí en mi cara, asumió. Y lo mismo debe estar haciendo su perro filosófico. Vio dos luces verdes en mitad de-la oscuridad, y si no hubiera sabido que era un perro hubiese jurado que eran los ojos de un lobo o de una rata.

Ding empezó a toser, de manera incontrolable, cuando un destello de luz le cegó. Se tapó los ojos con la mano y abrió la boca para protestar, justo en el momento en el que la luz se movió en otra dirección e iluminó una lápida blanca labrada. Parecía que acababan de pintarle las letras de un rojo chillón, pero el rojo le nubló la visión y no fue capaz de leerlas. La luz se fue de manera tan abrupta como llegó; seguía viendo manchas enfrente de sus ojos y su cerebro estaba bañado de rojo, como el fuego abrasador de la estufa con madera de pino en la garita de seguridad. Cuando la escandalosa tormenta paró de repente oyó la respiración pesada del viejo revolucionario y un ruido que casi le mata del susto. Durante unos segundos se preguntó qué podía haber causado ese sonido, aunque en realidad le daba lo mismo. Todo lo que importaba era que desde el instante en el que la luz iluminó la lápida del mártir sintió una enorme ola de coraje abordar su cuerpo; acabó con los celos, la debilidad y el nerviosismo. Se sentía como el vodka o como un semental que galopa por una estepa. Y se sentía como el coñac, fuerte y libre, aventurero, audaz, como un español adicto al peligro de torear. Como si se hubiera comido un puñado de chiles o hubiera hincado los dientes en una cebolla, roído un ajo de piel morada, masticado un jengibre seco, o como si se hubiera tragado un bote entero de pimienta negra. Se sentía como aceite que se vierte en el fuego, como flores en un brocado; su espíritu se elevó como la cola llena de plumas de un gallo —un verdadero cóctel de emociones— mientras cogía su pistola de servicio, que era tan refinada como el «Licor de la mejor levadura», y salió a toda prisa. Dio zancadas tan amenazadoras como la *grappa* barata, como si en un cerrar de ojos pudiera estar de vuelta en la taberna Yichi, donde daría una patada a la puerta de jade blanco, levantaría la pistola, apuntaría a la camionera, que debería estar sentada en el regazo del enano Yichi y *pum, pum*, les volaría la cabeza. Esa secuencia de eventos se desarrollaría como el famoso «Vino cuchillo»: con un sabor fuerte, dulce, denso y ácido, y bajaría por la garganta igual que un cuchillo de hoja afilada que corta una cuerda enmarañada.



Estimado Hermano Mayor Yidou

He recibido tu última carta y el relato «Clases de cocina».

En cuanto a lo de visitar la Tierra del vino y los licores ya le he mencionado el tema a mi superior. No está particularmente de acuerdo en dejarme ir, dado que estoy en el ejército. Además me acaban de ascender de capitán a comandante (he perdido dos estrellas y he ganado una barra, y como pienso que tres estrellas y una barra quedarían mucho mejor, no estoy tan contento como debería) y tendría que acompañar a las bases e instruir a las tropas, de tal modo que también pueda escribir historias o «reportajes» que reflejen la vida de nuestros soldados en esta nueva era. Ir a diferentes provincias para encontrar material me pone bajo la jurisdicción de los administradores locales, lo que complica las cosas, y más en la Tierra del vino y los licores, que ha atraído la atención de mucha gente y en los últimos años ha pasado de todo. No quiero rendirme todavía y seguiré intentándolo. Hay miles de buenas excusas que podría inventarme para ir.

El Primer Festival Anual del Licor del mono debería ser un acontecimiento interesante y de mucho éxito. Mientras que todo el mundo esté bebiendo y pasándose bien, saturando el ambiente de un buen aroma a vino, espero que este cuerpo regordete pueda estar con vosotros y con las tropas del festival achispadas.

He llegado a un punto muerto en mi novela. Ese escurridizo investigador de la Procuraduría General me está haciendo la vida imposible. No sé si matarle o hacer que se vuelva loco. Y si decido acabar con su vida no soy capaz de decidir si debería hacer que se suicidara o morir bajo el estupor del alcohol. Le he puesto bien borracho en el capítulo anterior. Y dado que me cuesta reconciliarme con los problemas tormentosos que me está causando la novela, decidí emborracharme yo mismo. Pero en vez de divertirme todo lo que conseguí fue entrar en el Infierno. Es un lugar asqueroso, que lo sepas.

Pasé toda una noche leyendo «Clases de cocina» (lo leí varias veces). Cada vez encuentro más difícil comentar tus relatos. Pero si me obligaran a decir algo me temo que repetiría más o menos lo mismo que he dicho antes: que le falta una consistencia de estilo, que es demasiado caprichoso, que los personajes no están bien desarrollados y ese tipo de cosas. Creo que en vez de repetir lo mismo una y otra vez es mejor que mantenga la boca cerrada. De todas maneras he hecho lo que me pediste y me he pasado por la oficina de *Literatura para los ciudadanos*. Zhou Bao y su coeditor no estaban en ese momento, así que

dejé el relato sobre su mesa con una nota. Debes creer en la suerte, pero mi interior dice que será difícil que te publiquen este relato. Tú y yo nunca nos hemos conocido en persona, pero ya que somos como viejos amigos soy sincero contigo.

Estoy convencido de que eres capaz de escribir un relato magnífico que sea perfecto para *Literatura para los ciudadanos*. Es sólo cuestión de tiempo. Pasará antes o después, por lo que no te desanimes o te hundas.

Según mis cálculos me has mandado un total de seis relatos que tener en consideración; eso incluye «Yichi el héroe», que tengo aquí delante. Si voy a la Tierra del vino y los licores he pensado en pasarme antes por *Literatura para los ciudadanos* para recoger tus manuscritos, y así te los puedo devolver en persona. Mandarlos por correo es arriesgado y pesado. Cada vez que voy a correos soy un manojito de nervios por culpa de las caras tan gélidas de las señoras o señores de la ventanilla. Es como si estuvieran esperando desenmascarar a un espía o encontrar una bomba, o algo así. Te hacen sentir como si el paquete que quieres mandar estuviera lleno de folletos antirrevolucionarios.

No te preocupes si no encuentras una copia de *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores*. Un montón de libros raros como ese han aparecido en los últimos años, la mayoría de ellos hechos a la ligera para hacer dinero. No valen nada.

¡Te deseo una buena escritura!

Mo Yan



Estimado Mo Yan, muy señor mío

Sólo el saber que hay una posibilidad de que venga a la Tierra del vino y los licores me hace saltar de la alegría. Espero ansioso su visita como «espero las estrellas, espero la luna y deseo ver el sol asomar por la montaña». Algunos compañeros de mi clase trabajan para el Comité del Partido Municipal y para el gobierno (no en trabajos administrativos sino en puestos oficiales, unos más importantes que otros) por lo que si necesita una invitación formal de alguna organización o de algo por el estilo, les puedo pedir ayuda. A los chinos que asumen posiciones de liderazgo les impresionan los sellos oficiales, y apuesto lo que sea a que en el ejército no difiere mucho de eso.

Y en cuanto a los relatos debo admitir que estoy desilusionado y abatido. No, es más que eso: tengo que hacer un ajuste de cuentas con Zhou Bao y Li Xiaobao. Tienen los manuscritos desde hace siglos y ni siquiera han hecho acuse de recibo, lo que no dice mucho de su manera de tratar a la gente. Entiendo que estén ocupados y que si contestaran a cada una de las historias de un escritor *amateur* no les quedaría tiempo para nada más. Eso lo entiendo a la perfección, pero me enfada igualmente. Si no lo van a hacer por el bien de un monje, que lo hagan por el bien de Buda. Después de todo yo voy recomendado por usted. Ya sé que eso no es muy sano, que la falta de moral es dañina para el proceso creativo y estoy trabajando en ello. Dado que soy uno de esos que «nunca parará hasta ver el río Amarillo» y que piensa que «nunca puedes llamar a alguien hombre hasta que llegue al Yangtsé» estoy dispuesto a seguir escribiendo, impertérrito a cualquier percance.

Todo el mundo en la universidad está ajetreado con los preparativos del Festival del Licor del mono. El departamento me ha asignado la función de usar el vino y licor de peor calidad de nuestras bodegas para destilarlo y convertirlo en un licor especial para venderlo durante el Festival del Licor del mono. Si tengo éxito puedo recibir una recompensa substancial de dinero. Eso es algo importante para mí. Por supuesto que no voy a abandonar mis relatos por una recompensa económica. No, voy a seguir escribiendo, dedicaré el diez por ciento de mi energía a trabajar en el licor o vino «enfermo» (estropeado) y el otro noventa por ciento a mi ficción.

Le mando mi último relato, titulado «Nidos de golondrina». Sus críticas serán bienvenidas. He llegado a una conclusión en cuanto a mis trabajos anteriores: creo que la razón por la que no han publicado mis relatos tiene que ver con la crítica a la sociedad que encierran. Así que lo he corregido en «Nidos de golondrina». Es un relato bien alejado de la

política y del capital. Si no me publican esta, entonces «¡hasta el Cielo me habrá abandonado!».

Le deseo, como siempre, paz

Li Yidou



«Nidos de golondrina»

Li Yidou

¿Por qué mi suegra nunca envejece o nunca pierde la belleza y por qué sigue teniendo un pecho voluptuoso y un trasero firme a pesar de que tiene más de sesenta años? ¿Por qué su tripa está más plana que una bandeja de acero sin un gramo de grasa? ¿Por qué su cara es tan suave como la luna de mediados de otoño, sin ninguna arruga en ninguna parte? ¿Por qué sus dientes son tan blancos y limpios y no se le ha partido ninguno, ni siquiera tiene una mínima muesca? ¿Por qué su piel es tan sedosa y lisa como una piedra de jade? ¿Por qué sus labios son de un rojo brillante?, ¿por qué su boca tan apetecible siempre huele a barbacoa? ¿Y por qué no se pone nunca enferma y no le visitan si quiera los síntomas de la menopausia?

Dado que soy su yerno a lo mejor me estoy pasando de la raya, pero como un materialista tenaz digo lo que es necesario decir. Y lo que es necesario decir aquí es que a pesar de que mi suegra tiene más de sesenta años, podría tener una docena de niños o niñas conmigo si la ley lo permitiese y ella quisiera. ¿Por qué cuando rara vez se tira un pedo, en vez de oler mal huele a castañas fritas azucaradas? En términos generales la tripa de una hermosa mujer está llena de malos olores; en otras palabras, la belleza sólo es superficial. Por lo tanto ¿cómo puede ser que mi suegra no sea sólo bella por fuera sino que por dentro también sea aromática y apetitosa? Todos estos interrogantes me han atrapado como anzuelos y me han convertido en un pez globo que se ha dejado llevar por una marea llena de peces diversos. Me atormentan lo mismo que puede que les molesten a ustedes, queridos lectores. Probablemente estén diciendo: «¿Te puedes creer que este tipo, Li Yidou, esté piropeando a su propia suegra?». Queridos amigos, no estoy «piropeando» a mi suegra, estoy haciendo un estudio objetivo de ella. Mi investigación beneficiará enormemente a la raza humana y no voy a parar, ni aunque enfade a mi suegra.

Al principio asumí que fue el hecho de que mi suegra había nacido en una familia de

recolectores de nidos de golondrina lo que hizo que fuera más como el jerez oloroso (una bebida única, de color uniforme, con un aroma rico, estimulante, añejo, con cuerpo, de sabor dulce y sedoso, un vino ideal para una bodega y que mejora con la edad) que como el vino rústico hecho de batata (con un color sucio y un aroma fuerte y desagradable, plano y sin cuerpo, y con un sabor no mucho más diferente de un insecticida).

Siguiendo la línea de una técnica narrativa moderna, tengo que decir que nuestra historia está a punto de comenzar. Pero antes de entrar de lleno en la historia, que les pertenece a ustedes y a mí, por favor concédanme tres minutos para impartirles unos conocimientos especializados que van a necesitar, con el fin de que puedan avanzar en la lectura de la historia sin perderse. Había planeado darles primero unas definiciones generales, para que las leyeran durante un minuto y medio y dejarles luego tiempo para asimilarlas. Así que acabemos con frases absurdas como: «Tan pronto como el zorro empieza a pensar, el tigre rompe a reír». «No puedes evitar que granice o que tu madre se vuelva a casar». Esas frases, como todos ustedes saben, las dijo Mao cuando Lin Biao estaba tratando de escaparse. Dejemos que se rían. Si unos cuantos cientos de millones de ellos se mueren de la risa, no habría necesidad de ningún control de natalidad y mi suegra podría usar sus todavía eficientes órganos reproductores para obsequiarme con unos cuantos pequeños o pequeñas. Por favor no más gilipolle... Vale, no más gilipolle... Oigo sus gritos de enfado y tomo nota de su impaciencia, como el licor que se produce en el interior de Mongolia. Ustedes se parecen mucho al licor Harbin, extremadamente fuerte, hecho de paja de sorgo, que te da un latigazo cuando lo bebes.

«*Collocalia restita* es una clase de ave de la familia de las golondrinas de agua que mide unos 18 cm. de largo, tiene plumas marrones o negras con un brillo azul y la tripa de un gris blanquecino. Las alas son largas y puntiagudas, sus patas cortas y rosas, con cuatro garras. Son unas aves sociables, insectívoras, que construyen los nidos en el interior de las cuevas. El macho segrega saliva de sus glándulas salivales; una vez que se ha solidificado se llama “nido de golondrina”.

Las aves *collocalia restita* se encuentran en Tailandia, Filipinas, Indonesia, Malasia y en islas desiertas de las provincias costeras de Guangdong y Fujian en el sureste de China. A primeros de junio es cuando construyen los nidos para criar a sus polluelos. Pero antes de eso el macho corteja a la hembra, luego el macho se posa en el muro de piedra de la cueva moviendo la cabeza rápidamente para delante y para atrás a la vez que segrega saliva, como los gusanos de seda en primavera cuando hacen su seda. Hilos de saliva transparente y pegajosa se pegan al muro de piedra y se solidifican con forma de nido. Según cuentan quienes lo han visto, el macho ni duerme ni come durante el proceso de formación del nido, que requiere que el pájaro mueva la cabeza docenas de miles de veces. Es un proceso arduo, más difícil que hacer que crezcan peras de un olmo. El primer nido, que se ha formado completamente con saliva, no contiene casi impurezas, por lo que es de un color blanco cristalino y su calidad es tan buena que normalmente se conoce como “nido blanco” o “nido oficial”. Si alguien se lleva el nido, el pájaro construirá otro, pero como no tiene suficiente cantidad de saliva la tiene que mezclar con sus propias plumas. Y dado que el pájaro tiene que hacer un gran esfuerzo para producir más saliva, normalmente escupe sangre. El resultado final, que es de una calidad inferior, se llama “nido de plumas” o “nido ensangrentado”. Si acaban con este segundo nido el pájaro hará un tercero, pero no tiene

valor culinario, dado que está hecho principalmente de algas y de un poco de saliva».

La primera vez que vi a mi suegra estaba usando una aguja de plata para quitarle las impurezas a un nido lleno de agua con gas, sangre, plumas y algas. Ahora sabemos que era un «nido ensangrentado». Mi suegra hizo un mohín como un ornitorrinco enfadado y refunfuñó: «¿Cómo pueden llamar a esto un nido de golondrina? No es más que un nido de plumas revueltas, el nido de una urraca o el nido de un cuervo». «Tranquilízate», dijo mi suegro y profesor, Yuan Shuangyu, a la vez que le daba un sorbo a la mezcla de alcohol que había hecho él mismo; tenía el elegante y noble aroma de las orquídeas. «Hoy en día todo está adulterado. Hasta la golondrina se ha aprendido el truco. A mí parecer, si en diez mil años el hombre sigue existiendo, las golondrinas usarán la caca de perro para hacerse sus nidos». El nido de golondrina fermentado se movió en las manos de mi suegra. Ella miró a su marido, a mi suegro, estupefacta. «No puedo imaginar cómo algo tan repulsivo como los sesos de perro puedan ser más valiosos que el oro. ¿Son realmente tan buenos como decís?». Mi suegro examinó la cosa que tenía su mujer en la mano con una mirada fría. Ella le dijo: «No sabes nada sobre ninguna otra cosa que no sean licores». La cara de la mujer se encendió ligeramente a la vez que tiró el nido de golondrina al suelo. Entonces salió disparada de la habitación, quién sabe a dónde, como un torbellino. Era mi primera visita a la casa de mi mujer. Ella me había dicho que su madre quería alardear de sus destrezas culinarias. Me sorprendió y me dejó perplejo ver cómo tiraba el nido de pájaro y se marchaba sin más. Pero mi suegro dijo: «No le des importancia, volverá. Sabe de nidos de golondrina lo mismo que yo sé de licores. Los dos somos expertos en nuestros campos».

Tal y como predijo mi suegro, al poco tiempo regresó mi suegra. Una vez que le quitó todas las impurezas al nido hizo sopa de nido de golondrina para nosotros. Mi suegro y mi mujer se negaron a bebérsela; él dijo que olía a caca de pájaro, mi mujer dijo que olía a sangre y que no iba a beberse un bol de algo que era un ejemplo de la extrema crueldad humana y emblema de que los seres humanos son la fuente de toda la maldad. Mi mujer, que siempre ha tenido un gran corazón, quería ser miembro de la Liga mundial de protección del animal en Bonn. En ese momento mi suegra dijo: «Pequeño Li, no hagas caso a estos idiotas. Su presunta humanidad es una farsa. Confucio dijo que un caballero no debía cocinar, pero nunca se tomaba un plato de carne sin prepararse su salsa. Uno debe ser meticuloso en la elección de la carne y de la buena comida. Cuando Confucio admitía a los alumnos a su clase les pedía diez brochetas de carne ahumada en lugar de dinero. Si ellos no quieren sopa, está bien, vamos a bebérsela nosotros. —Mi suegra añadió—: Nosotros, los chinos, llevamos miles de años comiendo nidos de golondrina. Es el tónico de más valor del mundo. No desestiméis sus propiedades nutritivas simplemente porque es feo, dado que ayuda y favorece el crecimiento, el desarrollo infantil, mantiene a la mujer con un aspecto joven y alarga la vida del anciano. No hace mucho el profesor Ho, de la Universidad de Hong Kong, descubrió un componente en los nidos de golondrina que previene y cura el sida. Si ella comiera nido de golondrina —dijo mi suegra apuntando a mi mujer—, no tendría el aspecto que tiene». A lo que mi mujer contestó enfadada: «Prefiero tener este aspecto que el de esa cosa». Mi suegra se dio la vuelta y me miró fijamente: «Dime, ¿está buena?». Como no quería ofender ni a mi suegra ni a mi mujer, murmuré: «¿Qué puedo decir? ¿Qué debo decir? *Ja, ja, ja, ja*». Mi mujer dijo: «¿Te crees muy ingenioso?». Mi suegra me puso más sopa en el bol y le lanzó a su hija una mirada cortante. Mi mujer dijo: «Tanto uno como el otro vais a tener pesadillas». «¿Cómo cuales?», preguntó mi suegra. Mi mujer dijo: «Una bandada de

golondrinas picoteando vuestro cerebro». Mi suegra dijo: «Pequeño Li, bébete la sopa sin más e ignora a esta niña tan impertinente. Ayer se comió un cangrejo, así que ¿por qué no tiene miedo de que los cangrejos le vayan a arrancar la nariz con sus pinzas?». Mi suegra siguió diciendo: «Cuando era una niña pequeña odiaba a la gente que recogía nidos de golondrina. Pero después de trasladarme a la ciudad me di cuenta de que mi odio era en vano. Cada vez más personas los comen hoy en día porque hay mucha más gente rica. Pero el dinero no garantiza que puedas tener entre tus manos “nidos oficiales” de la mejor calidad. Los mejores nidos, los “Tributos siameses de Tailandia” nunca salen de Beijing. Estos nidos ensangrentados son lo mejor que la gente de lugares pequeños como las ciudades de la Tierra del vino y los licores, puede esperar. Y lo venden a ocho mil el kilo en la Moneda del Pueblo, muy fuera del alcance de una persona normal». Dijo todo esto con la gravedad apropiada y un toque de fanfarronería. Puede que los nidos de golondrina sean maravillosos y todas esas cosas pero, sinceramente, no saben muy bien, y prefiero con creces algo tan sabroso como el cerdo estofado.

De manera infatigable mi suegra continuó instruyéndome sobre los nidos de golondrina. Después de hablar de su valor nutritivo pasó a su preparación, lo que no me interesó mucho. Lo que sí que me interesó fue la historia sobre los recolectores de los nidos de golondrina, la historia de su familia, su historia.

Mi suegra nació en una familia con una larga historia sobre la recolecta tradicional de nidos de golondrina. Cuando todavía estaba en el útero de su madre oyó el piar de las golondrinas y absorbió los nutrientes de sus nidos. Su madre fue una mujer muy glotona cuyo apetito se hizo todavía más voraz cuando estaba embarazada. Solía comer nidos de golondrina a espaldas de su marido, que nunca la descubrió dada su gran habilidad para comer a escondidas. Mi suegra me dijo que su madre nació con unos dientes que eran más fuertes que el acero, dientes que podían masticar los nidos fuertes y secos de golondrina. Ella nunca se comió un nido entero —su marido llevaba la cuenta— pero se comía con mucha destreza dos centímetros y medio más o menos de la parte de debajo de cada nido, donde estaban las marcas del cuchillo de cuando los cogieron, por lo que pasaba desapercibido. Mi suegra dijo que su madre no comía otra cosa que los mejores “nidos oficiales”. Los que no pasan por un proceso de refinamiento son los más nutritivos. Mi suegra dijo que todos los productos alimenticios de valor pierden su contenido nutricional en el proceso de cocinarse. «El progreso —dijo— siempre ha tenido un precio muy caro. Los seres humanos inventaron la cocina para satisfacer sus papilas gustativas y han sacrificado su naturaleza feroz de supervivencia. La razón por la que los esquimales que viven en el Polo Norte tengan esos cuerpos tan fuertes y la habilidad de aguantar el frío extremo está incuestionablemente relacionada con el hecho de que comen carne cruda de foca. Si algún día llegan a dominar las complicadas y delicadas técnicas culinarias de los chinos ya no serán capaces de vivir ahí». La madre de mi suegra comía una gran cantidad de nidos de golondrina crudos, por lo que mi suegra fue una recién nacida muy sana con el pelo negro y la piel rosa, con la voz más melodiosa que la de ningún otro bebé y con cuatro dientes en la boca. Su padre, que era un hombre supersticioso que creía que los recién nacidos que tenían dientes traerían la mala suerte a la familia, dejó a mi suegra en la calle, entre unos hierbajos. Era a mediados de invierno. Aunque nunca hace un frío terrible en Guangdong, las noches de diciembre pueden ser muy frescas. Mi suegra pasó la fría noche entre los hierbajos y sobrevivió, lo que hizo cambiar la opinión de su padre, quien a la mañana siguiente la llevó de nuevo al interior de la

casa.

Según mi suegra su madre era muy guapa; según mi suegra su padre tenía unas cejas tupidas, unos ojos hundidos, unos labios finos y perilla en su barbilla puntiaguda. El padre de mi suegra parecía más viejo de la edad que tenía y su piel y sus huesos estaban más gastados debido a las largas horas escalando montañas empinadas y serpenteando acantilados para recolectar los nidos, mientras que su madre se los comía a escondidas, lo que le hacía tener una tez sonrosada y una piel suave, como las lilas en junio. Cuando mi suegra tenía un año de edad su madre huyó a Hong Kong con un comerciante de nidos de golondrina, por lo que la crio su padre. Ella dijo que después de que su madre se fuera de casa, su padre le cocinaba todos los días nidos de golondrina; está bien decir pues que se crio de nidos de golondrina. Mi suegra dijo que no le dio ni un bocado a un nido de golondrina cuando estaba embarazada de mi mujer, porque eso fue a principios de los sesenta, que era cuando la vida estaba muy difícil. Es por eso por lo que mi mujer parece un mono negro. Mi mujer mejoraría si comiera nidos de golondrina, pero ella se niega. De todas maneras hubiera sido difícil aunque hubiese querido porque mi suegra sólo fue directora de la Sección Gourmet de la Academia Culinaria durante un breve periodo y hubiese sido casi imposible conseguir ningún nido de golondrina antes de que asumiera la dirección. El nido de golondrina de inferior calidad que hizo para mí no había venido por las vías normales, lo que mostraba que me tenía cariño, más cariño que el que me tenía su hija. Me casé con mi mujer en parte porque su padre era mi profesor, un hombre que siempre ha sido muy bueno conmigo, y si no me he divorciado de ella principalmente es por el afecto que le tengo a mi suegra.

Gracias a beber sopa de nido de golondrina y comer crías de golondrina, mi suegra fue una niña fuerte y sana. A la edad de cuatro años su altura e inteligencia eran las de un niño normal de diez años y ella estaba convencida de que era debido a su dieta a base de nido de golondrina. Mi suegra dice que en cierta manera ella fue criada por las golondrinas y por su preciosa saliva, dado que hasta su propia madre no quiso darle el pecho porque tenía miedo a los cuatro dientes con los que había nacido. «¿Qué clase de mamífero renunciaría a dar de mamar a sus crías?», dijo a regañadientes. Ella pensaba que los humanos eran los mamíferos más crueles y más despiadados del mundo, dado que sólo ellos se negarían a alimentar a su propio bebé.

La familia de mi suegra vivía en un rincón perdido en la costa sudeste. En los días despejados se sentaba en la playa, con vistas a unas islas de color verde y enigmáticas, cuyas cuevas gigantes y rocosas eran el hogar de las golondrinas. La mayoría de los habitantes eran pescadores; sólo el padre de mi suegra y sus seis tíos se ganaban la vida recolectando nidos de golondrina, igual que hicieron sus antepasados. Era una profesión peligrosa que daba muchos beneficios. Muchas familias no hubieran sido capaces de hacerlo incluso aunque hubieran querido. Es por eso por lo que antes he dicho que mi suegra creció en una familia de verdaderos recolectores de nidos de golondrina.

Mi suegra dijo que su padre y sus tíos eran muy fuertes, unos hombres excepcionalmente en forma, sin un gramo de grasa; eran un sinfín de músculos tersos muy trabajados. Cualquiera que tenga unos músculos como esos tiene que ser más fuerte que un mono. De hecho su padre tenía dos monos, a los que él consideraba sus profesores. Fuera de

temporada su padre y sus tíos vivían con los ingresos de los nidos que habían recogido el año anterior a la vez que se preparaban para la siguiente recolecta de nidos. Casi todos los días su padre y sus tíos se llevaban a los monos a las montañas y les hacían escalar los acantilados y subir las montañas mientras que ellos imitaban sus pasos. Mi suegra dijo que algunos recolectores de nidos de la península de Malay habían intentado enseñar a los monos cómo recoger los nidos, pero no tuvieron mucho éxito. La falta de fiabilidad de los monos afectaba a la producción. Ella dijo que hasta con sesenta años su padre era ágil como una golondrina y podía subir por las cañas resbaladizas de bambú como un mono. En cualquier caso, gracias a los genes y el entrenamiento, todo el mundo de la familia de mi suegra era experto en escalar acantilados y trepar por los árboles. Mi suegra dijo que el escalador más destacado era su tío menor, que, con la habilidad de una lagartija podía escalar un acantilado de varios metros de altura, con la cabeza al descubierto y sin la ayuda de ningún equipo, en búsqueda de los nidos de golondrina. Ella dijo que casi se había olvidado del aspecto de sus otros tíos, pero en cambio podía recordar con claridad el de este. Su cuerpo estaba cubierto de una piel envejecida, como las escamas de un pez; tenía la cara seca y dos ojos de un azul profundo que desprendían destellos de melancolía.

Mi suegra dijo que tenía siete años el primer verano que acompañó a su padre y a sus tíos a las islas para recolectar los nidos. Tenían un barco de dos velas hecho de pino, cubierto de capas gruesas de barniz de paulonia que desprendían la fragancia del bosque. Un viento del Sureste sopló ese día, las olas se perseguían las unas a las otras. La arena blanca de las playas brillaba bajo la luz del sol. Mi suegra decía que a menudo le despertaba de sus sueños una luz blanca cegadora. En su cama, en ese lugar de la Tierra del vino y los licores, podía oír las olas del mar del Sur y oler el agua del océano. Su padre fumaba de su pipa y dirigía a sus hermanos para que cargaran el material, un poco de agua fresca y palos verdes de bambú, antes de subir al barco. Al final uno de sus tíos trajo un búfalo de agua con una cinta roja de satén atada a los cuernos. Los ojos del animal estaban ensangrentados, le salía espuma por la boca, como si estuviera loco. Los niños del pueblo de pescadores vinieron para ver cómo zarpaba el barco en busca de nidos. Entre ellos estaban algunos de los compañeros de juegos de mi suegra, «Golondrina de Mar», «Nacido de la Marea», «Foca»... Una anciana estaba de pie sobre una roca a la entrada del pueblo gritando: «Foca, Pequeña Foca, ven a casa». A regañadientes el niño pequeño se fue, pero antes de marcharse le dijo a mi suegra: «Yanni, ¿puedes cazar una golondrina para mí? Si consigues una golondrina viva te la cambio por una de mis canicas». Le enseñó la canica que tenía en la mano. Me sorprendió enterarme de que a mi suegra la llaman de manera cariñosa «Yanni, la chica golondrina». Mi suegra me dijo con voz triste: «Ese chico, “Pequeña Foca”, ahora es un comandante militar». Obviamente, ella estaba descontenta con mi suegro. «¿Qué tiene de maravilloso ser un comandante militar? —dijo mi mujer—. ¡Mi padre es profesor de universidad y especialista en destilación, lo que es igual de impresionante que ser comandante!». Mi suegra me miró. «Ella siempre está de parte de su padre», se quejó. «Es el complejo de Electra», dije. Mi mujer me mató con la mirada. Mi suegra dijo: «¡El día que zarpó el barco, lo más emocionante fue hacer que el búfalo subiera a bordo! Los búfalos son muy inteligentes. Sobre todo cuando no los han castrado —aclaró mi suegra—. Como el animal sabía lo que le esperaba, sus ojos se pusieron rojos nada más ver el muelle. Jadeó con fuerza, tiró con fuerza del arnés, casi se cayó al suelo». Y añadió: «Una pasarela estrecha conectaba el barco a la pendiente de escalones de piedras. Debajo sólo había agua turbia».

Las pezuñas delanteras del animal se pararon al borde de la pasarela y se negó a moverse ni un centímetro. Mi tío tiró de él con todas sus fuerzas, pero él se negaba, como un bebé que toma el pecho, hasta que la anilla de acero de la nariz del búfalo se estiró hasta un punto insoportable; el dolor debió haber sido horrible. Pero el búfalo se aferró al suelo y se negó a subirse al barco. En un forcejeo de vida y muerte ¿qué más daba perder la nariz? Mi suegra dijo que sus otros tíos se acercaron a toda prisa para conseguir que el búfalo se subiera al barco, pero daba igual lo fuerte que le empujaran, que no podían moverle. No sólo eso, sino que el búfalo le dio una coz con furia en la pierna a uno de sus tíos.

Mi suegra dijo que su tío más joven no sólo era más fuerte que sus hermanos sino que también era más inteligente. Le cogió la cuerda a su hermano y llevó al búfalo por la playa mientras hablaba con el animal, de modo que dejaron sus huellas en la arena. Finalmente se quitó la camiseta, le tapó la cabeza al búfalo y le guio de vuelta al embarcadero. La pasarela de madera se hundió debido al peso del búfalo y empezó a doblarse. El animal sabía que estaba caminando por un sitio peligroso, por lo que posaba sus pezuñas con tanto cuidado como una cabra de circo sobre la cuerda floja. Una vez que el búfalo estuvo a bordo, la gente subió tras él y soltaron amarras. Con un *ssshhh*, zarparon. Su tío más joven le quitó al búfalo la camiseta de la cabeza. El animal estaba temblando, las pezuñas se le resbalaban en la cubierta. Soltó un gemido de profunda tristeza. Poco a poco la tierra desapareció y la isla se acercaba cada vez más envuelta en la niebla y la bruma; era una montaña de hadas, un palacio mítico.

Mi suegra dijo que después de que su padre y sus tíos anclaran el barco en una cala, el tío más joven llevó al búfalo a tierra. La expresión de todo el mundo era muy solemne, como si estuvieran en un funeral. En cuanto pisaron esa tierra desolada y cubierta de espinas, el búfalo irritable se volvió tan dócil como un cordero. Los ojos ensangrentados desaparecieron y los reemplazó un azul profundo como el océano, del mismo color que los ojos de su tío pequeño.

Mi suegra dijo que estaba anocheciendo cuando pusieron los pies en la isla desierta. Unas luces rojas centelleaban en el mar, bandadas de pájaros daban vueltas y llenaban el aire con sus gritos ensordecedores. El grupo de recolectores dormía bajo el cielo de la noche, apenas se hablaban el uno al otro. A la mañana siguiente, temprano, después del desayuno su padre dijo: «Vamos». El misterioso y arriesgado trabajo de recolectar nidos de golondrina acababa de empezar.

Una gran cantidad de cuevas oscuras salpicaban la isla. Mi suegra dijo que su padre hizo un altar fuera de la cueva más grande, quemó un puñado de papel de Joss, hizo unas cuantas reverencias y luego ordenó: «¡Matad al animal como sacrificio!». Los seis tíos se apresuraron y tumbaron al búfalo de costado. Aunque parezca mentira el fuerte búfalo no opuso resistencia; los seis hombres no le tuvieron que empujar ni doblar las patas; se recostó él solo. Sus piernas simplemente se desplomaron, como si estuvieran hechas de plastilina y se derrumbaron en el suelo, donde se quedó inmóvil, con el cuello descansando en la superficie rocosa unido torpemente a su cabeza, que estaba soldada a sus cuernos como si fueran de un metal verdoso. La manera en la que yacía mostraba que aceptaba su destino y que quería servir como sacrificio al dios de la cueva. Mi suegra dijo que sintió vagamente que esos nidos

de golondrina eran propiedad privada del dios de la cueva y que su padre y sus tíos estaban ofreciéndole este poderoso búfalo, como un intercambio con el dios de la cueva, que debía de ser un monstruo feroz que era capaz de comerse un búfalo entero. Mi suegra dijo que sólo el hecho de pensarlo la aterrorizaba. Después de dejar al búfalo en el suelo los tíos se echaron a un lado y ella vio cómo su padre sacaba un hacha reluciente de la cintura. La sujetó con las dos manos y se acercó al animal. Ella sintió que le apretaban tanto el corazón que apenas podía latir. Su padre murmuró algo, una mirada de miedo danzó por sus ojos negros. De repente ella sintió mucha lástima tanto del búfalo como de su padre, que era tan delgado como un mono y daba tanta pena como el búfalo que yacía inerte en el suelo rocoso: esto no era algo que el carnicero o la presa desearan hacer, pero a ambos les arrastraba una fuerza aplastante que les llevaba a hacer lo que tenían que hacer. Cuando mi suegra vio el claro de la cueva, inmenso y extraño, oyó unos ruidos que venían de dentro y sintió una corriente de aire muy siniestra, que salía de la boca de la cueva. Le vino a la cabeza que lo que estaba asustando tanto a su padre y al búfalo era el dios que estaba dentro. Vio cómo el búfalo cerraba los ojos con fuerza, de modo que sus largas pestañas hacían una línea con los párpados. Una mosca de color verde esmeralda picoteaba el borde del ojo lloroso del búfalo. A su suegra le invadió un sentimiento de repugnancia; la mosca se movía por los bordes de los ojos del animal, pero el búfalo ni siquiera parpadeó. El padre de mi suegra caminó al lado del búfalo, miraba a todas partes, como si estuviera en trance. ¿En qué estaría pensando? Mi suegra me dijo que no vio nada extraño, que el hecho de mirar a todas partes era señal de que su mente estaba en blanco. Sujetó el hacha en su mano izquierda y escupió en la palma de su mano derecha. Finalmente cogió el hacha con las dos manos y movió ligeramente las piernas, como si tratara de permanecer más firme. Cogió aire y mantuvo la respiración; a medida que su cara se oscurecía y se le hinchaban los ojos, levantó el hacha por encima de su cabeza; entonces dio un golpe seco. Mi suegra oyó un ruido sordo en el momento en el que el hacha partió la cabeza del búfalo. Su padre exhaló y se quedó de pie sin fuerzas, como si su cuerpo se derrumbara. Pasó un buen rato hasta que se dobló para coger el hacha de la cabeza del búfalo. El animal soltó un grito ahogado, hizo varios intentos para levantarse pero no podía. Era incapaz de levantar la cabeza, ya que los ligamentos de su cuello estaban partidos. Entonces todas las partes de su cuerpo se empezaron a retorcer, una tras otra, parecía que sobrepasarán el control de su mente. El padre de mi suegra volvió a levantar el hacha y la volvió a clavar con fiereza, agrandando la herida del cuello del búfalo. Hacía un gran ruido cada vez que propulsaba el hacha y la clavaba en el animal, cada golpe daba justo en el blanco, de modo que el corte cada vez se iba haciendo más grande, hasta que empezó a salir sangre negra a borbotones del cuello del animal. El olor a sangre caliente y cruda impregnó el olfato de mi suegra. Las manos de su padre estaban cubiertas de sangre; ella podía notar lo resbaladiza que estaba el hacha por el modo en que su padre se secaba una y otra vez las manos con manojos de hierba. Una de las veces en que agrandó la herida, a su padre le salpicó sangre fresca de búfalo a la cara. Unas burbujas borboteaban en la tráquea del animal. Mi suegra se dio la vuelta con las manos en el cuello para evitar las náuseas; cuando se volvió a dar la vuelta, su padre ya le había cortado la cabeza. Tiró el hacha al suelo, cogió la cabeza por los cuernos con las manos bañadas en sangre y la llevó al altar fuera de la cueva. Lo que asombró a mi suegra fue que los ojos del búfalo, que antes de morir había cerrado con fuerza, ahora estaban completamente abiertos. Seguían siendo tan azules como el océano y reflejaban a la gente que estaba alrededor. Mi suegra dijo que su padre dio un paso para atrás después de dejar la cabeza del búfalo en el altar. Murmuró algo inteligible, se arrodilló en el suelo e hizo reverencias en la entrada de la cueva. Sus tíos también se arrodillaron en el suelo

rocoso e hicieron las mismas reverencias.

Después de que completaron el sacrificio, su padre y sus tíos entraron en la cueva y la dejaron a ella fuera para que vigilara el barco y el equipo. Mi suegra dijo que el silencio sucumbió una vez que entraron en la cueva, como una roca que se hunde en el fondo del mar. Le aterrorizaba mirar la cabeza del búfalo con aquellos ojos penetrantes y su cuerpo ensangrentado, por lo que miró a la confluencia del mar y el cielo. La península había desaparecido detrás del mar. Alrededor de la isla revoloteaban unos pájaros enormes de los que desconocía el nombre. Algunas ratas salían de las grietas entre las rocas y pululaban por el cuerpo del búfalo. Mi suegra trató de apartarlas, pero saltaron medio metro de alto y atacaron a mi suegra, que por aquel entonces era sólo una niña pequeña. Cuando las ratas empezaron a clavarle las garras en el pecho entró dando gritos en la cueva.

Llamó a voces a su padre y a sus tíos a medida que se perdía en la oscuridad. De repente la cueva se iluminó delante de ella y siete cegadoras antorchas aparecieron encima de su cabeza. Mi suegra dijo que las antorchas las había hecho su padre fuera de temporada con ramas que empapaba en resina. Eran de un metro de altas, con una pequeña asa que podías sujetar con la boca. Mi suegra dijo que dejó de gritar en cuanto vio la luz de las antorchas, porque sintió una fuerza sagrada y grave que le agarraba la garganta. En comparación al trabajo de su padre y sus tíos, sus miedos eran insignificantes y no merecía la pena mencionarlos.

Era una cueva gigante, de unos sesenta metros de alto y ochenta de ancho, pero estos cálculos de las dimensiones los hizo mi suegra con el recuerdo que tenía de pequeña. La medida exacta no la puede saber. El sonido del agua que goteaba del techo flotaba por la cueva; sopló una brisa fría. Levantó la mirada y vio las antorchas encima de su cabeza; las llamas se reflejaban en las caras de su padre y sus tíos, sobre todo en la de su tío más joven y guapo, cuya piel se había vuelto de color ámbar. Hasta su cara tenía la textura del ámbar; fue una imagen conmovedora e inolvidable, como el cava italiano llamado «La Viuda», que era refrescante y rico, con un regusto maravilloso que sobrepasaba todos los demás. Su tío sujetó la antorcha crepitante en la boca y apretó el cuerpo contra una hendidura del acantilado pedregoso; entonces estiró el cuchillo hacia un objeto de color crema brillante: el nido de golondrina.

Mi suegra dijo que lo primero que le llamó la atención cuando entró en la cueva no fueron las antorchas de resina encima de su cabeza o la hermosa cara de su joven tío iluminada por una llama, sino las bandadas de golondrinas que volaban por toda la cueva. Como se sorprendían por la luz salían volando de sus nidos, aunque no querían alejarse mucho de ellos. El batir de las alas era como flores en las laderas de las montañas, como enjambres de mariposas. El piar de las golondrinas inundaba la cueva. Mi suegra dijo que podía oír la amargura y la ira en sus voces. Su padre se subió encima de las cañas verdes de bambú que estaban muy altas y llegó al otro lado de la cueva, donde habían cristalizado una docena de nidos. Tenía una cinta de tela blanca atada alrededor de la cabeza. Entonces levantó la cara y frunció la nariz, parecía un cochinito asado. Sacó un cuchillo con el mango blanco y de un solo golpe cortó el nido, que cogió en el aire y metió en un saco que colgaba de su cintura. Unas cuantas cositas negras se desprendieron del nido y aterrizaron a los pies

de mi suegra haciendo un ligero ruido. Se agachó, palpó con la mano el suelo y cogió trozos de la cáscara de huevo, de la que todavía colgaba la yema y la clara. Mi suegra dijo que se puso muy triste. También se sintió fatal al ver cómo su padre se jugaba la vida cogiendo nidos que estaban a docenas de metros del suelo, apoyado tan sólo en unas cuantas cañas desvencijadas de bambú verde. Un remolino de golondrinas se acercaba a la antorcha que estaba en la boca de mi padre como si tratara de apagar el fuego para proteger sus nidos y sus crías, pero siempre se echaban para atrás en el último minuto por el calor. Sus alas enseguida cambiaban de dirección justo cuando se iban a quemar con la antorcha; las plumas azules parpadeaban por la luz del fuego. Mi suegra dijo que su padre no prestaba atención a las golondrinas acosadoras. Incluso cuando le golpeaban en la cabeza con las alas, sus ojos estaban fijos en los nidos pegados al acantilado; uno a uno los cortó con mucha habilidad y precisión.

Mi suegra dijo que su padre y sus tíos se bajaban de las cañas de bambú, apoyadas contra el acantilado, cuando las antorchas estaban a punto de consumirse. Se juntaban y encendían otro lote de antorchas, mientras vaciaban los nidos en las bolsas y las amontonaban en una sábana blanca. Ella dijo que su padre sólo recogía nidos mientras una antorcha estaba encendida. Sus hermanos pequeños seguían trabajando durante tres antorchas más y mientras tanto, él estaba de pie protegiendo los nidos de las ratas. En ese tiempo dejaba descansar a su débil cuerpo. Sus tíos se sorprendieron y alegraron cuando vieron aparecer a mi suegra. Su padre en cambio, con una voz recriminadora, le preguntó que por qué había entrado en la cueva. Mi suegra me contó que en cuanto mencionó la palabra «miedo» la expresión de la cara de su padre cambió de manera radical. Le dio un tortazo en la cara. «Cállate». Aprendió más tarde que no estaba permitido mencionar las palabras «caerse», «resbalar», «muerte» o «miedo». Eran signo de una gran desgracia. Mi suegra empezó a llorar por la bofetada. Su tío pequeño dijo: «No llores Yanni. Luego cogeré una golondrina para ti».

Los hombres fumaban de su pipa, se secaban el cuerpo sudoroso con las bolsas que tenían a la cintura, luego se ponían las antorchas entre los dientes y volvían a las profundidades de la cueva. Su padre dijo: «Ahora que estás aquí cuida de los nidos mientras voy a trabajar lo que dure otra antorcha».

Mi suegra dijo que su padre se fue con una antorcha entre los dientes. Vio cómo corría agua por el suelo de la cueva, y unas serpientes nadaban en el agua; el suelo estaba lleno de cañas de bambú podridas. Capas de excrementos de las golondrinas cubrían las rocas del suelo de la cueva. Sus ojos siguieron a su tío menor, ya que le había prometido que cazaría una golondrina para ella. Le vio escalar unas cuantas cañas de bambú y como si volara, enseguida alcanzó una altura de una docena de metros. Encontró un punto de apoyo y puso un pie en una grieta, luego dobló el cuerpo, levantó la caña de bambú que tenía bajo sus pies y la clavó en la grieta; entonces cogió otra caña de bambú, la puso en horizontal para hacer palanca y otra para que sujetara a las demás. Ahora las cañas de bambú formaban un andamio peligroso y aterrador. Su tío pequeño caminó por este paso elevado tan inestable y alcanzó la parte abovedada de la cueva, de la que colgaban una docena de nidos enormes de golondrinas entre las estalactitas con forma de champiñón. Mientras que las otras golondrinas huían de sus nidos, estas, aparentemente tranquilas, se quedaron donde estaban. A lo mejor pensaban que habían construido sus nidos en un lugar completamente seguro. Dos golondrinas

asomaron de uno de los nidos. Otras colgaban boca abajo de la estalactita y movían la cabeza con rapidez a medida que tejían sus nidos con los hilos blancos como la nieve que salían de sus picos. Probablemente no sabían que las manos y pies de su tío menor estaban abriéndose paso entre el frío y resbaladizo acantilado, como un cocodrilo enorme y aterrador acercándose cada vez más a una presa. Mi suegra dijo que las golondrinas usaban sus garras para aferrarse a las rocas y que trabajaban duro para construir los nidos. Sus picos cortos eran unas máquinas de tejer, muy ágiles, y se movían hacia delante y hacia atrás por la superficie abovedada de la cueva. Después de tejer los nidos durante un rato tensaban el cuerpo, aleteaban las alas, movían las plumas de la cola y escupían más saliva de la garganta. En un instante los hilos se cristalizaban y parecía jade cristalino. Mi suegra dijo que el proceso era una imagen extraña para la naturaleza, y que esos dignatarios y eminencias nunca podrán entender el valor real de los nidos, ya que no son conscientes de las dificultades por las que pasan estas aves ni saben las dificultades por las que pasan los recolectores de nidos.

El tío pequeño de mi suegra casi estaba colgando boca abajo. Era incomprendible que, usando sólo sus pies, pudiera sujetarse en una ranura tan resbaladiza. La antorcha pendía a su lado, con su llama bien brillante sobre su cabeza. La bolsa que llevaba alrededor de la cintura también colgaba boca abajo, como una bandera rasgada que cuelga con timidez bajo la lluvia. Obviamente, no podía hablar, y dada la postura le era imposible meter los nidos en la bolsa. Mi suegra dijo que su padre, que ya había bajado del acantilado, en este momento estaba sujetando su antorcha y levantó la mirada para ver a su hermano pequeño, cuya vida pendía de un hilo. Estaba listo para coger los nidos en cuanto cayeran al suelo.

Mi suegra comentó que nunca más ha vuelto a ver nidos tan grandes desde aquella vez. Eran nidos muy viejos. Dijo que muchas golondrinas construyen los nidos encima de otros de manera instintiva. Siempre que los nidos no estén dañados, las golondrinas suelen construir otro nuevo encima con la forma de un sombrero cónico. Y por supuesto que los nidos que no están dañados están hechos de saliva cristalina, sin impurezas, son nidos de máxima calidad.

Su tío pequeño alargó la mano, que sujetaba una cuchilla afilada. Su cuerpo estaba tan estirado que parecía que iba a partirse. Mi suegra dijo que le vio gotas de sudor caer al suelo desde la punta del pelo. La cuchilla casi tocaba el borde del nido ancestral; ¡lo hizo, lo tocó! Su cuerpo se estiró más todavía, clavó la cuchilla en la base del nido, con la mano le dio cortes sin parar, mientras que el sudor le bañaba la cabeza. Las golondrinas salieron volando del nido; mostraron un coraje inusual y se lanzaron contra la cabeza del joven, una y otra vez, no temían por su vida. Mi suegra dijo que el nido estaba bien anclado a la superficie rocosa porque era muy antiguo; de hecho parecía que estaba pegado a la roca. Eso hizo que la tarea de su tío fuera particularmente difícil. El chico ignoró a las golondrinas frenéticas que chocaban contra su cara, mantuvo la mente fría, la mano firme, apretó los dientes y cerró los ojos para mantener la fuerza. Se mordió un labio y saboreó el sabor de su propia sangre.

Mi suegra dijo: «Dios mío, es como si hubieran pasado cien años». El nido colosal empezó a girar hasta que pendió de un hilo; un corte más y caería al suelo, como un lingote de oro blanco.

«¡Pequeño Tío, un poco más fuerte!», vociferó mi suegra, a pesar de que sabía que no

debía hacerlo. Después del grito el cuerpo de su tío perdió el equilibrio y el nido colosal se desprendió de la roca. Dio vueltas en el aire y después de mucho tiempo aterrizó a sus pies y a los pies de su padre. En el suelo, al lado del nido, aterrizó su tío pequeño, el que tenía habilidades sin igual. Normalmente podía saltar desde una altura de varios metros sin hacerse daño, pero esta vez estaba demasiado alto y su cuerpo cayó mal. Sus sesos habían salpicado todo el nido de golondrina; la antorcha seguía quemando cuando impactó contra el suelo y sólo se apagó cuando se mojó con el agua que había en el suelo de la cueva.

Mi suegra dijo que su padre también murió de una caída en una cueva cinco años después de la muerte de su tío menor. Pero el trabajo de recolectar nidos de golondrina no cesa porque alguien muera. Ella no podía seguir el trabajo de su padre, pero tampoco quería depender de sus tíos. Así que un día caluroso de verano emprendió un largo viaje cargando con el nido colosal de golondrina manchado de la sangre de su tío. Tenía catorce años.

Mi suegra dijo que bajo circunstancias normales nunca se hubiera convertido en una chef famosa de nidos de golondrina, dado que lo es gracias a todas estas escenas conmovedoras y emotivas, que le vienen a la mente cada vez que le quita las impurezas a los nidos con una aguja. Si es capaz de cocinar cada nido con extremo cuidado y cariño es porque sabe las dificultades y los riesgos que encierra —tanto para las golondrinas como para los recolectores—. Ella se había ganado una fama incalculable con los nidos de golondrina, pero en lo más profundo de su ser estaba muy dolida. La conexión entre los nidos y el elevado interés de la gente le preocupaba, hasta que por fin ese sentimiento desapareció cuando empezaron a cocinar y comer carne de niño en la Tierra del vino y los licores.

Claramente preocupada, mi suegra dijo: «La demanda de nidos de golondrina en el continente chino creció de manera repentina en la década de los 90, mientras que el oficio de recolectar nidos desapareció de manera abrupta en el sureste de China. Hoy en día los recolectores tienen un equipo muy moderno y llevan ascensores hidráulicos a las cuevas, que no sólo destrozan los nidos sino que matan a las golondrinas en el proceso. De hecho ya no quedan nidos que recolectar en China. Dadas estas circunstancias, China tiene que importar grandes cantidades de nidos del sureste de Asia para abastecer la demanda del pueblo chino, y esto ha hecho que el precio de los nidos de golondrina se dispare. En Hong Kong el kilo cuesta dos mil quinientos dólares americanos y el precio sigue subiendo. Esto, a su vez, ha llevado a los recolectores de otros países a trabajar en la recolecta de manera frenética. Antiguamente mi padre y sus hermanos recolectaban nidos una vez al año, pero ahora en Tailandia los recolectan cuatro veces al año. En veinte años los niños no sabrán qué aspecto tienen los nidos de golondrina», dijo mi suegra a la vez que se terminaba la sopa.

Yo dije: «Es un hecho que hoy en día no debe de haber más de mil niños chinos que hayan probado el nido de golondrina. La disponibilidad del producto no llega a la clase media o las masas, así que ¿por qué preocuparse?».

Capítulo 8



Querido Hermano Mayor Yidou,

He recibido y leído tu relato y tu carta. Después de leer «Nidos de golondrina» un desfile de recuerdos me ha venido a la mente. Cuando era niño, mi abuelo me dijo que la gente rica se daba grandes banquetes de platos poco habituales como pezuñas de camello, patas de oso, sesos de mono, nidos de golondrina y cosas por el estilo. Una vez vi un camello y no me cabe ninguna duda de que sus pezuñas grandes y carnosas deben de estar muy ricas, aunque nunca he tenido la suerte de probar una. Una vez, de pequeño, comí una pezuña de caballo que mi hermano cortó a escondidas de un caballo muerto que se encontró y la trajo a casa desde su brigada de producción^[12]. Por supuesto que nosotros no teníamos un chef famoso para prepararla, por lo que mi madre simplemente la hirvió en agua con algo de sal. No tenía mucha carne, así que me llené con el caldo. Aun así, dejó un sabor inolvidable, uno que siempre recuerdo con mi hermano cuando pasamos juntos año nuevo, como si ese sabor delicioso siguiera en mi boca. Eso fue en 1960, al principio de la hambruna, por lo que puede que sea por eso que ha permanecido en mí durante tanto tiempo. Y en cuanto a la pata de oso hace un par de años un empresario me invitó a cenar a su casa y cuando trajo el último plato a la mesa, que era una fuente con unas cosas negras llenas de grumos, dijo con mucha solemnidad: «Esto es pata de oso traída especialmente desde Heilongjiang». Emocionado, cogí un trozo con los palillos, me lo metí en la boca y lo saboreé lentamente. Era pegajoso y blando, no particularmente aromático ni particularmente sabroso, parecían tendones de la pata de cerdo. Pero en cualquier caso dije cosas muy buenas sobre el plato a mi anfitrión, que cogió un trozo, lo probó y dijo: «No se ha hinchado lo que debería». Criticó al chef por no ser capaz de estar a la altura. Estaba demasiado avergonzado para preguntarle qué quería decir con «no se ha hinchado».

Un tiempo después le pregunté a un amigo que trabajaba en un restaurante de Beijing qué significaba «hincharse». Me dijo que lo que yo había comido era pata de oso deshidratada, que se tenía que haber hinchado primero. Por otra parte me comentó que la pata de oso fresca no lo necesita, pero sigue siendo muy difícil de preparar. «Si consigues pata de oso —me dijo mi amigo—, tienes que cavar un hoyo en la tierra, luego meter la pata dentro, cubrirlo de piedra caliza, verter agua templada hasta que la pata se haya ablandado lo suficiente para partirla. Esa es la única manera de que se desprendan las cerdas de la pata lo

bastante para que las puedas arrancar». Dijo que preparar pata de oso requiere paciencia, ya que cuanto más suave mejor sabe. Me dijo que si la quieres cenar tienes que empezar a cocinarla al amanecer. Requiere mucho esfuerzo.

Recuerdo que mi abuelo también me dijo que dado que los osos dejan de comer en invierno, se chupan las patas para calmar las punzadas de hambre y es por eso por lo que son tan valiosas. Pero yo tengo mis dudas al respecto. En cuanto a los sesos de mono solía pensar que sólo eran eso, sesos de mono. Pero entonces alguien me dijo que era una especie de hongo que crece en los árboles. Eso es algo que no he comido nunca aunque lo que sí he tomado son pastillas de hongos de cabeza de mono^[13] para mis problemas de estómago. No hace mucho conocí a un tipo de una compañía farmacéutica en un tren y me dijo que no había manera de que pudiera reunir la cantidad suficiente de sesos de mono para cubrir su demanda, así que simplemente lo mezclaría con hongo «oreja de madera» o con champiñones deshidratados. Eso me sorprendió mucho, dado que nunca imaginé que hasta adulteraran las medicinas. Si adulteran las medicinas ¿qué podemos esperar que no esté adulterado? De lo último que quiero hablar es de esos nidos de golondrina. Nunca he visto uno y nunca los he probado. En la novela *Sueño en el pabellón rojo*^[14], cada vez que Lin Daiyu se pone mala del estómago bebe sopa de nido de golondrina, lo que quiere decir que es muy buena y que no está al alcance de la mayoría de la gente. Pero nunca me podía imaginar que fuera así de cara. Muchos de nosotros podríamos trabajar media vida y seguir sin poder pagar un par de nidos de golondrina. Y después de leer tu relato es algo que no quiero probar, en parte porque es caro, pero sobre todo porque encierra mucha crueldad. No soy uno de esos hipócritas «golondrinistas», pero me estremece pensar en el esfuerzo y sufrimiento de todas esas golondrinas doradas cuando hacen los nidos con su propia saliva. Pienso casi lo mismo que tu mujer. Dudo de que los nidos de golondrina sean tan místicos como dice tu suegra. Los nidos de golondrina son populares en Hong Kong, pero si miras a la gente que camina por las calles de esta ciudad verás que la mayoría son bajitos y esqueléticos. En Shandong, donde comemos tartas de batatas y cebollas verdes, no tendrás problema en ver a gente alta y, aunque no todas las mujeres son de una belleza sin igual no te costará encontrar una hermosa. Debería resultar obvio que el valor nutritivo de esos nidos ni se aproxima al de las batatas cocidas. Gastar esa cantidad de dinero en comer algo tan asqueroso me parece totalmente estúpido. La crueldad de destruir el hogar de una golondrina para coger uno de sus nidos sobrepasa la estupidez. En estos últimos años me he dado cuenta, y más desde que he empezado a leer tus relatos, de que la gente china se ha roto la cabeza con el fin de lograr nuevos platos de comida exóticos. No hace falta decir que la mayoría de la gente que tiene los medios para mimar a sus paladares, no necesita gastar su propio dinero para hacerlo porque siempre conocen a alguien que les invite, mientras que la gente corriente llena sus estómagos con lo primero que tiene a mano. Vivimos en una época de montañas de viandas y océanos de agua potable y los burócratas mezquinos de tus relatos son más arrogantes que Liu Wencai, que sólo cenaba patas palmeadas de pato. Más tarde esto se volvió algo común. No hace muchos años la gente todavía escribía artículos o hacía viñetas de políticos satirizando esta tendencia culinaria, pero ya no se ven más.

Pero volvamos al tema que interesa. A mi parecer «Nidos de golondrina» sigue siendo muy político, y si yo fuera tú vaciaría mi cuerpo de cualquier vestigio de pasión política y lo reescribiría. La recolecta de nidos ancestrales de golondrina y esta vieja profesión en vías de extinción, repleta de misterios y leyenda, puede llegar a ser una gran historia. Para enfatizarla

céntrate en el misterio y en las leyendas.

Mi superior ha aceptado más o menos dejarme ir a visitar la Tierra del vino y los licores. Pero no puedo ir hasta que no termine el borrador de mi novela. He tomado nota de la fecha del Primer Festival Anual del Licor del mono y para entonces lo habré acabado.

Te he mandado tu manuscrito por correo urgente. Hazme saber cuando lo hayas recibido.

Deseándote mucho éxito con tu escritura,

Mo Yan



Estimado Mo Yan,

He recibido su carta y el paquete con el manuscrito que me ha mandado por correo urgente. No hacía falta que se gastase todo ese dinero, con un sobre certificado hubiese valido. Tenerlo unos días antes no me afecta para nada, ya que he empezado a escribir un relato llamado «Licor de hadas» así que cualquier cambio que pueda hacer en «Nidos de golondrina» tendrá que esperar.

He conseguido que se emocionara al leer mis «Nidos de golondrina»; incluso ha rememorado su infancia, cuando comía pezuña de caballo cocinada. Sólo por eso, aunque esta historia nunca salga publicada, ya ha justificado su existencia; si no hubiera sido por este relato ¿me hubiera escrito una carta así de larga?

Tal y como dice en su carta el valor nutritivo de los nidos de golondrina se ha exagerado mucho y creo que lo mejor que se puede decir de ellos es que son secreciones de pájaro ricas en proteínas. No tienen propiedades mágicas, porque de haber sido así, la poca gente que los comía cuatro o cinco veces al día ya hubiesen encontrado el secreto de la inmortalidad. Yo lo he comido una vez, y fue tal y como describo en el relato. Cuando venga a la Tierra del vino y los licores le organizaré una comida para que lo pruebe. El comerlo en sí no es tan importante como la experiencia, por supuesto.

Trataré de controlar mi pasión política. Dado el estado actual de la economía capitalista, nadie puede detener a la multitud enloquecida que quiere estar siempre a la moda, y todos somos responsables del producto en el que se está convirtiendo nuestra sociedad. Mi trabajo me ha puesto al alcance probar los mejores vinos y licores del mundo, la mayoría de ellos son tan caros como los nidos de golondrina. La gente corriente probablemente nunca haya visto, y menos catado, vinos como Gevrey-Chambertin y de la Romaneé-Conti de Francia o Lay and Doktor de Alemania o el vino italiano Barbaresco o Lacryma Christi. Son verdaderos tesoros, cada uno de ellos; vinos incuestionables de los dioses, pura ambrosía. Por favor venga y se los haré probar. Puede que en esta tierra no tengamos mucho de lo que presumir pero mientras esté aquí, sólo beberá licores de primera calidad. Es mejor que nosotros dos nos bebamos el alcohol antes que esos oficiales corruptos y glotones.

Hay muchas cosas que quiero contarle, pero como va a venir pronto a la Tierra del vino y los licores las reservo para cuando esté aquí y podamos hablar cara a cara.

Después de brindar podremos charlar hasta que nos quedemos sin palabras.

Le adjunto mi último relato «Licor del mono» y espero sus críticas. Iba a hacerlo más largo, pero he estado muy cansado estos últimos días. He decidido acabarlo así. No necesita mandármelo de vuelta después de que lo haya leído. Simplemente tráigamelo a la Tierra del vino y los licores. Me voy a tomar un día libre y luego seguiré con el relato que he empezado. Después de eso haré los cambios de «Nidos de golondrina».

Deseándole lo mejor. Su discípulo,

Li Yidou



«Licor del mono»

Li Yidou

El «Licor del mono» es el licor de Yuan. ¿Quién fue su destilador? Mi suegro, Yuan Shuangyu, profesor de la Universidad de Destilación de la Tierra del vino y los licores. Si la Tierra del vino y los licores es una perla brillante en el corazón de nuestra gloriosa patria, entonces la Universidad de Destilación es la perla de la Tierra del vino y los licores y mi suegro la perla de la Universidad de Destilación: la más lustrosa, la más brillante. La gran oportunidad de mi vida fue convertirme en el estudiante de este anciano caballero y luego convertirme en su yerno. Mucha gente envidia y codicia mi buena suerte. Cuando le estaba buscando un nombre a este relato lo estuve sopesando durante mucho tiempo, incapaz de decidir si lo debía llamar «Licor del mono» o «Licor de Yuan». Al final, por el momento, me he decantado por «Licor del mono», a pesar de que puede ser muy controvertido y tan polémico como el Fauvismo. Mi suegro es un hombre erudito y muy tradicional. En su búsqueda del «Licor del mono» decidió que tenía que vivir entre los monos en la Montaña del mono blanco hasta que consiguiese su objetivo. Viviría a la intemperie y dormiría sobre el rocío, peinado por el viento y bañado por la lluvia.

Para que todos los lectores lleguen a entender la erudición de mi suegro, voy a copiarles una buena parte de las notas que nos dio en la clase «Los orígenes del licor».

En aquel entonces yo era un estudiante joven que no sabía nada; venía de una familia pobre de campesinos y la primera vez que entré en el templo sagrado del vino y los licores no sabía nada sobre las bebidas alcohólicas. Cuando mi suegro se acercó al estrado de esa sala triunfal, con su bastón, y vestido con un traje blanco, yo creía que el licor era tan sólo un poco de agua condimentada. ¿Qué fue lo que dijo este hombre tan valioso? Una vez colocado detrás del estrado empezó a reírse, antes de decir media palabra. Después de unos segundos

sacó una pequeña petaca del bolsillo, le quitó el tapón y le dio un trago. Entonces se relamió los labios y preguntó: «Estudiantes ¿qué es lo que estoy bebiendo?». Alguien dijo: «Agua», otra persona dijo: «Agua hervida», otra dijo: «Un líquido de color claro». Y otra dijo: «Licor». Yo sabía que era licor —lo podía oler—, pero murmuré: «Orina». «¡Bien! —dijo mi suegro, dando un manotazo al estrado—, quien haya dicho “licor” por favor que se levante». Una chica con trenzas se levantó de su asiento. Estaba ruborizada, con las mejillas encendidas. Miró a mi suegro, luego bajó la cabeza y jugó con la punta de las trenzas —un hábito muy frecuente entre las chicas con trenzas, y que han aprendido de las películas—. Mi suegro le preguntó: «¿Cómo has sabido que era licor?». Con una voz casi imperceptible dijo: «Lo he oído...». «¿Por qué tienes tan buen olfato?», le preguntó mi suegro. La chica se ruborizó más todavía, parecía que su cara iba a explotar. «¿Y bien? ¿Por qué?», le preguntó mi suegro. Con una voz todavía más baja dijo: «Mmm... llevo unos días con el olfato muy acentuado...». Mi suegro se dio un golpe en la frente como si de repente hubiese tenido una revelación y dijo: «Vale, ya lo entiendo. Te puedes sentar». ¿Qué había «entendido»? ¿Se lo imaginan? Yo no lo supe hasta mucho después, cuando me dijo que las chicas tienen el olfato muy agudo cuando tienen la regla, y mucha imaginación también. Es por eso por lo que tantos descubrimientos de la historia de la humanidad se relacionan con el ciclo menstrual femenino. «Ahora, el estudiante que ha dicho “orina”, por favor que se levante», dijo mi suegro con seriedad. De repente sentí que me pitaban los oídos y vi estrellas volar frente a mis ojos, como si me hubiesen dado una paliza. No era consciente de que ese vejstorio tenía tan buen oído. «¡Levántate, no seas tímido!», dijo. Yo estaba muy avergonzado porque toda la clase tenía la atención puesta en mí, incluida la chica de las trenzas que tenía la regla. Se llamaba Jin Manli, el típico nombre de una agente secreto. Les contaré lo que pasó entre nosotros en otro relato. Más tarde esta chica también se convirtió en uno de los estudiantes de doctorado de mi suegro. Maldita sea, esta boca asquerosa que apesta a caca de perro me ha vuelto a meter en problemas. Li Yidou, Li Yidou, ¿qué te dijeron tus padres antes de irte de casa? ¿No te dijeron que hablaras menos y escucharas más? Mira que eres bocazas, ni aunque te pegaras la boca con pegamento se quedaría cerrada. Es como un pájaro carpintero que muere atascado en un árbol por culpa de su pico. Me puse de pie totalmente avergonzado, no me atrevía a levantar la cabeza. «¿Cómo te llamas?». «Li Yidou». «No me sorprende que tengas tanta imaginación. Eres la reencarnación del dios del licor». La clase rompió a reír. Él pidió silencio a los estudiantes con un gesto con la mano, le dio un sorbo al licor, se relamió los labios y dijo: «Siéntate, Li Yidou. Si te soy sincero, me caes muy bien. Eres diferente de los demás».

Me senté en mi silla totalmente confundido mientras observaba cómo mi suegro tapaba la petaca, la agitaba con fuerza y la ponía a la luz para ver las burbujas. Dijo con una voz cantarina: «Queridos estudiantes, esta solución sagrada es un líquido indispensable para la vida humana. En estos momentos, en una época de reformas y de liberalización, las funciones del alcohol aumentan cada día. No es exagerar decir que sin alcohol la revitalización de la Tierra del vino y los licores nunca hubiese ocurrido. El licor es puro sol, aire, sangre. El licor es música, un cuadro, ballet, poesía. Un destilador de licor es un maestro de muchas artes. Espero que de entre vosotros salga un maestro de la destilación y se haga famoso en nuestro país y gane una medalla de oro en la Feria Mundial de Barcelona. Hace un tiempo oí que alguien se metía con nuestra profesión y decía que no tenía futuro. Alumnos, os puedo decir que algún día, aunque acaben con la Tierra, la esencia molecular del licor seguirá volando alrededor del universo».

En mitad de acalorados aplausos mi suegro levantó la petaca bien alto con una expresión solemne, casi divina, en la cara, como la expresión de un héroe que solemos ver en las películas. Yo me sentía muy avergonzado por haber blasfemado sobre un líquido tan importante y haberlo llamado orina, aunque en realidad antes o después se iba a convertir en eso.

«El origen de este líquido celestial sigue siendo un enigma hoy en día —dijo mi suegro—. El río Amarillo y el río Yangtsé se han formado de la convergencia de varios de miles de litros de licores durante décadas, pero no podemos saber su origen primigenio. Sólo podemos especular. Los astrónomos chinos han descubierto una gran cantidad de moléculas de alcohol en el espacio sideral. Hace poco una astronauta americana detectó un olor fuerte a alcohol dentro de su nave espacial, lo que le provocó una sensación de euforia, como si estuviera ligeramente borracha. Ahora os pregunto: ¿De dónde salieron esas moléculas de alcohol? ¿De dónde ha salido ese olor que detectó la astronauta? ¿De otro planeta? ¿A lo mejor eran restos disipados de la Tierra del vino y los licores? ¡Alumnos, extended las alas de vuestra imaginación!».

Mi suegro siguió hablando: «Nuestros antepasados le atribuían el origen del alcohol a las deidades, e inventaron historias muy bonitas y conmovedoras. Por favor echad un vistazo a las notas. Los antiguos egipcios creían que fue Osiris, el guardián de la muerte, quien descubrió el alcohol. Ofrecían licor a los antepasados para que sus almas se alejaran del sufrimiento y les diera alas con las que volar al Paraíso. Incluso los que estamos vivos sentimos que volamos cuando estamos borrachos. Por tanto, la esencia del licor es el espíritu de volar. Los antiguos mesopotámicos laurearon a Noah en el arte de la destilación. Decían que no sólo creó a la raza humana de nuevo, sino que les dio a los humanos el maravilloso regalo del licor para olvidarse de las catástrofes. Los mesopotámicos hasta identificaron el lugar en el que Noah hacía su licor: Erivan.

Los antiguos griegos tenían su propio dios del vino entre todos los dioses y diosas del Olimpo. Se llamaba Dionisio y era un experto en vino. Representaba el desenfreno, la liberación de todas las cadenas, la liberación del alma.

Las religiones que creen en el espiritualismo tienen diferentes explicaciones para el origen del vino y los licores. El budismo y el Islam muestran gran aversión al alcohol, afirman que es la fuente de toda la perversión y maldad. Por otro lado el cristianismo considera que el vino es la sangre de Cristo, la encarnación material de su esfuerzo para la salvación del mundo. Los cristianos creen que si beben vino les va a ayudar a conectar con Dios, a comunicarse con Él. Es un hecho que la doctrina cristiana trata el vino como si fuera algo espiritual aunque todos sabemos que el vino es una sustancia material. Pero dejadme que os recuerde que cualquier persona que trate el vino sólo como un objeto material nunca se convertirá en un verdadero artista. El vino es algo espiritual, una creencia cuyo rastro pervive todavía en muchas lenguas. Por ejemplo, en la lengua inglesa al alcohol con alta graduación se le llama “*spirits*”, mientras que en francés en las etiquetas de las bebidas con alto contenido de alcohol pone “*spiritueux*”. Estos términos comparten la misma raíz lingüística de “espiritual”.

Pero nosotros somos materialistas, después de todo. Enfatizamos el hecho de que el vino es espiritual simplemente porque queremos que nuestras mentes abran las alas y vuelen alto. Cuando están cansadas de volar, cuando vuelven a la tierra, tienen que seguir buscando los orígenes del vino y los licores entre una montaña de documentos antiguos. Esto es un trabajo enormemente arduo y satisfactorio al mismo tiempo. Una bebida alcohólica llamada “Soma” y otra llamada “Baoma”, las dos se usan en ritos de sacrificio y aparecen mencionadas en el texto religioso más antiguo de la India y colección literaria, el *Veda*. El viejo testamento hebreo suele mencionar “vino amargo” y “vino dulce”. En los oráculos de hueso^[15] más antiguos dice: “Este licor/para Dajia/para Ding” que era una ofrenda de licor a los muertos Dajia y Ding. Hay otra palabra en otro oráculo de hueso “chang” que Ban Gu^[16], de la dinastía Han, en su *Comentario del Tigre blanco*, lo descifró de esta manera: “Chang es una bebida hecha de la fragancia de todas las plantas. Chang significa buen licor, es sinónimo de desenfrenado, satisfactorio, divertido, imparable, ilimitado: como por ejemplo un ataque de desenfreno, un buen humor desenfrenado, una conversación desenfrenada, un viaje desenfrenado, imaginación desenfrenada, bebida desenfrenada”. El vino y el licor son la encarnación de este reino libre. Hasta el momento la prueba más temprana sobre la existencia del licor que se ha hallado fuera de China es un corcho que se ha encontrado en la excavación de una tumba prehistórica egipcia. En ella encontramos el sello de la Destilería de Ramsés III (1198-1166 a. C.).

Dejadme que os dé más ejemplos de antiguos documentos escritos sobre el vino o el licor. Por ejemplo “li” en chino significa una especie de licor dulce; “bojah” en hindú antiguo es un licor hecho de extracto de cereales. En una lengua de una tribu etíope el licor hecho de cebada se llama “bosa”. “Cer visia” en gaélico antiguo, “pior” en viejo germánico, “eolo” en viejo escandinavo y “bere” en viejo anglosajón; todos estos son términos que significan cerveza en diferentes lenguas antiguas. Los nómadas de la estepa de Mongolia llamaban a la leche fermentada de yegua “koumiss” y los mesopotámicos la llamaban “masoun”. Los griegos llamaban al aguamiel “melikaton” los romanos lo llamaban “aqua musla” y los celtas “chouchen”. Los escandinavos solían dar aguamiel como regalo de boda, que es el origen de “luna de miel”, un término que todavía está en uso a nivel mundial. Documentos escritos como estos se pueden encontrar por todas partes en las civilizaciones antiguas, y es imposible hacer una lista de todos ellos».

Puede que les haya aburrido completamente que haya citado este pasaje tan largo de las notas de mi suegro. Lo siento. A mí también me ha aburrido muchísimo, pero no tenía otra salida. Por favor, aguanten un poco más, se acabará enseguida, sólo otro minuto más.

«Lamentablemente sólo podemos retroceder alrededor del siglo X a. C. para establecer los orígenes del vino y los licores a través de los documentos escritos. Es perfectamente legítimo especular acerca de que los orígenes del licor son anteriores a los restos escritos, ya que muchos hallazgos arqueológicos proporcionan muestras suficientes. La historia del vino y el licor supera los diez mil años, hay restos de excavaciones que incluyen vasijas de arcilla con forma de trípode^[17], de Longshan, en China, o las vasijas artesanales “zun” y “jia” de Da Wen Ku y los ritos al vino encontrados en las cuevas de Altamira en España».

«Alumnos —dijo mi suegro— el vino es un compuesto orgánico, producido de manera natural como una de las creaciones ingeniosas de la Naturaleza. Está hecho de azúcar, que las enzimas transforma a continuación en alcohol, y otros cuantos ingredientes. Si el viento, el agua, los pájaros o los animales llevan un montón de uvas a un lugar subterráneo lo bastante húmedo y con la temperatura correcta, se pueden activar las enzimas de la piel de la uva y convertir el zumo de uva en un vino delicioso y dulce. En China un viejo dicho dice “Los monos hacen licor”. El antiguo texto *Conversaciones vespertinas en Penglong* dice: “Hay muchos monos en el Monte Huang. En primavera y verano cogen flores y frutos y los colocan en la tierra entre piedras, donde fermentan en alcohol y desprenden un aroma que se puede detectar a cien metros”. En una “Nota ocasional desde la parte occidental de Guang” de las *Anotaciones misceláneas* pone: “Abundan los monos en las montañas de las prefecturas de la parte occidental de Guang, como por ejemplo la de Pingle. Son muy habilidosos cogiendo flores para hacer licor. Cuando los leñadores entran en las montañas, los que encuentran sus madrigueras pueden recuperar algún litro de alcohol. Es aromático y delicioso y se le ha puesto el nombre de ‘Licor de mono’”. Por lo tanto si los monos sabían cómo coger frutas y ponerlas en un lugar no muy profundo para destilar alcohol ¿no es más que probable que nuestros antepasados supieran hacerlo también? Otros países tienen leyendas e historias similares a esta. Por ejemplo, los destiladores franceses suelen creer que los pájaros acumulan frutos en sus nidos y que siempre ocurre un incidente imprevisible y milagroso que evita que se los coman. Con el paso del tiempo los nidos de los pájaros se convierten en contenedores para hacer alcohol. Los seres humanos han debido inspirarse en los pájaros y animales para buscar los secretos de hacer alcohol. La aparición natural del licor y la aparición de plantas con alto contenido en azúcar debieron de ocurrir a la vez. Podemos concluir diciendo que antes de la existencia del ser humano la Tierra ya estaba impregnada del aroma del vino y los licores.

Por lo tanto, ¿cuándo empezaron los humanos a destilar alcohol? La respuesta a esta pregunta yace en el descubrimiento humano de la existencia del alcohol en la Naturaleza. Algunos de los humanos más valientes, o aquellos que se morían de sed bebían el licor que se acumulaba entre las rocas o en los nidos de pájaro. Después de probar el maravilloso elixir y experimentar el gran placer de la bebida buscaron más agujeros entre las rocas y más nidos de pájaro. La motivación de hacer alcohol surgió de forma natural después de que se bebieran todo el alcohol que pudieron encontrar; imitaron a los monos y tiraron frutos a los agujeros y a los nidos de los pájaros. Pero no siempre tuvieron éxito; a veces el fruto se secaba y otras veces simplemente se pudría. Muchas veces los seres humanos abandonaron el intento de aprender de los monos, pero el atractivo aplastante de ese elixir les hacía armarse de paciencia y empezar otra vez de nuevo con los experimentos. Al final los experimentos surtieron efecto y crearon un licor afrutado con la ayuda de la naturaleza. Eufóricos bailaron desnudos junto a las hogueras de sus cabañas. Este proceso de aprender a hacer alcohol ocurrió de manera simultánea con el perfeccionamiento de los sistemas de plantaciones de cultivos y la domesticación de los animales. Cuando los cereales reemplazaron a la carne y al pescado como el alimento básico de la gente, empezaron a experimentar con la fermentación de los cereales. El motivo de estos experimentos puede haber sido algo accidental o puede que haya sido una revelación de Dios. Pero cuando el alcohol se formó con el vapor de la primera gota en una vasija de barro cocido la historia de la humanidad pasó una página nueva y magnífica. Era el inicio de la gloriosa era de la civilización. Aquí termina la clase», anunció mi suegro.

Ahora que la clase había finalizado mi suegro se bebió de un trago lo que le quedaba de licor en la petaca y se relamió los labios varias veces. Entonces se la metió en el bolsillo, se apretó el maletín debajo del brazo y después de lanzarme una mirada cómplice, llena de significado, salió del aula con la cabeza bien alta y el pecho hacia fuera.

Cuatro años después me licencié, presenté la tesina con la esperanza de que mi futuro suegro me dirigiera la tesis. El título de la tesina fue «Las novelas del realismo mágico de Latinoamérica y la destilación del alcohol». Recibí muchos elogios por parte de mi suegro y pasé la defensa oral sin problemas. Incluso la mandaron al *Periódico de la Universidad de Destilación*, donde publicaron una reseña de mi tesina en primera página. Mi suegro aceptó que fuera su alumno de doctorado y aceptó mi campo de investigación: «Cómo se manifiestan las emociones de un destilador en la física y química del proceso de destilación y cómo afectan al resultado final del licor». Mi suegro creía que mi tema, que era un nuevo punto de vista, era muy interesante. Me sugirió que pasara el primer año en la biblioteca, leyendo todos los libros relevantes y recopilando material suficiente antes de sentarme a escribir.

Seguí los consejos de mi suegro y me entregué en cuerpo y alma a mis estudios en la Biblioteca Municipal de la Tierra del vino y los licores. Un día encontré un curioso libro titulado *Sucesos extraños en la Tierra del vino y los licores*, que incluía un artículo que me interesó particularmente. Se lo recomendé a mi suegro. ¿Cómo iba a saber que le marcaría tanto que se acabaría marchando al Monte del mono blanco a vivir con los monos? Les copio la historia entera para ustedes; léanla si les apetece y si no, omítanla.

«En la Tierra del vino y los licores vivía un anciano apellidado Sun, al que le encantaba el alcohol. Había nacido con la bendición de poder beber todo lo que quisiera, así que se tomaba varias cervezas de un trago. Una vez llegó a tener diez acres de tierra fértil y varias casas con docenas de habitaciones, pero todos los beneficios iban destinados a pagar sus gastos en la bebida. Su mujer, apellidada Liu, se llevó a los niños y se volvió a casar. El anciano vagó por las calles con la cara sucia, el pelo hirsuto y la ropa andrajosa, como un mendigo. Cuando veía a alguien comprar alcohol le suplicaba un poco de rodillas y se daba golpes en la cabeza hasta que le sangraba la frente. Era una imagen lamentable. De repente un día un hombre de pelo blanco pero con la cara joven se materializó enfrente de él y dijo:

“A cien li en dirección sureste de aquí hay una montaña arbolada llamada el Monte del mono blanco, donde los monos han llenado los estanques con licor. ¿Por qué no vas allí y te los bebes? ¿No es mejor eso que estar aquí pidiendo limosna?”. Al oír esas palabras Sun hizo una reverencia agradecido y sin decir nada se marchó como un remolino fugaz. Tres días después llegó a los pies de la montaña y cuando miró hacia arriba vio una densa capa de árboles, pero no había ningún camino. Así que subió agarrándose a las ramas y plantas trepadoras. Poco a poco entró en la maleza donde miles de árboles ancestrales alcanzaban el cielo y bloqueaban el sol. El suelo del bosque era una maraña de ramas y leños y el piar de los pájaros iba y venía en oleadas. Un animal gigante apareció delante de él. Era del tamaño de un buey, tenía los ojos salvajes y emitía unos rugidos tan fuertes que los árboles y las plantas se mecían. Sun estaba muerto de miedo y trató de huir, pero con las prisas cayó en un barranco muy hondo. Se quedó colgando boca abajo de un árbol y pensó que iba a morir.

Entonces el aroma del vino impregnó su nariz, lo que le dio fuerzas. Consiguió bajarse del árbol y siguió el rastro del aroma hasta que llegó a un lugar lleno de arbustos, en el que unas flores extrañas y unos frutos colgaban de las ramas. Un pequeño mono blanco estaba cogiendo un racimo de una fruta que era de color morado y ámbar. Cuando el animal se fue el anciano le siguió al claro del bosque. Vio una roca gigante de varios metros de anchura con un hueco en el medio, de al menos un metro de profundidad. El monito lanzó la fruta al hueco y se oyó un crujido, como si se rompiera una teja. El olor del vino subió hacia la superficie. Sun se acercó para echar un vistazo y vio que el hueco estaba lleno de vino añejo. Un grupo de monos se acercó cargando con unas hojas enormes con forma de abanico, las doblaban y las sumergían para beberse el vino. Al poco tiempo todos estaban achispados y contentos: se tambaleaban, enseñaban los dientes y se lanzaban miradas coquetas. Cuando el anciano se acercó a ellos los monos se apartaron unos cuantos metros y empezaron a gritar enfadados. Pero él no les prestó atención. Aceleró el paso, metió el cuello en el hueco y empezó a beber vino como una ballena. No se levantó durante un buen tiempo y cuando lo hizo sus intestinos estaban limpios, su boca estaba llena de un sabor maravilloso y se sentía como un ser inmortal y etéreo. Entonces empezó a imitar el comportamiento de los monos, siempre borrachos: saltaba arriba y abajo, gritaba y chillaba. Los monos enseguida siguieron su ejemplo y se llevaron muy bien. Desde ese día se quedó viviendo en ese lugar, cerca de la roca. Dormía cuando estaba cansado, bebía nada más levantarse y a veces jugaba con los monos. Se divertía tanto que no quería irse de la montaña. Toda la gente de su pueblo pensó que estaba muerto. Contaban tantas historias sobre él que hasta los niños le conocían. Décadas más tarde un leñador subió al monte y se encontró con Sun, al que confundió con una deidad de la montaña dado que tenía el pelo blanco, la tez joven, un cuerpo sano y rebosante de felicidad. “¿Te llamas Sanxian?”. El leñador contestó: “Sí”. Sun dijo: “Soy tu padre”. Cuando era un niño el leñador oyó que su padre fue un borracho al que engañaron para que se fuera a vivir a la montaña, donde murió. Estaba sorprendido y desconcertado por encontrarse a su padre ese día. El anciano le contó sus aventuras y recordó anécdotas familiares. Al final el leñador creyó la historia y le preguntó al anciano que si quería volver al pueblo, así podría cuidar de él. Pero el anciano se rio y dijo: “¿Hay un estanque de licor del que pueda beber siempre que quiera?”. Le dijo a su hijo que esperara un momento mientras él se alejaba entre los árboles, agarrándose de rama en rama como un mono muy ágil. Al cabo de un rato volvió con una caña de bambú que tenía en el borde unas flores moradas a modo de tapón. Se lo dio a su hijo y comentó: “Hay licor de mono dentro de la caña de bambú. Puede mejorar tu salud y mantenerte con un aspecto joven”. El leñador se llevó el bambú a casa, donde le quitó la tapa casera y vació el contenido en un cuenco. Era de un color azul profundo, como el índigo, con un aroma fuerte y tan especial que no se encontraba entre los humanos. En un acto muy cercano y filial el leñador llenó una botella con el líquido y se lo dio a su suegro, que a su vez se lo dio a su señor, un noble llamado Liu. El señor Liu vio el licor y se sorprendió totalmente. Preguntó el origen de la bebida. El siervo le contó al señor Liu lo que le había dicho su yerno. El señor Liu se lo comunicó al gobernador provincial, que mandó a docenas de personas a peinar la montaña. Después de unos meses sólo encontraron árboles y maleza de plantas espinosas y volvieron sin ningún descubrimiento».

Cuando terminé de leer la historia sentí como si hubiera topado con un extraño tesoro, así que enseguida hice una copia y se la llevé a casa a mi suegro para enseñársela. Fue una tarde de hace tres años. Cuando llegué, mi suegro y mi suegra estaban discutiendo mientras cenaban. Una tormenta caía furiosa en el exterior, con truenos y relámpagos. Unos rayos

azules golpeaban como látigos las ventanas y hacían vibrar el cristal. Me sacudí el agua del pelo. Me escocía la nariz y me picaban los ojos por la lluvia y el granizo. Mi suegra me miró y me dijo enfadada.

—Una hija casada es como agua embravecida. Tenéis que solucionar vuestros problemas. Esto no es un juzgado civil.

Sabía que se había hecho una idea equivocada, pero antes de poder explicarle que no había discutido con su hija estornudé de repente. En mitad de mi espasmo nasal oí que mi suegra gruñía.

—¿Eres uno de esos hombres que trata el alcohol como si fuera su mujer? Eres...

En ese momento no entendí lo que quería decir, pero por supuesto ahora lo entiendo. En aquel instante sólo vi a una mujer gruñona cuya cara se iba poniendo entre roja y morada, y su corazón parecía lleno de odio. Era como si estuviera hablando conmigo, pero sus ojos —fijos, quietos y fríos como una serpiente— estaban puestos en mi suegro. Nunca antes había visto una mirada como esa, e incluso ahora, el recuerdo me acelera el pulso y me recorre un escalofrío.

Mi suegro estaba sentado a la mesa a la hora de la cena y mantenía la pose de un profesor de universidad. Bajo la cálida luz de la lámpara su pelo cano parecía estar hecho de hilos de seda, pero con el destello de cada rayo en la ventana se transformaba en hebras de fideos de judía de soja de color verde. Ignoró a mi suegra y siguió bebiendo. Era una botella de cava italiano «La Viuda», un líquido dorado como los senos cálidos y suaves de una chica occidental, con diminutas burbujas que chisporroteaban como susurros. El aroma afrutado del cava era refinado, agradable y refrescante; cuanto más olías el aroma más penetraba en ti. Era magnífico, más allá de lo imaginable. Mirar este cava era mejor que observar a una chica occidental desnuda; oler este tipo de cava era mejor que besar a una chica occidental; beber este tipo de cava...

Acarició con cariño la botella suave y verde como el jade con una mano y con la otra se sirvió un vaso. Sus delgados dedos jugaban con el vaso y la botella con ternura y erotismo. Levantó el vaso a la altura de los ojos para dejar que la luz de la lámpara brillara en el líquido suavemente teñido, y mientras lo admiraba una pizca de impaciencia y ansiedad se mostró en sus ojos. Puso el vaso bajo su nariz para olerlo, aguantó la respiración y abrió la boca. Entonces le dio un sorbo diminuto, apenas humedeció la punta de su lengua y sus labios y sus ojos lanzaron chispas de excitación. Se volcó el contenido del vaso en la boca y mantuvo el líquido dentro sin tragárselo durante unos segundos. Como tenía las mejillas hinchadas su cara parecía más redonda de lo normal y su barbilla más puntiaguda. Me sorprendió que no tuviera barba, ni un solo pelo. Esa no era la barbilla de un verdadero hombre. Se enjuagó la boca con el líquido, lo que le divirtió bastante. Le salieron unas manchas rojas en la cara, como si le hubieran puesto colorete y no se lo hubieran extendido bien. El modo en que agitaba el alcohol en la boca me ponía de los nervios. Otro rayo volvió la habitación de color verde. En mitad de esa descarga se tragó el cava y sintió cómo el líquido le bajaba por la garganta. Entonces se relamió los labios; tenía los ojos humedecidos, como si estuviera

llorando. Le había visto beber en clase antes y apenas se inmutaba. Pero en casa parecía emocionarse, y eso era algo bastante inusual. La imagen de mi suegro acariciando el vaso y admirando el líquido de alguna manera me traía a la mente la imagen de un hombre gay. En realidad nunca había visto a un gay antes pero pensaba que lo que debía hacer un gay cuando estaba a solas debía parecerse al modo en que mi suegro trataba a su botella, a su vaso y a su vino o licores.

—¡Asqueroso! —Mi suegra tiró los palillos al suelo y empezó a soltar tacos, luego se levantó, se fue a su habitación y cerró la puerta de un portazo. Yo estaba avergonzado. En ese momento no tenía ni idea de qué era tan asqueroso, pero ahora lo sé.

Una vez que le habían estropeado su diversión mi suegro se levantó apoyándose en los bordes de la mesa. Miró fijamente la puerta verde de la habitación, absorto en sus pensamientos, y no dio ni siquiera un paso. Pero la expresión de su cara iba cambiando, de la desilusión pasó a la agonía y finalmente a la ira. A la mirada de desilusión le acompañó un largo suspiro; volvió a ponerle el tapón a la botella y se sentó en el sofá que estaba al lado de la pared; parecía un hombre débil. De repente sentí lástima por él y me entraron ganas de consolarle, pero no sabía qué decirle. Entonces me acordé de la historia extraña que tenía en mi maletín, lo que me recordó el motivo de mi visita. Saqué la historia y se la di. No tenía la costumbre de llamarle «Papá» ya que siempre me dirigía a él como «Profesor». Aunque eso era algo que le molestaba a mi mujer, afortunadamente a él no le importaba. Dijo que era más fácil y más natural si le llamaba «Profesor» y que era hipócrita que un yerno llamara a su suegro «Papá». Le serví una taza de té, pero el agua estaba tibia y las hojas flotaban en la superficie. Sabía que no tenía ninguna gana de beberse una taza de té por lo que en realidad daba lo mismo que el agua estuviera caliente o no. Le dio una palmadita a los papeles como muestra de agradecimiento y luego me preguntó desganado:

—¿Os habéis vuelto a pelear? ¡Bueno, seguid así, peleándoos!

Por su breve comentario pude percibir la impotencia que sentía por el fracaso de los dos matrimonios durante las dos generaciones de su familia. Un halo de tristeza invadió el pequeño salón. Le di la copia de la historia y le dije:

—Profesor, he encontrado esto en la biblioteca hoy. Es muy interesante. Por favor échale un vistazo.

Podía notar que no tenía ningún interés en el artículo ni en su yerno, que estaba de pie a su lado en el salón. Seguramente quería que me fuera, así podría ser libre para desplomarse en el sofá y dejarse llevar por el regusto aromático del cava italiano «La Viuda». Fue tan sólo por una cuestión de educación por lo que no me echó y también fue cuestión de educación que alargase la mano con languidez, como un hombre sexualmente sumiso, y cogiera los papeles.

—Profesor —dije con entusiasmo—. Es un artículo sobre monos que hacen bebidas alcohólicas. Y no unos monos cualquiera sino los del Monte del mono blanco en la Tierra del vino y los licores.

Levantó los papeles un poco reacio y vagamente les echó un vistazo; sus ojos eran como viejas cigarras que se retuercen en una rama de sauce. Al reaccionar de esta manera me sentí muy desilusionado, ya que me di cuenta de que no reconocía para nada al hombre que tenía delante de mí. Pero en el fondo sí que le conocía y sabía que este artículo levantaría su interés y le animaría. Quería hacerle feliz, no por mí sino porque sabía que en lo más profundo de la mente de este hombre se escondía un animalito inocente que no era ni un perro ni un gato, uno con el pelaje suave y brillante, con el morro corto, las orejas grandes, una nariz roja brillante y unas patas achaparradas. Este animalito me llamaba la atención y despertaba mi interés, era como si fuera mi hermano gemelo. Por supuesto que estos sentimientos eran absurdos, infundados e incomprensibles. Tal y como me había imaginado sus ojos se iluminaron, su cuerpo lánguido se estiró y la alegría y excitación se mostraron a través de sus orejas rojas y sus dedos temblorosos. Creí haber visto a ese animalito salir de su cuerpo, dar saltos y planear por el aire a dos metros por encima de su cabeza, por una pista aérea que parecía hecha de seda. Me sentí completamente feliz, encantado y frenético. Estaba completamente eufórico.

Mi suegro volvió a mirar a las hojas de papel, luego cerró los ojos y con los dedos dio golpecitos al papel en series de diminutos *clics*. Abrió los ojos y dijo:

—¡Voy a hacerlo!

—¿Hacer el qué?

—Después de todos estos años a mi lado ¿me lo preguntas?

—A tu estudiante le falta talento y conocimiento. No entiende la profundidad de tus palabras.

—¡Clichés, todo son clichés! —dijo con tristeza—. Me voy al Monte del mono blanco a buscar el «Licor del mono».

Mientras la emoción, el nerviosismo y la alteración se encendían en mi subconsciente sentí que un suceso más que esperado iba a ocurrir. Unas corrientes de agua iban a sepultar su vida, tan calma como el agua estancada. Una historia fascinante, hecha simplemente para contar como anécdota en una fiesta, pronto se haría famosa en la Tierra del vino y los licores y sumergiría a toda la provincia, a la Universidad de Destilación y a mí en una atmósfera idílica compuesta por la integración de la literatura de élite y la literatura popular. Y todo esto será el resultado de mi descubrimiento accidental en la Biblioteca Municipal. Mi suegro pronto se irá al Monte del mono blanco en busca del «Licor del mono», seguido de una muchedumbre de curiosos. Pero todo lo que dije fue:

—Profesor, sabes que las historias como estas suelen ser mentiras escritas por literatos incompetentes. Deberíamos considerarlas fantasías y no tomárnoslas demasiado en serio.

En este momento ya se había levantado del sofá y se había preparado, como un

soldado listo para la batalla. Dijo:

—Mi mente ya se ha decidido, por lo que no digas nada más.

—Profesor, es una decisión muy importante, ¿no deberías hablarlo por lo menos con mi suegra?

Me lanzó una mirada gélida y dijo:

—Ella ya no tiene nada que ver conmigo.

Se quitó el reloj y las gafas, caminó hacia la puerta principal, la abrió con determinación y la cerró de un portazo al salir. La fina capa de madera nos mandó a dos diferentes mundos. Los sonidos del viento, la lluvia, los truenos y el aire frío y húmedo que entró a la casa cuando abrió la puerta, desaparecieron en el mismo momento en el que la cerró de golpe. Estupefacto, me quedé ahí de pie escuchando el eco de los sonidos, cada vez más tenues de sus pies, sobre unos peldaños de cemento. El sonido se hizo cada vez más débil hasta que desapareció por completo. Su salida dejó un gran vacío en el salón. Yo seguía ahí de pie, con mi mismo peso y estatura, pero de repente sentí que de alguna manera había dejado de existir y que era menos importante que un pilar de cemento. Todo había sucedido tan deprisa que parecía una ilusión; pero no era una ilusión. Ahí estaban su reloj y sus gafas, encima de la mesa. Las dos hojas de papel que le había dado seguían tiradas en el sofá, tal y donde las había lanzado, y la botella y el vaso que había estado acariciando seguían de pie en la mesa del comedor. La luz fluorescente siseaba, el reloj pasado de moda colgaba de la pared y seguía marcando la hora, *tic, tac, tic, tac*. Aunque había una puerta entre nosotros podía oír a mi suegra respirar. Me imaginé que debía de estar echada en la cama, con la cabeza acurrucada en el brazo, como una campesina que come gachas calientes a escondidas.

Después de ese pensamiento decidí contarle todo lo que había pasado a mi suegra. Primero analicé la puerta, luego llamé. Entre los golpes oí unos crujidos que enseguida se volvieron unos sollozos muy fuertes, intercalados con los sonidos que hacía mi suegra al sonarse la nariz. ¿Con qué, pensé, se estaría limpiando los mocos? Este pensamiento tan insignificante me rebotaba por la mente, como una mosca molesta que no puedes espantar. Se me pasó por la cabeza que debía saber qué había pasado ahí fuera, pero aun así le dije:

—... Se ha ido... dijo que se iba al Monte del mono blanco en busca del «Licor del mono»...

Se volvió a sonar la nariz; ¿con qué se limpiará los mocos? Los sollozos fueron reemplazados por otros sonidos. Me imaginé a mi suegra levantándose de la cama y mirando fijamente a la puerta o a la pared, donde estaba colgada su foto de boda, a la que yo le tenía tanta admiración. El marco de la foto era de madera negra muy vistoso y parecía el retrato de un antepasado que se había transmitido de generación en generación. Su suegro estaba congelado dentro del marco y en aquel entonces era un hombre atractivo, cuyos labios se fruncían en las comisuras y revelaban a un hombre gracioso, con personalidad y muy agradable. Tenía el pelo con la raya en el medio, una línea blanca que parecía la cicatriz que

deja un cuchillo afilado, y que le partía la cabeza en dos. Su cuello invadía el espacio encima de la cabeza de mi suegra. La barbilla puntiaguda de mi suegro no estaba a más de tres centímetros del cabello lacio, brillante y muy bien peinado de mi suegra, y de esta manera simbolizaba tanto la autoridad como el amor de un marido. Bajo la opresión de la autoridad indispensable y el amor de su marido destacaba su cara redonda, las cejas pobladas, una naricita ridícula y una boca firme y carnosa. En ese momento mi suegra parecía como si fuera un joven vestido con ropa de mujer. Su cara dejaba ver las dificultades y penurias características del linaje de su familia de recolectores de nidos —tendían a jugarse la vida en los acantilados— y contrastaba mucho con su estado actual, tan sensual y coqueto, de gran parecido a la concubina imperial Yang Guifei^[18]. ¿Cómo era posible que se hubiera vuelto así? ¿Y cómo era posible que hubieran tenido una hija tan fea y que podía ser la deshonra de toda la nación china? La madre estaba hecha de marfil y la hija de barro. Sabía que antes o después encontraría la respuesta a esta pregunta. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que limpiaron la foto que una sucesión de arañas sigilosas había tejido sus delicadas telas sobre ella. Había mucho polvo acumulado. ¿En qué pensaría mi suegra cuando observaba esta reliquia? ¿Rememoraría los días felices? Aunque yo no sabía si alguna vez fueron felices. Mi teoría es que cualquier pareja que ha estado casada durante décadas se debe a que es gente muy tranquila y que está en completo control de sus emociones. Como mucho, la felicidad que experimenta este tipo de pareja es como el anochecer: lenta, ambigua, acre y pesada, una felicidad turbia, insípida como un sedimento en el fondo de una cuba de vino. Los que se divorcian a los tres días de la boda se parecen más a los sementales de crin rojiza; sus emociones arden como una pradera en llamas, bastan para iluminar el mundo que les rodea y para cocinarlo hasta que rezume grasa. Como sol hiriente del mediodía, una tormenta tropical, un licor fuerte, un pincel en una paleta de colores. Estos matrimonios son la riqueza espiritual de la raza humana, mientras que los primeros se convierten en fango, paralizan la habilidad humana para aprender y ralentizan el proceso del desarrollo histórico. Es por eso por lo que me estoy replanteando lo que debe de estar pensando mi suegra; en lugar de recordar los días felices de antaño es más probable que esté recordando el comportamiento inapropiado y desagradable de mi suegro, que la llevaba indignando durante décadas. Los hechos pronto probarán que mis especulaciones estaban en lo cierto.

Volví a llamar a la puerta otra vez.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —le pregunté—. ¿Traerle de vuelta o pasar la notificación a la Junta de la universidad?

Se hizo el silencio durante un minuto, un absoluto silencio; hasta ella dejó de respirar, lo que me puso muy nervioso. De repente soltó un llanto desgarrador y estridente, su voz era como una caña de bambú afilada, no se correspondía con su edad, su dignidad o su elegancia. Tal incompatibilidad creó una discrepancia tan poderosa que me aterró. Me preocupaba que llegara demasiado lejos, que se ahorcara desnuda de algún gancho de su habitación. ¿De qué gancho podía ser? ¿Del que estaba la foto colgada? ¿Del que sujetaba el calendario?, ¿el que sostenía los sombreros? Eran demasiado endebles y cortos. Dado que ninguno podía aguantar el peso de mi suegra, su cuerpo de piel blanca como la nieve, mis miedos fueron en vano. Pero su llanto fuerte me había provocado un escalofrío que me había recorrido la espina dorsal, y entonces pensé que la única manera de acallar su voz era seguir dando golpes a su puerta.

Lo que hice a continuación fue tratar de explicarle las cosas y consolarla. En ese momento era como una bola de pelo de camello enmarañado; era esencial consolarla con toques rítmicos y con un tono dulce y suave, como el licor de hierbas Wujia. ¿Qué es lo que dije exactamente? Imagino que fue algo parecido a: «Mi suegro ha llevado a cabo el sueño de toda su vida y se ha ido al Monte del mono blanco. Deseaba sacrificar su vida por los licores». Le dije que su ida no tenía nada que ver con ella. Le comenté que casi seguro encontraría su licor de mono, y de ese modo haría una gran contribución a la humanidad, enriqueciendo la espléndida cultura de los licores, pasando una nueva página en la historia de la destilación de la humanidad, trayendo la gloria a nuestra nación, dando a conocer al pueblo chino y generando ingresos para la Tierra del vino y los licores. También dije: «Nadie puede cazar a un tigre sin entrar en su guarida. ¿Cómo va a obtener licor del mono si no sube al Monte del mono blanco?». Además, le dije: «Estoy seguro de que mi suegro volverá algún día, encuentre o no el licor de mono, para pasar el resto de sus días contigo».

Mi suegra gritó:

—¿A quién le importa si vuelve? ¡No quiero que vuelva! ¡Me indignaría que volviera! Espero que muera en el Monte del mono blanco. ¡Espero que se convierta en un mono peludo!

Sus palabras me pusieron el pelo de punta. Hasta ese momento sólo había percibido, y ligeramente, que vivían en cierta desarmonía y que había cierta tirantez entre ellos. Nunca imaginé que su odio hacia su marido fuera mayor que el de un pobre campesino hacia su señor, más profundo que la enemistad entre un trabajador y un capitalista. El credo de «sólo el odio de clase es más alto que el monte Thai», que me habían repetido y machacado durante décadas, se desmoronaba. Si el odio de una persona hacia otra puede alcanzar estas proporciones eso es una forma incuestionable de belleza, una magnífica contribución a la humanidad. ¡Cuánto se parece a una amapola morada y venenosa que florece en el pantano de las emociones humanas! Si no la tocas o la comes es una representación de la belleza, capaz de irradiar una atracción que ninguna flor por amable o dulce que sea podrá irradiar jamás.

Entonces ella empezó a recapitular las fechorías de mi suegro; cada palabra, cada sonido estaba lleno de sangre y lágrimas. Ella dijo:

—¿Cómo se puede considerar un ser humano? ¿Cómo se puede considerar un hombre? Durante años ha tratado al vino y a los licores como a su mujer. Fue él quien empezó a comparar a una bella mujer con el vino añejo. La bebida le ha quitado el puesto al acto sexual. Le ha dedicado todo su apetito sexual al licor, a sus botellas, a sus vasos de vino... Doctor Li, yo en realidad no soy tu suegra. Nunca he dado a luz. ¿Cómo iba a hacerlo? Tu mujer era una niña abandonada que recogí de un cubo de basura.

La verdad había salido a la luz. Respiré profundo, como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

—Eres una persona inteligente, Doctor. La arena en los ojos no te impide encontrar el

camino. Has debido darte cuenta de que no podía ser mi hija biológica. Es por eso por lo que creo que podemos hacernos grandes amigos. Así te podría contar todo lo que siento, Doctor, soy una mujer, no un león de piedra del Palace Museum, ni la veleta en un tejado, y desde luego que no soy un gusano andrógino. Tengo deseos como mujer y me han negado cualquier... ¿Quién puede saber el dolor que siento?

—¿Entonces por qué no te has divorciado de él? —dije.

—Soy una persona débil. Tengo miedo a que me desprecie la gente... —dijo mi suegra.

—Eso es absurdo —añadí.

—Sí, lo es. Pero los días absurdos ya se han terminado. Doctor, ¿te puedo decir la verdad de por qué nunca me he divorciado de él? Porque destilaba un licor de hierbas especial para mí. Lo llamó «Ximen Qing^[19]» en honor al héroe libertino de las novelas clásicas. Beber este licor me despierta unas fantasías asombrosas, algunas son incluso mejores que el sexo.

Percibí una timidez muy dulce en su voz.

—Pero cuando tú apareciste de repente el poder del licor desapareció.

Ya no me apetecía llamar a la puerta más.

—Aquí está esta mujer que, como la pata de un oso empapada en especias, ha estado cocinándose a fuego lento durante décadas. Ahora finalmente ha madurado. Su fragancia es aplastante. No me digas que no puedes olerla Doctor...

La puerta se abrió. El aroma de una pata de oso estofada salió en oleadas. Me agarré fuerte al marco de la puerta, como un hombre que se está ahogando y se aferra al borde de un barco.



Cuando entró por la puerta y disparó al enano su cuerpo salió despedido hacia arriba, como si fuera a volar. Pero el impacto de la bala había acabado con su sistema nervioso y sus extremidades se retorcián de manera rítmica. Los espasmos hacían evidente una cosa: este enano no podía convocar los poderes mágicos que le había atribuido el Doctor en vinos y licores en su relato titulado: «Yichi el héroe», en donde se elevaba hacia el cielo y se quedaba pegado al techo como un lagarto. Esta vez fue lo contrario: después de elevarse unos centímetros en el aire, trató de apoyarse en las rodillas de la camionera pero se resbaló y se cayó al suelo, donde Ding Gou'er le vio forcejear para enderezarse. Estiró tanto los músculos de la pierna que parecía un cable a punto de romperse. Rezumaba materia cerebral y sangre por el boquete de su cabeza, que salpicó y ensució las baldosas brillantes de la habitación. Entonces empezó a tener espasmos en una pierna, como el movimiento de la cabeza de un gallo cuando se la están cortando con un cuchillo; había perdido el control de su cuerpo, se retorció de manera involuntaria y daba vueltas por el suelo, trazando suaves círculos. Después de una docena de giros las piernas dejaron de golpear el suelo y lo siguiente que pasó fue: los espasmos pararon pero empezó a temblar de manera uniforme. Si al principio tenía temblores por todo el cuerpo, lo que provocaba que vibrara de manera constante sobre el suelo, luego fue sólo en partes localizadas; sus músculos parecían hinchas haciendo la ola. Empezó por la punta de su pie izquierdo, subió por su pantorrilla izquierda, luego a su muslo izquierdo, luego a su cadera izquierda y luego a su hombro izquierdo, donde atravesó hasta su hombro derecho y bajó a su cadera derecha, luego a su muslo derecho, luego a su pantorrilla derecha y luego a la punta de su pie derecho, y ahí cambiaba de dirección y volvía al punto de inicio. Estos temblores continuaron durante bastante tiempo antes de cesar totalmente. Ding Gou'er oyó que el cuerpo del enano expulsaba sus gases antes de que se pusiera rígido y yaciera inmóvil en el suelo.

Estaba más que muerto y parecía un caimán correoso en un pantano. Ding no perdió de vista ni por un segundo a la camionera mientras observaba al enano agonizar. En el instante en el que Yu Yichi se resbaló de sus rodillas desnudas y sensuales y cayó al suelo, ella se desplomó hacia atrás en el colchón, que estaba cubierto de una sábana blanca como la nieve y de un revoltijo de almohadas de formas extrañas y varios cojines. Las almohadas estaban rellenas de plumas. Ding Gou'er se dio cuenta al ver unas plumas de ganso salir volando en el momento en el que la camionera se cayó hacia atrás y aplastó con la cabeza la almohada de los bordes rosas floreados. Tenía las piernas abiertas y colgaban por un lado de la cama. Estaba boca arriba y esa postura le removió a Ding Gou'er los posos del pasado. Recordó la pasión salvaje de la camionera y sintió unas punzadas de celos, e incluso cuando se mordió el labio inferior unos pensamientos traviesos y nostálgicos le consumieron y le rasgaron el corazón; se sentía dolido, como la presa de un cazador herida de muerte. Se le

escaparon unos gemidos entre los dientes fruto de la angustia. Entonces, enfadado, le dio una patada al cuerpo sin vida del enano y se lanzó sobre la cama, al lado de la camionera, con la pistola humeante todavía en la mano. Su cuerpo desmadejado volvió a despertarle unos sentimientos de amor y odio; deseaba que estuviera muerta, aunque rezó para que simplemente se hubiera desmayado de la impresión y del miedo. Le levantó la cabeza y vio un tenue destello de luz en sus dientes a través de sus labios ligeramente abiertos, suaves y resquebrajados. Por delante de los ojos del investigador pasaron las escenas que habían compartido esa mañana otoñal en la mina del Monte Luo; recordó sus labios fríos, duros, sin elasticidad y extraños, como borras de algodón usadas... vio que entre sus ojos había un agujero oscuro del tamaño de un brote de soja, alrededor del cual había trocitos de metal; supo que habían salido de la bala. Ding se echó hacia un lado y de nuevo volvió a sentir que un líquido amargo y asqueroso le subía por el estómago hacia la garganta. Cuando se colocó a los pies de la mujer un riachuelo de sangre salió de su boca, tiñendo la tripa plana de la camionera de un rojo brillante.

«¡La he matado!», pensó, muerto del miedo.

Se fijó en la herida de bala. Alargó la mano, la tocó con el dedo índice y sintió que estaba caliente al tacto y que la piel de alrededor estaba levantada. Era un sentimiento familiar. Al rememorar este recuerdo le vino la sensación de cuando era un niño y se tocaba un diente nuevo con la punta de la lengua. Entonces se acordó de cuando regañaba a su hijo por hacer eso. Visualizó a su hijo, su cara redonda y ojos grandes, con aspecto desaliñado a pesar de lo nuevas o limpias que fueran sus prendas de ropa. Llevaba una mochila con libros a la espalda, un pañuelo rojo atado alrededor del cuello, una vara en una mano y se acercaba a él a la vez que jugueteaba con su diente de leche, ligeramente suelto. El investigador le dio una palmadita en la cabeza y a cambio su hijo le dio un golpe en la pierna con la vara de sauce. «¡Para ya! —le dijo el chico enfadado—. ¿Quién te ha dicho que puedes darme una palmadita en la cabeza? ¿No sabes que si haces eso puedes dejar tonta a una persona?». El niño ladeó la cabeza y le miró muy serio. Con una risa el investigador dijo: «¡Mira que eres bobo, una palmadita en la cabeza no te va a dejar tonto! Pero si te hurgas con la lengua en los dientes que te están saliendo, hará que crezcan torcidos...». Una nostalgia poderosa le corroía el cuerpo y le caían lágrimas por las mejillas. Con suavidad pronunció el nombre de su hijo, se dio un golpe en la frente y se dijo a sí mismo: «¡Maldito hijo de puta! Ding Gou'er, eres un hijo de puta. ¿Cómo has podido hacer algo así?».

La imagen del niño seguía en su mente; su hijo le seguía mirando, con indignación. De repente se dio la vuelta y se fue, sus piernas diminutas y regordetas cada vez aceleraban más el paso. Enseguida le tragó el tráfico.

Es difícil cargar con la culpa de un asesinato, pensó para sus adentros. Quiero ver a mi hijo una última vez antes de morir. Entonces sus pensamientos se trasladaron a su hogar en la capital de la provincia, que en este momento parecía estar al otro lado del mundo.

Cogió la pistola, a la que sólo le quedaba una bala, y salió corriendo por la puerta de la taberna Yichi; las dos enanas de la puerta le agarraron de la ropa al pasar, pero él se apartó y se lanzó a los coches de la carretera, jugándose la vida. Oyó los sonidos discordantes de los

frenos que chirriaban a su izquierda y a su derecha y un coche le dio un ligero golpe en la cadera, aunque eso sólo le hizo recobrar las fuerzas para por fin llegar a salvo al otro lado de la carretera. Oyó un coro de ruidos desde la puerta de la taberna Yichi; la gente gritaba desesperada. Avanzó por la acera tan rápido como pudo y sintió vagamente que era muy temprano y que la lluvia había lavado el cielo de la noche anterior y lo había dejado lleno de nubes manchadas de sangre. La fría lluvia de la pasada noche hizo que el suelo estuviera resbaladizo; un abrigo de gotas heladas de rocío embellecía las ramas que colgaban de los árboles. En cuestión de segundos se encontró con que estaba en una calle de baldosas que le resultaba familiar. Un vapor opaco emergía de la acequia de al lado de la carretera, en la que flotaban manjares como cabezas de cerdo asado, albóndigas fritas, caparazón de tortuga, gambas estofadas o codillo picante. Algunos ancianos vestidos con harapos cogían los manjares con redes y palos largos de la acequia. Tenían los labios grasientos y la cara encendida. Pensó que gracias a ellos se hacía evidente el valor nutritivo de la basura que rescataban. En cambio, a unos transeúntes que iban en bicicleta les pareció repugnante ver a estos ancianos y se distrajeron tanto que se acabaron cayendo en la acequia. Sus cuerpos por los aires y sus bicicletas en el agua destrozaron la calma de la mañana y levantaron un olor fuerte procedente de los deshechos de los cereales que no usaban los destiladores, y las reses muertas, lo que casi le provocó arcadas. Ding Gou'er corría pegado a la pared pero perdió el equilibrio y se cayó por la carretera pedregosa. De repente oyó unos gritos y pisadas fuertes detrás de él. Se puso de pie con dificultad, se dio la vuelta para mirar y vio a mucha gente saltando arriba y abajo y dando berridos, apuntándole con la manos pero temerosos de perseguirle. Ding Gou'er siguió su camino, ahora un poco más despacio para no tropezar, y el corazón le latía tan fuerte que le dolía el pecho. Al otro lado del muro estaba el Cementerio de los mártires sobre el que se vislumbraban las copas altas de los ginkgos biloba de hoja perenne que desprendían un aura de pureza y santidad.

¿Por qué estoy corriendo?, pensaba mientras corría. No puedes escapar de tus actos. Puedo correr pero no me puedo esconder. Y le seguían ardiendo las piernas. Se fijó en el ginkgo biloba más grande y en el viejo vendedor de *wantán* que estaba de pie bajo su copa, más recto que el propio árbol. Nubes de vapor se levantaban de las cestas de *wantán* y la bruma le empañaba la cara, como nubes que bloquean el rostro de la luna. Vagamente recordó al anciano ahí de pie, con la bala de cobre que le puso en la mano como pago del *wantán* que había consumido. Debería ir y recuperar la bala, pensó para sus adentros, a la vez que le subía por el estómago un sabor a *wantán* de cerdo y cebolleta; las cebolletas de principios de invierno son las mejores y las más caras. De repente se imaginó a sí mismo en el pasado: va de la mano de una mujer y compran alimentos en el mercadillo al aire libre de la capital de la provincia, donde los vendedores de las afueras se resguardan detrás de las cestas y varas para masticar bollos fríos rellenos de verduras que les dejan los dientes con trozos de cebolleta. El anciano abrió la mano y le enseñó la preciosa bala que yacía en su palma, tenía una mirada sumisa que se dejaba entrever entre el vaho que le difuminaba la cara. Mientras Ding Gou'er trataba de averiguar lo que quería el anciano, los ladridos de un perro acabaron con su concentración. El enorme canino de repente estaba delante de él, salió de la nada, como una aparición, sin avisar, aunque los ladridos parecían venir de muy lejos, de una pradera remota, sin apenas fuerza. Observó cómo la cabeza pesada del perro le saludaba de manera extraña. El animal abrió la boca pero no salió ningún sonido, lo que produjo un efecto misterioso y de ensueño. Bajo el sol rojo brillante de la mañana las sombras tenues del árbol se proyectaban en el animal y parecían una red sobre el cuerpo del perro. Se dio cuenta de que

la mirada del perro no era amenazadora; sus ladridos eran amistosos además de una señal de que tenía que seguir avanzando. Le murmuró algo al vendedor ambulante, pero una ráfaga de viento se llevó sus palabras. Así que cuando el anciano le preguntó que qué había dicho Ding tartamudeó: «Quiero encontrar a mi hijo».

Se alejó del perro y caminó hacia la parte trasera del ginko, donde vio al viejo conserje del Cementerio de los mártires, apoyado contra el árbol y acunando su pistola, con la boca apuntando a la copa del árbol. Los ojos del viejo encerraban la misma mirada que el perro (amistosa o como señal de seguir hacia delante). Profundamente conmovido se inclinó respetuosamente hacia el veterano y salió corriendo hacia un bloque de edificios poco atractivos y aparentemente desiertos. Un disparo sonó detrás de él. Se tiró al suelo de manera instintiva, luego rodó de costado para refugiarse detrás de las hojas de una rosaleda. Luego oyó otro disparo. Esta vez miró para atrás para ver de dónde venían y justo vislumbró que la copa del ginko se sacudía y unas cuantas hojas amarillas ondeaban hacia el suelo bajo los rayos rojizos del sol. El viejo conserje del cementerio seguía de pie contra el árbol, sin mover un músculo. Humo azul salía de los dos cañones de su pistola. Para entonces el enorme perro amarillo había caminado al otro lado del árbol y estaba agachado al lado del conserje, los rayos del sol se reflejaban en sus ojos, como pepitas de oro.

Antes de entrar al bloque de edificios Ding Gou'er cruzó un parque desolado en el que unos ancianos sacaban a sus pájaros enjaulados a la calle y unos niños estaban saltando a la comba. Se metió la pistola en el pantalón, actuó como si no le importara nada en el mundo, les pasó de largo y se dirigió a los edificios. Pero justo cuando estaba a punto de alcanzar su objetivo descubrió que había cometido un gran error, dado que estaba en medio de un mercadillo a primera hora de la mañana. Miles de vendedores estaban junto a productos de segunda mano, que incluían relojes usados, insignias, bustos de escayola de la Revolución Cultural y cosas como gramófonos manuales. Estaba lleno de vendedores pero ningún comprador. Los vendedores echaban el ojo con codicia a los transeúntes que no eran habituales en la zona. Tenía la sensación de que era una trampa, un anzuelo, y que los vendedores eran policías vestidos de paisano. Y cuanto más de cerca les observaba más le decía la experiencia que así era. En alerta se escondió detrás de un álamo para ver lo que pasaba. Vio a unos siete u ocho jóvenes, chicos y chicas, que salían de detrás de un edificio actuando como si estuvieran envueltos en alguna actividad ilícita. La chica que estaba en el medio, con un abrigo gris a la altura de la rodilla, una gorra roja y un collar con monedas de cobre de la dinastía Qing, era la líder del grupo. De repente la tenía delante de la vista, podía verle las arrugas del cuello y percibir el olor acre del tabaco extranjero que desprendía su aliento; estaba tan cerca que parecía que estuviera encima de él. Puso la atención en la joven y vio cómo poco a poco los rasgos de la camionera tomaban forma en la cara de esta desconocida, del mismo modo que una mariposa sale de su fino capullo. Un hilo rojo de sangre manaba de la herida de bala entre sus ojos, corría hacia la nariz, goteaba y le dividía la boca en dos mitades iguales; desde ahí se deslizó a su ombligo, bajó y bajó; parecía que le iba a partir el cuerpo en dos y que iba a oír el runruneo de sus órganos internos. El investigador dio un grito, se giró y se fue corriendo, pero daba lo mismo lo rápido que fuera, que no conseguía salir del mercadillo. Finalmente, se puso enfrente de un puesto ambulante de armas usadas y fingió ser un cliente. Examinó las armas viejas y oxidadas que yacían delante de él y de repente sintió que la chica a la que había partido por la mitad estaba de pie detrás de él cubriéndose el cuerpo con unos papeles verdes. Lo hacía de manera muy rápida; en

cuestión de segundos pasó de ser la imagen nítida de una chica con unos guantes de goma de color crema a difuminarse con la velocidad en un borrón de color crema hasta convertirse en la silueta de la chica con los papeles verdes, que tenían el color y la textura de un alga. El verde era tan vivo y real que desprendía una fuerza poderosa. Y entonces los papeles empezaron a moverse solos y en cuestión de segundos habían envuelto a la chica en un capullo. Sintió un escalofrío en la espalda, pero trató de actuar con indiferencia; cogió un revólver con un bonito diseño y trató de girar el cilindro oxidado. No iba a ceder. Le preguntó al vendedor ambulante: «¿Tienes vinagre añejo Shanxi?». El vendedor dijo que no tenía. Desilusionado, suspiró. El vendedor dijo: «Actúas como un profesional pero en realidad no eres más que un novato. No tengo vinagre añejo Shanxi pero tengo vinagre blanco coreano, que es cien veces mejor que el vinagre Shanxi para quitar el óxido». Vio cómo el vendedor se metía la mano pálida por dentro de la camisa con suavidad y palpaba como si estuviera buscando algo. Ding Gou'er vio de refilón dos botellitas de cristal metidas en una especie de sujetador de encaje rosa. Eran verdes y opacas, las típicas botellas en las que vienen muchos licores extranjeros famosos. El verde escarchado parecía un cristal muy caro. Aunque obviamente estaban hechas de vidrio barato, de alguna manera lo disimulaban, por eso parecían tan valiosas. Gracias a la estructura y lógica de esa frase, le vino a la mente un paralelismo: a pesar de que era obvio que era un niño en una bandeja, de alguna manera no lo parecía, y era justo por eso por lo que era algo tan valioso. Finalmente la mano del vendedor sacó una de las botellitas de su escondite secreto. Había unos garabatos escritos en la botella. El vendedor no podía leer ni una palabra de lo que estaba escrito, pero su vanidad le forzó a decir con altanería: «O pone “Wis-key” o “Ba-Lan-de”», como si nunca se hubiera topado con una lengua extranjera que no fuera capaz de descifrar y entender. «Este es el vinagre blanco que necesitas», le contestó el vendedor. Ding le quitó la botella de la mano, levantó la mirada y vio la misma expresión que le puso su superior cuando le dio el cartón de tabaco chino. Aunque si lo miraba bien, estos dos hombres no se parecían tanto. El vendedor sonrió y mostró un par de dientes relucientes que le hacían parecer un niño. Abrió la botella y salió espuma. «¿Cómo es posible que este vinagre parezca cerveza?», preguntó. «¿Estás insinuando que la cerveza es el único líquido que hace espuma?», contestó el vendedor. Ding se quedó pensando durante un minuto. «Los cangrejos no son cerveza y echan espuma por la boca, por lo que tienes razón, estaba equivocado». Cuando echó un poco del líquido espumante en el cilindro del revólver, su nariz se vio asediada por un fuerte olor a alcohol. El revólver nadaba en las burbujas de la espuma y hacía muchos sonidos, como un cangrejo verde. Cuando fue a tocarlo, algo le pellizcó el dedo y le hizo daño, como si le hubiera picado un escorpión. «¿Eres consciente —le preguntó—, de que traficar con armas de fuego va en contra de la ley?». Con una sonrisa burlona el vendedor dijo: «¿De verdad crees que soy un vendedor ambulante?». Se metió la mano por dentro de su camisa, sacó el sujetador y lo sacudió en el aire; la capa exterior se separó y dejó ver un par de esposas americanas relucientes de acero inoxidable. Cuando el investigador volvió a mirarle el vendedor se había transformado en un jefe de policía vulgar y corriente de cejas pobladas, ojos grandes, nariz aguileña y barba marrón. Le agarró la mano a Ding Gou'er y —*clic, clic*— le esposó su muñeca a la suya. «Ahora estamos unidos por las muñecas, ninguno de los dos se puede escapar. A no ser que tengas la fuerza de nueve bueyes o de un par de tigres y me puedas llevar a rastras». A Ding Gou'er le nació la fuerza de la desesperación; cogió al fornido policía y lo cargó en la espalda, como si no pesara más que una pluma. En ese momento la espuma se había evaporado y el revólver plateado ya no estaba oxidado. Sin mucho esfuerzo se agachó y cogió la pistola; sentía el peso del arma en la muñeca y el frío del metal en la

palma de la mano. «¡Menudo revólver!», oyó decir al policía a la vez que suspiraba sobre la espalda de Ding. El investigador se sacudió con fuerza, lanzó al hombre hacia atrás y lo estampó contra un muro cubierto de hiedras. Las plantas entrelazadas, algunas gruesas y otras finas, decoraban el muro y las hojas rojas que yacían desperdigadas eran de una gran belleza. Observó cómo el policía rebotó en el muro y aterrizó en el suelo, con la espalda justo a la altura de sus pies. Las esposas, que parecían de goma seguían unidas a las dos muñecas. «Son esposas americanas —dijo el jefe de policía—. ¡Si piensas que las puedes romper, olvídale!». El pánico empezó a apoderarse de Ding Gou'er, así que pegó la pistola a las esposas y apretó el gatillo. Levantó el brazo hacia arriba por el impacto y la pistola casi salió disparada de su mano. Miró hacia abajo. Las esposas no tenían ni un rasguño. Volvió a intentarlo, con el mismo resultado. El jefe de policía cogió con la mano que tenía libre un paquete de tabaco y un mechero de su bolsillo. Los cigarrillos eran americanos, el mechero japonés, los dos de la mejor calidad. «La gente de la Tierra del vino y los licores tenéis un nivel de vida muy alto, ¿no?», preguntó Ding Gou'er. El policía le miró con desprecio. «En tiempos como estos —dijo— a la gente más espabilada no le falta de nada y los tímidos se mueren de hambre. Con pagarés volando por todas partes sólo es cuestión de si tienes o no las agallas de estirar la mano y cogerlos». «Si eso es cierto —dijo Ding Gou'er—, también debe de ser verdad que vosotros, la gente de la Tierra del vino y los licores cocináis y os coméis niños pequeños». «¡Cocinar y comerse niños no es para tanto!», respondió el jefe de policía. «¿Has comido alguna vez uno?», preguntó Ding Gou'er. «No me digas que tú no», respondió. «Lo que yo comí fue un niño hecho de diferentes ingredientes», dijo Ding Gou'er. «¿Cómo sabes que no era real? —le preguntó el policía—. ¿Cómo ha podido el Procurador General mandarnos a alguien tan estúpido?». «Hermano —dijo Ding— no te voy a mentir. He caído en el hechizo de una mujer». «Ya —dijo el jefe de policía—. La has matado, eso es pena de muerte». «Lo sé —admitió Ding Gou'er—, y ahora todo lo que quiero es volver a la capital de la provincia para ver a mi hijo por última vez antes de entregarme». «Eso es una razón de peso —dijo el jefe de policía—. Está bien, te voy a soltar». Se dobló, abrió la boca y mordió las esposas. El metal impasible a las balas de Ding Gou'er se partió como un fideo ablandado en la boca de un hombre. «Hermano —dijo el jefe de policía—, te buscan por todas partes, te quieren con vida. Me estoy arriesgando mucho pero yo también tengo un hijo y sé lo que sientes. Por eso te voy a soltar». Ding Gou'er le dio las gracias y dijo: «Hermano, nunca olvidaré tu amabilidad, ni aunque acabe en el Noveno y último círculo del Infierno».

El investigador salió corriendo y cuando atravesó un arco grande entró en un patio lleno de sedanes lujosos, a los que se estaban subiendo unos hombres vestidos de punta en blanco. Sintió que corría peligro, por lo que giró por un camino estrecho. Allí se encontró con una chica que reparaba zapatos en la calle. Tenía la mirada vacía, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Se quedó ahí de pie y justo en ese momento una mujer muy maquillada salió de debajo del cartel de plástico de la puerta de una cafetería y le bloqueó el paso. «Entre un segundo y coma algo, señor —dijo—, y beba algo. Le hacemos el veinte por cierto de descuento en todos los platos». Se acercó sigilosamente a él; su cara desprendía una pasión que rara vez había visto antes. «No quiero comer nada —dijo Ding Gou'er—, y no quiero beber nada». Pero la mujer le agarró del brazo y le arrastró dentro del establecimiento. «No tienes que comer o beber nada —dijo—, simplemente entra y descansa un poco los pies». La furia se apoderó de Ding y tiró a la chica al suelo. «¡Hermano Mayor —berreó—, ven aquí, este bestia me ha pegado!». Ding trató de esquivar a la mujer pero esta se agarró a sus piernas; no estaba dispuesta a soltarle. De repente se cayó encima de ella. Se puso de pie como pudo y

le dio una patada con fuerza. La chica se agarró la tripa y dio vueltas por el suelo en total agonía. Cuando el investigador levantó la cabeza un hombre fornido con una botella de vino en la mano izquierda y un cuchillo de carnicero en la mano derecha salió corriendo de la cafetería. Estaba metido en un buen lío, así que se dio la vuelta y salió volando. De hecho sintió que había adquirido la forma y la velocidad de una estrella fugaz; ni se le aceleró el corazón, ni le faltó aire. Cuando por fin se giró para mirar atrás vio que el hombre había dejado de perseguirle y que en su lugar estaba haciendo pis a un lado de un poste telefónico. Ahora sintió el cansancio y el esfuerzo: el corazón de Ding Gou'er iba a mil por hora y su piel estaba cubierta de un sudor frío y pegajoso. Le temblaban tanto las piernas que no podía dar un paso más.

El investigador siguió todo recto hasta un puesto de comida ambulante donde su dueño, un joven, estaba friendo tortillas de trigo y una señora, probablemente su madre, estaba de pie a un lado cogiendo el dinero de los clientes. Ding estaba tan hambriento que pudo sentir cómo le subía el estómago por la garganta en busca de algo de comida. Pero no tenía dinero. Una moto con sidecar verde militar rugió a lo lejos y de repente frenó junto al puesto. El pánico se apoderó del investigador, que estuvo a punto de salir corriendo a toda prisa cuando oyó al sargento del sidecar decirle al vendedor: «Oye jefe, fríenos un par de tortillas». El investigador suspiró aliviado.

Ding Gou'er estudió a los militares: el más alto de los dos tenía los ojos grandes y las cejas pobladas, el más bajo tenía los rasgos más suaves. Se quedaron de pie alrededor del puesto dándole a la lengua con el joven que freía las tortillas; un comentario por aquí, un comentario por allá, un puñado de tonterías por aquí y por allá. El joven echó algo de salsa encima de las tortillas humeantes. Los clientes se pasaban las tortillas de una mano a otra para comérselas, haciendo mucho ruido; tenían muy malos modales; en nada de tiempo las habían devorado. El militar más bajo sacó de su abrigo una botella de licor, que le pasó a su camarada. «¿Quieres un trago?», le preguntó. Con una risita el camarada más alto dijo: «Has dado en el clavo». Ding observó cómo el militar se pegaba el cuello de la botella a su boca y le daba un buen trago. Luego cogió aire de manera ruidosa y se relamió los labios. «Muy bueno —dijo— pero que muy bueno». Su camarada más bajo cogió la botella, echó la cabeza para atrás y bebió. Casi cerró los ojos del gusto. Un segundo después dijo: «¡Maldita sea, está buenísimo, esto es más que simple licor!». El militar alto se acercó a la moto y cogió dos cebolletas del sidecar. Después de quitarle la primera capa le dio un trozo a su camarada bajito. «Prueba esto —dijo— es cebolleta genuina de Shandong». «Yo tengo unos cuantos pimientos —dijo el bajito, a la vez que sacó unos pimientos de un rojo brillante de su bolsillo—. Son chiles genuinos de Hunan —dijo orgulloso—. ¿Quieres probarlos? No eres un revolucionario si no comes chile y si no eres un revolucionario tienes que ser un contrarrevolucionario». «Los verdaderos revolucionarios comen cebolleta», dijo el más alto. Enfadados caminaron el uno hacia el otro, uno levantaba las cebolletas en el aire y el otro sacudía los chiles con una sola mano. El más alto le dio un golpe en la cabeza con las cebolletas, el otro le metió los chiles en la boca a su camarada. El vendedor se apresuró a apartar las cosas que estuvieran más a mano. «No peléis, camaradas. Tanto uno como otro sois verdaderos revolucionarios». Los militares desistieron, resoplaron muy enfados, lo que hizo que el vendedor se tronchara de la risa. A Ding Gou'er también le pareció que había sido una escena muy cómica y se empezó a reír. La madre del vendedor se acercó a él.

«¿De que te ríes? Pareces un gamberro». «No, para nada —dijo rápidamente— no lo soy». «¿Quién si no un gamberro tendría este aspecto?», dijo la madre del vendedor. «¿Qué aspecto?», preguntó Ding Gou'er. Con un movimiento de muñeca la mujer sacó un espejito redondo, como si lo hubiera cogido de la nada, y se lo dio a Ding Gou'er. «Míralo tú mismo», le dijo la mujer. Se quedó paralizado con su reflejo. Entre los ojos tenía una herida de bala llena de sangre e incluso podía ver la bala amarilla brillante que se movía en las circunvalaciones del cerebro. Tiró el espejo de la impresión, como si fuera un trozo caliente de metal; cayó en el suelo y rodó de canto, proyectando un punto brillante de luz en un muro lejano que tenía unas letras rojas descoloridas. Miró con más atención el muro y vio un eslogan ridículo: «Acabad con las perversiones del alcohol y del sexo». De repente entendió lo que implicaba el eslogan, se acercó al muro y tocó las palabras pintadas, que de repente le quemaron los dedos, como si fuera acero caliente. Cuando se dio la vuelta los dos militares se habían ido, igual que el vendedor de tortillas y su madre. La motocicleta seguía en su sitio, triste y desolada. Se acercó y encontró una botella de alcohol en el sidecar. La cogió, la agitó y vio la multitud de burbujas, como perlas pequeñas, que subían a la superficie. El líquido era verde, como si estuviera hecho de judías *mung*. El aroma del fino licor atravesaba el corcho que enseguida quitó; una sensación de alivio y bienestar le invadió cuando se metió la botella en su boca reseca. El contenido verde se deslizó por su garganta y su estómago e intestinos saltaron de la alegría, como una colegiala con un ramo de flores. Estaba muy animado, como una planta marchita bajo la lluvia después de un periodo de sequía, y antes de que pudiera darse cuenta se había bebido hasta la última gota. Deseoso de que quedara más, miró por última vez la botella antes de tirarla. Entonces se montó en la motocicleta, se agarró al manillar, encendió el motor y sintió como si la moto cobrara vida, como un corcel poderoso: relinchando fuerte, piafando, y moviendo la cola, listo para galopar. En cuanto soltó el freno la motocicleta salió despedida hacia la carretera, entonces con un rugido triunfal, aceleró como un rayo. Sintió como si el motor que estaba entre sus rodillas supiera justo lo que quería; no tenía ni que conducir, todo lo que tenía que hacer era sentarse firme y sujetarse bien para no caerse. El rugido del motor se convirtió en los relinchos del corcel; sentía el calor de la tripa del animal entre sus muslos y olía su sudor. Dejaron atrás un vehículo tras otro a su paso y los que venían de frente tenían que echarse a un lado de la carretera con cara de terror y frenar el coche. Era como un barco rompehielos al pasar a través de un témpano, o un barco de vapor que cruza el océano. Estaba borracho de la euforia. Varias veces tuvo la certeza de que se iba a chocar con otros coches, de hecho pudo oír los gritos de terror de la gente de los otros vehículos, pero de alguna manera el desastre se acababa evitando en cuestión de segundos; con un margen de error no más grande que el ojo de una aguja, en el último momento los objetos se apartaban de su camino. Un río apareció a lo lejos; por supuesto que no había un puente. El agua rugía debajo del barranco y levantaba olas de espuma al aire. Tiró del manillar hacia arriba y la motocicleta con sidecar se elevó en el cielo; de repente se sintió más ligero que una pluma y se topó con unas fuertes ráfagas de viento mientras que unas estrellas enormes resplandecientes parecían estar tan cerca de él que podía tocarlas con la mano. «¿Voy de camino al cielo? —se preguntó—. Si es así ¿significa que me he vuelto inmortal?». Sintió que lo que siempre había pensado que sería imposible de conseguir, de repente, estaba a su alcance. Observó cómo una rueda se desprendió de la moto con sidecar. Luego otra, y otra. Se estremeció del terror; el sonido rebotaba en las copas de los árboles como el rugido del viento. Se suspendió en el aire y el vehículo sin ruedas se quedó colgando de unas ramas con poca elegancia, lo que despertó a unas cuantas ardillas, que empezaron a roer la maquinaria sobre la que estaba sentado. Nunca se imaginó que los dientes de las

ardillas fueran tan afilados, tan fuertes que podían masticar el metal como si fuera un trozo de corteza de un árbol podrido, y se alegró de no estar herido. Se puso de pie y echó un vistazo alrededor. Unas parras envolvían los árboles y de ellas brotaban unas flores moradas que parecían de papel. Las parras acogían racimos de uvas moradas y verdes, carnosas y jugosas y con una forma tan perfecta que parecían talladas de jade puro. La piel semitransparente casi no podía soportar la cantidad de jugo que contenía; era imposible encontrar unas uvas mejores de vino. Sutilmente se acordó de que la camionera, o a lo mejor fue otra chica guapa de la que no recordaba el nombre, le había dicho que un profesor mayor de pelo blanco estaba viviendo en las montañas, donde los monos y él estaban haciendo el mejor licor que el mundo ha conocido nunca. La piel del hombre era más suave que la de una estrella de Hollywood, sus ojos más encantadores que los de un ángel, sus labios más sexys que los labios pintados de una reina deslumbrante. Era algo más que licor, era la creación de los dioses, nacido de la inspiración divina. Le llamaron la atención unos rayos de luz en las ramas bajo una capa de bruma. Alrededor, unos monos saltaban de un lado a otro: enseñaban los dientes y ponían unas caras horrendas; otros limpiaban a los demás, les quitaban los piojos y las garrapatas. Uno de los machos grandes tenía unas cejas blancas muy pobladas; era el más anciano. Cogió una hoja de una rama, la metió en un tubo, se la puso en los labios y sopló a través de ella, lo que produjo un pitido muy agudo. Todos los monos enseguida se juntaron y formaron tres filas de manera cómica, tratando de imitar a los humanos. Luego se quedaron de pie muy rígidos, miraban de izquierda a derecha para asegurarse de que estaban todos. «Es increíble», reflexionó el investigador. Su formación militar era irrisoria: tenían las piernas arqueadas, estaban encorvados y la cabeza echada hacia delante, pero al fin y al cabo eran monos, por lo que no podía ser muy quisquilloso ni tan crítico con ellos. A los humanos al menos les lleva seis meses de entrenamiento riguroso alcanzar el protocolo de los guardias de honor, con las piernas atadas, tablas de madera en los pantalones y durmiendo sin almohada por la noche. «No —pensó—, no puedo ser tan quisquilloso». Tenían la cola levantada y tan rígida que parecían garrotes. Muchas de las ramas repletas de frutos estaban apoyadas en unos palos para evitar que se cayeran del peso. Los monos también necesitaban palos para caminar. Cuando la gente se hace mayor necesita bastones. Después de que el mono anciano acabara su discurso, deshicieron las filas y empezaron a trepar por las parras. Se balanceaban de un lado a otro a medida que cogían las uvas verdes y moradas, cada una era tan grande como una pelota de *pingpong*. Se relamió los labios y se le llenó la boca de una saliva amarga. Alargó la mano para coger algunas uvas, pero estaban demasiado lejos de su alcance. Mientras tanto, los monos, con las uvas amontonadas en la cabeza, se deslizaron por las parras y las tiraron en un pozo abierto de manera ruidosa. El olor a alcohol era tan dulce como una mujer hermosa y emergió del pozo; todo se disipaba en la densa niebla. Estiró el cuello para mirar dentro del pozo y vio la luna dorada que se reflejaba en el fondo. Los monos se colgaban de los brazos, formaban una fila, tal y como lees en los libros. Era una vista preciosa, todos esos monos tan lindos y adorables poniendo caras extrañas. Si tuviera una cámara, pensó, esta foto recorrería el mundo del fotoperiodismo y le haría ganar un premio internacional valorado en 100 000 dólares, que si los conviertes son 600 000 yuanes, la moneda del pueblo. Con eso podría comer y beber las últimas tendencias durante el resto de su vida y todavía tendría de sobra para que su hijo fuera a la universidad y se casara. Ya le habían salido los dientes al chico, dos grandes incisivos con un huequito entre ellos, lo que le hacía parecer una niña empollona. De repente los monos empezaron a tirarse al pozo y deshicieron el reflejo de la luna en el agua, que levantaba pinceladas doradas al aire. Hacían unos ruiditos cuando se pegaban a las paredes del pozo, como pegotes de jarabe. A lo largo del pozo crecía musgo,

junto a un hongo llamado «Hierba sobrenatural», que es de un dorado cobrizo. Una garza con la cresta roja entró en el pozo y se llevó uno de los tallos de la «Hierba sobrenatural». Entonces estiró las patas, desplegó las alas y voló hacia la resplandeciente luna. No había duda de que era un regalo para Chang'e, la diosa de la luna, un cuerpo celestial cubierto de arena suave y dorada en la que las huellas de las pisadas humanas, que dejaron los astronautas americanos, perdurarán más de medio millón de años. Dos astronautas, un par de peregrinos estelares. El reflejo del sol en la luna es demasiado brillante para que lo soporte el ojo humano. El hombre estaba de pie bajo la luna, su cabello se transformó en hebras de oro, estaba bien afeitado aunque vestido con harapos; tenía la cara magullada y destrozada. Llevaba un cubo de roble en una mano y un cazo de madera en la otra. Sacó líquido del cubo con el cazo y lo vertió en la tierra, donde se formaron unos riachuelos de un líquido de color miel que enseguida se volvió pegajoso como el pegamento. Tenía un aspecto tan apetecible que no podía aguantarse las ganas de probarlo. «¿Es usted ese profesor de la Universidad de la Tierra del vino y los licores, ese qué se supone que no está bien de la cabeza?», quería preguntarle. Él dijo: «Soy el rey Lear de China, bajo la cautivadora luna». El rey Lear estaba de pie bajo una tormenta feroz, maldiciendo el Cielo y la Tierra mientras que yo estaba bajo la luz de la luna mientras cantaba y alababa a la Naturaleza. Los antiguos cuentos de hadas antes o después se vuelven realidad y el licor es el mejor descubrimiento de la humanidad. Sin él no existiría la Biblia, no habría pirámides egipcias, no existiría la Gran Muralla china, ni la música, ni las fortalezas, ni la fisión nuclear, ni salmones en el río Wusuli, ni migraciones de peces o pájaros. Un feto en el útero de su madre puede detectar el olor a licor; la piel escamosa de un cocodrilo hace licor de primera categoría. Las novelas de artes marciales han desarrollado el arte de la destilación de alcohol. ¿Por qué lloraba Qu Yuan? Porque no tenía licor que beber. El tráfico de drogas y el uso de drogas en Yunnan cada vez es mayor. ¿Por qué? Porque allí el licor es inferior. Cao Cao prohibió la producción de alcohol como una medida de protección de los cereales; un perfecto ejemplo de un hombre inteligente haciendo algo estúpido. ¿Cómo alguien puede prohibir el alcohol? Prohibir la producción y consumo de alcohol es igual a prohibir las relaciones sexuales cuando surge un aumento de natalidad; no es posible. Prohibir el alcohol es más difícil que escapar de la fuerza de la gravedad; el día que una manzana caiga hacia arriba en vez de hacia abajo será cuando prohíban el alcohol. Los cráteres de la luna parecen tacitas de licor de una calidad sin igual; el Coliseo romano se podría convertir en una bodega gigante. Los vinos o licores «Ciruela ácida», «Hoja verde de bambú», «Estudiante imperial rojo», «Aroma fuera de la botella», «Primavera soleada», «Emperador intoxicado», «Pueblo de almendras», «Flor blanca de loto»... todos estos son vinos y licores muy buenos. Pero en comparación con mi «Licor del mono» son la noche y el día. Una vez alguien dijo que podías mejorar el licor con orina humana. Eso es algo muy imaginativo. En Japón, los alimentos aderezados con orina han ganado una popularidad considerable; dicen que pueden prevenir un montón de enfermedades si te bebes una taza de tu propia orina cada mañana. El famoso físico Li Shizhen dijo que la orina de niño puede disminuir la acidez de estómago. Los verdaderos expertos en vino y licores no comen nada cuando beben, así que Diamante Jin y los tipos como él demuestran lo inferiores que son bebiendo cuando cocinan niños para acompañar al licor...

Capítulo 9



Estimado Mo Yan,

¡Saludos!

Si no me equivoco le he mandado ocho relatos y no he oído una palabra de los venerables editores de *Literatura para los ciudadanos*. A mi parecer, ignorar a un joven aspirante a escritor está fuera de lugar. Dado que han abierto un periódico público tienen la obligación de tratar a cualquier persona que mande un manuscrito con dignidad y respeto. Como reza el dicho: «El tiempo pone a cada uno en su sitio; hoy estás aquí y mañana estás allí» o el dicho: «Que dos montañas se encuentren es poco probable, pero que dos personas se encuentren en el camino es algo frecuente». Quien sabe, a lo mejor Zhou Bao y Li Xiabao se encuentran un día delante de mi rifle. Desde ahora en adelante, muy señor mío, me niego a escribir para *Literatura para los ciudadanos*. Puede que sea pobre, pero con dignidad. Hay un mundo muy grande ahí fuera y hay un bosque de publicaciones, así que ¿por qué me voy a colgar de un solo árbol? ¿No está de acuerdo conmigo?

Los preparativos del Primer Festival Anual del Licor del mono van muy bien. Incluso he propuesto un plan para mejorar las reservas del vino o el licor que llamamos «enfermo» y hacer otro licor nuevo, con la ayuda del Grupo Municipal de Control de Calidad de bebidas alcohólicas. Varios catadores lo han probado y después de aclararse el paladar determinaron que tenía un sabor único, comparable a una bella joven, delicada y melancólica. La Asociación Municipal de Registro de bebidas alcohólicas le ha dado el nombre de «Enferma Xi Shi», en honor a la joven bella y legendaria.

No creo que sea un nombre muy apropiado dado que la palabra «enferma» tiene connotaciones negativas y sólo puede producir confusión en los corazones de los consumidores, lo que repercutirá negativamente en las ventas. Les insistí en que cambiaran el nombre de «Enferma Xi Shi» por «Temperamento Xi Shi» o «Flores enterradas Daiyu», ya que estos dos nombres incluyen a mujeres hermosas pero suenan más suaves, más tiernos y llaman más la atención. Pero los trabajadores de la Asociación Municipal de Registro de bebidas alcohólicas, que son muy celosos y conservadores por naturaleza, fueron muy intransigentes y dejaron el nombre de «Enferma Xi Shi». Se me acabó la paciencia y fui con

el licor en la mano a ver al Secretario del alcalde, que se sintió tan agradecido cuando le regalé esa botella de licor de tan buena calidad que me llevó a ver a la alcaldesa. Después de oír mi historia, dio un golpe en la mesa y se puso de pie de un salto con los ojos como platos y el ceño fruncido. Volvió a dar otro golpe en la mesa antes de sentarse y coger el teléfono. Dio unos gritos por el auricular durante varios segundos al jefe de la Asociación de Registro de bebidas alcohólicas, que recibió una buena reprimenda de una mujer que hablaba con la fuerza de la justicia, valentía y confianza; implacable; el monte Tai se desmoronaría a sus pies. No pude ver al hombre al otro lado del teléfono pero pude imaginar la escena: el jefe de la Asociación Municipal de Registro de bebidas alcohólicas sentado en el suelo con las piernas cruzadas, con gotas de sudor del tamaño de una judía cayendo por su frente. La alcaldesa me elogió y me dijo que mis esfuerzos para el Primer Festival Anual del Licor del mono constituían un gran mérito para la Tierra del vino y los licores. Luego me preguntó con una voz dulce sobre mi familia, mi trabajo, mis *hobbies* y mi relación con los profesores y mis amigos; sentí como si un manantial de palabras saliera despedido de mi corazón. Le conté todo, sin esconder nada. La alcaldesa estaba especialmente preocupada con su situación, muy señor mío, y personalmente le invita a nuestro Festival Anual del Licor del mono. Cuando saqué el tema de los gastos del viaje resopló con suavidad y dijo: «La Tierra del vino y los licores puede acomodar a diez Mo Yanes sin problemas».

Muy señor mío, he decidido cederle a usted los derechos del nombre de este licor. Usted decide entre «Temperamento Xi Shi» o «Flores enterradas Daiyu». A no ser, por supuesto, que se le ocurra otro nombre mejor. La alcaldesa ha dicho que le dará mil pepitas de oro por cada palabra. Naturalmente nos gustaría que escribiera algo promocional para este licor, de modo que así podemos anunciarlo en la CTV en *prime time*, cueste lo que cueste. Queremos presentar «Temperamento Xi Shi» o a «Flores enterradas Daiyu» a todos los individuos del mundo. Se puede imaginar la importancia de sus palabras; tiene que ser un eslogan suave y gracioso, pero lleno de imágenes conmovedoras, de tal modo que cualquiera que vea la tele se sentirá como si estuviera delante de Hermana Pequeña Lin Daiyu o con su Hermana Mayor Xi Shi y la viera deslizarse como una hoja de sauce arrastrada por el viento, con el ceño fruncido, las manos en el pecho, una azada sobre el hombro y los labios de color cereza. ¿Quién tendrá la sangre fría de no comprarlo? Sobre todo los enfermos de amor, los amantes no correspondidos y aquellos jovencitos y jovencitas que tienen un ápice de gusto literario. Ellos empeñarían hasta sus pantalones para comprarlo, beberlo y disfrutarlo para curar sus enfermedades de amor, o para presentárselo a sus amores como un material de guerra con elementos psicológicos o como estímulo psicológico, con el fin de conseguir lo que quieren. Con el impulso de su anuncio promocional, que debe ser algo sentimental, este licor «enfermo» se transformará en el elixir del amor, capaz de producir obsesiones emotivas y anestesiar los corazones débiles de las hordas de chicos y chicas pequeño-burgueses que imitan a los personajes de las novelas románticas que leen, a los que admiran tanto. Han sido ellos los que les han dado ideales, esperanza o coraje y han impedido que se maten a sí mismos. Se convertirá en el licor del amor y dejara atónito al mundo entero; sus fallos se transformarán en sus cualidades. Muy señor mío, es una realidad que muchos sabores son adquiridos, no innatos; nadie está dispuesto a criticar algo si todo el mundo dice que es muy bueno; la máxima autoridad reside en la preferencia de las masas, como el poder del director del Departamento de Organización del Partido Municipal, que domina a los rangos inferiores del Partido; si él dice que eres bueno, entonces eres bueno, lo seas o no en realidad. Además, beber licor, igual que el consumo de la comida y la bebida, es un hábito que se convierte en

una manía: siempre se prefiere algo nuevo antes que viejo, siempre estás preparado para correr riesgos, siempre en busca de más altura y calidad. El exceso de glotonería es causado por un antitradicionalismo y un desprecio a la ley. Cuando uno se cansa de comer tofu fresco cambia a tofu maloliente, mohoso y frito o a tofu en salsa; cuando uno se cansa de comer cerdo sabroso y fresco cena carne podrida llena de gusanos. Si seguimos esta lógica, cuando uno se cansa de las bebidas alcohólicas deliciosas como el jade uno busca de manera extraña un sabor ácido, picante o amargo para alegrar a las papilas gustativas de su boca. Así que con tal de que vayamos por delante, no hay un licor en el mundo que no podamos vender al público. Espero que mientras escriba su novela pueda sacar tiempo para escribir algo sobre lo que le comento en estas líneas. Dados los grandiosos comentarios de la alcaldesa, sus esfuerzos recibirán su recompensa. Puede que gane considerablemente más por este artículo promocional que por seis meses escribiendo ficción.

Últimamente estoy muy involucrado en una magnífica idea que surgió cuando estaba hablando con la alcaldesa: a ella le gustaría que dirigiera un grupo de escritura con el fin de crear unas «leyes del licor». Naturalmente constituirían las leyes básicas del alcohol en todos los aspectos posibles. No exagero cuando digo que si tiene éxito esto marcará el comienzo de una nueva era en donde habrá interés y preocupación por la calidad del licor e iluminará el camino durante miles de años y producirá un halo de luz que brillará sobre diez mil generaciones. Esto será una novedad de históricas proporciones. Le invito cordialmente a que se una a nuestro grupo. Incluso aunque no pueda participar en nuestro borrador actual puede ser nuestro supervisor. Por favor no me dé una negativa.

Espero que me perdone por escribir una carta tan inconexa y confusa, es por culpa del licor. Le adjunto un relato que escribí anoche cuando estaba borracho. Le invito a que me haga sus críticas. Usted decide si lo manda o no para que valoren su publicación. Lo he escrito porque quería llegar a un número concreto de relatos. Siempre me ha gustado el número nueve, y esta historia, titulada «La Ciudad del vino y los licores» es mi relato número nueve. Espero que sea como una estrella nueva y brillante, que ilumine mi pasado oscuro y el camino pedregoso que se extiende delante de mí.

Espero su llegada. Nuestras montañas esperan su llegada, igual que nuestras aguas, nuestros chicos y chicas. Estas chicas son como flores y de su boca emana un aroma a licor que es como la música celestial...

Le hago una reverencia y le deseo

paz y felicidad.

Su estudiante,

Li Yidou



«La Ciudad del vino y los licores»

Li Yidou

Ya viajes en avión, en barco de vapor, camello o burro llegarás a la Ciudad del vino y los licores desde cualquier punto de la Tierra. No hay escasez de sitios bonitos en el mundo, pero muy pocos son más bonitos que la Ciudad del vino y los licores. En realidad la palabra «pocos» es demasiado vaga. Prefiero la palabra «ninguno». Los habitantes de la Ciudad del vino y los licores son simples y directos. Justo como una bala, que entra y sale por un orificio, igual los habitantes de la Ciudad del vino y los licores, cuya comida entra por la boca hasta el recto, sin un sólo giro. Eso les debería ayudar a saber qué clase de personas son los habitantes de la Ciudad del vino y los licores. Para exponer el tema con mayor claridad expliquemos que la Ciudad del vino y los licores es la capital de la Tierra del vino y los licores. Espero que mi aclaración no lleve a ningún malentendido.

El aroma a licor que emana de la Tierra del vino y los licores se puede detectar a cientos de li de distancia e incluso la gente con un atrofiado sentido del olfato lo puede detectar a cincuenta li. No me acusen de brujo si les revelo que cuando los aviones vuelan sobre la Ciudad del vino y los licores hacen giros de ciento ochenta grados con agilidad pero nunca, en cambio, ponen en peligro la seguridad de los pasajeros. Camaradas, damas, caballeros, amigos, no se tienen que preocupar, una vez que estén sentados y seguros en los aviones les embriagará el ambiente. El aroma exótico y maravilloso una vez que sobrepasen la Tierra del vino y los licores es una invitación clara a que disfruten la experiencia; tienen que impregnarse y absorberlo ya que es uno de los olores más cautivadores del mundo.

El gobierno municipal y la oficina central del Partido están situados justo en el centro de la Ciudad del vino y los licores. Una cuba altísima de licor blanca se levanta en medio del edificio del Partido mientras que han colocado un barril altísimo negro en el centro del

edificio del gobierno. Por favor, amigos, no asuman que estoy siendo sarcástico porque no es así. Desde que empezó la era de reformas y de liberalización, los comités del Partido y las oficinas gubernamentales de todas partes, con el fin de mejorar rápidamente la vida de la gente, se han roto la cabeza y han hecho propuestas y han ideado planes para integrar la realidad actual local con el espíritu del Partido para así crear escenarios factibles y proyectos viables. Aquellos que viven en las montañas viven de las montañas, aquellos cerca del agua viven del agua, aquellos que tienen un gran paisaje desarrollan la industria turística, aquellos que tienen campos de tabaco producen tabaco... después de vagar durante décadas como el viento y las nubes esto ha producido la Ciudad fantasma, la Capital del tabaco, el Pueblo de los fuegos artificiales... aquí en la Tierra del vino y los licores el alcohol es abundante y de una calidad excelente, así que el Comité Municipal del Partido y el gobierno han abierto una universidad de Destilación y planean hacer un Museo sobre la destilación, ampliar veinte destilerías y construir otras tres más que incorporen las mejores técnicas en destilación del mundo. Nuestro motor es el licor y hemos incitado el desarrollo de servicios especiales para nuestras visitas, la mejora del negocio de la hostelería, el aumento de animales y pájaros exóticos... ahora la fragancia del licor flota sobre cada rincón y ranura de la Tierra del vino y los licores. Hay miles de tascas y tabernas en la Ciudad del vino y los licores, sus luces brillan durante el día y la noche sobre el tintineo escandaloso de los vasos; los licores exquisitos de la Tierra del vino y los licores y las viandas soberbias atraen a hordas de visitantes, comensales y borrachos, de la comarca y del extranjero para beber y para comer nuestra deliciosa comida, aunque los visitantes más importantes son los distribuidores de alcohol, que llevan nuestro excelente licor, de cada vez mayor reputación, a cada rincón del continente. Nuestro mejor alcohol viaja al exterior y grandes cantidades de dólares viajan de vuelta a nuestro país. Últimamente el impuesto anual de la Tierra del vino y los licores ha alcanzado los cien millones, una contribución enorme a la nación, mientras que, al mismo tiempo, el modelo de vida de nuestra gente ha seguido mejorando. Los ciudadanos ahora viven cómodamente, están de camino a un cierto bienestar y sueñan con el día en el que puedan considerarse ricos. ¿Qué se entiende —se preguntarán—, por «rico»? «Comunismo», justo eso. Ahora que han leído hasta aquí, queridos lectores, pueden entender por qué el Comité del Partido Municipal y el gobierno han construido una cuba enorme y un tonel.

Voy a prescindir de la cháchara, queridos lectores, porque ha llegado el momento de encauzar mi historia y de que vuelva a la Ciudad del vino y los licores. Mientras, ustedes, señoras y caballeros, disfruten de las maravillosas vistas de esta tierra, del olor aromático de sus licores y prueben su gran sabor. Por favor, escuchen lo que tengo que decir y disfruten todo lo que puedan de las canciones con las que les van a deleitar nuestras adorables chicas que trabajan aquí. No necesitan ser educados. Cuando los buenos amigos beben juntos, un millar de copas no son suficientes; cuando una conversación no es agradable, media frase sobra. El estante que tienen delante de ustedes está repleto de la bebida más refinada de la Tierra del vino y los licores y la mesa que tienen detrás está llena de manjares. Les invito a comer y beber todo lo que puedan o todo lo que necesiten. Es gratis, todo. Soy el director ejecutivo del Comité Preliminar Publicitario y originariamente tenía la idea de pedirles cincuenta centavos a cada uno como una donación simbólica para la comida de hoy, pero la alcaldesa ha dicho que eso era tan hipócrita como erigir un arco conmemorativo en honor a la castidad de una prostituta. Dado que cincuenta centavos no bastarían ni para preparar medio pene de un burro, ¿para qué pedir nada? Además, todos ustedes son invitados de honor que han viajado desde muy lejos para llegar hasta aquí; si les cobro la comida la gente de todas

partes romperá a reír hasta que se le caigan los dientes, y los dentistas serán los únicos que saquen beneficio, lo que me recuerda: La clínica dental de la Ciudad del vino y los licores ha desarrollado un nuevo material para los empastes que nunca se cae ni se desprende, por lo que si alguno de ustedes necesita una intervención dental, por favor háganlo mientras estén aquí, es totalmente gratis. El material es resistente al frío, al calor, a los sabores dulces y amargos; nunca más se les quedarán restos de comida entre las muelas cuando mastiquen, independientemente de lo tercos que sean sus dientes. Pero volvamos al tema en cuestión. La gente lleva destilando alcohol en la Ciudad del vino y los licores como mínimo tres mil años, tal y como han demostrado las excavaciones arqueológicas. Pido presten atención a este vídeo: «Debajo de este terreno, llamado “Rayos de luna”, yacen las ruinas de una antigua ciudad, de la que se han recuperado unas tres mil reliquias, la mitad de las cuales son vasijas para vino o licores: esta es una copa de vino, esta es una jarra, esto es un termo para los licores calientes, esto es un bol, esto es un vaso y este es un recipiente para los licores... lo que quieran lo tenemos. Los expertos afirman que este terreno tiene más de tres mil quinientos años, lo que lo sitúa al final de la dinastía Shang. Incluso si nos remontamos a aquellos tiempos, el tintineo de las copas en este lugar era escandaloso, y el aroma del magnífico licor pendía del aire. Hoy día predomina una tendencia horrible en el mundo de los licores: todas las personas parece que tratan de hacer algo increíble de un mero nombre o de una etiqueta. Si el legendario Yu se emborrachaba con su alcohol, entonces el emperador Kangxi se emborrachaba con el mío; si la consorte Yang Guifei se encaprichaba con su alcohol entonces el emperador Han Wudi se tambaleaba y daba tumbos después de beber el mío... Y así sucesivamente, creando una tradición ridícula y haciendo mucho daño a mucha gente. Aquí, en la Ciudad del vino y los licores, buscamos la verdad de los hechos y siempre la probamos». Amigos, echen un vistazo a este ladrillo. No es un ladrillo cualquiera. No, es un cuadro de la dinastía Han del Este^[20], excavado aquí en la Ciudad del vino y los licores. El cuadro representa la destilación del alcohol y gracias a este hallazgo nos alegra saber que en aquel entonces la producción de las bebidas alcohólicas de la Tierra del vino y los licores requería un trabajo en equipo. Una mujer en la parte superior del cuadro sujeta una olla grande sobre una cuba de vino con la mano izquierda y con la mano derecha remueve agua tibia. Un hombre a su derecha calienta el agua en la cuba. El hombre a la izquierda del recipiente con el alcohol observa el movimiento del vino. En la parte inferior de la imagen el hombre con los dos cubos a los dos lados del palo es el responsable de asegurar si hay agua suficiente... este cuadro muestra de manera gráfica cómo se producía el alcohol miles de años atrás y se corresponde a la perfección con una descripción del proceso que aparece en el capítulo “Vino de sorgo”, de la novela *Sorgo rojo* de mi mentor, Mo Yan. Ahora por favor miren al segundo ladrillo, llamado «La bodega». Jarras de vino bordean la calle enfrente del establecimiento. El dueño está de pie detrás del mostrador y dos futuros clientes en la esquina izquierda se acercan alegremente hacia la tienda. Ahora, el tercer ladrillo, se llama «El banquete». Siete personas están sentadas alrededor de una mesa, tres en el medio y dos a cada lado, un verdadero banquete. Vasos y copas de vino están colocados enfrente de unos platos que están hasta arriba de comida. Los comensales levantan los vasos y se incitan los unos a los otros a comer y beber, tal y como hacemos nosotros ahora. Bueno, ya he cotorreado bastante. Estos tres ladrillos constituyen una prueba firme y poderosa de que la Ciudad del vino y los licores es el origen del licor y la cuna de la cultura del vino y los licores de la raza china. Con esto desacreditamos los rumores sobre la historia de las bebidas alcohólicas: a la basura con los orígenes de «Gran Botella Yu» o «Vaso de vino Yu». La gente tiene que saber que la consorte Yang Guifei no abandonó la Tierra del vino y los licores para casarse, y que

Han Wudi^[21] en realidad es un hijo de la Tierra del vino y los licores. Fanfarrones y mentirosos, tirad enseguida esas bebidas al río. El vino y los licores de esta ciudad son el alcohol de la historia; el alcohol de la Ciudad del vino y los licores bucea en los clásicos de la cultura de la dinastía Han.

Camaradas, esos mentirosos han pasado por alto que las bebidas alcohólicas destiladas y envasadas aparecieron en primer lugar durante la dinastía Han, y que sólo las bebidas alcohólicas fermentadas estaban disponibles durante el reinado del Gran Yu^[22]. Las pinturas sobre ladrillo de la dinastía Han demuestran que se llevó a cabo una revolución en la producción del alcohol en ese momento aquí, en la Tierra del vino y los licores.

Amigos, igual que el agua fluye día y noche por el río «Primavera hermosa», el licor exquisito de la Ciudad del vino y los licores fluyó de manera ininterrumpida durante mucho tiempo y finalmente alcanzó una edad madura. Al principio de la dinastía Qing apareció un destilador con el nombre de «Grandes bendiciones» e hizo un licor, del que no se sabe su origen, llamado «Pisadas encantadoras». De este licor nació una destilería llamada «Bendiciones y encanto», que produjo el mejor licor de la Ciudad del vino y los licores: «Nubes y lluvia».

La leyenda dice que durante el reinado de Shunzhi bajo la dinastía Qing vivió un posadero que se llamaba Yuan Yi, al que llamaban Sanliu, o «Tres Seis». Empezó vendiendo licor y más adelante entró en el negocio de la destilación. Era un experto en las técnicas tradicionales de los destiladores de la Ciudad del vino y los licores y aspiraba a hacerse famoso en el arte de la destilación. Desafortunadamente murió antes de que pudiera realizar sus ambiciones. Hasta la generación de su tataranieta su querido deseo no se hizo realidad. Durante el reinado del emperador Qianlong de la dinastía Qing, el tataranieta de Yuan, cuyo nombre era Jiuwu, o «Nueve Cinco», tenía las cualidades de su antepasado y un gran espíritu comercial, así que abrió una tienda en la Calle del pozo de las hijas, junto al templo de la mujer inmortal, más allá de la Puerta Este de la Ciudad del vino y los licores.

Los rumores dicen que el alma del mar está debajo del Templo de la mujer inmortal, y que si se la molesta, la Ciudad del vino y los licores se hundirá en el océano. Con el fin de evitar este desastre fluvial la gente dio dinero para erigir un templo, luego construyeron una mujer con oro y la colocaron sobre el alma del mar. Nubes de humo de incienso llenaron el templo de la mujer inmortal, sobre todo el octavo día del cuarto mes lunar. Ese día, una atmósfera festiva acompañó la quema de incienso. Señoritas de buenas familias vinieron en tropel, igual que lo hizo un montón de perversos que se mezclaban con ellas para sobarles los pechos y pellizcarles el culo, lo que provocó que protestaran dando gritos. Verdaderamente este era un buen sitio para comprar y vender alcohol. Así que «Nueve Cinco» compró un trozo de terreno cerca del templo de la mujer inmortal y abrió una tienda bajo el nombre de «Bendiciones y encanto». Además construyó una destilería al lado del Pozo de las hijas.

El Pozo de las hijas sólo estaba a un li de distancia del Templo de la mujer inmortal. El agua salía del río «Primavera hermosa»; después de filtrarse de manera natural en la arena y en las piedras salía a la superficie del pozo limpia, dulce y helada. Era considerado el mejor

pozo de la Ciudad del vino y los licores. La leyenda popular decía que una bella mujer se ahogó en él y que cuando murió se convirtió en una nube que envolvió el pozo y que no se disipaba nunca. Pero el tataranietao de Yuan no se había olvidado de que el agua del Pozo de las hijas había sido la fuente del licor «Pisadas encantadoras» de la era anterior; él no sólo era un maestro del arte de la destilación sino que además era, naturalmente, un hombre con una gran visión de futuro.

Recurrió al agua del Pozo de las hijas para hacer su nuevo licor, que fue un producto muy importante para su destilería «Bendiciones y encanto», y no sólo porque «esa agua era la base del licor», sino también porque había producido «Pisadas encantadoras», y todavía era más importante ya que «los dioses son el alma del licor» y este contenía la riqueza de la cultura y la historia.

Tal extraordinaria ambición, tales extraordinarias habilidades y tal extraordinario pozo de agua llevó naturalmente a unos comienzos comerciales extraordinarios. En cuanto «Nubes y lluvia» salió al mercado fue un gran éxito. «Bendiciones y encanto» estaba tan ocupada como un mercadillo, llena de trabajadores, estudiantes, veteranos y gamberros. Un poeta con el nombre de Li Sandou —«Tres pintas Li»— escribió dos poemas halagando las cualidades de «Nubes y lluvia». Aquí están:

Hace mucho que la primavera mora en el Templo de la mujer inmortal,

El agua fragante del pozo se transforma en nubes.

La cara de una mujer hermosa es digna de contemplar,

Pero un magnífico licor tiene a un hombre esclavizado.

El agua es su ropa y una nube su cara,

Liu Ling yace desnudo, borracho como los nobles.

Una vez que has bebido «Nubes y lluvia» no necesitas soñar,

Ya que es mejor que el romance de Song Yu con un hada.

La verdad es que estos poemas, repletos de toques informales, lograron captar la esencia de «Nubes y lluvia».

Enfrente del Templo de la mujer inmortal está la destilería «Bendiciones y encanto»; hay una tienda de licores delante y una destilería detrás, por lo que a los consumidores y a los licores les resultaba muy fácil encontrarse. Los devotos peregrinos podían ver el gran letrero grabado en oro con letras negras a mucha distancia del templo. Era elegante pero nada convencional, una obra de «Tortuga Peluda Jin», un calígrafo nacionalmente famoso. Los pergaminos a cada lado de la puerta del templo los había elegido la ilustre profesora

Entras con el ceño fruncido y los sentimientos encontrados.

Sales con un tierno corazón entre las manos.

La tienda estaba decorada con elegancia, era la encarnación del refinamiento. El pergamino central, que colgaba de la puerta principal era una pintura colorida realizada por una de las artistas más famosas de la Tierra del vino y los licores, la señora Li Menginang. Retrata a la consorte Yang Guifei borracha y con poca ropa, su pecho brilla, sobre todo sus pezones, más rojos que las cerezas. Ir a este sitio a beber es placentero para la mente y la vista.

Los utensilios para la bebida eran únicos entre las bodegas de la Ciudad del vino y los licores. Las copas de vino estaban torneadas como las piernas de las mujeres; tenían tres tamaños, de 280 mililitros, 340 mililitros y 2 litros, para satisfacer los deseos de los clientes. Preciosos, únicos. De un esplendor sin igual.

La calidad del licor, el elegante entorno y la gran reputación producían un sinfín de historias extrañas y de entretenidas anécdotas.

La leyenda dice que en una fría noche de invierno durante el reinado Guangxu de la dinastía Qing, dado que enormes copos de nieve cubrían el suelo, el dueño de la destilería «Bendiciones y encanto» estuvo a punto de cerrar cuando, en mitad de la noche, un hombre con una antorcha y con un abrigo grueso para protegerse de la nieve entró en la tienda y dijo que un huésped había pedido «Nubes y lluvia»; el hombre había capeado el temporal exclusivamente para comprar el licor. Qué mala suerte que lo habían vendido todo ese día y el dueño sólo podía expresar sus disculpas. Pero el cliente se negó a marcharse, completamente afligido, y conmovió tanto al dueño que mandó a su aprendiz a la bodega para traer más. Pero cuando la puerta de la bodega se abrió de golpe salió despedido un olor tal que el cliente fue incapaz de resistirse a su encanto y entró corriendo con su antorcha. El aprendiz intentó bloquearle el paso al cliente pero este se tropezó con la antorcha y enseguida se extendió el fuego por toda la bodega, lo que provocó un desastroso incendio. Las llamaradas, esos dragones de alcohol de un color azul incandescente, destrozaron no sólo la bodega de la tienda sino el Templo de la mujer inmortal, que se redujo a una montaña de cenizas. Tengan en cuenta, queridos lectores, que como nevó tanto esa noche el suelo se cubrió de lenguas de fuego que se reflejaban en la nieve. La incomparable belleza de las lenguas azules serpenteando en el terreno nevado es indescriptible. Una vez que se acabó el incendio nadie supo qué fue lo que lo provocó. Era un misterio y la gente contaba y recontaba historias infundadas. Cuando «Bendiciones y encanto» se volvió a construir, su gran reputación y enigmática desaparición atrajo a la gente más que nunca. Lo que había sido un incendio desastroso se había convertido en una campaña de publicidad magnífica.

«Nubes y lluvia» no era sólo un licor suave, dulce y delicioso sino que también tenía una fragancia incomparable. Un día de finales de primavera uno de los trabajadores de la destilería tiró sin querer un cesto con licor al suelo. El contenido se derramó, mandó su aroma al cielo y provocó que los ojos de muchos niños y niñas con las mejillas sonrosadas empezaran a encenderse. Justo entonces, una bandada de pájaros perdió la orientación y cayó

del cielo. Los peces se ahogaron en el mar y algunas golondrinas impactaron en el suelo. Esa fragancia hechizó las almas y embrujó los espíritus con miles de emociones. Lanzó diez mil tipos de embrujos de seducción. Tal y como dice el poema:

Una copa de Nubes y lluvia endulza la garganta,

Diez mil escenas aparecen delante de tus ojos.

Este licor debería existir sólo en el cielo,

¿Cada cuánto tiempo puede la gente probar un elixir tan maravilloso?

Honorables huéspedes, amigos, ya he expuesto los atributos de nuestro gran licor «Nubes y lluvia». Sólo necesito añadir una cosa: ¡Mi suegro, el profesor Yuan Shuangyu de la Universidad de Destilación de la Tierra del vino y los licores, es el tátara tátara tátara tátara tátara nieto del señor «Nueve Cinco Yuan», el creador de «Nubes y lluvia»! Como profesor de la Universidad de Destilación ha sido generoso por contarnos las maravillosas habilidades de sus antepasados. Bajo su liderazgo y con la atención y consejos del Comité del Partido Municipal y el gobierno, aquí en la Tierra del vino y los licores, hemos montado los corceles más poderosos de la reforma y liberalización. En apenas diez años, usando como base los cimientos que hemos heredado, hemos creado al menos diez licores nuevos comparables a «Nubes y lluvia»; de hecho algunos le superan en calidad. Marcas como «Hormigas verdes» o «Semental de crin roja» o «Amor a primera vista» o «Cinco nubes» o «Ximen Qing» o «Flores enterradas Daiyu»... pero todavía más inspirador es el hecho de que mi suegro, el profesor Yuan, se fue al Monte del mono blanco solo, con el pelo alborotado, la cara sucia, la tez rubicunda y se hizo amigo de los monos, aprendiendo de ellos en su hábitat natural, absorbiendo la sabiduría de los monos. Ha continuado la tradición de sus antecesores, aprendido de la experiencia de los monos y ha hecho que el pasado sirva al presente, que las cosas extranjeras sirvan a China y que los monos convivan con los humanos hasta que, por fin, el éxito sea suyo y pueda ocupar el puesto número uno a nivel mundial con su «Licor del mono».

¡El «Licor del mono» se presentará en el Primer Festival Anual del Licor del mono!

¡Un millar de onzas de oro se obtienen con facilidad, una sola gota de «Licor del mono» no la mendigarás!

¡Amigos! ¡No lo duden ni un segundo, vengan a la Tierra del vino y los licores sin falta!

¡No dejen pasar esta oportunidad!



Querido Hermano Mayor Yidou,

Tu manuscrito ha llegado a salvo.

Cosas del destino y del azar que el otro día vino a casa un amigo mío editor y le enseñé tu relato «La Ciudad del vino y los licores». Cuando terminó de leerlo dio un golpe en la mesa y gritó: «Esto tiene un gran potencial». Dijo que si podías alargar la historia a unas ciento cincuenta páginas y añadir algunos gráficos y fotografías se podría publicar como un libro. Su editorial le hará un hueco y asumirá la responsabilidad editorial. Todo lo que tiene que hacer tu ciudad es darte una subvención y garantizar que comprará diez mil ejemplares. Dice que dado que tienes que preparar los materiales promocionales para los asistentes del Primer Festival Anual del Licor del mono ¿por qué no incluir una copia de este libro ilustrado? Eso le proporcionaría a todo el mundo tener a su alcance la amena historia de la Tierra del vino y los licores, y así la podrían conservar durante mucho tiempo en sus casas. Creo que es una idea estupenda. Coméntaselo a la alcaldesa. Probablemente le tengas que dar al editor unos 50. 000 yuanes, una cantidad insignificante para la Tierra del vino y los licores ¿no crees? Por favor dime algo lo antes posible, decidas lo que decidas. Este amigo estaba tan interesado que le he dado tu dirección antes de marcharse. Puede que te contacte directamente. Y en cuanto a lo de darle el nombre a tu nuevo licor y sobre lo de participar en el grupo para redactar el borrador de las leyes, dado que los beneficios son potencialmente altos no veo motivos para actuar con una falsa modestia. Acepto la invitación. En cuanto le dé los toques finales a mi novela voy a la Tierra del vino y los licores. Podemos trabajar con más destalle entonces.

Mis mejores deseos para que triunfes con tu escritura,

Mo Yan



¡... ah, ah, ah! Cuando los pensamientos de Ding Gou'er se centraron en Diamante Jin y en todos los niños que se comían y que luego evacuaban en los baños, un sentido de la responsabilidad, del bien y del mal, como las estrellas brillantes de la Osa Mayor, iluminó su consciencia, que se había escapado y revoloteaba en la oscuridad. Experimentó unos dolores agudos en las orejas y en la punta de la nariz, como si le hubieran disparado unos dardos envenenados. De manera instintiva se recostó —el cielo daba vueltas, la tierra se tambaleaba, tenía la cabeza tan pesada como una cesta hecha de madera de sauce— y obligó a sus pesados párpados a abrirse; cuatro o cinco sombras grises saltaron de su cuerpo y aterrizaron en el suelo con un ruido seco. Al mismo tiempo oyó el piar de los pájaros muy agudo. ¿Sería algún pájaro extraño? ¿Una bestia salvaje? El investigador se imaginó un urogallo o un conejo de campo, incluso pensó en un dragón o en una ardilla voladora. Un par de ojos rojos destelleaba enfrente de él aunque lo veía todo borroso. Forzó la vista y se humedeció los ojos con las secreciones de sus glándulas lacrimales; las lágrimas que brillaban en sus globos oculares cargaban el olor del alcohol barato. Después de frotarse los ojos con el dorso de las manos la escena se volvió más nítida. Lo primero que pudo vislumbrar fue a unas siete u ocho ratas grises enormes que le miraban enfadadas e indignadas a través de sus ojos negro azabache. El estómago del investigador se revolvió al verles el hocico puntiagudo, los bigotes tiesos, las tripas gordas y las colas finas y largas. Abrió la boca y vomitó una mezcla de ingredientes exóticos y buen licor, a la vista parecían excrementos. Sintió como si un cuchillo afilado le hubiera rajado la garganta; le dolía la nariz y la tenía taponada por objetos viscosos que no podían salir. Entonces le llamó la atención el arma negra brillante que colgaba de la pared; fue justo esa imagen lo que le sacó de su decaimiento. Sus pensamientos de repente recordaron el peligro por el que había pasado no hacía tanto, al anciano metido en la venta ilegal de *wantán*, al viejo revolucionario del Cementerio de los mártires, y el espíritu libre del licor Maotai, con la etiqueta roja en la botella, y al perro amarillo intimidante y feroz... Le iba la mente a mil por hora, pero sus pensamientos eran una maraña caótica, como si todas las flores del mundo crecieran a la vez en su mente. Como un sueño, pero no del todo; verosímil y fantástico al mismo tiempo. Unos pensamientos sobre la voluptuosa camionera le retumbaron en la cabeza, justo en el momento en el que una rata gorda saltaba a su hombro y le arrancaba con gran agilidad un trozo del cuello, lo que le obligó a apartar de la mente todos estos pensamientos aleatorios para concentrarse en el aquí y ahora. Agitó el cuerpo y mandó a la rata por los aires, a la vez que un chillido subía por su garganta. Sin embargo se contuvo y lo volvió a mandar por donde había venido, dada la escena tan rara que tenía enfrente de sus ojos. Se le secó la boca; sus ojos estaban atónitos. Ahí, detrás de la cama de ladrillo, estaba tumbado el viejo revolucionario, tapado por una docena o más de ratas enormes y hambrientas. Ya le habían roído la nariz y las orejas —a lo mejor no fue el hambre lo que las llevó a hacerlo— y le habían arrancado los labios a mordiscos, lo que dejaba ver sus encías

descoloridas. Esa boca, que en su día hizo tantos comentarios ingeniosos, ahora era más desagradable de lo que te puedas imaginar y el cerebro del viejo, despojado de sus protuberancias era una imagen horrorosa. Las ratas mientras tanto trabajaban frenéticas a la vez que atacaban los brazos del viejo revolucionario. Los huesos blancos de las manos, que en su día fueron tan hábiles para manejar un rifle o un garrote, parecían ramas desnudas de sauce, carentes de la piel que una vez los cubría. El investigador albergaba cierta simpatía hacia el viejo revolucionario, que le había ayudado cuando más lo había necesitado. Su cuerpo cansado se despertó y se apresuró a apartar a las ratas, pero estaba tan aterrorizado al ver que les cambiaba el color de los ojos cuando se acercó (de un negro azabache a un rosa claro, luego a un verde oscuro), que paró en seco y se echó para atrás, hasta la pared, donde vio que las ratas le enseñaban los dientes. Tenían espuma en la boca y le miraban con ira, listas para formar una unidad de ataque y cargar contra él. Sintió el arma en su espalda y al investigador de repente le vino la inspiración. Se dio la vuelta, agarró el arma, apuntó y envolvió el dedo alrededor del gatillo como si estuviera frente a una multitud amenazante.

—¡No os mováis! —gritó el investigador—. ¡Un paso más y os vuelo por los aires!

Las ratas se miraron y se movieron, riéndose del investigador, que explotó de la ira.

—¡Malditas ratas! —maldijo—. ¡Ahora vais a descubrir con quién estáis tratando!

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando una explosión rasgó la habitación como un trueno. El destello de luz abrasadora y el humo que salió tras el disparo inundaron el aire. Cuando el humo se disipó, al investigador le alivió ver que ese único disparo había diezariado a las ratas. Aquellas que sobrevivieron a la explosión maldecían a sus padres por no haberles dado cuatro patas más, a la vez que correteaban por las vigas del tejado y trataban de pasar desapercibidas por los alerones o caminaban por las paredes hasta que en cuestión de segundos habían desaparecido sin dejar rastro. El investigador se alarmó al darse cuenta de que con la detonación de su arma no sólo había matado o ahuyentado a las ratas sino que también le había volado la cara al viejo revolucionario, que estaba llena de agujeros y que ahora parecía un colador. Con el arma en el pecho se echó hacia atrás contra la pared y se deslizó hasta el suelo con las piernas temblorosas y el corazón ahogado de la agonía. Obviamente el viejo revolucionario murió bajo el asalto de aquellas ratas, pensó, pero ¿quién le iba a creer después de ver la cara del hombre llena de boquetes? La gente llegaría a la conclusión de que había muerto por el disparo de un arma, y que más tarde le desfiguraron las ratas. Ding Gou'er, Ding Gou'er, esta vez aunque saltases al Yangtsé no saldrías limpio de esta. El Yangtsé está más turbio que el río Amarillo. «Cuando aparece un hombre sabio el río Amarillo se vuelve limpio. Las familias de todas partes se reúnen para depositar lámparas hechas de calabazas, melones y sandías en el río. ¿De qué tipo? Calabazas blancas, sandías y melones. ¿Qué tipo de lámparas?, ¿qué tipo?, lámparas de pepino, calabacín y calabaza». Esta canción infantil le aporreaba los tímpanos de manera misteriosa al angustiado investigador criminal; al principio eran voces lejanas, luego estaban más y más cerca, cada vez más, y el sonido era más nítido, cada vez más alto hasta que se convirtió en un verdadero coro de voces juveniles y radiantes, como brisas en primavera o como el agua que corre sin cesar por los manantiales. Y ahí, de pie, en el lugar del director de orquesta, enfrente del coro de niños de más de cien miembros, estaba su hijo, del que se había separado hacía

tanto tiempo. El niño llevaba puesta una camisa blanca y unos pantalones azules cortos, como una nube almidonada que flota en el cielo, o una gaviota que eleva el vuelo en el cielo azul marino. Dos riachuelos de un líquido sucio, como el licor tibio, pendían de los ojos del investigador, empapándole las mejillas y las comisuras de la boca. Se puso de pie y trató de tocar a su hijo pero el niño de azul y blanco se alejaba poco a poco de él; a la imagen del niño la reemplazó la escena espantosa que él y las ratas estaban protagonizando, una escena indescriptible de asesinato que estremecería a la Tierra del vino y los licores.

Atraído por la expresión encantadora de su hijo, el investigador caminó hacia la puerta del Cementerio de los mártires y vio al perro enorme que se comportaba como un tigre, el que una vez hizo que se le pusiera el pelo de punta; estaba recostado bajo un álamo, con las patas rígidas y sangre corriendo por su boca. Completamente asustado el investigador se agachó y, como pudo, atravesó la puerta. No había un alma sobre la vieja carretera de asfalto irregular, en medio de la cual había un mástil que proyectaba una sombra larga en el suelo. Los rayos al rojo vivo de la puesta de sol caían sobre la cara abatida del investigador. Permaneció de pie durante un buen rato, absorto en sus pensamientos, aunque sin pensar en nada tangible.

El rugido de un tren que atravesaba en ese momento el centro de la Tierra del vino y los licores le dio una idea. Caminó por la carretera y sintió que poco a poco se acercaba a la estación del tren. Pero un río, que se había convertido en oro por los últimos rayos del sol de la tarde, le bloqueaba el paso. La imagen del río era una escena maravillosa, con barcas coloridas surcando la superficie hacia el sol. Los hombres y las mujeres de una de las barcas parecían enamorados, dado que sólo los enamorados tienen los brazos entrelazados mientras miran al frente, encandilados y en silencio. Una mujer robusta con un vestido pasado de moda estaba de pie en la popa, haciendo mucho esfuerzo, a medida que movía el remo hacia delante y hacia atrás, rompiendo la imagen del río dorado y removiendo el fuerte hedor de los cuerpos en descomposición del río y el olor de los cereales de las destilerías que habían permeado en el agua. A los ojos del investigador los movimientos de la mujer eran de algún modo artificiales, como si estuviera actuando sobre un escenario en lugar de remar. Esa barca pasó de largo y luego otra, y otra, y otra. Todos los pasajeros eran víctimas de un flechazo y todas las mujeres en la popa remaban con la misma artificiosidad. El investigador estaba seguro de que los pasajeros y las mujeres que remaban habían recibido una especie de entrenamiento muy riguroso en una escuela técnica. Ding Gou'er estaba frente a un río mientras caminaba por una carretera asfaltada con ladrillos octogonales de cemento. En ese día de finales de otoño la mayoría de las hojas de sauce en la margen del río se habían caído al suelo; las pocas que colgaban de las ramas parecían ser de un metal dorado; relucientes y preciosas. A medida que seguía el curso de las barcas Ding Gou'er se sintió más y más tranquilo, en paz, todas las preocupaciones mortales desaparecieron de su consciencia. Algunas personas caminan hacia el sol de la mañana; él caminaba hacia la puesta de sol.

Siguió el curso del río, que tomó una curva, y justo en ese momento una extensión mayor de agua apareció frente a él. Las lámparas ya habían iluminado las ventanas de los edificios. Una tras otra, las barcas pararon en la orilla. Los chicos y chicas, enamorados, se bajaron y enseguida les engulleron las calles bulliciosas de la ciudad. El investigador apenas había entrado en ella cuando sintió que estaba en un lugar histórico. Los transeúntes caminaban como fantasmas. Flotaban sin rumbo y eso le hizo sentirse ligero como una pluma;

parecía como si sus propios pies no tocaran el suelo.

Finalmente siguió a la gente al Templo de la mujer inmortal, donde vio a un grupo de bellas mujeres de rodillas haciendo reverencias a la estatua dorada, de cabeza grande y carnosas orejas. Estaban sentadas sobre sus talones. Embelesado, admiró los altísimos tacones de sus zapatos durante un buen rato, se imaginaba los agujeros que debían de hacer en el suelo. Un monje bajito y calvo estaba escondido detrás de una columna, con un tirachinas en la mano, y les estaba disparando al trasero con trozos de barro. Nunca fallaba, y los gritos de las chicas bajo la mujer inmortal lo demostraban. Y después de cada grito fingía que rezaba, cerraba los ojos y recitaba una oración budista. Ding Gou'er se preguntó en qué debía de estar pensando el pequeño monje, se acercó a él y le dio un golpecito en la cabeza con el dedo corazón. Eso también provocó un grito, pero le sorprendió que era una voz femenina. De repente estaba rodeado de docenas de personas que le acusaban de gamberro y de tomarse demasiadas libertades con la pequeña monja, igual que Ah-Q el héroe de la historia de Lu Xun. Un policía le agarró por el cuello y le arrastró fuera del templo, donde le dio un empujón y una patada en el culo. Ding Gou'er se encontró a cuatro patas en las escaleras del templo, como un perro que se pelea en un montón de mierda; tenía el labio roto, se le había caído uno de los paletos y tenía la boca llena de sangre, con un fuerte sabor a salado.

Después, cuando cruzaba un puente, vio destellos en la superficie del agua; venían de las lámparas de calabaza que parpadeaban en el río. Unos barcos muy grandes se hacían a la mar; tocaban canciones y la gente cantaba a bordo; toda la escena parecía una procesión nocturna de genios y hadas.

Más tarde entró en una taberna y vio a una docena de hombres con unos sombreros de ala ancha sentados a una mesa redonda dándose un banquete de pescado y alcohol. El aroma penetró en su nariz y enseguida empezó a salivar. Su sentido de la vergüenza le contuvo las ganas de acercarse y mendigar algo de comer y beber. Sin embargo su hambre voraz enseguida reaccionó y vio un sitio vacío en la mesa. Se apresuró como un tigre hambriento que se abalanza sobre su presa. Entonces cogió una botella de vino con una mano y un trozo de pescado con la otra, se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta. Un enorme alboroto se originó de repente a su espalda.

Poco después se escondió en la sombra de un muro para beberse el vino y comerse el pescado. Apenas quedaban las raspas, pero aun así lo royó y se lo tragó. Se bebió hasta la última gota del vino que había en la botella.

A continuación deambuló por el lugar, observando los reflejos de las estrellas en el río y la luna roja que parecía un bebé arropado en lana dorada. Unos sonidos se hacían cada vez más agudos y entonces se dio la vuelta para ver de dónde venían. Vio un pesado barco de recreo que navegaba por el río hacia él. La luz de la cabina iluminaba a unas chicas con vestidos pasados de moda, que estaban bailando y cantando en la cubierta, al sonido de los tambores y las flautas. En la cabina, una docena de hombres y mujeres muy arreglados estaban sentados en una mesa jugando a juegos de beber a la vez que disfrutaban del exquisito licor y devoraban la comida exótica que tenían delante. Engullían la comida, tanto

los hombres como las mujeres. Con diferente estilo y cada uno a su tiempo. Una mujer con los labios rojos se estaba atiborrando a comida, como una puerca, ni siquiera cogía aire entre mordisco y mordisco. Sólo el verla comer hizo que a Ding Gou'er se le revoliera el estómago. Una vez que el barco de recreo se acercó pudo ver la cara de los pasajeros y oler su aliento putrefacto. Vio caras familiares. Ahí estaba Diamante Jin, la camionera, Yu Yichi, el jefe de sección Wang, el Secretario del Partido Li... incluso otra persona que se parecía considerablemente a él. Todos sus buenos amigos y parientes, sus amantes y enemigos participaban de este banquete caníbal. ¿Por qué un banquete caníbal? Porque el plato principal estaba en el medio de una gran bandeja, aromático y aderezado; un niño regordete con una sonrisa cautivadora.

«Ven aquí, mi querido Ding Gou'er, ven aquí...». El investigador detectó un tono travieso, pero sin lugar a dudas seductor, en la voz de la camionera, que le llamaba con ternura, y entonces vio cómo agitaba de manera tentadora su guante blanco. Detrás de ella estaba el incondicional Diamante Jin, echado hacia delante y susurrándole algo al diminuto Yu Yichi. Él sonreía de manera condescendiente y Yu Yichi lo hacía de manera burlona.

«Protesto», gritó Ding Gou'er, mientras exprimía sus últimas energías para acercarse al barco de recreo. Pero antes de llegar se cayó en una letrina en el suelo que estaba llena de la comida fermentada y de la bebida que vomitaban los residentes de la Tierra del vino y los licores, además de la bebida y la comida que excretaban por el otro lado del cuerpo. El hedor era inimaginablemente asqueroso, como condones usados. Era un terreno propicio para todo tipo de bacterias y un foco de transmisión de enfermedades y microorganismos, un paraíso para las moscas, el cielo sobre la tierra de los gusanos. Sintió que este no era el sitio en el que quería acabar y anunció en voz alta justo antes de que su boca se hundiera en esta especie de residuos, que parecían gachas podridas:

«Protesto, pro...». La implacable mugre de los vómitos y excrementos le precintó la boca a medida que la irresistible fuerza de la gravedad tiraba de él hacia el fondo. En cuestión de segundos, su panoplia de ideales sagrados: la justicia, el respeto, el honor y el amor acompañaron al sufrido investigador criminal a lo más profundo de la letrina...

Capítulo 10



Querido Hermano Mayor Yidou,

He pedido que me compraran el billete de tren a la Tierra del vino y los licores el 27 de septiembre. Según pone llego a las 2.40 de la mañana del día 29. Sé que es una hora nefasta pero es el único tren disponible, así que tengo que molestarte para que vengas a por mí a esa hora.

He leído «Licor del mono» y tengo muchos pensamientos al respecto. Hablaremos sobre este tema en cuanto llegue.

Un abrazo,

Mo Yan



Estaba recostado en una cama dura pero relativamente cómoda, relativamente en comparación con los asientos, por lo tanto el escritor de mediana edad Mo Yan no podía dormirse. Tenía los ojos brillantes, redondos e hinchados, poco pelo y la boca torcida. Las luces encima de su cabeza estaban apagadas; el tren se iba introduciendo en la noche y sólo brillaban las luces del suelo, que eran de un amarillo tenue. Sé que hay muchas semejanzas entre este Mo Yan y yo, pero también muchas diferencias. Yo soy un cangrejo ermitaño y Mo Yan es el caparazón en el que me resguardo. Mo Yan es el paraguas que me protege de la lluvia, que desvía los vientos helados, una máscara que utilizo para seducir a las chicas de buenas familias. Hay veces en las que siento que este Mo Yan es una carga pesada, pero parece como si no me pudiera deshacer de ella, tal y como un cangrejo ermitaño no puede deshacerse de su caparazón. Puedo liberarme de ella en la oscuridad, al menos durante un rato. Le veo en la cama estrecha del tren, con la cabeza en constante movimiento y dando vueltas sobre la almohada diminuta; tantos años como escritor han hecho que tenga artrosis en la columna vertebral y ha hecho que su cuello esté rígido y dolorido; el más leve movimiento se convierte en un verdadero dolor agudo. Este Mo Yan me da asco, para ser sinceros. En este momento su cerebro está ocupado con extraños pensamientos: unos monos destilando alcohol y que son arrastrados por la luna. El investigador forcejea con un enano; las golondrinas hacen sus nidos con saliva y parecen hilos dorados; el enano baila sobre la tripa desnuda de una bella mujer; un Doctor en vinos y licores fornicaba con su propia suegra; una reportera saca fotos a un bebé estofado; viajes, insultos a la gente... ¿Cómo va a disfrutar esos pensamientos que invaden su mente?, me pregunto.

«Siguiente parada: la Tierra del vino y los licores —anuncia una revisora muy delgada y bajita mientras camina por el pasillo, a la vez que recoge los billetes y los mete en una bolsa cuando pasa—. Siguiente parada: la Tierra del vino y los licores. Los billetes por favor».

Enseguida Mo Yan y yo nos fundimos en uno. Se recuesta en su cama del compartimento, lo que significa que yo también me recuesto. Siento la tripa hinchada y el cuello tenso; me cuesta respirar y me sabe fatal la boca. Este Mo Yan es tan desagradable que cuesta tragar. Veo cómo saca la cartera de su vieja chaqueta gris y le da el billete a la joven, luego salta con torpeza de su cama y busca sus malolientes zapatos; sus pies apestan y parecen cangrejos ermitaños en busca de nuevos caparazones. Tosió dos veces, luego envolvió la ennegrecida taza, que usaba para lavarse la cara y los pies, con el trapo mugriento, la metió en una bolsa gris de viaje y se sentó durante unos segundos, atontado, mirando fijamente el pelo de la vendedora farmacéutica que dormía en la cama de debajo y que hacía muchos ruidos. Al final se puso de pie y caminó hacia la puerta.

Cuando me bajé del tren me llamó la atención el contraste de las gotas blancas de lluvia con la luz amarillenta de las lámparas. La estación de tren estaba desierta a excepción de dos hombres con dos abrigos azules. Unos conductores se apiñaban en silencio en las puertas de los coches, como gallinas en un gallinero que han conseguido sobrevivir otra larga noche. El tren está quieto, parece abandonado. El rugido del agua detrás del tren indica que han rellenado las cisternas. Justo delante de él los faros del tren son cegadores. Un hombre vestido con uniforme da golpes a las ruedas del tren con un mazo, como un pájaro carpintero. Los vagones rugen y las vías desaparecen a lo lejos bajo una luz brillante, también están empapadas; todo indica que ha estado lloviendo durante mucho tiempo, aunque cuando estaba en el tren no me he dado cuenta. Hace dos días, cuando estaba saliendo de Beijing, mi autobús pasó por la plaza de Tiananmén, donde la luz del sol resplandeciente resucitó los dorados crisantemos y las flores de un rojo feroz. Sun Yat-sen^[23], que estuvo en la plaza y Mao Zedong, que cuelga de la pared de la Ciudad Prohibida, se intercambiaron mensajes en silencio detrás de la bandera de cinco estrellas que cuelga de un asta nueva. He leído en el periódico que el asta tiene más de cuarenta metros de alto y aunque no parece que sea tan alta, tiene que serlo, dado que nadie se atrevería a abaratar costes en erigir esta columna sagrada. No he salido de Beijing durante casi diez años, envuelto en la piel del escritor Mo Yan, así que me siento cómodo en este sitio. Geológicamente hablando es un terreno seguro, sin fallas por debajo. Ahora aquí estoy, en la Tierra del vino y los licores, y está lloviendo. Cuando te vas de un sitio a otro no puedes estar seguro del tiempo. Yo nunca pensé en la posibilidad de que la estación de tren de la Tierra del vino y los licores fuera tan tranquila, así de tranquila, bañada por una suave lluvia, una luz cálida y dorada, unas vías férreas brillantes, una noche fresca, un aire limpio y refrescante y un socavón oscuro que corre por debajo de los raíles. La pequeña estación de tren da la sensación de ser un escenario de una novela de detectives, y me gusta... quizá pueda añadir en alguna parte: «Cuando Ding Gou'er estaba caminando por el pasadizo bajo las vías del tren el olor a niño estofado seguía en su nariz. Grasa brillante de un rojo oscuro corría por la cara de la criatura diminuta y por el cuerpo dorado; una sonrisa de un misterio impenetrable se esbozaba en su boca...».

Observo cómo el tren ruge con fuerza y traquetea fuera de la estación. Hasta que la luz roja del último vagón desaparece en la curva y hasta que la noche cerrada no se lleva el estruendo, como una ilusión fragmentada, no cojo mi maleta y empiezo a andar por el túnel lleno de baches de debajo de las vías, que apenas está iluminado, tan sólo con unas cuantas bombillas de baja potencia. Cojo la maleta y coloco las ruedas para tirar de ella detrás de mí. Pero el ruido de las ruedas agita y alborota mi mente y mi corazón, así que la cojo y la llevo sobre mi espalda. Mis pisadas se magnifican en este túnel, lo que me hace sentirme vacío por dentro igual que Ding Gou'er... Las experiencias de este investigador en la Tierra del vino y los licores deberían haber estado relacionadas con este túnel subterráneo. Por aquí podría haber un mercado secreto para comprar y vender carne de niño en alguna parte; o una panda de borrachos, de putas, de mendigos y de perros medio locos dándose una vuelta, y aquí podría encontrar pistas importantes... Las descripciones únicas de una escena juegan un papel decisivo a la hora de que la ficción tenga éxito y cualquier novelista de primera categoría sabe que hay que cambiar el escenario en el que los personajes llevan la acción, ya que no sólo disimula los defectos del escritor sino que además aumenta el entusiasmo del lector en el proceso. Aborto en sus pensamientos, Mo Yan gira en una esquina y ve a un anciano hecho un ovillo en un rincón, con una manta hecha jirones envuelta sobre los hombros. A su lado yace una botella verde de licor. Me consuela saber que en la Tierra del

vino y los licores hasta los mendigos tienen acceso a la bebida. Dada la cantidad de relatos que ha escrito el Doctor en vino y licores, Li Yidou, (todos ellos relacionados con el alcohol), ¿por qué no ha escrito uno sobre mendigos? Un mendigo alcohólico no quiere ni dinero ni comida, sólo quiere alcohol, y una vez que está borracho puede bailar y cantar, vivir la vida fácil y libre de un inmortal. Li Yidou, qué tipo tan curioso, me pregunto cómo será. Tengo que admitir que los relatos que me ha mandado han transformado completamente mi propia novela. Tenía pensado que Ding Gou'er fuera un agente especial con casi poderes sobrenaturales, un hombre de un talento brillante y extraordinario; sin embargo ha acabado siendo un borracho inútil. No puedo continuar la historia de Ding Gou'er y es por eso por lo que he venido a la Tierra del vino y los licores: en busca de inspiración, para buscarle un final mejor a mi investigador criminal en lugar de ahogarle en una letrina comunal.

Mo Yan reconoció a Li Yidou, el Doctor en vinos y licores y escritor *amateur* de relatos cortos, cuando se acercaba a la salida, una conclusión a la que llegó de manera instintiva cuando vio a un hombre alto, delgado y con la cara triangular. Se encaminó directamente hacia esos ojos ligeramente amenazadores.

El hombre tenía su mano grande y huesuda sobre la barrera de seguridad y dijo:

—Si no me equivoco usted debe de ser Mo Yan.

Mo Yan le dio un apretón con su mano helada y le dijo:

—¡Siento haberte causado tantos problemas, Li Yidou!

La mujer de seguridad del tren le pidió a Mo Yan que le enseñara el billete.

—¿Enseñar el qué? —gritó Li Yidou con todas sus fuerzas—. ¿Sabe quién es este hombre? Es Mo Yan, el hombre que ha escrito la película de *Sorgo rojo*, ese mismo. Es un invitado de honor de nuestro Comité Municipal del Partido y del gobierno ¡es ese mismo!

Desconcertada durante unos momentos miró a Mo Yan sin palabras, lo que a él le pareció embarazoso. Enseguida le dio el billete, pero Li Yidou tiró de su brazo.

—Discúlpala —dijo.

Li Yidou cogió la maleta de Mo Yan y la cargó a los hombros. Debía de medir como mínimo un metro ochenta, una cabeza más alto que Mo Yan, que se consoló al darse cuenta de que Li Yidou pesaba como mínimo veinte kilos menos que él.

—Muy señor mío —dijo Li Yidou con energía—. En cuanto me llegó su carta le conté al secretario del Comité del Partido Municipal Hu las nuevas y fabulosas noticias y dijo: «Déle mi bienvenida, mi más sincera bienvenida». Salí corriendo y llevo aquí desde anoche, esperando en el coche.

—Pero en mi carta te dejaba claro que llegaría el 29 muy temprano.

—Tenía miedo de que llegara antes de la hora —contestó Li Yidou—. En tal caso hubiese estado solo en una ciudad extraña. Prefería llegar antes que tenerle a usted esperándome.

—Realmente te estoy causando muchas molestias —dijo Mo Yan con una sonrisa, agradecido.

—Al principio las autoridades municipales querían que el subsecretario Diamante Jin viniera a por usted, pero dije que dado que usted y yo somos amigos y que entre nosotros no tenemos que hacernos cumplidos yo era la persona idónea para venir a buscarle.

Caminamos hacia un lujoso sedán aparcado en una plaza iluminada por un grupo de farolas de la calle. La lluvia hacía que el sedán pareciera todavía más lujoso de lo que era.

—El gerente general Yu le espera en el coche —dijo Li Yidou—. El coche es de su taberna.

—¿Quién es el gerente general Yu?

—¡Yu Yichi, por supuesto!

Mo Yan se puso un poco nervioso a medida que le pasaban por la cabeza numerosas descripciones de Yu Yichi.

—El gerente general Yu Yichi insistió en venir —comentó Li Yidou—. Quería ser el primero en disfrutar de su llegada porque sabe cómo tratar a un amigo. Muy señor mío, no —por favor no— le juzgue sólo por la apariencia. Si le muestra una pizca de respeto él le devolverá una tonelada de respeto.

Las palabras seguían colgando en el aire cuando la puerta de un coche se abrió y se bajó un hombre diminuto de menos de medio metro de alto («Doce pulgadas Yichi» era una exageración de su pequeñez). Era bajito pero robusto, bien vestido, parecía un miembro de la nobleza.

—¡Mo Yan, pequeño diablillo, así que al final lo has conseguido! —le gritó con una voz ronca en cuanto se bajó del coche. Corrió hacia Mo Yan, le agarró la mano y se la sacudió con fuerza, como si fueran viejos amigos que no se han visto durante años.

Mientras Mo Yan le agarraba la mano tensa y nerviosa no podía evitar sentir remordimientos al pensar en cómo Ding Gou'er había matado a este hombre. ¿Por qué había considerado necesario matarle? Un pequeño e intrigante hombre como este, adorable como un muñeco... ¿qué más daba que hubiese hecho el amor con la camionera? No debería haber muerto; él y Ding Gou'er deberían haberse hecho amigos y juntos podrían haber acabado con el caso de los criminales come-niños.

Yu Yichi le abrió la puerta del coche a Mo Yan. Una vez que subió junto a su huésped

le dijo, liberando un aliento a borracho:

—El Doctor habla de ti todo el día. Te lo digo, este tipo te adora. Pero ahora que te tengo cara a cara te tengo que decir que no eres tan guapo como decía. De hecho en realidad pareces un vendedor mediocre de alcohol barato.

Molesto por el comentario Mo Yan contestó con un notable sarcasmo:

—Es por eso por lo que el gerente general Yu y yo llegaremos algún día a ser buenos amigos.

Yu Yichi se rio como un niño pequeño.

—¡Eso es fantástico! Un hombre que es más feo que Picio y un enano, amigos. ¡Vámonos conductora!

La mujer detrás del volante, que no era una enana, estaba sentada en silencio. Una luz turbia de la plaza le iluminaba el rostro y Mo Yan se dio cuenta de que tenía una cara muy bonita y un cuello largo y precioso.

Los faros del coche se encendieron y la mujer arrancó y salió de la plaza con destreza, salpicando agua detrás del coche. El olor a riqueza pendía del ambiente. Un tigre de juguete bailaba y reía en el salpicadero. La música era muy buena; el coche parecía balancearse con la música como si naufragara en alta mar. Ni siquiera se toparon con un gato callejero sobre la avenida, perfectamente asfaltada. La Tierra del vino y los licores parecía muy grande. Los edificios de nueva construcción bordeaban la avenida; el Doctor en vinos y licores no exageraba cuando llamaba a la Tierra del vino y los licores una metrópolis muy bulliciosa.

Mo Yan siguió a Yu Yichi a la taberna, y Li Yidou, con la maleta todavía en el hombro, iba pisándoles los talones. El interior de la taberna era tan apetecible como se había imaginado, con el suelo de mármol encerado con un brillo único. Una mujer con gafas estaba sentada detrás del mostrador de la entrada; no era una enana. Yu Yichi le dijo que pusiera a su invitado en la habitación 310. Con la llave en la mano llevó al grupo de personas al ascensor y apretó el botón apresurada, para que nadie lo llamara antes. Cuando el ascensor se abrió Yu Yichi entró rápidamente y a continuación entró Mo Yan, aunque al principio era un poco reacio a hacerlo. Li Yidou entró después, seguido de la mujer de las gafas, después de la cual se cerró la puerta. Mientras el ascensor subía hacia el piso 3 una cara feísima y cansada se reflejaba en la puerta de metal. A Mo Yan le costaba creer que fuera tan feo. En pocos años, descubrió, había envejecido considerablemente. Vio el reflejo de la mujer de gafas con los ojos adormilados al lado de él y de repente se giró para mirar los números del panel del ascensor. Empezó a pensar... el exhausto Mo Yan por fin estaba cara a cara con su rival Yu Yichi en los estrechos confines de un ascensor. Cuando dos enemigos se encuentran sus ojos brillan con llamaradas de envidia... Yo, por otro lado, me estoy concentrando en la joven de gafas, en la piel suave de su cuello y sus senos, pensamientos y fantasías que pasan por mi cabeza como un rayo en el cielo, como un corcel celestial; los recuerdos del pasado vagaban por su mente. Una vez, cuando tenía catorce años, le toqué los senos a una chica. Con una

risita dijo: «Vaya, sabes cómo tocarlas incluso a tu edad, ¿eh? ¿Quieres ver cómo son?». «Sí», contesté. «Vale», dijo ella. Me sentía muerto de los nervios. Y esa gran puerta morada hacia la pubertad se abrió de golpe con un rugido cuando esa chica empezó a desabrocharse la blusa. Me precipité por la puerta sin pensar en las consecuencias, dejando mi niñez, cuando salía a correr con los animales y a jugar con los pájaros, detrás, de una vez por todas. El ascensor hizo mucho ruido, se paró y la puerta se abrió. La joven de las gafas nos llevó a la habitación 310, abrió la puerta y se echó a un lado para dejarnos pasar. Mo Yan, al que nunca le habían gustado las habitaciones de primera categoría, entró en su suite lujosa y se sentó en el sofá.

—Esta es la mejor habitación, espero que sea de su agrado —dijo Yu Yichi.

—Cualquier cosa está bien —dijo Mo Yan—, como viejo veterano puedo vivir en casi todas partes.

—Las autoridades te iban a instalar en la casa de huéspedes del Comité Municipal del Partido —dijo Li Yidou— pero las mejores habitaciones estaban reservadas para los invitados de honor extranjeros y compatriotas de Hong Kong, Macao y Taiwán que han venido al Primer Festival Anual del Licor del mono.

—Aquí mejor —afirmó Mo Yan—. Prefiero estar lo más lejos posible de los altos mandos.

—Mo Yan evita a toda costa estar en primera plana, prefiere estar tranquilo y en paz —remarcó Li Yidou.

Con una risa Yu Yichi dijo:

—¿Puede un hombre que ha escrito *Sorgo rojo* realmente huir de la fama y preferir la paz y la tranquilidad? No llevas trabajando en el Departamento de Propaganda ni dos días y ya eres un experto lameculos.

Li Yidou, avergonzado, dijo:

—No se tome muy a pecho los comentarios del gerente general Yu, Mo Yan. Es famoso en la Tierra del vino y los licores por su lengua viperina.

—No pasa nada —respondió Mo Yan—, yo también puedo tener una lengua viperina.

—Se me ha olvidado mencionar, muy señor mío, que me han transferido al Departamento de Propaganda del Comité del Partido Municipal —dijo Li Yidou—. Mi trabajo consiste en preparar anuncios publicitarios.

—¿Y qué pasa con tu tesis doctoral? —preguntó Mo Yan—. ¿La has acabado?

—Puede esperar. Este tipo de trabajo encaja más conmigo. Los comunicados de

prensa se acercan más al trabajo creativo.

—Me parece bien —dijo Mo Yan.

—Prepárale un baño caliente a nuestro invitado, señorita Ma —dijo Yu Yichi—. Haz que se lave ese cuerpo sudoroso y apestoso.

Con un movimiento lacónico la joven de las gafas entró en la habitación, en la que enseguida se oyó el sonido del agua correr.

Yu Yichi abrió las puertas del mueble bar, en el que había docenas de botellas de licores diversos.

—¿Cuál quieres? —le preguntó a Mo Yan.

—Ninguno para mí, no tan temprano —contestó Mo Yan—. Voy a esperar.

—¿Qué quieres decir con esperar? —preguntó Yu Yichi—. La primera responsabilidad de un visitante nada más llegar a la Tierra del vino y los licores es tomarse una copa.

—Prefiero una taza de té.

—No vas a encontrar una gota de té en la Tierra del vino y los licores —respondió Yu Yichi—. El licor es nuestro té.

—Donde fueres haz lo que vieres, muy señor mío —le dijo Li Yidou a Mo Yan.

—Bueno, está bien.

—Ven aquí y elige tu veneno —dijo Yu Yichi.

La gran diversidad de botellas, cada una de ellas del mejor alcohol del mercado, abrumó a Mo Yan.

—Me han dicho que eres un bebedor de primera clase —comentó Yu Yichi—. ¿Es eso cierto?

—Para serte sincero no soy tan bueno y mis conocimientos sobre la materia son limitados.

—La modestia no te queda bien —dijo Yu Yichi—. Además, he leído todas las cartas que le has escrito a Li Yidou.

Mo Yan le lanzó una mirada de descontento a Li Yidou, quien salió en su propia defensa:

—El gerente general Yu es uno de los nuestros. No hay nada de lo que preocuparse.

Yu Yichi cogió una botella de «Hormigas verdes» y dijo:

—Después de una noche en un tren no deberías beber algo muy fuerte.

—«Hormigas verdes» es una elección excelente —dijo Li Yidou con amabilidad—. Una de las creaciones de mi suegro. Se ha destilado del sorgo y de judías *mung*. A lo que se le ha añadido una docena o más de hierbas medicinales extrañas. Beber es como escuchar a una mujer hermosa tocar la cítara, una interpretación mágicamente concebida que te hace recrear cosas del pasado remoto.

—Ya es suficiente —le interrumpió Yu Yichi—. Tú y tus interminables métodos de venta.

—Ahora ya sabes por qué me han transferido al Departamento de Propaganda. Publicidad, eso es lo que necesitamos para nuestro Primer Festival Anual del Licor del mono y yo soy, al fin y al cabo, un Doctor en vino y licores.

—Futuro Doctor —dijo Yu Yichi con tono burlón.

Yu Yichi sacó los vasos de cristal del mueble bar y los llenó hasta el borde con un licor verde.

Antes de ir a la Tierra del vino y los licores Mo Yan había leído sobre los licores y había aprendido una o dos cosas sobre las reglas de la cata. Levantó el vaso, lo tocó con la punta de la nariz y lo olió; luego, con la mano aireó el aroma del licor acercándose a la cara. A continuación se colocó el vaso justo debajo de la nariz e inhaló profundamente, luego aguantó la respiración, cerró los ojos y adquirió la imagen de un hombre sumido en sus pensamientos. Después de un rato abrió los ojos y dijo:

'—No está nada mal, tenías razón. Tiene el aroma y el sabor de la antigüedad, refinado y solemne. No es malo para nada.

—Vaya, me impresionas —dijo Yu Yichi—. Sí que sabes una o dos cosas, sí.

—Mo Yan es un experto innato del fino licor —apuntó Li Yidou.

Mo Yan sonrió con suficiencia.

Justo en ese momento llegó la chica de las gafas.

—El baño está listo, Gerente General —informó.

—De un trago —dijo Yu Yichi, chocando la copa de Mo Yan contra la suya—. Date un baño y descansa. Puedes dormir un par de horas, el desayuno no está listo hasta las siete.

Mandaré a alguna de las chicas para que te despierte.

Después de beberse el licor del vaso le dio un golpecito en la rodilla a Li Yidou y dijo:

—Hora de irse, Doctor.

—Podéis dormir aquí —dijo Mo Yari bromeando—. Nos podemos apretar los tres.

Con un guiño Yu Yichi dijo:

—Las reglas de este lugar no permiten que los hombres compartan la misma habitación.

Li Yidou iba a dar su opinión cuando Yu Yichi le dio un empujón.

—¡He dicho que nos vamos!

Ahora, finalmente, era capaz de despojarme del caparazón de Mo Yan. Bostecé, escupí en la escupidera y me quité los zapatos y los calcetines. Alguien llamó con suavidad a la puerta. Con rapidez me subí los pantalones, que estaban a la altura de las rodillas, me estiré la camisa y fui a abrir la puerta. La señorita de las gafas, Ma, entró a toda prisa.

Estaba sonriendo y ya no tenía los ojos adormilados.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Mo Yan con decoro, con la adrenalina por las nubes.

—El gerente general Yu me ha mandado que le eche «Hormigas verdes» en la bañera —respondió la señorita Ma.

—¿Alcohol en la bañera?

—Es creación del gerente general Yu —explicó la señorita Ma—. Afirma que el licor en el baño es muy bueno para la salud. El alcohol mata los gérmenes, relaja los músculos y estimula el riego sanguíneo.

—¡No me sorprende que este lugar se llame la Tierra del vino y los licores!

La señorita Ma le quitó el corcho a la botella de licor y entró en el baño, con Mo Yan pegado a sus talones. La habitación seguía llena de vaho y tanta blancura creaba un ambiente romántico. La señorita Ma vació la botella en la bañera, lo que liberó un fuerte, aunque estimulante, aroma a alcohol, por supuesto.

—Ya está listo, Mo Yan, señor, ya puede meterse en la bañera.

La joven sonrió a medida que caminaba y Mo Yan detectó una vaga sensación de

romanticismo en su sonrisa. Casi se apoderan las emociones de él, estuvo a punto de abrazar a la chica y de darle un beso en su mejilla sonrosada. Pero apretó la mandíbula para controlar sus instintos y vio cómo la señorita Ma salía de la habitación.

Después de que se fuera del baño, Mo Yan se quedó de pie durante unos segundos antes de quitarse la ropa. La habitación tenía una atmósfera cálida y primaveral. Una vez desnudo se frotó su protuberante ombligo y se miró a sí mismo en el espejo. No era una vista muy alentadora. Se felicitó a sí mismo por no haber cometido un grave error un momento antes.

Sintió el agua hirviendo y el alcohol abrasador nada más entrar en la bañera; poco a poco se sumergió hasta que sólo le asomaba la cabeza, que apoyó contra el borde de la bañera. El agua, realzada con el licor y de un tono ligeramente verdoso, hacía que le picara la piel, de manera dolorosa, pero en cierta manera agradable. «¡Ese maldito enano —maldijo contento— él sí que sabe cómo vivir la vida!». En cuestión de segundos el dolor había desaparecido. Podía sentir que la sangre de las venas le corría más rápido que nunca en su vida; sus articulaciones se sentían lubricadas y suaves. Unos minutos después, la transpiración cubría su frente. Su cuerpo estaba relajado y su frente empezó a sudar. Hace años desde la última vez que sudé, pensó. Todos mis poros están abiertos... Debería dejar que Ding Gou'er se remojará en un baño de «Hormigas verdes» y que una joven entrase justo en ese momento. Este es el tipo de cosas que necesita un *thriller*...

El baño acabó y Mo Yan salió de la bañera, se cubrió los hombros con un albornoz que olía a césped y se estiró perezosamente en el sofá. Se sentía sediento, por lo que cogió una botella de vino blanco del mueble bar. Cuando estaba a punto de sacarle el corcho la señorita Ma volvió a entrar a la habitación, esta vez sin llamar. Mo Yan se puso tenso con su llegada y corrió a atarse el albornoz y a taparse bien las piernas. En realidad tenso no era la palabra; lo que sentía era mucho más agradable que eso.

La señorita Ma le quitó la botella de la mano, la abrió y le llenó un vaso.

—Mo Yan, señor, el gerente general Yu me ha mandado que le dé un masaje.

Gotas de sudor volvían a rodar por la frente de Mo Yan a la vez que tartamudeaba:

—No hace falta, casi ha salido el sol.

—Por favor no lo rechace, el Gerente General me ha mandado que venga y lo haga.

Así que Mo Yan se tumbó en la cama y dejó que la señorita Ma le diera un masaje. Durante todo el tiempo se estuvo concentrando en la imagen de un par de esposas para evitar hacer lo que no debía.

Yu Yichi le sonrió burlonamente durante todo el desayuno, lo que hizo que Mo Yan se sintiera muy incómodo. Sabía que cualquier cosa que comentara sería superflua y que al fin y al cabo el silencio lo dice todo.

Li Yidou corrió sin respiración a la mesa. Mo Yan le preguntó compasivo al verle las ojeras y la cara demacrada:

—¿No has dormido nada?

—El periódico provincial me ha estado presionando para cerrar un artículo, así que me volví a la oficina para acabarlo.

Mo Yan llenó un vaso con licor y se lo dio.

—Mo Yan, muy señor mío —dijo después de beberse el licor—. El secretario del Partido Hu quiere que visite la ciudad por la mañana y que luego se encuentre con él para almorzar.

—No es necesario —dijo Mo Yan—. El Secretario del Partido es un hombre muy ocupado.

—Pero tiene que ir —insistió Li Yidou—. Es usted un invitado de honor. ¡Además, la Tierra del vino y los licores va a contar con su pluma heroica para hacerse famosa!

—¿Mi pluma heroica?

—Mi querido Mo Yan, desayuna —dijo Yu Yichi.

—Sí, eso, Mo Yan, muy señor mío —dijo Li Yidou—. Por favor, coma.

Mo Yan se acercó la silla a la mesa y apoyó los codos y las muñecas en el mantel blanco. La luz del sol se colaba entre las ventanas e iluminaban cada rincón del pequeño comedor. Unas notas de jazz caían del techo, que parecía que estuviera muy lejos. Los acordes mudos de una trompeta llegaban al alma. Estaba pensando en el masaje y en la señorita Ma.

El desayuno consistía en seis platos que eran una variedad atractiva de verdes y rojos. Les acompañaba leche, huevos fritos, tostadas, mermelada, rollitos al vapor, gachas de arroz, huevos de pato salteados, cuajada de judías fritas fermentadas, tartas de sésamo, rosquillitas... tantas opciones que apenas las podía contar. Una combinación de comida china y occidental.

—Un rollo al vapor y un bol de gachas de arroz son suficientes para mí —dijo Mo Yan.

—Cómetelo todo —dijo con insistencia Yu Yichi—. No tienes que guardar las formas. La Tierra del vino y los licores está llena de comida.

—¿Y para beber? —le preguntó Li Yidou—. ¿Qué licor quieres?

—¿Con el estómago vacío? No gracias.

Yu Yichi dijo:

—Toma un vaso, sólo uno. Es la costumbre.

—Mo Yan tiene un estómago delicado —dijo Li Yidou—. Un vaso de licor de jengibre le entonará.

—Señorita Yan —gritó Yu Yichi—. Ven a servirnos el licor.

Una camarera apareció, todavía más adorable que la señorita Ma. Dejó completamente encandilado a Mo Yan.

—Querido Mo Yan —dijo Yu Yichi a la vez que le daba un golpecito en el hombro—, ¿qué opinas de las chicas de la taberna Yichi?

—Son como las diosas de la luna —contestó.

—La Tierra del vino y los licores no es sólo famosa por sus magníficos licores. Nuestras mujeres son igual de magníficas —alardeó Li Yidou—. Las madres de Xi Shi y Wang Zhaojun nacieron en la Tierra del vino y los licores.

Yu Yichi y Mo Yan se rieron.

—No se rían —protestó Li Yidou—. Tengo pruebas.

—Deja de decir tonterías —dijo Yu Yichi—. Si lo que quieres son grandes historias pregunta a Mo Yan, él es el maestro.

Li Yidou se rio.

—Tienes razón. Estoy alzando mi hacha sobre el mejor luchador con hachas del mundo.

Acabaron de desayunar entre más charlas y risas. La señorita Yang le dio a Mo Yan una toallita caliente y perfumada, con la que se secó la cara y las manos. No recordaba haber sentido tanto bienestar antes.

Cuando se tocó las mejillas su piel estaba suave y sedosa. Se sintió completamente relajado.

—Propietario Yu —dijo Li Yidou—, contamos contigo para comer en tu taberna una comida fabulosa.

—¿Necesitas decírmelo? No me atrevería a ofrecerle a Mo Yan nada que no sea de la

mejor calidad; es nuestro gran invitado de honor.

—He pedido un coche, Mo Yan, muy señor mío —dijo Li Yidou—. Podemos dar un paseo si le apetece o si no podemos ir en coche.

—Dile al conductor que tiene la mañana libre —dijo Mo Yan—. Caminaremos por donde nos lleven nuestros pies.

—Lo que desee —dijo Li Yidou.

三

Mo Yan y Li Yidou están caminando por la Avenida del burro.

La Avenida del burro está asfaltada con viejas baldosas, que la lluvia de toda la noche ha lavado. Un olor acre y agudo se levanta de entre las grietas de la carretera, lo que le recordó a Mo Yan una de las historias de Li Yidou.

—¿Existe de verdad un burro fantasmagórico y negro que frecuenta esta calle?

—Eso es una leyenda —dice Li Yidou—. Nadie lo ha visto en realidad.

—Tiene que haber infinitos fantasmas de burros que vaguen por esta calle —dice Mo Yan.

—Eso es un hecho. La historia de esta calle se remonta al menos doscientos años, y el número de burros que han matado aquí es incalculable.

—¿Cuántos al día? —pregunta Mo Yan.

—Veinte, como mínimo —contesta Li Yidou.

—¿Cómo es posible que haya tantos burros?

—¿Abriría alguien una carnicería si no hubiera suficientes burros que matar? —le dijo Li Yidou convincentemente.

—¿Hay clientes suficientes?

—A veces se van a casa con las manos vacías.

Mientras comentan la situación un hombre que parece un campesino se acerca hacia ellos con dos burros gordos y negros. Mo Yan se dirige a él.

—Oiga, viejo aldeano, ¿vende usted esos burros?

El hombre le lanza una mirada gélida a Mo Yan sin responderle, luego continúa el paso.

—¿Quieres ver cómo descuartizan a un burro? —le pregunta Li Yidou.

—Sí —contesta Mo Yan—. Claro que sí.

Así que se dan la vuelta y siguen al hombre que está llevando a los burros por la calle. Cuando llega a la carnicería de la familia Sun el hombre grita:

—Aquí están los burros, jefe.

Un hombre calvo de mediana edad sale corriendo de la carnicería.

—¿Qué te ha hecho tardar tanto, Viejo Jin?

—Me ha detenido la llegada del ferry —le dice el Viejo Jin.

El hombre calvo abre la puerta lateral del establecimiento.

—Mételos dentro —dice.

—Oye, Viejo Sun. —Li Yidou da un paso y se acerca para saludar al hombre.

—Mi, mi... —el hombre calvo está sorprendido—. Es un poco pronto para dar un paseo ¿no, viejo amigo?

Li Yidou señala a Mo Yan.

—Este hombre es un escritor muy importante de Beijing —dice—. Mo Yan, el tipo que escribió la película *Sorgo rojo*.

—No te dejes llevar, Yidou —dice Mo Yan.

—¿Sorgo rojo? —pregunta Calvito mirando a Mo Yan—. ¿Eso no es lo que se usa para hacer un buen licor?

—A Mo Yan le gustaría ver cómo descuartizas a un burro.

Calvito, incómodo con la idea, tartamudea...

—Eh... *umm*... hay sangre por todas partes, no querréis que os persiga la mala suerte...

—No pongas excusas —dice Li Yidou—. Mo Yan es un invitado del secretario Hu del Comité del Partido Municipal. Va a hacer publicidad de la Tierra del vino y los licores.

—¡Ah! —dice Calvito—. Es un periodista. Entrad, entrad y vedlo vosotros mismos. Esta tiendecita puede servir para hacer publicidad.

Mo Yan y Li Yidou siguen a los burros negros a la parte trasera, donde Calvito les da vueltas para examinarlos. Los burros, aparentemente asustados, se apartan de él.

—Para todos los burros este hombre es el carnicero del Infierno —comenta Li Yidou.

—He visto burros mejores Viejo Jin —dice finalmente Calvito.

—Tienen la carne tierna, la piel negra y brillante... han sido alimentados con tartas de judías. ¿Qué más quieres?

—¿Quieres saberlo? —dice Calvito—. Estos burros han sido alimentados con hormonas. ¡No van a saber bien!

—¿Qué demonios voy a haberles dado hormonas? —dice Viejo Jin—. Devuélvemelos ahora mismo. ¿Los quieres o no? Si nos los quieres me los llevo. ¡No eres el... el único carnicero de esta calle!

—Tranquilízate amigo —dice Calvito—. Nos conocemos desde hace años y aunque me trajeras un par de burros hechos de cartón te los compraría y los quemaría como ofrenda al dios de la cocina.

Viejo Jin estira la mano.

—¿Cuánto me das?

Calvito le estrecha la mano al hombre; las dos manos están cubiertas por las mangas de sus chaquetas.

—Así es como se hace por aquí —susurra Li Yidou a Mo Yan, que está obviamente perplejo—. El precio del ganado lo marca el número de dedos.

Las expresiones en las caras de Calvito y el hombre que vende los burros lo dicen todo. Parecen actores de un drama mudo.

La imaginación de Mo Yan se resiente por las expresiones de sus caras.

Calvito gira el brazo.

—Esa es mi oferta final —dice—. ¡No puedo subirla más, ni un centavo más!

El brazo del vendedor de burros también se aparta enfadado.

—¡Quiero esta cantidad!

Calvito aparta la mano.

—Te lo he dicho —insiste—. No puedo subir más. ¡O lo coges o te llevas a tus burros!

El hombre suspira.

—Calvito Sun —dice con voz alta—. ¡Calvito Sun, eres un hijo de puta, puedes ir directo al Infierno, donde los burros te comerán y luego te escupirán al suelo!

—¡Primero te comerán a ti, maldito vendedor de burros! —le respondió Calvito lleno de ira.

El hombre desata las cuerdas. El trato está hecho.

—Madre de nuestra hija pequeña, dale a Viejo Jin un bol de licor fuerte.

Una mujer de mediana edad salpicada de grasa entra con un bol grande y blanco lleno de licor y se lo da a Viejo Jin.

Viejo Jin coge el bol pero no se lo bebe. En su lugar mira a la mujer y dice:

—Señora, hoy he traído un par de burros negros. Dos penes de burro deberían duraros mucho tiempo.

Echando espumarajos por la boca, la mujer dice:

—Nunca he tenido dos baratijas de esas entre mis manos. Pero tu vieja esposa seguro que está contenta con el pene de burro que tiene en casa.

Con una fuerte risotada Viejo Jin se bebe de un trago el licor y le da el bol a la mujer. Entonces, después de atarse las cuerdas a la cintura dice con voz alta:

—Luego vendré a por el dinero Calvito.

—Haz lo que tengas que hacer —responde Calvito—. Pero no olvides comprar «algo suculento» para «darle el pésame como tú sabes» a la Viuda Cui.

—Ya tiene a alguien —dice Viejo Jin— así que no tendré la buena suerte de darle el pésame nunca más. —Dicho eso, sale dando zancadas por la tienda, pasa por delante del mostrador y sale a la Avenida del burro.

En este momento Calvito tiene un mazo en la mano y está listo para empezar la matanza. Se gira hacia Li Yidou y dice:

—Tú y el periodista quedaos ahí, amigos. No os querréis estropear la ropa.

Mo Yan se da cuenta de que los dos burros están pegados a la esquina, muy mansos, no tratan ni de huir ni rebuznan tristes. Están, sin embargo, temblando.

—Da igual lo fuerte que sea un burro —comenta Li Yidou—, cuando le ven sólo pueden temblar.

Calvito camina y se pone detrás de uno de los burros, levanta el mazo salpicado en sangre y da un golpe seco entre la pata del burro y su pezuña. Los cuartos traseros del burro se desploman en el suelo. El siguiente golpe es en la frente del animal, que yace en el suelo con las patas estiradas como garrotes de madera. En lugar de tratar de huir el otro burro aprieta la cabeza fuerte contra la pared, como si tratara de derribarla.

Entonces Calvito acerca un cuenco y lo coloca debajo del cuello roto del burro, coge un cuchillo de carnicero y le corta la arteria carótida al animal, lo que hace que un torrente de sangre purpúrea caiga en el cuenco...

Después de ser testigos de la matanza del burro Mo Yan y Li Yidou vuelven a la Avenida del burro.

—Eso ha sido muy cruel, maldita sea —dice Mo Yan.

—Es mucho más humano que antiguamente —dice Li Yidou.

—¿Cómo era entonces?

—En los últimos años de la dinastía Qing había en la Avenida del burro una carnicería famosa por su deliciosa carne de burro. Así era como lo hacían: cavaban un hoyo en el suelo y lo cubrían con tablas gruesas con cuatro agujeros en las esquinas para las patas del burro. De ese modo no podían oponer resistencia. A continuación les empapaban las patas al burro con agua hirviendo y le limpiaban cada centímetro de piel. Los clientes elegían la parte que querían comer y el carnicero se la cortaba en el momento. A veces ya habían vendido toda la carne del animal y seguías oyendo los resuellos lastimeros del animal. ¿Dirías que eso no es cruel?

—Me temo que sí —dice Mo Yan, chasqueando la lengua.

—La carnicería de la familia Xue recuperó este método de matanza no hace mucho e hizo un gran negocio hasta que los concejales le pusieron fin.

—¡Bien hecho!

—Si quiere que le sea sincero —dice Li Yidou—, la carne no era muy buena.

—Tu suegra dice que a la calidad de la carne le afecta el miedo del animal que siente justo antes de que le maten. Eso lo contabas en una de tus historias.

—Tiene una buena memoria.

—He comido pescado crudo guisado —dice Mo Yan—. Incluso cuando su cuerpo se

está cociendo al vapor en la salsa su boca se sigue abriendo y cerrando, como si quisiera decir algo.

—No son pocos los ejemplos de prácticas de cocina cruel —dice Li Yidou—. Mi suegra es una experta en el tema.

—¿Hay muchas diferencias entre los suegros de tus relatos y los de verdad?

—La noche y el día —dice Li Yidou, ruborizado.

—Admiro tu valor —dice Mo Yan—. Si alguna vez publican tus historias tu mujer y tu suegro te van a cocer a fuego lento, eso por descontado.

—No me importaría. Incluso me pueden cocer al vapor o freírme siempre que publiquen mis relatos.

—No creo eso que mereciese la pena.

—Yo sí lo creo.

—Vamos a hablar sobre este tema un poco más esta noche —dice Mo Yan—. Me caes bien. No hay duda de que tienes más talento que yo.

—Me halaga, muy señor mío.



El almuerzo está listo en la taberna Yichi.

Mo Yan ocupa el asiento de honor, el secretario Hu es el anfitrión. Siete u ocho personas más están sentadas alrededor de la mesa, todos son concejales. Yu Yichi y Li Yidou completan la lista de invitados. Yu Yichi tiene mucha experiencia y tiene una pose elegante. Li Yidou en cambio se siente muy incómodo y no sabe qué hacer o cómo comportarse.

El secretario Hu, que parece tener treinta y tantos años, tiene la cara cuadrada, los ojos grandes, el pelo peinado hacia atrás y la cara aceitosa y brillante; solemne y ecuánime, extremadamente bien hablado y luce su autoridad con soberbia.

Después de tres rondas de brindis el secretario Hu se levanta y dice que le esperan en siete almuerzos más y se va. El subsecretario Jin del Departamento de Propaganda coge la licorera para la siguiente ronda. Media hora más tarde la cabeza de Mo Yan da vueltas y sus labios parecen trozos de cartón.

—Subsecretario Jin —dice Mo Yan—, nunca pensé que serías un individuo tan refinado... Pensaba que eras un... un demonio come-niños.

Mo Yan no se da cuenta de las gotas de sudor frío que de repente han aparecido en la cara de Li Yidou.

—Nuestro Subsecretario es un gran músico. Toca un gran número de instrumentos y también canta —dice uno de los dignatarios—. Debería oírle cantar la pieza del legendario Magistrado Bao^[24]. ¡Su estentórea voz es tan brillante como el gran Qiu Shengxu!

—Venga cántenos algo subsecretario Jin —propone Mo Yan.

—Si no le importa que haga el ridículo —dice el subsecretario Jin.

Se pone de pie, se aclara la garganta y, con una voz ensordecedora, con una serie de *crescendos* y *diminuendos*, canta una larga aria sin que su cara se vuelva roja y sin coger aire. Cuando acaba se agarra las manos y anuncia:

—¡Por favor no se ría!

Mo Yan grita dándole ánimos.

—¿Me permite una pregunta, Mo Yan? —pregunta el subsecretario Jin—. ¿Cuál es la razón de hacer pis en una cuba de licor?

Con la cara enrojecida Mo Yan contesta:

—Desvarios de un novelista. No lo tome en serio.

El subsecretario Jin dice:

—Me beberé tres copas si Mo Yan canta una parte de «Hermana Pequeña camina hacia delante con audacia».

—No soy un gran bebedor —objeta Mo Yan—, y canto muy mal.

—Un hijo de Han, un hombre entre los hombres, nunca bebe sin una canción. Venga, venga, venga, yo beberé primero.

El subsecretario Jin pone en fila tres copas y las llena. A continuación agacha la cabeza y coge aire profundamente; cuando levanta la cabeza tiene las tres copas en la boca. Echa la cabeza hacia atrás hasta que los vasos están vacíos y luego baja la cabeza de nuevo y deja las copas tal y donde estaban.

—¡Bravo! —grita uno de los invitados— ¡«Flores de ciruelo de tres en tres»!

—Mo Yan, muy señor mío, este es el plato fuerte del subsecretario Jin —explica Li Yidou.

—¡Es soberbio! —dice Mo Yan.

—Su turno, Mo Yan, señoría —dice el subsecretario Jin.

Hay tres vasos puestos en fila delante de Mo Yan y están llenos hasta el borde.

—No esperéis por mi parte las «Flores de ciruelo de tres en tres» —dice Mo Yan.

—De uno en uno, eso es todo lo que pedimos —dice el subsecretario Jin con generosidad—. No queremos que se avergüence.

A Mo Yan realmente le da vueltas la cabeza después de las tres copas en su estómago.

Los demás invitados le piden que cante.

Mo Yan se da cuenta de que ha perdido el control de su boca; sus labios y lengua están desincronizados.

—Escritor Mo Yan —dice el subsecretario Jin—, si canta algo, cualquier cosa, me

beberé el «submarino» para usted.

Así que Mo Yan canta para ellos un sonido horrible.

Todo el mundo grita para darle ánimos.

—Está bien —dice el subsecretario Jin—, ahora me beberé el «submarino».

Llena un vaso con cerveza, luego llena un vaso con licor fuerte y deja que se hunda en el vaso más alto. Coge el vaso de cerveza, echa la cabeza hacia atrás y se bebe el contenido de los dos vasos a la vez, hasta la última gota.

Justo entonces entra una mujer en el comedor, que ríe de manera escandalosa, *ja, ja*.

—¿Dónde está el escritor? —pregunta en voz alta—. Me gustaría brindar con él con estas tres copas.

Li Yidou se inclina sobre Mo Yan.

—La alcaldesa Wang —susurra—. Nadie bebe como ella.

Mo Yan mira a la alcaldesa mientras se acerca: tiene la cara grande y cuadrada, suave y delicada, los ojos adormilados, vidriosos como una lluvia otoñal, vestida elegantemente, parece una mujer majestuosa de tiempos remotos.

Mo Yan tiene la intención de ponerse de pie, pero en su lugar se resbala y cae debajo de la mesa de manera indecorosa.



... Mo Yan muy señor mío Mo Yan qué le pasa por favor despiértese Este hombre escribió *Sorgo rojo* pero es un novato con el alcohol que no puede tolerar el licor pero viene a la Tierra del vino y los licores para causar problemas Llevadlo al hospital traed el coche primero dadle algo de caldo de carpa para espabilarlo No me digáis que acaba de comerse a un niño sentado en una fuente muy grande con mucho apio y deliciosas cerezas de EE.UU. Está cubierto de un líquido grasiento y pegajoso como la miel que no gotea Coged el teléfono y que el hospital municipal mande una ambulancia por si le pasara algo Nos vamos a meter en un lfo. Las luces rojas de la ambulancia como la sangre como los ojos de un lobo se están acercando cada vez más Este es un gran caso un caso importante un caso sin resolver Periodistas y abogados estarán de parte de Ding Gou'er Ding Gou'er nos has decepcionado hijo de puta La falta de grano fuerza la retirada del Movimiento de revocación derechista que se opone a la liberalización burguesa Aparecen miles y miles de ranas rojas de tres patas en estanques y el primer banco de esperma humano y la nueva película de Kurosawa *Los sueños de Akira Kurosawa* y flores de melocotonero en todas partes y fantasmas demoniacos aúllan El monte Fuji en llamas se descongela y se derrite y gotea como una tajada de carne sacada del frigorífico y expuesta al sol El sabor de los Noventa absolutamente delicioso Ondas sonoras en un horno Le pregunté a Tercer Tío dónde estaba Tercera Tía Tercer Tío dijo con indiferencia La he guisado y me la he comido El punto de vista de un derechista *Pum* innumerables trozos blancos de mercurio explotan y dejan sólo la carcasa vacía Los primeros recuerdos del Gran Salto al Progreso ¿Cómo puede la gente comer personas? ¿Por qué la gente no puede comer personas? Yi Ya cocinó a su hijo y se lo ofreció al duque Huan de la dinastía Qi y Liu Bei se comió a la mujer de un cazador y Torbellino Negro Li Kiu se comió la pierna del bandido Li Gui asándola primero Lu Xun abrió el *Diario de un loco* y encontró las palabras Comeos a la gente que estaban escritas por todas partes Primer Hermano Mayor fue comido Segunda Hermana Mayor fue comida Niños pequeños también fueron comidos *Revelaciones del mundo oficial corrupto* una novela que pone al descubierto secretos oscuros Un verdadero perdedor le pone una inyección intravenosa con medicamentos para protegerle el hígado Los ocho inmortales del licor un buen trago si le tienes mucho cariño y un sorbo si no Esta novela tiene que despertar la pasión esquivar el sarcasmo y satirizar a los altos mandos tiene que ser un retrato de gente de carne y hueso no caricaturas entendida como literatura seria no como confabulaciones e intriga La lanza rota de Lin Bao se hundió en la arena Cuando se promulgaron los Dieciséis puntos de Mao grité hasta quedarme ronco Vi los senos blancos de Nuan No pude controlarme a mí mismo dije Dejadme mirar una vez sólo una vez Fue aterrador Los ponis y los corderos relinchan y balan Las tripas de los carneros están envueltas en tela para evitar el apareamiento El control de natalidad en China es un problema difícil y una gran contradicción Los ingenieros de las almas humanas no lo pueden evitar Ella fue la mejor chef de su generación Oía a las golondrinas piar agonizando cuando preparaba los nidos de golondrina Li Yidou eres un lameculos has llevado mi novela por el

mal camino Fan Xianotian el editor de *Zhongshan* me invitó a panecillos rellenos de la tienda Vegetariana Gourmet y me compró algo de cerveza Cuando me estaba tomando una copa con Yi Hua dijo Ding Gou'er déjalo ahora mismo No me puedo creer que seas tan despreciable que tu cuerpo está cubierto con la sangre de las masas Te quiero No sabía que estaba tan enamorado hasta que me he emborrachado No hay salida En ese momento caminaba hacia el campo la tierra estaba congelada cubierta de nieve conejos salvajes muertos de congelamiento y erizos también La Tierra del vino y los licores es un lugar de ficción pero también es una síntesis de muchas ciudades reales Ding Gou'er es una persona abominable que trata de ser elegante y refinado pero que no lo es Todos los licores son iguales te hacen babosear te ponen borracho Luán Ping investigó al héroe Yang Zirong Yo me he estrujado el cerebro para servir al ejército Durante muchos años la lucha entre el sexo y la moralidad ha sido una maraña de problemas que han causado mucho sufrimiento y la doble personalidad Faulkner aprendió del *Ulises* de Joyce ¿No puedo yo también aprender de ti? Este es el único modo de crecer Originalmente este texto pretendía explorar la relación entre el alcohol y las mujeres El alcohol disminuye la libido de un hombre pero aumenta la de la mujer Este es el conflicto fundamental entre el suegro de Li Yidou y su suegra Nunca se cansa del gusto refinado en la comida siempre se esfuerza por cocinar manjares si te quedas sin palabras buscas nuevas expresiones Es una realidad en la escritura ¿Dónde se fue corriendo el niño de la piel escamosa? El Primer Festival Anual del Licor del mono es dentro de poco ¿Cómo voy a escribir este capítulo? Es demasiado deprimente Cuanto más escribo más impaciente estoy Me vuelvo los problemas de Dionisio Han aderezado el licor con pesticida El capullo de un médico hizo una transfusión con la sangre de una mujer tras dar a luz y causó una Contaminación Espiritual Cuanto más avanzada está la técnica de beber vino más elaborados se vuelven los vasos de vino Una trampa dentro de otra trampa Un dirigente del país era un bárbaro incivilizado que obligó a beber alcohol al jefe del condado lo que le causó la muerte La mujer del jefe del condado era mi profesora de Primaria En el juicio desestimaron el caso alegando que él merecía morir que no debería haber bebido tanto Fue su culpa dijo mi profesora Mo Yan tú eres muy famoso Escribe un artículo para el periódico para informar del incidente haz públicas las injusticias Para mí los oficiales siempre se protegen los unos a los otros Este caso nunca llegará a juicio Además él está muerto de todas maneras Ding Gou'er casi murió por culpa del alcohol vomitó por toda la habitación *Ag ag ag* No se puede imponer la prohibición Cao Cao trató de prohibir el alcohol Kong Rong un descendiente de Confucio que fue famoso por darle la pera más grande a su hermano mayor en un acto filial se rio de Cao Cao diciendo que la dinastía Shang se vino abajo por culpa de una mujer pero que ninguno había visto que el Rey Wen de la dinastía Zhou hubiese prohibido a las mujeres Cao Cao enfurecido le mató Ca Cao se comió ciruelas y calentó una olla de licor mientras hablaba de héroes Dado que al alcalde le cambiaron de puesto en el gobierno provincial celebraron banquetes durante cuarenta días El licor fluyó como los ríos embravecidos sobre la tierra como el río Yangtsé Beber es el camino del éxito Cuanto más bebes más glorioso se vuelve uno Deja que te cuente por qué estoy escribiendo esta novela He leído un pequeño artículo en el que ascendían a alguien y se hacía rico por su capacidad de beber alcohol lo que me inspiró Páginas y páginas de sandeces de borracho y tonterías que llenan mi boca El vómito emborrachó a nuestro cachorro Murió porque se lo comió Un hombre y una mujer compiten para ver quién bebe más Son claramente iguales se enamoran y se casan En la noche de bodas la mujer dice Ah, duele ¿Has eyaculado alcohol dentro de mí asqueroso? La orina de los dirigentes también es muy acre con un alto contenido en alcohol Nació un bebé No bebía ni leche ni agua sólo alcohol y le llamaron Niño Licor lo que dejó asombrada a la gente del

mundo del licor Los mejores bebedores son idolatrados Después de un acto en memoria de un hombre que bebió hasta morir todo el mundo se emborrachó Con un sorbo de licor salen muchos dichos ingeniosos pero no para mí para mi mente son un mar embravecido un río agitado e inundado de destellos de fragmentos de palabras y frases como trozos de cristal roto Un buen tónico potente te espabila y te deja beber lleno de felicidad sin que te emborraches incluso después de miles de vasos Es el mejor el más exquisito estado de felicidad Ella vio lágrimas esmeraldas brotar de los ojos del niño y las lamió con la lengua Sabían a licor fuerte Un licor de mala calidad es como una mujer cuyo pelo es fosco y amarillo cuyos ojos negros están torcidos cuya cabeza está vacía cuyos dientes son grandes y amarillos cuya frente está llena de pecas está cubierta con una capa gruesa de maquillaje barato pero que sigue sonriendo de manera coqueta y flirteando con los hombres ¿Por qué quieres beber esta clase de licor? Deberías beber buen licor como una chica rusa con la piel suave y sedosa rebosante del sabor natural de las flores silvestres y el césped Mo Yan muy señor mío Mo Yan ¿Cómo se siente? ¿Está vivo o muerto? La chica vestida de rosa que se llama Pequeña Sun tiene una capa fina de vaselina de melocotón en los labios Cuando la toco mira misteriosamente hacia la puerta y agita las manos con mucha energía pero con una sonrisa sutil en la cara Le digo eres maravillosa Ojalá nos hubiéramos conocido antes de que te casaras Como respuesta a su sonrisa mis labios rozan su frente suave que parece una calabaza Es asqueroso Qué gato más borracho qué perro más borracho qué belleza sacude la mano para airear el ambiente debajo de su nariz Se gira y se va seguida de un sonoro *bang* de la puerta Corro al baño y grito en el lavabo cuando miro al espejo que tiene mercurio levantado en el marco Me enfrento a la imagen de mí mismo soy viejo y feo mi imagen asquerosa me avergüenza ¿Cómo puedo fantasear con tocar a una mujer hermosa? Maldita sea alguien dirá que estoy obviamente imitando el *Ulises* en esta parte ¿A quién le importa? Estoy borracho Cuando estás borracho estás fuera de ti Durante tres días Pequeña Sun informó falsamente de que el escritor de Beijing bebió alcohol hasta morir Farfullando algo la alcaldesa vino a visitarte pero ni siquiera pudiste abrir los ojos La mesa las esquinas de la habitación la cama llena de latas y fruta peras plátanos naranjas melones tomates y una botella con una serpiente de cola negra dentro ¿Qué te apetece comer? ¿No vas a comer nada? La serpiente con la cola negra se retuerce en mi garganta Es afilada Las escamas me raspan el interior de mi garganta *Ag ag* Vomito Li Yidou dice Dada mi experiencia debería beber algo de licor La mejor cura ante el envenenamiento de alcohol son dos vasos de licor Lo que nosotros llamamos combatir el veneno con veneno Ya no más Ya no más El mero hecho de mencionar el licor me revuelve el estómago me da dolor de cabeza Li Yidou he caído en tu terrible trampa El ignora mi protesta Sonríe de manera siniestra Me rellena un vaso grande con el líquido rosa y verde esmeralda Semental de Crin roja como una ninfómana vendedora de *wantán* riéndose con maldad dentro del vaso molestándome y aterrándome No no Ya he tenido bastante Madre ayúdame Pellizcarme las orejas no sirve de ayuda así que él me pellizca la nariz me abre la boca de dientes apiñados y me mete a la fuerza el vaso de Semental de crin roja por mi órgano llamado boca como un bebé con el pezón de su madre en la boca Balbuceo pero no puedo escupir Unas llamas ardientes caen por mi garganta corrupta hacia mi apestoso estómago y se disuelve Me siento rajado por un cuchillo Mis ojos están cerrados Me quiero levantar pero no puedo encontrar mis piernas ¿Dónde están mis piernas? Cuelgan del techo y se mueven hacia atrás y hacia delante como los jamones de Jinhua que cuelgan en una carnicería Parecen prótesis en unos estantes en una tienda especializada en minusválidos Dale un puñetazo a ese hombre estafador al malvado de Li Yidou Pero mis brazos también han desaparecido No queda nada Tanta maldad no puede salir impune Es sólo una cuestión de tiempo El día de la

expiación ha llegado La hora de morir como un ave fénix que se baña en el fuego de la autoinmolación Estoy calado de una llama verde esmeralda Me giro a un lado y a otro No pensé que había bebido hasta morir En la Tierra del vino y los licores no pensaron que acabé como Ding Gou'er Ding Gou'er es mi sombra Se ha vuelto tan flaco como un mono con una pata inútil Su cuerpo cubierto de mierda y en el vómito de un borracho Millones de gusanos gordos reptan en su pelo De pie y delante de mí me mira a los ojos y me lanza una sonrisa de complicidad lo que hace que mire al suelo donde su sombra se solapa con la mía Están superpuestas y es imposible decir quién es quién Saca la pistola de Ding Gou'er Me acuerdo de que queda una bala para una emergencia Adelante No hay necesidad de titubear dice mientras le sacude la mierda que cubría al arma con un gusano de cola muy larga que reptaba por el cañón Retira la protección sacude el vómito del cañón escupe algo parecido a pelo de niño y dice Realmente voy a disparar basta de ser el tipo bueno Voy a disparar a esas bestias caníbales a los fascistas No te acobardes ponte recto como el pene negro de un burro Vale Más rápido de lo que se tarda en contarlo apunta a nuestras sombras superpuestas en la tierra y dispara la última bala Una bala apestosa sale del cañón seguida de un olor de carne podrida combinado con el hedor más aterrador del mundo Una nube de humor verde Ambos sentimos nuestros corazones perforados por un dolor insoportable Saltamos como una carpa en la arena sin ningún tipo de esperanza Parece que nos han disparado en el cuerpo pero lo que se levanta de repente de la arena son nuestras sombras hechas añicos Entonces caemos al suelo cara a cara y sonreímos como buenos hermanos que se reencuentran después de una larga separación...



MO YAN cuyo nombre real es Guan Moye, es un escritor chino que nació en Gaomi, Shandong, el 17 de febrero de 1955. Su pseudónimo significa «no hables», en recuerdo a su infancia y a la Revolución Cultural maoísta, durante la que sus padres le dijeron constantemente que no hablara para no decir nada inconveniente.

Tras trabajar en una fábrica de petróleo, Mo Yan consiguió, alterando su certificado de nacimiento para tener edad suficiente, entrar en el Ejército Popular de Liberación chino. Siendo soldado empezó a escribir, y al conseguir un puesto en la Escuela de Arte y Literatura del Ejército, pudo dedicarse por completo a esta afición.

Se hizo conocido en occidente gracias a la adaptación de dos de sus novelas a la película *Sorgo rojo*, dirigida por Zhang Yimou, y reconoce estar influido por escritores occidentales, en especial Gabriel García Márquez, Tolstói y Faulkner, aunque se le conoce sobre todo como «*el Kafka chino*».

Fue candidato al *Premio Neustadt* de 1988 y al *Premio Man Asian* en 2007. En 2009 obtuvo el *Premio Newman de Literatura China*. Varias de sus obras fueron prohibidas en su país natal, de entre las que destaca *Grandes pechos, amplias caderas*, una visión de la historia china a través de los ojos de una mujer.

En 2012 recibió el máximo galardón de la Academia Sueca, el *Premio Nobel de Literatura*.

Obras

Sorgo rojo (1987).

Las baladas del ajo (1988).

La república del vino (1992).

Grandes pechos, amplias caderas (1996).

Shifu, harías cualquier cosa por divertirte (1999).

La vida y la muerte me están desgastando (2006).

Cambios (2010).

Rana (2011).

¡Boom! (2013).

Notas

^[1] Caballo de la leyenda china, famoso por su fuerza y valía. [N. del T.] <<

^[2] Cuenta la leyenda que Yi Di fue la primera persona en elaborar licor en China. Yi era una sirvienta del rey Ya de la dinastía Xia. Un día fue en busca de comida al bosque y vio que un mono bebía zumo fermentado completamente embriagado. Esta joven consiguió dar con la fórmula de tal elixir y produjo un sinnúmero de variedades del líquido que conocemos como licor. [N. del T.] <<

^[3] Du Kang es un personaje semilegendario considerado el inventor del licor en China. Se desconoce cuándo y dónde vivió pero se dice que fue un ministro del Emperador Amarillo. Se le nombra con más detalle por primera vez en los poemas de Cao Cao en el siglo III a. C. [N. del T.] <<

^[4] El Cuerpo de Jóvenes Pioneros es la organización infantil del Partido Comunista de China. Fue fundada en 1949 poco después de la proclamación de la República Popular China. [N. del T.] <<

^[5] El dinero del fantasma o el papel de Joss son las hojas del papel que se queman para las deidades chinas en adoración de un antepasado o en ceremonias durante días de fiesta especiales. El papel de Joss también se quema en entierros chinos tradicionales. [N. del T.] <<

^[6] La fecha de inicio de este periodo está en disputa. Parece que comenzó el año 403 a. C., fecha en la que se dio la tripartición del estado de Jin y acabó con la unificación de China por la dinastía Qin en el 221 a. C. El periodo de los Reinos Combatientes destaca porque los señores de la guerra regionales anexaron estados más pequeños a su alrededor y consolidaron su mandato. [N. del T.] <<

^[7] La Banda de los Cuatro es el nombre que recibió un grupo de altos dirigentes del Partido Comunista Chino que fueron expulsados del mismo y puestos bajo arresto tras la muerte de Mao Zedong en 1976, declarándolos culpables de los excesos cometidos durante la Revolución Cultural. [N. del T.] <<

^[8] El sistema de examen imperial chino se practicó en la China Imperial desde el año 606 hasta el año 1905 y consistía en una serie de pruebas que servían para seleccionar a los candidatos a funcionarios. Las pruebas representaban el camino más corto para ascender en la escala social. [N. del T.] <<

^[9] Ivan Vladimirovich Michurin nació en 1855 en Verchina y falleció en 1935 en

Michurinsk. Fue un agrónomo soviético, miembro honorario de la Academia de Ciencias de la URSS y de la Academia Lenin de Ciencias Agrícolas (1935). [N. del T.] <<

^[10] El Rey Mono es un personaje de la obra *Viaje al Oeste*, un clásico de la literatura china y posiblemente la obra más conocida entre los adolescentes chinos. Fue publicada de forma anónima en el año de 1590, y aunque no hay ninguna evidencia directa del autor, tradicionalmente se la asocia con el erudito Wu Cheng'en. La historia cuenta una versión mitológica y ficticia de las aventuras del monje budista Xuanzang (602-664) en una peregrinación a la India para conseguir unos textos religiosos. [N. del T.] <<

^[11] El Kuomintang o KMT es un partido político nacionalista chino de la República de China, fundado tras la Revolución de Xinhai de 1911 que derrocó a la dinastía Qing o manchú y estableció una república en China. [N. del T.] <<

^[12] Las brigadas de producción eran unidades de producción agrícola en el sistema comunista chino. Las comunas se organizaban en brigadas, con 200-300 familias, que se subdividían en equipos de producción de 40 miembros. [N. del T.] <<

^[13] Cabeza de mono es el nombre común del hongo Yamabushitake, que crece en los bosques de árboles de madera dura, en ciertas regiones de Europa Central y de Asia. Las tradiciones medicinales de la antigua China prescribían a este hongo para padecimientos gástricos y como preventivo contra el cáncer, y durante siglos estuvo reservado sólo para ser utilizado por las familias de ascendencia real. [N. del T.] <<

^[14] *Sueño en el pabellón rojo* es una obra maestra de la literatura de China y una de las cuatro novelas clásicas chinas. Fue redactada a mediados del siglo XVIII durante la Dinastía Qing, atribuida a Cao Xueqin. [N. del T.] <<

^[15] Los oráculos de huesos son trozos de huesos de animales y de cáscaras de tortuga con inscripciones grabadas del periodo de la dinastía Shang. Son el corpus más antiguo de escritura china hasta el momento conocido y contienen datos importantes, como por ejemplo la genealogía real de la dinastía Shang, lo que confirma su existencia a pesar de lo que sostenían algunos historiadores. [N. del T.] <<

^[16] Ban Gu fue el literato encargado por el emperador Ming Di de la redacción del texto definitivo del *Comentario general del pabellón del tigre blanco*, en el que divinizó, sistematizándolo, el Confucionismo para convertirlo en dogma. El *Comentario* es un conjunto de las conclusiones discutidas sobre las cinco obras clásicas en la reunión de los letrados celebrada en el Pabellón del Tigre Blanco convocado por el emperador. [N. del T.] <<

^[17] La cerámica negra de pasta fina con forma de trípode es característica de la Cultura de Longshan (una cultura que surgió a finales del Neolítico). Estos recipientes contienen inscripciones primitivas de la escritura china. [N. del T.] <<

^[18] Nacida con el nombre de Yang Yuhuan (719-756), fue una de las Cuatro Bellezas

de la Antigua China. Fue la consorte favorita del Emperador Xuanzong durante muchos años, pero fue ejecutada (junto con sus parientes cercanos) cuando las tropas de la Guardia Imperial estuvieron convencidos de que la Rebelión de Anshi fue provocada por su familia. [N. del T.] <<

^[19] Ximen Qing es el personaje principal de *Jin Ping Mei* o *El ciruelo en el vaso de oro*, una novela naturalista china compuesta en lengua vernácula a finales de la dinastía Ming. Ximen es un escalador social corrupto y un comerciante lujurioso que es lo suficientemente rico como para casarse con un consorte de esposas y concubinas. La novela describe, en gran detalle, la caída de la casa Ximen durante los años 1111-27. [N. del T.] <<

^[20] La dinastía Han se subdivide en dos períodos: Han del Oeste (206 – 25 a. C.) y Han del Este (25 a. C. - 220 d. C.), criterio derivado de la localización de sus capitales: Chang'an (hoy Xian, provincia de Shaanxi) en el oeste y Luoyang (provincia de Henan) en el este. [N. del T.] <<

^[21] El Gran Emperador Wu de Han fue el séptimo emperador de la dinastía Han en China, gobernando de 141 a. C. a 87 a. C. [N. del T.] <<

^[22] Emperador de China que vivió hacia el siglo XXI a. C., conocido también como Da Yu. Se incluye entre los reyes legendarios de la época prehistórica. Considerado durante la dinastía Zhou como un ser divino, se convirtió más tarde en un héroe mítico muy alabado por los confucionistas, que hicieron de él un soberano ejemplar. [N. del T.] <<

^[23] Sun Yat-sen Cuiheng (1866-1925) fue un político, estadista, ideólogo chino, Primer presidente de la República de China y fundador del Kuomintang. Es considerado tanto en la República Popular China como en la actual República de China (Taiwán) como el padre de la China moderna. [N. del T.] <<

^[24] Bao Zheng (999-1062) fue un oficial de renombre durante el reinado del emperador Renzong de la dinastía Song del Norte. Hoy día todavía es símbolo de la justicia en China y personaje popular. [N. del T.] <<